

Annotation

Esta hermosa novela histórica nos cuenta la vida de la última emperatriz de China, Tzu-Hsi. La protagonista es hija de una familia manchú de clase pobre. Según la costumbre, es llamada al palacio del emperador en la Ciudad Prohibida. Gracias a su belleza y a su inteligencia, el emperador la escoge como concubina. Poco a poco Tzu-Hsi va adquiriendo poder, el cual consolida cuando queda embarazada y da a luz un hijo varón. Al morir el emperador, ella se las arregla para quedar como regente de su pequeño hijo y, debido a que no encuentra en quien confiar para dejarle el gobierno, se queda como emperatriz hasta su muerte. La autora nos describe de manera maravillosa la vida y las costumbres de la China del siglo pasado y de principios de éste. (Pearl S. Buck, la autora, nació en Estados Unidos y pasó su juventud en China, pues sus padres eran misioneros presbiterianos en ese país. Recibió el Premio Nóbel de Literatura en 1938.)

Pearl S. Buck

La Gran Dama

PALABRAS PRELIMINARES

Tzu Hsi, la última emperatriz que gobernó en China, era una mujer tan diversa en sus facetas, tan contradictoria en su conducta, tan rica en los múltiples aspectos de su personalidad, que es difícil comprender y definir el conjunto de su carácter. Vivió en un período crítico de la Historia, cuando China luchaba contra las imposiciones ajenas a la vez que se admitía la obvia necesidad de una reforma en sentido moderno. En aquella época Tzu Hsi era conservadora e independiente; implacable en caso necesario. Sus oponentes la temían y la odiaban y procedían de manera más organizada que quienes le profesaban amor. Los escritores occidentales, con muy pocas excepciones, la describen de manera desfavorable e incluso rencorosa. He procurado en este libro traducir a Tzu Hsi lo más exactamente posible, utilizando las fuentes de que todos disponemos, así como recuerdos personales respecto a cómo la consideraban los chinos a quienes conocí en mi niñez y que la miraban

solamente como mujer imperial. El bien y el mal se mezclaban en ella, pero alcanzando siempre dimensiones heroicas. Resistió a los cambios modernos tanto tiempo como pudo, porque creía que lo viejo era mejor que lo nuevo. Al comprender que el cambio era inevitable, lo aceptó de buen talante, pero sin modificar sus sentimientos. Sus súbditos la amaban, aunque no todos, ya que los revolucionarios y los impacientes la odiaban tanto como ella los aborrecía. Mas los campesinos y los moradores de las ciudades pequeñas la reverenciaban. Décadas después de su muerte yo visité poblados de las regiones interiores de China, y hallé que muchas gentes creían que la emperatriz vivía aún y se atemorizaban al tener noticia de su muerte. «¿Quién se cuidará de nosotros ahora?», solían exclamar. Acaso sea éste el juicio más definitivo que cabe formular acerca de un soberano.

I

YEHONALA

En la ciudad de Pequín corrían las semanas de abril, quinto mes del año solar de 1852, tercer mes del año lunar y año doscientos ocho de la gran dinastía manchú de los Ch'ing. La primavera llegaba retrasada y los vientos del Norte, cargados de la fina arena amarilla del desierto de Gobi, soplaban sobre las techumbres tan fríos como ráfagas invernales. La arena se acumulaba en las calles, giraba en remolinos y se filtraba, por ventanas y puertas. Formaba montoncillos en los rincones, alfombraba mesas y sillas, deslizábase en las costuras y aberturas de los vestidos, se secaba en los semblantes de los niños que lloraban y se depositaba en los surcos de las arrugas de los viejos. En la casa del armígero manchú Muyanga, en la calleja del Peltre, la arena resultaba más molesta de lo usual, porque los postigos de las ventanas no ajustaban bien y los

batientes de las puertas tampoco encajaban debidamente en sus goznes de madera. Orquídea, hija mayor del hermano difunto de Muyanga, despertó aquella mañana escuchando el ruido del viento y los crujidos de la madera. Se sentó en el ancho lecho chino que compartía con su hermana menor y frunció el entrecejo al ver la capa de arena que, como coloreada nieve, cubría la colcha encarnada. En un instante se deslizó fuera de las ropas de la cama, procurando efectuarlo con tiento, para no— despertar a la otra durmiente. Sus pies descalzos sintieron el desagradable contacto de la arena que tapizaba el suelo. Suspiró. El día anterior había barrido cuidadosamente la casa y tendría que volver a hacer lo mismo en cuanto cesase el viento. Orquídea podía pasar por una hermosa muchacha. Parecía más alta de lo que era, porque a su esbeltez natural unía el que andaba muy erguida. Tenía las facciones acusadas, pero no toscas, la nariz recta, las cejas finas y la boca bien formada y no demasiado pequeña. Su principal atractivo radicaba en sus ojos, grandes y muy límpidos, con la negra pupila nítidamente separada del blanco de los globos. Pero su belleza podría haber formado un conjunto insignificante sin el espontáneo despejo y la inteligencia que rebosaba de todo su ser, a pesar de su juventud. Era muy dueña de sí y su energía innata se transparentaba en la ductilidad de sus movimientos y la serenidad de sus maneras. En la calma de la mañana, teñida por el tono grisáceo de la arena, Orquídea se vistió de prisa y sin ruido. Luego, separando las cortinas de algodón azul que servían de puerta a la alcoba, pasó al cuarto principal y entró en la reducida cocina contigua. Humeaba el amplio caldero de hierro puesto en el hornillo de barro. Saludó a la criada diciéndole: —Lu Ma, te has levantado temprano esta mañana. Su dominio de sí misma se exteriorizaba en la extrema suavidad de su linda voz, que mantenía deliberadamente baja. La voz cascada de una mujer de edad respondió desde junto al hornillo: —No he podido dormir, amita. ¿Qué va a ser de

nosotros cuando nos dejes? Orquídea sonrió. —La emperatriz madre puede no elegirme. Mi prima Sakota es mucho más bonita que yo. Dirigió una mirada al hornillo. Lu Ma, acurrucada junto al fuego, lo alimentaba con briznas de hierba seca, procurando sacar el mayor partido de cada hoja del escaso combustible. —Sí, te elegiré. El acento de la vieja sonaba definido y triste. Alzándose desde detrás del hornillo mostró el aspecto desolado de una mujer china jorobada y baja, con ropas azules raídas y remendadas. Tenía ligados los pies y el rostro surcado por una red de oscuras arrugas contorneadas de pálida arena. Arena había también en su cabello gris y arena en sus cejas y en el borde de su labio superior. Quejose: —Esta casa no puede ir adelante sin ti. Tu hermana pequeña no dará una sola puntada, por la costumbre que tiene de que tú se lo hagas todo. Cada uno de tus dos hermanos rompe un par de zapatos todos los meses. ¿Y qué me dices de tu pariente Jung Lu? ¿No puede considerársele tu prometido desde vuestra infancia? —En cierto modo, si puede considerársele —contestó Orquídea con la misma placentera voz de antes. Tomó de al lado del hornillo un recipiente de hierro y sacó del caldero agua caliente. Cogió una diminuta toalla gris que colgaba de la pared, la mojó en el agua, la retorció, haciéndola humear, hasta secarla y se la pasó por el rostro, el cuello, las muñecas y las manos. Su tersa carita oval enrojeció al recibir aquel calor húmedo. La joven se miró en un trozo de espejo que pendía sobre la mesa. Casi no reparó más que en sus ojos, extraordinariamente animados y negros. Se sentía orgullosa de ellos, aunque nunca mostraba el menor signo de tal orgullo. Cuando las vecinas hablaban de sus bonitas cejas y de sus ojos almendrados, Orquídea parecía no oírlas, aunque oía perfectamente. La vieja, contemplándola, dijo: —Siempre he dicho que tenías un gran destino por delante. Hemos de obedecer a nuestro emperador, el Hijo del Cielo, y cuando seas emperatriz, preciosa, te acordarás de nosotros y nos enviarás ayuda. Orquídea rió con suave y contenida risa.

—Yo no seré más que una concubina entre centenares de ellas.
—Serás lo que el cielo ordene —declaró la anciana. Luego retorció la toalla de nuevo, hasta quitarle el resto del agua que contenía, y la colgó de un clavo. Alzó el recipiente, llegase a la puerta y vertió el agua, cuidadosamente, sobre la tierra del umbral. —Péinate el cabello, amita. Jung Lu vendrá hoy temprano. Ha dicho que acaso te traiga ya la llamada áurea. Orquídea, sin replicar, se dirigió, con los pasos graciosos usuales en ella, a su dormitorio. Miró el lecho. Su hermana dormía aún y sus ligeras formas apenas se perfilaban bajo la colcha. Lentamente Orquídea se desanudó el cabello y lo peinó con un peine chino de madera, perfumándolo con fragante aceite de casia. Formó con sus crenchas dos especies de moños sobre los oídos y púsose en cada uno una florecita de perlas rodeadas i de hojas de fino jade verde. No había terminado aún cuando percibió los pasos de su primo Jung Lu en la estancia principal de la casa, y oyó como su voz, profunda hasta lo excesivo, incluso para un hombre, preguntaba por ella. Por vez primera en su vida no salió a verle en el acto. Como ambos eran manchúes, las antiguas leyes y costumbres chinas, que prohíben que la mujer y el varón convivan después de la edad de siete años, no los habían separado jamás. Ella y Jung Lu habían sido en la niñez compañeros de juegos, y amigos como dos buenos primos después de la infancia. A la sazón él servía en la Guardia Imperial de servicio en las puertas de la Ciudad Prohibida, y sus obligaciones le impedían ir a menudo a casa de Muyanga. Pero no faltaban nunca los días de fiesta ni los cumpleaños. En la celebración china del principio de primavera, dos meses atrás, había hablado a Orquídea de casarse. Aquel día ella no le rechazó ni le aceptó. Desplegó su brillante sonrisa y le dijo: —En vez de hablarme a mí, debiste hablar a mi tío. —Somos primos —le recordó él. —Primos terceros —adujo ella. De modo que no contestó «sí» ni «no». Ahora, recordando lo sucedido aquel día hubo de confesarse que nunca dejaba de

pensar en ello. Apartó la cortina. Jung Lu, erguido y con los pies muy separados, estaba en el cuarto principal. Era alto y robusto. Cualquiera otro día se hubiera quitado el redondo cubrecabezas de piel de zorro encarnado que distinguía a los soldados de la Guardia y acaso también su túnica exterior. Pero entonces permanecía en pie como si fuese un extraño, sosteniendo en la mano un paquete envuelto en seda amarilla. Ella reparó en el paquete y él lo comprendió en seguida. Como siempre, los dos se captaban mutuamente el pensamiento. Jung Lu comentó: —Veo que reconoces la llamada imperial. —Sería necio no reconocerla —respondió ella. Los primos no hablaban nunca con formulismos ni usaban las cortesías y palabras menudas corrientes en las pláticas entre hombres y mujeres. Se conocían demasiado para hacerlo. Él, sin separar sus ojos de los de la joven, preguntó: —¿Está despierto mi tío Muyanga? Orquídea, sosteniendo la mirada de Jung Lu, observó: —Ya sabes que nunca se levanta antes de mediodía. Jung Lu manifestó: —Pues hoy ha de levantarse. Es tu tutor, ocupa el lugar de tu padre y necesito que me firme el recibo de esta llamada. La muchacha volvió la cabeza y llamó: —¡Lu Ma, despierta a mi tío! Jung Lu está aquí y necesita que se le firme un documento. —Ya voy —dijo la vieja. Orquídea extendió la mano. —Déjame ver el paquete. Jung Lu negó con la cabeza. —Es para Muyanga. Ella bajó la mano. —Pues ya sé lo que ahí se dice. Tengo que presentarme en Palacio, con mi prima Sakota, en el término de nueve días a contar desde hoy. Los ojos de Jung Lu relampaguearon bajo sus espesas cejas. —¿Quién te lo ha dicho? Ella apartó la mirada y ocultó sus alargados ojos bajo sus rectas pestañas negras. —Los chinos lo averiguan todo. Ayer me paré para ver actuar a una compañía de actores callejeros. Representaban *La concubina del emperador*. Esa pieza es muy vieja, pero ellos la hacían parecer nueva. El duodécimo día de la sexta luna, dice la obra, las vírgenes manchúes deben presentarse a la emperatriz, madre

del Hijo del Cielo. ¿Cuántas hemos de acudir este año? Jung Lu contestó: —Sesenta. Orquídea alzó sus largas pestañas, muy negras sobre sus ojos de ónice. —¿Y yo soy una de ellas? —Sí, y sin duda serás al final la primera de todas —aseguró él. La profunda y quieta voz del joven impresionó con profética fuerza el corazón de su prima. —Donde yo esté —afirmó— pediré tenerte cerca. Insistiré en ello. ¿Acaso no somos parientes? Volvieron a mirarse, olvidados de todo, excepto de sí mismos. El dijo seriamente, como si no hubiera oído las palabras de la joven: —He venido con el propósito de pedir a tu tutor que nos permita casarnos. Pero no sé lo que decidirá. —¿Acaso puedes desobedecer las órdenes imperiales? —interrogó ella. Desvió la mirada y, acentuando su flexible gracia, se acercó a la larga mesa de ébano apoyada en el muro interior de la pared. Entre dos altos candelabros de bronce, bajo una pintura de la montaña sagrada de *Wu Tai*, florecía en un jarrón un ramillete de orquídeas amarillas. —Florecieron esta mañana. Tienen el color imperial. Es un presagio —murmuró la joven. —A ti todo te parece ahora un presagio —alegó él. Orquídea se volvió, lucientes y enojados sus negros ojos. —¿No es mi deber servir al emperador si soy elegida? Se apartó de su primo y su voz recuperó su gentileza habitual al agregar: —Si no me eligen, te prometo ser tu mujer. Entró Lu Ma y sus ojos escrutaron atentamente los ojos de los dos jóvenes. —Ya está despierto tu tío, amita. Dice que quiere comer en la cama y que tu primo puede pasar a la alcoba. La mujer se alejó y la oyeron moverse en la cocina. La casa principiaba a animarse. Los dos muchachos peleaban en el patio exterior, junto a la verja de la calle. Desde el dormitorio llegó la llamada quejumbrosa de la hermana de Orquídea: —¡Orquídea, hermanita mayor, ven! No me encuentro bien. Me duele la cabeza. —¡Orquídea! —repitió Jung Lu—. Ese nombre resulta muy infantil para ti ahora. Ella dio con el pie un golpe en el suelo. —¡Pues sigue siendo el mío! ¿Qué esperas ahí plantado? Cumple con tu deber y yo cumpliré

con el que me corresponde. Salió impetuosamente y él la contempló mientras entraba en la alcoba. La cortina se cerró tras ella. Aquellos breves segundos de ira bastaron para que Orquídea fijase su voluntad. Iría a la imperial ciudad del Hijo del Cielo y allí pondría toda su voluntad en ser escogida. De este modo resolvió en un instante los largos argumentos que hasta entonces llenaran su vida. ¿Valía más ser la esposa de Jung Lu y madre de sus hijos —muchos, sin duda, porque los dos eran apasionados— o concubina del emperador? Pero su primo la amaba sólo a ella mientras ella le amaba a él ya... algo más. ¿En qué consistía ese «algo más»? Lo sabría el día que acudiese a la llamada del emperador.

El día 21 del sexto mes lunar la muchacha despertó en el Palacio de Invierno de la Ciudad Imperial. Su primer pensamiento fue el mismo que la ocupara al quedar dormida la noche antes: «¡Estoy entre las murallas de la ciudad del emperador!» Había pasado la noche y llegaba el día, el grande y decisivo día que la joven venía esperando en secreto desde que, siendo una niña de cortos años, vio a la hermana de Sakota salir de casa para ir a convertirse en concubina imperial. Aquella joven había muerto antes de llegar a emperatriz y ningún miembro de la familia había vuelto a verla. Pero Orquídea viviría... Su madre la había aconsejado el día anterior: —Procura proceder con prudencia. Entre las vírgenes sólo eres una más. Sakota es pequeña y de una belleza muy delicada. Como hermana más joven de la consorte muerta, lo más probable es que ella resulte la favorecida, en perjuicio tuyo. Pero en cualquier posición que consigas siempre podrás elevarte y prosperar. Así que la madre de Orquídea, en vez de con vanos adioses, la despidió con esas serias y útiles palabras, que la joven recordaba bien. Después, mientras las demás lloraban durante la noche, ella se había guardado muy bien de imitarlas, temerosa de que, por obrar así, pudiera ser elegida, como su madre le había dicho con toda claridad. En ese caso podía dejar

para siempre de ver a su madre y hermanos. En todo caso tenía diecisiete años y hasta los veintiuno le estaban prohibidas las visitas. ¿Tan solitaria iba a vivir hasta entonces? Pensaba en Jung Lu y reflexionaba en que había de sentir mucho su soledad. Pero también pensaba en el emperador.

La última noche pasada en su casa tuvo tal excitación que no pudo dormir. Sakota tampoco lograba conciliar el sueño. Hacia la madrugada Orquídea percibió blandas pisadas que se aproximaban, y las reconoció. —¡Sakota! —exclamó. Sintió en el rostro el contacto de la suave mano de su prima y oyó su voz suplicándole: —¡Orquídea, deja que me acueste contigo! Estoy muy asustada. Orquídea empujó a su hermana, que en su profundo sueño no lo notó, e hizo sitio en el lecho a su prima. Sakota se deslizó en él. Temblaba todo su cuerpo y tenía helados los pies y las manos. Se arrojó con los cobertores y buscó calor estrechándose contra el cuerpo de la otra muchacha. —¿No tienes miedo? —cuchicheó. —No. ¿Por qué he de tenerlo? —respondió Orquídea—. ¿Y cómo lo tienes tú, que sabes que tu hermana mayor residió en Palacio? ¿Qué daño puede ocurrirnos en casa del emperador? ¿No fue tu hermana elegida suya? Sakota murmuró: —Pero murió en Palacio. No era feliz allí. Sentía añoranza de nuestra casa. Puedo morir, como ella. —Yo estaré allí contigo —respondió Orquídea. Y rodeó con sus brazos el fino cuerpo de su prima. Sakota era delgada y frágil en exceso. Nunca tenía apetito y no se hallaba fuerte. —¿Y si nos eligen por separado y nos clasifican de distinto modo? —preguntó Sakota.

Y así sucedió. Las separaron. El día anterior —recordaba Orquídea a la sazón— después de llegar a Palacio, la emperatriz viuda, madre del Hijo del Cielo, eligió veintiocho muchachas entre sesenta. Sakota, en su calidad de hermana de la princesa difunta, fue situada en la primera clase, o F'ei, y Orquídea en la tercera, o Kuei Yen. La perspicaz emperatriz madre había comentado, mirando a la joven: —Tiene mucho temperamento.

Si no, la enviaría a la segunda clase, con las P'in, ya que no es apta para ir a la primera clase, puesto que a ésa ha sido destinada su prima, la hermana de mi nuera, ha tiempo que pasó a las Fuentes Amarillas. Vaya esa joven a la tercera clase, y así quizá logremos que mi hijo, el emperador, no repare en ella. Orquídea escuchó tales palabras con modestia y obediencia aparentes. Y ahora, virgen de tercera clase, recordaba las palabras de despedida de su madre, mujer fuerte si las había. Sonó una voz en el dormitorio: la de la encargada principal, cuya misión era preparar a las vírgenes. —Jóvenes, es hora de levantaros. Disponeos a embelleceros. Hoy es vuestro día de buena suerte. Las demás se levantaron en el acto, pero Orquídea no lo hizo así. Pensaba proceder siempre al contrario que sus compañeras. Quería vivir apartada de ellas estar siempre separada y sola. Permaneció inmóvil bajo la colcha de seda, mientras el grupo de muchachas tiritaban entre las manos de las sirvientas que tenían la misión de atenderlas. En el aire frío del recién iniciado verano del Norte escapábanse chorros de vapor, formando una bruma, del agua caliente de las bajas bañeras. La jefa ordenó: —¡Todas al baño! Era rolliza y severa. Acomodada en un ancho asiento de bambú hacía ademanes imperiosos que indicaban su costumbre de verse obedecida. Las jóvenes, ya desnudas, entraron en las bañeras. Las sirvientas comenzaron a lavarlas y frotarlas, empleando jabones perfumados y pañitos de fina tela. La encargada miraba a todas, una por una. De pronto habló: —Veintiocho muchachas se eligieron entre sesenta y yo no cuento más que veintisiete. Examinó el papel que tenía en la mano y principió a leer los nombres de las escogidas. Cada una de las vírgenes respondía sin moverse de donde estaba. Faltaba una. —¡Yehonala! —llamó de nuevo la jefa. Aquél era el nombre de clan de Orquídea. El día anterior, antes de salir de su casa, Muyanga, su tío y tutor, la había llamado a su biblioteca para darle un consejo paternal. Ella permaneció de pie ante él.

Muyanga, cuya corpulencia cubría un vestido de raso de color azul celeste, estaba tan gordo que sus carnes rebosaban del asiento de su butaca. Sin levantarse, dio a la joven el ofrecido consejo. Ella sentía simpatía por su tío a causa de que era negligentemente amable, pero no le amaba, porque él no amaba a persona alguna. Era asaz perezoso, hasta en lo moral, para experimentar amor u odio. Explicó con voz untuosa: —Ahora que vas a entrar en la Ciudad del Emperador has de prescindir de tu lindo nombrecito, Orquídea. A partir de hoy te llamarán, Yehonala. —¡Yehonala! La vieja había vuelto a gritar y la muchacha seguía fingiendo dormir. - ¿Se ha escapado Yehonala? —preguntó la encargada. Una mujer de servicio repuso: —Está acostada, señora. La jefa se mostró sorprendida. —¿Acostada? ¿Y es posible que duerma aún? La sirvienta se acercó al lecho y miró antes de contestar: —Sí, está dormida. La vieja se escandalizó. —¿Es posible que esa muchacha tenga un corazón tan duro? ¡Despiértala! Retírale los cobertores y pellízcale los brazos. La doméstica obedeció. Yehonala fingió despertar y abrió los ojos. —¿Qué pasa? —preguntó con voz soñolienta. Se sentó en el lecho y se llevó las manos a las mejillas. —¡Oh! —balbució con acento consternado y dulce como el de una desolada paloma—. ¿Cómo he podido olvidarme de...? La exigente jefa se indignó. —¡En efecto! —repuso—. ¿Cómo has podido olvidarte? ¿No conoces el mandato del emperador? Dentro de dos horas tenéis que estar todas preparadas. Cada virgen ha de ofrecer el mejor aspecto posible. ¡Os repito que tenéis dos horas! En ese tiempo habéis de estar bañadas, perfumadas, vestidas y bien peinadas. Sin contar con que debéis terminar el desayuno en el intervalo. Yehonala bostezó y se tapó la boca con la mano. —¡Qué bien he dormido! El colchón es mucho más blando que el de la cama de mi casa. La vieja rezongó: —Es difícil imaginar que un colchón del Palacio del Hijo del Cielo fuese a tener la dureza del de tu lecho. Yehonala insistió: —De todos modos, es mucho más blando de

lo que yo suponía. Saltó de la cama y puso en el suelo de baldosín sus pies desnudos y fuertes. Como todas las vírgenes eran manchúes y no chinas, no llevaban ligaduras en los pies. —¡Vamos, vamos! —ordenó la jefa—. Apresúrate, Yehonala. Las demás están ya casi vestidas., ^ —Voy, venerable —dijo la joven. Pero no se dio prisa alguna. Dejó que una de las mujeres la desvistiera, sin hacer el menor movimiento para ayudarla. Cuando estuvo desnuda entró en la bañera de agua caliente y ni siquiera levantó una mano para lavarse el cuerpo. La mujer que la asistía dijo en voz baja: —¿No vas a ayudarme a dejarte preparada? Yehonala abrió sus grandes ojos, brillantes y negros. —¿En qué puedo ayudar? —interrogó como si, en efecto, no lo supiera. Nadie debía adivinar que en su casa no tenían más criada que Lu Ma en la cocina. Siempre se había bañado sin ayuda y bañado también a su hermanita y hermanos. Lavaba las ropas de todos, incluso las de ellos, y, cuando eran muy pequeños, los llevaba a la escuela sujetos con anchas bandas de tela. Además ayudaba a su madre en las faenas de la casa y a menudo hacía recados, como ir al almacén de aceites o al mercado de verduras. Su único placer consistía en pararse en las calles y ver actuar alguna compañía de actores callejeros chinos. Pero su tío Muyanga, amable siempre, permitía que Orquídea recibiese lecciones del profesor de la familia en compañía de sus propios hijos, aunque la suma que daba a su madre sólo bastaba para comer y vestir y permitía muy pocos lujos. En cambio, en Palacio había lujo en profusión. La joven miró alrededor, contemplando la vasta estancia. La claridad tempranera del sol iluminaba las paredes y las opacas ventanas con celosías. Los colores azul y rojo de las pintadas vigas del techo parecían adquirir nueva vida y lo mismo pasaba con las largas túnicas manchúes, de color encarnado y verde, de las vírgenes. Cortinas de raso escarlata protegían las puertas, y los cojines de las sillas de madera esculpida estaban cubiertos de lana escarlata. En los tabiques había pinturas que reproducían

paisajes o sabios proverbios, y la negra tinta de las figuras resaltaba sobre la seda blanca. Olía dulcemente el aire a perfume de jabones y óleos aromáticos. Súbitamente la joven descubrió que le gustaba vivamente el lujo. La sirvienta no había respondido a la pregunta de Yehonala. No había tiempo. La encargada pedía premura a todas y a la sazón decía: —Mejor será que coman primero. El tiempo que quede libre puede dedicarse a arreglarles la cabellera. Para peinarlas hará falta como mínimo una hora. Varias mozas de cocina llegaron con diversas vituallas, pero casi ninguna virgen probaba bocado. Sus corazones latían en sus pechos con loca rapidez. Algunas habían vuelto a llorar. La encargada pareció encolerizarse. Su ancha faz se dilató. Increpó con voz de trueno: —¿Cómo os atrevéis a llorar? ¿Puede haber mejor fortuna que la de ser elegida por el Hijo del Cielo? Pero las que lloraban continuaron llorando. —Prefiero vivir en mi casa —sollozó una. —No deseo ser elegida —suspiró otra. —Esto es una vergüenza —clamó la vieja, tratando de imponerse a las muchachas. En medio de tal desazón y disgusto Yehonala era de las más serenas. Lo aceptaba todo con precisión y gracia, y cuando le sirvieron las viandas se sentó a la mesa y comió con apetito. Incluso la encargada quedó sorprendida, no sabiendo si mostrarse contenta o escandalizada. —Os aseguro que no he visto nunca un corazón tan duro —declaró con voz fuerte. Yehonala sonrió, sin soltar los palillos que tenía en la mano derecha. —Esta comida es muy buena y me gusta mucho —dijo con la dulzura de una chiquilla—. Es mejor que cuanto he comido en mi casa en toda mi vida. La jefa decidió sentirse complacida. —Eres una mujer sensata —anunció. Pero un momento después volvió la cabeza y cuchicheó al oído de tina de las sirvientas: —Mira los ojos de esa joven. ¡Qué grandes son! Es una mujer de corazón muy fiero. La interpelada hizo una mueca. —Tiene un corazón de fiera —concordó—. Un verdadero corazón de tigre...

A mediodía llegaron los eunucos para buscar a las muchachas.

Los capitaneaba su jefe, An Teh-hai. Aquel individuo tenía la figura apuesta y juvenil aún. Le envolvía una larga túnica de raso azul celeste, ceñida a la cintura por un cordón de seda roja. Su faz era tersa, de facciones grandes, nariz aguileña y orgullosos ojos negros. Dio unas cuantas órdenes, con tono negligente en apariencia, para que las vírgenes desfilasen ante él y, como un emperador en pequeño, se sentó en una ancha silla de ébano esculpido y contempló sucesivamente a cada una de las que pasaban. Lo hacía detenidamente, a la vez que fingía indiferencia. A su lado había una mesa de negra caoba sobre la que colocó su libro registro, su pincel de escritura y su recipiente de tinta. Entornando sus almendrados párpados, Yehonala le contempló. Permanecía fuera del grupo de las otras jóvenes, y se había escondido tras una cortina de raso escarlata, en el umbral de una puerta. El jefe de eunucos señalaba con su pincel mojado en tinta el nombre de cada virgen según iban pasando. —Aquí falta una —anunció. —Aquí estoy —dijo Yehonala con una voz tan dulce y baja que apenas resultaba perceptible. Se adelantó tímidamente, inclinando la cabeza y apartando la cara. La entrometida jefa informó, con su voz fuerte: —Esa joven va retrasada en todo. Seguía dormida cuando todas las demás estaban en pie. No ayudó a que la lavaran y vistieran y ha comido tanto como una campesina. ¡Ha vaciado tres escudillas de mijo! Y ahora se queda ahí, inmobilizada como una estúpida. No sé si es tonta o qué. El jefe de los eunucos leyó en voz alta y cortante: —Yehonala, hija mayor del difunto armígero Chao. Tutor, el armígero Muyanga. Se la registró en el Palacio del Norte hace dos años, a los quince de edad. Ahora cuenta diecisiete. Alzó la cabeza y contempló a Yehonala, que se había parado ante él con la cabeza púdicamente inclinada y los ojos fijos en el suelo. —¿Eres la mencionada? —preguntó. —Lo soy —aprobó Yehonala. —Pasa —mandó el jefe de los eunucos, siguiéndola con los ojos. Luego se levantó y mandó a los eunucos subalternos: —Llevad a las

vírgenes al salón de espera. Cuando el Hijo del Cielo resuelva recibirlas, yo las anunciaré, una por una, ante el Trono del Dragón. Cuatro horas esperaron las muchachas. Las sirvientas seguían a su lado, reprendiéndolas si veían una arruga en sus prendas de raso o si se les aflojaba el peinado. De vez en cuando una de las mujeres daba un toque de polvos en el rostro de alguna virgen o volvía a pintarles los labios. Dos veces les sirvieron té caliente. A mediodía conmovió a todas un gran movimiento y fragor en los distantes patios. Sonaban trompas, redoblaban tambores y atronaba los oídos un batintín. Había gran estrépito de pisadas que cada vez se acercaban más. An Teh-hai, el eunuco mayor, tornó a entrar en el salón de espera. Le acompañaban otros eunucos, entre ellos uno joven, alto y muy delgado. Aunque tenía un semblante repulsivo, había algo tan sombrío y aquilino en su talante, que Yehonala fijó los ojos en él involuntariamente. El eunuco reparó en la mirada y la devolvió casi con insolencia. Ella volvió la cabeza. El jefe de eunucos lo había visto todo. Volvióse a su subordinado y gritó con dureza: —Li Lien-ying, ¿qué haces aquí? Te mandé que te quedaras con las vírgenes de cuarta clase en el Ch'ang Ts'ai. Sin replicar una palabra el eunuco alto salió del salón. —Jóvenes —dijo el eunuco jefe—, esperad aquí hasta que se llame a vuestra clase. Primero la emperatriz madre presentará al emperador el F'ei y luego el P'in. Sólo cuando estas clases sean examinadas y el emperador escoja, se os llamará a las de tercera clase, que sólo sois Kuei Yen, para que os acerquéis al Trono. No miréis el imperial semblante. Él os mirará a vosotras. No hubo respuesta. Las vírgenes permanecían silenciosas, inclinadas las cabezas, mientras el eunuco hablaba. Yehonala se había colocado la última, como si fuese la más modesta de todas. Su corazón latía fuertemente. Dentro de muy pocas horas —acaso una o menos, según la voluntad del emperador— podía llegar el supremo momento de su vida. El Hijo del Cielo la miraría, calcularía sus méritos, juzgaría de sus contornos y

color... En ese fugaz instante ella tenía que hacerle sentir su poderoso encanto. Pensó en su prima Sakota, que quizás estuviese ante los ojos del emperador. Sakota era dulcemente sencilla, infantil y gentil. Como hermana de la difunta princesa, a quien el emperador amara cuando era príncipe, podía darse por casi seguro que figuraría entre las escogidas. Eso convenía a Yehonala. Habían vivido juntas desde que ella tenía tres años, es decir, desde que, al morir el padre de Orquídea, la madre de la joven regresó a su antigua casa. Sakota había cedido siempre ante su prima y confiado en ella. Quizá le fuese útil de algún modo. Incluso podía decir al emperador: «Mi prima Yehonala es inteligente y bella.» Orquídea había tenido tal petición en la punta de la lengua. Aquella última noche en que durmieron juntas estuvo a punto de rogar a su prima que hablara en su favor, pero se lo impidió su orgullo. Sakota, aunque aniñada y dulce, tenía esa pura dignidad de la infancia que, a veces, prohíbe toda iniciativa. Un murmullo se elevó en el grupo de las que esperaban. Alguien había oído rumores procedentes de la sala de audiencias. Se había despedido a las F'ei. La elegida para ser la primera concubina imperial era Sakota. Las P'in eran escasas en número. Dentro de una hora... Antes de que la hora transcurriese, reapareció el jefe de eunucos. —Ya ha llegado el momento —anunció— de que entren las Kuei Yen. Arreglaos, jóvenes. El emperador se siente fatigado. Las vírgenes formaron fila y su fatigosa encargada dio los últimos toques a sus cabellos, labios y cejas. Cesaron las risas e hízose un general silencio. Una muchacha se inclinó, medio, desvanecida, sobre una sirvienta, la cual le pellizcó los brazos y los lóbulos de las orejas para reanimarla. En el interior de la sala de audiencias el eunuco mayor empezaba a pronunciar nombres y edades y cada joven debía entrar al ser nombrada. Una a una pasaban ante el emperador y la emperatriz madre. Pero Yehonala quedó la última, y se apartó de su puesto, como por distracción, para acariciar un diminuto perrillo de Palacio que

había atravesado, corriendo, el umbral de una puerta abierta. Era un perro del tipo de aquellos diminutos animales que las damas de la Corte criaban con raciones tan parvas que lograban convertirlos en gozques enanos, a los que podían esconder dentro de sus anchas mangas bordadas. En la puerta esperaba el jefe de eunucos, quien a la sazón pronunciaba un nombre: —¡Yehonala! Las ayudantes se habían ya alejado y la muchacha permanecía sola, jugando con el perro. En su empeño de disimular, casi había llegado a olvidar dónde estaba y para qué. Había vuelto hacia atrás las largas orejas del perrillo y reía viendo la arrugada faz del animal, no mayor que su pequeña mano. Había oído hablar de aquellos perros, que parecían microscópicos leones, pero a la gente común le estaba prohibido tenerlos y, por lo tanto, no había visto ninguno hasta entonces. —¡Yehonala! La voz tonante de An Teh-hai retumbó en los oídos de la joven, que se levantó inmediatamente. Él se precipitó hacia ella y la cogió del brazo. —¿Te has olvidado? ¿Estás loca? El emperador espera. ¡Te repito que espera y que mereces la muerte por tu retardo! La muchacha se desprendió del eunuco. Éste se dirigió presurosamente a la puerta y anunció: —Yehonala, hija del difunto armígero Chao y sobrina de Muyanga, de la calleja del Peltre. Edad, diecisiete años, tres meses y dos días. La muchacha entró sin afectación ni ruido y avanzó lentamente a lo largo del inmenso salón. Su larga túnica manchuriana, de raso de vivo color de rosa, rozaba la punta de sus bordados zapatos manchúes, de altos tacones centrales y suelas blancas. Manteniendo sus estrechas y bellas manos entrelazadas a la altura del talle, cruzó ante el trono sin volver la cabeza. El emperador dijo: —Que pase de nuevo.' La emperatriz viuda contemplaba a Yehonala con regañona admiración. —Te prevengo, hijo —observó—, que esa joven tiene un carácter muy fuerte. Demasiado fuerte para mujer. Se le nota en la cara. —Pero es bella —adujo el emperador. Tampoco esta vez Yehonala volvió la cabeza. Las voces llegaban a sus

oídos como sonidos emitidos por seres incorpóreos. El emperador comentaba: —¿Qué más da que tenga el carácter fuerte? No tendrá muchas ocasiones de desarrollarlo conmigo. El soberano hablaba con voz juvenil, presuntuosa, débil. Otra voz —la de su madre al responderle— sonaba muy llena y lenta y en su tono vibraba la sabiduría de la edad. —Más vale no elegir una mujer fuerte además de hermosa —razonaba—. Acuérdate de esa otra P'ou Yu, a quien has visto entre la clase de las P'in. Tiene el rostro inteligente, el aspecto muy bueno, pero... —Una piel muy áspera —dijo obstinadamente el emperador—. Sin duda padeció viruela en su niñez. Observé las señales a pesar de los polvos que le cubrían la cara. Yehonala estaba en aquel momento precisamente enfrente del soberano. —Párate —ordenó. Ella se detuvo, mostrando el rostro y cuerpo de perfil. Mantenía erguida la cabeza y los ojos parecían mirar a lo lejos, como si tuviera el corazón en otro sitio. El emperador ordenó: —Preséntame la cara. Lentamente, como con indiferencia, ella obedeció. Los cánones de la decencia, de la modestia, del pudor, de todo cuanto le habían enseñado, disponían que una virgen no fijara nunca los ojos más arriba del pecho de un hombre. Pero, tratándose del emperador, no debía mirarle más arriba de las rodillas. No obstante, Yehonala dirigió su mirada a la cara del emperador hasta divisar sus ojos, muy a flor de piel bajo sus escasas pestañas. A través de sus pupilas Yehonala procuró emanar hacia el Hijo del Cielo todo el poder de su voluntad. Él permaneció inmóvil durante un prolongado instante. Después habló: —Escojo a esta virgen.

La madre de la joven la había dicho «Si fueres elegida por el Hijo del Cielo, sirve ante todo a su madre, la emperatriz viuda. Aprende lo que le agrada, busca su comodidad, procura no dejar escapar su afecto. No le quedan muchos años de vida y, por lo tanto, no dispones de mucho tiempo.» Yehonala recordaba aquellas palabras. La primera noche, después de ser elegida, durmió ya sola, en una alcobita que formaba parte del

grupo de tres habitaciones que le dieron para su uso. El jefe de eunucos nombró a una mujer de edad para servilla. Allí debía vivir la joven, excepto cuando el emperador la llamase. Esto podía ocurrir a menudo o nunca. A veces una concubina vivía dentro del recinto de la ciudad imperial y allí moría virgen, olvidada por el emperador, a menos de que tuviera medios para sobornar a los eunucos y lograr que mencionasen su nombre ante el Hijo del Cielo. Más Yehonala confiaba en no ser olvidada. Cuando él se cansase de Sakota, con quien, en efecto, le unía un deber, no dejaría de pensar en ella. Sin embargo, ¿la recordaría? Estaba acostumbrado a la belleza y, si bien los ojos de los dos se habían encontrado, ¿qué seguridad tenía ella de que el emperador volviera a acordarse? Tendida en su lecho de ladrillo, que no resultaba duro merced a sus tres colchones superpuestos, reflexionó. Día tras día debía planear su vida y no perder ni uno para no acabar llevando la vida solitaria de una virgen olvidada. Había de obrar con tacto e inteligencia, y la madre del emperador podía constituir el medio para alcanzar sus fines. Debía intentar ser útil a la emperatriz viuda, mostrándole afecto y no dejando de rodearla de menudas y constantes atenciones. Aparte de esto, debía pedir que pusiesen a su alcance maestros que la instruyeran. Sabía leer y escribir merced a las bondades de su tío pero su sed de verdadera cultura distaba mucho de estar satisfecha. Se proponía solicitar que le enseñaran poesía, historia, música y pintura, que son las artes que satisfacen a la vista y al oído. Por primera vez desde que tenía uso de memoria disponía de tiempo propio y de un ocio, benéfico en este sentido, que le permitiría cultivar su mente. Igualmente debía cuidar su cuerpo, comer las mejores viandas, frotar y suavizarse las manos con grasa de carnero, perfumarse con naranjas secas y almizcle y advertir a su sirvienta que la peinase dos veces al día después del baño. Así, conservándose corporalmente atractiva, podría complacer al emperador. Y debía formar su mente para complacerse a sí

misma, lo cual exigía saber escribir los caracteres como lo hacen los intelectuales y pintar paisajes como los artistas. Necesitaba leer muchos libros. El raso de la colcha del lecho rozó la áspera piel de sus manos, haciéndola pensar: «No tendré que volver a lavar ropa ni moler harina ni andar con agua caliente. ¿No es esto la felicidad?» Llevaba dos noches sin dormir. Una, la última pasada en su casa, cuando ella y Sakota habían permanecido despiertas, hablando y soñando, y ella consolando a su gentil prima. En cuanto a la noche pasada en espera con las demás vírgenes, ¿quién podía dormir? Pero todo temor se había disipado. El emperador la había elegido y la joven ya tenía su reducido hogar en aquellos tres pequeños y lujosos cuartos. Había pinturas en las paredes, almohadones de seda encarnada cubrían los asientos, las mesas eran de caoba y dibujos de brillantes colores embellecían las pintadas vigas del techo. lisos baldosines pavimentaban el suelo y las ventanas con celosías abríanse a un patio con un estanque circular en el que los peces de colores brillaban bajo el sol. Al otro lado de la puerta dormía su sirvienta en un lecho de bambú. No, no sentía temor alguno. ¿Era esto cierto? Parecía que en la oscuridad se perfilaba la sombría y malévola faz del joven eunuco Li Lien-ying. ¡Ah, los eunucos! Su prudente madre la había advertido contra ellos. Las palabras maternas habían sido: «No son ni hombres ni mujeres. Han de perder su virilidad antes de que les permitan entrar en la Ciudad Prohibida. La ablación física y el desposeimiento de su masculinidad desarrolla en ellos instintos malignos. Se tornan amargados, maliciosos, crueles y viles. Procura evitar el trato con los eunucos, desde el más alto al más bajo. Dales dinero cuando sea necesario. Nunca demuestres que les tienes temor.» La muchacha dijo mentalmente a la sombría visión del rostro de Li Lien-ying: «No te temeré.» Y de repente, sintiendo temor a su pesar, pensó en Jung Lu. No le había visto desde que entró en el palacio. En esa ocasión la joven, atrevida como siempre, corrió una o dos

pulgadas la cortinilla de su palanquín cuando se aproximaba a las grandes puertas bermejas. Ante ellas los guardias del emperador, con sus túnicas amarillas y sus anchas espadas, permanecían muy erguidos. Jung Lu parecía el más alto de todos. Miraba las pululantes muchedumbres callejeras y no daba el menor signo de que para él hubiera diferencia entre los palanquines que se acercaban. Sintiéndose herida hasta cierto punto, la joven procuró alejar de sus pensamientos a su primo. No, no debía pensar en él para nada. Por otra parte, ninguno de los dos sabía cuando podrían volver a verse. Dentro de los muros de la Ciudad Prohibida un hombre y una mujer podían pasar años enteros sin verse. ¿Por qué, pues, le evocó de repente al pensar en la morena faz del eunuco? Suspiró y vertió algunas lágrimas, sorprendida de hacerlo y sin querer inquirir la causa de su llanto. Después, como era joven y estaba muy cansada, se durmió.

La vasta y antigua biblioteca del palacio disfrutaba de frescor incluso en pleno verano. A mediodía se cerraban las puertas para impedir que pasara el calor del exterior, y el relumbrante sol sólo llegaba muy vagamente a través de las celosías. Ningún sonido turbaba la quietud reinante, excepto el apagado murmullo de la voz de Yehonala mientras leía en voz alta ante su profesor, que era un eunuco de edad. Estaba leyendo *El libro de las metamorfosis* y, absorta en las cadencias de su poesía, no notó que su profesor llevaba mucho tiempo silencioso. Levantando la mirada al volver una página, la joven advirtió que el anciano intelectual dormía con la cabeza caída sobre el pecho y el abanico a punto de desprenderse de los aflojados dedos de su mano derecha. Las comisuras de sus labios se contraían en una semisonrisa. Yehonala comenzó a leer para sí. A sus pies dormía un perrillo de su propiedad, que le había dado el mayordomo de Palacio cuando ella mandó a su sirvienta que fuese a pedir un animalillo cuya compañía mitigara su soledad. Dos meses llevaba la sobrina de Muyanga en el palacio y no

había recibido llamada alguna del emperador. No había visto a su familia, ni siquiera a Sakota, ni menos aún a Jung Lu. Como no cruzaba las puertas exteriores, no podía coincidir con él cuando estaba de servicio. En semejante soledad Yehonala se hubiera sentido desgraciada a no ser por sus anhelosos sueños de los días futuros. Pensaba que alguna vez, con suerte, podía convertirse en emperatriz. Y, en siéndolo, le cabía hacer lo que se le antojara. Si lo deseaba podía llamar a su presencia a su pariente con un pretexto cualquiera, como el de que le llevase una carta a su madre. Le diría: «Entrégale esta carta en mano y tráeme su respuesta.» Ningún extraño podría saber si la carta iba dirigida a su madre o no. Pero sus sueños se fundaban en el emperador y, entretanto, no podía hacer más que prepararse. A diario pasaba en la biblioteca cinco horas estudiando, con su profesor, un eunuco que había llega los grados supremos del saber. En los años en que aún era un hombre normal se le conocía como famoso escritor de elevados ensayos y poemas en el estilo T'ang. Luego, su fama hizo que se le pidiera que se convirtiese en eunuco para trocarse en profesor del joven príncipe, luego emperador, y después enseñase a las damas que este último tuviera por concubinas. Entre ellas había unas capacitadas para aprender y otras no. Más ninguna, según el viejo profesor declaraba, llegaría a ser tan culta como Yehonala. Se jactaba entre los eunucos del saber que le iba comunicando y daba buenos informes de ella a la emperatriz madre. Así, un día en que Yehonala estaba con ella, la soberana viuda la elogió por su aplicación. —Haces bien en cultivarte y leer —dijo—. Mi hijo, el emperador, se fatiga fácilmente, y conviene que cuando se sienta débil o turbado de ánimo haya quien, como tú, pueda divertirle recitándole poesías y pintando para él. Yehonala inclinó la cabeza en señal de obediencia. Mientras permanecía abstraída leyendo una página, sintió que le tocaban en el hombro. Volviendo la cabeza distinguió el extremo de un abanico plegado y una mano fina, pero grande y poderosa, que

la joven conocía perfectamente ya. Era la del joven eunuco Li Lien-ying. Hacía varias semanas que le constaba que aquel eunuco se había propuesto pasar a su servicio. Por ahora no entraba en sus deberes el de atenderla, ya que era uno más entre tanto eunucos, pero sabía serle útil en muchos aspectos menudos. Cuando ella sentía deseo de algún dulce o fruta, él era quien se los buscaba y traía y, también a través de él, conocía Yehonala las habladurías y noticias que circulaban por los muchos salones y pasadizos y por los centenares de patios de la Ciudad Prohibida. Y esto le era necesario, porque no le bastaba leer libros, sino que también le convenía conocer todos los pormenores de las intrigas, amoríos y hechos anómalos que sucedían en aquel recinto. Informarse minuciosamente de todo aquello equivalía á adquirir poder. Alzó la cabeza, llevándose un dedo a los labios, e hizo un movimiento interrogativo. Él, con un signo del abanico, indicó que la joven debía seguirle al exterior de la biblioteca. Después, avanzando sin ruido merced a su calzado de suelas de tela, la precedió. Ella le siguió hasta donde no era verosímil que sus palabras interrumpiesen el sueño del anciano profesor. El perrillo, despertando, siguió a su ama por el pavimento de baldosas sin lanzar un solo ladrido. —Tengo noticias! que darte, señora dijo Li Lien— ying. Al lado de la frágil Yehonala parecía una torre, con sus hombros inmensos, su cabeza grande y cuadrada, sus facciones toscas y de ruda conformación, su figura ruda y como tallada a martillazos. Yehonala le hubiera temido si hubiese sido capaz de temer. Interrogó: —¿A qué noticias te refieres? —Tú prima, señora, se halla en estado de poder dar a luz. ¡Sakota en aquella forma! Las dos primas no se habían visto desde que penetraron en Palacio. Y Sakota era consorte del monarca en calidad de sucesora de su hermana muerta, mientras Yehonala no pasaba de concubina. Sakota había sido llamada ya al lecho imperial y cumplido con su deber. Si daba a luz un hijo, éste sería heredero del Trono del Dragón y la joven alcanzaría la categoría

de emperatriz, en tanto que Yehonala quedaría en la categoría de concubina. ¿Y por tan poca cosa había renunciado al amor de su primo y a toda su vida de siempre? Tuvo la impresión de que el corazón se le henchía hasta casi salirse del pecho. Preguntó: —¿Hay pruebas de que el emperador haya engendrado un hijo en Sakota? —Las hay —respondió el eunuco—. He sobornado a la doncella de la consorte, y por esto lo sé. —Entonces... —empezó ella. En seguida recobró aquel dominio de sí misma que durante toda su vida la caracterizara. Todo cuanto hiciera, todo cuanto le ocurriese dependía de sí misma y sólo en sí misma podía confiar, mas el destino quizá fuera su salvador. Sakota podía dar a luz una niña, y hasta que no tuviese un hijo varón, heredero del Trono, ninguna mujer del emperador llegaba a emperatriz. Pensó que ella misma estaba en condiciones de ser madre también. Un atisbo de súbita esperanza devolvió la serenidad a su cerebro y la calma a su corazón. El eunuco prosiguió: —El emperador ha cumplido su deber con nuestra señora muerta. Ahora está en el derecho de proceder según su capricho. Yehonala guardó silencio. Aquel capricho podía llevar al soberano a fijarse en ella. Su interlocutor añadió. —Debes prevenirte. Imagino que dentro de seis o siete días el emperador pensará en alguna otra concubina. Ella, casi acobardada a pesar de su propósito de no temer a nadie, inquirió: —¿Cómo es que pareces al tanto de cuanto pasa? —Los eunucos conocen muchas cosas —dijo él, mirándola a la cara. Yehonala habló con dignidad: —A veces te olvidas de quién eres cuando me interpelase El eunuco corrigió rápidamente: —Tienes razón. Siempre la tienes. Te he ofendido y he hecho mal. Yo soy tu servidor y tu esclavo. La joven vivía tan: solitaria, que, a pesar de sus aprensiones, experimentó cierto placer al escuchar aquel cumplido. —¿Por qué —quiso averiguar— tienes tales deseos de servirme? No dispongo de dinero para recompensarte. Y era verdad que no poseía ni la más pequeña moneda. Comía diariamente los más delicados

platos, ya que cuanto dejaba la emperatriz madre era destinado a las concubinas, y había abundancia de alimentos. Los cofres de su dormitorio estaban repletos de ropas de la mejor clase. Dormía entre cobertores de seda y tenía tina sirviente personal. Pero no podía comprar un solo pañuelo ni un paquete de dulces pagándolo de su propia bolsa y no había visto una sola pieza teatral desde que entró en la Ciudad Prohibida, dado que la emperatriz madre seguía llevando luto por el anterior emperador, T'ao Kuang, padre de su hijo. Por lo tanto, no permitía a las concubinas que asistiesen a una sola representación teatral, lo que hacía que Yehonala se sintiera incluso más solitaria por ese detalle que por el alejamiento y pérdida de su familia. Toda su vida por pesadas que le resultasen sus tareas, por duramente que la reprendiese su madre, por tristes que fuesen sus pensamientos, había podido escaparse de casa para ver trabajar a los actores en las calles, en los patios o en los templos. Si casualmente tenía una moneda la guardaba para asistir a aquellas funciones. Y si carecía de fondos en absoluto, sabía deslizarse entre el público y marcharse sin dar nada antes de que los actores pasaran el cesto en el que cada uno depositaba la retribución de lo que había presenciado. Li Lien-ying dijo: —¿Crees que busco tus dádivas? Me juzgas mal. Conozco cuál es tu destino. Hay en ti un poder de que carecen las otras. ¿No lo percibí tan pronto como posé los ojos en ti? Ya te lo he dicho. Cuando te ele* ves hacia el Trono del Dragón, yo me elevaré contigo, sin dejar de ser siempre tu sirviente y esclavo. Yehonala era lo bastante astuta para comprender que el eunuco quería valerse diestramente de la belleza y la ambición de la joven, aplicándola a sus propios fines, por lo que se proponía tejer entre ella y él los vínculos que crean las obligaciones que a otros debemos. Si ella llegaba al trono, lo que seguramente ocurriría alguna vez, él estaría allí para recordarle su ayuda. Yehonala preguntó con tono indiferente: —¿Por qué has de servirme a cambio de nada?

Nadie da sin esperar recompensas. El eunuco dijo, sonriendo: —Los dos nos comprendemos. Ella apartó la mirada.

—Entonces sólo nos cabe esperar. —Esperaremos —asintió Li Lien-ying. Hizo una inclinación y se alejó. Ella, muy pensativa, volvió a la biblioteca, con el perrillo trotando detrás. El anciano profesor seguía durmiendo y ella se sentó de nuevo y reanudó la lectura. Todo seguía lo mismo, salvo que su corazón, en aquel breve espacio de tiempo, había dejado de ser el dulce corazón de una virgen, para convertirse en el de una mujer que se lanzaba, resuelta, por la senda de su destino. ¿Cómo podía enterarse del significado de la poesía antigua? Toda su mente giraba sobre un punto: el momento en que fuera llamada por el soberano.

¿Cómo sería hecha la llamada y quién le transmitiría el mensaje? ¿Tendría tiempo para bañar y perfumar su cuerpo, o habría de acudir presurosamente y tal como se encontrara en aquel instante? Las concubinas imperiales discutían de estas cosas a menudo y cuando una era llamada y volvía, todas le preguntaban hasta los últimos detalles de cuanto había pasado entre ella y el emperador. Yehonala no había preguntado nada, pero sí escuchado a todas. Valía más estar bien enterada. «El emperador no quiere que se le hable mucho», había dicho una vez una concubina, antaño favorita, y que ahora vivía en el Palacio de las Concubinas Olvidadas, en compañía de otras a quien el emperador amó por breve espacio y de algunas que habían sido las concubinas de su difunto padre e iban ya creciendo en años. La mujer que recordaba Yehonala no contaba aún veinticuatro años y ya había sido elegida, amada y rechazada. Durante el resto de su vida viviría sin ser casada ni viuda, y como no había concebido, ni el consuelo de un hijo le quedaba. Era bonita, pero huera y sin atractivo interior. Toda su charla se refería al único día en que había habitado en el palacio del emperador. Repetía esta corta historia una vez y otra siempre que las nuevas concubinas esperaban ser elegidas. Pero Yehonala esperaba sin decir nada. Ella sabría enamorar al

emperador. Le entretendría, le mimaría, cantaría para él, le narraría cuentos y sabría ligarle a ella con los lazos de la carne y del espíritu. Cerró *El libro de las metamorfosis* y lo puso sobre la mesa. Existían otros libros, y precisamente libros prohibidos, como *El sueño de la cámara roja*, *La flor de ciruelo en el vaso de oro*, *La serpiente blanca...* Tenía que leerlos todos y para ello pediría a Li Lien—ying que se los trajera de las librerías de fuera si no los hallaba en palacio. El profesor despertó repentinamente y casi sin que se reparase en ello, como los ancianos suelen despertar, ya que, a esa edad, la diferencia entre el sueño y la vigilia es muy ligera. Miró a su discípula sin moverse. —¿Has terminado la lectura que te señalé? —preguntó. Ella dijo: —Ya he terminado y ahora quisiera otros libros. Sobre todo obras de fantasía y de cuentos de magia, para distraerme. El eunuco adoptó un aspecto de severidad y se pasó por la barbilla una mano tan seca y marchita como una hoja muerta de palmera. —Tales libros envenenan los cerebros, especialmente los de las mujeres —declaró— En la biblioteca imperial no encontrarás ninguno entre los treinta y seis mil que llenan estos anaqueles. Además, una dama virtuosa no debe mencionarlos. —Pues no los mencionaré más —contestó ella retozonamente. Inclínose, recogió el perrillo, se lo guardó en la manga y se encaminó a sus habitaciones. Lo que ella supo la tarde de aquel día se conoció al siguiente en todas partes. La noticia circulaba entre cuchicheos, volaba de patio a patio y en todas partes suscitaba el interés con la facilidad con que el viento levanta el polvo. A pesar de su consorte y sus muchas concubinas, el emperador no había tenido jamás un hijo y los 1 grandes clanes manchúes andaban muy alterados; Si no existía heredero directo, habría que elegirlo entre aquellos clanes. Los príncipes pensaban en ellos; y en sus hijos, celosos y anhelosos de saber en quién-'a recaería la elección. Más ahora, puesto que Sakota estaba embarazada, no cabía más que esperar. Si la joven ponía en el mundo una niña, la lucha había

de comenzar de nuevo. La propia Yehonala pertenecía al más poderoso de aquellos clanes. Un clan que ya había dado tres emperatrices a la dinastía. Si ella fuese llamada, si concibiera inmediatamente y si Sakota no tuviese sino una «hija, el sendero del destino quedaría inmediatamente despejado. Demasiado despejado porque entonces un a paso conduciría al otro. Era mucha felicidad... No obstante, todo era posible. Yehonala empezó, pues, a prepararse desde aquel día, leyendo los memoriales publicados por el Tronos y cuantos edictos expedía el emperador. Se fijaba en todos sus pormenores. Así iba informándose de cuanto concernía a la marcha y gobernación del reino y estaría dispuesta y en condiciones si algún día los dioses acordaban ayudarla. Lentamente empezó a comprender la inmensidad de su país y del pueblo que lo habitaba. Hasta entonces su mundo se reducía a la ciudad de Pequín, donde había residido desde su niñez hasta convertirse en doncella. También conocía que la raza gobernante estaba compuesta por los clanes manchurianos, cuyos antecesores invadieron, conquistaron y sometieron a su dominio un grande y potente pueblo: el chino. Hacía doscientos años que la dinastía norteña tenía implantado su centro en la imperial ciudad pequinesa, en el corazón de la cual levantó los muros rojos de su personal recinto. Llamábanlo la Ciudad del Emperador, o Ciudad Prohibida, porque el Hijo del Cielo era su rey y único hombre con derechos a ella y sólo él podía pernoctar allí. Al oscurecer los tambores sonaban en toda calle, plaza y calleja del recinto amurallado, advirtiendo a cuantos se hallaban dentro del recinto que debían partir. Y en su ciudad sólo quedaba el emperador con sus mujeres y sus eunucos. Mas ahora Yehonala veía bien claro que aquella ciudad interior no era más que el centro de gobierno de un país eterno por sus montañas, ríos, lagos y costas, por el incontable número de sus ciudades y aldeas, por los centenares de millones de diversas gentes que lo poblaban y entre los que había mercaderes,

campesinos, intelectuales, tejedores, artesanos, posaderos, herreros; en resumen, hombres y mujeres de todo estilo, oficio y arte. La brillante imaginación de la muchacha franqueaba las puertas de la Ciudad Imperial y viajaba a través de cuanto describían las páginas de los libros que había leído. Pero los edictos imperiales le enseñaron una cosa más; y fue que en el Sur se incubaba una tremenda rebelión, odioso fruto de una religión extranjera. Aquellos chinos rebeldes se aplicaban a sí mismos la denominación de T'ai P'ing y los conducía un fanático cristiano, apellidado Hung, quien imaginaba ser el hermano encarnado de alguien llamado Cristo. Su nacimiento no era extraño, porque en los antiguos libros se encontraban muchas historias de hechos fuera de lo común. Sabíase de la mujer de un labrador que, estando cultivando sus tierras, vio llegar un dios en una nube; y, habiéndola él impregnado de su magia, concibió en ella un hijo que nació en el término de diez meses limares. Una virgen, hija de un pescador, hablaba de un dios que, saliendo de un río junto a cuya orilla ella se ocupaba en tender las redes de su padre, se le acercó y la dejó influida por su magia. Pero esto era distinto, porque bajo la bandera cristiana de los T'ai P'ing los rebeldes, los inquietos, y los descontentos empezaban a organizarse y, si no eran refrenados, podían derribar la dinastía manchú. T'ao Kuang había sido un hombre débil, como lo era ahora su hijo, Hsien Feng, a quien la emperatriz madre trataba y mandaba como si fuera un niño. En consecuencia, Yehonala debía abrirse camino a través de la viuda del anterior emperador. Así, convirtió en deber cotidiano el de atender a la anciana; procurando llevarle alguna flor escogida o una frutal madura tomada de los jardines Imperiales. Era verano e iba a empezar la temporada de los melones. A la emperatriz madre le gustaban mucho esos melones pequeños, de jugosa carne amarilla, que i crecen sobre los montones de estiércol donde se siembran las semillas en primavera. Yehonala paseaba m todos los días por los melonares, entre las filas de

plantas, y buscaba los primeros melones dulces escondidos bajo las hojas. Encima de los más pronto a madurar colocaba un fragmento de papel amarillo en el que escribía el nombre de la emperatriz, a fin de que ningún ávido eunuco o sirviente de Palacio pudiera arrancarlos. A diario examinaba el estado de maduración de los melones apoyando en ellos el índice y el pulgar. Había transcurrido una semana desde que Li Lien—ying le diera las noticias concernientes a Sakota cuando, bajo la presión de sus dedos, creyó notar que un melón que tocaba sonaba a vacío, como un parche de tambor. Estaba, pues, maduro. Lo arrancó de la planta y se dirigió a los patios de la emperatriz. —Nuestra venerable madre duerme —anunció una servidora que tenía celos de Yehonala, porque veía a ésta favorecida por la emperatriz madre. Yehonala alzó la voz: —¿La emperatriz madre durmiendo todavía? En ese caso debe de hallarse enferma. Hace mucho que pasó la hora en que suele despertar. La joven tenía, cuando lo deseaba, una voz clara como la de un zorzal y capaz, además, de ser oída a la distancia de varias habitaciones. Y esta vez logró J alcanzar los oídos de la emperatriz madre, que no dormía, en efecto, sino que estaba sentada en su dormitorio bordando un dragón dorado sobre un cinturón negro que deseaba regalar a su hijo. No necesitaba efectuar semejante trabajo, pero, para distraerse, como no sabía leer, le gustaba bordar. Mas ya empezaba a cansarse de su labor de aguja, lo que solía ocurrir. Aprovechó la ocasión de percibir la voz de Yehonala, para levantar el tono de la suya y llamar: —¡Ven aquí, Yehonala! Quien haya dicho que estoy durmiendo, es una mentirosa. La mujer de servicio arrugó el entrecejo y Yehonala sonrió, apaciguándola. —Nadie afirmó que dormíais, Venerable, Pero yo entendí mal. Tras esta cortés mentira, avanzó a través de las habitaciones, siempre con su melón entre las manos, hasta llegar al cuarto de la emperatriz madre. Hallola vestida únicamente con sus ropas interiores, por el calor. Se acercó a ella y le ofreció la fruta, sosteniéndola con

los dedos. La anciana exclamó: —¡Y pensar que en el momento en que yo estaba pensando en esta clase de melones dulces y anhelando comer unos llegas tú con él! Yehonala repuso: —¿Puedo llamar a un eunuco y pedirle que cuelgue el melón en una pared, para que se enfríe? La emperatriz madre no lo consintió, arguyendo: —No, no, porque si esta fruta cae en manos de un eunuco, se la comerá en secreto y cuando yo mande a buscarla me enviará un melón verde diciendo que las ratas han roído el otro, o que cayó al pozo y no se ha podido sacar. Conozco a los eunucos. Lo comeré ahora mismo y lo tendré seguro en el vientre. Volvió la cabeza y gritó, esperando que la oyera cualquier criada que hubiese a mano. —¡Traedme un cuchillo grande! Acudieron corriendo tres o cuatro mujeres con cuchillos. Los dejaron allí y salieron en seguida. Yehonala tomó uno y cortó el melón limpia y delicadamente. La emperatriz madre asió un trozo y principió a comerlo con la avidez de una niña. El dulce zumo de la fruta le resbalaba barbilla abajo. —Una toalla —pidió Yehonala a una de las domésticas. Cuando tuvo la toalla en la mano, la anudó al cuello de la emperatriz para impedir que se manchara sus prendas interiores, de seda. Después de comer todo lo que pudo, la emperatriz madre ordenó: —Guarda la mitad. Cuando mi hijo venga esta noche a verme antes de dormir, como hace siempre, le daré el medio melón que sobra. Pero has de dejarlo aquí porque, si no, corremos peligro de que nos lo arrebate algún eunuco. —Con permiso... —dijo Yehonala. No permitió que ninguna criada tocara la fruta. Pidió un plato y puso el melón en él. Mandó después que le trajesen una escudilla grande de porcelana y la puso encima del melón. Luego acomodó el plato en un recipiente de agua fría. Se tomaba todas estas molestias para que la emperatriz madre la mencionase al emperador cuando éste llegara. Así él no podría dejar de recordar el nombre de la muchacha. Mientras ella trabajaba de este modo, LI Lien-ying hacía lo mismo a su manera. Sobornó a

algunos sirvientes de los patios privados del emperador, al efecto de que cuando el monarca pareciera inquieto y dirigiera la vista a un lado y otro como el hombre que busca una mujer, ellos, recordando las recomendaciones del eunuco, pronunciasen el nombre de Yehonala. Así, de un modo o de otro, se consiguió el objetivo. El mismo día de la presentación del melón, Yehonala, encontró entre las páginas de su libro, cuando lo abrió en la biblioteca, una pequeña hoja de papel plegado. En ella estaban escritos dos versos. La escritura era muy tosca, y el texto rezaba:

El Dragón de nuevo despierta; él día del Fénix ha llegado.

Yehonala sabía quién había escrito las palabras. ¿Cómo estaría enterado Li Lien-ying? No pensaba preguntarle. Los manejos del eunuco para favorecer los designios de la joven debían quedar ocultos hasta para ella misma. Leyó sus libros mientras el viejo eunuco que le daba lecciones dormía, despertaba y volvía a dormirse. Esta especie de juego prosiguió durante varias horas. Aquel día correspondíale también a Yehonala recibir su habitual lección de pintura a media tarde, cosa que celebró porque su mente saltaba de una cosa a otra y ella no conseguía concentrar sus pensamientos en las palabras de un sabio fallecido hacía ya mucho tiempo, ni en realidad se le exigía. En cambio, en el estudio pictórico tenía que estar muy atenta porque la profesora, una mujer no vieja aún, era muy exigente. Se llamaba Miao, y era una viuda china que había perdido a su marido en la juventud. Como no era usual que las mujeres chinas apareciesen en la corte manchuriana, aquella dama estaba autorizada para andar con los pies desligados, ostentar un peinado alto como las mujeres manchúes y vestir ropas de estilo igual al de ellas. Así parecía una manchú, se le permitía parecerlo porque era perfecta en su arte. Procedía de una familia de artistas chinos, ya que su padre y sus hermanos habían sido artistas también. Pero ella los superaba a todos, especialmente en la pintura de relojes y crisantemos. Se le

utilizaba en Palacio para enseñar pintura a las concubinas, mas su destreza y hasta su impaciencia la impedían transmitir su arte a ninguna mujer que no tuviese voluntad de aprender o careciese de talento y gusto estético. Yehonala no carecía de esas cualidades ni de voluntad, y cuando Miao lo descubrió se consagró con todo su corazón a la orgullosa joven, aunque como profesora siguiera siendo insistente y severa. Ello le impedía permitir a Yehonala el que pintase nada todavía del natural. Por lo contrario, la forzaba a estudiar antiguos trabajos de grabado al boj y obras y reproducciones de maestros muertos hacía mucho, para que la estudiante pudiese fijar bien en su mente las pinceladas que daban, los perfiles que dibujaban y los colores que sabían mezclar. Cuando la joven estuvo adelantada en aquellos estudios, recibió autorización para comenzar a copiarlos con la prohibición de ejecutar el trabajo sola. Aquel día Miao llegó, como de costumbre, a las cuatro en punto de la tarde. Había en la biblioteca imperial muchos relojes, dádivas de enviados extranjeros de pasadas centurias, y el palacio abundaba tanto en ellos que se necesitaba el trabajo completo de tres eunucos sólo para darles cuerda. Pero Miao no consultaba los relojes mecánicos, sino uno de agua que había al extremo del salón. No le agradaban los objetos extranjeros, porque, a su juicio, turbaban la calma que se necesita para pintar. Miao era una mujer esbelta y casi bella, sin más defecto que la pequeñez de sus ojos. Aquella tarde vestía un traje color de ciruela, y su cabello, peinado alto como siempre, se adornaba con las sartas de cuentas de las tocas manchúes. El eunuco que la seguía abrió un cofre muy alto y sacó de él pinceles, colores y vasijas para el agua. Yehonala se levantó y permaneció en pie delante de su profesora. —Siéntate, siéntate —ordenó Miao. Y se sentó ella misma para dar ejemplo y permitir que su alumna se sentara. A la sazón Yehonala miraba desde un nuevo punto de vista su vasto país y sus habitantes, en cuyo centro vivía. El arte de muchos siglos se desplegaba

ante ella mientras su profesora hablaba de tantos y tantos artistas, empezando por el más famoso de los maestros chinos, Ku K'ai-chih, que floreció quince siglos antes. A Yehonala le gustaba más que nada las pinturas de aquel artista de tiempos remotos, porque solía pintar diosas aureoladas de nubes, sobre carros tirados por dragones. También había hecho, sobre largas tiras de seda, apuntes de escenas en los palacios imperiales. En uno de aquellos cuadros, Chi'en Ling, antepasado de los emperadores, había puesto su gran sello privado y una inscripción autógrafa que rezaba: «Esta pintura no ha perdido su prístina lozanía.» La tal tira de seda medía once pies de longitud y nueve pulgadas de anchura, y era de color pardusco. Comprendía nueve escenas de temas regios. La predilecta de Yehonala representaba un oso cuyos dueños le habían soltado para divertir a la Corte. Pero el oso corría agresivamente hacia el emperador y una mujer se interponía en su camino intentando salvar al Hijo del Cielo. Aquella mujer se parecía a Yehonala. Era alta y bella y permanecía atrevidamente ante la fiera, con los brazos cruzados y el aspecto impávido, mientras los guardianes corrían hacia el oso empuñando sus lanzas. Otra escena le complacía mucho y era una que representaba al emperador, la emperatriz y sus dos hijos. Niñeras y profesores rodeaban a los niños y había en todo aquello una familiar calidez de vida. El niño pequeño tenía aspecto travieso, y se rebelaba y hacía muecas mientras el barbero le afeitaba la coronilla. Yehonala reía al mirarlo. Si el cielo quería, ella pensaba tener un hijo así. Aquella tarde la lección versaba sobre Wang Wei, un médico nacido hacía trece siglos y que prescindió de su antigua profesión para convertirse en poeta y artista. Miao decía con su voz de plata: —Vamos a estudiar esta tarde unos dibujos de Wang Wei. Observa esas hojas de bambú tan delicadamente trazadas, entre las oscuras rocas. Nota cómo las flores de ciruelo resaltan entre los crisantemos. Miao no consentía conversación alguna que no se refiriera a pintura.

Yehonala, siempre dócil con sus instructores, escuchaba y aprendía. Pero ahora habló: —¿No es raro que los crisantemos se mezclen con las flores de ciruelo? ¿No conduce eso a con las estaciones del año? Miao pareció molesta. —No es discreto hablar de confusiones cuando se trata de Wang Wei —dijo—. Si un maestro así intercala crisantemos con flores de ciruelo, ello debe de tener su significado. No se trata de un error. Piensa que una de sus pinturas más famosas muestra unas hojas de banano bajo la nieve. ¿Y es posible que caiga la nieve sobre las hojas de banano? Pero si Wang Wei lo pintó, desde luego es posible. Te ruego que medites sobre sus poesías. Algunos piensan que Wang Wei tenía más de poeta que de pintor. Yo digo que sus cuadros son poemas y sus poemas cuadros; y eso constituye la esencia del arte. Porque el arte ideal consiste en describir, no un hecho, sino un estado de ánimo. Mientras hablaba eligió pinceles y mezcló colores. Yehonala la contemplaba atentamente. La profesora dijo: —Querrás saber por qué deseo que copies la obra de Wang Wei. Se trata de que aspiro a que adquieras delicadeza y precisión de trazo. Las capacidades deben ser dirigidas e informadas desde dentro. Entonces es cuando el genio se manifiesta. —Quisiera hacer una pregunta a mi profesora —dijo Yehonala. —Puedes hacerla —contestó Miao, que en aquel momento se ocupaba en aplicar rápidas y finas pinceladas a una ancha hoja de papel extendido sobre una mesa que un eunuco había puesto a su lado. La pregunta de Yehonala fue ésta: —¿Cuándo podré pintar un cuadro propio? La profesora dejó suspendida en el aire su mano armada del pincel, y dirigió a la joven una prolongada mirada al soslayo, entornando los ojos. —Cuando nadie pueda mandar en ti. Yehonala no contestó. El significado de la frase era claro. En cuanto el emperador la eligiera, ni Miao, su maestra, ni nadie podría mandar en ella, excepto el propio emperador. Tan alta se colocaría, que sólo al Hijo del Cielo le competería tratarla en autoridad. Empuñó el pincel y comenzó a copiar

cuidadosamente la mezcla, antes criticada, de crisantemos y flores de ciruelo. A una hora indefinida de la noche despertó al sentir que unas manos la asían por los hombros y la zarandeaban. No había podido dormirse pronto y cuando, al fin, cerró los ojos, se sumió en un profundo sueño. Empezó a salir del fondo de un pozo de oscuridades y, mientras pugnaba por abrir los parpados, oyó la voz de su sirvienta, que la interpelaba: —Despierta, Yehonala. Ha llegado la llamada. El emperador desea verte. La joven despertó en el acto. Su mente recuperaba su habitual claridad. Apartó las sábanas de seda y se precipitó fuera del alto lecho. La mujer cuchicheó: —Ya tengo el baño dispuesto. Entra en la bañeras— He perfumado el agua y he sacado el más lindo de tus vestidos: el de color lila. —No —ratificó Yehonala—. Me pondré el de color? rosado, como la piel del melocotón. Ya otras mujeres irrumpían en la cámara. Llegaban bostezando, porque les habían interrumpido el sueño. Estaban entre ellas la encargada, la peinadora y la guardiana de las joyas imperiales, joyas que no se daban a ninguna concubina hasta que el emperador mandaba llamarlas. Yehonala se arrodilló en la bañera. Su sirvienta la enjabonó cuidadosamente el cuerpo y luego la secó con todo esmero. —Sal del baño y pon los pies sobre esta toalla—indicó la sirvienta—. Voy a frotarte aún más para secarte del todo. Hay que perfumarse sobre todo los oídos, porque al emperador le gustan mucho las orejas de las mujeres y tú las tienes muy lindas y muy i pequeñas. No olvides tampoco las ventanillas de la nariz. Yehonala se sometió sin réplica a todas aquellas indicaciones. Lo urgente era acabar muy de prisa. El emperador se hallaba despierto y, a la sazón, debía de estar bebiendo vino y comiendo panecillos rellenos de carnes especiales y aromatizadas. Li Lien-ying se acercó a la puerta, repitiendo la noticia ya conocida. Su ronca voz habló desde el otro lado de la cortina. —No os retraséis. Si una mujer no está lista pronto, hará llamar a otra. Os aseguro que la sangre del Dragón se

inflama fácilmente. —Mi señora ya está preparada —contestó la fámula. Colocó dos joyas que figuraban flores tras los oídos de Yehonala y la empujó hacia la puerta. —Ya es hora de que vayas, preciosa mía, mi cariño —murmuró'. —¡Mi perrillo! —exclamó Yehonala, viendo que el animal se aprestaba a seguirla. Li Lien-ying protestó: —No puedes llevar tu perro, señora. Yehonala, aunque poseída de súbito temor, se inclinó, cogió al perro y lo tomó en brazos. —Lo llevaré conmigo —aseguró. Y dio un golpe con el pie en el suelo, Li Lien-ying volvió a protestar: —¡No, no! La sirvienta clamó, casi enloquecida: —¡Por el mismo Señor de los Infiernos, déjala ir con su perro, y cállate, grandísimo cerote de remendón, que no eres otra cosa! Si no se lo permites puede negarse a ir y ¿qué será entonces de todos nosotros? Así fue como Yehonala acudió ya de madrugada a la cámara del emperador llevando en brazos su perro, que parecía un juguete. Y de entonces en adelante Li Lien-ying, quien, en efecto, había aprendido el oficio de zapatero antes de convertirse en eunuco, fue llamado *Cerote de Remendón* por todos los que le temían y odiaban. En la suave oscuridad de la noche de verano. Yehonala siguió a Li Lien-ying a lo largo de los estrechos pasadizos de la Ciudad Prohibida. El eunuco sostenía una linterna de papel encerado cuya luz permitía a la joven seguirle sin dificultad. Iba su sirvienta tras ella. Las piedras que pisaban estaban cubiertas de un rocío que brillaba como ligera escarcha. Las hierbecillas que crecían entre las piedras aparecían cubiertas también de rocío. Aunque Yehonala no había estado jamás en el palacio del emperador, le constaba, como a todas las concubinas, que ocupaba el corazón de la Ciudad Prohibida, en el centro de los jardines imperiales y a la sombra del triple santuario, es decir, de la Torre de las Flores y la Lluvia, cuyas techumbres sostenían pilastras de oro circuidas de dragones. Aquel santuario contenía tres altares, ante los que el emperador oraba a solas, como habían hecho todos sus antepasados desde la época del gran K'ang Hsi.

Gracias a ello los dioses les protegían. Yehonala dejó atrás el santuario y llegó a la entrada del patio del palacio privado del emperador. La puerta se abrió ante ella silenciosamente y el eunuco avanzó a través de un vasto patio interior hasta un gran vestíbulo. De nuevo empezaron a seguir pasadizos silenciosos en los que no había más que vigilantes eunucos. Al fin llegaron a unas altas puertas dobles, esculpidas con relieves de dragones dorados. El jefe de eunucos, An Teh-hai en persona, permanecía en pie esperando. Tenía un aspecto magnífico, con su elevado y espléndido porte, con su orgullosa faz muy grave y con los largos brazos cruzados. Su túnica, de raso purpúreo, adornada de brocado y ceñida de oro, resplandecía a la luz de las bujías colocadas en altos candelabros de bruñida madera labrada. Cuando la joven se acercó, el eunuco mayor no le habló ni dio muestra alguna de reconocerla. Su mano derecha hizo un signo a Li Lien-ying, que retrocedió deferente. De pronto el jefe de eunucos reparó en la cabezal del perrillo, que salía de la manga de Yehonala. —No puedes entrar en el dormitorio del emperador llevando un perro —dijo con gravedad. Yehonala alzó la cabeza y sus grandes ojos se fijaron en el eunuco. —Entonces no entraré —repuso. Aquellas breves palabras fueron pronunciadas con el tono de una persona a quien le fuera indiferente entrar o no. An Teh-hai la miró, sorprendido. —¿Osas desafiar al Hijo del Cielo? —preguntó. Ella no respondió y acarició a su perrillo con la mano que tenía libre. Li Lien-ying intervino: —Hermano Mayor —dijo—, esta concubina es ingobernable. Habla como una niña, pero es más fiera que un tigre. Todos la tememos. Si se niega a entrar, lo mejor es mandarla a sus habitaciones. No merece la pena discutir, porque tiene el corazón más duro que una piedra. Se abrió bruscamente una cortina que había a espaldas de An Teh-hai y asomó la cabeza de otro eunuco. —Se quieren saber los motivos de esta dilación. Se desea conocer si el Señor ha de venir a resolver? las cosas en persona. Li Lien-ying aconsejó: -Hermano

Mayor, déjala entrar con el perro. Pue de llevarlo escondido en la manga. Si el animal molesta, puede sacarlo la criada, que quedará esperando a la puerta. El jefe de eunucos rezongó, pero Yehonala continuaba mirándole y abriendo mucho sus inocentes ojos. ¿Qué remedio le quedaba, sino ceder? Volvió a gruñir y a murmurar, mas no se opuso y ella le siguió a otra estancia, a cuyo extremo pendían pesados cortinajes de raso del imperial color amarillo, con dragones bordados en seda escarlata. Tras los cortinones había unas gruesas puertas de madera artísticamente trabajada. El eunuco mayor apartó las cortinas, abrió las puertas y con un ademán indicó a Yehonala que pasase. Esta vez la joven no hubo de seguir a nadie. Los cortinajes se cerraron a sus espaldas y la joven se encontró ante el emperador. El Hijo del Cielo ocupaba un gran lecho imperial colocado sobre un estrado. El lecho era de bronce, con columnas del mismo metal en las que campeaban dragones trepadores en relieve. De lo alto de aquellas columnas, unidas por una armazón bronceína en sus extremos, pendía una especie de vasto nido hecho de hilo de oro que se entretejía en forma de frutas y flores. Rodeaban el conjunto figuras de dragones de quintuple zarpa. El emperador se hallaba sentado en un inmenso colchón cubierto de seda amarilla. Protegía sus piernas una manta, también de amarilla seda, con dragones rojos bordados. Apoyaba la espalda en un montón de almohadones de la misma seda amarilla, lo que le permitía mantenerse erecto con comodidad. Llevaba una camisa de dormir de seda encarnada, con las mangas cerradas en las muñecas y el cuello alto. Tenía cruzadas las finas y delgadas manos. La joven sólo le había visto la vez en que él la escogió, y entonces llevaba la cabeza cubierta por su real tocado. Ahora no tenía nada sobre ella y mostraba su cabello negro y corto. Su rostro, macilento y alargado, parecía hundido bajo una frente demasiado prominente y ancha. Hombre y mujer se miraron y él le hizo seña de que se acercara. Ella avanzó lentamente,

clavando los ojos en el rostro del emperador. Cuando se hubo aproximado lo que le pareció bastante, se detuvo en seco. El hombre comentó, con voz alta y chillona: -Eres la primera mujer que entra en esta habitación con la cabeza levantada. Siempre se teme mirarme. Yehonala pensó que Sakota había entrado en la cámara imperial con la cabeza inclinada. ¿Y dónde estaría Sakota? ¿En qué estancia, probablemente lejana, dormiría? En todo caso había estado allí, asustada, sumisa, incapaz de articular palabra. —Yo no temo nada —repuso Yehonala, con su voz blanda y clara—. He traído conmigo a mi perrito. Las concubinas decían a menudo cómo había que interpelar al Hijo del Cielo. No podía hablársele nunca igual que a un simple mortal, sino como al Señor— de los Diez Mil Años, altísimo y venerabilísimo. Tales eran las palabras de saludo que debían dirigírsele. En cambio Yehonala hablaba al emperador como a un hombre cualquiera. Sacó de su manga la cabeza de su perro y la acarició. —Hasta ahora —explicó— yo nunca había tenido un perro como éste. Me hablaban a menudo de los perros leones, pero jamás poseí uno. El emperador contempló en silencio a la concubina, desconcertado por aquella charla pueril. —Siéntate en el lecho a mi lado —ordenó— y explícame por qué no me tienes miedo. Ella se encaramó al estrado y se sentó en el borde del lecho, mirando al soberano y sin soltar su perro. El animalillo aspiró el aire perfumado y estornudó. La joven se echó a reír. —¿Qué perfume es éste que hace estornudar a mi perro? —quiso averiguar. —Aroma de madera de alcanfor —explicó el interrogado—. Pero ¿no me dices por qué no me tienes miedo? Yehonala sentía los ojos del emperador sobre toda su persona. Aquel hombre escrutaba su rostro, sus labios, sus manos, que seguían halagando al perrillo. La recorrió un súbito escalofrío, aunque estaban en verano y no hacía humedad ni se había levantado viento. Bajó la cabeza como para mirar al perro y después, con un esfuerzo, dirigió los ojos al emperador. A continuación habló dulce y tímidamente: —Conozco mi destino

—dijo. —¿Cómo es que conoces tu destino? —preguntó el emperador. Comenzaba a sentirse divertido. Plegó hacia arriba sus delgados labios y sus ojos exteriorizaban menos frialdad. Ella prosiguió expresándose con la misma mida y dulce: —Cuando recibí la llamada en casa de mi tío al patio y... Agregó: —Mi tío es mi tutor desde la muerte de mi padre... Me acerqué al santuario que tenemos junto al granado, oré a mi diosa, Rúan Yin, quemé el incienso, y, entonces... Se interrumpió, tembláronle los labios e intentó sonreír, —¿Y entonces? —preguntó el emperador, sintiendo el corazón encantado por aquel bello rostro, tan juvenil y dulce. —Aquel día no hacía viento —explicó la muchacha—. El humo del incienso quemado se elevaba hacia el cielo desde el altar. Se ensanchó formando una fragante nube y vi, en el centro de la nube, un semblante. —¿De hombre? —instó él. Ella asintió bajando la cabeza medrosamente, como hacen los niños cuando no quieren hablar. —¿Era mi rostro? —insistió el soberano. —Sí, Majestad. Vuestro rostro imperial.

Pasaron dos días con sus noches y la joven seguía aún en la cámara regia. El emperador se durmió tres veces. En cada una de tales ocasiones ella se acercaba a la puerta y llamaba a su servidora, la cual se deslizaba entre las cortinas hasta el tocador cercano. Allí los eunucos habían preparado una bañera y mantenían constantemente encendido un fuego de carbón, con un caldero de agua encima. A la mujer le bastaba verter el agua en la bañera de porcelana para refrescar y asear a su señora. Dábale ropa interior limpia y diferentes túnicas, y nunca dejaba de peinar cuidadosamente la cabellera de Yehonala. La joven no habló ni una vez, salvo para dar instrucciones, y ni una vez la sirvienta formuló preguntas. Terminada la tarea de la mujer, Yehonala volvía al dormitorio imperial y las pesadas puertas se cerraban tras los amarillos cortinajes. Ya en la vasta cámara se sentaba en una silla junto a la ventana y esperaba a que el emperador despertase. Lo

hecho, hecho estaba. Yehonala sabía ahora lo que era aquel hombre, pobremente débil y caprichoso, poseído por tanta pasión que no conseguía satisfacer, por una lascivia mental más terrible que la de la carne. Cuando se sentía amorosamente derrotado, lloraba junto a la joven. ¡Y aquél era el Hijo del Cielo! No obstante, tan pronto como él despertaba, la joven se mostraba gentil y diligente en todo. Como el emperador solía sentir apetito, Yehonala hacía llamar al eunuco mayor y le mandaba por los platos que más agradaban a su soberano. La joven comía con el emperador y alimentaba al perrillo con trocitos de carne, soltándole de vez en cuando para que saliese al patio que se veía desde la ventana. Terminada la refacción, el hombre imperial ordenaba a su jefe de eunucos que corriese las cortinas de la ventana para no dejar paso a la luz del sol. El eunuco abandonaba a la pareja por disposición del Hijo del Cielo, quien le advertía que no acudiese de no ser llamado, añadiendo que no se reuniría con sus ministros aquel día, ni al siguiente, hasta que lo decidiese su voluntad. En ciertos momentos An Teh-hai asumía un aspecto grave. Decía cosas como ésta: —Majestad, hay malas noticias del Sur. Los rebeldes T'ai P'ing se han apoderado de la mitad de otra provincia. Vuestros príncipes y ministros esperan audiencia con afán. —No la concederé —repuso con obstinación el monarca, tendiéndose sobre los cojines del lecho. El jefe de eunucos salió de la estancia. —Cierra la puerta por dentro —mandó el emperador a Yehonala. Ella lo hizo y volvió junto a su señor, que la miraba con la expresión terrible del deseo insatisfecho. —Ahora me siento fuerte. Las viandas me han devuelto las energías. Era verdad que el emperador estaba fuerte. Ella recordó algo que las mujeres que vivían en el Palacio de las Concubinas Olvidadas solían comentar. Afirmaban que, cuando el emperador permanecía demasiado tiempo en su cámara con una concubina, se mezclaba a su plato favorito una poderosa hierba. Pero se trataba de una hierba tan peligrosa que no

convenía prodigarla en extremo, porque producía como reacción un agotamiento que podía terminar en la muerte. Esta vez ese agotamiento se produjo en la mañana del tercer día. El emperador cayó sobre la almohada medio desmayado y silencioso. Tenía los labios azules, los ojos medio cerrados, y no podía hacer un solo movimiento. Su faz macilenta adquirió gradualmente una verdosa palidez y todo esto, unido al natural color amarillo de su piel, le daba el aspecto de un cadáver. Yehonala, asustadísima, salió a la puerta a pedir socorro. Antes de que dijese nada vio acercarse al jefe de eunucos, An Teh-hai, presto a recibir órdenes. —Haz llamar inmediatamente a los médicos de la Corte —ordenó la joven. Hablaba con frialdad y orgullo, y sus ojos parecían más negros que nunca. El eunuco mayor obedeció al punto. Yehonala volvió al lado del lecho del emperador. Éste se había dormido. La joven miró aquel rostro y sintió ganas de llorar. Permaneció un rato allí experimentando intermitentemente el singular escalofrío que venía atormentándola durante aquellos do días y tres noches. Otra vez se acercó a la puerta y la abrió lo bastante para dar paso a su cuerpo menudo. Junto al umbral su mujer de servicio se sentaba en un escaño de madera. Estaba harta de esperar y cabeceaba. Yehonala le puso la mano en el hombro y la movió suavemente. La primera pregunta de la mujer fue: —¿Dónde está tu perrito? Yehonala le dirigió una mirada distraída. —Lo saqué al patio a no sé qué hora de la noche. —No importa —repuso la doméstica, compasiva—. ¡Ea, ven conmigo! Tu vieja sirvienta te llevará de la mano. Yehonala se dejó conducir por los estrechos pasadizos. Apuntaba la aurora y el sol naciente brillaba en los muros de color encarnado pálido. Así regresó a sus habitaciones. Durante todo el camino la servidora procuraba infundirle ánimos y le hablaba de continuo para consolarla. —Todos dicen que nunca una concubina ha pasado tanto tiempo con el Hijo del Cielo. Incluso la consorte no estuvo más que una noche con él; y eso una vez sola. El eunuco Li

Lien-ying dice que tú eres ahora la favorita. Nada tienes que temer. Yehonala sonrió, pero sus labios temblaban. —¿De modo que eso dicen? —comentó. Procuró erguirse y reanudó el camino, andando con su dúctil gracia habitual. Bañose y se puso ropas de dormir de la más fina seda. Ya en su propio lecho, con las cortinillas corridas y sin la presencia de la sirvienta, recayó en el angustioso escalofrío que la acometiera antes. Debía, siempre estar sola y callada, mientras viviera, porque no tenía con quien hablar. Con nadie, ya que no contaba con un solo amigo. Se encontraba sola, con una soledad que ni en sueños imaginó que existiese. No, no tenía a nadie... ¿A nadie? ¿No era Jung Lu su primo? Sí, lo era, y los lazos de la sangre no se disuelven nunca. Se sentó en el lecho, se enjugó los ojos y dio una palmada para llamar a la doméstica. La mujer preguntó desde la puerta: —¿Qué quieres? —Haz venir al eunuco Li Lien-ying. La criada titubeó. En su rostro redondo se apuntaba una ostensible duda. —Bondadosa señora —aconsejó—, no muestres demasiada amistad a ese eunuco. ¿Qué servicio puede prestarte en este momento? Yehonala se mostró tenaz. —Uno que sólo él tiene en la mano hacer —contestó. La mujer se alejó, dubitativa, y Li Lien-ying acudió muy presuroso y alborotado. —¿En qué puedo servirte, mi señora Fénix? —inquirió, al llegar a la puerta. Yehonala apartó la cortina. Se había vestido con una túnica negra, muy sobria, y su pálida faz aparecía muy grave. Tenía ojeras. Habló con gran dignidad. —Vete a buscar y tráeme aquí —dijo— a Jung Lu, mi primo hermano. Li Lien-ying preguntó, sorprendido: —¿El capitán de los guardias imperiales? —Sí —repuso ella con altanería. Él salió, cubriéndose la boca con la manga, para disimular una sonrisa. La joven corrió la cortina y oyó alejarse los pasos del eunuco. Se prometió que, cuando tuviese el poder en sus manos, elevaría a Jung Lu tanto, que nadie, ni un eunuco siquiera, se atravesase a llamarle mero guardia. Lo haría por lo menos duque, y acaso Gran Consejero. Mientras

acariciaba estos pensamientos, sintió en su corazón una marea de anhelo que la hizo espantarse de sí misma. ¿Qué podía esperar de su pariente, excepto contemplar su cara sincera, oír su voz firme y, tal vez, aconsejarle lo que debía hacer ahora? Pero ¿era erróneo llamarle cuando había de decirle lo que le había sucedido durante aquellos dos días y tres noches y el cambio que ello la había hecho experimentar? ¿Osaría manifestarle que se arrepentía de haber ido a la Ciudad Prohibida y que deseaba que él le procurase medios de escapar de allí? Se dejó caer al suelo, apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos. Experimentaba un extraño dolor dentro de sí y su pecho se henchía de pesar. Deseó que su pariente no llegara. Vana esperanza, porque no tardó en percibir sus pisadas. Había acudido casi en el acto, se hallaba en la puerta y li Lien-ying anunciaba: —Señora, aquí tienes a tu pariente. Yehonala se levantó y acercose al umbral, sin pensar siquiera en mirarse antes al espejo. Jung Lu la conocía tal como era, para él no había necesidad de embellecerse. Abrió la cortina y se encontró ante el joven. —Pasa, primo —le dijo. —Mejor será que salgas tú —repuso él—. Conviene que no nos hablemos dentro de tu habitación. —Es necesario que hablemos a solas —insistió ella, viendo que li Lien-ying no se alejaba y ponía atento oído a la plática. Más Jung Lu se obstinó en no entrar y ella hubo de abandonar su alcoba. Él reparó en su faz blanca, en sus descoloridos labios y en la febril negrura de sus ojos, y sintió pena de ella. Los dos pasaron al patio y Yehonala prohibió al eunuco que los siguiera. Su mujer de servicio permaneció a poca distancia, sobre unos escalones, para que no pudiera comentarse que a su señora la habían visto sola con un hombre, aunque fuera su primo. Por lo tanto Yehonala no podía tocar la mano de Jung Di ni permitir que él tocase la de ella, por mucho que anhelase aquel contacto. Así la joven se alejó de la puerta cuanto pudo, llegó al extremo del patio y se sentó en un banco jardinero de porcelana, bajo un grupo de palmeras.

—Siéntate, siéntate —dijo a Jung Lu. Pero él no quiso hacerlo y permaneció ante su prima rígido y erguido, como si, ni aun en su presencia, fuese otra cosa que un guardián de las puertas imperiales. —¿No quieres sentarte? —Insistió ella, mirándole con suplicantes ojos. —No —confirmó él—. Sólo estoy aquí porque me has llamado. Yehonala hubo de ceder. —¿Sabes lo que pasa? —inquirió, con voz tan apagada que no hubiera podido oírlo ni un pájaro posado en la rama de uno de los árboles bajo cuyas copas estaban. —Lo sé —respondió él, sin mirarla. —Soy la nueva favorita. —También lo sé. Todo quedaba dicho en aquellas pocas palabras, ¿Qué más podía decirse si él no quería hablar? Ella; miraba fijamente el semblante de su primo, tan distinto del rostro macilento y enfermizo apoyado en la almohada imperial. Era una cara juvenil y hermosa, con los negros ojos anchos y enérgicos, la boca llena y recia y la barbilla acusada. La cara, en resumen, de un hombre. —He sido una necia —confesó la joven. Él no respondió nada. ¿Qué podía responder? —Deseo volver a mi casa. El joven se cruzó de brazos y, por encima de la cabeza de su prima, pareció abstraerse en la contemplación de las palmeras. —Tu casa es ésta —opinó. Yehonala se mordió los labios. —Quiero que me devuelvas a mi hogar. Jung Lu no se movió. Quien le hubiese visto, respetuosamente de pie ante la mujer sentada hubiera pensado que era un simple subalterno. Pero sus ojos miraban la linda cabeza que se alzaba hacia él y Yehonala leyó en aquellos ojos la esperada contestación. —Si pudiera lo haría, corazón mío. Pero no puedo. El dolor íntimo de la joven cesó repentinamente, —Dime: ¿no me has olvidado? —Te recuerdo día y noche —aseguró él. —¿Y qué puedo hacer yo? —Tú conoces tu destino —dijo Jung Lu— y tú lo elegiste. El labio inferior de Yehonala tembló y a sus negros ojos asomaron lágrimas. Balbució: —No sé lo que debo hacer. —No deshacer lo hecho. No retroceder ni volver a ser la que eras. La joven no acertaba a hablar. Inclino la cabeza, para evitar que las

lágrimas corrieran por sus mejillas. Temía que la viera llorar el eunuco si se encontraba cerca de allí. Jung Lu interrumpió el silencio, murmurando: —Has elegido la grandeza. Por lo tanto, debes ser I grande. La joven retuvo sus lágrimas, sin atreverse todavía a levantar la cabeza. —Sí, si me haces una promesa —dijo con voz ahogada y temblorosa. —¿Qué promesa? —La de que vendrás a verme cuando te mande llamar. Necesito esa ayuda y ese consuelo. No puedo vivir siempre sola. La claridad del sol, que se filtraba entre los árboles, permitió a Yehonala distinguir el sudor que inundaba la frente de su primo. —Vendré cuando me llames —dijo él, siempre inmóvil— Si me necesitas, avísame. Pero no lo hagas sin necesidad plena. Sobornaré a ese eunuco... —agregó—. Jamás había hecho semejante cosa. ¡Sobornar a un eunuco! Eso me pone en su poder. Pero lo haré. Ella se levantó. —Cuento con tu promesa —dijo. Miró largamente y se apretó fuertemente una mano con la otra para resistir el impulso de adelantarlas hacia su primo. —¿Entendidos? —preguntó. —Entendidos. —Basta con eso —dijo la joven. Levantose, pasó ante él y, dejándole allí, se fue directamente a su cámara. Cerrose a sus espaldas la cortina. Yehonala no se levantó del lecho durante siete días y siete noches. En los corredores de palacio circulaban rumores de que estaba enferma, de que había intentando tragarse sus pendientes de oro, de que estaba enojada, de que no cedería nunca más a la voluntad del emperador. Esto se fundaba en que tan pronto como los médicos de la Corte declararon al Hijo del Cielo recobrado del efecto de sus poderosas drogas, él volvió a llamarla y ella se negó a obedecer. Nunca en historia de la dinastía se había producido el caso de una concubina que se negase a acudir a un llamamiento del emperador; y, en consecuencia, nadie sabía qué hacer con Yehonala. Ésta reposaba bajo la colcha de seda, de subido color de rosa, sin hablar a nadie más que a su sirvienta. El eunuco Li Lien-ying. estaba fuera de sí porque veía todos sus planes fracasados y

sus objetivos perdidos. Yehonala no le dejaba bajo ningún pretexto levantar la cortina de su puerta. Decía a su doméstica: —Dejemos de pensar. Yo deseo morir. En todo caso, no deseo vivir aquí. La mujer llevó este mensaje al eunuco y los dientes de éste rechinaron. —Si el emperador no estuviese loco de amor todo sería bastante fácil —gruñó—. Esa mujer sería envenenada o terminaría en el fondo de un pozo. Pero el Hijo del Cielo la desea de un modo absoluto y entero... ¡y sin demora! Al cabo, el eunuco mayor, An Teh-hai, acudió personalmente y no tuvo mejor éxito. Yehonala no quiso ni verle. Tenía los pendientes junto a su lecho, sobre la mesita donde solían ponerle su vasija de porcelana para el té y su tetera de barro con abrazaderas de plata. —¡Como el jefe de eunucos cruce ese umbral —declaró, alzando la voz para que él la oyera—, me trago mis pendientes de oro! —En esta actitud persistió todo un día, y luego otro, y otro. El emperador, cada vez más enojado, desconfiaba de todo y dijo que, a su entender, debía de haber algún eunuco que procuraba el retardo de la joven en acudir a sus llamadas con la esperanza de obtener alguna propina. Razonaba así: —Estuvo muy amable y obediente conmigo la primera vez. Hizo cuanto le pedí. Nadie osaba decir que Su Majestad debía de ser odioso a la joven, y la mente del emperador no era capaz de imaginar espontáneamente tal cosa si alguien no se lo indicaba. Lejos de ello, se sentía capacitado para el amor y no deseaba perder el tiempo con otra concubina mientras tuviese a Yehonala. No había amado jamás a mujer alguna como amaba a ésta y, sabiendo que con otras mujeres su pasión se extinguiría, le complugo notar que, pasados siete días, anhelaba la presencia de la joven más que nunca. Ello mismo hacía que el retraso le impacientase más. La noche del tercero de aquellos siete días, el propio An Teh-hai se sintió a punto de perder los estribos. Habló, pues, a la emperatriz viuda y le contó lo que pasaba y cómo Yehonala, aunque conocía el poder del emperador, se negaba a obedecerle. La emperatriz exclamó con energía: —En

mi vida he oído que en toda nuestra dinastía haya existido una mujer así. Que la cojan los eunucos y la lleven a mi hijo por la fuerza. El eunuco mayor titubeó. —Venerable —dijo—, pongo en duda la eficacia de tal método. Esa mujer ha de ser ganada por la persuasión. Nada conseguiremos por la fuerza. Aunque esbelta como un sauce joven, es más alta que el emperador y no vacilaría en morderle o arañarle la cara cuando estén a solas. —¡Qué horror! —exclamó la emperatriz viuda. Era ya vieja y tenía una dolencia hepática, por lo que pasaba acostada mucho tiempo. En aquel instante yacía en las profundidades de un lecho tan grande que parecía estar mirando a la gente desde una cueva. Meditó. —¿No hay nadie en palacio capaz de convencerla? —inquirió al fin. —La consorte es su prima —sugirió el jefe de los eunucos. La emperatriz viuda respondió con tono de reproche: —No es corriente que la consorte imponga una concubina a su señor el emperador. El jefe de eunucos convino: —Ni usual ni correcto. Venerable. La anciana quedó silenciosa durante tan largo rato que el eunuco llegó a pensar si se habría dormido. Pero no sucedía así. Pasado cierto tiempo, la emperatriz levantó sus hundidos párpados y dijo: —Haced que esa Yehonala visite a la consorte en su palacio. —¿Y si no quiere ir, Venerable? —consultó el eunuco mayor. —¿Cómo que si no quiere ir? —exclamó la emperatriz madre. —Se ha negado a obedecer a la llamada del emperador —le recordó An Teh-hai. La anciana rezongó: —¡En mi vida he visto una mujer tan fiera! Pero la consorte es muy gentil. Dile que Yehonala está en? ferina y proponle que la visite. —Sí, Venerable —dijo el jefe de eunucos. Aquéllas eran las instrucciones que deseaba. Se aprestó a obedecer. —Dormid en paz, Venerable —dijo. —Vete —mandó la emperatriz—. Soy demasiado vieja para esas preocupaciones de hombres y mujeres. El eunuco salió mientras su señora se dormía. Encaminose sin demora al palacio de la consorte, en el que encontró a Sakota bordando cabezas de tigre sobre un par de zapatitos para el niño que

esperaba. Después de ser anunciado y presentado, An Teh-hai protestó al ver a la joven ejecutar aquel trabajo. —¿No tiene la consorte del emperador mujeres suficientes para que le borden? —preguntó. Sakota repuso: —Sí, las tengo. Pero entonces soy yo quien no tiene nada que hacer. No soy inteligente como mi prima Yehonala. No deseo estudiar en libros ni aprender a pintar. —¡Ah! —dijo él, que permanecía en pie ante su interlocutora. Con un movimiento de su manecita ella le hizo la indicación de que se sentara. Llevaba en el dedo anular de la mano un anillo de oro que podía considerarse como su distintivo. El eunuco, siempre en pie, siguió: —De tu prima vengo a hablarte, señora. Lo hago por orden de la emperatriz madre. Ella alzó sus lindos ojos. —¿Pues...? El eunuco mayor soltó una tosecilla. —Tu prima nos da muchos motivos de preocupación. —¿Por qué? —dijo Sakota. —Porque no obedece las llamadas del emperador. La menuda cabeza de Sakota se inclinó más sobre su bordado y sus mejillas se tornaron tan encarnadas como una flor de melocotonero. —Algo he oído... Mis mujeres cuentan... y hasta se dice... —En efecto, tu prima ha ganado el favor del emperador —declaró el eunuco—, pero no quiere volver a su lado. El sonrojo de Sakota aumentó. —¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —Se ha pensado que acaso atendiera tus consejos, señora. Sakota reflexionó. Bordaba lentamente y con la máxima delicadeza los amarillos ojos del diminuto tigre del zapato. —¿Es correcto hacerme esta proposición? —preguntó al cabo. El eunuco mayor habló con franqueza: —No lo es, desde luego, señora. Pero todos nosotros hemos de recordar que el Hijo del Cielo no es un hombre común. Nadie puede negarle nada. —Se ve que quiere mucho a mi prima —murmuró Sakota. —¿Tiene ella culpa de eso? —preguntó el eunuco. La jovencita suspiró, dobló su bordado y lo colocó en la mesa que tenía junto a ella. Luego entrelazó las manos. —Las dos hemos sido siempre como hermanas —susurró son su voz dulcemente quejumbrosa—. Si para algo

me necesita, iré a verla. —Gracias, señora —dijo el eunuco mayor—. Yo mismo te escoltaré hasta allí y esperaré tu retorno. Y así ocurrió que Yehonala, que yacía en el lecho aquel día, sin llorar, pero desesperada, miró casualmente la puerta y vio a su prima en el umbral. Hacía algún tiempo que aborrecía la vida que llevaba y lamentaba de corazón haber elegido la grandeza, que ya no deseaba después de conocer su precio. —¡Sakota! —exclamó, tendiéndole los brazos. Sakota, muy afectada por aquella emoción de su prima, corrió hacia ella. Las dos jóvenes se abrazaron y derramaron mutuas lágrimas. Ninguna osaba hablar de lo que ambas recordaban tan bien y Sakota comprendió que el recuerdo de lo pasado era tan odioso para ella como para Yehonala. —¡Pobre hermana! —sollozó—. ¡Tres noches! A mí sólo me correspondió una. —No volveré a su lado —cuchicheó Yehonala. Abrazada tan estrechamente a su prima, que parecía querer estrangularla, Sakota se dejó caer en el lecho. —No tienes más remedio que ir, hermana —aseguró—. Si no, ¿quién sabe lo que te harán, querida? Ahora ya no nos pertenecemos. Yehonala, siempre en un cuchicheo, por temor a los eunucos que podían espiarlas, reveló sus sentimientos. —Esto es peor para mí que para ti, Sakota. ¿Verdad que tú no amas a ningún hombre? En cambio yo sé que amo a uno. Eso es lo malo. Si no amase viviría sin preocupaciones. ¿Qué es el cuerpo de una mujer? Sólo una cosa que puede darse o guardarse. No hay por qué enorgullecerse de él cuando no se ama. Pero si se ama, y el amor es mutuo, nuestro cuerpo es inestimable. No necesitaba mencionar nombre alguno. Sakota i conocía que el amado era Jung Lu. —Demasiado tarde, hermana —dijo. Acarició las húmedas mejillas de Yehonala y agregó: —Ya no hay escape alguno, hermana. Yehonala apartó las manos de su prima y dijo: —Entonces he de morir, porque no deseo esta vida. Su voz se rompió. Apoyó la cabeza en el hombro de la otra joven y rompió a llorar. La menuda Sakota tenía el dulce corazón de estas mujeres que son todo gentileza.

Volvió a acariciar las mejillas y la frente de Yehonala, mientras j meditaba íntimamente en lo que podía hacer para ayudarla. Abandonar el palacio, o siquiera la Ciudad Prohibida, era imposible. Si una concubina huía, no había lugar para ella en todo el mundo conocido. En caso de que Yehonala regresara a casa de su tío, la familia en masa podía ser condenada a muerte en castigo de tal pecado. ¿Y en qué otro punto podía esconderse una mujer fugada? Hasta tratando con desconocidos todos procurarían saber quién era, porque ya se sabía la conmoción y alboroto que se producían cuando una concubina huía de los palacios del emperador del Dragón. No había clase alguna de favor y consuelo a no ser dentro de los muros del recinto vedado. Abundaban allí las intrigas y, aunque ningún hombre, fuera del Hijo del Cielo, podía dormir en aquella ciudad por la noche, las mujeres, sin embargo, no carecían de galanes durante el día. Pero ¿cómo ella, la consorte imperial, iba a rebajarse a tratar con eunucos, poniéndose de ese modo en su poder. No podía hacer eso. Lo prohibían no sólo el temor, sino incluso la delicadeza. Encubrió sus pensamientos y dijo: —Querida prima, conviene que hables con Jung Lu. Pídele que indique a mi padre que no quieres seguir aquí. Acaso mi padre pueda comprar tu libertad, o cambiarte por otra mujer, o conseguir que pases por loca. Claro que eso no será posible ahora, porque he oído asegurar que el emperador está muy enamorado de ti. Pero más tarde, prima, cuando hayas cumplido tu turno y el emperador se haya hastiado de ti, quizá de un modo u otro te sea hacedero obtener la libertad. Sakota hablaba inocentemente, porque, no amando a hombre alguno, tampoco sentía celos de nadie; pero Yehonala sintió herido su orgullo. ¿Era verosímil que a ella la sustituyesen? Tal vez Sakota hubiera oído algo que se murmuraba ya entre mujeres y eunucos. Se sentó en el lecho y echó hacia atrás la cabellera, que le caía sobre la cara. —Sabes que no puedo pedir a mi primo que venga, Sakota. Aquí las habladurías vuelan muy de

prisa cuando empiezan a ir de patio en patio. Pero tú sí puedes llamarle, porque es tu pariente también. Háblale y dile que pienso matarme. Añade que me tiene sin cuidado todo y que sólo deseo verme libre. Porque aquí estamos presas, Sakota. Esto es una prisión. —Yo no me siento infeliz —repuso blandamente Sakota—, y hasta me encuentro bastante a gusto. Yehonala miró de soslayo a su prima. —Tú te sientes a gusto en todas partes con tal de vivir tranquila y poder bordar en seda. Sakota entornó los párpados y dejó caer el labio inferior. —¿Qué otra cosa se puede hacer aquí, prima? —preguntó con tristeza. Yehonala volvió a echarse hacia atrás el cabello y lo anudó detrás de su cabeza. —Pues eso —exclamó— es lo que te estoy diciendo. Nada puede intentarse, ni siquiera asomar la cabeza para ver si representan alguna función teatral en la cercana esquina. No he visto una sola pieza de teatro desde que estoy aquí, y ya sabes lo que me gustan. Leo libros, puedo pintar... Y ¿para quién? Para mí sola. Eso no me basta. Y por las noches... Se estremeció, alzó las piernas en ángulo agudo y apoyó en las rodillas su orgullosa cabeza. Sakota calló durante varios momentos. Luego se levantó, comprendiendo que era inútil intentar consolar a aquella mujer tan joven y tan turbulenta quien no comprendía porque las turbulencias no pueden modificar, en una mujer, el carácter con que nacida. —Querida prima —murmuró con su voz más acariciadora—, me voy para que puedas vestirme y bañarte. Después debes comer algo, cosas que te gusten. Llamaré a nuestro primo y no debes negarte a verle si te visita, porque sería que yo lo he decidido así por tu bien. Si surgen habladurías, explicaré que fui yo quien lo mandé llamar. Apoyó la mano en los cabellos de Yehonala, que aún tenía la cabeza inclinada sobre las rodillas. El contacto fue tan ligero como el de una hoja. A continuación salió. Cuando su prima se hubo ido, Yehonala volvió a reclinarsse, sobre los almohadones y permaneció quieta como una piedra. Sus ojos, muy abiertos, miraban el dosel que cubría el lecho. En su

mente comenzaba a alojarse una idea, una fantasía, un sueño, un plan sólo posible si la protegía Sakota, que era la consorte imperial y no podía ser acusada por nada. La sirvienta atisbó entre las cortinas, temerosa de pronunciar una sola palabra. Yehonala volvió la cabeza. —Voy a bañarme ahora —manifestó—. Quiero ponerme una túnica nueva. Por ejemplo, la de color verde manzana. Además me propongo comer. —Sí, sí, reina mía, dulzura —dijo la mujer, muy complacida. Soltó las cortinas y Yehonala oyó cómo sus pies se alejaban por los corredores. La sirvienta se apresuraba, deseosa de obedecer.

En la tarde de aquel día, dos horas antes que el toque de queda anunciase que todos los hombres debían salir de la ciudad del emperador, Yehonala oyó las pisadas que esperaba anhelosamente. Después, que Sakota se fue, Yehonala había pasado el día sola en sus habitaciones, adonde había prohibido que entrase nadie. Su mujer de servicio hacía guardia fuera de la puerta. Yehonala le había dicho sinceramente: —Estoy muy disgustada. Mi prima, la consorte, conoce los motivos. Por lo tanto, ha ordenado a nuestro primo que venga a verme, escucharme y contar mis congojas a mi tío y tutor. Mientras él esté aquí, tú no debes moverte de la puerta. No dejes entrar a nadie ni consientas que nadie mire hacia el interior de mi patio. Debes saber que mi pariente viene por mandato de la consorte. —Comprendo, señora —dijo la mujer. Así habían pasado las horas las dos mujeres, una a la puerta y Yehonala dentro del cuarto, con la puerta cerrada y echada la cortina. Su cuerpo permanecía inmóvil, pero su mente estaba ocupadísima y su corazón era un torbellino. ¿Convencería a Jung Lu de que prescindiera de su rectitud? Ella se proponía lograrlo así. Al fin el joven llegó, dos horas antes del toque de queda. Yehonala percibió sus pisadas, el firme paso de su primo, proporcionado a su estatura. Oyó su voz inquiriendo si Yehonala dormía y la respuesta de la sirvienta diciendo que su señora le esperaba. Oyó abrir y cerrarse la puerta y observó que la mano de Jung

Lu, aquella mano suave y grande, que ella conocía tan bien, aparecía sujetando la cortina interior, en la que vaciló un momento. Yehonala estaba sentada en su silla de labrada caoba, en inmóvil espera. Al fin, el visitante abrió la cortina y permaneció de pie mirando a la joven. Ésta le devolvió la mirada. El corazón le saltaba en el pecho como una cosa viva y separada del resto de su cuerpo. Las lágrimas afluían a sus ojos y sus labios comenzaban a estremecerse. Estaba dispuesta a hacer todo cuanto pudiera conmovier la voluntad de su primo. Él la había visto llorar de dolor y sollozar de rabia. Pero nunca la había encontrado sentada, quieta como una muerta, llorando desvalidamente sin una sonrisa, como si toda su vida estuviese rota. El hombre exhaló un gemido ronco. Tendió los brazos a Yehonala y se precipitó en la habitación. Ella, no reparando más que en aquellos brazos abiertos, se levantó ciegamente de su silla, corrió hacia él y se sintió estrechamente abrazada. Así se mantuvieron en silencioso y temeroso éxtasis durante un tiempo que nunca supieron lo que duró. Estaban en pie, mejilla contra mejilla, hasta que sus labios se unieron por instinto.. Luego él apartó la boca y dijo amargamente: —Bien sabes que no puedes abandonar el lugar en que vives. Si buscas la libertad, has de encontrarla dentro de este recinto, porque para ti no existe ahora otra clase de libertad. Ella le escuchaba oyendo su voz como si llegara de lejos y no sabiendo sino que tenía a Jung Lu entre sus brazos. Él añadió: —Cuanto más te elevas de más libertad gozarán. Elévate, amor mío, y el poder será tuyo. El mundo sólo está en manos de una emperatriz. —¿Me querrás siempre? —pregunta ella, con voz que se ahogaba en su garganta. —¿Cómo no voy a quererte? —respondió Jung Lu. En amarte consiste toda mi vida. Hasta si respiro es únicamente para amarte. —Entonces... demuéstreme tu amor. Tales fueron las atrevidas palabras que pronunció Yehonala con un acento apagado que era difícil que hasta su primo las oyera. Pero ella sabía que sí. Por un momento Jung

Lu se mantuvo en completa inmovilidad y luego lanzó un suspiro. Le temblaban los hombros, se le aflojaban los músculos y los huesos parecían volvérselo agua. La joven dijo decididamente: —Si soy tuya por una vez podré soportar, incluso aquí, la vida. Ninguna respuesta. Jung Lu no hablaba. Su alma no había cedido aún. Ella alzó la cabeza y le miró a la cara. —¿Qué me importa vivir aquí o en otra parte si soy tuya? Me consta que me has dicho la verdad. No hay para mí otro escape que la muerte. Si es necesario, por la muerte optaré. En este palacio es fácil. Puedo disponer de opio que ingerir, de pendientes de oro que tragar, de un cuchillo para abrirme las venas. ¿Van a vigilarme todos los instantes del día y de la noche? Te juro que moriré si no soy tuya. Pero, si me complaces, haré siempre lo que digas mientras tenga vida. Y seré emperatriz. Su voz sonaba mágicamente, amorosa, suplicante, profunda, blanda y gentil, cálida y dulce como la miel bajo el sol de verano. Y él, por su parte, ¿no era un hombre? Sí, y no había amado a otra mujer que a la que ahora tenía entre los brazos. Los dos vivían i prisioneros, víctimas de extraños modos de vida, cautivos dentro del palacio imperial. Jung Lu no era más libre que su prima. Sólo que ella podía alcanzar lo que quisiera. Si quería ser emperatriz, no habría quien pudiera impedirselo. Y si prefería la muerte, moriría. Él conocía su carácter. ¿Por qué no dedicar su vida a ayudarla a vivir? ¿No había Sakota imaginado seguramente tal escena cuando le instó a que fuese a visitar a Yehonala? Al despedirse la consorte le puso la mano en el brazo y le rogó que hiciese «todo lo que quisiera». Éstas fueron las palabras de Sakota. La voz del joven enmudeció. Sintió que su conciencia moría y, levantando a la bella mujer en sus brazos, avanzó con ella. ... Los tambores del toque de queda redoblaban en los patios y corredores de la ciudad del Hijo del Cielo. Era la hora del crepúsculo y todo hombre que hubiese entre los muros del recinto debía abandonarlo. La antigua orden retumbó en los

oídos de los enamorados profundamente escondidos dentro de las estancias secretas, y en la cámara de Yehonala, Jung Lu se levantó y compuso rápidamente sus vestiduras. Ella yacía medio dormida y sonriente. Él se inclinó sobre su prima.

—¿Quedamos juramentados? —preguntó. Ella alzó los brazos y una vez más atrajo el rostro de su primo hacia el suyo propio.

—¡Juramentados para siempre! Cesó el son de los tambores. El joven salió a toda prisa. Yehonala se levantó rápidamente, alisó sus ropas y se arregló el cabello. Ya se había¹ sentado en su silla cuando oyó toser a su sirvienta aún sentada en la silla.

—Entra —dijo. Sacó su pañuelo y fingió secarse los ojos.

—¿Otra vez llorando, señora? —inquirió la mujer. Yehonala movió la cabeza. —Ya he dejado de llorar —respondió con voz apagada—. Bien veo lo que debo hacer. Olvidé mi deber, pero mi primo me lo ha recordado. La sirvienta, en pie, miraba y escuchaba, con la cabeza ladeada, como la de un pájaro. —¿Tu deber, señora? —repitió. —Cuando el Hijo del Cielo me llame —aclaró Yehonala—, iré a él. Estoy obligada a cumplir su voluntad.

El calor del verano duraba hasta muy tarde en la Ciudad Prohibida. A un día radiante seguiría otro idéntico. La viva luz del crudo sol abrasaba los palacios, no caía la más leve lluvia. En la quietud del cálido atardecer, princesas y damas de la corte, eunucos y concubinas buscaban las grutas de los jardines imperiales y allí pasaban las horas de mayor calor. Aquellas cuevas estaban construidas de rocas ribereñas traídas desde el Sur en las barcas que remontaban el Gran Canal. Manos de hombres daban forma a las rocas con tal artificio que parecían desgastadas por aguas y vientos. Corcovados pinos semiocultaban las entradas a las grutas y, dentro de ellas, escondidas fuentes brotaban de las paredes sobre estanques donde jugueteaban peces de colores. En la fresca penumbra, al son de gratas músicas, las mujeres bordaban o se entretenían con diversos juegos. Pero Yehonala no iba a las atrayentes

cavernas. Siempre estaba ocupada con sus libros, sonreía de continuo y solía guardar silencio mientras estudiaba. Al parecer se le había perdonado su rebelión. Cuando el emperador la llamaba, se bañaba y vestía e iba a su encuentro. El favor de su señor no le faltaba y esto la obligaba a obrar con prudencia, porque las concubinas que esperaban turno se sentían inquietas y descontentas y Li Lien-ying disputaba con los demás eunucos el honor de ser sirviente principal de la joven. Aunque Yehonala conociera de sobra aquella lucha, todos procuraban encubrirla tratándola con impecable cortesía, ya que era conocido el favor que también le granjeaba su atenta obediencia a la emperatriz madre. Lo primero que la joven hacía diariamente era ir a informarse de si la emperatriz se hallaba bien y con buena salud. La anciana se sentía mala a menudo y entonces Yehonala hervía hierbas y se las mezclaba en el té a fin de aliviarla. Si la madre del emperador se encontraba nerviosa, Yehonala le daba friegas en los pies y en las marchitas manos y procuraba complacerla peinando su blanco y escaso cabello con largos y graciosos movimientos del peine. Yehonala no encontraba ocupación demasiado pequeña ni demasiado baja si se trataba de servir a la emperatriz viuda, y pronto advirtieron todos que la hermosa joven no sólo era favorita del emperador, sino también de su madre. Esto hizo saber a Yehonala el afán con que la anciana esperaba el nacimiento del hijo de Sakota. Formaba parte de las obligaciones diarias de Yehonala acompañar a la emperatriz madre al templo budista. Esperaba fuera mientras la madre del emperador oraba e incensaba a los dioses, pidiendo a los cielos que el hijo de la consorte fuese varón. Hecho esto, Yehonala se ocupaba en las tareas: que había elegido, que consistían en ir a la biblioteca y leer y estudiar bajo la dirección de intelectuales ancianos eunucos, en aprender música y en instruirse en el arte de escribir con el pincel de pelo de camello al modo de los grandes calígrafos del pasado. Entretanto, seguía escondido su secreto,

o pensaba que lo hacía, hasta que un día su sirvienta le habló. Era un día como todos. Ya el aire refrescaba de mañana, aunque seguía siendo caluroso por el día. Yehonala durmió hasta muy tarde, porque el emperador la había llamado la noche anterior. Y ella le obedeció como las muchas otras veces que la llamara. La doméstica, después de entrar en el dormitorio y cerrar cuidadosamente las puertas a sus espaldas, dijo: —Señora, ¿no has notado que ha venido y pasado la luna llena sin que tengas señal alguna? —¿Sí? —preguntó Yehonala como al descuido. Y, sin embargo, ¡cómo se preocupaba de ello y cuánta atención prestaba a su propia persona! —Sí —dijo la mujer con orgullo—. La simiente del Dragón está en tu cuerpo, señora. ¿Puedo llevar la fausta noticia a la madre del Hijo del Cielo? —Espera —mandó Yehonala— a que la consorte haya dado a luz. Si su hijo es varón, lo que a mí me pase no tiene importancia. —¿Y si tiene una hija? —indicó la sirvienta astutamente. —Entonces yo misma daré la' noticia a la emperatriz viuda —dijo Yehonala. Añadió, poniendo en sus grandes ojos una expresión de fiereza: —Y como cuentas esto, aunque sea a mi eunuco, te haré cortar en pedazos, y las tiras de tu carne colgarán de postes hasta secarse y luego servirán para alimento a los perros. La mujer se esforzó en reír. —Juro por mi madre que no diré nada. Pero su pálida faz expresaba claramente su temor de que aquella concubina, tan bella y tan orgullosa, pudiera convertir su amenaza en realidad. Mientras tanto, la Corte esperaba el resultado del embarazo de la consorte. Todas las concubinas, al despertar, preguntaban si había novedades; y, los príncipes y el gran consejero Shun, antes de entrar en la sala de audiencias inquirían a los eunucos si habían comenzado los dolores del parto. Pero el hijo de Sakota no nacía. El emperador, lleno de ansiedad, ordenó al Departamento de Astrología que consultase otra vez las estrellas y determinara, examinando las entrañas de aves recién muertas, si debía nacer un varón. El esperado infante podía ser

niño o no. Incluso cabía que la consorte diese a luz dos mellizos, hijo e hija, en cuyo desgraciado caso || habría que dar muerte a la niña para que su vitalidad no minase las energías del heredero del trono. Avanzaba el otoño y los médicos de la Corte empezaban a sentir inquietudes por la salud de la consorte. La espera la consumía, su fragilidad aumentaba con el disgusto de no ver nacer a su hijo, y ni conciliaba el sueño ni probaba bocado. Un día Yehonala la visitó y Sakota no quiso que entrase. El eunuco de servicio afirmó que la consorte estaba muy enferma y no podía recibir a nadie. Yehonala se alejó, sumida en dudas. ¿Estaba Sakota enferma hasta el punto de no poder hablar con su prima? Por primera vez la joven lamentó que Sakota se hallase informada de las visitas privadas de Jung Lu. Ciertamente que no sabía más, pero aun tan parva referencia ponía triunfos en manos de Sakota, débiles manos que podían moverse a influjo de una personalidad más fuerte. Yehonala sabía, ya muy bien, que las intrigas medran, como malas hierbas, en los palacios. Necesitaba muchas energías para desenvolverse entre las urdimbres de las maquinaciones. Nunca volvería, ni por una hora, a poner en poder de un extraño el arma del conocimiento de un secreto. Transcurrían, largos, los días y todos los presagios eran funestos. Llegaban malas noticias de todos los rincones del imperio. Los peludos rebeldes meridionales chinos habían tomado Nanquín y causado grandes matanzas. Los soldados imperiales no lograban ganar una batalla a los feroces rebeldes. Y, como ulteriores signos de calamidad, extrañas ráfagas de viento azotaban la ciudad, nocturnos cometas cruzaban los cielos y corrían rumores de que en muchos lugares las mujeres daban a luz gemelos y monstruos. El último día del octavo mes lunar se desencadenó a mediodía una tormenta, muy pronto transformada en un tifón más propio de los mares de la costa del Sur que de las secas llanuras norteñas en que se asienta la capital. Incluso los más ancianos no habían visto nunca relámpagos tan imponentes ni

tan aterradoras tronadas. Calientes vientos soplaban del Sur, como si anduviesen los diablos por las nubes. Cayó al fin la lluvia sobre los agostados campos y las polvorientas calles, pero no en chubascos normales y breves, sino en forma de verdadero y furioso diluvio, tan torrencial que los ríos y arroyos arrastraban las tierras de cultivo. Quizás influida por el temor o por su profunda desesperación, aquel mismo día Sakota notó que comenzaban en su cuerpo dolores del parto. La noticia corrió por todos los palacios y no hubo quien no suspendiese sus tareas para oír informes y esperar. En aquel momento Yehonala, en la biblioteca, se aplicaba al estudio de sus libros. El cielo se había oscurecido tanto que los eunucos hubieron de encender lámparas y, a la luz de una de ellas, la joven escribía al dictado de un profesor que leía en voz alta un antiguo texto sagrado que ella debía copiar. Había llegado a este pasaje:

Chung Kung, ministro de la Casa de Chi, pidió consejo sobre el arte de gobernar. Y el Maestro dijo: Debes aprender sobre todo el arte de tratar a tus subordinados. Pasa por alto sus flaquezas secundarias y no ensalces más que a los talentosos y honrados.

Li Lien-ying apareció junto a la cortina y, a espaldas del profesor, hizo a Yehonala varias señas que ella comprendió muy bien. Dejó el pincel y se levantó. —Señor —dijo a su profesor—, he de ausentarme porque la emperatriz madre tiene urgencia de mí. Hacía mucho que tenía planeado lo que tenía que hacer cuando Sakota comenzase a sentir dolores. Iría al lado de la emperatriz viuda y permanecería con ella, procurando tranquilizarla y divertirla hasta que se supiese si el recién nacido era niño o niña. Antes que el profesor pudiera replicar, ya había ella salido de la biblioteca y se encaminaba, precediéndola el eunuco, hacia el palacio de la emperatriz viuda. Mientras avanzaba los relámpagos serpenteaban sobre las copas de los árboles, bañando los patios de lívida luz. El viento impelía la lluvia hacia el interior de los pasadizos techados, como impele en partículas la espuma del mar. Pero

Yehonala caminaba de prisa, indiferente a todo, y el eunuco la seguía de cerca. Penetró en el palacio sin hablar a ninguna de las sirvientas. La emperatriz madre se había refugiado en el lecho, como siempre que descargaba una tormenta, y descansaba sobre las almohadas, sosteniendo en las manos un enjorjado rosario budista. Tenía la cara tan blanca como la grasa de carnero derretida. Al ver a Yehonala no sonrió. Sólo dijo: —¿Cómo puede nacer un niño sano con un tiempo como éste? Hasta el cielo brama sobre nuestras cabezas. Yehonala corrió a su lado y se arrodilló junto al lecho. —Sosegaos, Madre Imperial —suplicó—. El cielo no brama contra nosotros. Hombres malvados se han sublevado y quieren derribar el Trono. Mas el niño que ha de nacer sabrá salvarnos. El Cielo está enojado contra los perversos, no contra nosotros. —¿Lo crees así? —preguntó la anciana. —Lo creo. Yehonala siguió arrodillada, prodigando a la emperatriz palabras de consuelo y no levantándose más que para buscar caldo caliente, que le hacía beber, exhortándola a conservar sus fuerzas. Luego leyó placenteros cuentos de un libro y tocó el laúd, y cantó y secundó las plegarias de la anciana. Así transcurrieron las horas. Al llegar el crepúsculo el viento cesó de pronto y una extraña claridad amarillenta inundó palacios y patios. Yehonala corrió las cortinas, encendió las luces y esperó. Le llegaban continuas noticias, que no transmitía a la emperatriz viuda, de que el parto estaba muy próximo. A la claridad amarillenta sucedió una repentina oscuridad. Comenzaba la noche cuando el eunuco mayor, An Teh-hai, llegó al palacio de la emperatriz madre. Yehonala acudió a su encuentro y por la cara del eunuco comprendió que era portador de malas noticias. —¿Ha nacido muerto el niño? —inquirió. Su interlocutor contestó sombríamente: —Muerto, no. Pero es una niña... y enfermiza. Yehonala se llevó el pañuelo a los ojos. —¡Oh, crueles cielos! —¿Quieres dar la noticia a la Venerable Madre? —preguntó él—. El emperador está trastornado de angustia y debo volver sin

demora a su lado. —Se la daré —prometió Yehonala. —Y tú —anunció el eunuco mayor— prepárate a acudir esta noche cuando te llame el emperador. Seguramente te necesitará. —Estoy presta —dijo ella. Yehonala se dirigió, lentamente, al dormitorio de la emperatriz, sin prestar atención a las mujeres de asistencia que habían adivinado la noticia y permanecían en pie, con las cabezas inclinadas y un mar de lágrimas en los ojos, mientras ella pasaba. En cuanto entró en la vasta estancia comprendió que la madre del emperador lo conocía todo también. —No es un niño varón —dijo la anciana, con voz en la que se traslucía toda la fatiga de aquellos años de espera. —Es una niña —confirmó suavemente Yehonala. Volvió a arrodillarse junto al lecho, tomó las manos de la emperatriz y las acarició. —¿A qué he de continuar viviendo? —murmuró plañideramente la emperatriz madre. —Necesitáis vivir, Venerable Madre —respondió Yehonala, con voz profunda y tierna—. Necesitáis vivir hasta que nazca mi hijo. Con esto revelaba sus esperanzas. Había conservado su secreto y ahora lo transmitía, como una dádiva, a la emperatriz madre. El envejecido rostro se contrajo y, al fin, bosquejó una sonrisa. —¿Es verdad? —preguntó—. ¿Ha sido ésa la voluntad del cielo? Sí, sí lo es. De tu recio cuerpo sólo puede nacer un varón. ¡Buda nos oiga! ¡Tiene que oírnos! ¡Y yo que te juzgaba demasiado altiva y fuerte! ¡Qué cálidas son tus manos sobre mí! —Siempre las tengo calientes —dijo Yehonala—. Soy fuerte, en efecto. Y quizás altiva, y mi hijo será varón. Al oír la Venerable las palabras de Yehonala, saltó del lecho con tal energía, que intimidó a cuantos la rodeaban. —¡No te espongas, Madre Imperial! —exclamó Yehonala. Corrió a sostener a la anciana, pero ésta la apartó y dijo con voz temblorosa: —Enviad eunucos a mi hijo y anunciadle que tengo buenas noticias para él. Las mujeres que esperaban fuera, oyeron aquellas palabras y cambiaron miradas de duda y alegría, mientras, entre gran trasiego, se llamaba y hada salir a los eunucos. —¡Mi baño! —ordenó la emperatriz

madre a sus mujeres de servicio. Y, mientras ellas se apresuraban a obedecerla, se volvió a Yehonala. —Corazón mío —manifestó— eres más preciosa para mí que todas las personas de este mundo, excepto mi hijo. Estabas predestinada; lo vi en tus ojos. ¡Qué ojos! Es preciso evitar que te suceda mal alguno. Vuelve a tu cámara en seguida y descansa, hija. Haré que te trasladen a los patios interiores del Palacio Occidental, donde el sol da de lleno en las terrazas. Y dispondré que los médicos vayan a visitarte sin demora. —Pero si no estoy enferma, Venerable —exclamó Yehonala, sonriendo—. Miradme. Extendió los brazos y alzó la cabeza. Tenía las mejillas encarnadas y brillantes los negros ojos. La emperatriz la contempló. —Hermosa, hermosa... —murmuró—. Ojos claros, cejas como alas de libélula, carne tan suave como la de una niña... Ya sabía yo que la consorte no tendría un varón. Se dirigió a las servidoras. —¿Recordáis que os dije que una criatura de hueso tan blando y carne tan fofa sólo podía tener una hembra? Las interpeladas contestaron, una tras otra: —Cierto que lo dijiste, Venerable. Yehonala aseguró. —En todo, Venerable, pienso obedeceros. Saludó con ceremoniosas muestras de obediencia y se retiró del dormitorio. Traspasadas las puertas halló esperando a su sirvienta personal y a Li Lien-ying. El alto y delgado eunuco se frotaba las manos, sonreía y hacía crujir con los dedos de una mano las falanges del otro. —Espero —declaró— los mandatos de la Fénix emperatriz. —Calla —dijo Yehonala—. Hablas demasiado pronto. El protestó. —¿No he visto el destino sobre tu cabeza? Ahora mismo lo veo a la primera ojeada. Afirmo lo que siempre me ha constado. —Déjame —mandó Yehonala. Y comenzó a andar con su ligera gracia, seguida de la sirvienta. A los pocos pasos se detuvo, volvió la cabeza y miró al eunuco. —Una cosa puedes hacer —dijo—. Buscar a mi primo y contarle lo que has oído. El eunuco alargó el cuello, nervudo y rugoso, como el de una tortuga. —¿Le pido que venga a verte? —preguntó en sibilante

susurro. Yehonala contestó en voz clara, que todos podían oír. —No. No es adecuado que yo hable ahora con ningún hombre, salvo mi imperial señor. Y la joven se alejó con una mano apoyada en el hombro de su sirvienta. Ya en su cámara esperó, por si el emperador la llamaba cuando recibiese la noticia que a ella concernía. Su camarera la bañó, la cambió de ropa interior y peinó su cabello de modo que se adaptase a su tocado esmaltado de joyas. —¿Qué otras ropas te pongo, Venerable? —interrogó la mujer cariñosamente. —Tráeme la túnica de color azul celeste bordada con rosadas floreritas de ciruela y la amarilla bordada en tonos de bambú verde —dijo Yehonala. Le fueron llevadas las dos prendas. Antes de que ella decidiese cuál se adaptaba al color de su rostro, estalló una conmoción en los patios exteriores. Un repentino tumulto de lamentos y voces se dejaba sentir sobre los muros. —¿Qué desgracia habrá ocurrido? —exclamó, la sirvienta. Y salió corriendo y dejando a su señora frente a las túnicas extendidas en el lecho. En la puerta del patio tropezó con Li Lien-ying. El eunuco tenía la cara verde como un melocotón sin madurar y la tosca boca grotescamente abierta. —¡La emperatriz madre ha muerto! —jadeó con voz que salía ronca y seca de su garganta. —¡Muerta! —gritó la mujer—. ¡Si mi señora estaba con ella hace dos horas! El eunuco repitió: —Muerta. Entró tambaleándose en la sala de audiencias, apoyada en sus damas de servicio. El emperador se precipitó hacia ella y ella abrió la boca con tanta dificultad para respirar como si tuviese una herida en la garganta. Al fin anunció que el soberano iba a tener un hijo y ésas fueron sus últimas palabras, porque cayó muerta en brazos de sus damas. Su alma ha partido hacia las eternas Fuentes Amarillas. La mujer aulló: —¡Oh, Señor del Infierno! ¿Quién puede soportar tales noticias? Se lanzó a la carrera para informar a su señora, pero Yehonala, que se había dirigido presurosamente a la puerta exterior, lo había oído ya todo. —He dado a la Madre Imperial una alegría demasiado grande —dijo

con tristeza. —No, pero la alegría llegó demasiado pronto después del disgusto y el alma de la Venerable quedó dividida —opinó la mujer. Yehonala no contestó. Volvióse a su dormitorio y contempló las dos túnicas colocadas ante ella. —Quítalas —ordenó al fin—. No volverán a llamarme hasta que hayan pasado los días de luto del emperador. La vieja, sollozando y quejándose de tan mala fortuna, dobló las deslumbrantes ropas y las guardó en los cofres de laca encarnada de donde las había sacado.

Los meses se deslizaron plácidamente y llegó la temporada de los primeros fríos. Reinaba quietud en la Ciudad Prohibida, sumida en luto por la falta de la emperatriz, y el Hijo del Cielo, ataviado con las blancas ropas consagradas a la muerte, vivía en abstención. Yehonala echaba de menos las bondades de la difunta soberana, aunque sabía que no la olvidaban. Se sentía más libre, aun cuando la guardaban bien por orden del emperador. Tenía cuanto solicitaba, pero estaba forzada a obedecer los mandatos que recibía. Se la incitaba a comer las viandas más delicadas y deliciosas, como pescado de los distantes ríos, conservado en hielo y nieve, carpas amarillas y anguilas de resbaladiza piel. Deseaba pescado en todas las comidas y tomaba caldo hecho con espinas de pez machacadas. Aparte de esto, sólo le placían los toscos dulces de su infancia, que antaño compraba en los tenderetes de los vendedores: bollos de azúcar moreno, semillas de sésamo y pasteles de harina de habichuelas endulzados y rellenos de harina de arroz. Le placían aquellas golosinas propias de los campesinos. En cambio, no probaba el cerdo, el carnero y el pato asado ni otras vituallas palaciegas. Lo más difícil de tomar eran las hierbas y medicamentos que los médicos reales preparaban diariamente para ella, continuamente temerosos de que el niño naciera demasiado pronto o deformado, catástrofe que les atribuía a ellos, como sabían muy bien. Todas las mañanas, después de ser bañada y vestida, y antes de haber comido, aparecía un

tropel de médicos que le tomaban el pulso, le examinaban el interior de los párpados, le miraban la lengua y le olían el aliento. Conferenciaban durante dos horas discutiendo en qué condiciones se encontraba la joven aquel día y, después de que llegaban a un acuerdo, prescribían y preparaban ellos mismos las recetas que designaban. ¡Qué horrible sabor el de aquellas escudillas llenas de mixturas verdes e infusiones negras! Pero Yehonala las bebía porque bien le constaba que no llevaba en sus entrañas un niño ordinario, sino alguien que pertenecía a todo su pueblo e iba a ser su gobernante. Nunca tuvo duda de que su vástago sería varón. Comía en abundancia, dormía bien, asimilaba los medicamentos mejor o peor, y su juvenil cuerpo rebosaba salud. Una satisfecha alegría parecía sonar como música en todos los palacios y aquel sentimiento se transmitía a todo el país. Las gentes se decían que los tiempos habían cambiado, que habían pasado los males y que el bien descendía de nuevo sobre el imperio.

En el intermedio la misma Yehonala había cambiado. Hasta el día en que supo el estado en que se hallaba, había sido una muchacha caprichosa y traviesa, voluble e impetuosa, a pesar de su amor a los libros y de su ambición de saber. Ahora, si bien continuaba leyendo los antiguos libros y caligrafiando los antiguos caracteres, relacionaba consigo misma y con su futuro hijo cuanto aprendía. En consecuencia, cuando conoció las palabras de Lao Tse que dicen que «de todos los peligros, el mayor consiste en no dar importancia al enemigo», quedó impresionada por su significación. Aquel sabio había vivido muchos cientos de años antes que ella y, no obstante, sus palabras parecían tan recientes como si se hubieran proferido ante ella aquel mismo día. ¿El enemigo? El reino que algún día gobernaría su hijo estaba al presente asediado por enemigos. Hasta entonces no se le había ocurrido que eso tuviese que ver nada con ella, pero ahora se daba cuenta de que, en realidad, los enemigos de China lo eran de su hijo y suyos. Alzó-dos

ojos-y preguntó a su profesor: —¿Quiénes son nuestros actuales enemigos? El anciano eunuco movió la cabeza. —Señora —contestó—, no entiendo de asuntos de Estado. Sólo conozco los sabios antiguos. Yehonala cerró el libro. —Envíame un hombre que me enseñe quiénes son mis presentes enemigos —pidió. El provector eunuco estaba aturdido, pero era lo bastante inteligente para conocer cuándo no debía formular preguntas. Por lo tanto, trasladó la orden de la joven a An Teh-hai, el eunuco mayor, el cual habló al príncipe Kung, sexto hijo del anterior emperador. La madre del príncipe había sido concubina. Kung era hermanastro de sangre del presente emperador, Hsien Feng. Los dos hermanastros habían crecido juntos, estudiando los mismos libros y aprendiendo el manejo de las armas con los mismos profesores. El príncipe Kung era hombre de mentalidad desarrollada y de rostro agradable y varonil. Su inteligencia y sabiduría eran tan serenas y elevadas, que muchas veces los ministros, príncipes y eunucos acudían a consultarle secretamente mejor que al emperador. Como nunca delataba a nadie, todos confiaban en él. Así, An Teh-hai fue directamente al palacio del príncipe, que radicaba fuera de la Ciudad Prohibida, y le rogó que visitase a Yehonala, añadiendo que a él le agradaría que diese lecciones a la joven favorita. El jefe de los eunucos añadió: —Es una mujer muy fuerte, llena de salud, y tiene el cerebro tan claro como el de un hombre. Ninguno dudamos de que dará a luz un hijo varón que será nuestro emperador en el futuro. El príncipe Kung reflexionó en la propuesta. Era un hombre joven y no le parecía adecuado andar en tratos con una concubina. Sin embargo, iba a ser pariente de ella a través de su imperial hermano y las costumbres debían quedar un tanto al margen. Además, ellos no eran chinos, sino manchúes y sus usanzas eran mucho más libres que las chinas. Por ende, recordó lo mal que andaban los tiempos. Su hermano mayor, el emperador, era disoluto y débil. La Corte, corrompida y perezosa, y los príncipes y ministros

parecían carecer de la vitalidad y capacidad necesarias para atajar el derrumbamiento del imperio. El tesoro estaba exhausto, las cosechas eran pobrísimas muchas veces y el pueblo padecía hambre a menudo. Ello hacía que la gente se indignase y sublevara. Por doquier había bandas rebeldes actuando contra el Trono del Dragón. Los chinos declaraban que ya era hora de arrojar a los emperadores manchurianos que los habían regido durante más de dos siglos. ¡Expulsar a los manchurianos! ¡Restaurar la antigua dinastía china de los Ming! Muchos de tales rebeldes se habían congregado en una horda mandada por el loco Hung, el del cabello largo, que se llamaba a sí mismo un Cristo chino. ¡Como si no fuese bastante ya que se llamasen cristianos los extranjeros y en nombre de Cristo procurasen inducir a los jóvenes, en escuelas e iglesias, a que abandonasen sus dioses familiares! ¿Qué esperanza quedaba, pues, fuera de mantener reciamente unidos los restos del imperio hasta que naciese un heredero, fuerte hijo de una fuerte madre? —Daré lecciones a la favorita —convino—, pero exijo que su anciano profesor se halle presente mientras yo esté allí. Al día siguiente, cuando Yehonala acudió a sus usuales lecciones, en la biblioteca imperial, encontró al lado de su profesor, a un hombre alto, joven y de recia y apuesta apariencia. Con él estaba An Teh-hai, quien presentó al príncipe Kung, explicando el motivo de que se hallara en aquel lugar. Yehonala se colocó la manga ante la cara y se inclinó. El príncipe Kung permaneció en pie a un lado, apartando la cabeza. —Siéntate, por favor, hermano mayor —dijo Yehonala. Y se sentó en la silla de costumbre, mientras el anciano profesor ocupaba su lugar al extremo de la mesa. El eunuco mayor estaba en pie, tras el príncipe, y detrás de Yehonala sus cuatro damas. El príncipe Kung comenzó a instruir a la concubina imperial. Sin mirarla, siempre separando el rostro, inició las lecciones que debían continuar, una vez a la semana, por espacio de varios meses. Kung habló a la joven del estado

interno de la nación. Describió cómo la debilidad del Trono incitaba sus súbditos a la rebelión y a la invasión de los enemigos instalados más allá de las llanuras del Norte y de los mares del Este. Pormenorizó la forma en que tales invasores, trescientos años antes, llegaron desde Portugal proponiéndose comerciar en especias. Las riquezas que obtuvieron con su ilegal botín tentaban a otros individuos de Europa a imitarlos. Llegaron pues, los conquistadores españoles y los holandeses en sus barcos, y los ingleses, que hicieron la guerra para imponer el tráfico del opio, y últimamente, los franceses y alemanes. Yehonala abría mucho los ojos, que parecían más grandes y negros que nunca. Su cara palidecía y se sonrojaba alternativamente y sus manos se crispaban sobre sus rodillas. —¿Y no podemos hacer nada? —exclamó. —¿Qué podemos hacer? —respondió el príncipe Kung—. No somos gente marinera como los ingleses. Sus diminutas tierras, circuidas por el mar, son pobres y estériles y ellos han de atravesar los océanos si no quieren perecer de hambre. —Creo, sin embargo... —empezó Yehonala. Kung levantó la mano. —Esperemos. Aún hay más. Y dijo que los ingleses sostenían continuas guerras, siempre victoriosas. —¿Por qué? —preguntó la joven. —Porque gastan sus riquezas en armas de guerra —declaró el príncipe Kung. Y dijo que existía otro enemigo, éste situado al Norte. —Hace mucho —siguió— que conocemos a los rusos. Hace quinientos años. Es el gran Kublai Khan, que gobernaba estas tierras, quien empleó rusos como guardia personal y así lo hicieron todos los emperadores de su dinastía. Doscientos años después el ruso Yermak, un aventurero, especie de pirata de tierra que tenía la cabeza a precio, cruzó, con una banda de hombres feroces, los montes Urales en busca de pieles para los mercaderes que le empleaban. Peleó con las tribus septentrionales, que vivían en el valle del gran río Obi, les tomó su ciudad real, llamada Siber, y se anexionó aquellas tierras en nombre del zar, monarca de Rusia. Desde entonces a toda esa

región se le dio el nombre de Siberia. Y por esas hazañas de conquista, se perdonaron sus culpas a Yermak, y aun hoy sus compatriotas le llaman grande. —Ya he oído bastante —dijo bruscamente la joven. —No lo suficiente, Muy Favorecida —replicó el príncipe Kung—. Tampoco los ingleses nos dejaron vivir. En la época de Cha Ch'ing, hijo del poderoso Ch'ien Lung, llegó aquí un enviado británico llamado Amherst. Ese hombre, cuando se le llamó a las salas de audiencias a la habitual hora del alba, se negó a presentarse, diciendo que sus ropas de gala no habían llegado todavía, añadiendo qué estaba enfermo. El Hijo del Cielo que nos gobernaba entonces, envió sus propios médicos para que reconociesen al extranjero y ellos volvieron diciendo que el enviado padecía una falsa dolencia. El Hijo del Cielo se enojó y ordenó al inglés que volviese a su tierra. Pero los hombres blancos son obstinados, Muy Favorecida, y nunca se inclinan ni arrodillan ante nuestros Hijos del Cielo. Aseguran que no doblan la rodilla ante nadie, salvo ante sus dioses... y también ante las mujeres. —¿Ante las mujeres? —repitió Yehonala. Divertida por aquella imagen de los hombres blancos arrodillados ante las mujeres, levantó la mano para esconder la risa detrás de la manga, pero no pudo evitar que se la oyera reír, y el príncipe Kung, volviendo los ojos, leyó la expresión traviesa de los ojos de su discípula, y él mismo rompió en una risa callada. Animado por lo que veía, el jefe de los eunucos rió también y después rieron las damas de Yehonala, alzando sus mangas de seda para cubrirse las caras. Cuando terminó de reír, Yehonala preguntó: —Conque ¿los extranjeros no se arrodillan ante el Hijo del Cielo? —No, no se arrodillan —confirmó el príncipe Kung. Yehonala guardó silencio por un momento. Pensaba que cuando su hijo gobernase, los extranjeros doblarían la rodilla ante él y, si no lo hacían, inclinando la cabeza hasta el suelo, serían decapitados. Preguntó: —¿Y seguimos siendo tan importantes? —Debemos resistir —apoyó el príncipe Kung—, aunque no por las armas, ni

con batallas, porque no tenemos medios para ello. Más sí con obstrucciones, dilaciones y contempORIZACIONES aparentes. Tenemos que negar a los extranjeros la satisfacción de sus deseos. Ahora que los recién llegados americanos, continuadores de los ingleses, insisten en que se extiendan a ellos los beneficios de los tratados que nos hemos visto obligados a firmar con otros pueblos occidentales, hemos pedido que su Gobierno no proteja a aquellos de sus connacionales que trafican en opio, y los americanos han accedido a esta solicitud. —¿Cuál serán el fin de todo?—murmuró Yehonala. —¿Quién sabe? —respondió el príncipe Kung. Suspiró profundamente y se ensombreció su faz, una faz de expresión amarga, a pesar de estar bien conformada; una faz, triste, de arrugas muy marcadas en tono a la delgada boca y entre las negras cejas. Se levantó e hizo una reverencia. —Basta por hoy —dijo—. Te he descrito unas cuantas líneas de Historia, Muy Favorecida. Después, si te parece, las completaré hasta que veas la clara verdad. Se levantó y se inclinó: Así terminó el día. Por la noche la joven no pudo dormir. ¿Qué destino era el suyo? Su hijo había de reconquistar el imperio y arrojar los enemigos extranjeros al mar. Yehonala había dejado de sentirse prisionera en Palacio. Era el centro de las esperanzas del pueblo. Todos se preocupaban de lo que comía, de si dormía bien, de si padecía de los nervios o sentía dolores, de su color, de su risa, de sus caprichos y antojos. Aureolados por aquel hado de importancia vinieron y pasaron los meses de invierno, día tras día, hasta que los claros resplandores del sol, iluminando los cielos sin nubes, prestaron nueva vida a la ciudad. La esperanza animaba a las gentes y las transacciones mercantiles eran buenas. En el Sur, los rebeldes, de largas cabelleras se fortificaban en la ciudad de Nanquín y en el Norte circulaban rumores de que el jefe del alzamiento se apoderaba de muchas mujeres y las corrompía dándoles vino y buenos alimentos. Pero Yehonala recibía aquellas noticias con escasa

preocupación. Los chinos rebeldes no eran sus verdaderos enemigos, sino los extranjeros, los hombres blancos. Y aun así, ¿por qué habían de ser enemigos? Que se volviesen a sus tierras y sobraba toda enemistad con ellos. «Nosotros no buscamos más tierra que la nuestra», reflexionaba Yehonala. Una acusada tendencia a lo suave Invadía su ánimo en aquellos días. Nunca se había sentido corporalmente tan sana. Si ello se debía a las hierbas e infusiones que le daban a beber o a su propia energía vital que florecía plenamente bajo el influjo de su venidera maternidad, lo ignoraba. Incluso, por extraño que pareciera, había dejado de odiar al Hijo del Cielo. Cierto que no le amaba, pero le compadecía, pareciéndole la mera apariencia de un hombre por mucho que se adornara con sus dorados atuendos oficiales. Le acunaba en sus brazos por la noche y por el día le honraba con un respeto rayano en la extravagancia. Después de todo, era el padre de su hijo. Pero ¿lo era en realidad? Esa cuestión eterna de la duplicidad se escondía en su corazón. A juzgar por todo lo que el mundo creía y veía, el Hijo del Cielo era padre de su hijo. Y como tal debía el niño mirar al emperador. Secreto en el fondo de su alma, latía el vivido recuerdo de Jung Lu y de la hora en que él se dobló a su deseo. Dos corrientes contradictorias informaban su vida íntima. La primera, su constantemente acrecido orgullo de ir a ser la madre del heredero del Trono; la segunda, su escondido amor. La primera le hacía estudiar celosamente la historia del pueblo que su hijo debía regir, y de aquí que estudiase tantos libros antiguos y formulara preguntas al príncipe Kung. La segunda la llevaba a percibir con renovada vividez la belleza del mundo en que algún día debía poner a su hijo. Algunas tardes, en vez de encerrarse en la biblioteca, pasaba horas andando con sus damas, mientras su eunuco guardián, Li Lien-ying las escoltaba de cerca. Nunca rebasaban los muros de la ciudad del emperador, pero dentro de aquel recinto había tanto que ver, que hubiera necesitado muchos años para conocerlo todo. Cuando el sol

estaba alto y no soplaban vientos fríos, Yehonala caminaba de patio en patio, seguía los corredores y avanzaba entre las elevadas paredes rojizas de los pasadizos que unían los patios de los distintos palacios. Un triple muro rodeaba la Ciudad Sagrada y en aquellos muros se abrían cuatro puertas que miraban a los cuatro puntos del horizonte. Pasada la primera de aquellas grandes puertas se hallaban otras tres interiores que conducían, por puentes y jardines, a los palacios y salas del Trono. Esas salas miraban siempre al Sur y sus colores eran símbolo de los elementos. Los jardines eran bellos, incluso en invierno. El bambú del Norte verdecía bajo la nieve y bajo ésta seguía ostentando sus hojas de color escarlata el bambú hindú. En la Puerta de la Paz Celestial se alzaban dos pilastras de mármol blanco rodeadas de dragones esculpidos, y a aquel lugar se dirigía, a menudo, sin saber por qué, a no ser porque su espíritu se elevaba ante el grandioso espectáculo de aquellos blancos pilares. Palacio por palacio, con sus muchos salones del Trono, la joven aprendió a conocer la sagrada ciudad, considerada centro de la tierra como la estrella de Septentrión se considera centro del cielo. ¡En qué espléndida soledad se movía entre sus damas! Había acertado al convertir aquella ciudad en solar natal de su hijo y en lugar de su residencia. En el tercer mes de la primavera del nuevo año, en un día elegido por una decisión celeste ignorada para ella, Yehonala puso al mundo a un hijo. El cual nació en presencia de las damas de más edad de la Corte. El niño era indisputablemente heredero del Trono, y así le declararon las matronas presentes. Mientras Yehonala procuraba acurrucarse en un escabel, una comadrona cogió al niño y lo mostró a las damas. —Ved, venerables —anunció—. Un varoncillo lleno de salud y fuerza. Yehonala, medio desvanecida, alzó la vista y distinguió a su hijo, que, sostenido por las manos de la comadrona, agitaba brazos y piernas y lloraba a grito herido, abriendo mucho la boca. Cuando cayó la dulce noche de primavera, el patio de su

palacete privado se iluminó con la claridad de las linternas del altar de los sacrificios. Desde su lecho Yehonala miró por las bajas ventanas de celosía y vio el gran concurso de príncipes, damas y eunucos, que permanecían en pie más allá del ara. La luz de las candelas oscilaba ante sus rostros y centelleaba en sus multicolores túnicas de seda, bordadas en plata y oro. Había llegado la hora de dar gracias al cielo por el nacimiento del niño. Y el emperador, ante el altar, efectuaba la ofrenda y anunciaba que tenía un heredero. Sobre el altar estaban las tres arras de la ofrenda, consistentes en una cabeza cocida de cerdo, pelada y blanca, en un gallo también cocido, completamente pelado, excepto cabeza y cola; y en un pez vivo que, entre el cerdo y el gallo, se agitaba en una red de seda escarlata. El rito era difícil. Sin embargo, nadie podía efectuarlo más que el Hijo del Cielo. El pez había sido sacado vivo de un estanque de lotos y debía volver vivo en las mismas condiciones al agua, porque, si no, el heredero del imperio no viviría hasta alcanzar la edad viril. Además, el imperial padre no podía darse prisa ni violar la solemne dignidad de lo que hacía, so pena de ofender al cielo. En profundo silencio, el emperador levantó los brazos, y, siempre en silencio, se arrodilló ante los cielos, únicos a los que debía obediencia, y entonó sus loores. Exactamente en el momento previsto y justo terminó sus alabanzas y, asiendo al pez aún vivo con ambas manos, lo entregó al eunuco mayor, quien se apresuró a dirigirse al estanque y arrojar el pez dentro, esperando a ver si nadaba. En caso contrario, el heredero moriría en la infancia. Manteniendo alta su linterna contempló las aguas. La Corte esperaba en silencio y el emperador permanecía inmóvil ante el altar. La linterna iluminó lo que parecía un relámpago de plata en el agua del estanque. —¡El pez vive, Majestad!-gritó el eunuco. Al escuchar aquellas alegres palabras, la asamblea comenzó a hablar y reír. Se encendieron toda clase de fuegos de artificio, en todos los palacios se dio libertad a pájaros enjaulados y los cohetes diseminaron

alegremente en el cielo sus luminosos resplandores. Mientras Yehonala miraba por la ventana, apoyándose en el codo, todo el cielo pareció henderse ante sus ojos y en el centro del espacio la madre vio centellear, sobre un fondo de oscuridad acuchillada de ' destellos, una gran orquídea dorada, con toques de púrpura en los pétalos. —¡Esto es en tu honor, señora! —gritó la sirvienta. Un gran clamor retumbó en la ciudad cuando la gente vio la flor de fuego. Yehonala, riendo, se dejó caer en los almohadones. Muchas veces en su vida había deseado ser hombre, pero ahora se sentía contenta de haber nacido mujer. ¿Qué hombre podía conocer un triunfo tan grande como el de dar un hijo al emperador? —Preguntó: —¿Está mi prima, la consorte, en el patio? La vieja sondeó con la mirada las sombras y luces de la explanada llena de gentío. —La veo entre sus damas —manifestó. —Vete a buscarla —ordenó Yehonala— e invítala a venir. Dile que tengo deseos de verla. La mujer salió. Aproximose orgullosamente a la consorte y le rogó que acudiese al lado de Yehonala. —Mi señora considera a la consorte del Dragón como su hermana mayor —dijo la mujer, persuasiva. Sakota movió la cabeza. —Me he levantado del lecho para asistir al sacrificio y al lecho debo volver. No me encuentro bien. Se volvió mientras hablaba y, apoyándose en las damas y conducida por un eunuco con un farol, se perdió en la oscuridad de una puerta en forma de media luna. Todos quedaron sorprendidos. La mujer de servicio volvió al lado de Yehonala. —Señora, la consorte no quiere venir. Se funda en que está enferma. Pero creo que no lo está.. —Entonces, ¿por qué no viene? —preguntó Yehonala. La camarera replicó: —¿Quién puede predecir los cambios del corazón de una consorte? Ella tiene una hija y el hijo es tuyo. —Sakota no tiene el corazón tan mezquino —insistió Yehonala. Pero, a la vez que hablaba, recordó que su prima podía esgrimir sobre la cabeza de la favorita el puñal del secreto que conocía. La mujer repuso: —¿Quién conoce nuestro corazón? Esta vez Yehonala no

contestó. El patio había quedado vacío, porque el emperador y su séquito se habían ido a los festines. Durante toda la noche el pueblo se divirtió y se entregó por completo a la alegría. De norte a sur, de este a oeste, se abrieron las puertas de las prisiones y cuantos había dentro fueron libertados, sin preguntarles cuál era su crimen. En ciudades y aldeas las tiendas no se abrieron en siete días, no se mató animal alguno destinado al alimento de los hombres y no se pescaron peces en ríos ni albercas. Y los que ya habían sido atrapados y aún estaban vivos, en cubos y cestos de los mercados, fueron devueltos a las aguas de que procedían. Se abrieron las jaulas de las aves en las casas particulares, como lo habían sido las de los palacios. Los hombres de calidad que se hallaban en el destierro, recibieron autorización para regresar, recobrando sus títulos y propiedades. Y todo esto se hizo en honor del niño imperial que acababa de nacer. Más Yehonala, en su lecho, se sentía singularmente sola. Sakota, siempre tan gentil, siempre tan amable, no había ido a verla ni a ver a su hijo. ¿Por qué razón? Sin duda los eunucos habían andado muy ocupados llevando y trayendo chismes, y haciendo que Sakota pensase mal de su prima, precisamente cuando le había nacido un hijo. El gran consejero Su Shun, o su amigo el príncipe Yi, sobrino del emperador, podían ser los factores del mal, porque los dos estaban celosos de ella. Li Lien-ying le había dicho que, hasta su llegada, en ellos era en quienes más confiaba el emperador, con el que estuvieron en relación estrecha hasta que el Hijo del Cielo buscó la continua proximidad de Yehonala, a impulsos de la insaciable pasión que sentía por ella. «No les he hecho daño alguno —pensó la joven— e incluso he sido con ellos más cortés de lo necesario.» El gran consejero era altivo y ambicioso, aunque su nacimiento fuese muy bajo. Yehonala había nombrado a su hija Mei, una jovencita de dieciséis años, su dama de honor en la Corte. Pero necesitaba buscarse la amistad del príncipe Kung. Recordaba la fina y bien formada faz de

aquel hombre. Y determinó hacer de él un aliado. En el refugio de su grande y encortinado lecho, con su hijo acurrucado en el hueco de su brazo, Yehonala reflexionó sobre el destino que esperaba a ella y él. Los dos estaban solos contra el mundo. El hombre a quien amaba no podría ser nunca su marido. Mientras estuvo sola pudo haber escapado a su sino por la muerte, pero esto ya no se encontraba a su alcance. Había tenido un hijo que sólo podía contar con ella para vivir seguro entre la maraña de intrigas de los palacios. Los tiempos eran malos; los signos de los cielos, portentosos; el emperador, muy débil... Sólo ella podía asegurar el Trono a su hijo. Aquella noche y otras noches después —de hecho todas las noches de su vida— al llegar la madrugada Yehonala se enfrentaba con su destino, mirándolo con ojos fríos y corazón inquieto. Le constaba que sólo en sí misma encontraría bastante fuerza para prepararse a los peligros que surgirían cada alba. Debía desafiar a enemigos y amigos, y hasta a la propia Sakota, que conocía su secreto. Aquel niño, hijo suyo, que tenía en los brazos, había de ser siempre el hijo del emperador Hsien Feng. No admitiría otro nombre para él. Era hijo del emperador y heredero del Trono del Dragón. Así comenzó Yehonala la larga batalla de su destino.

II

TZU HSI

Durante el primer mes, según antigua tradición, el hijo era suyo. Ni siquiera en brazos de una nodriza podía salir del palacio de su madre. Yehonala pasaba las horas del día y de la noche en sus habitaciones, que miraban al patio, embellecido

por flores de peonía. Aquél era un mes de placer y contento, un mes en que, adulada como favorita del emperador, la joven llevó el nombre de Afortunada Madre. Todos acudían a mirar al niño y admiraban su mucha estatura, su buen color, su lindo rostro y la fortaleza de sus manos y pies,. Sí, todos fueron, excepto Sakota, único punto que faltó a la alegría de la madre. La consorte debió ser la primera en ver al niño y reconocerle como heredero del Trono, pero no lo hizo. Envió excusas diciendo que el mes de su propio nacimiento era, según las estrellas, adverso al mes del nacimiento del niño. ¿Cómo osaría entrar en el palacio donde el pequeño se albergaba? Yehonala oyó tal excusa sin una réplica. Ocultó su enojo en su corazón y allí fue desarrollándose durante los restantes días del mes del nacimiento. Pero tres antes de que terminase, envió al eunuco Li Lien-ying con este mensaje para Sakota:

«En vista de que tú, prima, no vienes a visitarme, he de acudir yo a ti para pedir que favorezcas y protejas a mi hijo, que nos pertenece a ambas, según la ley y la tradición.» Era cierto que la consorte debía proteger al heredero como si fuese su propio hijo. Aquél era su deber. Pero Yehonala temía que alguna envidia secreta o rumor maligno, fomentado por eunucos y competencias de príncipes, hubiese echado raíces en el sencillo corazón de Sakota; Semejantes querellas infestaban la Ciudad Prohibida y, cuando los cortesanos dé menos monta se hacían la guerra entre sí, procuraban dividir a los que estaban por encima de ellos para hacerles tomar también parte en la interminable lucha por el poder. Más Yehonala, por interés de su hijo, determinó no dejar que Sakota se apartase de ella. La obligaría a aliarse de grado o por imposición. Por lo tanto, un día se dispuso a salir de su palacio privado para ir al de Sakota. Entretanto tomó toda clase de medidas para garantizar la seguridad del niño. Encargó a Li Lien-ying que comprase al mejor platero de la ciudad una cadena de pequeños y fuertes eslabones de oro y puso la cadena al cuello de su hijo,

enlazando los dos extremos con un candado de oro. La llave del candado colgaba de una fina cadenilla de oro también, alrededor del cuello de la madre, en contacto con su carne. Yehonala no se la quitaba ni de día ni de noche. Aunque así su hijo quedaba simbólicamente encadenado a la tierra, ello no era bastante. Había que ofrecer el niño, como hijo simbólicamente adoptado, a otras poderosas familias del clan de su madre. Pero ¿qué tenía ella? Meditó y acabó formando un plan. Pidió a los respectivos jefes de cada una de las cien familias más poderosas del imperio una *tira* de finísima seda. Cuando tuvo en su poder lo pedido, mandó a los sastres de, palacio que le cortasen un retazo de cada tira, y con los cien distintos trozos confeccionó un vestido para su hijo. Así el ruño era miembro simbólicamente, de cien familias de las más poderosas y nobles y bajo esta protección los dioses malignos temerían dañarles. Sabido es de sobra que los dioses se sienten celosos de los niños varones nacidos en mujeres humanas, y les envían enfermedades y accidentes para que mueran antes de llegar a la edad viril y sean como los dioses mismos. El tercer día, pues, antes de terminar el mes del nacimiento, Yehonala fue al palacio de Sakota. Vestía una túnica nueva, de raso, de imperial color amarillo, bordada con rojas florecillas de granado, y una toca de seda negra orlada de perlas. Se había arreglado la cara untándosela primero con grasa de carnero, lavándosela después con agua perfumada y finalmente pintándosela y empolvándosela. Diose en las finas cejas una pincela de tinta oleosa. Se pintó la boca, siempre bonita, con un ligero color encarnado, y así sus labios denotaban la rebosante dulzura de su corazón. Llevaba en los dedos sortijas con engastes de piedras preciosas y preservaba sus largas y pulidas uñas con laminillas de fino oro batido, realzado por valiosas y menudas gemas. Pendían de sus orejas zarcillos de perlas y jade. Su toca y las altas suelas de sus zapatos la hacían parecer más alta de lo que era. Cuando se ataviaba con verdadero interés, hasta sus

damas palmoteaban de entusiasmo, al ver su belleza. Tomó en brazos a su hijo, que vestía de pies a cabeza, de raso escarlata bordado con diminutos dragones de oro. Madre e hijo se instalaron en un palanquín y fueron llevados al palacio de la consorte. Les seguían las damas de Yehonala y les precedían los eunucos que debían anunciar su llegada. Cuando llegaron a donde iban, la favorita se apeó del palanquín y traspuso el umbral de la mansión. En la sala de recepción halló a Sakota, que, si siempre era pálida y macilenta, lo estaba más aún, porque no había vuelto a recobrar la salud desde el nacimiento de su hija. Tenía marchita la piel y sus pequeñas manos se habían encogido tanto que parecían las de un niño inválido. Ante aquella menuda y tímida criatura, Yehonala se sintió hermosa y fuerte como un cedro joven. —Vengo a verte, prima —empezó diciendo, después de cambiar saludos—, en nombre de nuestro hijo. Cierto que yo le he puesto al mundo, pero tus deberes hacia él, prima, son aún mayores que los míos propios, porque su padre es el Hijo del Cielo, que fue tu señor antes de serlo mío. Pido tu protección para nuestro hijo. Sakota se medio levantó del sillón en que se sentaba y permaneció inclinada, sujetándose a los brazos del mueble. —Siéntate, prima —dijo con su voz quejumbrosa de siempre—. Es la primera vez que sales de tus patios, desde un mes a esta parte. Siéntate y descansa. Yehonala repuso: —No me sentaré hasta que no me prometas lo que te pido. Permanecía en pie mientras hablaba, mirando fijamente a Sakota. Procuraba con su fuerza de voluntad que sus pupilas se dilatasen, relampaguearan y pareciesen más negras de lo que eran. —¿Por... por qué —tartamudeó— me hablas así? ¿No somos primas? ¿No es el emperador nuestro mutuo señor? —Pido tu favor para nuestro hijo y no para mí —contestó Yehonala—. Yo no necesito ayuda de nadie. Pero quiero cerciorarme de que piensas estar al lado de mi hijo y no contra él. Las dos mujeres sabían bien lo que la otra quería indicar. Yehonala quería dar a entender que en el

seno de las discrepancias y continuas intrigas entre príncipes y eunucos, aspiraba a asegurarse de que Sakota no aceptaría la dirección de quienes se conjuraban contra el heredero del Trono del Dragón para poner a otro en su lugar. El silencio de Sakota demostraba que la consorte no ignoraba la existencia de tal intriga y que no quería prometer nada. Yehonala dio un paso adelante, después de entregar el niño a una de sus damas, y dijo con voz suave, pero resuelta: —Dame las manos, prima, y prométeme que no habrá nada que pueda dividirnos. Puesto que hemos de pasar la vida encerradas entre estas paredes, procuremos ser amigas y no enemigas. Esperó. Sakota vacilaba y no se resolvía a tender las manos. Una expresión furiosa se pintó en los ojos de la favorita. Se inclinó repentinamente y aferró las menudas manos suaves de su prima, apretándolas de tal modo, que hizo asomar las lágrimas a los ojos de Sakota. De niñas pasaba igual. Si Sakota ponía morritos y se rebelaba, Yehonala le cogía las manos con tal fuerza que le producía dolor. —Pro... prometo —murmuró Sakota con débil voz. —Prometo yo también —corroboró Yehonala firmemente. Colocó las manos de Sakota sobre la seda que cubría su regazo después de asegurarse de que todas las damas presentes habían visto que las láminas de oro que protegían sus uñas habían marcado rojas líneas en las dos finas manos que Sakota juntaba, mientras lágrimas de dolor corrían por sus mejillas. Yehonala no manifestó ni con una sola palabra su disgusto por lo que había hecho. Inclínose y rechazó con un ademán la taza de té que le ofrecía una dama de Sakota. —No puedo quedarme, prima —dijo con su bien timbrada voz de costumbre—. Vine para recabar esta promesa y ya la tengo. La comparto mientras mi vida dure, siempre que mi hijo viva. No olvidaré que también yo he prometido. Con insuperable orgullo aquella soberbia mujer pasó una mirada circular que abarcó a cuantos se hallaban en la estancia. Luego se volvió y con un floreo de su amarilla saya tomó a su hijo en brazos y salió. Por la noche,

después de haber hecho alimentar a su hijo y de verle dormido en brazos de su niñera, llamó a Li Lien-ying. Éste, que nunca se alejaba mucho de ella, acudió en seguida. Yehonala le envió a buscar al eunuco mayor, An Teh-hai. —Dile que quiero consultarle acerca de una cosa que me preocupa —explicó. Li Lien-ying volvió con el jefe de eunucos al cabo de un par de horas. An Teh-hai excusó su tardanza con estas palabras: —Perdona mi retraso, señora, pero estaba en la cámara del emperador, recibiendo sus órdenes. —Estás perdonado —repuso Yehonala. Señaló con el dedo una silla al recién llegado y ella ocupó su sillón, que parecía un trono, junto a la larga mesa esculpida que se apoyaba en el tabique interior de la estancia. Ya había despedido a sus damas y sólo • su sirvienta de confianza y Li Lien-ying estaban a su lado. Li Lien-ying fingió querer retirarse, mas ella le hizo seña de que permaneciese, y manifestó: —Lo que tengo que hablar os afecta a los dos, porque quiero consideraros como mi mano izquierda y mi mano derecha. Y procedió a decir que quería informarse bien de las intrigas de que tenía noticias a través de sus damas. Concluyó preguntando al eunuco jefe: —¿Es eso verdad? ¿Hay quienes conspiran para arrebatarse el Trono a mi hijo si...? Se interrumpió, porque nadie podía hablar del emperador asociando con él el vocablo «muerte». El eunuco mayor asintió con un movimiento de su recia cabeza. —Es verdad, señora. —Expíciate. El eunuco mayor obedeció. —Has de saber, Venerable, que ningún miembro de los principales clanes cree que el emperador puede engendrar un segundo hijo. Cuando la consorte tuvo una niña enfermiza, varios de los príncipes, alentados por ese hecho, se conjuraron para robar el Gran Sello Imperial en cuanto el emperador partiese hacia las Fuentes Amarillas. Volvió de un lado a otro la cabeza. —Lo lamentable es que no podemos esperar un largo reinado. Aunque el emperador es joven, la difunta emperatriz viuda le mimaba demasiado. De niño le alimentaba de dulces y cuando notaba

que su hijo sentía dolores de vientre le hacía tomar opio para calmarlos. A los doce años ya estaba corrompido por los eunucos y a los dieciséis extenuado por las mujeres. Excusa que te hable con franqueza. Calló el eunuco mayor. Apoyó sobre las rodillas sus manos cuidadas y grandes y habló en voz tan baja que Yehonala hubo de inclinarse para poder oírle. —En puridad y prudencia —opinó el primer eunuco, con una expresión solemne en su ancho rostro—procede que hagamos recuento de nuestros amigos y enemigos. Yehonala escuchaba sin moverse. Lo que más contribuía a hacer de ella una figura imperial era la facilidad con que pasaba horas enteras inmóvil en un asiento, erecta y con toda naturalidad. Miró a su interlocutor sin el menor indicio de sentirse temerosa. —¿Quiénes son nuestros enemigos? —inquirió. El eunuco mayor cuchicheó: —En primer lugar, el gran consejero, Su Shun. Yehonala exclamó: —¡Y yo que he tomado a su hija como mi dama de honor favorita! —Pues es adversario nuestro —afirmó An Teh-hai con gravedad—. Y también el propio sobrino del emperador. Me refiero al príncipe Yi, y no olvido al príncipe Cheng. Esos tres, Venerable, son nuestros principales enemigos, sobre todo desde que nos has dado un heredero. Ella bajó la cabeza. El peligro era tan grande como había imaginado. Los príncipes mencionados eran poderosos, tenían parentesco con el emperador y pertenecían al mismo clan. Y ella no pasaba de ser una mujer... Alzó la cabeza con orgullo. —¿Quiénes son nuestros amigos? —preguntó. —Más que ninguno, Venerable, lo es el príncipe Kung, hermano menor del Hijo del Cielo —contestó el eunuco mayor, no sin un previo carraspeo. —Si ése es mi amigo —repuso Yehonala—, él solo vale por todos los otros. Era muy joven aún y le bastaba cualquier cosa para contraer esperanzas. La sangre afluyó a sus mejillas. El jefe de eunucos declaró: —En cuanto te vio, señora, dijo a un hombre de su clan, que estaba cerca y que luego me lo contó a mí, que eras una mujer tan inteligente y bella que traerías suerte al

Trono del Dragón o lo destruirías. Yehonala ponderó aquellas palabras en su reflexiva mente. Permaneció silenciosa durante buen espacio de tiempo. Al fin respiró profundamente y exhaló un largo suspiro. —Para facilitar esa buena suerte necesito armas —aseveró. —Muy cierto, Venerable —coincidió el eunuco mayor. Luego calló y esperó. —Vuelve junto al emperador —mandó Yehonala— y procura imbuirle la idea de que su hijo y heredero está en peligro y de que sólo él puede protegerle. También le imbuirás que debe elevar mi categoría e igualarla a la de la consorte. Hay que evitar que ella pueda tener autoridad sobre el heredero, porque esa autoridad tal vez será usada por los que aspiran al poder. El jefe de los eunucos sonrió ante aquella prueba de perspicacia. Li Lien-ying rió, haciendo crujir, una tras otra, las junturas de las falanges de sus dedos, para mostrar su complacencia. —Señora —dijo el eunuco mayor—, procúrate deslizar en el ánimo del emperador la idea de que te recompense al cumplirse el primer mes del nacimiento de su hijo. ¿Qué día ofrecerá mejores auspicios para ti? —Ninguno. Miró los negros ojuelos de su interlocutor, profundamente hundidos en sus órbitas, bajo su alta y tersa frente, y súbitamente sonrió. En su faz aparecieron dos lindos hoyuelos y sus grandes pupilas resplandecieron de alegría, astucia y triunfo. El niño cumplió su primer mes de vida. Nació coma teta llena y luna llena volvía a haber. Se habían vencido ciertos peligros Iniciales, como la locura de los diez días, de la que tantos recién nacidos mueren antes de llegar a la semana y media; el riesgo de descomposición, que hace que los intestinos de los infantes parezcan convertirse en agua; los vómitos continuos; la tos, los catarros, la fiebre... Al fin de aquel primer mes el heredero estaba rollizo y sano, mostraba una voluntad imperiosa y un apetito constante, que hacia a su nodriza tener que hallarse preparada continuamente para atender sus exigencias fuese de día o de noche. Yehonala había elegido personalmente aquella nodriza, una recia y joven campesina

china, que acababa de tener su primer hijo, y por lo tanto, era adecuada para nutrir el regio vástago. Pero Yehonala no se alegró nada de que los médicos de la Corte hubieran de juzgar sana a la mujer. No, porque era ella quien debía examinar el cuerpo de la nodriza y gustar la dulzura de su leche, y oler su aliento para descubrir si había algún elemento de acidez en él. Ella misma prescribió la dieta de la mujer y atendió a que se le sirviesen únicamente las mejores y más alimenticias vituallas. Con una nodriza así, el principio se desarrollaría como el hijo de cualquier labriego. Al cumplirse el primer mes lunar del nacimiento de su heredero, el emperador decretó que se celebrasen fiestas en toda la nación. En la Ciudad Prohibida se consagró el día entero a fiestas y músicas. El Hijo del Cielo envió al jefe de eunucos a preguntar a Yehonala qué placer deseaba que se le proporcionase aquel día tan fausto. Ella expresó en palabras el secreto anhelo que hacía tanto tiempo aspiraba a satisfacer. —Hace mucho que no veo una buena representación teatral —oyó decir An Teh-hai—. No he asistido a ninguna desde que resido bajo estas techumbres doradas. A la emperatriz viuda no le agradaban los actores y no me atreví a pedir este favor mientras vivió. Además eran meses de luto. Pero ahora... ¿Querrá el Hijo del Cielo complacerme? El eunuco mayor no pudo reprimir una sonrisa al ver la femenina faz, arrebolada y ardiente como la de una niña, con un fulgor de esperanza en los ojos. —El Hijo del Cielo no te negará nada en estos momentos, señora —dijo. Hizo un guiño y movió repetidamente la cabeza, como dando a entender que la favorita merecía mucha mayor recompensa que la de una función teatral. En seguida salió para cumplir el encargo. Y así, en aquella fecha de festejos, Yehonala consiguió, mientras aguardaba la obtención del favor principal, alcanzar el menor de los que ansiaba: ver una comedia. También aspiraba a incrementar su rango. Ante todo había de celebrarse la ceremonia del ofrecimiento y aceptación de regalos. El

emperador decidió consumir aquellos ritos en el salón del trono, lugar al que se llamaba Palacio del Insuperable Esplendor. Ya al alborar esperaban allí hombres llegados de todas partes del reino, y entre ellos circulaban eunucos encargados de atender los grandes faroles que oscilaban colgados de las vigas en que se veía pintados dragones imperiales de quintuple zarpa. La luz de aquellos faroles, hechos de cuerno, hacía resaltar las túnicas de eunucos e invitados y realzaba los dorados reposteros y las joyas engarzadas en el Trono. Todos los colores y matices se acusaban a la vez: el carmesí y el púrpura profundo y fuerte, el escarlata y el brillante azul. Centelleaban la plata y el oro. Todos esperaban, silenciosos, la llegada del Hijo del Cielo. Cuando apuntó la aurora en el horizonte apareció el cortejo imperial. Tremolaban las banderas a la brisa matutina y desfilaban los guardias imperiales con sus túnicas escarlatas. Seguían los príncipes y luego los eunucos, marchando lentamente de dos en dos. Los eunucos se ataviaban con ropas purpúreas y cinturones dorados. En el centro doce portadores conducían el palanquín del sagrado Dragón Amarillo, en el que se sentaba el Hijo del Cielo. En el Salón del Trono todos cayeron de rodillas, golpearon sus cabezas nueve veces contra el suelo y prorrumpieron en clamores de saludo. —¡Diez mil años, diez mil años, diez mil años! El emperador descendió de su palanquín y, con la mano derecha en el brazo de su hermano y la izquierda en el del Gran Consejero Su Shun, subió al trono dorado. Allí, sentado con la oportuna dignidad, las palmas de las manos sobre las rodillas, recibió por el oportuno orden a los príncipes y ministros que presentaban obsequios para el heredero imperial. Sus manos no tocaban aquellas dádivas, que llegaban en bandejas o grandes fuentes de plata sostenidas por portadores. El príncipe Kung leía la lista de dones su procedencia, mencionando provincias, puertos, ciudades y regiones agrícolas. El jefe de eunucos, An Teh-hai,

provisto de un libro y pincel, registraba el nombre del obsequiante, la clase de su regalo y cuanto valía. Para que fuese generoso en sus estimaciones, los donantes solían previamente hacerle secretos sobornos en dinero y especie. Según el uso, detrás del trono se alzaba un biombo muy grande, de madera olorosa, con dragones de quíntuple zarpa en relieve. Más allá del biombo se sentaban Yehonala y la consorte, con sus respectivas damas. Terminada la recepción de los dones, el emperador llamó a Yehonala para entregarle su recompensa. El eunuco mayor llevó la llamada y condujo a la favorita hasta el Trono del Dragón, al que ella se aproximó lentamente. Por un instante permaneció erguida, con la cabeza levantada, sin mirar ni a derecha ni a izquierda. Después, poco a poco, para prestar homenaje, se arrodilló, apoyó una mano sobre el embaldosado suelo, colocó la otra encima de la primera y puso la frente sobre las dos manos cruzadas. El emperador esperó unos instantes después y tomó la palabra. —Decreto en este día que la madre del heredero imperial arrodillada ante mí, sea elevada a la categoría de consorte, siendo igual en todos los sentidos a la consorte presente. Para evitar confusiones, la consorte actual será conocida por el nombre de Tzu An, emperatriz del Palacio Oriental, y la Madre afortunada será conocida por el nombre de Tzu Hsi, emperatriz del Palacio Occidental. Ésta es mi voluntad, que será declarada en todo el reino, para que sea conocida de todas las gentes del país. Al oír aquellas palabras Yehonala sintió que su sangre se agolpaba, con jubilosa fuerza, a su cabeza. ¿Quién osaría causarle daño ahora? La mano del emperador la había elevado. Tres veces primero, tres veces más, y aún otras tres veces tocó su frente con las manos. Luego, incorporándose, permaneció en pie hasta que el jefe de eunucos extendió su brazo derecho. Apoyose en él y volvió a su lugar, tras el Biombo del Dragón. Y cuando se sentó, no volvió la cabeza para mirar a Sakota, ni Sakota habló palabra. Mientras Yehonala estuvo de pie ante el Trono del Dragón, la vasta

multitud que llenaba el salón de ceremonias guardó silencio. Excepto la del emperador, no sonaba una voz ni se movía una mano. Y, desde aquel día, a la que fue Orquídea no volvieron a llamarla Yehonala. Su nombre imperial era el de Tzu Hsi, que significaba la Madre Sagrada. Aquella misma noche el emperador hizo llamar a Tzu Hsi. No lo efectuaba hacía tres meses, es decir, los dos anteriores al nacimiento del niño y el mes posterior. Pero ahora había llegado el tiempo— Tzu Hsi recibió con agrado la llamada, demostrativa de que seguía gozando del favor imperial, lo que le complacía, no tanto por ella como por su hijo. Demasiado bien sabía que, en aquel intervalo, el emperador había llamado a varias concubinas, cada una de las cuales esperaba sustituir a la favorita. Al fin vería si alguna lo había logrado. Alzose, pues, presurosa para seguir al jefe de eunucos, que la esperaba en la entrada de su palacio. No obstante, resultaba duro abandonar al niño, cuyo lecho se hallaba al lado del de su madre. Desde antes de nacer se habían preparado para el heredero sus habitaciones personales, pero la madre no permitió que lo separasen de ella una sola noche. Ya preparada, perfumada, enjoyada y vestida de raso de suave color rosa no se decidía a separarse del niño que, satisfecho, dormía sobre su colchón de seda. Dos mujeres se habían sentado junto a él: una era la nodriza y otra la camarera de la nueva emperatriz. Ésta les advirtió: —No os separéis de él ni siquiera un instante. Si cuando yo vuelva, aunque sea al alba, tiene algún daño o llora, o tiene un solo punto rojo en la piel, haré que os azoten. Y si recibe algún daño grave, lo pagaréis con la cabeza. Las dos mujeres quedaron pasmadas ante la fiera expresión de su señora. La nodriza experimentó un respetuoso temor, mientras la sirvienta se asombraba al ver cómo obraba la cortés jovencita a quien creía conocer tan bien. Dijo con voz almibarada: —Desde que la emperatriz del Palacio Occidental tiene un niño se ha convertido en un tigre. Sosegaos, Venerable, que nosotras le cuidaremos aun mejor de lo que nos

recomendáis. Tzu Hsi dio más órdenes. —Li Lien-ying quedará fuera y ninguna de mis damas ha de dormir profundamente. —Todo se hará —prometió la fámula. Tzu Hsi no se decidía a marcharse. Se inclinó sobre el niño dormido y contempló su faz sonrosada el pucherito de sus labios, blancos y rojos; los ojos, grandes y de abultados párpados; las orejitas, muy pegadas a la cabeza, largas y de prolongados lóbulos. Todo aquello eran señales de preclara inteligencia. ¿De quién habría el niño recibido su belleza? Seguramente la de ella no alcanzaba a tanta perfección. Su padre... Dejó de pensar y tomó la mano derecha y luego la izquierda de su hijo. Con levé presión abrió los curvados deditos y olió las suaves palmas del nene, según suelen hacer las madres. ¡Qué tesoro poseía! —¡Venerable! Reconoció la voz de An Teh-hai, sonando en la sala contigua. El jefe de los eunucos empezaba a impacientarse, no por él, sino por ella. Ella sabía que el eunuco era su aliado en la secreta guerra palatina y le convenía atenderle y portarse bien con él. Sólo se entretuvo lo suficiente para hacer otra cosa: sacar de su mesa de tocador un anillo de oro y un fino brazalete con perlas cultivadas. Dio el anillo a su camarera y el brazalete a la nodriza, para estimularlas más en el cumplimiento de su deber. Luego salió presurosa y encontró a li Lien-ying, su eunuco, esperando con An Teh-hai. Sin pronunciar una palabra dio a su eunuco una pieza de oro. El ya sabía lo que aquello significaba. En ausencia de su señora debía velar por la seguridad del niño. Dentro de la pechera de su túnica llevaba también un envoltorio con oro para el jefe de eunucos, pero no pensaba dárselo hasta ver cómo la recibía el emperador. Si la noche transcurría bien, An Teh-hai obtendría el justo premio. El, comprendiéndolo así, la condujo por los angostos y bien conocidos pasadizos al imperial corazón de la Ciudad Prohibida.

—Ven aquí —dijo el emperador. Ella se había detenido en el umbral del vasto aposento, para que él pudiera verla en toda la magnificencia de su vigorosa hermosura. Al oír la orden

adelantó lentamente, ondulando, al andar con la gracia que ella sabía bien cómo poner en juego. No era humilde, pero fingía timidez y procedía con una mimosa dulzura que era medio real y medio fingida. Porque el poder de aquella mujer consistía en que llegaba casi a ser lo que fingía y se proponía que creyera que era; y esto en cualquier momento y en cualquier lugar. No engañaba, ya que entonces se engañaba a sí misma tanto como a la persona ante la que se presentaba. Mientras se aproximaba al lecho imperial, ancho y largo como una habitación, con su nido dorado y sus amarillentas cortinas, sintió una repentina piedad. El hombre que la esperaba hallábase, sin duda, condenado a muerte. Era joven, pero había agotado sus fuerzas demasiado pronto. Subió de prisa al estrado, olvidando su lentitud inicial en los últimos pasos que dio. —¡Señor de los Cielos! —exclamó—. Mi soberano está enfermo y nadie me lo decía. La luz de las grandes candelas colocadas en sus candelabros dorados hacían ver al emperador demacradísimo, con la amarilla piel tan unida a los finos huesos de su rostro y figura, que parecía un esqueleto viviente apoyado en las almohadas de seda amarilla, Sus manos, con las palmas hacia arriba, descansaban inmóviles sobre el suntuoso cubrecama. Ella se sentó en el lecho, extendió sus fuertes y cálidas manos y notó frías y secas las de él. —¿Sientes dolores? —preguntó con ansiedad. —Dolores no, pero estoy muy débil. —Pero esta mano... —insistió, asiéndole la izquierda—. La noto diferente de la otra. Está más fría, más rígida... Él repuso, como a su pesar: —Hace tiempo que no puedo usarla lo mismo que antes. Ella le levantó la manga y vio su brazo desnudo, delgado y amarillo como el marfil viejo, bajo las ropas de seda. —¿Por qué no me habrán avisado? —gimió ella. —Lo único que podían decirte —repuso él— es que advierto en este lado una frialdad que ya poco a poco en aumento. La acercó la mano. —Ven a mi lecho —mandó—. Ninguna me ha calentado. Sólo tú, sólo tú... Tzu Hsi vio encenderse en los hundidos ojos del hombre la antigua y

ardorosa luz y se dispuso a obedecer. Pero según las horas se acercaban a la medianoche y luego a la madrugada, la joven sintió una tristeza que no había conocido antes. Profundo, profundísimo era el mal que agotaba a aquel pobre hombre, emperador de un poderoso reino. El frío de la muerte había invadido su vida interna y ya no era un varón propiamente dicho. Toda ayuda era inútil. Cuando Tzu Hsi comprendió que incluso ella no podía remediar lo irremediable, se levantó del lecho, sentose junto a la almohada y tomó al hombre entre sus brazos como si fuera un niño, y él, como un niño, sollozó sobre su pecho, comprendiendo que lo que fuera su principal alegría había dejado de serlo para siempre. Aquel joven que no había llegado aún a su tercera década, tenía el cuerpo envejecido y debilitado por sus excesos. Había cedido a sus deseos demasiado pronto. Los eunucos los habían fomentado demasiado a menudo y con demasiada humildad habían los médicos de la corte reavivado su sangre con medicinas y hierbas. Estaba extenuado y sólo le quedaba esperar la muerte. Aquella certidumbre abrumó a la mujer mientras intentaba consolar al hombre que la amaba. Quiso tranquilizarle con palabras gratas, y emanaba de ella tal serenidad y fuerza que logró persuadirle al fin. —Estás fatigado —le dijo— y asediado por las preocupaciones. Sé que tenemos muchos enemigos y que los hombres de Occidente nos amenazan con sus hombres y sus barcos. Mientras yo vivía mi vida de mujer, tales conturbaciones, ocultas dentro de tu ánimo, han minado tu fuerza. En tanto que yo llevaba en mi seno a mi hijo, tú te encorvabas bajo las cargas del Estado. Déjame que te ayude, señor. Autorízame a compartir la mitad de tu carga. No me prohíbas sentarme tras el biombo de la sala del Trono, cuando alborea el día, para escuchar a tus ministros. Yo sabré entender el significado interior de sus quejas y cuando todos se vayan te daré mi parecer, dejando en tus manos toda decisión. Así, de las amarguras del deseo insatisfecho y de los arrebatos del

amor, ella le hizo pasar a pensar en los asuntos públicos, las amenazas de los enemigos y el reforzamiento del Trono, ahora que existía un heredero. Y comprendió lo que agobiaban a aquel hombre todas sus cargas, porque comenzó a exhalar grandes suspiros y acabó separándose de su pecho y apoyándose otra vez en los almohadones para, sosteniendo una mano de Tzu Hsi entre las suyas, explicarle sus perplejidades. —Mis congojas no tienen fin —se quejó—. En los días de mis antepasados el enemigo venía siempre del Norte y la Gran Muralla atajaba el avance de caballos y guerreros. Pero ahora la muralla es inútil del todo. Incontables hombres blancos llegan por el mar. Hay ingleses, franceses, holandeses, alemanes y belgas. En verdad te digo que no sé cuántas naciones hay más allá del límite de las montañas de K'un Lun. Nos hicieron la guerra para vendernos opio, la ganaron y... ¡nunca están satisfechos! Ahora vienen también los americanos. ¿De dónde vienen? ¿Dónde está América? Oigo decir que la gente de allí es algo mejor que la otra. Pero, en cuanto concedemos a la otra algo, los americanos piden los mismos beneficios. Precisamente en este año desean renovar su tratado con nosotros, y yo no quiero renovar tratado alguno con los blancos. —¡Entonces no lo renueves! —dijo impetuosamente Tzu Hsi—. ¿Por qué has de obrar contra tu voluntad? Manda a tus ministros que rehúsen. Él se quejó: —Los blancos usan armas terribles. —Entonces procura aplazar las cosas —aconsejó ella—. No respondas a sus protestas. Da por no recibidos sus mensajes. Niégate a recibir a sus enviados. Eso nos dará tiempo. Los americanos no nos atacarán mientras tengan esperanzas de que renovaremos el tratado. Por lo tanto, no digas sí ni no. El emperador quedó sorprendido ante tanta sabiduría. —Vales para mí más que cualquier hombre —declaró—. Incluso que mi hermano. Es él quien continuamente me insta a que reciba a los hombres blancos y haga nuevos tratados con ellos. Siempre está procurando asustarme con relatos de los grandes barcos y de los enormes

cañones que tienen. Negociaciones, negociaciones, dice. Tzu Hsi rió. —No te dejes amedrentar por nadie, señor. Ni siquiera por el príncipe Kung. El mar está muy lejos de aquí y no puede haber cañones tan grandes que alcancen los muros de nuestra ciudad. Tzu Hsi creía firmemente lo que decía y él deseaba creerla y se aferraba a ella cada vez más. Al fin se durmió apoyado en las almohadas. Ella estuvo sentada en el borde del lecho hasta el amanecer. A esa hora el eunuco mayor fue a despertar al soberano porque sus ministros le esperaban para la audiencia matutina. Al entrar el eunuco, Tzu Hsi se levantó y le habló mientras el emperador dormía aún. —Desde hoy en adelante —dijo— yo me sentaré durante las audiencias, tras el Biombo del Dragón en el salón del Trono. El Hijo del Cielo lo ha ordenado así. An Teh-hai se inclinó hasta el suelo ante ella y golpeó las baldosas con la frente. —Venerable —exclamó—, me siento muy contento. A partir de aquella fecha Tzu Hsi se levantaba en la oscuridad del amanecer. A la luz de las candelas sus mujeres la bañaban y la vestían con ropas de gala. Se instalaba en su encortinado palanquín y Lien-ying la precedía, con una linterna en la mano, hasta el salón del Trono. Allí se sentaba tras el enorme biombo labrado ante el que se hallaba el Trono del Dragón. Li Lien-ying quedaba siempre de guardia junto a ella, en pie y con una daga desenfundada en la mano. Desde el mismo día el príncipe heredero dejó de dormir en la alcoba de su madre. Le trasladaron a su propio palacio con el jefe de eunucos como primer sirviente. El príncipe Kung, hermano del emperador, fue nombrado su ayo.

Aquel año empezó muy pronto el frío. No había llovido en muchas semanas y, a mediados de otoño, secos y mordientes vientos empezaron a soplar desde el noroeste, esparciendo por doquier la carga de pálida arena que traían del distante desierto. La ciudad aparecía alfombrada por el pálido oro de la arena y el sol iluminaba las techumbres de las casas a la vez que la arena penetraba por los intersticios de los aleros. Sólo las

tejas de porcelana de la Ciudad Prohibida, con su real color azul y amarillo imperial detenían la arena y brillaban, claras, bajo la blanca claridad del cielo. Al mediodía, cuando el sol daba aún un suave color, los viejos envueltos en sus ropas forradas salían de sus casas y se sentaban en esquinas abrigadas entre los muros. Corrían los niños por las calles y jugaban hasta que el sudor cubría sus oscuras mejillas. Pero cuando el sol se ponía empezaba un frío seco que congelaba la sangre de jóvenes y viejos. En el curso de la noche el frío aumentaba hasta que, antes de alborear, alcanzaba su mayor, grado. Los mendigos callejeros que carecían de albergue emprendían carreras de un lado a otro para salvar la vida hasta que el sol reaparecía en el cielo. Ni siquiera los perros errabundos podían dormir. A tan fría y silenciosa hora, y en un día señalado por el Departamento de Astrólogos Imperiales, Tzu Hsi se levantó para ocupar su lugar de costumbre en el salón del Trono. Su fiel camarera dormía a su lado. Cuando el gongo de bronce del vigilante nocturno sonó en la calle, anunciando por tres veces las tres, la mujer se levantó de su lecho, puso carbones frescos en la estufa y colocó sobre las brasas un caldero de agua. Cuando ésta comenzó a hervir, la mujer preparó té en un recipiente de plata y barro. Acercose al vasto lecho donde Tzu Hsi dormía, apartó las cortinas y le tocó en el hombro. Bastaba un solo contacto para que Tzu Hsi se levantara, pues, aunque descansaba bien, tenía el sueño ligero. Abrió mucho sus grandes ojos y, completamente despejada, se sentó en el lecho. —Ya estoy despierta —dijo. La mujer vertió la infusión de té en una taza y la presentó con ambas manos. Tzu Hsi bebió lentamente sin extremar la lentitud, porque le gustaba llevar con exactitud el ritmo del transcurso del tiempo. Cuando hubo vaciado la taza, la sirvienta la tomó de nuevo. En el cuarto de baño el agua caliente, ya preparada, humeaba en la bañera de porcelana. Tzu Hsi se levantó, con movimientos graciosos y precisos —porque la precisión y la gracia constituían un hábito en ella— y a los

pocos minutos entró en el baño. La camarera la lavó, sin frotarla mucho, la secó y le puso las ropas con las que iba a asistir tras el biombo a la imperial audiencia. Sobre sus prendas interiores de seda perfumada llevaba una larga veste de raso de intenso color de rosa, ribeteada con cinta de negro color, al estilo norteño. Sobre aquella prenda, abotonada hasta la garganta, colocose una túnica de gasa de matiz amarillo pálido, bordada con pequeños medallones azules que representaban el ave fénix. Cubrían sus piernas medias de fina seda blanca forrada, y calzaban sus pies manchurianos zapatos con altos tacones dobles. Después de peinarla, la mujer de servicio le colocó una toca con figuras y flores de raso, que tenía gemas engastadas y sartas de finas y pequeñas perlas. Se movían en silencio. La mujer porque estaba fatigada y Tzu Hsi porque colmaban su mente pensamientos sombríos. Los tiempos se hacían cada vez más graves. La víspera, en una audiencia privada, el príncipe Kung le había dicho; —Los habitantes de cualquier nación no se preocupan de quiénes son sus gobernantes si hay paz» orden en el reino y si se puede reír y asistir a las funciones de teatro. Pero sino hay paz y se perturba el orden, el pueblo censura a los que le rigen. Tenemos la mala ventura de gobernar en tiempos calamitosos. Mi imperial hermano es muy débil. Hoy ni los hombres blancos ni los rebeldes chinos temen al Trono. Tzu Hsi alegó: —Si esos extranjeros de piel pálida no hubiesen venido del otro lado del mar, nosotros aplastaríamos a los rebeldes chinos. El príncipe estuvo de acuerdo, triste y pensativamente. —¿Y qué podemos hacer? —murmuró—. Ya los tenemos aquí. Nuestra dinastía tiene la culpa de que nuestros antepasados no comprendiesen hace cien años que los extranjeros occidentales son hombres diferentes de todos los demás. Al principio nuestros abuelos se sintieron encantados con sus artificios y sus ingeniosos relojes y baratijas. En consecuencia, no temiendo mal alguno, les permitimos visitarnos, esperando que su cortesía les hiciera

abandonar nuestras costas. Ahora sabemos que debimos haberlos arrojado todos al mar, empezando por el primero, porque donde uno llega, ciento siguen y ninguno se marcha. —Extraño es, en efecto —observó Tzu Hsi—, que el venerable antepasado Ch'ien Lung, que fue tan grande y tan sabio y gobernó durante tantas décadas, no comprendiese el carácter de los hombres del Oeste. El príncipe Kung, moviendo la cabeza, contestó desoladamente: —A Ch'ien Lung le engañaron su poder y su buen corazón. No entraba en su ánimo que nadie pudiera ser su enemigo. Se parecía mucho a su contemporáneo Jorge Washington y le agradaba decir que él aquí y Washington en América obraban como hermanos, aunque no se hubieran visto nunca. Cierto es que sus reinados florecieron en la misma época. Tal había sido la esencia de la plática de Tzu Hsi con el príncipe Kung, quien procuraba todavía seguir instruyéndola, y lo hacía a menudo. Escuchándole y alzando los ojos hacia aquella faz agradable y delgada —aunque cansada y triste para un hombre tan joven— la mujer pensaba cuánto mejor habría sido que el príncipe hubiera nacido antes y llegado a emperador en vez del débil Hsien Feng. La doméstica anunció: —Ya estáis preparada, Venerable, y ahora deseo que comáis algo caliente antes de ir a sentaros tras el Biombo del Dragón. Una escudilla de sopa de mijo bien caliente... —Comeré cuando vuelva —respondió Tzu Hsi—. Necesito ir en ayunas para tener la cabeza clara. Se levantó y se encaminó a la puerta, con el paso medido y el cuerpo erguido. Sus damas debían acompañarla, pero ella, que sabía ser severa y dura cuando se le antojaba, era siempre bondadosa con sus obedientes damas y no exigía que se levantasen temprano. Bastante era que tuviese que hacerlo su mujer de asistencia y que Li Lien-ying, su eunuco, la esperase a la puerta. Con todo, una de las damas se levantaba temprano a menudo, y era Mei, la joven hija de Su Shun, el Gran Consejero. Aquella mañana, cuando la sirvienta abrió la puerta para que pasase Tzu Hsi, Mei estaba allí ya, algo pálida

por el madrugón, pero fresca como una gardenia blanca. Contaba por entonces tan sólo dieciocho años de edad y era pequeña de estatura y exquisitamente formada. Por lo tierna, obediente y en muchos sentidos encantadora, Tzu Hsi la tenía en el mayor aprecio, aunque le constaba que Su Shun era su enemigo secreto. Por fortuna, Tzu Hsi era amplia de mente y excesivamente justa y, por lo tanto, no hacía pesar las culpas del cruel padre sobre la inocente hija. Sonrió a la joven.

—¿Cómo te levantas tan temprano? Mei confesó: —El frío no me dejaba dormir, Venerable. Tzu Hsi, siempre sonriendo, dijo: —Voy a buscarte un marido que te caliente la cama. Pronunció aquellas palabras con negligente afabilidad, sin saber por qué las decía, pero en cuanto salieron de sus labios comprendió que brotaban de un instinto que no había sabido reconocer. Sí, sí... Las murmuraciones de las mujeres en los patios, donde había poco que hacer, excepto murmurar, habían corrido de boca en boca, desde la fiesta celebrada con motivo de que el heredero imperial cumpliera su primer mes lunar de vida; y Tzu Hsi había captado el rumor de que Mei había sido sorprendida más de una vez mirando a Jung Lu, el gallardo jefe de: la Guardia Imperial y pariente de la madre afortunada. Tzu Hsi había oído esto como solía oírlo todo es decir, con mente siempre atenta, con ojos siempre al acecho, con oídos siempre alerta, ya estuviera des, pieria, ya estuviera dormida... ¿Quién podía saber las cosas que conocía si no hacía confidente de ellas a nadie? Mei murmuró, con las mejillas repentinamente sonrojadas: —Por ahora. Venerable, no quiero marido. Tzu Hsi la pellizcó la mejilla. —¿No quieres marido? —Permitidme servir siempre a vuestro lado —rogó la dama. —¿Por qué no? —respondió Tzu Hsi—. Pero eso no obsta para que tengas marido. Mei palideció, se sonrojó y volvió a palidecer. ¡Desafortunada ocurrencia aquélla del casamiento! La emperatriz del Palacio Occidental no tenía más que ordenarle que se casara con un hombre para que tuviese que obedecer y, sin embargo, todo su corazón estaba...

La flaca figura de Li Lien-ying, grande y amedrentadora, apareció ante ellas. La luz de la linterna que llevaba en la mano acusaba sus toscas facciones. —Se hace tarde, Venerable —dijo con su chillona voz de eunuco. Tzu Hsi volvió a la realidad. —¡Ah, sí! Y además tengo que ver a mi hijo. Todas las mañanas tenía la costumbre de visitar a su hijo antes de entrar en la sala de audiencia. Pidió su silla de manos. Corriéronse las cortinillas y los seis portadores se pusieron los extremos de la vara de la silla sobre el hombro y adelantaron con rápido ritmo hasta llegar al palacio del heredero. La dama de honor seguía en una silla pequeña. Ante la entrada del palacio privado del heredero los portadores pusieron la silla en tierra con la fácil naturalidad que da el hábito. Tzu Hsi descendió y su dama quedó esperando mientras ella se apresuraba para entrar y ver pronto a su hijo. Los eunucos de guardia se inclinaron mientras ella se dirigía al regio dormitorio. Gruesas bujías rojas de sebo de vaca, colocadas en candelabros de oro, lucían sobre una mesa. A su oscilante luz Tzu Hsi vio a su hijo, que dormía con su niñera. Tzu Hsi se detuvo junto al lecho de colchones y cobertores colocados sobre una plataforma de ladrillo caliente. La cabeza del niño se apoyaba en el brazo de la nodriza, con la mejilla contra su pecho. Debía de haber despertado por la noche y la mujer le había amamantado hasta que ambos se quedaron dormidos. La madre los contempló con extraño y penoso anhelo. Ella hubiera debido ser quien le oyera llorar por la noche, y quien hubiera debido dormirse a su lado en profunda paz. Cuando eligió su destino, ignoraba su precio. Reprimió una vez más los sentimientos de su corazón. Ya no podía escoger: con su mismo nacimiento su hijo confirmaba su destino. No era madre de un niño corriente, sino del heredero del imperio, y el día que fuera emperador de cuatrocientos millones de súbditos ella sabría hacer cuanto se le antojara. Sobre ella, y sólo sobre ella, descansaba la carga de la dinastía manchú. Hsien Feng era débil, pero su hijo. había de ser fuerte. A este fin tendería toda

su vida. Incluso las largas y placenteras horas de estudio en la biblioteca de palacio eran pocas y pocas también las lecciones de pintura. Algún día quizás ella tuviera tiempo de pintar los cuadros que su profesora Miao no le permitía hacer; pero ese día no había llegado aún. Poco después volvía a ocupar la silla de manos. Otra vez se corrieron las cortinas para defenderla de los vientos que se levantaban generalmente antes de alborear. El recuerdo de su niño dormido caldeaba su corazón. Había tenido antaño la ambición de ser emperatriz. ¡Cuán grande era su ambición, en que se trataba de conservar un imperio para su hijo! A través de la oscilante cortinilla de su vehículo. Tzu Hsi distinguía la luz de la linterna del eunuco iluminando los guijarros que pavimentaban la ruta. Por patios y callejas excusadas fue llevada a una puerta lateral del edificio del salón del Trono. Parose la silla de manos y se alzó la cortinilla. El príncipe Kung esperaba. —Ya es algo tarde, Venerable —manifestó. —Me he entretenido mucho con mi hijo —confesó Tzu Hsi. Él la miró con reproche. —Espero, Venerable, que no haya despertado al heredero. Es necesario que crezca fuerte y lleno de salud. Su reinado será muy arduo. —No le desperté —repuso ella con dignidad. No se cruzaron más palabras. El príncipe Kung hizo una reverencia y precedió a la mujer por un pasillo interior hasta el espacio situado tras el Tronó; del Dragón. Allí Tzu Hsi ocupó su asiento, con Mei a la derecha y a la izquierda el eunuco Li Lien-ying. Tenían delante el inmenso biombo con atrevidos dibujos de dragones en bajo relieve. Las escamas y quintuples garras doradas de los fabulosos animales centelleaban a la luz de los grandes faroles pendientes de las majestuosas vigas pintadas que sostenían el elevado techo. A través de los intersticios del biombo Tzu Hsi percibía la extensa terraza frontera a la sala de audiencias. La terraza, llena de sombras, rebosaba ya de príncipes y ministros, llegados antes de medianoche en sus coches sin ballestas, pero forrados de piel, para entregar en persona peticiones, memoriales e

informes al emperador. Mientras esperaban la llega—; da del soberano se habían reunido en grupos según sus respectivas categorías y ondulaba sobre cada reunión su bandera de brillante seda y sombrío terciopelo. Reinaba aún intensa oscuridad en los contornos y en el cielo, mas la terraza estaba iluminada por las encendidas linternas que ardían en el patio de más abajo. En los cuatro ángulos de aquel recinto se alzaban elefantes de bronce llenos de aceite, con el que se alimentaban las antorchas que los elefantes sostenían en sus trompas levantadas. Las llamas de las antorchas, elevándose hacia el cielo, proyectaban sobre la escena una claridad desigual y fuerte. En la sala de audiencias un centenar de eunucos se movían de un lado a otro, atendiendo a los grandes faroles de cuerno, arreglándose los pliegues de sus túnicas enjovelas, de vivos colores, cambiando comentarios en apagados cuchicheos... El silencio era profundo; no se oía una sola voz. Según la hora convenida se aproximaba —dicha hora era fijada por el Departamento de Astrología de acuerdo con las indicaciones de las estrellas—, iba adensándose aquel silencio y todo parecía estar en suspensión. Ya nadie se movía, todos los rostros aparecían inexpresivos y graves y las miradas se dirigían vagas al espacio. Un instante antes de que apuntase el alba hubo una señal, y fue el recio clarinazo de una trompeta de bronce. El Hijo del Cielo había salido de su palacio y el séquito imperial estaba en camino, moviéndose lentamente entre los anchos y bajos edificios que contenían otros tantos salones secundarios del Trono y pasando a través de sucesivos pórticos de palacios. Había que llegar en el exacto momento en que despuntara el día. Los heraldos clamaron al unísono: —¡Paso al Señor de los Diez Mil Años! En aquel momento preciso apareció el cortejo imperial en el patio. Iban delante los heraldos y flotaban al viento de la mañana doradas banderas. Seguía la Guardia Imperial, con túnicas áureas y rojas, y delante, aislado, avanzaba Jung Lu. Detrás, cien portadores con uniforme

amarillo sostenían el palanquín de oro macizo del emperador. Cerrando la marcha los hombres de escudo. Todos los hombres y todos los eunucos cayeron de rodillas y prorrumpieron en el saludo sagrado: —¡Diez mil años, diez mil años! Los arrodillados apoyaban el rostro en sus manos cruzadas y así permanecieron mientras los portadores hacían subir el palanquín imperial por los escalones de mármol que llevaban a la Terraza del Dragón, ante el gran salón de audiencias. Descendió el emperador, que vestía ropas bordadas con dragones dorados y, pasando entre las columnas, áureas y rojas, se dirigió a paso medido hacia el dosel. Subió sus escasos peldaños y se sentó en el Trono del Dragón, extendiendo sus delgadas manos sobre las rodillas y mirando fijamente ante sí. Se restableció el silencio. La multitud arrodillada, con las caras apoyadas en las manos, no se movió hasta que el príncipe Kung ocupó su lugar a la derecha del trono y comenzó a leer en voz alta los nombres de príncipes y ministros, según orden de su respectivo rango, señalando a cada uno la hora a que debía presentarse. Había comenzado la audiencia. Tzu Hsi, inclinándose hacia delante, desde su puesto de detrás del biombo, se dispuso a no perder una sola palabra de lo que se decía. En aquella posición no veía más que la cabeza y hombros del emperador, que sobresalían del bajo respaldo del trono en que se sentaba. Bajo el imperial gorro con borla, el cuello del Hijo del Cielo se mostraba flaco y amarillento. Lo encuadraban dos débiles y estrechos hombros encorvados bajo la rica ropa. Aquellos hombros y aquel cuello eran los de un jovencuelo enfermizo y no los de un hombre normal. Tzu Hsi le miraba con una mezcla de piedad y repulsión. Seguía mentalmente desde los hombros el perfil de aquel cuerpo desmedrado y roído por la enfermedad. ¿Cómo iba a impedir a sus ojos que dirigiesen alguna mirada más allá del trono? En la sala erguido, en la plenitud de su viril juventud, divisaba a Jung Lu, tan separado ahora de ella como el Norte del Sur. No había llegado aún la hora de que ella pudiese

elevarle. Tampoco él le tendería la mano pidiéndoselo. Ella debía tomar la iniciativa, mas ¿cuándo llegaría el momento? Bien le constaba que sólo llegaría cuando ella tuviese el poder suficiente para hacer que los hombres la temieran. Había de estar tan alta que nadie se atreviese a acusarla ni a mancillar su nombre. De pronto, impulsada por un desconocido instinto, sus ojos miraron al soslayo a Mei, su dama de honor. La muchacha, con el semblante pegado al biombo, miraba a... —¡Échate atrás! Asíó a Mei por la muñeca y se la retorció cruelmente, antes de empujarla y soltarla. La asustada joven volvió la cabeza y sus ojos se encontraron con los de su señora, grandes, negros y llameantes de ira. Tzu Hsi no habló más, pero sostuvo la mirada de Mei hasta que ésta no pudo soportar los dardos de aquellas pupilas ardientes. Bajó la cabeza y las lágrimas corrieron por sus mejillas. Sólo entonces apartó Tzu Hsi la mirada. Pero su voluntad le hizo sobreponerse a sus sentimientos. No debía consentir que su corazón delatase lo que pensaba. Se hallaba en la hora de aprender a gobernar y no de anhelar amor. En aquel mismo momento Yeh, virrey de las provincias del Kwang, comparecía ante el Trono. En barco y a caballo alternativamente, había llegado del Sur, donde se le había destinado para gobernar aquellas provincias. Con las rodillas sobre las baldosas leía en voz alta un rollo que sostenía con ambas manos. Tenía una voz bien timbrada, no fuerte, pero penetrante, y como era un famoso intelectual había escrito su Informe en ritmo de a cuatro, según el estilo clásico antiguo. Sólo las personas ilustradas podían comprender lo que leía, y la misma Tzu Hsi, aunque escuchaba con extrema atención, no llegaba a conclusión alguna, salvo la de que había perdido el tiempo estudiando con tanta aplicación los libros de antaño. Pero su inteligencia esclarecía las palabras y le hacía adivinar lo que no podía entender. El resumen de todo era que los mercaderes occidentales presionaban de nuevo en el Sur, encabezados por los ingleses. Los hombres blancos estaban

irritados por una cosa tan pequeña, que el informante, como virrey, se avergonzaba de mencionarla ante el Trono del Dragón. Pero por futilidades semejantes se habían mantenido y perdido guerras en lo pasado; y él, nombrado por el Hijo del Cielo, no podía correr el riesgo de provocar otra contienda. Doquiera que los blancos no veían satisfechos sus caprichos —añadió—, amenazaban inmediatamente con la batalla. No cabía razonar con ellos, porque eran bárbaros e incivilizados. En el caso presente las dificultades habían surgido a propósito de un pabellón. El emperador murmuró unas palabras y el príncipe Kung habló por él. —El emperador quiere saber qué significa aquí la palabra «pabellón» —dijo con voz alta y clara. —Un pabellón —aclaró el virrey sin alzar la vista— no significa más que una bandera. El emperador volvió a cuchichear al príncipe Kung, el cual dijo, empleando la misma voz alta y clara: —¿Y por qué los ingleses han de irritarse a causa de lo que después de todo, no es más que un trozo de tela y, por lo tanto, puede sustituirse fácilmente? El virrey explicó siempre sin levantar los ojos: —Elevadísima Alteza, los ingleses son un pueblo supersticioso. Debemos considerarlos hombres carentes de cultura, que atribuyen mágicas cualidades a una tela oblonga, cuyas figuras van dibujadas con colores rojos, blancos y azules. Para ellos ese símbolo está consagrado, sin duda, a algún dios que adoran. Jamás toleran una irreverencia a ese fragmento de tela. Dondequiera que lo colocan, es para ellos signo de posesión. En esta ocasión concreta esa tela iba situada en un palo, sobre la popa de un pequeño barco mercante que transportaba piratas chinos. Sabido es que los piratas chinos han sido una maldición, durante generaciones enteras, en nuestras provincias meridionales, esa gente duerme de día y por la noche atacan los barcos anclados e incluso las aldeas ribereñas. El capitán de la pequeña nave había pagado— cierta suma de dinero a los ingleses para que éstos le permitiesen arbolar su pabellón, imaginando que yo, el virrey, no osaría

ordenarles que cesaran en su perverso oficio. Pero yo, el virrey, indigno servidor de vuestra Elevadísima Alteza, no experimenté temor. Hice apresar al bajel y puse cadenas al capitán. Luego dispuse que se arriase la bandera. Cuando John Bowring, comisario británico de comercio en Cantón, supo esto, declaró que yo había insultado al sagrado símbolo y me exigió que le presentase excusas en nombre del Trono. Un murmullo de horror recorrió la asamblea. Incluso el emperador se conmovió. Irguióse en su trono y preguntó personalmente: —¿Presentar excusas? ¿Por qué? —Elevadísima Alteza —dijo el virrey—, ésas fueron mis palabras. —Levántate —ordenó el emperador. —:Levántate, que te lo manda el emperador del Dragón —repitió el príncipe Kung. Aquello resultaba insólito, pero el virrey obedeció. Era un hombre alto y de edad, oriundo de las provincias septentrionales y, aunque chino, leal —como lo eran todos los intelectuales— al Trono manchú, ya que éste favorecía a los hombres letrados de China y cuando salían con honor de los exámenes imperiales los empleaba en la administración del gobierno. Así los intereses de tales chinos se vinculaban a los de la dinastía gobernante, y lo mismo venía ocurriendo desde hacía muchos siglos. —¿Y presentaste excusas? —preguntó el emperador. No hablaba a través de su hermano sino directamente, para significar lo mucho que le preocupaba aquel asunto. El virrey respondió: —Elevadísima Alteza, ¿cómo había yo de hacerlo cuando, aunque humilde, he sido nombrado por el Trono del Dragón? Envié al capitán pirata y a sus marineros para que fuesen ellos los que se excusaran ante los ingleses. Y, sin embargo, tal cosa no satisfizo a ese altanero e ignorante Bowring. Me devolvió los chinos, declarando que era yo, y no ellos, quien había de excusarme. En consecuencia, y, extremadas mente vejado, hice decapitar a todos ellos por causar estas confusiones, —¿Contentó eso al inglés Bowring? —inquirió el emperador» —No fue así, Elevadísima Alteza —repuso el virrey—. Nada le satisfará. Desea un conflicto, para

pretextar otra guerra y apoderarse de más parte de nuestra tierra y tesoros. El tal Bowring agranda todo motivo de disputa. Aunque va contra la ley de traer opio de la India, a través de nuestras fronteras, él estimula el contrabando, alegando que mientras haya contrabandistas chinos, los ingleses y hasta los americanos deben ser autorizados a introducir aquí el vil hierba jo que desmoraliza y debilita a nuestro pueblo. Para colmo, también se traen cañones de contrabando a fin de venderlos a los rebeldes chinos del Sur. Cuando los blancos de Portugal apresaron una vez chinos para traficar con ellos, contratándolos como *coolies*, Bowring declaró que él respaldaba a los portugueses. Además continúa insistiendo en que los ingleses no están satisfechos con el territorio que les hemos concedido para erigir sus casas. Y es lo peor, Elevadísima Alteza, que los ingleses exigen que las puertas del mismo Cantón les sean abiertas a ellos y a sus familias, para que puedan pasear por nuestras calles y mezclarse con nuestra gente, a riesgo de que los varones blancos miren a nuestras mujeres y de que las mujeres blancas, que no tienen pudor alguno, vayan y vengán tan libremente como los varones. Y lo concedido a una tribu será pedido por todas las otras, según ha sucedido antes. ¿No equivale esto a destruir nuestras tradiciones y corromper al pueblo? El emperador se mostró de acuerdo. —No podemos, en efecto, permitir a los extranjeros el libre uso de nuestras calles. —Elevadísima Alteza, lo he prohibido, pero temo que los ingleses hagan, fundándose en una excusa para otra guerra, cualquier cosa que yo prohíba. Y yo, aunque minúsculo, no puedo asumir tamaña responsabilidad. Tal fue lo que Tzu Hsi oyó desde detrás del biombo. De seguir sus impulsos hubiera prorrumpido en improperios contra los intrusos blancos. Pero, en su calidad de mujer, debía guardar silencio. El emperador habló: —¿Has expuesto nuestra opinión al inglés Bowring? El monarca estaba tan excitado, que su voz se convirtió casi en un débil grito. Ello alarmó al virrey, que nunca había oído subir

tanto de tono la voz imperial. Volvió la cabeza hacia el príncipe Kung, sin alzar el rostro hacia el Trono. —Elevadísima Alteza —dijo— no puedo recibir a Bowring porque impone la condición de tratarme como a un igual. Mas ¿cómo puede ser mi igual cuando yo soy el designado por el Trono del Dragón? Eso sería un insulto al mismo Trono. Le repliqué que sólo le recibiría como a otros hombres de los estados tributarios. Había de acercarse a mí de rodillas cual los demás. Pero se niega a hacerlo. —Has obrado correctamente —dijo el enojado emperador. Así alentado, el virrey procedió a hacer ulteriores revelaciones. —Sobre todo, ¡oh Elevadísima Alteza!, ese Bowring insiste en que yo prohíba a la gente de Cantón imprimir periódicos murales insultando a los extranjeros blancos. Esos papeles, Elevadísima Alteza, suelen pegarlos los chinos en los muros y puertas de la ciudad, y Bowring se siente incomodado porque en esos impresos se llama bárbara a su tribu y se pide que todos los extranjeros abandonen nuestras costas. —¡Tienen razón ¡ —exclamó el emperador. —Toda la razón, Elevadísima Alteza —convino el virrey—, ¿Y cómo puedo yo implantar esa prohibición? Siempre ha sido antiguo privilegio y costumbre de China decir lo que la gente pensara, y hacer conocer J los deseos del pueblo a los gobernantes mediante protesta pública. ¿Voy ahora a afirmar que no puede hablar el pueblo? ¿No es eso tanto como invitar a nuevas rebeliones? Ya la gente se inquietó el año pasado s cuando ordené a los ejércitos provinciales que mata— M ran a todos los rebeldes. Ochenta mil rebeldes fueron muertos entonces, de acuerdo con lo que informé al Trono del Dragón, pero, mientras quede un rebelde vivo, surgirán otros diez mil, porque esto se propaga como la mala hierba. Ceder a las demandas extranjeras, ¿no es tanto como ofrendar bríos a los insurrectos, que obstinadamente piensan que el país debe ser regido por los chinos y no por los manchúes? La flecha dio en el blanco. El emperador se llevó la mano derecha a la boca para esconder el temblor de sus labios. Temía a los chinos que

gobernaba aún más que a los apremios de los extranjeros. Murmuró con voz insegura: —Es verdad. No se puede oprimir al pueblo. En el acto el príncipe Kung aprovechó aquellas palabras y las repitió, según era su deber. —Es verdad. No se puede oprimir al pueblo —dijo con su alta voz de claro timbre. La arrodillada multitud de príncipes y ministros emitió un murmullo de aprobación. Cuando se hizo el silencio otra vez, el emperador se dirigió al virrey. —Mañana te enviaré órdenes. El virrey inclinó la cabeza nueve veces hasta el suelo y dejó el puesto al próximo ministro. Pero ya todos sabían por qué el emperador aplazaba su decisión.

Cuando aquella noche fue llamada, Tzu Hsi no ignoraba lo que debía decir. Todo el día había permanecido sola y entregada a sus pensamientos, al extremo de que ni siquiera hizo llamar a su hijo. Luchaba con su íntima cólera. De ceder a lo que sentía, hubiera pedido al emperador que enviase sus ejércitos a atacar a los extranjeros y forzarlos a evacuar las costas de China, llevándose hasta el último de sus hijos, para no volver jamás. Pero la hora de Tzu Hsi no había llegado aún. Sabía bien que para dominar a otros debía ante todo dominarse a sí misma. Recordaba estas palabras de Las Analectas: «Cuando un gobernante se comporta adecuadamente su gobierno es eficaz sin emitir órdenes. Si su conducta personal no es adecuada, podrá dar órdenes, pero no se obedecerán.» Si tales cosas eran verdades en el caso de un gobernante masculino, ¡cuánto más ciertas serían refiriéndose a una mujer! Tenía que obrar con doble rigor respecto de ella misma. ¡Ah, si hubiese nacido hombre! ¡Ella misma hubiera conducido los ejércitos imperiales contra los invasores! ¿Qué pecado habría cometido ella en alguna vida anterior para haber nacido hembra en unos tiempos en que se necesitaban hombres fuertes? Meditó en aquella eterna cuestión, procurando que su mente y su memoria exploraran lo más recóndito de su ser. Pero no podía su memoria ir más allá del claustro materno. Era lo que había

nacido y debía contentarse con sentir el ánimo de un hombre en el cuerpo de una mujer. Y ese ánimo y ese cuerpo debían combinarse para hacer lo necesario. Por la noche, cuando el emperador la recibió, hallóle demasiado intimidado para entregarse a aquel deseo acrecentado por el hecho de que su cuerpo había dejado de obedecer a su mente. La recibió con una vivacidad en la que ella leyó su temor. Mientras sostenía entre las suyas la mano derecha de Tzu Hsi, le acarició la palma y le preguntó lo que era de esperar que le preguntara. —¿Qué haremos con ese inglés Bowring? ¿No es verdad que merece la muerte? Ella repuso con suavidad: —La merece, como todo hombre que insulte al Hijo del Cielo. Pero ya sabes, señor, que cuando se ataca a una víbora hay que cortarle la cabeza al primer golpe, porque, si no, el animal se vuelve y pica. Por lo tanto, el arma que se use ha de ser segura y afilada. Ahora no sabemos qué arma hemos de usar, y sólo nos consta que el reptil es fuerte y astuto. Así que te recomiendo que contempores y hasta te excuses, sin conceder ni negar hasta que veamos más claro el camino. Él escuchaba con la ansiedad pintada en su rostro, macilento y contraído por la preocupación. Oía las palabras de Tzu Hsi como si procedieran del cielo. Cuando ella hubo terminado, Hsien Feng exclamó con fervor: —¡Se diría, diosa de la gracia, que eres Kuan Yin en persona y que el cielo te ha enviado a mí en la hora de la tribulación! Tú me guías y me confortas. Él le había dirigido muchas palabras de amor, llamándola su corazón y su cuerpo entero, pero sus palabras de ahora le agradaron más que todo lo que le había dicho hasta entonces. —Kuan Yin es mi deidad favorita entre todas las del cielo —murmuró Tzu Hsi. El emperador, con súbita energía, se incorporó en su lecho. —¡Llama al jefe de mis eunucos y dile que haga venir a mi hermano! Como todos los hombres débiles, cuando tomaba una decisión se colmaba de impaciencia si no la veía cumplida en el acto. Tzu Hsi obedeció. A los pocos minutos entró el príncipe Kung. Mirando su rostro

bien formado y grave, la mujer comprendió que era el hombre en quien más podía confiar. Los dos tenían un destino común. —Siéntate, siéntate —dijo el emperador a su hermano. —Permíteme estar de pie —rogó cortésmente el príncipe Kung. Y permaneció erguido mientras el emperador hablaba con voz alta, nerviosa, tartamudeante, buscando las expresiones idóneas. —Hemos decidido no atacar abiertamente a los extranjeros blancos. Sé que merecen la muerte inmediata. Pero cuando se mata a una víbora hay que cortarle... o aplastarle la cabeza en el acto y... Porque, si no... —Comprendo, Elevadísima Alteza —dijo el príncipe Kung—. Antes de atacar a un enemigo hay que estar seguro de que vamos a destruirlo de un golpe y para siempre. —Eso sostengo yo —corroboró la voz débil del emperador—. Algún día combatiremos, desde luego. Entretanto conviene dilaciones, contemporizaciones, no conceder, no rehusar... —¿Obrando como si los blancos no existiesen? —preguntó el príncipe Kung. —Exactamente —apoyó el emperador. —Se hará lo que dispones, Elevadísima Alteza. Transmitiré tus instrucciones al virrey Yeh.

Continuó aquel estado de paz inestable. Una mañana de invierno, durante el último mes del antiguo año lunar y el primero del nuevo año solar, Tzu Hsi, al despertar, exhaló un hondo suspiro. Repetidamente, durante la noche, su mente, nunca dormida, la había hecho volver del sueño al estado consciente. Sentía una soledad tan abrumadora, que llegaba a parecerle un monstruoso, invisible, ineludible peligro. Nunca ya despertaba por la mañana como antaño en su casa de la calle del Peltre. Allí abría los ojos, en la serena mañana, viendo el brillante sol penetrar por las ventanas de celosía. El lecho que antaño compartiera con su hermana era un refugio al que no podía retornar, y su madre un albergue al que ya no le cabía acogerse. Pero en la vasta maraña de pasadizos entre muros, patios y palacios, ¿quién se preocupaba de si ella vivía o moría? El mismo emperador ¡tenía tantas concubinas! —¡Madre mía!

—gimió, revolviéndose entre las almohadas. Ninguna voz le respondió. Levantó la cabeza y distinguió la claridad grisácea del alba, que iluminaba las altas tapias del patio contiguo. Mirando por la ventana pudo comprobar que había nevado durante la noche. La nieve cubría los remates de los muros f * y tapizaba el embaldosado jardín, ocultando, además, el estanque circular y doblegando los pinos bajo su carga. Pensó: «¡Qué triste estoy! El frío de la tristeza me penetra hasta la medula de los huesos.» Pero ninguna enfermedad la aquejaba. Los brazos, que volvió a ocultar bajo los cobertores, rebosaban calidez y fuerza. Le sobraba sangre y tenía muy despejada la mente. Sólo padecía de añoranza. «Si pudiera ver a mi madre... —se dijo—. Si pudiera hablar a la que me llevó en su seno...» Recordó el rostro materno, con su expresión prudente y bondadosa, animada y astuta. Anheló volver al lado de su madre y explicarle la soledad que sufría en los palacios. En casa de su tío, en la vía del Peltre, no había temores ni premoniciones de desastre ni porvenir envuelto en nubes ominosas. Cuando el día alboreaba nadie pensaba en otra cosa que en las sencillas necesidades del sustento y el trabajo cotidianos. Allí no había esplendor ni afanes de grandeza. —¡Madre mía! —suspiró de nuevo. Sintió el ansia de un hijo que fuera sólo suyo. ¡Ah, si pudiera remontar las aguas y volver a la fuente de que salió! Aquel afán, aquella necesidad colmaron por entero su ser. Estuvo melancólica todo el día. Día que era también melancólico. La claridad del cielo se filtraba con trabajo a través de la nieve. Al mediodía aún estaban encendidas las lámparas de las habitaciones. No fue a sitio alguno, excepto a su biblioteca particular, que tenía en un palacete contiguo, que halló abandonado y destinó a su uso. Allí mandó a sus eunucos que le llevasen los libros que más le agradaban y las pinturas que le placía examinar de cuando en cuando. Mas aquel día no le atraían los libros y pasó horas enteras desenvolviendo lentamente los rollos de pinturas, hasta que encontró la que

buscaba. Ocupaba una faja de diecisiete pies de longitud y había sido pintada por el artista Chao Meng-fu en la época de la dinastía mongola de Yüan. Semejante rollo, de más de quinientos años de antigüedad, estaba inspirado en el pintor favorito de Tzu Hsi, es decir, en Wang Wei, maestro del paisaje, que pintó sus escenas sin salir de su casa, en la que residió treinta años, hasta su muerte. En aquella tarde de invierno, en la que, más allá de los muros de palacio, Tzu Hsi sólo veía cielo gris y nieve, cúpole contemplar en los rollos pictóricos los verdes paisajes de una primavera perenne. A medida que desenrollaba la pintura un paisaje se fundía con otro, y así podía ella reparar en todos los pormenores de los árboles, arroyos y distantes montañas. Con la imaginación Tzu Hsi iba más allá de las altas tapias que la circundaban y viajaba a través de una deleitosa campiña, siguiendo fluyentes arroyuelos y extensas lagunas. A fuerza de caminar al lado del agua la cruzaba por un puente de madera y escalaba los pedregosos senderos de una ladera abrupta, desde la que se dominaba una garganta por cuyo fondo corría un torrente alimentado por las fuentes de la montaña y originador de repetidas cascadas en su descenso a la llanura. Luego Tzu Hsi bajaba de la montaña, y pasaba al lado de aldehuelas rodeadas de pinares o situadas en los valles, más cálidos, de las espesuras de bambúes. Deteníase en el pabellón de un poeta y al cabo alcanzaba la costa, donde el río desaguaba en una bahía. La barca de un pescador se balanceaba entre los cañaverales a impulsos de la marea alta. Allí terminaba el río y el horizonte se perdía en la inmensidad y en los brumosos montes de la infinita lontananza. Miao había dicho una vez a su alumna que en aquellas pinturas el artista había querido simbolizar peregrinaje del alma humana, pasando a través de las placenteras escenas de la tierra hasta el posterior atisbo del porvenir desconocido y remoto. Aquella noche, después de extinguido el largo y solitario día, el emperador preguntó a Tzu Hsi: —¿Y por qué tu alma está tan

lejos de mí? Tú no me engañas. Tu cuerpo se halla aquí, pero no tu vida íntima. Le tomó la mano, suave y bella ahora que había perdido las últimas asperezas propias de las domésticas tareas. Las fuertes palmas remataban en unos de dos delicados. —Tu mano —insistió él— aprieta la mía, pero del mismo modo que la mano de cualquier otra mujer. Ella confesó el mal humor experimentado durante toda la jornada. —He estado hoy muy triste. No he hablado con nadie ni siquiera he enviado a buscar al niño. Hsien Feng siguió acariciando la mano que apretaba entre las suyas. —¿Por qué estás tan triste, tú que lo tienes todo? Tzu Hsi hubiera querido franquearse y hablar de sus extraños temores, pero no se atrevió. Era preciso que aquel hombre no comprendiera las angustias de la mujer en cuya fuerza deseaba apoyarse. ¡Qué pesada carga la de la necesidad de ser fuerte! ¿Y de quién iba ella a extraer fuerzas para tanto? Porque ni sobre ella ni a su lado había nadie. Estaba sola. Contra su voluntad las lágrimas colmaron sus ojos. El emperador las vio brillar a la luz de las bujías que ardían al lado de su lecho y se asustó. —¿Qué te pasa? —exclamó—. Nunca te he visto llorar. Ella retiró la mano que él sujetaba y se enjugó graciosamente los ojos con el borde de su manga de raso. —Todo el día he sentido nostalgia de mi madre —dijo Tzu Hsi—. Y no sé por qué. ¿Habré sido en algo una mala hija? Desde que entré por tu orden en este recinto no he vuelto a ver la casa de la que me llevó en su seno. No sé cómo se encuentra. Acaso esté moribunda, y por eso he llorado. El emperador mostró los más vivos deseos de complacerla. —Vete a visitarla —la instó—. ¿Por qué no me lo decías? Vete a verla mañana, corazón mío. Pero no; debes de estar de regreso a la hora del crepúsculo. No puedo tenerte hiera una sola noche. Así sucedió que Tzu Hsi pudo ir a ver a su madre por un día, y el precio que por ello pagó al emperador fue su ardor agradecido. Más no podía ir al día siguiente porque procedía anunciar la visita, a fin de que la casa de su tío estuviese preparada. Mas al otro día sí podía ser,

y para que todo estuviera en orden fueron enviados dos eunucos muy de mañana, con el anuncio de que Tzu Hsi iría a la casa al mediodía. ¡Qué excitación se produjo en la casa de la calle del Peltre! Tzu Hsi se sentía también excitada y la mañana del día designado se levantó con una animación que no había sentido hacía mucho tiempo. Pasó una hora decidiendo y rectificando la ropa que debía llevar. Declaró a su camarera: —No deseo presentarme desplegando magnificencia, porque mi familia pensará que me he vuelto muy orgullosa. La mujer le recordó: —Sí has de ir espléndida, Venerable, porque, si no, tus parientes pensarán que no les haces el debido honor. —Sea un esplendor intermedio —accedió Tzu Hsi. Examinó todos los vestidos, eligiendo uno primero para luego cambiarlo por otro, hasta que al fin escogió uno de raso, de un delicado color de orquídea purpúrea, forrado con piel gris. Era un vestido muy bello, cuya elegancia consistía en la perfección de sus mangas y ribetes bordados y no en la audacia y originalidad de su corte. Quedó muy complacida de sí misma cuando se hubo ataviado de aquel modo y eligió para sus adornos su favorito jade. Cuando estuvo lista comió unos bocados, a instancia de sus damas, y subió a su palanquín, que esperaba en el patio. Los portadores cerraron las cortinillas de raso amarillo y comenzó el corto viaje. Recorrieron obra de una milla dentro de las murallas de la Ciudad Prohibida y Tzu Hsi no dejó de anotar mentalmente los patios que atravesaban y los edificios. ante los que discurría, siempre camino del Sur. El emperador, en el exceso de su amor, le había concedido el privilegio de usar la Puerta Meridiana, que era la principal y por la que usualmente sólo el Hijo del Cielo podía entrar o salir. Al cruzar la puerta oyó al jefe de la Guardia Imperial ordenar a sus soldados que se cuadrasen mientras ella pasaba. ¡Qué bien conocía la antigua Orquídea aquella voz! Se inclinó hacia delante, apartó las cortinillas cosa de media pulgada y, mirando por la hendidura, vio a Jung Lu a menos de diez pies de distancia, la espada en

posición de saludo, el rostro semivuelto y el cuerpo erguido en toda su estatura. No movió la cabeza cuando ella cruzó, pero Tzu Hsi comprendió por el intenso sonrojo de las mejillas de su primo, que él tenía noticias de su salida y sabía quién era la mujer del palanquín. Soltó la cortinilla. Pasaba del mediodía cuando Tzu Hsi alcanzó la entrada de la calle del Peltre. Aunque escondida tras las cortinillas del palanquín conoció que se hallaba en la vecindad de su antigua casa. Aspiró los familiares olores de los salados manjares fritos en aceite de habas, la almizclada fragancia del palo de alcanfor, el hedorcillo de la orina de los niños y el sofocante regusto del polvo. El día era seco y frío y los pies de los portadores pisaban una tierra que endurecía la escarcha hasta darle la consistencia del pedernal. Sobre aquella tierra seca y pálida, las oscuras sombras de las casas de ambos lados de la calleja parecían menudas y encogidas por contraste con el alto perfil de las murallas. Tzu Hsi, procurando mirar el suelo por los intersticios entre las maderas del palanquín y las cortinillas, adivinó la hora. Tan a menudo había ido y venido a lo largo de aquella calle, que podía decir, casi al segundo, la hora que era. Bastábale saber que las sombras se inclinaban densamente hacia el Oeste por la mañana, para hacerlo hacia el Este por la tarde. Bajo la luz de un cielo sin nubes, el palanquín se acercaba a la bien conocida puerta. Otra vez aplicó Tzu Hsi la mirada a la abertura de las cortinillas y vio la puerta abierta y a su familia esperando. A la derecha estaban su tío y su madre, con los primos de edad y sus mujeres, y a la izquierda pudo divisar a una joven alta y delgada, que era su hermana sin duda, y a sus dos hermanos, crecidos más allá de toda ponderación. Detrás de ellos estaba Lu Ma. Junto a las paredes se agolpaban los amigos y vecinos de la calle del Peltre. Viendo en aquellos rostros una grave expresión de bienvenida, las lágrimas humedecieron sus ojos. Seguía siendo la misma para ellos y algo debía hacer para que lo comprendieran. Dentro de su pecho latía el mismo corazón

que ellos conocían tan bien. Con todo, no podía abrir las cortinillas ni llamar a las gentes por sus nombres porque, en resumen de cuentas, era ahora Tzu Hsi, emperatriz del Palacio Occidental y madre del heredero del imperio, y como tal debía comportarse doquiera que estuviese. Sin hacer signo alguno, los eunucos se dirigieron a la puerta, encabezados por su jefe An Teh-hai, porque el emperador le había ordenado que acompañase a su tesoro y no se alejase de su presencia. Subieron 'os peldaños de acceso y los seis portadores atravesaron la puerta y la entrada del patio, depositando, al fin, el palanquín en tierra ante la casa. Allí el eunuco mayor apartó las cortinas de raso y Tzu Hsi salió a la luz del sol y se encontró ante las puertas de su hogar antiguo, abiertas de par en par, Allí estaba la sala principal, tan conocida, con las sillas y mesas bruñidas y limpias y las baldosas del suelo barridas. A menudo la había correspondido pasar la escoba, limpiar, colocar las sillas en su sitio y quitar el polvo a los muebles. Todo se había hecho como si ella continuase en su antiguo hogar. Un vaso de encarnadas flores de papel adornaba la larga mesa adosada al tabique, bujías nuevas remataban los candelabros de peltre y en la mesa cuadrada, rodeada por las sillas de ceremonia, se habían colocado bandejitas de dulces cubiertas por mantelillos, una tetera y tazas. Tzu Hsi apoyó la mano en el brazo que le ofrecía el jefe de eunucos y éste la condujo al asiento de honor, a la derecha de la mesa cuadrada. Ella se sentó y puso los pies sobre una banquetilla. Arreglose la falda y se cruzó las manos sobre el regazo. Entonces el eunuco mayor volvió a la puerta y anunció que ya la familia podía aproximarse a la emperatriz del Palacio Occidental. Llegáronse uno por uno, primero el tío, y luego su madre, y los primos mayores de la misma generación, y sus esposas, y los hermanos de Tzu Hsi, y su hermana, y los primos jóvenes de su generación. Todos se inclinaban ante ella, que tenía a su espalda una hilera de eunucos y a su derecha al que los mandaba. Al principio Tzu Hsi se condujo como una

emperatriz debe conducirse. Recibió los homenajes de su familia con gran apariencia de dignidad, con la excepción de que cuando su tío y su madre le hicieron la venia, indicó al eunuco mayor que los mandara levantar e invitara a sentarse. Concluyeron las ceremonias. Nadie sabía qué decir. Todos habían de esperar a que la emperatriz hablase. Ella paseaba la mirada de un rostro a otro. Había deseado dejar su alta posición, y hablar como solía; y correr por la casa, y tener la libertad que otrora tuviera. Pero allí se encontraba el eunuco jefe vigilando cuanto hacía su señora. Durante cierto espacio de tiempo Tzu Hsi meditó en la forma de cumplir lo que había anhelado. Pero allí todo era formulario y estaba dispuesto de acuerdo con el orden de las generaciones. Los mayores estaban sentados y los jóvenes de pie, y todos esperaban que ella fuese la primera en hablar. Mas ¿cómo expresarse en la forma grata a su corazón? De pronto tamboreó con sus largas uñas, calzadas de plata, sobre el lado derecho de la pulida mesa e hizo un signo con la cabeza al jefe de los eunucos para darle a entender que tenía algo que decirle. El se acercó, inclinose y ella le habló al oído: —Quitaos de en medio tú y tus eunucos. ¿De qué placer voy a gozar aquí si estáis vosotros para oír cuantas palabras diga y observar cuantos ademanes haga? El eunuco mayor se sintió disgustado y contestó, en un cuchicheo no tan refrenado que no pudiera ser entendido: —Venerable, el Hijo del Cielo me ordenó que no me separase de tu lado. Tzu Hsi se enfureció instantáneamente. Golpeó el suelo con el pie, tabaleó en la mesa y, mirando al jefe de eunucos, hizo con la cabeza tal movimiento de irá que las perlas de su toca temblaron sobre los hilos metálicos que las unían. Su eunuco personal, Lien—ying, que se hallaba cerca de ella sosteniendo su abanico y su cajita-tocador, notó que se encendía la furia de su señora y, sabiendo muy bien lo que eso presagiaba, tiró de la manga de su jefe. —Hermano mayor —cuchicheó—, mejor será dejarla realizar sus caprichos. ¿Por qué no descansas un rato? Yo

quedaré aquí cerca y la vigilaré. Era difícil conjeturar si el jefe de eunucos prefería obedecer a la emperatriz o al emperador, pero se cansaba con facilidad y hallábase fatigado de permanecer tanto tiempo de pie. Aprovechó, pues, la ocasión y se retiró a otro cuarto. Viéndole alejarse, Tzu Hsi se consideró libre de un mentor, ya que Li Lien-ying era para ella poco más que un mueble, sin más misión que tenerle a mano los objetos que ella podía necesitar. Levantose de su asiento, se dirigió a su tío e hizo una inclinación. Luego abrazó a su madre, apoyó la cabeza en su recio hombro y lloró. —¡Qué solitaria —murmuró— me encuentro en Palacio! Todos quedaron consternados al oír aquella queja. Ni siquiera la madre sabía qué decir y se limitaba a estrechar entre los brazos a su hija. Y en aquel largo momento Tzu Hsi comprendió por el silencio de los que amaba que también ellos eran impotentes para remediar su mal. Levantó orgullosamente la cabeza, rió, con los ojos húmedos aún, e increpó a su hermana: —Vamos, quítame esta cosa tan pesada que llevo en la cabeza. Su hermana se acercó y le quitó el ornamento manchú. Li Lien-ying lo tomó y colocólo cuidadosamente sobre una mesa. Sin aquel atributo de su dignidad todos vieron ahora que Tzu Hsi, a pesar de las joyas de sus manos y muñecas, era la misma alegre muchachita que siempre había sido. Todos comenzaron a platicar, y las mujeres se acercaron, le cogieron las manos, examinaron sus sortijas y brazaletes e hicieron mil ponderaciones de su belleza. —Tienes el cutis muy blanco y muy suave —decían—. ¿Con qué te lo frotas? Ella les informó: —Con un unguento de la India, hecho de crema fresca y corteza de naranja molida. Eso es todavía mejor que la grasa de carnero que suele usarse. —¿Con qué preparáis esa crema? —le preguntaron. —Con leche concentrada de borricas —contestó. Hiciéronle otras interrogaciones menudas, pero nadie osó formularle ninguna que versara sobre la existencia que llevaba en la Ciudad Prohibida, ni sobre cómo la trataba su señor, ni sobre el

heredero del Trono. Temían usar alguna palabra que pudiera acarrearles mala fortuna por casualidad o inadvertencia. Tal sucedía, por ejemplo, con el vocablo camarillo», el cual, por ser imperial, podría parecer inofensivo. Pero sucedía que también se mencionaba para referirse a las Fuentes Amarillas, lo que significaba muerte, y la muerte no podía ser mencionada cerca del Hijo del Cielo o de su heredero. No obstante, Tzu Hsi no podía ocultar lo que se regocijaba en su hijo, y como nadie hablaba de él habló ella, diciendo con expresión de felicidad: —Hubiera querido traer conmigo a mi niño para enseñároslo, pero cuando se lo pedí a mi muy alto señor, él me contestó que no convenía, para evitar que un mal aire, o una sombra, o algún espíritu cruel causara daño a su hijo. Mas te aseguro, madre mía, que contemplar a ese niño deleitaría tu alma. Puesto que yo no puedo traerle, menester será que le visites tú. Formó un círculo con los dedos, uniendo el índice y el pulgar. —Tiene los ojos así de grandes, y está muy gordo, y huele muy bien, y no llora nunca, y siempre está ansioso de alimento, y va a tener los dientes tan blancos como perlas, y, aunque es tan pequeño todavía, ya quiere ponerse derecho, y tiene las piernas sólidas como columnas y el cuerpo muy fuerte. La madre exclamó: —¡Calla, mujer, calla! ¿No ves, imprudente, que si los dioses te oyen pueden desear la destrucción de semejante niño? Y la buena mujer miró arriba y abajo y alrededor, y aseveró en voz alta: —Nada de eso es como tú dices. He oído asegurar que ese muchacho es caprichoso, y débil, y... Tzu Hsi, riendo, apoyó una mano en la boca de su madre. —Yo no tengo tales temores. —No digas eso —insistió la madre, con voz sofocada bajo la presión de la mano de su hija. Tzu Hsi seguía riendo. A poco andaba por todas partes, recorriendo las estancias que tan bien conocía y embromando a su hermana a propósito de que ahora tenía toda la cama para ella. A solas con su madre en uno de los aposentos, preguntó qué proyectos matrimoniales se albergaban respecto a la muchacha, y se ofreció a encontrarle

un marido entre los jóvenes nobles. —Porque —dijo— puedo buscar un hombre mozo y apuesto que se case con mi hermana. La madre se mostró agradecida. —Si puedes hacerlo —aseguró—, habrás realizado un acto de amor filial y una buena obra. Así pasaron las horas. Todos se sentían alegres, porque Tzu Hsi lo estaba. Hubo a media tarde un excelente festín. Lu Ma andaba muy ocupada y constantemente reprendía a las cocineras contratadas para la ocasión. Concluyó la merienda cuando el día estaba próximo a convertirse en noche, y el eunuco mayor reanudó sus deberes. Acercándose a Tzu Hsi la requirió para que se preparase a despedirse. —Ha llegado la hora, Venerable —dijo—. Tengo órdenes de Su Elevadísima Alteza y es mi obligación obedecerle. Ella comprendió que no había escape y cedió graciosamente. Una vez más volvía a ser la emperatriz. Li Lien-ying le puso la toca y Tzu Hsi tornó a sentarse en la sala con muy compuesto y formulario talante. En el acto sus parientes se tornaron en sus súbditos. Se adelantaron uno a uno, le tributaron homenaje y se despidieron. Ella les correspondió con palabras adecuadas y dio regalos a todos y dinero a Lu Ma. Al fin terminaron los adioses. Ella permaneció unos pocos minutos en silencio, dirigiendo los ojos a todas partes. Había pasado un día de profunda felicidad, dedicado a renovar los sencillos afectos de la niñez. Adivinaba además que era la última vez que iba a pisar aquella casa. Todo parecía igual, pero ella, a pesar de la fidelidad de su corazón, se daba cuenta de que no era lo mismo. Todos la amaban aún, mas su amor se mezclaba con deseos y esperanzas de lo que ella podía hacer para favorecerlos. Su tío había aludido a las deudas que tenía y no pagaba. Sus hermanos ansiaban diversiones y su madre le rogó que no olvidase la promesa hecha en favor de su hermana. Ella, compasiva y generosa, prometió atenderlos. Se proponía hacerlo porque estaba a su alcance. Mas ahora retornaba a sus soledades y las encontraba diez veces más pesadas para su corazón, porque conocía que

todos la amaban por algo más que por si misma. Al pensar que la apreciaban por lo que podía hacer y por lo que podía dar, sintió que el corazón se le abatía. Había vuelto en cuerpo a su antigua casa y durante algunas horas había compartido la efusión de los espíritus de todos, más ahora comprendía que la separación era para siempre. El destino la impelía hacia delante y los que habían sido los suyos debían de ser dejados atrás. No existía posibilidad de retorno. Cuando esta certidumbre se apoderó de su ser, disipose toda su alegría. Con firmes pasos atravesó la sala y entró de nuevo en su palanquín, cuyas cortinillas corrió el eunuco mayor. Tzu Hsi volvió de nuevo a la Ciudad Prohibida. Cuando se aproximaba a la gran Puerta Meridiana, la música de la Guardia Imperial anunciaba el fin del día. El tambor mayor batía el parche con ritmo tan rápido que los palillos, con sus rotundos golpes, recordaban el latido de un potente corazón. En el crepúsculo los trompeteros, en pie, levantaban al unísono sus largas trompetas de bronce y precisamente en aquel momento prorrumpían en una larga y trémula clarinada, que comenzaba blandamente e iba aumentando en fuerza, siempre siguiendo el compás del ruidoso tambor. Al fin se extinguieron las voces de las trompetas, después de disminuir la energía de sus notas. Aquella música se repitió una vez y otra, hasta que los trompeteros dejaron morir los sonidos tan lentamente que parecían quejas perdidas en la distancia. El tambor mayor suavizó el redoble y concluyó con tres lentos golpes de sus palillos. Siguió una pausa de silencio y al cabo Jung Lu agitó tres veces una campanilla de bronce. Y cayó la noche. Y se reiteró la nocturna rutina. Los vigilantes marcharon a sus tareas y Tzu Hsi, en su palanquín, traspasó las vastas puertas y oyó cómo se cerraban a sus espaldas.

El invierno terminó tardíamente y la demorada primavera sufrió nuevas dilaciones en su llegada, porque empezaron a soplar del Norte malignos vientos. Torbellinos de arena

torturaban la ciudad. Las gentes cerraban sus puertas y condenaban sus ventanas, pero el viento introducía la fina y pálida arena por todas las grietas de las paredes. Tampoco faltaban malas noticias del Sur. El virrey Yeh había obedecido los mandatos del Trono del Dragón. Contemporizó, dilató las cosas, no replicó a los muchos mensajes del inglés Sir John Bowring, y cuando se le informó de que un sacerdote francés había sido muerto en un lugar de su jurisdicción, no contestó a tal aviso ni a la demanda de indemnización que formuló el ministro de Francia. Y, con todo, según anunciaba el virrey al Trono del Dragón, los blancos, en vez de apaciguarse con tales métodos, se mostraban cada vez más amenazadores, por lo que el virrey deseaba ulteriores instrucciones del Hijo del Cielo. ¿Qué procedía hacer si la guerra estallaba de nuevo? Entretanto surgía otra pequeña perturbación. Las familias de los hombres decapitados que formaran la tripulación del buque *La Flecha* estaban encolerizados y sus hijos y nietos se habían unido a los chinos rebeldes para vengarse del virrey, que representaba al distante emperador. Y era lo peor de todo que, según se rumoreaba, el inglés Elgin, noble y poderoso señor, se preparaba a zarpar con la escuadra inglesa, siguiendo la costa hacia el Norte, con el propósito de entrar en el puerto de Tientsin. Su finalidad era atacar los fuertes de Taku, que protegían la capital. Cuando el emperador leyó aquel informe, enfermó, guardó cama y se negó a comer. Hizo llamar a su hermano, el príncipe Kung, y le entregó el documento sin decir palabra. Mandó que Tzu Hsi lo leyese también y que los dos le dieran su consejo. Aquélla fue la primera vez en que Tzu Hsi entró en franco desacuerdo con el príncipe Kung. Discutieron en la biblioteca imperial en presencia del eunuco mayor y de Li Lien-ying, quienes oyeron todo lo que se decía. El príncipe Kung observó razonablemente: —Venerable, te repito que no es prudente enojar a los hombres blancos hasta el punto de despertar su ira. Tienen cañones y barcos de guerra y son

bárbaros de corazón. —¡Que se vuelvan a sus tierras! ¡Hemos probado a tener paciencia y hasta la paciencia falla! —exclamó Tzu Hsi. Estaba muy bella cuando se mostraba altanera y el príncipe Kung suspiró al ver tanta hermosura y tanto orgullo. Pero en el fondo de su corazón reconocía que la energía de aquella mujer superaba con mucho a la suya y ciertamente a la de su hermano mayor. No cabía negar que los tiempos exigían vigor. —Carecemos de medios para obligarlos a irse. Ella replicó: —Carecemos de medios si nos falta voluntad. Podemos matarlos a todos, ahora que son pocos aún, y tirar sus cadáveres al mar. ¿Acaso los muertos vuelven? Él protestó contra tal arrebató: —¿Y acabará la muerte con todos ellos? Cuando los compatriotas de los muertos conozcan la matanza enviarán cien hombres blancos por cada caído, y llegarán con sus muchos navíos de guerra, y usarán sus mágicas armas contra nosotros. —No los temo —declaró Tzu Hsi. —Pues yo les temo grandemente —aseguró el príncipe Kung—. No sólo temo sus armas, sino a ellos mismos. Cuando se ven atacados devuelven diez golpes por uno. No, no, Venerable. El único camino seguro es la mediación, y las dilaciones y los tratos, como tú discretamente aconsejaste hace tiempo. Ésas deben seguir siendo todavía nuestras armas. Necesitamos confundirlos y desorientarlos con aplazamientos y promesas incumplidas, alejando, por ahora, el funesto día de su ataque. Debemos fatigarlos y desdeñarlos, pero mostrarnos siempre corteses cuando lwj hablemos. Como cediendo siempre, pero sin ceder nunca. Ésta es la más práctica de las sabidurías. Así se decidió al fin. Pero, como Tzu Hsi seguía manifestándose rebelde, el príncipe Kung aconsejó a su hermano mayor, el emperador, que se le procurasen algunas diversiones. Podía permitírsele que pasase la estación calurosa en el Palacio de Verano, extramuros de la ciudad de Pequín. Allí, entre lagos y jardines, Tzu Hsi podía entretenerse con el heredero del trono y la compañía de sus damas, con lo que acaso olvidara las complicaciones

nacionales. —La emperatriz del Palacio Occidental tiene mucha afición a las representaciones teatrales. Construyamos —sugirió Kung— un teatro en el Palacio de Verano y contratemos actores que la diviertan. Mientras tanto, yo consideraré con los consejeros la réplica que debe enviarse al Sur. Y debemos recordar que, al llegar la verde primavera, hay que celebrar el primer cumpleaños del heredero, por lo que conviene anunciarlo pronto para que el pueblo prepare sus dones. Así todos distraerán su ánimo mientras nosotros estudiamos debidamente los peligros que nos esperan. El príncipe Kung procuraba de este modo calmar la furia de Tzu Hsi y dirigir sus pensamientos al placer en lugar de meditar soberbias venganzas contra los hombres blancos. En el fondo de su ánimo se sentía muy inquieto y deseaba el consejo con los príncipes, los ministros y cualquier persona en cuya prudencia pudiese confiar. Preveía para un futuro no muy lejano la creciente amenaza de los hombres occidentales. Éstos habían descubierto los tesoros de la antigua Asia y, como pertenecían a naciones jóvenes y pobres, ¿de qué modo se les podía convencer de que abandonasen lo que habían encontrado? Hasta que la defensa se planease había que aplacarlos, aunque él no veía cómo. Se sentía conturbadísimo, no conciliaba el sueño por las noches y había perdido el apetito. Reflexionaba en cosas más profundas que cuantas alcanzaba a sondear. Los antiguos sistemas civilizados que se fundan en la paz y la sabiduría estaban amenazados por una fuerza brutal y nueva. ¿Qué prevalecería y dónde radicaba la fuerza definitiva? ¿En la violencia, o en la paz? Tan graves eran los tiempos, que el emperador, en el quinto mes del año, renovó un rito rara vez observado por sus antecesores desde la época de la precedente dinastía de los Ming. Durante la Fiesta Primavera de los Muertos, en aquel año lunar, el emperador, lamentablemente acongojado y temeroso, anunció que iba a adorar a los dioses en el Templo Supremo de los Antepasados Imperiales. Aquel antiquísimo templo se alzaba

en un vasto parque donde grandes pinos cubrían en sus copas las techumbres, alejando el sol. Tales pinos, más viejos que la memoria del hombre, estaban retorcidos y sus troncos roídos por el viento y la arena. Al pie de ellos crecían musgos que formaban una alfombra más profunda que muchas amontonadas piezas de terciopelo. En el interior del templo se hallaban los santuarios de los emperadores difuntos, con sus respectivos nombres inscritos sobre tablillas de madera valiosa. Descansaba cada tablilla sobre un cojín de raso amarillo. Solitarios sacerdotes vestidos de amarillo erraban por el parque y cuidaban del templo, y el silencio parecía cubrirlo todo con una losa tan pesada como las centurias transcurridas. En aquel silencioso lugar no cantaba pájaro alguno. Garzas blancas llegaban en primavera y anidaban en los retorcidos pinos. Allí criaban a sus pequeñuelos y en el otoño emprendían el vuelo y se alejaban. Durante la Fiesta de los Muertos el emperador fue a aquel lugar con sus príncipes, duques, consejeros y ministros superiores. Era la hora que precede al alba y la niebla, Insólita en aquel clima septentrional, se elevaba de la tierra al délo, impidiendo reconocerse entre sí incluso a los más allegados. Dos días antes de la fiesta las antiquísimas tablillas de los difuntos emperadores manchúes habían sido sacadas de su edificio privado, cercano a la biblioteca imperial, y a la luz de linternas de cuerno, porque eran muy oscuras las sombras bajo los pinos, los eunucos, mandados por su jefe, las habían dispuesto dentro del templo en sus correspondientes once santuarios. Ya todo estaba preparado para la llegada del Hijo del Cielo. Había pasado la noche en el Pabellón de la Abstinencia, sin comer, beber ni dormir. Durante tres días el pueblo de toda la nación no había probado la carne, ni saboreado el ajo, ni el aceite, ni bebido vino, ni oído música, ni asistido a representaciones teatrales, ni invitado a nadie a sus casas. Los tribunales de justicia se cerraron durante aquellos tres días y no hubo en ese tiempo litigio de ninguna clase. En la

hora gris que precedía a la aurora el matarife de la Corte informó que ya había matado las reses destinadas al sacrificio, vertiendo su sangre en cuencos y enterrando sus huesos y su piel. Los príncipes y los duques testificaron que se había escrito ya la plegaria que el Hijo del Cielo había de pronunciar ante los antecesores guardianes del imperio, cuyas tablillas se hallaban colocadas verticalmente sobre los altares en sus almohadones de raso amarillo. El emperador recibió tales noticias y se levantó para que el jefe de eunucos le revistiera de las solemnes ropas de sacrificio, de color purpúreo oscuro con adornos dorados. Después, apoyándose en dos parientes cercanos, primos camales suyos, entró en el Templo Supremo, donde su hermano menor, el príncipe Kung, esperaba para recibirle. No había cerca extraño alguno. Incluso los eunucos del templo se retiraron antes de que entrara en él el Hijo del Cielo, cuyos primos permanecieron en pie a la puerta. Los príncipes imperiales se adelantaron hacia el emperador y, después de rendirle pleitesía, le llevaron de uno a otro de los once altares sagrados. El emperador efectuó ante cada uno nueve reverencias y presentó ofrendas de vituallas y vino, repitiendo ante cada altar la misma plegaria. En ella se impetraban la paz y se pedía seguridad contra los nuevos enemigos venidos del Oeste. La plegaria era larga y el emperador la leyó once veces, lentamente y en voz tan alta como le fue posible. Notificó a los espíritus de los grandes muertos lo que habían hecho los hombres occidentales, cómo emprendían la guerra, cómo se adueñaban de territorios y cómo procedían cual miembros de tribus bárbaras, acercándose en buques que vomitaban fuego para amedrentar a las gentes. También especificó la forma en que aquellos hombres insistían en imponer un comercio que no se deseaba. En el curso de su plegaria el emperador declaró: —Nosotros tenemos nuestros dioses, ¡oh venerables antecesores! No necesitamos los artilugios occidentales. ¿Qué nos pueden faltar, con la protección del cielo y de nuestros venerables guardianes, los

antepasados? Arrojad los extranjeros al mar. ¡Enviad pestilencias que los destruyan! Lanzadles insectos venenosos que los acosen y víboras que los muerdan y maten. ¡Guardianes de nuestro pueblo, devolvednos la integridad de nuestra tierra y dadnos la paz! Cuando concluyeron las preces era casi la hora en que el sol apunta y, en la indecisa claridad del alba, volaban bandadas de blancas palomas que, anidando ordinariamente en los aleros del templo, despertaban con el nacer del día y, tendiendo las alas, giraban sobre los pinos, describiendo círculos. Las bujías de las linternas no brillaban apenas. Ya salía el sol y en sus pálidos rayos, que penetraban mortecinos por las puertas del templo, danzaban miríadas de partículas de polvo. Había terminado el sacrificio. El soberano salió del templo, entró en su imperial palanquín y regresó a palacio. Y en toda la nación la gente reanudó su vida acostumbrada. Todos se sentían consolados al saber que el Hijo del Cielo se había inclinado ante sus antecesores, informándoles de la situación y orando en nombre del pueblo. Los ritos de la Fiesta Primavera de los Muertos alentaron a tal punto al emperador, que, al acercarse el sexto mes de la luna, cuando ya el calor del verano se intensificaba, él mismo decidió ir con sus dos consortes y el heredero al Palacio de Verano. Toda la Corte le acompañaría. Hasta entonces, aunque había deseado ir, los disturbios de la nación, que tanto le desasosegaban, se lo habían impedido. ¿Qué pasaría si los rebeldes chinos, aprovechando su ausencia se insurreccionaban, o si los occidentales se enfurecían repentinamente y, según amenazaban hacía tiempo, subían con sus buques y desembarcaban en el Norte? Pero ninguna de tales eventualidades se había producido y, aunque el virrey Yeh seguía preocupado, la táctica de medias tintas, evasivas y dilaciones había dado ciertos resultados y logrado contener hasta entonces a los hombres blancos y a los rebeldes del mediodía. Una noche en que la lima de verano brillaba, redonda, en el cielo, Tzu Hsi, con encantadora sonrisa, interpeló

al emperador: —Señor —dijo—, ven conmigo al Palacio de Verano. El aire de las colinas te devolverá la salud. El emperador necesitaba, en verdad, un turgente alivio. La parálisis progresiva que le aquejaba hacía cinco años estaba a punto de inmovilizarle los miembros. Había días en que, imposibilitado de andar, tenía que hacerlo apoyándose en dos eunucos como en dos muletas. En ocasiones no podía levantar la mano a la altura de la frente. Sentía completamente insensible el lado izquierdo, lo que constituía para él una inacabable aflicción, además de que la parálisis gravitaba abrumadoramente también sobre el resto de su cuerpo. Cedió, pues, a las instancias de aquella mujer deliciosa, que le animaba y le daba fuerzas hasta un extremo vedado a cualquier otra criatura viviente, y marcó un día del siguiente mes para el traslado al Palacio de Verano, que distaba nueve millas de su ciudad. Tzu Hsi, aunque desempeñaba con toda majestad el papel de emperatriz, era tan joven todavía que el mero pensamiento de aquellas vacaciones agitaba todo su ser como una infusión de vino caliente. Aún no tenía amor alguno a los severos y magníficos palacios en que parecía condenada a vivir. Y, sin embargo, habíase procurado en ellos lugares aislados para su uso privado. Incluso supo conseguir jardines secretos apropiándose patios olvidados y terrazas a las que nadie iba nunca. Allí solía retirarse cuando quería olvidar los problemas del estado, que prácticamente dependían de ella. Tenía en su palacio una perrilla que criaba cachorros para la diversión de Tzu Hsi, así como grillos en jaulas y aves de esplendentes colores. Pero no amaba tanto a estos animalitos como a los silvestres que anidaban en los árboles o moraban en los estanques. Imitaba tan bien el canto del grillo, que hacía a un insecto de esa clase subir a su dedo índice, mientras con la otra mano ella acariciaba sus frágiles alas. A fuerza de paciencia llegó a remedar de tal modo el canto del ruiseñor en el crepúsculo, que hacía que aquellos pájaros, embriagados,

acudiesen a volar en torno a su cabeza. Cuando esto sucedía experimentaba una felicidad casi infantil. Entonces se sentía amada por sí misma y no por los favores que podía conceder. A veces, con su hijo en el regazo, olvidaba que era heredero del trono. Contemplando los dos las evoluciones de un grupo de patitos recién salidos, o los retozos de los cachorrillos, reían a veces tan fuerte y con tal ingenuidad, que sus damas, maravilladas, disimulaban sus sonrisas detrás de sus abanicos. Pero Tzu Hsi no temía sonrisas ni reproches. Era como era y continuaría siendo: una criatura tan Ubre como aquellas con las que le gustaba jugar. No obstante, aunque las murallas de la Ciudad Prohibida abarcaban un recinto de cuatro millas cuadradas, ella se sentía confinada en aquel ámbito y anhelaba salir del perímetro de los muros y conocer el Palacio de Verano, lugar de delicias del que había oído hablar a menudo, pero donde jamás había estado ni ido de visita siquiera. Aquel Palacio de Verano, o retiro de placer había sido construido varios siglos antes por los emperadores que entonces gobernaban, los cuales eligieron el emplazamiento porque allí corría una inagotable fuente de aguas claras, puras, potables y siempre frescas. Por sus cualidades se daba a aquel manantial el nombre de Fuente de Jade. El primer Palacio de Verano fue destruido en una guerra y reconstruido hacía dos siglos por el imperial antepasado K'ang Hsi, que reinaba entonces. Su hijo Ch'ien Lung, que le sucedió, unió todos los pabellones separados, conjuntándolos dentro de un vasto parque, salpicado de lagos y surcado de arroyos, que cruzaban puentes de mármol o de dura madera pintada y trabajada por magistrales artífices. Ch'ien Lung tenía mucho amor a su obra y cuando oyó que el rey de Francia poseía palacios y jardines semejantes en su distante tierra, preguntó a los ministros-franceses y a los sacerdotes jesuitas si el rey francés tenía algo que faltase al emperador chino. Porque los emperadores de aquellos días no chocaban con los hombres

occidentales, e incluso los acogían con gusto, sin presumir que aquella gente pudiera más adelante hacerles daño alguno. Cuando Ch'ien Lung conoció las cosas bellas que el rey francés atesoraba, quiso imitarlas y añadió elementos de occidental belleza a los que ya encerraba el Palacio de Verano. Por su parte los jesuitas, esperando hallar favor en el gran emperador, trajeron de Francia e Italia reproducciones pictóricas de los palacios europeos y Ch'ien Lung las estudió minuciosamente y tomó de ellas todo lo que complugo a su fantasía. Después de la época de Ch'ien Lung el Palacio de Verano estuvo cerrado durante largo tiempo, porque el nuevo monarca, Chia Ch'ing, prefería el Palacio del Norte, situado en Jehol, y allí murió, herido por un rayo, un día de verano, mientras estaba en compañía de su concubina favorita. T'ao Kuang, hijo de Chia Ch'ing y padre del actual emperador Hsien Feng, era un avaro y no permitía a la Corte trasladarse al Palacio de Verano ni siquiera en la estación calurosa, porque no quería hacer gastos. La Corte se puso en camino risueña y animada poco después de amanecer un bello día de verano. Cubría la tierra el matinal rocío, sentíase ya calor, y flotaba en el aire una insólita neblina. Tzu Hsi se levantó temprano y ordenó a sus mujeres que la vistieran con prendas sencillas, idóneas para el campo. Pusiéronse, pues, un fino vestido de seda con adornos de fibra de ananás, importada de las islas del Sur. El vestido era de color verdemar y no lo realzaba joya alguna, excepto las acostumbradas perlas. En su prisa pueril la emperatriz estuvo preparada horas antes de que despertasen y vistiesen al emperador. Aún hubo de aguardar Tzu Hsi a que su señor se desayunase. Era media mañana cuando el cortejo imperial se puso en marcha. Iban primero los nobles, luego los príncipes y sus familias y al fin, la Guardia Imperial a caballo, con Jung Lu a la cabeza, sobre un gran corcel blanco. Tras ellos, y precediendo al palanquín del emperador protegido por amarillas cortinas, Tzu Hsi viajaba en su propio palanquín, con su hijo y

la nodriza. Paralelo al de Tzu Hsi avanzaba el de Sakota, la emperatriz del *Palacio Oriental*. Hacía muchos meses que las dos mujeres no se veían, y al distinguir la pálida faz de su prima aquella mañana, Tzu Hsi se dirigió reproches interiores a sí misma y prometió en su corazón renovar su trato con la otra consorte en cuanto dispusiera de algún tiempo libre. El séquito imperial recorría calles desiertas y silenciosas. De mañana, triangulares banderines amarillos habían sido colocados a lo largo del itinerario elegido por el Hijo del Cielo, y de este modo se advertía al pueblo que ningún hombre, niño ni mujer debía estar en la calle a aquella hora. Las puertas de todas las casas estaban cerradas, las ventanas tenían corridas las cortinas y, en los cruces de las calles con la calzada principal, cortinajes de amarilla seda prohibían la entrada de los ciudadanos. Cuando el Hijo del Cielo salió por la Puerta Meridiana, redoblaron los tambores y sonaron los batintines, dando la señal, y al oír este estrépito las gentes se retiraron a sus moradas y escondieron sus rostros. Volvieron los tambores a redoblar y a retumbar los gongos, y entonces se retiraron también quienes alfombraban la ruta con arena amarilla. Por tercera vez hubo una tamborilada y un batir de gongos, y a esta advertencia los nobles de los clanes manchurianos, todos vestidos con sus mejores ropas, se arrodillaron a entrambos lados de la calzada por donde pasaba el Hijo del Cielo escoltado por un millar de guardias. En los antiguos días los emperadores cabalgaban siempre sobre grandes corceles árabes, embridados de oro y con sillas cubiertas de enjoyado terciopelo. Pero Hsien Feng, el actual gobernante, no era capaz de sostenerse a caballo y tenía que viajar en palanquín. Además no le gustaba que le vieran, porque se sabía flaco y macilento, y por eso no permitía a los eunucos que alzasen las cortinillas. Escondido y en silencio fue, pues, llevado a lo largo de la enarenada ruta y los nobles arrodillados no le vieron ni oyeron su voz. En la aldea de Hai T'ien, fuera de la muralla de la ciudad, el camino doblaba al Este. Los

palanquines del emperador y de sus dos consortes, con toda la Corte, atravesaron el pueblo. Reinaba allí gran movimiento, porque los guardias imperiales iban a alojarse en el poblado. Los príncipes, duques y otros nobles tenían mansiones veraniegas y fincas en la campiña circundante, de manera que podían con toda facilidad servir al emperador en el Palacio de Verana. Así los lugareños sentíanse muy optimistas, pues cuando la Corte residiera en el palacio de Yüan Ming Yüan, ellos se enriquecerían. Cerca de la hora del crepúsculo el cortejo imperial se aproximó a las puertas del Palacio de Verano. Mirando entre las cortinillas Tzu Hsi vio los majestuosos quiciales de blanco y esculpido mármol, flanqueados por dorados leones. La verja estaba abierta con anticipada espera y el palanquín de la joven traspasó el umbral y penetró en la quietud del vasto parque. Sin poder reprimirse, Tzu Hsi recorrió las cortinillas y miró y distinguió un paisaje de ensueño. Sobre verdes laderas parecían estar suspendidas primorosas pagodas y nítidos arroyuelos se deslizaban, rumorosos, al lado de sinuosos caminos pavimentados de mármol. De níveo mármol labrado eran también los múltiples puentes que conducían a cien pabellones todos diferentes entre sí, todos muy bellos, todos cubiertos de aros y azulejos multicolores. Para conocer su conjunto no hubiera bastado una vida entera. Hasta tanto como la emperatriz podía suponer, la mayoría de aquellas esplendideces permanecían desconocidas de casi todos, incluso los grandes palacios trazados hacía tanto tiempo y enriquecidos por cada emperador en su época. ¿Qué decir del famoso reloj de agua, cuyos doce animales arrojaban el precioso fluido procedente de la Fuente de Jade, haciéndolo cada uno dos horas seguidas? Tzu Hsi había oído contar que todos los palacios estaban colmados de tesoros, no sólo de Oriente, sino de Europa y el resto de las tierras occidentales. Su alma, amante del placer, se regocijó. Sentíase impaciente de que— dar libre para andar por donde le pareciera. Ya llegaba el

ocaso cuando su palanquín fue puesto en el suelo y apartadas las cortinillas por Li Lien—ying. Salió y miró como quien se halla en un país de hadas, encantado y desconocido. Al contemplar lo que la circundaba, y por una extraña casualidad, sus ojos dieron, sin quererlo ni esperarlo, con Jung Lu. Se hallaba solo, porque sus soldados se agolparon detrás del emperador, cuyo palanquín había llegado ya al gran vestíbulo de acceso. Inesperadamente Jung Lu levantó la cabeza y encontró los ojos que conocía tan bien. Las miradas de los dos se entrecruzaron y por un instante se fundieron sus corazones. Pero aquel instante pasó en seguida y los dos volvieron apresuradamente la cabeza. Tzu Hsi, seguida de sus damas, entró en el palacio que le habían asignado. Una súbita felicidad había nacido en ella. Rebosaba de vivida alegría acrecida con cuanto iba descubriendo según pasaba de una estancia a otra. La mansión que le correspondía llamábase Palacio del Contento. Era bastante viejo y hasta su misma antigüedad subyugaba a la joven. Allí habían ido emperadores con sus cortes para buscar el placer y olvidar las cargas de su estado, y allí pudieron encontrar la paz en la alegría. Cuando Tzu Hsi hubo visto todo lo que aquel día pudo ver, volvió a la entrada del edificio y, de pie sobre el amplio umbral abierto al crepúsculo, extendió los brazos como si quisiera abrazar el paisaje, exquisito y sereno, en la clara magnificencia del sol del expirante atardecer. —Aquí es dulce hasta el aire —dijo a sus damas—. Respiradlo y sentiréis qué ligero parece al colmar los pulmones. Comparadlo con el aire pesado que nos rodea en el interior del recinto de la ciudad amurallada. Las damas respiraron como se les ordenaba y todas se manifestaron de acuerdo con la emperatriz. El aire, en efecto, era puro y fresco, aunque no frío. Tzu Hsi exclamó: —¡Quisiera pasar aquí toda mi vida y no volver jamás a la Ciudad Prohibida! Sus damas protestaron contra tal deseo. ¿Cómo se iba a prescindir de ella en aquel centro de la vida nacional? Tzu Hsi insistió: —Bien, pero por lo menos no

hablemos aquí de nada que no sea causa de regocijo. En este lugar ha de olvidarse todo lo que disguste o sea susceptible de producir dolor o querella. Un coro de suaves murmullos y suspiros de sus damas expresó la conformidad de todas. Tzu Hsi, deseosa de continuar su examen de la múltiple variedad de jardines y palacios, se entretuvo en el umbral. Pero el día llegaba a su fin, declinaba el sol tras los remates de las pagodas y las últimas claridades vespertinas desvanecíanse sobre lagos y arroyuelos. Pronto hasta las sombras de los puentes de mármol dejaron de proyectarse sobre las aguas. Terminaba el día. —Voy a retirarme temprano —dijo Tzu Hsi—. Para levantarme al amanecer. Aunque permanezcamos muchos días en este delicioso paraje, no bastarán para ver todo lo que aquí puede verse ni para lograr tanto placer como cabe. Las damas afirmaron lo mismo y apenas se había levantado la luna, cuando Tzu Hsi entró en sus habitaciones. Se le sirvió una refacción ligera de dulces y otros manjares de capricho, bebió el té verde que tanto le gustaba, se bañó, cambió sus ropas interiores de seda y se fue al lecho. Al principio no conseguía dominarse, en la delicia de respirar el dulce aire de la noche y por dos veces, cuando ya sus cansadas mujeres dormían, se levantó para asomarse a las abiertas ventanas. El palacio dominaba desde la altura los muros que rodeaban el parque y más allá se perfilaban los contornos de las distantes montañas, pálidas bajo la luna. Descendió sobre su espíritu una paz tan profunda, que parecía el preludio del sueño mismo, aunque seguían despiertos todos los sentidos. Ante ella se extendía el paisaje bañado en la dorada luz de la luna. Llegaba a su olfato la fragancia de las lilas florecidas de noche y a su oído la límpida llamada de las aves recién llegadas de sus emigraciones. Su soledad se mitigaba, apagábase el temor de guerras y disturbios, se dulcificaba su impetuoso corazón y sus pensamientos fluían por cauces más sosegados. A la derecha, allende la terraza, se levantaba el Palacio de la Nube Flotante,

asignado a Sakota. Al otro día... No, no al otro, sino cualquier día en que se sintiera completamente feliz cumpliría su resolución de renovar su amistad fraternal con Sakota. Era curioso pensar que las que habían crecido juntas, bajo el mismo techo, en la calleja del Peltre, habían de terminar viviendo también juntas en sus respectivos palacios, teniendo ambas por señor y esposo al emperador. Su mente, nunca capaz de permanecer largo tiempo en reposo, la llevó a evocar a su primo Jung Lu. Le había visto aquel día un solo momento y las miradas inciertas de sus ojos se habían encontrado, fundido y separado de nuevo a despecho de los dos. Súbitamente anheló con toda el alma oír la voz de aquel a quien sabía tan cercano. Puesto que era su pariente, ¿no podía llamarle con pretexto de hacerle cualquier consulta? Pero ¿qué consulta? Su ánimo se afanaba en buscar alguna excusa que la justificase.' Había prometido a su madre, y no cumplido todavía, casar a su hermana con un príncipe. Respecto a tal punto, ¿no podía pedir consejo a un primo? Diría sinceramente al fiel Li Lien-ying, su eunuco particular: «Por una cuestión de familia, que consiste en unas promesas que he hecho a mi madre, deseo hablar y consultar a mi pariente, el comandante de la Guardia Imperial...» La luz de la luna se tornaba más dorada y el aire más aromado. Suspiró de felicidad. ¿No podían acontecer cosas mágicas en aquel mágico retiro? Sonrió para sí con secreta burla. Su alegría tenía un toque, un picante toque del viejo deseo, un recuerdo que despertaba ansiando renovarse. «Eso no debe ocurrir más», pensó. No necesitaba guardarse, porque Jung Lu se bastaba para eso. Su rectitud sería la salvaguardia de Tzu Hsi, el cerrojo cuya llave él mismo poseería. Cabía confiar en él, que no se dejaría corromper de nuevo. Sintió de pronto deseos de dormir y se dirigió a su lecho, andando de puntillas entre sus mujeres dormidas en los suyos, sobre los suelos embaldosados. Separó las cortinas y se acostó.

La mañana del siguiente día fue también serena y clara y,

aunque sin vientos, refrescada por alguna distante tormenta del Norte. Tzu Hsi dejó pasar la jornada olvidándose de todo, excepto del infantil placer que le producía cuanto encontraba a su alrededor. Transcurrirían muchos días antes de que viese todo lo que había de ver, porque, una vez visitados palacios, lagos y patios, terrazas, pabellones y jardines aún quedaban las casas de los tesoros, anejas al Yüan Ming Yüan, casas en que se acumulaban los dones recibidos durante doscientos años por los emperadores de la dinastía gobernante. Sedas en lotes de un millar de piezas; pieles en balas venidas de más allá del río Siber; curiosidades de todas las naciones de Europa, incluso las Islas Británicas; tributos del Tíbet y el Turquestán; presentes de Corea, el Japón y las demás naciones menores que, aunque Ubres, reconocían por su jefe y guía al Hijo del Cielo; finas mueblerías y objetos preciosos de las provincias meridionales; jades, cajas y objetos de plata; vasos de oro y gemas de la India y de los mares del Sur... Todo aquello esperaba el examen de los inquisitivos ojos y las activas manos de Tzu Hsi, que sabría juzgar bien de sus pesos, formas y calidades. Todos los días por la tarde, siguiendo el mandato del emperador, la compañía imperial de teatro representaba una obra ante la Corte. Por primera vez pudo Tzu Hsi satisfacer plenamente su afición al teatro. Había leído libros y escritos que trataban del pasado y examinado las antiguas pinturas, pero en las piezas dramáticas veía hombres y mujeres que existieron en la Historia y que parecía cobrar vida real ante sus ojos. Si la obra era de las que estimulaba el pensamiento, acostábase pensativa, y alegre si era alegre, y en cualquier caso encontraba placer en ellas. Entre los tesoros sobre los que meditó más que acerca de los restantes figuraba la biblioteca que Ch'ien Lung había hecho reunir y que comprendía viejos libros, algunos de los cuales tenían cuatro mil años de antigüedad. Por orden de aquel antepasado tales libros habían sido copiados por los hombres de letras del reino, formando en conjunto un valiosísimo tesoro. Aquellos hombres

sabios habían hecho dos copias de los preciosos manuscritos y uno de ellos se guardaba en la Ciudad Prohibida y otro allí, en previsión de que un ejército enemigo o un incendio destruyesen una de las dos colecciones. Tzu Hsi no había conocido semejante tesoro bibliográfico porque, dentro de la ciudad, una de las colecciones se guardaba estrictamente bajo llave en el Palacio de la Gloria Literaria y sólo salía a luz una vez cada año, en la Fiesta de los Clásicos, época en que era deber de los intelectuales sobresalientes sacar los antiguos escritos e interpretar su significado ante el emperador gobernante. Desde que mil ochocientos años antes, el primer emperador quemó libros y enterró intelectuales para acabar con la antigua cultura y convertirse en jefe supremo e indiscutido, había sido el primer cuidado de los hombres de le! tras conservar los libros para enseñar el respeto que se les debía. Y esta enseñanza se fe daba primero al emperador y luego a todos sus súbditos, haciéndole y haciéndoles comprender que los axiomas del sabio Confucio no podían ser destruidos ni borrados por los caprichos de los gobernantes. Por esta razón los Cuatro Libros de los Cinco Clásicos habían sido grabados en piedra. Aquellos pètreos monumentos se guardaban en el Palacio de los Clásicos, defendido por gruesas barras de hierro. Pero en el palacio de Yüan Ming Yüan incluso una mujer como Tzu Hsi podía leer los antiguos escritos, y así se prometió hacerlo los días, que lloviese o cuando; se sintiera saciada de ver otras cosas. Pero en medio de todo lo que hizo durante veinte días, incluso cuando gozaba de fiestas en las casas flotantes del lago, o cuando paseaba por los floridos jardines, o si jugaba con su imperial hijo, quien ganaba a ojos vistas en aquel aire puro, o cuando era llamada al dormitorio del emperador, no olvidaba su obstinado capricho de hablar con Jung Lu, su primo. Aquel plan embrujador se agitaba en su cerebro y era como el germen dentro de una semilla presta a salir a luz en cuanto quisiese. Un día, estimulada por la mucha libertad y el incesante placer, se

resolvió súbitamente y llamó a Lien-ying con un signo de sus dedos enjorjados. El eunuco procuraba estar siempre cerca de ella y nunca quería perderla de vista. En cuanto la vio alzar la mano acudió inmediatamente y se arrodilló ante ella, bajando la cabeza, para saber lo que le ordenaba. Tzu Hsi dijo con voz clara e imperativa: —Me encuentro muy preocupada. Hace tiempo que hice una promesa a mi madre respecto al casamiento de mi hermana menor. Pero los meses pasan y no me decido a nada. En casa deben de estar preocupados. ¿Qué hago? Quisiera un buen consejo y no sé a quién pedirlo. Pero he recordado que el comandante de la Guardia Imperial es primo nido. Sólo él puede aconsejarme en un asunto de familia. Llámale y hazle venir a mi presencia. Habló deliberadamente ante sus damas, porque persona de tan alta posición no debía tener secretos para nadie, y valía más que se conocieran todos sus pasos. Después de hablar se sentó serenamente en un lindo trono, delicadamente esculpido y adornado con marfil de colmillo de elefante birmano. Sus damas la rodeaban y oían, y ninguna dio muestras de pensar en nada que no fuera inocente en absoluto. Por su parte, Li Lien-ying conocía ya bastante bien a su señora. Obedeciéndola, pues, en el acto, porque nada la irritaba más que una dilación en el cumplimiento de las órdenes que daba. Nadie sabía, ni preguntaba, los pensamientos que podían albergar la mente y el sombrío corazón del eunuco, pero no era dudoso que recordara otro día en que, obedeciendo un mandato semejante, llevó a Jung Lu hasta la puerta de Yehonala. Horas enteras había pasado Li Lien-ying esperando en el patio frontero a la puerta de las habitaciones de Yehonala. Y la tarde se había convertido en crepúsculo, mientras el eunuco velaba para que nadie entrase. Sólo él y la anciana sirvienta habían sabido que Jung Lu visitó una vez a Tzu Hsi. Y cuando Jung Lu salió, tenía el semblante turbado y orgulloso. Ninguno de los dos habló. El guardia no miró siquiera al eunuco. Al día siguiente Yehonala obedeció a la llamada del

emperador. Transcurridos diez meses lunares, nació el heredero del Trono. Nunca se sabe nada, nunca se sabe nada... Li Lien-ying, sonriendo y haciendo chascar las coyunturas de los nudillos de los dedos, fue en busca del comandante de la Guardia Imperial. Si otrora había recibido a su primo en secreto, Tzu Hsi le acogió ahora abiertamente y rodeada de sus damas de honor. Esperóle sentada en el trono del salón principal de su palacio. Como siempre, aparecía rodeada de magnificencia. Decoraban las paredes largos rollos de pinturas, tras el trono se extendían biombos de alabastro y a izquierda y derecha se alineaban macetas con arbolillos en flor. Los diminutos perros predilectos de Tzu Hsi jugaban con cuatro gatitos blancos. Allí no estaba sólo la mujer, sino la emperatriz. Rodeada de su esplendor, la gran dama reía mirando a sus lindos animales, y tanto rió, que acabó descendiendo del trono en medio de la más juguetera algazara. Andaba de un lado para otro. Elogiaba a una dama por su aspecto de lozanía y a otra por su peinado y, agitando su pañuelo de seda, hacía que la siguieran los gatitos. Sólo cuando oyó las pisadas del eunuco, seguidas por otras rotundas y fuertes, se apresuró a sentarse en el trono, entrecruzó sus manos cubiertas de joyas y asumió un talante de soberbia grandeza. Las damas disimulaban sus sonrisas detrás de sus abanicos. Tzu Hsi mostraba un rostro grave y una expresión rayana en el desdén cuando Jung Lu hizo acto de presencia en el umbral de la alta puerta, vistiendo su túnica de raso escarlata y sus calzones de terciopelo negro. A pesar de la actitud de Tzu Hsi, los grandes ojos de ésta centellearon al ver a su primo. Jung Lu dio nueve pasos hacia delante y no miró a la emperatriz hasta haberse arrodillado. Entonces, y antes de inclinar la cabeza envolvió en una mirada intensa a la mujer que amaba. Tzu Hsi dijo con voz placentera: —Bien venido, primo. Hace mucho que no nos vemos. —Mucho, Venerable —repuso él. Y esperó de rodillas. Ella le miró desde el trono, con las comisuras de la boca plegadas en una sonrisa.

—Necesito pedir cierto consejo y por eso te he mandado llamar.
—Espero órdenes, Venerable. Ella prosiguió. —Mi hermana menor está ya en edad de casarse. ¿La recuerdas? Una muchachita traviesa y menuda, que andaba siempre detrás de mí y me llamaba para todo... ¿La has olvidado? —Yo no olvido nada, Venerable —contestó él, siempre con la cabeza inclinada. Tzu Hsi comprendió el significado secreto de aquellas palabras y las atesoró en su corazón. —Mi hermana necesita marido —continuó—. Ya no es la niña traviesa de antaño, sino casi una mujer, muy bonita y esbelta, con unas cejas muy lindas... y parecidas a las mías. Se interrumpió, levantó los dos índices y se alisó las cejas, que parecían angostas hojas de sauce. —La he prometido un príncipe. Pero, ¿cuál de ellos te parece bien, primo? Mencióname sus nombres. Jung Lu respondió con tacto: —Yo, Venerable, no puedo conocer a los príncipes tan bien como tú. —Los conoces —insistió ella—, porque debes conocerlo todo. Me gustaría saber qué cosas no se comentan en las puertas de Palacio. Calló para dejar tiempo a que su pariente contestara. Como él no pronunciase una palabra, Tzu Hsi, cambiando de actitud en un momento, se volvió a sus damas de honor y dispuso: —Marchaos todas. Ya veis que mi primo no quiere hablar delante de vosotras. No ignora que recogeréis sus palabras y las comentaréis por todas partes. Retiraos, grandísimas curiosas, y dejadme a solas con mi pariente. Las jóvenes se alejaron vivamente, como un grupo de mariposas asustadas. Cuando se hubieron ido, ella, riendo, bajó de su trono. Como él no se moviera, Tzu Hsi le tocó en un hombro. —Levántate, primo. Nadie hay que nos vea excepto mi eunuco, y éste, ¿quién es? Poco más o menos que una mesa o una silla. Jung Lu se levantó, algo a disgusto, y se mantuvo a distancia. —Yo temo a los eunucos —murmuró. —No temas al mío —dijo ella con indiferencia—. Si me traicionase con una sola palabra, yo le haría cortar la cabeza como si fuese una mosca. Y, uniendo el pulgar y el índice, hizo ademán de aplastar al insecto

que mencionaba. —Ponte en ese asiento de mármol —ordenó— y yo me instalaré aquí. ¿No te parece que hay bastante distancia? Tampoco debes tenerme temor a mí. Recuerdo que debo portarme bien. ¿Y por qué no hacerlo? Tengo lo que deseaba: un hijo. ¡El heredero del Trono! —¡Calla! —dijo él, en voz baja y colérica. Tzu Hsi, alzando sus negras pestañas, le miró inocentemente. —¿Qué príncipe elegiré para mi hermana? —volvió a preguntar. Jung Lu, sentado muy rígido, al borde de la dura silla que le señalaran, meditó en aquel problema de la elección de un príncipe para su prima. Tzu Hsi reflexionó un momento. —¿A cuál de los siete hermanos de mi señor —murmuró—, daré a mi hermanita? Su primo observó, con firmeza: —No es propio que la conviertas en concubina, —¿Por qué no? ¿No lo fui también yo hasta que nació mi hijo? —Lo fuiste del emperador —indicó él— y ahora eres emperatriz. La hermana de la emperatriz no debe ser concubina de nadie, ni siquiera de un príncipe. —En ese caso —repuso Tzu Hsi—, optaré por el séptimo príncipe. Es el único que no tiene mujer. Sólo lamento que sea el menos gallardo de todos, con su boca gruesa y de labio caído, con sus ojos sin brillo y pequeños, con su cara solemne y orgullosa. Confiemos en que mi hermana no dé tanta importancia a la apostura de un hombre como yo la doy. Y Tzu Hsi miró de soslayo a su primo bajo sus largas y rectas pestañas. Él apartó la vista. —El príncipe Ch'un no es feo de cara —protestó —Y, en un príncipe, no es poco que no sea feo. Ella dijo, burlona: —¿Tanta importancia das a los detalles? ¿Y en un príncipe? ¿No basta con que lo sea? Él replicó, sin atender a la burla: —No me parece bastante. Tzu Hsi se encogió de hombros. —Bueno, primo, si me aconsejas al príncipe Ch'un, le elegiré a él y escribiré a mi madre. Se sintió enojada de pronto al observar la dureza con que su pariente la trataba. Se levantó para dar a entender que la audiencia había terminado. —A propósito —observó, como al descuido—, supongo que tú te habrás casado ya. Él se levantó también y permaneció un

momento junto a su prima, muy alto y sereno. —Sabes bien que no es así. —Pues deberías casarte —insistió Tzu Hsi. Una expresión de repentina felicidad dio a su rostro un aire dulce y juvenil. Así la recordaba él. —Quisiera que te casases —añadió la emperatriz, arteramente, juntando las manos. —No es posible, no es posible... El hombre hizo una reverencia y se alejó de la presencia de su prima sin despedirse y sin volver la vista una sola vez. Tzu Hsi quedó sola, sorprendida de que aquel hombre se fuera tan rápidamente y antes de que ella se lo mandase. Luego sus ojos sorprendieron el movimiento de una cortina en el hueco de una puerta. ¿Sería un espía? Se adelantó, asió el cortinaje y distinguió tras él una encogida figura. Era Mei, su linda favorita, la hija menor de Su Shun. —¿Qué haces aquí? —preguntó Tzu Hsi. La joven bajó la cabeza y se llevó un dedo a la —¿Qué hacías aquí? ¿Espías? —repitió la emperatriz. La muchacha cuchicheó tímidamente: —A vos, Venerable, —¿Pues a quién? —preguntó Tzu Hsi, La damita calló. —¿No contestas? Tzu Hsi miró fijamente a la agobiada e infantil. figura y, antes de agregar una palabra más, cogió a la joven por el lóbulo de una oreja y la zarandeeó violentamente. —Entonces le mirabas a él —dijo en voz baja y airada—. A él... ¿Te parece hermoso? Supongo que estás enamorada... Entre los enojados puños de la emperatriz la menuda carita tenía una desolada expresión. Pero Mei no hablaba, Otra vez Tzu Hsi sacudió a la joven con toda su fuerza.. —Conque ¿te atreves a amarle? La damita prorrumpió en ruidosos sollozos. Tzu Hsi la soltó. Tan rudamente la había zarandeado que, brotaban gotas de sangre allí donde el metal de los pendientes había penetrado y cortado la piel. —¿Crees que él te ama a ti? —inquirió Tzu Hsi despectivamente. —Ya sé que no, Venerable —sollozó Mei—, Sólo os ama a vos, como sabemos todas, menos vos misma. Tzu Hsi se sintió perpleja. Por un lado debía castigar a quien decía semejante cosa, y por otro le complacía tanto oírlo, que no sabía si sonreír o abofetear a la muchacha. En la duda, hizo ambas

cosas. Primero sonrió y luego, viendo que las cabezas de las otras damas asomaban por las puertas para conocer las causas de tal conmoción, descargó en las mejillas de la muchacha un bofetón sonoro, pero no fuerte. —¡Fuera! —dijo acaloradamente—. ¡Qué vergüenza! No sé cómo no te mato. No aparezcas ante mí en siete días. Volvióse y, moviéndose con exquisita gracia, volvió a sentarse en el Trono, casi sonriendo. Oía el rumor de los piecitos de su favorita, que se alejaba velozmente por los corredores. Desde aquel día el rostro y la figura de Jung Lu se fijaron de nuevo en la memoria de Tzu Hsi. Aunque no volvió a llamarle, no dejaba de planear la manera de avistarse con él, no por órdenes y rara vez, sino como cosa natural y a menudo. Su primo estaba siempre presente en sus pensamientos doquiera que se bailase durante el día. Luego le volvía a recordar cuando se despertaba por la noche. Si asistía a una función teatral, él era el protagonista y si escuchaba música parecía oír su voz. Según transcurrían los días estivales y ella se acostumbraba a su casa de placer, se entregaba más cada vez a pensamientos amorosos. Era una mujer hecha para el amor y no tenía hombre; alguno a quien amar. El emperador recibía, en cierto modo, los anticipos de aquella necesidad y él se creía amado, pero no era más que él maniquí que ella vestía con las imágenes de sus sueños. Sólo que los sueños no le bastaban. Anhelaba una carne y una sangre que vibrasen con las suyas. Aquellos sueños debían tener Consecuencias. Debía elevar a Jung Lu para tenerle a su lado, manteniendo siempre su parentesco fuera de toda duda, y utilizándolo para sus fines. No obstante, ¿cómo podía elevar al oficial de guardias sin atraer los ojos hacia ella? Dentro del angosto ámbito comprendido dentro de las murallas de palacio, los escándalos se propagaban como las fiebres infecciosas. Pensaba en sus enemigos, empezando por Su Shun, el Gran Consejero, que la odiaba porque ella estaba por encima de él. Al lado de Su Shun figuraban sus amigos los príncipes Cheng y Yi.

Aliado de la emperatriz era An Teh-hai, el jefe de eunucos, a quien había que mantener leal a toda costa. Tzu Hsi frunció el entrecejo al recordar ciertas habladurías según las cuales aquel hombre no era un verdadero eunuco y enamoraba en secreto a las damas de la Corte. Esto la llevó a pensar otra vez en Mei, la cual (y no había que olvidarlo) era hija de Su Shun. Convenía no concitarse también el odio de aquella joven. Debía conservar la amistad de la hija de Shun y procurar impedir que el despecho la llevase a ser espía de su padre. Después de todo era útil saber que la joven amaba a Jung Lu. ¿Por qué Tzu Hsi había incurrido en el error de entregarse a un arrebató de ira que podía ser considerado como celos? Urgía deshacer lo hecho. Procuraría consolar a la damita, recordando que ella misma, la emperatriz del Palacio Occidental, hablaría recomendando al jefe de los guardias imperiales en el momento oportuno. Además el casamiento de Jung Lu con Mei serviría a una doble finalidad, porque daría pretexto para la elevación de su primo a más altos lugares. Comprendió, repentinamente, que aquélla era la manera de hacer medrar al hombre a quien quería. Tomada la decisión, resolvió esperar y ser prudente, y cuando pasaron los siete días de prohibición, mandó a Li Lien-ying que buscara a Mei y la llevara a su presencia. Transcurrida una hora, el eunuco apareció con la joven, la cual cayó inmediatamente de rodillas ante su soberana. Tzu Hsi estaba aquel día sentada en el trono del fénix del Pabellón de la Favorita, edificio secundario que ella se había apropiado también. Después que hubo permitido a Mei arrodillarse sin decir palabra, Tzu Hsi se levantó, descendió del trono e hizo incorporarse a su dama. —Has adelgazado en estos siete días —observó con voz amable. —Venerable —respondió Mei con una expresión patética en los ojos—, cuando estáis enojada conmigo no puedo pasar bocado ni conciliar el sueño. —Pero —adujo Tzu Hsi— yo no estoy enojada ahora. Siéntate, pobrecita, y hablemos de tus asuntos. Señaló a la joven una silla y se sentó

junto a ella. Tomó la fina y estrecha mano de la joven, la acarició y entró en materia. —Niña, a mí no me importa a quien ames. ¿Por qué no has de casarte con el comandante de la Guardia Imperial? Es un hombre joven y de buena apariencia. Mei no podía creer lo que oía. Su rostro se sonrojó delicadamente, las lágrimas acudieron a sus negros ojos y sus manos aferraron las de la amable mujer que la interpelaba. —Os adoro, venerable. —Calla;,no soy una diosa... La voz de la joven tembló al responder: —Venerable, sois para mí la encarnación de la deidad de la clemencia. Tzu Hsi sonrió con serenidad y soltó la— manecita que había sostenido entre las suyas. —Nada de lisonjas, niña. Pero tengo un plan. —¿Un plan? —Toda realización exige un plan. —Haré lo que sea, Venerable. —Entonces... Tzu Hsi explicó sus proyectos. —Ya sabes que se celebran grandes fiestas con motivo del cumpleaños del heredero del Trono. Para entonces, hija, invitaré a mi primo a fin de que todos comprendan que deseo elevarle. Dado el primer paso, seguirán otros, y ¿quién osará atajar la carrera de mi pariente? Deseo elevarle por tu bien, para que pueda, aspirar a ti cuando su categoría sea igual a la tuya. —Pero, Venerable... Tzu Hsi alzó la mano. —No tolero dudas, niña. Mi primo hará lo que yo le mande. —Sin duda, Venerable, más... Tzu Hsi escrutó la bonita y ruborizada faz. —¿Crees que se te hará difícil y largo esperar unos meses? La joven se cubrió el rostro con la manga. Tzu Hsi rió. —Antes de hacer un viaje a un sitio nuevo hay que empezar por construir el camino. Pellizcó las mejillas de la joven, haciéndola enrojecer más aún, y luego la despidió. El príncipe Kung dijo: —Durante doscientos años el tráfico de los mercaderes extranjeros estuvo limitado a la ciudad meridional de Cantón. Además semejante tráfico debía verificarse por mediación de los mercaderes chinos autorizados. Había terminado el verano y pasado la mitad del otoño. Tzu Hsi, escuchando la lección, miraba pensativamente más allá de las anchas puertas abiertas al sol de la media tarde. En maceteros

de porcelana florecían tardíos crisantemos, de tonos de oro, sangre y bronce. La joven escuchaba casi sin entender. Las palabras penetraban en su oído y flotaban en su mente como hojas caídas en la superficie de un estanque. El príncipe Kung habló un poco más alto para sacarla de su ensoñación.

—¿Habéis oído, emperatriz? —He oído. Él la miró, dubitativo, y continuó: —Recordad, emperatriz, que a las dos guerras del opio nuestra nación resultó derrotada. Estas derrotas nos enseñaron la amarga lección de que no debíamos considerar a las naciones occidentales como tributarias. Sus ávidos e implacables hombres, aunque nunca puedan ser nuestros Iguales, sí pueden convertirse en dominadores nuestros mediante la fuerza bruta de los ingenios de guerra que han inventado. Aquellas palabras, que el príncipe pronunció con su profunda voz de bajo, impresionaron a Tzu Hsi y la despejaron de las ilusionadas memorias del desvanecido verano. ¡Cuán odioso era haber vuelto a aquel recinto circuido de muros y de puertas cerradas. Repitió maquinalmente: —¿Nuestros dominadores? —Nuestros dominadores si no mantenemos el cerebro muy despierto —dijo el príncipe firmemente—. Hemos cedido a todas las exigencias: grandes indemnizaciones, muchos nuevos puertos abiertos por fuerza al odioso comercio extranjero... Y lo que una nación ajena gana, lo ganan las otras también... La fuerza... la fuerza es el talismán de los occidentales. Severa era la expresión del hermoso rostro de aquel hombre alto que, vestido con una túnica de raso gris, se encorvaba ligeramente en su silla esculpida al pie del trono del fénix, del que Tzu Hsi había hecho su sitio favorito en la biblioteca imperial. Cerca de la emperatriz, Li Lien-ying se apoyaba en un pilar de madera esmaltado de rojo, como todos los demás de la sala. —¿Y en qué consiste nuestra debilidad? —preguntó Tzu Hsi, algo incrédula. En su indignación se puso en pie, aferrando con las dos manos los brazos de su trono. El semblante de Jung Lu, tan vivido en su mente un momento

antes, se perdió en penumbras. El príncipe Kung la miró de reojo. Sus ojos melancólicos la veían como siempre, en toda su poderosa belleza animada por el ímpetu de su despejado cerebro. ¿Cómo podría él conformar aquellas cualidades en un todo capaz aún de salvar la dinastía? Pero Tzu Hsi era todavía demasiado joven y, por desgracia, sólo una mujer. Pero en su estilo no había quien la igualase. —Los chinos son demasiado civilizados para nuestra época —agregó Kung—. Sus sabios les han enseñado que la fuerza es un mal y que el guerrero ha de ser despreciado, porque no pasa de ser un instrumento de destrucción. Pero tales sabios vivían en tiempos antiguos e ignoraban por completo el desenvolvimiento de las nuevas tribus bárbaras de Occidente. Nuestros súbditos han vivido sin conocer la existencia de otros pueblos, procediendo siempre como si ésta fuese la única nación de la tierra. Incluso ahora, cuando se rebelan contra la dinastía manchó, no ven que nosotros no somos enemigos, sino los hombres occidentales. Tzu Hsi oyó aquellas amedrentadoras palabras y captó en el acto su significado. —¿Ha dejado el virrey Yeh entrar a los blancos en la ciudad de Cantón? —Aún no, emperatriz, y hemos de procurar impedirlo. Recordaréis el día que os conté cómo, hace nueve años, los extranjeros cañonearon nuestros fuertes en la desembocadura del Río de las Perlas, sobre los márgenes de la cual se halla la ciudad, por cuya demostración de fuerza nos vimos obligados a concederles una gran extensión de terreno en la ribera del Sur, para que allí levantaran sus almacenes comerciales y sus residencias. Pidieron también que, en el término de dos años, se les abriesen las puertas de Cantón, pero entonces el virrey no accedió a eso y, de momento, los ingleses no insistieron en tal exigencia. Mas esta situación no equivale exactamente a la paz. Si los extranjeros parecen transigir en algo es porque se hallan seguros de obtener una victoria mucho mayor. Tzu Hsi insistió: —Hemos de expulsarlos y no hacer caso de sus peticiones hasta que seamos

fuertes. El príncipe Kung exhaló el hondo suspiro que había llegado a convertirse en hábito para él. —Veis las cosas con demasiada sencillez, emperatriz —replicó—. La cuestión no termina en los blancos. El conocimiento de las armas extranjeras y el ver entronizada la fuerza en lugar de los hábiles razonamientos son cosas que están cambiando al pueblo chino en muchos sentidos sutiles. La fuerza, para muchos chinos, es ahora más poderosa que la razón. Se piensa que no los discursos, sino las armas, les darán la libertad, y creen que anteriormente han vivido engañados. Y esto, emperatriz del Palacio de Occidental, es lo que hemos de ponderar con la debida perspectiva y en todo su profundo alcance. Yo os aseguro que en semejante concepto se gesta un cambio tan inmenso en nuestra nación que, a menos que podamos atajarlo, nosotros, los que gobernamos, nosotros que somos manchúes y no chinos, veremos acabada la dinastía antes que el actual heredero llegue a sentarse en el Trono del Dragón. —Dad armas a la mayoría china —propuso Tai Hsi. El príncipe Kung suspiró de nuevo. —Si para repeler a los occidentales, damos armas a los chinos, éstos las volverán contra nosotros, porque nos consideran extranjeros, aunque vinimos del Norte hace doscientos años. El Trono, emperatriz, vacila sobre sus cimientos. Miró con ansiedad el bello rostro de la mujer. ¿Comprendería ella el peligro de los tiempos que se atravesaban? Más Kung no podía leer en las facciones de Tzu Hsi la buscada respuesta, porque bien sabía que la mente de la mujer es incapaz de aislarse del resto de su personalidad en sus reacciones. Los hombres ponen en un lado la carne, en otro el corazón y en otro la mente. Pero la mujer junta las tres cosas y constituye una trinidad completa y unificada. Así el príncipe Kung sólo podía suponer la forma en que Tzu Hsi asimilaba las enseñanzas de él, si bien adivinaba que la mente de la emperatriz actuaba poniendo a la vez a contribución todos los sentidos. Segura— mente no pensaba en que era la dinastía la

amenazar da por los blancos, sino también ella y los suyos y, en particular, su hijo, el heredero imperial. Y ella lo veía imperial, no sólo porque fuese el primero que cronológicamente había de sentarse en el Trono del Dragón, sino porque era suyo, porque su energía le había concebido y creado. Aquel mismo día, cuando se fue el príncipe Kung, lo primero que hizo Tzu Hsi al volver a su palacio fue mandar que le llevaran al niño. Le sostenía en sus brazos, reía con él, le cantaba las canciones que había oído cantar a su madre, le contaba los dedos de las manos, le incitaba a sostenerse en pie y le sujetaba cuando estaba a punto de caer. Efectuaba, pues, lo que hacen todas las madres, mas entretanto su mente se afanaba pensando en el modo de destruir a los enemigos de su hijo. Importaba la nación, pero su niño era antes. Una vez terminados los juegos, entregaba el pequeño a la nodriza. Y desde aquel momento se aplicó, con renovada voluntad, a leer los memoriales enviados al emperador desde todas las provincias, y particularmente desde las meridionales, donde los blancos se esforzaban por facilitar su comercio en la ciudad de Cantón. Aunque los mercaderes chinos y los hombres blancos ganaban dinero, no estaba satisfecho nadie. Ella no hubiera vacilado en arrostrar el riesgo de una guerra, pero reconocía que era demasiado pronto. El torbellino de las guerras extranjeras fomentaría Lah rebelión china, minaría el Trono del Dragón y acaso forzara al emperador a abdicar ante la ira de su pueblo. Había que esperar a que su hijo creciese y llegara a la edad viril, en cuyo momento él mismo conduciría la guerra. Era forzoso esperar años y años. Pero, cuando cayeron las primeras nieves, llegaron emisarios de las provincias del Kwang. Nuevos barcos extranjeros habían anclado en la puerta cerca de Cantón, y no sólo disponían de nuevas y más mortíferas armas de guerra, sino que también iban en ellos importantes enviados procedentes de Inglaterra. Asustado y furioso, el virrey volvió a dirigirse al Trono,; Afirmaba que no se atrevía a dejar su ciudad y comparecer ante

el Hijo del Cielo después de haber permitido a los extranjeros llegar allí, cruzando los negros mares. ¿Qué órdenes daba Su Elevadísima Alteza? Si se le enviaban por un emisario especial, él las obedecería inmediatamente. El conturbado emperador no pudo hacer más que convocar al gobierno para consultarle. Día tras día, en el frío amanecer, se reunió en la sala de audiencias el Gran Secretariado, compuesto por cuatro cancilleres primeros, dos manchúes y dos chinos; dos cancilleres asistentes, uno chino y uno manchú; y cuatro subcancilleres, dos manchúes y dos chinos. Participaba en la reunión el Consejo de Estado, formado por los príncipes de sangre real y los grandes secretarios presidentes y vicepresidentes de los seis departamentos ministeriales, que eran el de Hacienda, el de Administración Civil, el de Ritos, el de la Guerra, el de Justicia y el de Obras Públicas. Aquellas altas corporaciones, con sus dignatarios, oyeron el informe del príncipe Kung ante el Trono del Dragón. Después de muchos debates, cada uno de los grupos decidió formular por separado el consejo que procedía dar al Hijo del Cielo. Hízose así por escrito y se presentó al emperador, quien lo recibió, dispuesto a devolverlo al día siguiente, con los comentarios que se le ocurrieran y que explicarían los signos de su imperial pincel de bermellón. No ignoraba nadie que la persona que manejaba aquel pincel era la emperatriz del Palacio Occidental. Y si esto se sabía, debíase a los buenos oficios de Li Lien-ying, que andaba frecuentemente pregonando que Tzu Hsi, su señora, era llamada todas las noches a la cámara del emperador, pero no para sus asuntos afectuosos, sino de otro género. Mientras el emperador yacía en su lecho, entregándose a los sueños del opio, ella reflexionaba largamente sobre los escritos que se le presentaban, ponderando a solas el alcance y significación de cada palabra, y pensando cuidadosamente todas las posibilidades. En esta ocasión, una vez formada su voluntad, empuñó el bermejo pincel, y comenzó a tachar aquellas palabras que estimulaban a

la guerra y a las represalias. Y su recomendación fue ésta: «Buscad dilaciones. No cedáis, pero no resistáis. Aún no. Prometed mucho y quebrantad las promesas. ¿No es nuestra tierra vasta y poderosa? ¿Vamos a destruir él cuerpo porque un mosquito nos pique un pulgar?» Nadie osó desobedecer, porque Tzu Hsi avaló su escritura con el sello imperial. Sólo ella, además del emperador, podía levantar la tapa del cofre que contenía el Gran Sello y que se hallaba colocado dentro del imperial dormitorio. Todo cuanto ella ordenaba se imprimía en la *Gaceta de la Corte*, que venía publicando diariamente edictos, decretos y disposiciones desde hacía ochocientos años. Mensajeros especiales llevaban ejemplares de aquella gaceta a cada provincia y su virrey, y a cada ciudad y su magistrado, de modo que así todos conocían la voluntad imperial. Y ahora esa voluntad era la de una mujer joven y bella que meditaba en la regia cámara, mientras el emperador dormía. Cuando el príncipe Kung leyó lo escrito con tinta de color bermellón sintió un escalofrío de temor. —Emperatriz —le dijo al día siguiente cuando, en la fría mañana de invierno, se avistaron los dos en la biblioteca de palacio—, nunca os repetiré bastante que el carácter de los hombres blancos es salvaje e impaciente. Tened en cuenta que no tienen la antigüedad de siglos de historia que nosotros tenemos. Son como niños que, si desean algo, adelantan la mano para cogerlo. Promesas y dilaciones no servirán ya más que para enojarlos. Hemos de tratar con ellos, persuadirlos e incluso hasta pagarles para que se retiren de nuestras costas. Los espléndidos ojos de Tzu Hsi miraron, llameantes, al príncipe Kung. —Decidme qué pueden hacer. ¿Van sus buques a recorrer mil millas por nuestra larga costa para llegar hasta el Norte? Si amenazan una ciudad del Sur, dejad que la amenacen. ¿O es que queréis dar a entender que los blancos pueden poner en peligro al Hijo del Cielo? —Me parece muy posible —dijo el príncipe con gravedad. —El tiempo lo aclarará —replicó ella. Kung suspiró: —Confiemos en que lo

aclare en momento aún oportuno. Tzu Hsi sintió compasión del aspecto preocupado del príncipe, cuya gravedad parecía excesiva para un hombre todavía joven y arrogante. Procuró dirigirle palabras de aliento. —No exageréis el peso de nuestra carga. Parecéis complaceros en la melancolía. Divertíos como otros hombres. Nunca os veo en el teatro. La respuesta del príncipe Kung fue despedirse de la emperatriz. Desde su regreso del Palacio de Verano» Tzu Hsi había mantenido cerca de ella a los actores de la Corte. Bien pagados por los fondos imperiales, aquellos hombres gozaban de buena manutención y habitaban en un pabellón cercano a la Ciudad Prohibida, en cuyo interior, disponían de un edificio para sus representaciones escénicas. Todos los días de fiesta Tzu Hsi ordenaba una función a la que acudía la Corte y, a veces, el emperador, sin que faltaran nunca las damas y concubinas reales, los eunucos y los príncipes menores, con sus familias. Los hombres y sus parientes habían de salir al llegar el crepúsculo, pero, con todo, la diversión duraba diariamente dos o tres horas. En tales entretenimientos pasó el invierno y llegó la primavera. La paz se mantenía aún.

Cuando empezaron a florecer las ramas de peonía, la Corte se preparó a festejar el cumpleaños del heredero del Trono. La primavera era muy benigna. Aquel año vinieron muy pronto las lluvias, eliminando el polvo. En el aire, suave y caliente, se producían espejismos sobre el paisaje, como pintadas escenas de cosas que sucedieran en algún distante país de fantasía. La nación, informada por las gacetas, aprovechó aquella ocasión de regocijo y el pueblo comenzó a disponer sus presentes. Una adormecida paz reinaba en todas las provincias y el príncipe Kung se preguntaba a la emperatriz del Palacio Occidental poseería alguna sabiduría propia y especial que le permitiera predecir el rumbo que iban a tomar las cosas. Los barcos de los hombres blancos seguían ante Cantón y había diariamente disputas, pero las cosas no pasaban a mayores y seguían en forma parecida a la de la ciudad y negándose a recibir a Elgin,

un Lord de alta jerarquía. Aquel Lord no aceptaba ser recibido como inferior, inclinándose hasta el suelo, y el virrey, orgulloso y amigo de dar gran importancia a su carga, no estaba dispuesto a recibir a quien no se inclinara ante él, que representaba al emperador. Y como ninguno de los dos cedía y cada uno quería defender el prestigio de su soberano, la situación continuaba indecisa como siempre. En medio de aquella vaga y superficial paz, el pueblo se aprovechaba de la ocasión de una fiesta para buscar algún placer. La Corte, por su parte, se preparaba a festejar también el cumpleaños del heredero. Todos se fijaban en el talante de sus vecinos y convenían en que lo más sabio era pensar únicamente en el día presente, procurando olvidar todo lo que no se refiriera a los festejos. Para Tzu Hsi aquel día de gala tenía también otra trascendencia. Durante todo el invierno, con sus muchas complicaciones, había sido paciente, sabido dar tiempo al tiempo y mostrándose severa consigo misma y su propio corazón. Pero mientras resueltamente estudiaba y leía, no había dejado de pensar en su propósito de hacer prosperar a Jung Lu. El día anterior al del cumpleaños, fijándose casualmente en Mei, creyó hallarla meditativa, Tzu Hsi alargó la mano y acarició la fina mejilla de la muchacha. —No me he olvidado de aquello, niña. Contempló los lindos ojos que la miraban con sobresalto y tuvo la impresión de que la mujer a quien llamaba «niña» estaba muy enterada de lo que sentía la emperatriz. Tzu Shi gozaba de secreta fuerza y, a pesar de que pasaba el día y la noche reflexionando en los asuntos públicos, mucho más de cuanto podía imaginar el príncipe Kung, no daba al olvido sus íntimas intenciones. Así, pocas noches antes del cumpleaños, hallándose en la cámara del emperador, pronunció estas palabras: —Casi no me acordaba... —¿De que no te acordabas, corazón mío? —pregunto. Estaba de buen humor. Ella murmuró, fingiéndose medio dormida: —¿Sabes, señor, que el jefe de la Guardia Imperial es primo mío? —Sí, ya lo sé. Es

decir, lo he oído. —Hace mucho tiempo hice a mi tío Muyanga una promesa que, ¡pobre de mí!, no he cumplido y que se refiere a ese primo mío. —¿Si? —Si le invitas, señor, a la fiesta del cumpleaños de nuestro hijo, mi conciencia dejará de reprocharme. El emperador pareció lánguidamente sorprendido. —¿Invitar a un simple guardia? ¿No despertará eso envidias entre las familias de los príncipes secundarios? —Siempre hay envidias entre los pequeños. Sin embargo haz lo que mejor te parezca —murmuró ella. Pero al cabo de poco rato hizo ligeros movimientos de retirada del lado del emperador. Luego bostezó y dijo que se sentía fatigada. —Me duelen las muelas —afirmó. Mentía, ya que su dentadura estaba tan blanca y tan sana como el marfil puro. Tras todo lo cual se deslizó fuera del lecho, se puso los zapatos de raso y anunció: —No me llames mañana, señor, porque no quisiera decir al jefe de eunucos que no deseo venir si tú me llamas. El emperador se alarmó. Conocía la fuerte voluntad de la joven y, como sabía que no le amaba, constábasele que siempre había de rogarle que le concediera sus favores a cambio de concesiones determinadas. Con todo, y por muy conturbado que se sintiese, durante dos noches no solicitó la compañía de Tzu Hsi, temeroso de que los eunucos se burlasen de él si veían que la emperatriz tornaba a desacatar las órdenes del monarca. Todos sabían los ardides de Tzu Hsi y la frecuencia con que el emperador tenía que enviarle dádivas para lograr que ella volviese a su lado. La última vez había ocurrido algo muy vejatorio, pues ella no quiso obedecerle hasta que él envió al Sur, a cinco provincias de distancia, un eunuco encargado de procurarse marfil del ave de pico cascudo, que sólo vive en las junglas de Malaya, Sumatra y Borneo y cuyo pico contiene esa extraña y rara substancia. Tzu Hsi había oído hablar de aquella ave y anhelaba un adorno hecho con el marfil amarillento del alto pico, rematado de escarlata. El marfil de esa clase se enviaba hacía siglos a la Corte imperial como tributo pagado por Borneo. Tan raro era el producto, que sólo los

emperadores lo usaban en sus botones, hebillas, anillos y en la funda escarlata que servía para guardar sus cinturones de ceremonia. En la dinastía a la sazón reinante los príncipes seguían aquel marfil en gran aprecio, por lo que no se dejaba usarlo a las mujeres. Tzu Hsi se obstinó en que se le proporcionara para uno de sus adornos. El emperador le explicó pacientemente que no se podía conceder lo pedido, ya que los príncipes se enojarían si él cedía a aquel antojo. Ella repuso que lo quería a toda costa y pasó semanas enteras sin ir al dormitorio del emperador. Éste, desesperado, acabó doblegándose, conociendo lo resuelta e inmutable que era la voluntad de la joven. Hablando con el jefe de sus eunucos el día siguiente, le dijo: —Quisiera no estar tan enamorado de una mujer que me provoca tantos conflictos. An Teh-hai rezongó también, para mostrar su respeto al monarca: —Todos deseáramos lo mismo, Elevadísima Alteza, pero todos la amamos, excepto los muy pocos que la odian. En esta ocasión también cedió el emperador prometiéndole acceder a su deseo. A la tercera noche la mandó llamar. Era la víspera del día de la fiesta. Acudió Tzu Hsi, muy orgullosa, bella y alegre. Dióle plena recompensa, porque era justa y generosa cuando se atendían sus deseos. Y aquella misma noche Jung Lu fue invitado a participar en los festejos del cumpleaños. El día de la fiesta amaneció despejado y hermoso. Las tormentas de arena habían limpiado el aire. Tzu Hsi despertó entre grandes fragores y rumor de música. En todos los patios de las familias de la ciudad se disparaban cohetes al salir el sol, mientras se tocaban gongos, tambores y trompetas. Aquello sucedía en todas las ciudades, pueblos y aldeas del reino. Durante tres días nadie acudió a sus tareas. Tzu Hsi se levantó temprano, sintiéndose más decidida que nunca, aunque, en sus costumbre de ser cortés con todas las mujeres de palacio, tan atenta se mostraba con su camarera como con la primera de las damas cortesanas. Se bañó, dejó que la vistiesen y comió las golosinas

de cada mañana. Le fue presentado el heredero del Trono, que vestía sus ropas regias de raso escarlata y llevaba en la cabeza el gorro característico de su jerarquía. Su madre le tomó en brazos, sintiendo el corazón a punto de estallar de orgullo y amor. Olió las perfumadas mejillas del muchacho y las palmas esenciales de sus manos diminutas, firmes, gordezuelas y llenas de saludable carne. Le cuchicheó cariñosamente: —Soy la más afortunada de todas las mujeres nacidas en el mundo. El chiquitín sonrió puerilmente. Los ojos de Tzu Hsi se llenaron de lágrimas. No debía temer a nada, ni siquiera a los dioses celosos de su hijo. Era muy fuerte y nada podría dañarla en el cielo y en la tierra. Su destino sería su garantía y escudo. Como llegaba la hora, llamó a sus damas y, precediendo al heredero en su palanquín palatino, se dirigió al Supremo Salón del Trono, centro exacto de la Ciudad Prohibida y lugar donde el emperador había decidido recibir los regalos del cumpleaños. Aquel edificio sagrado tenía doscientos pies de longitud y ciento de anchura, con una elevación de ciento diez, y era el mayor de todos los palacios de la ciudad. Lo flanqueaban dos palacios menores y se levantaba sobre una amplia terraza de mármol, llamada la Explanada del Dragón. Conducían a la terraza cinco órdenes de escaleras de mármol, ornadas con dragones en relieve. Había en la terraza cisternas de dorado brocal, recipientes para quemar incienso, relojes de sol y aparatos medidores de grano, con lo que se simbolizaban el cielo y la tierra. Rodeaban el todo balaustradas marmóreas, cuyas pilastras repetían el número sagrado de los dioses. Brillaba el sol, como oro, sobre la techumbre del edificio. Ni en tejas ni en baldosas surgían musgos ó espontáneas hierbas que maculasen pavimentos ni techados, porque cuando, en antiguos tiempos, se construyó el edificio, mezclóse con el mortero un cierto veneno que mataba todas las semillas de árbol o planta que hasta allí llevaban las alas del viento. Tan sagrado era el Supremo Palacio del Trono, que ninguna mujer había entrado

jamás. Ni siquiera el orgullo y la belleza de Tzu Hsi sirvieron para que fuese admitida en aquel lugar, aun en día tan señalado. Tuvo que contentarse con mirar la dorada techumbre, los esculpidos umbrales y los pintados aleros. Hubo de retirarse a un palacio menor y eligió el Pabellón de la Armonía Central, prefiriéndolo al de la Exaltada Armonía. Pero el emperador no la olvidaba, ni aun hallándose sentado en el Trono del Dragón. Con su heredero al lado, en brazos del príncipe Kung, recibió los dones de la nación, y luego mandó que los eunucos los llevaran al Pabellón de la Armonía Central. Tzu Hsi pudo examinarlos y valorarlos. No expresó placer ante su magnificencia, porque todo le parecía poco para su hijo, pero cuantos repararon en su faz advirtieron placer en sus lucientes ojos y su bello rostro radiante, porque, en efecto, los tributos eran muy ricos y de cuantioso valor. No bastó todo el día para examinar los presentes. Cuando el sol declinó, los regalos que quedaban por ver, que eran todos los de los príncipes de menos rango y gente común, se dejaron momentáneamente de lado. Salió la luna, dando la señal de acudir al festín que iba a celebrarse en el imperial palacio destinado a los banquetes, donde sólo se daban fiestas de gran aparato. El emperador y sus dos emperatrices precedieron a todos y ocuparon una mesa aislada, cerca de la cual había otra a la que se sentaba el príncipe Kung, todavía con el heredero del trono entre los brazos. El emperador no dejaba de mirar al niño, que se manifestaba alegre en extremo. Los grandes ojos del principito, muy parecidos a los de su madre, iban de una a otra de las largas bujías que oscilaban dentro de los inmensos faroles, adornados con borlas, que colgaban del techo sobre las mesas. Señalaba las luces con los dedos, palmoteaba y reía. Vestía una túnica de raso amarillo que le cubría del cuello a los pies y realzaban el esplendor de aquella vestimenta pequeños dragones bordados en seda escarlata. Se tocaba con un gorro de raso vividamente rojo, del que sobresalía una pequeña pluma de

pavo real. Llevaba al cuello la cadenilla de oro con candado que Tzu Hsi le hiciera poner cuando nació, para conjurar el odio de los espíritus malignos que podían desear su muerte. Todos admiraban al heredero, pero no expresaban sus sentimientos en voz alta ni mencionaban lo sano que parecía ni lo desarrollado que estaba, por temor a que ello hiciese descender crueles demonios sobre el infante. Sólo Sakota, la emperatriz del Palacio Oriental, miraba al niño con tristeza. Por afable que fuese, no pudo reprimir algunas palabras impacientes. El emperador, cortésmente, la exhortó a que probase cierto manjar y ella respondió que no lo comería, que no sentía apetito y que ningún plato le repugnaba tanto como aquél. Tzu Hsi comenzó a darle la razón, mas Sakota fingió no oírla. Parecía delgada como un pájaro. En sus pequeñas manos, descarnadas como garras, llevaba joyas demasiado grandes. Su rostro estaba muy pálido y contraído bajo los adornos de su alto peinado. ¿Quién podía censurar al emperador ni reprocharle que dejara a aquella consorte y prefiriera a la otra? Nunca Tzu Hsi había parecido tan bella y graciosa. A las impertinencias de Sakota respondía con un gran alarde de paciencia, haciendo sentir a todos su magnanimidad y la amplitud de su mente. Entre las bajas mesas servidas para el millar de invitados que se instalaban sobre cojines de color escarlata, numerosos eunucos ataviados con vistosas ropas se movían con silenciosa rapidez para servir a todos. En el extremo más apartado del salón se hallaban las damas de la Corte, es decir, las mujeres de príncipes, ministros y nobles, y al otro extremo se acomodaban ellos. A la derecha, y muy cerca de Tzu Hsin, tenía su asiento Mei y la emperatriz la miraba, sonriendo. Ambas conocían donde estaba Jung Lu, instalado ante una mesa distante. Sin duda los comensales se preguntaban por qué el jefe de la Guardia había recibido tamaño honor, pero si se hacía alguna discreta pregunta a uno de los eunucos que pasaban, la respuesta sobrevenía en el acto, como si estuviese preparada con antelación: —Ese guardia es

primo de la emperatriz y se encuentra aquí por orden suya. Y ya no había quien preguntase más. Mientras transcurrían las horas del festín, los músicos de la Corte pulsaban sus antiguas arpas, acompañados de flautas y tambores. Montose el teatro para quienes se complacían en las representaciones escénicas. El tablado quedaba a la altura del emperador y sus consortes y no más elevado que ellos, El heredero del Trono acabó por dormirse y el jefe de los eunucos se lo llevó. Goteaban las velas medio consumidas y ya la fiesta se acercaba a su fin. Cuando volvió el eunuco mayor, el príncipe Kung le ordenó: —Té para los nobles. Los eunucos sirvieron té a todos los miembros de la nobleza, pero no al comandante de la guardia, que no lo era. Tzu Hsi, aunque fingía no ver, reparó en todo. Hizo un signo con su mano enojada y Li Lien-ying, siempre vigilante y atento, acudió al lado de su señora. —Lleva esta taza de té a mi primo —dijo con voz penetrante y clara. Colocó la tapadera de porcelana sobre la taza de té que ella no había probado siquiera y, tomando la vasija con las dos manos, la entregó al eunuco, quien la recibió del mismo modo. Luego Li Lien-ying, orgulloso de ser el portador del obsequio, pasó la taza a Jung Lu, que la recogió, levantándose, entre las dos manos también. Volvióse, luego, hacia la mesa en que se hallaba la emperatriz del Palacio Occidental e hizo nueve reverencias para significar su agradecimiento. Cesó toda plática y no hubo quien no mirase a su vecino de mesa. Tzu Hsi no pareció notar lo y se limitó a mirar a Mei y sonreír. Pasó aquel momento de expectación. El jefe de eunucos hizo una señal a los músicos y nuevas topadas llenaron los ámbitos, mientras se servían los últimos platos. La luna estaba muy alta y la hora era muy tardía. Todos esperaban que el emperador se levantase y saliese a la terraza, donde le esperaba su palanquín. Pero el monarca no se levantó. Dio una palmada y el eunuco mayor ordenó a la música que enmudeciese. Tzu Hsi preguntó al príncipe Kung: —¿Qué hay ahora? —No lo sé, emperatriz —replicó él. Hízose otra vez el

silencio entre los invitados y los ojos se dirigieron a los umbrales por los que los eunucos iban y venían. El Hijo del Cielo se inclinó hacia su bien amada. —Corazón mío —cuchicheó—, atiende a aquella puerta grande. Tzu Hsi miró y distinguió seis eunucos portadores de una enorme bandeja de oro tan pesada que, al sostenerla sobre sus cabezas, todos se doblegaban bajo la carga. Sobre el recipiente se alzaba un gigantesco melocotón, de oro por un lado y encarnado por el otro. El melocotón era símbolo de una larga vida. El emperador ordenó a su hermano: —Anuncia mi presente a la Afortunada Madre del heredero del Trono. El príncipe se levantó. —El presente del Hijo del Cielo a la Afortunada Madre del heredero del Trono. Todos se levantaron e inclinaron mientras los eunucos se acercaban a Tzu Hsi y le ofrecían la bandeja. —Toma el melocotón con tus propias manos —dispuso el Hijo del Cielo. La joven dirigió las manos a la inmensa fruta, la cual se partió en dos mitades. Dentro Tzu Hsi vio un par de bordados zapatos de raso encamado, con finas puntadas, formando flores de hilo de plata y oro. En cada hilo había insertadas piedras preciosas de todos colores. Los tacones, altos y colocados, a la moda manchú, bajo el centro de las suelas, estaban cubiertos de rosadas perlas de la India, tan abundantes que casi hacían desaparecer el raso. Tzu Hsi dirigió sus luminosos ojos al semblante del Hijo del Cielo. —¿Para mí, señor? —Para ti sola. Era un regalo espléndido, que simbolizaba el amor carnal del hombre por la mujer.

Pronto, muy pronto, llegaron malas noticias del Sur. Los hechos desagradables venían produciéndose hacía tiempo, pero el virrey Yeh, gobernador de las provincias del Kwang, había procurado ocultarlos hasta que pasasen las fiestas del cumpleaños. Más ahora ya no cabía encubrir los nuevos desastres que se venían produciendo. Por lo tanto, envió mensajeros, que a toda prisa y relevando caballos hicieron saber en Pequín las últimas noticias* El inglés Lord Elgin

repetía sus amenazas de atacar la ciudad de Cantón, esta vez con seis mil combatientes que esperaban a bordo de sus naves de guerra, ancladas en la desembocadura del Río de las Perlas. Incluso de no haber en la ciudad gente en rebeldía, los ejércitos imperiales no hubieran podido defender sus puertas. Pero, además, la ciudad estaba llena de rebeldes que se daban el nombre de cristianos y obedecían las instrucciones del demente Hung, hombre tan ignorante como poderoso, que continuamente declaraba que el dios extranjero llamado Jesús le enviaba para derrocar el trono manchuriano. Cuando tan desesperadas noticias llegaron a la ciudad, el príncipe Kung, primero que las recibió, no osó, de momento, transmitir las al emperador. Desde la fiesta de cumpleaños del heredero, el monarca no se había levantado del lecho todavía. Aquel día había comido en exceso y bebido mucho, y como luego sintiera dolores quiso acallarlos fumando opio, hasta hallarse en un estado en que no distinguía el día de la noche. Por lo tanto, el príncipe Kung envió recado a Tzu Hsi, pidiendo inmediata audiencia. Aquel mismo día, una hora después de llegar el sol al cénit, Tzu Hsi fue a la biblioteca imperial y se acomodó detrás de un biombo, sabiendo que esta vez el príncipe se presentaba en compañía de otros hombres. Iban, en efecto, con él el Gran Consejero Su Shun y su aliado el príncipe Ts'ai, así como el príncipe Yi, hermano menor del Hijo del Cielo y hombre de poco carácter, falto de talento y aún más de prudencia y, en cambio, dado a la envidia y la mezquindad. Aquellos hombres, rodeados a distancia por los eunucos que estaban a su servido, oyeron las noticias que el príncipe Kung leía en el rollo de papeles escrito por el virrey mismo con su propio pincel. Su Shun murmuró: —Muy grave, muy grave... Su Shun era un hombre alto y ancho, con el rostro tosco y redo. Tzu Hsi se preguntó cómo podía ser el padre de una belleza tan delicada como Mei. El príncipe Yi se mostró de acuerdo, con voz alta y chillona: —¡Muy grave! —Tan grave —apoyó el príncipe Kung—, que hemos de considerar la cuestión de que ese Elgin,

después de tomar la ciudad de Cantón y fortificarse en ella, pida ser recibido aquí, en la Corte Imperial. Tzu Hsi descargó en una de sus manos un golpe con la otra. —¡Nunca! El príncipe Kung dijo tristemente: —Siento indicar, Venerable, que acaso no podamos negar nada a un enemigo tan fuerte. Ella respondió: —Nos cabe usar la astucia. Podemos seguir prometiendo y alargar las cosas. —No lograremos imponernos —afirmó el príncipe Kung. El Gran Consejero Su Shun intervino: —Nos impusimos hace dos años, cuando el inglés Seymour irrumpió en la ciudad de Cantón recordaréis, príncipe, fue rechazado. Se ofreció una recompensa de treinta piezas de plata por cada cabeza de inglés que se cortase, y cuando tales cabezas fueron presentadas al virrey, éste ordenó que fueran paseadas por las calles de la ciudad. También mandó que se quemasen los almacenes extranjeros. Y con esto los ingleses se retiraron. —Así fue —rubricó el príncipe Yi. Pero Kung se negó a asentir. Aquel hombre de elevada estatura, bien plantado y fuerte, era demasiado: joven para hablar tan atrevidamente como lo hacía ante los demás. Pero opinó: —Los ingleses sólo se retiraron para enviar más tropas. Ahora esas tropas han llegado. Además esta vez los franceses, anhelosos de adueñarse de nuestras posesiones de Indochina, han prometido ayuda a los ingleses contra nosotros y, una vez más arguyen la excusa de que un sacerdote francés ha sido torturado y muerto en Kwangsi. Se dice, para colmo, que Lord Elgin tiene órdenes de la reina de Inglaterra para exigir que resida en nuestra capital un ministro plenipotenciario de la Corte británica cuando a esa reina se le anteje. La voluntad de Tzu Hsi permanecía inalterable, pero, en su mucho aprecio por el príncipe Kung y en su deseo de serle leal, se expresó cortésmente al objetar así: —No dudo de que tenéis razón y, sin embargo, me siento tentada a ponerlo en duda. De fijo esa reina de Occidente ignora lo que su subalterno exige en su nombre. Si no, ¿por qué no nos ocurrió nada de esto cuando la otra vez expulsamos a los ingleses? El príncipe Kung

explicó, sin perder la paciencia: —La demora, emperatriz, se debe a los motines ocurridos en la India, acerca de los cuales os hablé hace algunos meses. Recordad que toda la India está hoy conquistada por Inglaterra y que, al estallar allí la rebelión recientemente y producirse la matanza de muchos ingleses y sus mujeres, dos ejércitos británicos aplastaron el levantamiento con espantosa fuerza. Ahora vienen aquí buscando ulteriores conquistas. Temo, y mucho, que intenten poseer nuestro país como ya poseen la India. ¿Quién sabe adónde puede llegar su ambición? Un pueblo insular es siempre ávido y codicioso, porque, cuando se multiplica, busca sitios por donde extenderse. Si caemos, todo nuestro mundo caerá con nosotros. Hemos de impedir eso a toda costa. Tzu Hsi aprobó: —Hemos de impedirlo, es cierto. Pero sentía incredulidad. Ni su voz sonaba grave ni sus modales parecían preocupados, mientras continuaba: —A pesar de todo, las distancias son grandes y nuestros muros fuertes. No creo que pueda ocurrirnos un desastre fácilmente, ni de aquí a poco tiempo. Además, el Hijo del Cielo está demasiado enfermo para que podamos enojarle. En breve hemos de salir de la ciudad para pasar el estío. Pospongamos toda acción hasta que transcurra la estación caliente y volvamos del Palacio de Verano. Dad órdenes al virrey de que prometa a los ingleses informar al Trono planteando las demandas extranjeras. Cuando las recibamos enviaremos aviso de que el Hijo del Cielo está enfermo y de que tenemos que esperar la estación fresca, a fin de que él haya mejorado lo bastante para tomar decisiones. —Eso es hablar con prudencia —aseveró el Gran Consejero. —Sí, con prudencia —manifestó el príncipe Ts'ai. El príncipe Yi hizo vigorosos signos de aquiescencia con la cabeza. Sólo el príncipe Kung guardó silencio, limitándose a exhalar, desde el fondo de su pecho, intensos suspiros. Tzu Hsi, que no tenía ganas de oír suspirar, puso término a la audiencia. Desde la biblioteca imperial se dirigió al palacio en que vivía su hijo,

rodeado de niñeras y eunucos, y dejó pasar varias horas a su lado. Le miraba mientras dormía, le ponía en su regazo si despertaba y le cogía de la mano si deseaba andar. En el niño estaba la fuente de su resolución y su fuerza, y siempre que se sentía temerosa iba a verle para cobrar alientos. Aquel hijo era su dioscito, la joya del loto de su vida, y le adoraba con todo su corazón y todo su ser. Sentía el corazón henchido y suavizado por el amor. Le abrazó estrechamente y deploró no poderle guardar tan a salvo como cuando lo llevaba en su seno.

Después de aquellas horas con el niño, Tzu Hsi volvió a su palacete, sintiéndose reanimada. Ya allí se aplicó a su perenne tarea de estudiar todas las cartas e informes que llegaban al Trono, para decidir las respuestas y órdenes que debía dar el emperador. En los meses que precedieron al verano Tzu Hsi gestionó el casamiento de su hermana con el séptimo príncipe, que se apellidaba Ch'un y tenía por nombre propio el de I-huan. Celebró una audiencia privada con aquel príncipe, para pedirle que observase en bien de su hermana. Aunque Ch'un era feo de cara y tenía una cabeza que, por lo grande, no guardaba proporción con su cuerpo. Tzu Hsi le juzgó persona sincera y sencilla, sin ambiciones propias. Se mostró agradecido por el deseo de la emperatriz de casarle tan honrosamente. El matrimonio se realizó antes de que la Corte se trasladase a Yuang Ming Yüan, pero no hubo fiesta alguna por respeto a la enfermedad del emperador. La misma Tzu Hsi sólo supo que, el día convenido, su hermana fue llevada, con las debidas ceremonias, al palacio del príncipe Ch'un, fuera de las murallas de la Ciudad Prohibida. El verano pasó tristemente, Incluso en Yüan Ming Yüan, porque la dolencia del emperador impedía oír música, asistir a funciones de teatro y, en general, divertirse con nada. Sucedíanse los espléndidos días estivales, pero Tzu Hsi, celosa de su dignidad imperial, no quiso organizar ni una sola fiesta acuática en el lago del Loto, y en consecuencia vivía retraída y sola. No se atrevía a ver a su primo Jung Lu, porque

desde el día de la fiesta del cumpleaños del heredero, las murmuraciones se habían propagado como las llamas en un bosque seco y ya en todas partes se sabía que ella había estado prometida antaño al joven soldado. Hasta que su poder fuese invulnerable a todo asalto, ella no podía hacer más por Jung Lu sin riesgo de que sus intentos se manejaran contra ella ante el emperador, o bien contra su propio vástago, si el Hijo del Cielo moría. Aunque joven y apasionada, Tzu Hsi sabía ser dueña de sí misma y también, de proponérselo, era capaz de desplegar mucha paciencia. La Corte, volvió a la Ciudad Prohibida cuando empezó el otoño de aquel año. Se observaron sin alharacas las fiestas de la cosecha. Tzu Hsi, viendo que los meses transcurrían sin que se alterase la paz, creía que había decidido discretamente al no permitir que se hiciese la guerra a los extranjeros. El virrey Yeh enviaba mejores noticias que antes. Aseguraba que los ingleses, aunque enojados por las dilaciones, no acertaban a hacer nada y que Lord Elgin, su jefe «pasaba los días en Hong-Kong rabiando y pataleando». Tzu Hsi declaró, triunfal: —Eso prueba que la reina del Oeste es aliada mía. Sólo una cosa entristecía a Tzu Hsi, y era la enfermedad del emperador. No fingía, ni siquiera para sí, amar a aquella figura pálida e inmóvil que yacía casi sin habla, sobre los amarillos cojines de su lecho, pero temía los conflictos que podía provocar la sucesión. El heredero era tan joven aún que, antes de llegar al trono, quizá sobrevinieran querellas muy graves acerca de quién debía ostentar la regencia. Ella sola, sin duda alguna, debía ser la regente, pero ¿podría adueñarse del Trono y conservarlo para su hijo? Los resueltos hombres de los clanes manchúes quizás apareciesen en escena planteando reclamaciones y demandas. Hasta cabía que el heredero legítimo fuese dado de lado y le sustituyese otro gobernante. Por todas partes se organizaban conjuras, y esto lo sabía ella porque Li Lien-ying le afirmaba que Su Shun conspiraba y quería persuadir al príncipe Yi para que se uniese a él y al

príncipe Cheng, quien también llegado el caso, sería un mal enemigo. No era aquella intriga la única ni aquellos dos los únicos conspiradores, aunque sí los más importantes. ¿Quién sabía cuántos eran los que, de distintos modos, conspiraban? Una fortuna tenía la emperatriz en medio de todo, y consistía en que el príncipe Kung era leal y no conspiraba y en que el eunuco mayor, An Teh-hai, con su autoridad sobre los eunucos y la organización de los palacios, le era leal porque la sabía predilecta del emperador. Primero por costumbre, y luego porque había vivido bien bajo su señor, el eunuco mayor amaba a aquel frágil y débil gobernante y siempre permanecía a la cabecera del vasto e historiado lecho donde el doliente emperador se hallaba inmóvil y casi siempre en silencio. El eunuco jefe era quien se inclinaba hacia él para saber lo que deseaba. A veces, de noche, mientras otros dormían, el eunuco mayor iba, él solo, a buscar a Tzu Hsi para decirle que el emperador se sentía temeroso y ansiaba el contacto de la mano de la emperatriz y deseaba contemplar su faz. Y ella, envolviéndose en alguna ropa oscura, seguía al jefe de eunucos a lo largo de los silenciosos pasadizos y entraba en el dormitorio, siempre en penumbra, a pesar de las bujías encendidas de continuo. Sentábase al lado del enorme lecho y sujetaba entre sus manos las frías e Insensibles del emperador quien la miraba y se emocionaba al ver la tierna expresión con que ella quería consolarle. Así pasaba el tiempo hasta que él se dormía y Tzu Hsi podía regresar a sus habitaciones. El eunuco mayor, contemplándola a distancia, reparaba en su perfecta paciencia, su sostenida cortesía y su atenta amabilidad, y comenzaba a dedicar a aquella mujer la misma devoción y lealtad con que había servido al emperador desde que, por primera vez, llegó a las puertas de Palacio, siendo un niño de doce años, dispuesto para que pudiera servir dentro de la ciudad imperial. Aquel eunuco procedía como un ladrón en ciertas ocasiones, tomando para sí lo que quería de los surtidos

almacenes y tesoros de su señor. Todos sabían que había acumulado grandes riquezas. También era a veces cruel y más de un hombre parecía ahorcado o acuchillado cuando él, bajando el pulgar, daba el signo de muerte. Pero en su solitario corazón, escondido bajo las crecientes capas de su ya fofa carne, amaba a su soberano, y sólo a él, más viéndole acercarse más a la muerte cada día, principió a transferir, hora a hora, su singular y absoluta devoción a la mujer joven, bella y fuerte a quien el emperador dedicaba más efecto que a nadie, como seguramente se lo seguiría dedicando hasta que dejase de alentar.. Nadie se hallaba preparado para las terribles noticias que, a primeros de invierno de aquel año, llegaron un atardecer a las puertas de Palacio. El día había transcurrido como otro cualquiera, frío, gris y amenazando nieve. La ciudad había estado tranquila y se habían hecho, sin exceso de animación, los negocios y transacciones usuales. En el interior del recinto se notó muy poco movimiento. No se concedían audiencias, los asuntos de importancia se sometían al príncipe Kung, como representante del emperador, y las decisiones solían demorarse. Tzu Hsi había pasado el día pintando. Su profesora Miao se hallaba junto a ella, no dando ya instrucciones, ni imponiendo prohibiciones, sino mirando cómo su imperial discípula pintaba unas ramas de melocotonero en flor. Como complacer a Miao no era fácil, Tzu Hsi trabajaba en silencio y procurando esmerarse. Primero mojaba su pincel de tal manera que, con un solo toque, pudiera dar a las ramas su forma, sombreado y perfil, cosa que hacía con perfección y cuidado. —¡Muy bien, Venerable! —No he terminado —respondió Tzu Hsi. Con idéntico cuidado comenzó a trazar una segunda rama que se entrelazaba con la primera. Miao permanecía en silencio. Tzu Hsi notó que había fruncido el entrecejo. —¿No le agrada lo que estoy haciendo ahora? La profesora repuso: —No es que me guste o no me guste, Venerable. Lo que debéis preguntaros a vos misma es si los pintores que se han denotado magistrales en la pintura de

melocotoneros en flor habrían entrelazado dos ramas de esa manera. —¿Por qué no habían de hacerlo? —preguntó Tzu Hsi. —No lo harían —afirmó Miao—. En las cuestiones artísticas preside el instinto, no la razón. Tzu Hsi abrió mucho los ojos y apretó los rojos labios dispuesta a la discusión, pero Miao no quiso aceptarla. —Si deseáis, Venerable, entremezclar las ramas así, ¿por qué no hacerlo? —dijo suavemente—. Ya estáis en la época en que podéis pintar a vuestro gusto. Calló y luego dijo pensativamente, alzando su delicada cabeza para mirar a su alumna. —Sois una aficionada, Venerable, y no necesitáis ser una profesional como yo, que soy artista por oficio, siguiendo el ejemplo de su familia, donde todos lo fueron. Y, con todo, si estuvieseis en libertad de ser artista y no gravitaran sobre vos las cargas de la nación y el estado, podríais, Venerable, haber figurado entre las mayores de todas las artistas. Hay en vuestras pinceladas poder y precisión, y eso es genio y sólo necesitaría práctica para completarse. En vuestra vida no hay tiempo para añadir esa grandeza a las demás que poseéis y... No pudo terminar. Mientras Tzu Hsi escuchaba, fijando sus grandes ojos en la faz de su maestra, el eunuco mayor irrumpió en el pabellón donde se hallaban las damas. Las dos se volvieron a él, sobresaltadas y sorprendidas ante el espectáculo de aquel hombre. Llegaba a la carrera, no se sabía desde dónde. Los globos de sus ojos parecían a punto de estallar. Respiraba con un jadeo que le desgarraba el pecho. Tenía una piel demudada y, a pesar del frío, nadaba en sudor. Dos cataratas corrían por sus rollizas mejillas. —¡Venerable —clamó—, Venerable, preparaos! Tzu Hsi se levantó en el acto. ¿Irían a hablarle de la muerte de alguien? ¿Y de quién? El jefe de eunucos dijo a gritos: —¡Venerable, ha llegado un mensajero de Cantón! Hemos perdido la ciudad, los extranjeros son dueños de ella y el virrey está prisionero. Cuando trataba de escapar por las murallas... Tzu Hsi volvió a sentarse. Aquello era un desastre, pero no una muerte. Habló severamente al tembloroso

eunuco: —Procura recobrar tu sentido común. Se pensaría por tu aspecto que tenemos al enemigo dentro del recinto de Palacio. No obstante, dejó los pinceles y Miao los retiró en silencio. El eunuco mayor esperaba, limpiándose con las mangas el sudor. - Invita al príncipe Kung a que venga a verme; aquí —mandó Tzu Hsi—. Vuelve luego al lado del emperador. —Sí, Venerable —murmuró humildemente el jefe de los eunucos. Y se alejó a toda prisa. A los pocos minutos llegó el príncipe Kung. Iba solo, sin consejeros ni príncipes. Sabía lo sucedido porque el exhausto emisario le había entregado el informe escrito por una mano desconocida, pero con el sello del virrey. Kung llevaba consigo el documento. Tzu Hsi le dio las gracias por su diligente obediencia y le pidió: —Leamos eso. Kung leyó lentamente y ella le escuchó, sentada en el diminuto trono de su personal biblioteca, con los ojos pensativamente fijos en el jarrón de orquídeas amarillas que adornaba la mesa. Supo así todo lo que el mensajero dijera al jefe de eunucos, y mucho más. Seis mil soldados occidentales habían desembarcado, avanzando hasta las puertas de Cantón e iniciado el ataque. Las fuerzas, imperiales habían hecho una momentánea exhibición de estrépito y bravura y luego emprendido la huida. Entonces los chinos rebeldes, que se escondían dentro de la ciudad, abrieron las puertas, dando entrada al enemigo. El virrey, al recibir tan malas noticias, corrió desde su palacio a un lienzo de muralla, de la que sus oficiales empezaron a descolgarle con una soga. Pero, a mitad de su aéreo camino, los chinos rebeldes le vieron y dieron voces de aviso al enemigo, el cual se precipitó hacia el muro, cortó el camino de aquel dignatario y le hizo prisionero. Prisioneros cayeron también todos los oficiales superiores y el virrey fue deportado a Calcuta en la distante India. Después los hombres occidentales, arrogantes con todos e incapaces de honrar a nadie, nombraron un nuevo Gobierno, todo él compuesto de chinos, desafiando así a la dinastía manchó. Y, lo que era peor,

según continuaba el informe: los ingleses declaraban que tenían que presentar nuevas peticiones en nombre de su reina y emperatriz, pero no querían decir cuáles eran. Por lo contrario, insistían en que habían de presentarse en Pequín al emperador, para decirle lo que deseaban de él. Tales fueron las tremendas nuevas que abrumaron a Tzu Hsi en aquel tranquilo lugar donde, hacía una hora, pintaba plácidamente flores de melocotoneros. Escuchó sin decir una palabra. El príncipe Kung la miraba de reojo, sintiendo compasión de aquella mujer bella y solitaria y esperando que fuese ella la que hablase. Y, en efecto, lo hizo así. —No podemos recibir a esos extranjeros en la Corte. Creo, además, que usan el nombre de Victoria sin conocimiento de ella. Pero claro está que yo no puedo llegar desde aquí a su distante trono ni revelar a nuestro pueblo la enfermedad del emperador. El heredero del Trono es muy joven aún y la sucesión no está clara. Debemos negar la entrada a los extranjeros. Cueste lo que cueste, necesitamos seguir defendiéndonos con promesas y dilaciones y convertir el invierno en una excusa para no resolver nada. Hasta en medio de su profunda alarma Kung se sintió disgustado por la situación de la joven y procuró hablarle con dulzura: —Os digo, emperatriz, lo que os he dicho ya. Vos no comprendéis el carácter de esos hombres. Su paciencia ha llegado al extremo. —Ya veremos —contestó ella. Y no acertó a decir más. A los ruegos, consejos y exhortaciones del príncipe, no respondió más que moviendo la cabeza y mirándole con el rostro pálido, bajo cuyos ojos trágicos se acusaban oscuras sombras. —Ya veremos —repitió—, ya veremos. «El cielo me ayuda», se decía Tzu Hsi. Aquel invierno, realmente, era el más frío que había conocido nadie. Todos los días, cuando la emperatriz se levantaba y miraba por la ventana, veía montones de nieve más altos y profundos que el día anterior. Los correos imperiales despachados al Sur, o que venían de él, tardaban tres veces más tiempo del usual en hacer el viaje hasta o desde la capital y

la contestación de la Corte tardaría meses en llegar a Cantón. El anciano virrey Yeh se podría en una prisión de Calcuta, a donde le llevaran los ingleses, pero Tzu Hsi distaba mucho de comprenderle. Yeh había servido mal al Trono y no había excusas capaces de justificar o hacer perdonar su derrota. Daba lo mismo que muriera. La clemencia y la piedad debían guardarse para aquellos que supiesen colaborar con ella. Deslizose el invierno lentamente y volvió otra vez la primavera, que fue, por cierto, fría e insegura. Tzu Hsi anhelaba ver nacer las primeras hojas de los datileros y observar cómo los retoños del bambú brotaban de la tierra. Dentro de los palacios florecían, como siempre, lilas sagradas, calentadas por el ardiente carbón que se deshacía en cenizas alrededor de las vasijas que contenían las plantas. También ofrecían, en macetas de porcelana, ciruelos enanos estimulados por estufas calientes. Así la emperatriz lograba crear una ilusión de primavera con aquellas flores cultivadas dentro de los palacios. En las ramas de arbolillos colocados en macetas hacía colgar jaulas de aves que la complacían con sus canciones. Cuando pensaba en los peligros que corría la nación, se consolaba abriendo las jaulas y dejando que los pájaros saliesen y se instalasen en sus hombros y manos, y tomasen de sus labios bocados de comida. También jugaba tiernamente con sus perrillos. A tales criaturas les dedicaba su amor, viéndolos tan inocentes. Inocente era también su hijito y saberlo le causaba la más profunda alegría, porque él la amaba con un amor exclusivo. Cuando ella entraba en el cuarto donde se hallaba el niño, él, que a veces dejaba de ver a su madre durante un día o dos, si estaba muy ocupada, olvidaba a todos los demás y corría a sus brazos. Aquella mujer sabía ser cruel, y todo el que la ofendía notaba, instantáneamente, su Innata crueldad; sin embargo, Tzu Hsi rebotaba en ternura para todos los seres inocentes y débiles y, por supuesto, para quienes la amaban. Por ejemplo, toleraba las artimañas del eunuco Li Lien-ying, porque él la adoraba. Tzu

Hsi fingía no reparar en sus raterías menudas, sus ocurrencias malignas y sus intentos de sacar gajes de aquellos que, a través de su señora, buscaban el favor del emperador. Del mismo modo perdonaba al soberano su desvalimiento, decadencia y locuras con las mujeres, porque él hacía llamar concubinas a su lado todas las noches. De todos modos a Tzu Hsi la amaba y a las otras no. Le perdonaba, pues, porque no le amaba, y se mostraba tierna con él porque él sí le dedicaba amor. Todo esto lo conocía el príncipe Kung y ella no ignoraba que lo sabía, aunque nunca lo tradujera en palabras. Pero se veía comprensión en sus ojos y se percibía también en la dulzura de su voz. Mas Tzu Hsi se sentía solitaria como sólo pueden estarlo los situados muy altos, y, precisamente porque ella no podía referirse a su soledad, Kung le era más íntegramente leal. No, desde luego, en el sentido corriente de los hombres, ya que tenía una esposa amada y bella, mujer tranquila y de dulce corazón, que llenaba todas sus necesidades. Era hija de un viejo y honorable mandarín llamado Kwei Liang, hombre de muy buen sentido común, perpetuamente fiel al Trono y que siempre daba consejos prudentes al emperador Hsien Feng, como antes los diera a T'ao Kwang, el difunto padre del monarca. La primavera avanzaba lentamente. Comenzó el verano y, sin embargo, Tzu Hsi no decidía si convenía ir o no al Palacio de Verano. Ella anhelaba la paz. Durante todo el invierno no había mirado más allá de la Ciudad Prohibida, y añoraba el paisaje de lagos y montes de Yüan Ming Yüan. Nunca había añorado la belleza tanto como ahora, en que todo era incertidumbre a su alrededor. Ansiaba el natural atractivo del cielo, la tierra y el agua. En sus sueños no veía imágenes de galanes, sino de jardines sin muro y de lejanas y desnudas montañas iluminadas por la claridad quieta de la luna. Pasaba horas enteras contemplando pinturas de escenas del natural y de paisajes, imaginando que andaba por las orillas de ríos o mares, y que por la noche dormía entre pinares o acaso en un templo

escondido en un bosquecillo de bambúes. Al despertar lloraba, porque aquellos sueños eran tan reales como auténticas memorias por lo inolvidables y claros, aunque ella nunca viese en su verdadera vida corriente nada de todo aquello. Pero fin día, repentinos como el descargar de una tormenta, los rumores catastróficos que ella esperaba siempre, llegaron al Norte, haciendo que instantáneamente prescindiera de toda esperanza de ir a Yüan Ming Yüan. Los hombres occidentales remontaban la costa china en sus barcos de guerra. Los correos Imperiales, forzando relevos, galopaban día y noche para dar la noticia antes que los navíos extranjeros alcanzasen los fuertes de Taku, en Tien-tsin, ciudad que distaba ochenta millas escasas de la capital. Una gran consternación cayó sobre todos, tanto cortesanos como gente común. El emperador, dominando su dolencia por un momento, convocó a sus grandes consejeros, ministros y príncipes a una reunión en la sala de audiencias. Avisó también a sus dos consortes para que fueran a sentarse detrás del Biombo del Dragón. Allá fue Tzu Hsi, apoyándose en el brazo de su eunuco, y se sentó en el más alto de los dos pequeños tronos posteriores al del soberano. Poco después llegó Tzu An, la emperatriz del Palacio Oriental, y Tzu Hsi, siempre cortés, se levantó y esperó a que su prima se sentase en el trono. Aquella emperatriz envejecía de un modo desproporcionado a sus años, porque no tenía ni treinta y dos. Su rostro se había tornado alargado, demacrado y melancólico. Sonrió triste y débilmente cuando Tzu Hsi le oprimió la mano. Pero ¿quién pensaba en las cosas de uno cuando todos estaban amenazados? La importante asamblea escuchó, en silencio, al príncipe Kung, cuando éste, de pie, anunció las malas noticias que se habían recibido. El emperador, vestido con sus ropas doradas y sentado en el Trono del Dragón, inclinaba mucho la cabeza y casi escondía el semblante tras un abanico de seda que sostenía en la mano derecha. Terminados los saludos de rigor, el príncipe Kung procedió a decir la dura verdad. Entre

otras palabras empleó éstas: —A pesar de todo lo que el Trono ha hecho para impedirlo, los extranjeros se acercan, no contentos con permanecer en el Sur. En estos momentos sus buques armados, llenos de guerreros, navegan hacia el Norte, siguiendo nuestra costa. Esperamos que su avance se paralice ante los fuertes de Taku, sin entrar en la ciudad de Tien-tsin, desde donde no hay más que una breve marcha a estos nuestros sagrados lucres. La arrodillada asamblea prorrumpió en un gemido unánime y todos inclinaron los rostros hasta el suelo. El príncipe Kung pareció titubear antes de proseguir: —Quizá mis palabras se anticipen a los hechos. Pero temo en verdad que estos bárbaros no obedezcan nuestras leyes ni nuestra etiqueta. A la menor dilación son muy capaces de llegar hasta las puertas de los palacios imperiales, salvo que les paguemos y persuadamos de que regresen al Sur. Pero más vale contar con lo peor y dejar de soñar. Han llegado horas definitivas. Sólo congojas nos esperan. Cuando se hubo leído por completo el informe escrito por el príncipe Kung, el emperador dio por terminada la audiencia, exhortando a los concurrentes a retirarse y considerar sus consejos y juicios. Se levantó y, apoyándose en dos príncipes hermanos suyos, se dispuso a bajar del trono. Repentinamente la clara voz de Tzu Hsi sonó detrás del Biombo del Dragón. —Yo, que no debiera hablar, he de romper, no obstante, mi silencio. El emperador se detuvo, desconcertado, volviendo la cabeza a derecha e izquierda. Ante él los reunidos seguían arrodillados, con las cabezas inclinadas ante el suelo, y ninguno hablaba. En el solemne silencio percibióse de nuevo la voz de Tzu Hsi. —Yo soy quien ha aconsejado paciencia con los bárbaros occidentales, yo soy quien ha propugnado dilaciones y esperas, y ahora soy yo quien digo que he estado engañada. Cambio, pues, de opinión y me pronuncio contra la paciencia, los alargamientos y los aplazamientos. Pido la guerra contra los enemigos occidentales y la muerte de todos ellos, hombres, mujeres y niños. De haber

sido aquella voz la de un hombre, los presentes hubieran gritado «Sí» o «No». Pero era la voz de una mujer, aunque se tratase de una emperatriz. Nadie hablaba, nadie se movía. El emperador aguardó unos instantes, siempre con la cabeza inclinada, y luego, apoyándose aún en sus hermanos, descendió del Trono y, mientras todas las cabezas bajaban hasta el suelo, entró en su palanquín amarillo y, rodeado por armígeros y guardias, retornó a su palacio. Después de él, y a su debido tiempo, se retiraron las dos consortes sin cambiar entre sí más palabras que las prescritas por la cortesía. Tzu Hsi notó que Tzu An procuraba esquivarla y apartar la vista. Ya de vuelta en sus habitaciones, Tzu Hsi pasó el día esperando la imperial llamada, pero ésta no se produjo. En silencio, y con la mente abstraída, la joven repasaba sus libros. Al llegar al anochecer hizo llamar a Li Lien-ying y le contó lo que sucedía. El eunuco le explicó que el emperador había pasado el día acompañado de diversas concubinas de poco relieve, sin que mencionara su nombre. Ello lo sabía Li Lien-ying por el eunuco mayor, que había estado toda la jornada en la cámara del soberano, atento de satisfacer sus menores caprichos. Li Lien-ying añadió: —Venerable, dad por seguro que el emperador no os ha olvidado. Pero, sin duda, espera conocer el criterio de sus ministros sobre la situación presente, porque teme lo que pueda ocurrir. —¡En ese caso he sido derrotada! —exclamó Tzu Hsi. Aquello era hablar demasiado crudamente contra el emperador, y Li Lien-ying fingió no haber oído. Tomó la tetera que se hallaba encima de la mesa, murmuró que estaba fría y salió con ella. Tenía en el rostro una expresión indefinible y no sonreía. Al día siguiente Tzu Hsi conoció las noticias previstas. Tampoco se iba a ofrecer resistencia a los invasores occidentales. Lejos de ello, el emperador, siguiendo el parecer de sus ministros y consejeros, enviaba a tres notables del imperio a tratar con Lord Elgin, el comandante inglés. Entre los tres mandatarios figuraba Kwei Liang padre de la esposa del príncipe Kung y hombre conocido

por su discreción y prudencia. Al saber tal nombramiento Tzu Hsi comentó: —¡Ya veréis lo que saca en limpio ese excelente hombre! Para los tiempos actuales es demasiado viejo, demasiado prudente y transigente hasta el exceso. La emperatriz no se engañaba. El cuarto día del séptimo mes Kwei Liang firmó con los representantes de los guerreros occidentales un tratado al que el monarca manchó pondría su sello imperial en el plazo de un año justo a contar desde la fecha. Los tres notables volvieron con el texto del tratado. A filo de espada, ingleses y franceses, apoyados por sus amigos americanos y rusos, habían logrado imponer sus exigencias. Los países occidentales debían tener ministros plenipotenciarios en Pequín, comerciantes y sacerdotes blancos podían actuar y circular libremente por el reino sin someterse a las leyes chinas, la importación del opio se consideraría tráfico legal, y el gran puerto fluvial de Han-Kao, a mil millas del mar, pasaba a ser zona de libre residencia para los hombres blancos y sus familias. Cuando Tzu Hsi supo los términos del tratado se recluyó en sus habitaciones, donde pasó tres días sin asearse, quitarse la ropa ni comer absolutamente nada. Ni siquiera quiso recibir a sus damas de honor. Su camarera llegó a asustarse y su eunuco privado acudió en secreto a informar al príncipe Kung de que la emperatriz del Palacio Occidental no hacía más que llorar y estaba tan agotada y exhausta como una muerta. El príncipe recibió la noticia en su palacio, fuera de la Ciudad Prohibida, y se apresuró a solicitar audiencia de la emperatriz. Tzu Hsi se levantó entonces, bañose, se vistió y tomó un poco de caldo que le llevó su mujer de servicio. Luego se apoyó en el brazo de su eunuco y se encaminó a la biblioteca imperial. Allí, sentada en su trono, recibió a Kung y escuchó sus razonables palabras. —¿Pensáis, emperatriz, que un hombre tan razonable como mi suegro hubiera cedido de ver alguna posibilidad de resistir? No había más remedio que doblegarse. De lo contrario, los occidentales hubieran venido aquí y penetrado en la imperial

ciudad. Tzu Hsi adelantó el rojo labio. —¡Mera amenaza! —Nada de amenaza —replicó el príncipe Kung con firmeza—. Conozco a los ingleses lo suficiente para saber que no se conforman con amenazas. Cuando algo avisan, se proponen obrar. Acertase el príncipe o no, Tzu Hsi le constaba que era leal y verídico y que tenía una prudencia muy superior a la que cabía esperar de sus años. Además era inútil todo alegato, una vez que se había firmado ya el tratado. Se sentía muy triste. ¿Estaban perdidas todas las esperanzas? El heredero del Trono era demasiado joven para luchar. Hizo un gesto de impaciencia y volvió a sus habitaciones en cuanto salió Kung. Pasó retirada y a solas varias noches, planeando sus secretos propósitos. Tenía que disimular lo que sentía y pensaba procurar hacerse amiga de todos, someterse por entero al emperador, evitar hasta el más ligero reproche y esperar. Así endureció su voluntad hasta tornarla dura como el hierro y fría como la piedra. Entretanto, contentos con el victorioso tratado que habían conseguido, los hombres occidentales no se pusieron en marcha hacia el Norte. Transcurrió el año como otros habían transcurrido y llegó un nuevo verano. El día en que había de firmarse el tratado se acercaba. Tzu Hsi estaba resuelta a lograr que no se pusiese al pacto el refrendo del sello imperial, cosa que obtuvo sin palabras ni amenazas. Le bastó seducir al débil monarca. Este, observando durante aquel año que la emperatriz se manifestaba siempre gentil y deseosa de acceder a todo, se convirtió en su cautivo de cuerpo y de alma. Siguiendo los consejos que Tzu Hsi procuró imbuirle de sutil manera, el emperador despachó emisarios a los blancos que gobernaban la ciudad de Cantón a través del gobierno chino que había designado. Los delegados tenían la misión de persuadir y hasta de sobornar a los blancos, para que accediesen a no subir hacia el Norte, aunque el tratado no se sellara. La orden del emperador fue ésta: —Que los extranjeros se contenten con su comercio en el Sur. Hay que decirles que seremos sus amigos si permanecen donde están.

¿No vinieron aquí para comerciar? Kung preguntó: —¿Y si se niegan? El emperador, recordando las palabras de Tzu Hsi durante la última noche que pasaron juntos respondió: —Hay que proponerles en caso necesario una ulterior reunión en Shanghai para sellar el tratado. De este modo les ahorraremos la mitad del camino. ¿Podrán entonces quejarse de que no somos generosos? Tzu Hsi había comentado con el emperador, fingiendo indiferencia por los negocios públicos: —¿Por qué firmar el tratado? Que los blancos esperen. Y si muestran impaciencia, digámosles que firmaremos en Shanghai, que está a mitad de camino, según se sube por la costa. Si de todos modos vienen, tiempo nos quedará para decidir lo que más proceda. Mientras esto indicaba, Tzu Hsi pensaba en la guerra como arma y solución definitiva de la situación creada. Si los invasores llegaban a Shanghai, ¿no era ello prueba de que sólo la muerte podía atajar avancé? Los emisarios partieron con aquellas órdenes a primeros de año. En primavera, en cuanto la tierra quedó libre de escarcha, el emperador mandó que los fuertes de Taku, cercanos a Tien-tsin, fueran mejor guarnecidos y artillados con cañones comprados a los americanos. Esto se hizo en secreto y sin que se enteraran los ingleses. Tales planes germinaron en su mente en las horas de descanso, mientras Tzu Hsi procuraba entretenerle *y* corresponder debidamente a su amor, a la vez que le alentaba leyéndole cuentos y poemas de los libros prohibidos que había logrado encontrar en algunas librerías mediante las gestiones de sus eunucos. Grande fue el abatimiento que se produjo cuando, a primeros de verano, los ministros del emperador enviaron correos con la noticia de que los hombres occidentales no se avenían a transacciones y que de nuevo sus buques, ahora a las órdenes de Hope, almirante británico, habían puesto rumbo al Norte y rebasado con mucho la altura de Shanghai. Pero tanto la Corte como la gente corriente de la ciudad declararon que no tenían temor alguno. Las defensas de Taku estaban muy reforzadas y se habían

prometido buenas recompensas a los soldados imperiales si mostraban bravura. Por lo tanto, todos esperaban el ataque con serenidad y valor. Esta vez, con la ayuda del cielo, el ejército rechazó, en efecto, al enemigo, causándole trescientas bajas y destruyéndoles tres de sus buques de guerra. El emperador, lleno de alegría, se deshizo en alabanzas de Tzu Hsi. Ella, oyendo aquellos elogios, instó a su señor a que lo negase todo a los invasores. El tratado, pues, no se selló. Los blancos se retiraron y se restableció la paz. Toda la nación manifestó asombro ante la sabiduría del Hijo del Cielo, que había sabido cuándo era conveniente contemporizar y cuándo hacer la guerra. Todos hacían hincapié en la facilidad con que se había desbaratado a los invasores. Además ¿se les habría batido de aquel modo si la táctica de compromisos y dilaciones no los hubiera llevado a hacer falsas estimas de la debilidad del mando imperial y sus propias fuerzas? Todos tuvieron al emperador por un modelo de inteligencia y sabiduría. Nadie ignoraba quién era la consejera del emperador. La emperatriz del Palacio Occidental fue considerada mágicamente poderosa y su belleza ensalzada en privado, ya que no parecía correcto hacerlo en público. No había eunuco ni cortesano que no se sometiera a sus menores deseos. Sólo el príncipe Kung seguía temeroso y comentaba: —Los hombres occidentales hacen como los tigres, que se retiran para repetir el salto. ' Pero se juzgó que se engañaba cuando transcurrió otro año de paz y quietud. Tzu Hsi seguía profundizando su conocimiento de los libros y el heredero del Trono crecía cada vez más fuerte y voluntarioso. Aprendió a montar a caballo y se dedicó a su uso un negro corcel. Le gustaba cantar y reír y siempre estaba de buen humor, ya que no veía a su alrededor más que caras amistosas. Tzu Hsi, serena en su presente poder, miraba crecer a su hijo y no experimentaba temor a nada. Llegó otra primavera y, al acercarse el estío, la emperatriz empezó a preparar el traslado al Palacio de Verano, con sus damas y su hijo. Aquel año había

transcurrido en paz y la emperatriz esperaba con anhelo el momento de las vacaciones. ¿Quién esperaba lo que iba a suceder? Apenas la Corte había realizado su viaje estival a Yüan Ming Yüan, los guerreros ingleses, ayudados por las fuerzas de Francia, avanzaron, con gran despliegue de medios bélicos, a lo largo de la costa, ansiosos de desquite. El séptimo mes de aquel año, y como caídos del cielo, doscientos barcos de guerra, con veinte mil hombres armados a bordo, anclaron en el puerto de Chefü en la provincia de Chihli, y sin preparativo alguno, ni iniciación de negociaciones, se prepararon para entrar violentamente en la capital. Llegaban de día y de noche emisarios con noticias cada vez más lamentables. En la Ciudad Prohibida no hubo tiempo para reproches ni dilaciones. Kwei Liang, el anciano y sabio consejero, acompañado por otros varios nobles, fue enviado con orden de solicitar del mando enemigo que suspendiese sus movimientos de tropas. El amedrentado emperador dijo a los negociadores, cuando pasaron a despedirse de él: —Haced las promesas necesarias y acceder a todo, porque, de lo contrario, estamos perdidos. Tzu Hsi, que estaba en pie junto al emperador en la cámara de las audiencias privadas, exclamo: —¡No, no, señor; eso es vergonzoso! Recordad nuestra reciente victoria. Hay que reforzar al Ejército y enviar más soldados. Este es el momento de la batalla, señor. El soberano no quiso oírla. Extendió la mano derecha, apartó a la mujer y dijo, dirigiéndose a Kwei Liang: —Ya habéis oído mis órdenes. El anciano respondió: —Oigo y obedezco, Alteza Elevadísima. Y, bien informados de los deseos del emperador, los plenipotenciarios montaron en sus coches de muías y se dirigieron a toda prisa a Tien-tsin, porque ya las fuerzas invasoras habían tomado los fuertes de Taku. En cuanto se hubo ido Kwei Liang, Tzu Hsi, ansiosa por su hijo, pero resuelta, comenzó a usar en secreto las armas de sus brazos cariñosos, de sus labios mimosos y de sus miradas tiernas, y por estos medios puso otra vez incertidumbre en la

mente del emperador. Aquella misma noche, en la alcoba del soberano, observó: —Si los blancos no nos atienden, será discreto ver de salvar nuestras vidas. Y convenció al emperador de que mandase al general mongol Seng-ko-lin-chin que condujera los ejércitos imperiales a un ataque, por sorpresa, contra los soldados blancos. Aquel general pertenecía a la casa principesca de los Korchiw de la Mongolia interior, familia muy favorecida por los emperadores manchúes, que la tenían por notablemente leal. Al general solía llamársele el príncipe Seng. Era hombre bravo y, con su destreza y valor, había logrado impedir que los rebeldes meridionales invadieran las provincias del Norte. Dos veces había realizado tremendas matanzas de ellos. La primera vez sólo distaban ya veinticuatro millas de Tien-tsin. Luego los alcanzó en Lien-chin y logró coparlos, obligando a los que quedaron con vida a replegarse a la región de Shantung, hasta donde los persiguió. A aquel hombre invencible quiso ahora apelar Tzu Hsi. El emperador se manifestó conforme, y, sin informar siquiera de sus propósitos a su hermano, dio órdenes privadas al príncipe Seng. Éste, obedeciendo el secreto mandato, condujo a sus hombres hasta las cercanías de los fuertes de Taku y allí los dispuso en emboscada. Los emisarios franceses e ingleses, ignorantes de aquellos preparativos, se adelantaron con el propósito de entrevistarse con la misión imperial encabezada por Kwei Liang. Iba ante el grupo un oficial con una bandera blanca de parlamento, pero Seng creyó que aquella bandera indicaba rendición y dio órdenes de avance a sus hombres, fistos se precipitaron, entre gritos de ira, sobre el contingente occidental. Los dos jefes del grupo fueron capturados y todos sus hombres prisioneros. La bandera fue desgarrada y pisoteada y los cautivos aherrojados y torturados por su osadía al invadir el país chino. Con gran regocijo lleváronse aquellas noticias a la capital. ¡Otra vez habían sido derrotados los hombres occidentales! Volvió el emperador a dedicar loores a Tzu Hsi y le

regaló un cofrecillo de oro lleno de joyas. Hizo proclamar una fiesta de siete días en toda la nación y en los palacios imperiales se organizaron funciones de teatro para satisfacción de la gente de la Corte. Se anunciaron que se darían a Seng grandes recompensas y honores tan pronto como regresaran a la capital. Mas aquella alegría era demasiado prematura, y las fiestas y funciones teatrales no tuvieron buen término. Cuando los occidentales se informaron de la traición a sus camaradas, concentraron sus fuerzas y atacaron con tal ímpetu a los hombres de Seng que los pusieron en fuga. La retirada fue desordenada y desastrosa y las bajas de las tropas imperiales muchas, porque no tenían cañones adecuados para oponerse a los extranjeros. Los invasores avanzaron en triunfo hacia la capital y sólo se detuvieron ante el puente de mármol llamado Palikao, sobre el río Peiho, junto a la pequeña población de Tungchow. Con esto el ejército extranjero se situaba a diez millas de Pequín. En aquel puente chocaron con refuerzos imperiales enviados presurosamente por el emperador, que ya sabía, por un emisario especial, la derrota del príncipe Seng. Riñóse batalla y el triste resultado fue que las tropas del emperador volvieron a ser batidas. Los vencidos huyeron a la capital, proclamando públicamente su derrota. Llorosas gentes de aquellas comarcas corrieron a refugiarse dentro de los muros de Pequín, esperando que las puertas se cerrasen y afianzasen, para salvarles de la ferocidad del enemigo extranjero. Toda la ciudad estaba revuelta y las gentes corrían de un lado para otro, sin saber adónde dirigirse. Niños y mujeres prorrumpían en chillones gritos, mientras los hombres lanzaban maldiciones y juramentos y se dirigían insultos unos a otros, a la vez que pedían al cielo que los salvase. Los mercaderes cerraban las puertas de sus tiendas y todos los ciudadanos que tenían mujeres bellas, hijas y concubinas se apresuraban a salir de la ciudad para buscar seguridad en la campiña. En el Palacio de Verano reinaba parecida confusión. Los príncipes se reunieron

a toda prisa para tratar de salvar el Trono y al heredero. Había que proteger a la emperatriz y a las concubinas imperiales. No se llegó a conclusión alguna, porque todas las opiniones discrepaban. El emperador, temblequeante y lloroso, no encontraba más recurso que anunciar que iba a absorber una dosis mortal de opio. Sólo el príncipe Kung no perdió la cabeza y seguía siendo dueño de sí mismo. Acudió a las habitaciones privadas del emperador y encontró allí a Tzu Hsi con el heredero, en medio de eunucos y cortesanos. Todos protestaban contra la decisión del emperador al anunciar su propósito de matarse. —Menos mal que habéis venido —exclamó Tzu Hsi, al ver al príncipe. Siempre la consolaba enfrentarse con aquel hombre de rostro sereno, de ordenadas ropas, de calmosos modales. El príncipe Kung hizo una reverencia y habló al soberano, no como a un hermano, sino como al jefe de Estado. —Deseo dar un consejo al Hijo del Cielo —comenzó. —Habla —murmuró el emperador. El príncipe Kung continuó: —Con ese permiso pido que se me autorice a escribir al jefe del Ejército enemigo solicitándole una tregua. Esa carta ha de llevar el sello imperial. Tzu Hsi escuchaba en silencio. Había pasado lo que el príncipe previera. El tigre había retrocedido para volver a saltar y vengarse. Así, la emperatriz guardó silencio mientras estrechaba entre sus brazos a su hijo, oprimiendo su mejilla contra la de él. El príncipe prosiguió: —Y tú, señor, con las dos emperatrices, el heredero y la Corte debes abandonar este palacio y trasladarte a Jehol. —Sí, sí... —convino el emperador. Las mujeres y los eunucos expresaron su aprobación. Tzu Hsi se levantó de la silla en que se sentaba y, siempre con su hijo entre los brazos, protestó contra el príncipe Kung: —El emperador no debe abandonar la capital. ¿Qué pensaría el pueblo de tal deserción? La gente cederá ante el enemigo y todos seremos destrozados. Bien está que procuremos salvar al heredero del Trono y esconderle donde convenga, pero el emperador debe quedarse, y yo permaneceré a su lado para

servirle. Todos los ojos se volvieron a ella. Nadie podía negar su ardor ni la majestad de su belleza. Pero el príncipe Kung no podía hacer más que compadecerla. Habló con voz muy suave: —Emperatriz, he de protegeros contra vuestro propio valor. Al pueblo basta explicarle que el emperador va de cacería a Jehol. La marcha puede ser de aquí a unos días, sin prisas y de la manera usual. Entretanto, procuraré contener a los invasores con una petición de tregua y la promesa de castigar al general mongol. Tzu Hsi calló, comprendiéndose derrotada. Desde el emperador hasta el último eunuco todos estaban contra ella. ¿Qué podía hacer? Entregó en silencio el niño a su aya, hizo una profunda reverencia y salió de la cámara imperial en compañía de sus damas. A los cinco días partió la Corte, dirigiéndose hacia Mongolia por el camino del Noroeste. Se cerraron las puertas de la ciudad para prevenirse contra el enemigo y puso en marcha la larga procesión cortesana, con sus pesados equipajes. Largo era aquel desfile de palanquines y coches de muías. Mil personas emprendieron, en conjunto, el que iba a ser un viaje de cien millas. Marchaban en cabeza los armígeros, con sus multicolores banderas, y, tras ellos, la Guardia Imperial a caballo, llevando a su frente a Jung Lu. Ocupaba el emperador su encortinado palanquín, de color amarillo con armazón de oro. Seguía la emperatriz del Palacio Oriental en un coche de muías, y tras ella el heredero del Trono, acompañado de sus atendedoras. En otro coche, a continuación, iba Tzu Hsi sola, porque no deseaba que nadie la acompañase. Sentía el vivo deseo de llorar horas seguidas para lograr desahogarse. ¡Qué vencida se sentía! Valiente era su ánimo, pero ni el valor servía entonces de nada. ¿Qué sucedería? ¿Cuándo podría volver? ¿Se había perdido todo? Nadie podía contestarle, ni siquiera el príncipe Kung, de quien entonces dependía la nación. Había quedado a retaguardia, pero no dentro de la ciudad con sus cerradas puertas, porque quería avistarse con el enemigo fuera del recinto, si acontecía lo peor,

para evitar daños a la ciudad. Instalose, pues, en su mansión de verano, cerca de Yüan Ming Yüan. Su hermano le dijo en un cuchicheo, al despedirse de él: —Procura obtener todo lo que puedas. El soberano estaba enfermo y cansado. El eunuco mayor había tenido aquella mañana que levantarlo en brazos como a un niño, a fin de colocarlo en el vehículo que le debía transportar fuera de la ciudad. —Confía en mí, señor —repuso el príncipe Kung. A pesar de lo tremendo del momento, Tzu Hsi no podía llorar. Sus lágrimas se secaban. Se sentía aislada de todos y forzada a aceptar su suerte presente. Transcurrían despacio las horas. El camino estaba pavimentado con piedras sin desbastar y el coche, que carecía de ballestas, traqueteaba terriblemente, lanzando a la emperatriz de lado a lado, sin que los cojines de raso pudieran salvarla de contusiones. El cortejo se detuvo a medio día para comer. Se habían enviado previamente emisarios a fin de preparar la colación. Tzu Hsi era aún tan joven que, aparte de sus deseos de llorar, cuando bajó de su coche de muías y miró en torno, sintió reanimado el corazón al verse rodeada de lozanos campos verdes, árboles frutales y plantaciones de alto maíz. A lo menos vivía aún. Oyose llamar por su hijo y corrió hacia él, para estrecharle entre los brazos. No, no se había perdido todo mientras el niño viviera y ella pudiera abrazarle. Por otra parte, ella no había visto nunca el norteño palacio de Jehol. Su mente, siempre ganosa de novedades y aventuras, sentía el ansia de obedecer los mandatos de su corazón. En aquel momento su mirada dio con Mei, que se hallaba próxima. Sonrieron las dos y entablaron animada plática. —He oído afirmar, Venerable, que el Palacio del Norte es el lugar más bello de todas las residencias imperiales —repuso Mei. Tzu Hsi contestó: —Lo mismo me han asegurado. Procuremos, al llegar allí, pasarlo lo mejor posible. Poco más tarde, al ir a subir a su coche de muías para reanudar el viaje, sus ojos se dirigieron a la ya lejana capital, obedeciendo involuntariamente a los impulsos de su corazón. Allá donde se

unían el cielo y la tierra, se elevaba una oscura humareda. Tzu Hsi exclamó, alarmada: —¿Está ardiendo nuestra ciudad? Todos volvieron la vista y distinguieron las negras nubes de humo que elevaban sus volutas hacia el cielo, intensamente azul, del verano. Era evidente que la capital ardía, —¡Démonos prisa! —mandó el emperador desde su palanquín. Todos se apresuraron a montar en sus coches y el cortejo se puso en marcha con celeridad renovada. Por la noche, la Corte descansó en un vivac que se les había preparado. Tzu Hsi no pudo descansar en la tienda que le asignaron. Continuamente hacía salir a Li Lien-ying para ver si había noticias de la amada ciudad. Al fin, cerca de medianoche, llegó un emisario a toda prisa. Li Lien-ying, que vigilaba, corrió hacia él. Le asió por el cuello y llevóle a presencia de su imperial señora. Tzu Hsi seguía esperando. Había prohibido a sus mujeres que la arreglasen para pasar la noche, aunque ellas dormían a su alrededor, sobre la alfombra colocada en el duro suelo. Viendo llegar al eunuco, en compañía del pálido emisario, la emperatriz se llevó un dedo a la boca, a fin de recomendar silencio.

—Traigo a este hombre aquí, porque sé que el emperador está durmiendo. El jefe de eunucos me ha dicho que, por dos veces, le ha preparado la dosis de opio. Tzu Hsi fijó sus grandes ojos en la faz del atemorizado mensajero. —¿Qué noticias puedes darnos? El hombre cayó de rodillas, impelido por el eunuco, y murmuró jadeante: —Venerable, el enemigo atacó con todas sus fuerzas poco después de amanecer. La tregua duraba hasta la noche, mas durante todo el día los bárbaros han estado cometiendo desafueros, porque dicen que quieren castigar al príncipe Seng por haber torturado a los parlamentarios y roto la bandera blanca que llevaban. Tzu Hsi sintió que se le helaba la sangre y que el temor paralizaba los latidos de su corazón.

—Suelta a ese hombre —mandó al eunuco. Li Lien-ying aflojó la presión que ejercía sobre el emisario, el cual se desplomó sobre la alfombra y ocultó su rostro en ella. Tzu Hsi le miró. —¿No

han resistido las puertas de la ciudad? Tenía la boca seca y su lengua no podía articular palabra. El hombre golpeó la tierra con la frente. —El enemigo, Venerable, no ha atacado las puertas. Ella preguntó: —¿Pues de qué provenía ese humo que, negro como nubes de tormenta, he visto alzarse bajo el cielo esta mañana? El hombre explicó: —Venerable, Yüan Ming Yüan ya no existe. —¿El Palacio de Verano? —gritó Tzu Hsi, escandalizada. Se cubrió los ojos con las manos. —Creí que era la ciudad lo que ardía, El hombre insistió: —No, Majestad, sino el Palacio de Verano. Los bárbaros lo han saqueado y robado todos sus tesoros. Además han quemado los palacios. El príncipe Kung se apresuró a presentarse allí para impedir tales abusos. Pero no lo consiguió y sólo salió con vida huyendo por la puerta de servicio del patio de los eunucos. Tzu Hsi sintió un espantoso remolino dentro del cráneo. Ante su mente se alzaban humo y llamas y creía ver desplomarse torres de porcelana y techumbre de oro. Miró al hombre inclinado ante ella. —¿No queda nada del Palacio? —Cenizas, sólo cenizas —replicó el emisario sin levantar la cabeza.

Tzu Hsi mandó: —Cerrad las ventanas. Soplaba sobre Jehol, desde el Noroeste, un viento cálido y seco que la emperatriz no podía soportar. Las flores del jardín estaban agostadas y las hojas de los datileros pendían, desgarradas, como telas rotas. Hasta las agujas de los retorcidos pinos amarilleaban por sus bases. Y el emperador no habla hecho llamar a Tzu Hsi una sola vez desde que llegaron al Palacio del Norte, que a la joven le parecía con razón una fortaleza. La camarera cerró las ventanas. Su señora añadió otra orden: —Abanicadme. Li Lien-ying apareció, saliendo de detrás de un pilar. Acercose a la emperatriz, se inclinó y comenzó a manejar un enorme abanico de seda. Tzu Hsi se recostó en el respaldo de su asiento y cerró los ojos. Se sentía ajena al mundo, extranjera donde estaba, planta desarraigada de la tierra... ¿Por qué no la llamaba el emperador? ¿Qué mujer la habría sustituido? En el último

cumpleaños del emperador, el quinto día de la sexta luna, hacía un mes, el soberano había recibido a toda la Corte para aceptar sus felicitaciones y regalos. Sólo Tzu Hsi no había sido llamada. Esperó en sus habitaciones, vestida de fino raso y ornada con sus mejores joyas, mas no se le envió aviso alguno. Horas y horas pasaron hasta terminar el día y, al fin, temerosa y enojada, rasgó sus vestiduras y se dispuso a pasar una noche de insomnio. Sus noticias eran que el emperador seguía enfermo y cada vez más débil, lo que podía justificar su olvido. Diariamente empeoraba el estado del monarca, a pesar de que el Departamento de Astrología había dado como buen presagio en el cumpleaños de su nacimiento el hecho de que se produjera entonces una favorable conjunción de estrellas y de que un cometa cruzara los cielos del noroeste. Hsien Feng estaba ya moribundo, según se dijo a la emperatriz, mas ésta seguía sin ser llamada. Se volvió al eunuco. —¡Basta de abanicarme! Li Lien-ying dejó pender el brazo y permaneció inmóvil. Ella se incorporó en su asiento y dirigió sus grandes ojos al vacío. Necesitaba saber lo que pasaba en la cámara imperial. Pero no podía presentarse en ella sin ser avisada. De haber estado allí el príncipe Kung, le habría pedido consejo, pero Kung seguía en la lejana capital, solicitando y gesticulando una tregua a los bárbaros, que ya habían ocupado la ciudad. Cierto que todos éstos eran rumores que recogían y propalaban los eunucos, ya que ella, por no ser avisada para ir a las habitaciones del emperador, ignoraba los mensajes que el Hijo del Cielo podía recibir. Entretanto residía en el ala que le habían reservado en Palacio. Dos días atrás, sintiéndose abrumada por su soledad, había dicho a Sakota que deseaba visitarla, mas su prima se excusó pretextando un dolor de cabeza. Tzu Hsi ordenó al eunuco: —Acércate. Li Lien-ying obedeció y quedó parado ante la emperatriz, inclinándose. —Haz venir al jefe de eunucos —indicó Tzu Hsi. El eunuco repuso: —No le dejan salir del dormitorio imperial. —¿Quién lo impide? —inquirió ella.

—Los tres, Venerable... Los tres eran el príncipe Yi, el príncipe Cheng y Su Shun, el Gran Consejero. Aquellos enemigos de la emperatriz habían conseguido el poder mientras ella se hallaba sola y los bárbaros mandaban en la capital. —Abanícame —pidió ella otra vez. Apoyó la cabeza nuevamente en el respaldo de la silla y tornó a cerrar los ojos. El eunuco reanudó el lento movimiento del abanico. Los pensamientos de Tzu Hsi se agolparon en su mente sin que pudiese organizarlos. Estaba más que sola, ya que carecía hasta de casa. El hogar de su corazón, Yüan Ming Yüan, era un montón de ruinas. Los extranjeros, acreditando su barbarie, habían saqueado sus tesoros e incendiado biombos, muebles, paredes y zócalos esculpidos. Monstruosas historias circulaban en el palacio, fundándose en las noticias del emisario informante, a quien Tzu Hsi mandó a llamar de nuevo para obtener la confirmación de tales referencias. El hombre explicó que, apenas la familia imperial hubo abandonado el Palacio de Verano, los extranjeros entraron en él. Lord Elgin, el jefe inglés, conmovido por la belleza de los edificios, prohibió su destrucción, pero no pudo imponer su mandato a las bárbaras hordas que acaudillaba. El príncipe Kung, desde un cercano templo en que se había refugiado, envió su protesta a Lord Elgin y éste le respondió que sus hombres estaban como enloquecidos por la tortura y asesinato de sus camaradas a manos del príncipe Seng. Oyendo esto, Tzu Hsi guardó silencio. Era ella quien había aconsejado que el soldado mongol atacara a los hombres blancos. El emisario añadió: —Tengo la cabeza humillada en el polvo, pero no puedo dejar de decir la verdad. Es lo cierto que todo lo que podía llevarse fue arrebatado del Palacio de Verano. Se arrancaron de los altares las imágenes de oro. Las joyas incrustadas en los tronos imperiales fueron quitadas de sus engastes y los biombos enjoyelados se sacaron en carros. Se destruyeron finas porcelanas arrojándolas contra el suelo, salvo cuando los más inteligentes las robaban sabiéndolas de valor.

Igualmente se robaron o destruyeron magníficas piezas de jade. A pesar de tanto latrocinio, ni siquiera la décima parte de nuestros tesoros se salvaron para ser gozados por el enemigo. El resto de nuestras preciosas y delicadas posesiones, el tesoro heredado de nuestros imperiales antecesores, ha sido despedazado por las culatas de los bárbaros o roto, tirándolo al aire, en brutales juegos, por los aullantes hombres blancos. Finalmente se prendió fuego a todo el palacio. Durante dos días con sus noches las llamas iluminaron el cielo y la humareda ensombreció las nubes. No satisfechos con esto, los bárbaros registraron hasta los últimos rincones de las alturas, destruyendo todas las pagodas, santuarios y pabellones. Podemos estar seguros de que detrás de los bárbaros habrán llegado también los ladrones de la comarca.

Recordando las palabras de aquel mensajero, las lágrimas acudieron a los ojos de la emperatriz. Su mujer de servicio se acercó con un pañuelo. —No llores, Venerable, —dijo tiernamente. —Lloro por lo que ya no existe —contestó Tzu Hsi. Li Lien-ying dijo para consolarla: —También este palacio es bello, Venerable. La emperatriz no respondió. Para ella Jehol no tenía belleza alguna. Hacía siglos que el antiguo emperador Ch'ien Lung había construido aquel palacio fortificado, unas cien millas al norte de Pequín. Le placía el seco y arenoso paraje en que la mansión se alzaba, entre millas y millas de arena y roca, limitadas a distancia por montañas de desnuda piedra arenisca perfiladas bajo el cielo que contrastaba con ellas por su perenne color azul. En medio de aquella tierra desolada Ch'ien Lung hizo erigir un ostentoso palacio. Cubrían las paredes sedas, brocados y telas bordadas de muchos colores, y maderas pintadas de escarlata y oro ornamentaban los techos, en los que campaban dragones dorados cubiertos de joyas. Joyas decoraban también las esculpidas mesas, sillas y vastos lechos traídos del Sur, Pero Tzu Hsi anhelaba lagos, jardines y arroyos. En Jehol el agua tenía más valor que el jade. La

llevaban acarreadores desde minúsculos pozos cavados en el desierto. Aquellos pozos se secaban a veces, obligando a ir, en busca del precioso líquido, hasta los árboles de un lejano oasis. El corazón de la emperatriz ardía de cólera al pensar que Yüan Ming Yüan había quedado reducido a cenizas y que, en la capital, el príncipe Kung tenía que formular súplicas a los bárbaros. Y todo porque ella, en aquel apartado y tétrico palacio no podía acercarse al emperador. Se sentía frenética de ira y ansiedad y tascaba el freno de la disciplina que tenía que imponerse para ocultar sus sentimientos y que parecía extraerle hasta de la medula de los huesos la última reserva de sus energías. ¿Cómo prevalecer contra sus enemigos cuando no tenía amigos a su lado? Los Tres se habían declarado contra ella aquel trágico día en que la Corte huyó del Palacio de Verano. Y era Uno de los motivos el que ella no había dejado de oponerse a la evacuación cuando toda la Corte la propugnaba. Pero sus enemigos habían persuadido al débil y necio hombre que tenían por emperador =de que se hallaban en inminente riesgo de la vida. Tzu Hsi recordaba la facilidad y rapidez con que él había accedido, llegando al extremo de dejar olvidados en la mesa de su dormitorio sus papeles, gorro y pipa. ¡Cómo la impresionó pensar en las risas de los bárbaros al descubrir cuán asustado se sentía el emperador manchú, Hijo del Cielo! ¿Por qué también aquella flecha había de clavarse en el corazón de Tzu Hsi cuando tantas cosas se disipaban en él? Levantose bruscamente, apartó con un movimiento de la mano el abanico que Li Lien-ying seguía esgrimiendo con paciencia y comenzó a pasear inquietamente de un lado a otro de la estancia. Aullaba el ardoroso viento más allá de los cerrados postigos de las ventanas. Bien conocía el origen de la conspiración con que se enfrentaba. Su Shun y sus aliados y subalternos habían acompañado al soberano en la fuga, pero no sin hacer todo lo necesario para que quedaran detrás y distantes cuantos ministros podían oponerse a sus planes y apoyar a la

emperatriz. Tzu Hsi no pudo oponerse a la conjetura, porque no reparó en ella hasta que era demasiado tarde. ¿No tenía pues, ningún aliado? Sí: uno, aunque uno solo. Su Shun no podía impedir que la Guardia Imperial cumpliera con su deber de proteger al emperador. Se volvió a Li Lien-ying y le mandó con imperiosa autoridad: —Llama a mi primo, el jefe de la Guardia Imperial. Li Lien-ying no había dejado nunca de obedecer nada que ella le mandara. Por eso la sorprendió ver que el eunuco no se apresuraba a salir y titubeaba con el abanico pendiente de la mano. —¡Vamos! ¡De prisa! —insistió la emperatriz. El eunuco cayó de rodillas. —Os ruego, Venerable, que no me obliguéis a rogaros el favor de no tener que cumplir esa orden. —¿Por qué? —preguntó ella con severidad. No era de creer que fuese Jung Lu el que no deseara verse con ella. Li Lien-ying tartamudeó: —Os pido, Venerable, que no me forcéis a hablar. Me haríais cortar la lengua después de oírme. —Te prometo que no. Pero él seguía mostrándose atemorizado y no quería hablar bajo ningún pretexto. Al fin Tzu Hsi fue presa del más violento enojo y amenazó al eunuco con mandarle decapitar si no hablaba sin demora. Apremiado en extremo, Li Lien-ying manifestó que el emperador no la hacía llamar porque los enemigos de la emperatriz habían esparcido hablillas malévolas acerca de sus relaciones con Jung Lu. —¿Se nos acusa de ser amantes? —preguntó ella. Él tapándose la cara con las manos, asintió con un movimiento de cabeza. —¡Embusteros! —murmuró Tzu Hsi—. ¡Embusteros! Para desahogar su rabia golpeó con el pie al arrodillado eunuco, quien se dejó caer de bruces mientras su señora empezaba a pasear de un lado a otro del aposento, con los movimientos, entre bruscos y trabajosos, de quien está escalando una montaña. Se paró súbitamente ante el agobiado eunuco. —¡Levántate! —mandó—. Creo que no me lo has dicho todo. ¿Qué otra cosa se rumorea? El hombre, arrastrándose a los pies de la imperial dama, se secó con la manga el rostro. —Venerable, no he podido conciliar di sueño por la noche desde

que tuve noticias de la conspiración de esas tres personas. La mujer abrió intimidada sus grandes ojos. —¿Qué conspiración es ésta? —Venerable —balbució el infeliz eunuco—, no quisiera pronunciar palabras que, contra mi deseo, pueden parecer traidoras. Pero es verdad que existe una maquinación para adueñarse de la regencia. Y luego..., y luego... —¡Y luego matar a mi hijo! ¿No es eso? —exclamó ella. —Venerable, os suplico que os serenéis. No he oído tal cosa. —¿Cuándo te enteraste de lo que me dices? —Oí rumores hace muchos meses, Venerable. Meras hablillas, por supuesto. Ella se sentó y se cubrió la cara con las manos. —¡Y te callaste! —reprochó. —Venerable —repuso él humildemente—, si os contase cuanto se oye en Palacio me haríais callar llevándome a una prisión. Los que ocupan posiciones viven siempre rodeados de críticas y murmuraciones, chismorrerías y ofensas. Y vos, Venerable, estáis en una situación más alta que nadie. ¿Quién iba a imaginar que el Hijo del Cielo acabaría dando oídos a tales vilezas? —Debiste obrar con la cabeza y no proceder como un estúpido —increpó ella—. ¡Mira que recordar que, antes de que yo viniera a palacio, Su Shun era el favorito del emperador! Los dos fueron amigos en su mocedad y mi señor, como hombre débil e indeciso, contrajo verdadera admiración por la personalidad fiera y absorbente de este individuo, porque caza, bebe y juega como un salvaje. Hubiste de tener en cuenta que Su Shun se elevó desde un cargo modestísimo en el ministerio de Hacienda hasta el puesto de Gran Secretario ayudante, sin vacilar en causar la muerte del bueno y honorable Po Ch'un para suplantarle en el poder. Así había sucedido, en efecto. En tiempos en que aún no había nacido el hijo de Tzu Hsi ni ella conseguido plenamente el amor del soberano, la había visitado, empero, un anciano príncipe: el Gran Secretario Po Ch'un. Ella, demasiado joven entonces y no hecha a las intrigas palaciegas, no pudo comprender los pormenores de la maquinación. Por lo tanto, oyó sin gran interés el ruego de aquel hombre, que le

pedía que hablara en su favor al emperador. —Yo no disfruto de su confianza, señora —había afirmado él, frotando su escasa barba, blanca ya. —¿De qué os acusa Su Shun? —De enriquecerme, señora, a expensas del Trono. Ese malvado Su Shun ha afirmado al emperador que yo me lucro con el' dinero de la Tesorería Imperial. —¿Y por qué asegura eso? —Porque sabe perfectamente que yo sé que él es quien roba a mansalva. Tal fue en aquel caso la contestación del anciano príncipe. Ella, sin poner en duda su veracidad y juzgando por el aspecto sincero, sencillo y honrado del viejo político, habló en favor de él al emperador. Pero éste, que creía entonces a pies juntillas en Su Shun, le prestó oídos y el buen Po Ch'un fue destituido, decapitado y remplazado por su denunciante. La ira de la emperatriz subió de punto cuando recordó la forma en que Su Shun principió a odiarla. Sólo se había salvado de sus iras merced a lo pronto que ella supo suscitar un vivo amor en el monarca. Pero, demasiado segura de su poder, venía a encontrarse ahora en una difícil situación. En repentino movimiento, y sin poder refrenar los impulsos de su corazón, se levantó y con la mano derecha golpeó repetidamente las mejillas de Li Lien— ying hasta hacer brotar las lágrimas de sus ojos y casi cortarle la respiración. Pero el eunuco no protestó contra la dura ira de su señora, porque el aguantar sus arrebatos formaba parte integrante de su deber. —¡Toma, toma, toma! —exclamaba ella a cada golpe—. ¡Para que aprendas a hablar a su tiempo! ¡No sabes el mal que has causado con tu silencio! Después la emperatriz se sentó, cubriose la cara con las manos y durante cosa de cinco minutos no cesó de suspirar. Li Lien-ying, arrodillado ante ella, permanecía mudo como una piedra, porque nunca la había visto en un estado semejante. Pasaron otros cinco minutos y la ira de Tzu Hsi comenzó a remitir. Sentía la mente más despejada. Se levantó con impetuosa gracia y se dirigió a su mesa de escritorio. Sentose, requirió tinta y mojó el pincel en ella. Luego tomó un fragmento

de sedoso pergamino y escribió una carta al príncipe Kung; explicándole el trance en que se encontraba y pidiéndole inmediata ayuda. Dobló el escrito, lo cerró con su sello personal e hizo a Li Lien-ying señas de que se le acercara. —Vas a partir sin demora para la capital —ordenó—. Busca al príncipe Kung, entrégale esta carta y vuelve con su respuesta, fías de efectuarlo todo en el término máximo de cuatro días. —Venerable —quiso comenzar él—, ¿cómo voy a poder...? Ella le interrumpió. —Has de poder porque tienes que hacerlo. Li Lien-ying asumió el aspecto de quien se siente muy dispuesto. Golpeó el pecho y rezongó, pero ella se mantuvo inflexible y el eunuco acabó por obedecer, y lo hizo con premura. Cuando el servidor se fue, la emperatriz reanudó sus paseos por la estancia, con gran desconcierto de su camarera. Sus damas de honor se acercaban de vez en cuando y la atisbaban entre las cortinas, pero en seguida se alejaban, temerosas de hablarle y hasta de que las viera.

Al cabo de cuatro días llegó el príncipe Kung en persona. Sin siquiera ocuparse de mejorar su aspecto físico, desordenado por el viaje, buscó en el majestuoso palacio el ala en que residía Tzu Hsi. Ésta no había salido hacía días de sus habitaciones, comiendo poco y durmiendo menos, en espera de la contestación del príncipe, en quien había puesto todas sus esperanzas. Grande fue su alegría cuando Li Lien-ying le anunció la presencia de Kung. El eunuco estaba enflaquecido y desaseado. Para ver con urgencia a su señora no se paró ni a tomar una reconfortante escudilla de mijo. Pero Tzu Hsi no reparó en la apariencia de su fiel eunuco ni se preocupó de que estuviera hambriento. Se levantó a toda prisa y salió a la antesala, donde esperaba el príncipe Kung. Saludóle, dio gracias a los dioses y rompió a llorar. Nunca un rostro fatigado pudo mostrar expresión más amable ni ningún hombre parecer tan decidido y digno de confianza. Tzu Hsi sintió que se le aligeraba la carga que oprimía su corazón. Kung indicó; —Aquí

estoy, aunque hasta el momento secretamente, porque era mi deber presentarme primero a mi emperador y hermano mayor. Y he tenido, antes de las vuestras, graves noticias. El jefe de eunucos me las envió por un subalterno suyo, su criado particular, que hizo el viaje hasta mi residencia disfrazado de pordiosero. Resulta que ese triunvirato de infames que conocéis me ha denunciado al Trono del Dragón. Han asegurado a mi hermano mayor que yo conspiro contra él, que mantengo en Pequín secretas connivencias con los enemigos extranjeros y que éstos han ganado mi voluntad prometiéndome el Trono si faltara mi hermano. Al recibir vuestro escrito, Venerable, comprendí que debía apresurarme a venir y deshacer esta maraña de ardidés indignos. No pudo pronunciar otra palabra, porque la sirvienta de confianza de Tzu Hsi irrumpió de repente en la habitación, sollozando: —¡Venerable, dueña mía señora! Vuestro hijo, el heredero del Trono... —¿Qué le pasa? ¿Le han hecho algo? Asió a la mujer por los hombros y la zarandeó como para sacarle del cuerpo toda la verdad. El príncipe Kung interpeló a la enloquecida camarera: —Habla, mujer, y no estés ahí como pasmada, mirándonos con la boca abierta. La servidora anunció, sin interrumpir sus sollozos: —¡Nos lo han robado! Le han puesto en manos de la esposa del príncipe Yi. Esta mañana la llamaron j al Pabellón de Caza, entregaron el heredero a su I cuidado y el de sus damas e hicieron salir de allí a las demás mujeres. Y el niño está con la princesa y sus azafatas... Oyendo aquellas palabras, Tzu Hsi se dejó caer en su asiento. Pero el príncipe no la permitió que cediese al temor. —Venerable —dijo—, no podéis permitiros el lujo del terror. No necesitó hablar más. Ella se mordió los labios y se retorció las manos. —¡Hemos de anticiparnos a todos! —exclamó—. Necesitamos apropiarnos del Gran Sello Imperial, y con él la autoridad y el poder serán nuestros. El príncipe no ocultó su admiración. —No hay mente como la vuestra. Me inclino ante ella. Tzu Hsi se levantó sin oírle. El príncipe le tendió la mano.

—Os ruego que no salgáis de estas habitaciones por ahora. Antes debo averiguar yo la extensión de los peligros que amenazan al heredero. La conjura adquiere más incremento del que esperábamos. Esperad que yo vuelva, Venerable. Inclínose y salió rápidamente. ¿Cómo podría ella esperar con calma? Y, sin embargo, tenía que hacerlo y no exponerse al riesgo de morir asesinada traicioneramente en cualquier corredor de palacio. Porque entonces ¿quién se cuidaría de su hijo? ¡Pobre vástago suyo, sometido lamentablemente a las intrigas que se urdían en torno a la sucesión del Trono del Dragón! Así, después de salir de la estancia el príncipe Kung, Tzu Hsi permaneció inmóvil. Oía aullar el viento entre las múltiples torres del palacio. Volvióse para mirar por la ventana. Las ráfagas levantaban grandes remolinos de arena que batían los muros de piedra y caían en el foso. Aquel implacable viento lo cegaba y secaba como parecía secar las nubes del cielo. Sin duda fue aquel viento maldito el que arrebató los restos de la resistencia que aún latía en el cuerpo del emperador cuando, en su palanquín, atravesaba las planicies del desierto. ¿Cómo podría ella salvar a su hijo? Sólo estuvo ociosa unos instantes. Luego, ante las atentas miradas de su camarera y su eunuco, se dirigió a la mesa y se dispuso a escribir. Con delicada prisa derramó agua sobre la barra de tinta para formar una pasta muy fluida, y humedeció en ella un pincel de pelo de camello, hasta empapararlo y tornarlo fino como la punta de una aguja. Entonces, y con una serie de enérgicas pinceladas, comenzó a redactar un decreto de sucesión. El texto rezaba:

Yo, Hsien Feng, emperador del Imperio del Medio y de sus dependencias de Corea y el Tibet, de la Indochina y de las islas del Sur, soy en este día llamado a unirme a mis imperiales antecesores. Así yo, Hsien Feng, en pleno dominio de mi voluntad y mente, declaro que el heredero del Trono Imperial es el hijo varón engendrado por mi en Tzu Hsi, emperatriz del Palacio Occidental. Todos han de reconocerle como emperador futuro y

sucesor mío en el Trono del Dragón. Y, hasta que alcance la edad de dieciséis años, designo como regentes del imperio a mis dos consortes, la emperatriz del Palacio Occidental y la emperatriz del Palacio Oriental. En este día de mi muerte...

Tzu Hsi dejó un espacio en blanco, para intercalar la fecha, y añadió estas palabras:

Y añadido mi firma y el sello dinástico imperial a ésta mi última voluntad y decreto.

Dejó otro espacio en blanco, arrolló el pergamino y se lo guardó en la manga. Sí, tendría a Sakota como compañera de regencia. La haría su aliada y así evitaría el tenerla quizá como enemiga. Tzu Hsi, complacida de su astucia, dejó aflorar una sonrisa a sus labios. Entretanto Li Lien-ying y la camarera permanecían atentos a las órdenes de su señora. Aunque rendido de cansancio, el eunuco no osaba pedir un rato de bien ganado descanso. De pronto la mujer de servicio volvió la cabeza hacia la puerta. Había percibido pisadas. Tenía un oído muy bueno, aguzado por largos años de constante atención a las llamadas de su imperial señora. —Oigo pasos —musitó. —¿De quién serán? —ponderó el eunuco. Se recogió la túnica con la mano derecha y se acercó a la puerta. Descorrió el cerrojo, entreabrió el batiente y miró por la hendidura. La mujer le siguió y colocándose de espaldas a la puerta, cerrada otra vez por el eunuco. Sonó la suave llamada de una mano en la madera. Ella abrió la puerta un tanto, miró y se volvió a su ama. —Venerable —anunció—, aquí está vuestro primo. Tzu Hsi, que seguía sentada a la mesa escritorio, volvió rápidamente la cabeza. —Hacedle entrar —dijo. Al hablar se levantó. La sirvienta abrió la puerta y Jung Lu penetró en el aposento. La mujer cerró la puerta tras él y pasó el cerrojo, mientras el eunuco salía para montar la guardia en el exterior» Tzu Hsi habló con voz apagada y dulce: —Buenos días, pariente. Jung Lu no pronunció palabra. Adelantó unos pasos e hizo una rápida reverencia. Ella mandó: —No te arrodilles, primo. Siéntate y hablemos con toda

naturalidad, según hablábamos antaño. Pero Jung Lu no tomó asiento. Alzó la cabeza, acercóse más a la joven y fijó los ojos en el suelo. Inmediatamente comenzó a hablar: —Venerable, no tenemos tiempo para cortesías. El emperador está agonizando y el eunuco mayor me envía a advertírtelo. Su Shum estaba en la cámara imperial hace menos de una hora y con él los príncipes Yi y Cheng. Han preparado una intriga consistente en hacer firmar al emperador un decreto designándolos regentes durante la minoridad del heredero del Trono. El monarca no quiso firmarlo y perdió el sentido cuando ellos intentaban persuadirle y forzar su voluntad. Pero de seguro volverán a la carga. Tzu Hsi no perdió un solo momento. Se precipitó hacia el corredor, pasando a la carrera ante el joven. Él la siguió con toda celeridad y Li Lien-ying hizo lo mismo. Mientras andaba, la emperatriz volvió ligeramente la cabeza para dar órdenes al eunuco. —Anúnciame al Hijo del Cielo y dile que iré con el heredero dentro de muy poco rato. Rápida, como impelida por el viento, corrió al Pabellón de Caza. Atravesó el umbral sin que nadie se atreviese a detenerla. Oyó el llanto de un niño, se paró a escuchar y oyó la voz de su hijo. ¡Afortunado lloro que la conducía tras él! Empujó a las asustadas mujeres, y atravesando cuarto tras cuarto penetró en aquel donde el llanto sonaba. Pasó y distinguió a una mujer que atendía al niño sin conseguir hacerle callar. Tzu Hsi le tomó en brazos y se lo llevó. El pequeño asía con las dos manos el cuello de su madre. El asombro le hacía callar, pero no le infundía temor. La emperatriz recorrió pasadizos y galerías, subió escaleras de piedra, dejó atrás la cámara y salones y al fin alcanzó los aposentos más interiores de todos. Sin hacer la menor pausa cruzó rectamente la puerta que el eunuco mayor mantenía abierta para ella. —¿Vive todavía el Hijo del Cielo? —preguntó. —Aún respira —dijo el eunuco mayor, con la voz enronquecida por los sollozos. El alto y vasto lecho parecía un sarcófago. Lo rodeado de eunucos arrodillados, que lloraban con el rostro

apoyado en las manos. La emperatriz pasó entre ellos, como entre árboles doblegados por el aire en un bosque. Llegó a la cabecera del emperador y se detuvo allí con el niño en los brazos —¡Señor! Hablaba en voz clara y fuerte. Esperó sin que él contestara. —¡Señor! —repitió en la esperanza de que le sirviese de algo la mágica manera que tenía de atraerle. Esta vez el emperador oyó y levantó sus hinchados párpados. Volvió un tanto la cabeza y sus moribundos ojos repararon en la faz de la emperatriz. Ella dijo: —Señor, aquí está vuestro heredero. Los grandes y oscuros ojos del niño miraron al enfermo, muy abiertos. —Señor —repitió ella—, habéis de declarar que vuestro hijo es vuestro heredero. Si me oís, alzad la mano derecha. Todos se fijaron en la mano del agonizante. Aquella mano permanecía inmóvil y no era más que un amarillo conjunto de piel y hueso. El emperador movió los dedos con un esfuerzo tan grande, que los presentes prorrumpieron en gemidos. Tzu Hsi dijo imperiosamente: —Yo debo ser la regente del niño, porque sólo yo puedo defender su vida contra los que quieran quitársela. Agitad otra vez la mano derecha para hacernos entender vuestros deseos. De nuevo se repitió el débil movimiento de la amarilla mano. La emperatriz, aproximándose al lecho, la cogió. —Señor —rogó—, procurad recobraros por un momento. Con un gran esfuerzo el alma y el entendimiento del emperador parecieron realentarse al oír la voz de Tzu Hsi. Fijó en el rostro de su predilecta la mirada de sus ojos, ya opacos por la agonía. Tzu Hsi sacó de su seno el pergamino con el decreto de sucesión. Atendiendo rápidamente el Implícito deseo de su prima, Jung Lu tomó el pincel bermellón en la mesa de escritorio que había cerca y lo entregó a Tzu Hsi, En seguida le cogió el niño que ella tenía en brazos. La emperatriz dijo al agonizante, con voz clara: —Habéis de firmar este escrito, señor. Poned los dedos en el pincel. Yo os guiaré la mano. Él puso, en efecto, la mano en la de la emperatriz y sus dedos se movieron, o parecieron moverse, al trazar su nombre. Ella dijo,

guardándose el pergamino en el pecho. —Gracias mi amadísimo señor. Con un ademán hizo señal a todos que se apartasen. Jung Lu sacó al niño del dormitorio y los eunucos se agruparon en un extremo de la estancia y esperaron, llevándose las mangas a los ojos. La emperatriz se sentó al borde del lecho, alzó la cabeza del emperador y la hizo descansar bajo su brazo. ¿Vivía aquel hombre aún? Tzu Hsi, escuchando creyó percibir un hálito de vida en el pecho del agonizante. Éste abrió mucho los ojos y realizó una inspiración profunda. —¡Qué dulce es tu perfume! Suspendió la respiración un instante, la retuvo en la garganta y luego la exhaló con mi gran suspiro. Así murió. La mujer puso suavemente la cabeza del cadáver en la almohada, se inclinó sobre él y gimió: —¡Ay! Repitió su lamento y derramó algunas lágrimas de pura compasión por aquel hombre que moría tan joven y sin que nadie le amase. Ella pudo haberle amado. Por un momento la abrumó el disgusto de no haberlo conseguido nunca. Se levantó y salió de la cámara imperial con el paso lento propio de una emperatriz viuda.

Más rápidas que el viento se extendieron por Palacio las noticias de la muerte del emperador. Éste había sido depositado en el salón de audiencias, arpas puertas se cerraron para impedir el acceso de todo ser viviente. En cada puerta del vasto edificio montaba la centinela un centenar de hombres de la Guardia Imperial, designados por Jung Lu. Sólo los pájaros estaban en libertad de ir, venir y posarse entre los dragones dorados que ornaban las nobles techumbres. Reinaba un silencio profundo bajo los grandes aleros que coronaban las galerías exteriores, con su multiplicidad de pilastras. Mas aquel silencio no simbolizaba paz alguna. Los muros del palacio escondían en su interior una enconada lucha por el poder. ¿Quién sabía dónde iba a reñirse la batalla final? Como progenitora del heredero del Trono, Tzu Hsi se había convertido en emperatriz madre. Era joven aún, puesto que no contaba ni siquiera treinta años de edad. La rodeaban príncipes de la

sangre y jefes de los fuertes clanes manchúes, tan envidiosos entre sí. ¿Podría ella imponerse, aunque sólo fuese como emperatriz madre? Todos sabían que Su Shun era enemigo de la emperatriz, así como dos de los más influyentes príncipes, hermanos del difunto emperador. ¿Seguiría el príncipe Kung siendo aliado de la emperatriz? La Corte esperaba, irresoluta, sin saber a quién convenía ofrecer su lealtad. En consecuencia, todos los cortesanos callaban y cada uno procuraba mantenerse sereno y no dar signo alguno de amistad u hostilidad hacia el otro. Entretanto, el Gran Consejero Su Shun, tan pronto como sus observadores le informaron de la muerte del emperador, llamó al jefe de eunucos y le dio un recado que debía transmitir a la emperatriz viuda. Su Shun dijo arrogante: —Manifiesta a Su Imperial Majestad que el príncipe Yi y yo fuimos destinados regentes de la nación por el Hijo del Cielo poco antes de que su espíritu nos abandonara. Añade que deseamos que nos conceda una audiencia. El eunuco mayor se inclinó profundamente y, sin responder, se apresuró a cumplir lo que le encargaban. De camino parose para cuchichear unas palabras al oído de Jung Lu, que estaba de guardia. Jung Lu dio inmediatas órdenes. —Lleva a los Tres, tan pronto como puedas, a la presencia de la emperatriz madre. Yo permaneceré escondido al otro lado de la puerta y entraré en cuanto ellos salgan. Entretanto Tzu Hsi se hallaba en sus habitaciones, vestida de blanco de pies a cabeza para significar su duelo y su profunda aflicción. Blancos eran sus vestidos, blancos sus zapatos, blanco su tocado. Así estaba desde que se anunció la muerte del emperador, sin probar bocado ni beber siquiera una taza de té. Sus grandes ojos miraban inexpresivos el vacío, y sus manos se entrelazaban sobre el regazo. Sus damas de honor se hallaban cerca de ella, llevándose de continuo sus pañuelos de seda a los llorosos ojos. Pero la emperatriz no lloraba. Cuando llegó el jefe de los eunucos, ella, sin abandonar su mirada inexpresiva ni ningún pormenor de su aspecto, habló, pareciendo hacer un esfuerzo

con el que quisiera desembarazarse de algún deber penoso. —Haz el favor de mandar venir el príncipe Cheng, al príncipe Yi y al Gran Consejero Su Shun. Manifiéstales que debemos cumplir la voluntad del emperador, mi señor, que ahora mora en las Fuentes Amarillas. El indicado jefe salió para cumplir el encargo. En un término de tiempo increíblemente corto, Tzu Hsi vio entrar a Su Shun, con los príncipes Yi y Cheng. La emperatriz volvió la cabeza y habló a Mei, su azafata favorita, que era la hija de Su Shun. —Sal, Mei, porque no parece correcto que permanezcas presente mientras hablo con tu padre. Esperó a que la esbelta jovencita se retirase. Luego aceptó los ceremoniosos saludos y reverencias de los príncipes y, para probarles que, aun después de fallecido su esposo, no tenía nada de orgullosa, se levantó y correspondió a las inclinaciones de los visitantes. Su Shun, en cambio tenía orgullo sobrado para todos. Se acarició con la mano la corta barba, alzó los ojos y los clavó en el rostro de la emperatriz. Ella reparó muy bien en aquella falta de cortesía, pero no hizo nada para censurarla. Su Shun habló: —Señora, venimos a tratar del decreto de regencia. En su última hora, el Hijo del Cielo... Tzu Hsi le atajó. —Esperad, mi muy buen príncipe. Si tenéis algún pergamino al efecto y lleva la firma imperial, estad seguro que obedeceré. Su Shun repuso: —No tengo pergamino alguno, pero sí testigos. El príncipe Yi... Ella le volvió a interrumpir. —Pues yo sí tengo un pergamino de esa clase. El emperador lo firmó en mi presencia y en la de muchos eunucos. Buscó con la mirada al eunuco mayor, pero este prudente sujeto había traspuesto la puerta y esperaba fuera, no deseando estar presente a lo que podía llegar a ser un verdadero encuentro entre tigres enfurecidos. Tzu Hsi no se intimidó y sacó del seno el pergamino con el texto del decreto sucesorio que la mano del difunto emperador había firmado. Con voz serena y dulce, cada una de cuyas sílabas sonaba con la claridad de una campanilla de plata, leyó el decreto del comienzo al fin, mientras Su Shun y

los r dos príncipes escuchaban con atención. Su Shun, al acabar la lectura, se tiró de la barba y pidió, con acento rezongón: —Permitidme ver la firma. Ella le mostró el pergamino, aunque sin soltarlo. El Gran Consejero exclamó: —¡No lleva el sello imperial! Ningún documento es válido sin él. No esperó a oír la respuesta de su interlocutora ni descubrió la expresión consternada que se pintó en su rostro. Volviose y salió a la carrera, seguido por los dos príncipes como por su sombra. Tzu Hsi comprendió en el acto los motivos de tanta premura. Aquellos hombres iban en busca del Gran Sello Imperial, que se guardaba en un cofre, en el dormitorio del fallecido soberano. Quien se adueñara primero de aquel sello, sería el vencedor en la lucha entablada. Apretó los dientes hasta hacerlos rechinar, reprochándose internamente el no haberse acordado del refrendo del Gran Sello. Fuera de sí, se arrebató de la cabeza el blanco tocado, tirólo al suelo con la loca rabia, y cerrando los puños, descargóse sendos golpes en los oídos. —¡Estúpida! —se increpó—. ¡Eres la más estúpida de las mujeres! Y más estúpido todavía ese príncipe, Kung, que no me advirtió a tiempo, y entupidísimo mi primo Jung Lu, y estúpidos y traidores esos eunucos que no están en nada y no me advirtieron a tiempo. ¿Cómo apoderarme del sello? Se precipitó a la puerta y la abrió violentamente. ¡ Pero allí no había nadie. No se veía en sitio alguno al jefe de eunucos, ni siquiera a Li Lien-ying. Nadie podía alcanzar en aquellos momentos a los príncipes reales y el Gran Consejero. La abatida emperatriz se dejó caer al suelo y lloró. Había perdido años y años: la vida entera... Y ahora todos la traicionaban. En aquel momento Mei, atisbando por entre las cortinas de brocado, distinguió a su señora tendida en di pavimento y como muerta. Se lanzó hacia ella y se arrodilló a su lado. —¡Oh, Venerable! —gimió—. ¿Estáis herida? Decidme quien os ha maltratado. Intentó levantar la cabeza de la emperatriz, pero no pudo. Entonces se alzó y corrió hacia la puerta, abierta aún. En el mismo instante apareció

Jung Lu llevando tras de él al eunuco Li Lien-ying. —¡Oh! —exclamó la joven. Y retrocedió al ver que la sangre se agolpaba en sus mejillas. Pero Jung Lu no la vio siquiera. Llevaba en la mano un paquete envuelto en seda amarilla. —He traído el sello —anunció. Ella se puso en pie de un salto. Jung Lu, erguido y alto a su lado, se mostraba reservado y grave como era su costumbre hacía tiempo. Evitando la mirada directa de su prima, el soldado volvió a empuñar entre las manos el Gran Sello, sólido bloquecillo de jade, que tenía profundamente grabado el símbolo imperial del Hijo del Cielo. Aquel era el distintivo del Trono del Dragón, fabricado hacía más de mil ochocientos años por disposición de Ch'in Sbih-huang, el emperador entonces gobernante. Jung Lu explicó: —Oí las palabras de Su Shun desde atrás de la puerta, donde me hallaba para guardarte, y así supe que al pergamino del decreto de sucesión le faltaba el sello. Se trataba de una competencia de celeridad entre nosotros. Corrí, pues, por un lado de la cámara mortuoria, mientras enviaba a tu eunuco por otra parte, por si yo no llegaba a tiempo. En este punto Li Lien-ying, siempre dispuesto a reclamar algún mérito en su favor, intervino para esclarecer: —Llevé conmigo a un eunuco subalterno, Venerable, y penetré en el dormitorio imperial por una ventana, ya que la puerta estaba cerrada. ¡Hay que tomar tantas precauciones contra los bandidos en este país desolado! Mientras el otro eunuco vigilaba fuera, yo asomé la cabeza a la alcoba y, como no vi a nadie, entré, tomé un jarrón de jade y con él golpeé y rompí la tapa de madera del cofre donde se guarda el sello. Cogí éste, pasé de nuevo por la ventana, con ayuda de mi compañero. Entretanto ya el Gran Consejero y los príncipes forcejeaban para abrir a toda costa la puerta. Por fin introdujeron una llave en el ojo de la cerradura. ¡Me hubiera gustado ver la cara que, sin duda, pusieron al advertir que el sello había desaparecido! Jung Lu dijo: —Ahora no es momento de reír. Has de saber emperatriz, que esos hombres intentarán

quitarte la vida en vista de que no han podido arrebatarte el poder. —No me dejes sola —imploró ella. La camarera de Tzu Hsi había pasado todo el tiempo mirando desde detrás de la puerta, con el oído apoyado en la madera para no perder palabra de lo que se decía. Repentinamente la abrió y entró el príncipe Kung. Tenía el rostro muy pálido y llevaba arremangadas las ropas, sin duda para moverse más de prisa. —¡Venerable —exclamó—, el sello imperial ha desaparecido! He ido en persona a la cámara mortuoria y ordenado a los guardias que la abrieran. Pero me contestaron que eso lo habían hecho ya por orden de Su Shun, y entonces, penetrando, hallé que el cofre del sello estaba vacío. Se interrumpió, porque en aquel momento sus ojos descubrieron el envoltorio de seda amarilla que contenía el sello del emperador. Abrió mucho la boca y los ojos, y se pasó la punta de la lengua por el labio superior, sonriendo de un modo extraño. —Comprendo —dijo—, y hasta me hago cargo de que por qué Su Shun asegura que una mujer como vos debe recibir la muerte si no queremos que acabe gobernando el mundo. La emperatriz, el príncipe y el eunuco se miraron unos a otros y los tres soltaron una alborozada carcajada.

Escondieron el sello Imperial bajo el lecho de Tzu Hsi y corrieron las cortinas de raso granate. Así, en todo el palacio, sólo la emperatriz, su camarera y el eunuco conocían su escondrijo. El príncipe Kung pidió: —No me digáis dónde habéis ocultado el sello, porque de este modo, sin mentir, podré afirmar que no conozco su paradero. Una vez garantizada la posesión del sello imperial, Tzu Hsi podía hacer lo que se le antojase. Su febril inquietud cedió a una sensación de seguridad y paz. Ahora podía actuar como si fingiera que ignoraba la agitación que reinaba en palacio, donde ya se conocía la desaparición del sello y se ignoraba el lugar en que, a la sazón, podía encontrarse. Todos adivinaban que lo tenía la emperatriz, y la cortesía y la obediencia más profunda

sustituyeron a la impudencia y a la creciente arrogancia de los que eran o se disponían a ser enemigos de la emperatriz. Sus tres principales adversarios procuraban no hacerse ver de ella. Tzu Hsi estaba segura de que no cabían en sí de disgusto al ver fracasado su intento. Y, en medio de toda esta confusiva consternación, ella se movía con toda naturalidad y dominio de sí misma. Su primera decisión consistió en mandar a su eunuco a dar las gracias a la mujer del príncipe Yi por los cuidados que había dedicado al heredero, añadiendo que, como a ella ya no le era preciso dedicar su tiempo al emperador, con gran desolación suya, podía atender personalmente a su hijo sin producir molestias a nadie más. Y así volvió a su cargo el heredero. Esto efectuado Tzu Hsi fue a visitar a su prima Sakota. Sentose, sollozando, junto a ella y le explicó cómo el emperador en su lecho de muerte había resuelto que las dos emperatrices fueran corregentes durante la minoridad del muchacho. —De modo, querida prima —añadió—, que tenemos que proceder como hermanas. Así quiso unirnos nuestro señor para que las dos recordemos siempre lo que nos amó. Yo te juro afección y lealtad durante toda la vida. Tomó la mano menuda de Sakota y miró su desconcertada cara. ¿Y qué iba Sakota a contestar? Devolvió la sonrisa, asumió una expresión de semiagradecimiento y, con un acento en el que vibraba parte de su antigua sinceridad infantil, dijo: —Verdaderamente, prima, me alegro de que vivamos como amigas. Tzu Hsi rectificó: —Como hermanas. Sakota se apresuró a enmendar sus palabras: —Sea como hermanas. En realidad, siempre he temido ese Su Shun. Tiene una mirada tan fiera y astuta... Me prometió muchas cosas, pero nunca se sabe... —¿Qué te prometió? —quiso saber Tzu Hsi, exagerando la gentileza de su voz. Sakota se ruborizó. —Me dijo, entre otras cosas, que mientras él fuera regente, yo siempre sería considerada la emperatriz viuda. Tzu Hsi interrogó con la misma voz serena: —Y a mí me daría muerte, ¿verdad? —Con eso nunca estuve de

acuerdo —repuso Saleota con sospechosa celeridad. Tzu Hsi mantuvo su usual cortesía. —Tengo la seguridad de ello, y creo que ahora debemos olvidarlo todo. —Excepto... Sakota titubeó y calló. —¿Excepto...? —preguntó Tzu Hsi. Sakota dijo, no muy espontáneamente: —Ya que tanto sabes, también puedes saber que Su Shun se proponía matar a todos los extranjeros; que hay en el reino, y así mismo a los hermanos del emperador que no hubieran participado en la conjura. Los edictos para la ejecución de estos proyectos estaban ya redactados y sólo faltaba ponerles el sello. —¿Es posible? —murmuró Tzu Hsi. Sonreía, pero sentíase muy impresionada. Además de su vida propia ¡cuántas otras había salvado sin saberlo! Oprimió la mano de Sakota entre las suyas. —De ahora en adelante, hermana, no debemos tener entre nosotras secreto alguno. Nada temas, porque los conspiradores no tienen sello imperial y, en consecuencia, los decretos y edictos que intentaban promulgar carecen de toda validez. Sólo puede reclamar la sucesión del Trono del Dragón aquel que tenga en su poder el antiguo sello que ha llegado a nuestras manos por legado de nuestro antepasado Ch'un Shih-huang, y en el que están grabadas las palabras. «Autoridad Legalmente Transmitida». Tzu Hsi parecía tan noble, serena y pura, que Sakota no se atrevió siquiera a preguntarle dónde se guardaba el sello, inclinó la cabeza y murmuró con voz débil: —Sí, hermana. Se llevó el pañuelo primero a los labios y luego a los párpados y gimió: —¡Ay, ay! Con esto significaba su pena por la muerte de su señor. Tras esto Tzu Hsi se despidió de ella. En el transcurso de los días que debían preceder a su regreso a la capital, la emperatriz no tenía más que esperar ulteriores revelaciones sobre sus enemigos o provinientes de ellos. Aguardó, pues, con ánimo sereno, al que se mezclaba cierto íntimo deleite. Pero exteriormente no daba la menor señal de esto último. No se le notaba sino la gravedad que debe caracterizar a una buena viuda. Seguía llevando ropas blancas y había prescindido de

toda joya o aderezo. Entretanto el príncipe Kung retornó a Pequín con el propósito de negociar una tregua con el enemigo para poder llevar allí el cadáver del emperador y proceder a las ceremonias de su entierro. El príncipe Kung dijo a Tzu Hsi al partir: —Una sola advertencia debo haceros, Majestad; y es que no tengáis ninguna entrevista con vuestro primo, el jefe de la Guardia Imperial. Y no es que yo dude del valor y fidelidad de vuestro pariente, porque estas cosas me constan bien y las estimo en cuanto merecen, pero los enemigos que tenemos se fijarán en Vuestra Majestad, ahora más que nunca, para ver si hallan algún fundamento de verdad en ciertas hablaturías. En cambio, podéis poner la mayor confianza en An Teh-hai, el eunuco mayor, que está consagrado por completo a vuestro servicio y al del heredero del Trono. Tzu Hsi levantó los ojos y dirigió al príncipe una mirada de reproche. —¿Acaso me tomáis por una estúpida? —Perdonad —dijo él. Tales fueron sus últimas palabras antes de despedirse. La emperatriz, en efecto, no necesitaba el consejo que había recibido, más siempre era una garantía contra cualquier tentación. Era mujer, al fin y al cabo, y mujer de corazón ardoroso, y desde que el emperador había muerto, a menudo se le ocurrían arrojados y secretos pensamientos. Más de una vez soñaba con deslizarse a lo largo de los corredores oscuros, salones solitarios y estancias desiertas hasta llegar al pabellón contiguo a la verja donde se estacionaba la Guardia Imperial. Allí podía encontrar al hombre que amaba y a cuyo alrededor giraban los pensamientos de Tzu Hsi como palomas enlutadas de blanco. Recordaba a Jung Lu lo mismo que en los días de su niñez, siempre joven, alto y erguido. Y también, en rigor, algo inclinado a la tenacidad, sin ceder nunca en nada si su voluntad no se lo pedía, y de carácter más fuerte que el de ella, que no lo tenía nada flojo. Seguía pareciéndole hermoso como antaño, con una hermosura varonil, sin delicadezas ni afeminamientos. No se parecía en nada al pobre emperador difunto. No había sido inútil, por lo

tanto, para defenderla de tales pensamientos y memorias, la advertencia del príncipe Kung, que podía escucharla contra sus desenfrenados deseos. Exteriormente la emperatriz se mantenía grave y serena, pero por dentro su corazón era todo llama. No, no podía entregarse a los caprichos de su corazón. Su tarea distaba mucho de haber concluido. No le cabía dar pretextos y ayudar a sus enemigos ni concederse libertad a sí misma hasta que el Trono fuera suyo y pudiera retenerlo para su hijo. Había de mostrar encanto, dignidad y cortesía con todas las gentes que le rodeaban. Y tan bien lo hizo así, que todos, excepto sus enemigos declarados, se sentían atraídos por ella, y más que ninguno los soldados de la Guardia Imperial, a quienes hacía dádivas y con quienes mostraba especiales amabilidades, sin que nunca hiciese diferencia ostensible entre la tropa común y la persona de su comandante. Diariamente enviaba a darles gracias por la centinela que hacían en torno al cadáver del difunto emperador. Consideraba su principal aliado al jefe de eunucos, An Teh-hai, quien estaba siempre junto a ella como antaño lo estuviera junto al soberano. Por el eunuco sabía lo atribulados y airados que sus adversarios estaban, en particular los Tres y sus más directos secuaces. Al día siguiente de la muerte del emperador ya habían empezado ellos a divulgar un edicto en que se declaraban regentes por voluntad que, en su lecho de muerte, expresara el monarca. A esto añadían la prohibición de que Tzu Hsi interviniera para nada en la gobernación del Estado. Pero, cuando no pudieron encontrar el sello, quisieron aplacar las posibles iras de su enemiga y, suspendiendo la circulación del primer edicto, publicaron otro en que se proclamaba emperatrices viudas a las dos consortes del fallecido soberano. ' El jefe de eunucos dijo, en parte seriamente y en parte bromeando: —Eso, Venerable, no se debe tanto a que seáis la madre del nuevo emperador como que os habéis ganado la voluntad de los soldados manchúes que guardan el palacio. Tzu Hsi contrajo las facciones, haciendo que

aparecieran en sus mejillas lindos hoyuelos. —¿Y quieren matarme todavía? —preguntó con exagerada inocencia. —No, hasta que se sientan seguros de su posición en la capital. Los dos rieron y se separaron, él para despachar el emisario que diariamente enviaban al príncipe Kung y ella para reanudar su papel de emperatriz dolorida y mujer encantadora. Cuando se reunía con alguno de los Tres, expresaba tanta cortesía y parecía tan indiferente al peligro, que ellos —o al menos el príncipe Yi— no pensaba que le constase que los conspiradores proseguían sus manejos. El segundo día del noveno mes lunar, habiéndose ya alcanzado tregua con los invasores, la regencia decidió que el cortejo del cadáver del emperador emprendiera la marcha hacia la capital. Era secular costumbre que, cuando moría un emperador fuera de donde debía ser enterrado, las consortes se adelantaran al cortejo para recibir el cadáver imperial cuando llegase a su última morada. Así, con la debida gravedad y tristeza, Tzu Hsi se preparó para partir con su hijo. Aquella antigua costumbre daba a la emperatriz ventajas que la alegraron mucho, aunque lo disimuló. Los Tres que seguían siendo sus enemigos estaban obligados por sus deberes a acompañar el imperial catafalco, cuyo gran peso, que exigía ciento veinte hombres para sostenerlo, obligaba a avanzar con tal lentitud que el viaje a la capital iba a exigir diez días, con paradas y descanso cada quince millas de marcha. Por lo contrario, la emperatriz madre, usando un sencillo coche de muías, podía llegar a la capital en la mitad del tiempo y asentar allí su residencia y poder antes de que estuviera en manos de Su Shun el impedirlo. La noche del día anterior a la partida, el jefe de eunucos habló a la emperatriz de esta manera: —Venerable, vuestros enemigos están desesperados y, en consecuencia, hemos de vigilar cada paso que demos. Ella respondió: —Confío en lo que me digas. An Teh-hai prosiguió: —Nos hallamos ante una nueva faceta de la conspiración. En lugar de que os acompañen vuestros leales guardias

manchurianos, Su Shun ha ordenado que sean sus propios soldados los que os escolten, so pretexto de que la Guardia Imperial debe custodiar el cadáver del difunto emperador. Hasta a mí me han ordenado permanecer al lado del sarcófago. Igual medida abarca a vuestro eunuco Li Lien-ying. —¡Oh.! El eunuco mayor aconsejó silencio con un movimiento de su ancha mano. —Algo peor tengo que comunicaros, señora. Jung Lu ha recibido instrucciones para quedarse en Jehol y guardar el palacio. Tzu Hsi se retorció las manos. —¿Y eso es definitivo? El jefe de eunucos inclinó afirmativamente su voluminosa cabeza. —Así me lo ha dicho él. La emperatriz preguntó, llena de inquietud: —¿Y qué voy a hacer? Se trata de asesinarme. En cualquier aislado desfiladero ¿quién oirá mis gritos si pido socorro? —Tengo la certeza, Venerable, de que vuestro pariente ha planeado algo para salvaros. Afirma que podéis confiar en él y que procurará no estar lejos de Vuestra Majestad. Sin más fe ni esperanza que la sostuviese, Tzu Hsi emprendió el viaje al despuntar la mañana siguiente. Iba primero el coche de su hijo y seguían el suyo propio y el de Sakota, rodeados por una ajena guardia de hombres desconocidos. Ella miraba a todos con calma y sin temor, y a todos hablaba cortésmente, transmitiendo disposiciones sueltas y pidiendo al fin, como si fuese cosa que pudiese olvidársele, que le pusieran a su lado su caja-tocador, por si necesitaba unas gotas de perfume o un pañuelo. Aquella caja contenía el Gran Sello Imperial, pero esto sólo era conocido de la emperatriz y de su fiel sirvienta personal. Cuando todo estuvo preparado, Tzu Hsi montó en su coche, corrió las cortinillas y principió su triste viaje. Mucho había anhelado abandonar aquel sombrío palacio, más se daba el caso de que le parecía un seguro refugio ahora que no sabía lo que la esperaba, ni dónde podría dormir aquella noche, ni si dormiría siquiera. Había terminado la sequía estival y, mientras el día avanzaba, caía cada vez más intensa y monótona una lluvia clara y mordiente que empapaba el arenoso suelo, hacía

desbordarse los arroyos de las montañas y casi obstruía los estrechos caminos de los desfiladeros. Llegó el anochecer y lo mucho que se había atrasado la comitiva hacía que se encontrase lejos de cualquier punto de reposo. Esto, y las aguas que rebasaban los cauces de los ríos, forzaron a la caravana a detenerse en una garganta de Monte Largo. Para pernoctar se instalaron lo mejor que pudieron en las tiendas de campaña que llevaban consigo. En la oscuridad, mientras se comenzaba a plantar las tiendas, surgieron nuevos motivos de preocupación. El capitán de la guardia hostil declaró que la emperatriz madre y el heredero del Trono dormirían en una tienda muy separada de las restantes. La alta calidad de aquellas personas así lo imponía. —Yo personalmente guardaré vuestra tienda, Venerable —dijo el oficial. Permanecía ante ella ataviado con sus ropas soldadescas. Era un individuo tosco, de voz alta y bronca. Mientras se inclinaba para parecer cortés, apoyaba la mano en las guardas de una espada que le colgaba hasta los talones. La emperatriz contempló a su guardián y sus ojos se fijaron casualmente en su mano derecha. En el dedo, y brillando a la luz del farol de la tienda, tenía un anillo de puro jade encarnado. Tal clase de jade no era común y su color impresionó la mente de la viajera, que dijo con grave calma: —Te doy las gracias. Pienso recompensarte bien cuando lleguemos a nuestro destino. —No hago más que cumplir con mi deber, Venerable. No hago más que cumplir con mi deber. Y tras esta aserción el hombre salió. Avanzaba la noche. Bramaba el viento y la lluvia en la angosta garganta y en el fondo de una quebrada lateral oíase el rugido de las aguas del henchido río que descendía por la vertiente de la montada. De las laderas desprendíanse rocas que rodaban, con atronador estrépito, no lejos de la tienda donde Tzu Hsi permanecía sentada al lado de su hijo. Gradualmente se durmieron, primero la niñera, luego el niño, que sostenía entre sus manos una de su madre, y al fin la misma camarera de la emperatriz. Sólo Tzu Hsi no dormía.

Estaba sola y silenciosa en su tienda, contemplando la goteante bujía contenida en el farol de cuerno y vigilando atentamente el tocador portátil que contenía el Sello Imperial. Aquel sello era un tesoro por el que ella se sentía capaz de perder la vida. No ignoraba los riesgos que se cernían sobre ella. Aquella hora era la adecuada para que el enemigo arremetiese. Sola con dos pobres mujeres y un niño, estaba demasiado lejos para que alguien pudiera oír sus gritos en demanda de socorro. Además ¿quién podía oírla? En todo el día ningún signo le había indicado dónde podía estar su primo. Mientras rodaban los coches, ella había examinado las peñas y las faldas de los montes, pero él no estaba escondido por allí. Tampoco iba entre los guardias bajo el disfraz de soldado raso. Si ella clamaba pidiendo ayuda, ¿estaría Jung Lu lo bastante cerca para oírla? Nada podía hacer Tzu Hsi más que esperar. Y cada aislado momento equivalía a una aislada tortura. A medianoche, la guardia anunció la hora golpeando tambores de bronce. Ello significaba que no había novedad. La emperatriz empezó a reprocharse el exceso de su inquietud. ¿Por qué sus enemigos habían de elegir aquel lugar y aquella noche, y no otra y otro sitio cualquiera para asesinarla? ¿No era fácil sobornar a un cocinero de palacio para que le envenenase los alimentos, o pagar a un eunuco de malos instintos para que se ocultara tras una cortina o puerta ante la que ella hubiera de pasar y donde podía ser fácilmente apuñalada? Ponderaba sus pensamientos, decíase que había de rechazar el temor y meditaba en los inconvenientes que tiene el desembarazarse del cadáver de una emperatriz asesinada. ¿Acaso no querrían conocer sus súbditos lo que había sido de ella y no amedrantarían a sus enemigos los peligros que entrañaba el despertar la ira del pueblo? La hora siguiente pasó más de prisa. Lo que más inquietaba a la sazón a Tzu Hsi, era que se extinguiese la bujía. Tampoco osaba moverse por no interrumpir el plácido sueño del niño, que seguía oprimiendo, entre sus manos, una de las de su madre.

Tendría que llamar, con voz contenida, a la camarera, para que ésta colocase una nueva vela en el farol. La emperatriz alzó la cabeza con aquel propósito y su mirada, hasta entonces fija en la carita del niño dormido, notó en aquel instante el movimiento de la cortina de la tienda. Debía de moverla el viento o batirla la lluvia, mas ella, aun así, no se atrevía a apartar los ojos de la entrada, ni siquiera a llamar. Y, mientras miraba, una daga afilada y corta rajó la tela silenciosamente y, tras la empuñadura del arma, apareció una mano. Una mano de hombre que ostentaba en un dedo un anillo de jade encarnado. Sin un sonido, Tzu Hsi cogió al niño en brazos y atravesó la tienda corriendo. En el mismo momento apareció una segunda mano que aferró la que sostenía la daga y la hizo retroceder. Nada se veía ya en la abertura producida por el hierro. ¡Bien conocía Tzu Hsi aquella segunda y salvadora mano! Detúvose y escuchó. Se percibía en el exterior ruido de lucha entre hombres. Las paredes de la tienda temblaron cuando los que contendían cayeron sobre ella. Hubo un gemido. Luego, silencio. Fuera sonó, apagada, la voz de Jung Lu. —¡Bien muerto estás! Un inmenso ¿consuelo invadió todo el ser de Tzu Hsi, haciéndole latir con fuerza el corazón. Depositó al dormido infante en su lecho y avanzó sobre la alfombra que conducía a la entrada. Abrió la cortina y contempló la noche tormentosa. Allí estaba Jung Lu. Él dio tres pasos hacia ella y los dos se miraron a los ojos. —Sabía que estabas aquí —musitó Tzu Hsi. —No te dejaré sola —dijo él. —¿Y ese hombre? —Le he matado. —¿Dónde está su cuerpo? —Lo he tirado al fondo del barranco. —¿No se darán cuenta sus soldados? —Sí, pero dudo mucho de que ninguno proteste cuando me vean ocupar su lugar. Ambos seguían mirándose fijamente, pero ninguno de ellos osaba avanzar hacia el otro. Ella dijo: —Cuándo yo conozca una recompensa proporcionada al servicio que me has prestado, te la concederé. Él contestó: —Bastante recompensa es para mí que conserves la vida. Callaron los dos. Al fin Jung Lu dijo, un

tanto desazonado: —No podemos entretenernos mucho, Venerable. Por doquiera nos rodean enemigos. Vale más que te retires. —¿Has venido solo? —preguntó ella. —No. Me han acompañado veinte hombres, pero yo me adelanté porque mi caballo era el más rápido de todos. Jung Lu añadió: —¿Conservas el sello? —Sí. Él dio un paso atrás, giró sobre sus talones y desapareció en las tinieblas. Ella dejó caer las cortinas y de puntillas se dirigió a su lecho. Podía dormir tranquila. Todo temor quedaba disipado. Su primo velaba por ella fuera de la tienda. La noche le ocultaba, pero ella le sabía cercano. Por vez primera durante muchas semanas la joven durmió profundamente y en paz.

Al filo de la aurora cesó la lluvia y se levantaron las nubes. Saliendo a la puerta de la tienda, Tzu Hsi contempló un cielo azul que dominaba las peladas y rocosas alturas entre cuyas laderas abríanse verdes valles. Habló cortésmente a la niñera y a la mujer de servicio, sin mencionarles para nada los terrores de la noche. Luego tomó la mano del heredero del Trono y, sacándole de la tienda, buscó entre la arena piedrecillas de colores para distraerle. —Las envolveré en mi pañuelo —le dijo— y así podrás jugar con ellas mientras seguimos el viaje. Nunca se había sentido más tranquila. Todos los que la veían notaban, admirados, su serena resignación. No reía ni sonreía, lo que hubiera sido muy inoportuno en lo que sólo era la avanzada de un cortejo fúnebre, pero exteriorizaba conformidad y resolución. Ningún soldado de la escolta comentó nada cuando por la mañana, en vez de a su capitán, advirtieron que Jung Lu, con veinte hombres de la Guardia Imperial, tomaba el mando. En tiempos tan inciertos no convenía hacer preguntas, pero no había quien no se diese cuenta de que la emperatriz había ganado una victoria, y cada uno se esforzaba con redoblado ahínco en cumplir su deber. Después de comer se plegaron las tiendas, se prepararon los vehículos y se reemprendió el viaje. Junto al heredero y su imperial

progenitora cabalgaba Jung Lu sobre un corpulento caballo blanco. A cada lado avanzaban diez de sus guerreros. Nada se interrumpió y Tzu Hsi pareció no reparar en el cambio de guardia. Iba sentada, silenciosa, en su banqueta cubierta de cojines. El coche llevaba las cortinillas lo bastante separadas para que la emperatriz pudiera contemplar el paisaje. Si alguien espío su mirada, ni una sola vez la vieron dirigida hacia el comandante de la Guardia Imperial. ¿Quién podía saber cuáles eran los pensamientos de la viajera? Ni ella misma, pues su mente estaba en reposo como pocas veces. Aquellos cortos días de itinerario eran exclusivamente suyos y, por añadidura, sentíase ya a salvo de todo mal. La culminación de su esfuerzo, la lucha decisiva por el Trono del Dragón, producirían cuando llegase a Pequín el catafalco imperial. Viajando a la misma velocidad que llevaban, las dos consortes debían llegar a la Ciudad Prohibida cinco días antes que el séquito fúnebre. En cuanto estuviese allí, Tzu Hsi convocaría a los hombres de clan y a los hermanos del emperador que podían considerarse leales, y con ellos estudiaría la manera de prender a los traidores, no por fuerza, para evitar protestas populares, sino con todo orden y decoro, probando que obraban como unos malvados y que la razón y el derecho se hallaban con las regentes, y particularmente con ella, como madre del heredero. Los problemas de Estado resultaban para la mente de Tzu Hsi oscuros y amenazadores, pero tenía la facultad de saber olvidarse de ellos, en sus preocupaciones o intereses por otras cosas, con lo que, al llegar los momentos duros, se encontraba fuerte y en condiciones de afrontarlos. Y era placentero aquel viaje por la campiña, bajo los cielos de otoño, quedando de hora en hora más distantes las tétricas montañas de Jehol, con sus peligros, y con Jung Lu cerca de ella. Cierto que no aproximaba su caballo y que siempre se mantenía silente y orgulloso, sin que entre los dos primos se cambiasen miradas ni palabras. Pero, en fin, lo tenía a su lado y eso era siempre muy

placentero. Así pasaron los días. Por las noches, la emperatriz dormía excelentemente y despertaba, de mañana, con un apetito magnífico. El frescor del aire septentrional estimulaba su sangre y sentaba muy bien a su salud. El vigesimonono día del noveno mes de aquel año lunar, la emperatriz vio recortarse, a lo lejos, elevándose sobre la planicie, las murallas de la capital. Las puertas estaban abiertas. En el interior del casco urbano las calles aparecían solitarias, pero Tzu Hsi no quiso descorrer las cortinillas del coche, temerosa de distinguir a un enemigo o ser avistada por él. Más no se vio ninguno. Parecía existir un compás de espera. Las noticias, circulando más veloces que los seres humanos en sus desplazamientos, habían llegado a todas partes, y hasta los más pobres ciudadanos sabían que estaba planteada una guerra entre tigres y que no se veía con claridad cuál podía ser el bando vencedor. Y en tales ocasiones las gentes prefieren aguardar. Tzu Hsi había planeado ya lo que debía hacer. Entró en el palacio rigurosamente enlutada, vistiendo ropas de blanca tela burda y sin adornarse con joya alguna. Sin mirar a derecha ni izquierda, se apeó del vehículo, mientras los eunucos se arrodillaban a ambos lados de ella. Luego, con perfecta cortesía, se llegó al coche de Sakota y la ayudó a descender. Sosteniéndole la mano izquierda con la suya derecha, la condujo a los palacios que ambas conocían tan bien. Y, para no dejarse ganar en cortesía por nadie, acompañó a su prima al Palacio Oriental antes de encaminarse ella al Occidental. Antes de que hubiese transcurrido una hora tuvo noticias del príncipe Kung. El emisario fue un eunuco, quien le dijo: —El hermano menor de vuestro esposo, señora, esto es, el príncipe Kung, pide perdón a la emperatriz madre por molestarla tan pronto, cuando la sabe agotada por la congoja y rendida por el fatigoso viaje. Pero la urgencia de los asuntos de Estado veda a mi señor el príncipe toda dilación, por lo que me manda avisaros que espera audiencia en la biblioteca imperial. Están con él otros príncipes,

sus hermanos, con los nobles jefes de los poderosos clanes manchúes. Tzu Hsi respondió: —Di al príncipe que voy sin demora. Y, sin esperar a hacer colación alguna ni cambiarse de ropa, la emperatriz volvió al palacio de Sakota y entró en él sin ceremonia alguna. Su prima estaba acostada. Sus damas y mujeres de servicio rodeaban su lecho, y una le peinaba el cabello mientras otra le servía té y una tercera le ofrecía su perfume favorito. Tzu Hsi las apartó. —Hermana —manifestó—, levántate, si te place. Nosotras no podemos descansar. Hemos de presidir una importante audiencia. Sakota hizo un mohín de desagrado, pero el hermoso y soberbio semblante de su prima le impidió toda queja. Levantose, suspirando, vistiéronla sus mujeres con otras ropas y, apoyándose en dos eunucos, bajó con Tzu Hsi al patio, donde las aguardaban sendos palanquines. Las dos damas fueron transportadas rápidamente a la biblioteca imperial. Cuando se apearon, Tzu Hsi cogió a Sakota de la mano y entró, emparejada con ella, en el edificio. Todos los allí reunidos se levantaron e hicieron profundas reverencias. Luego se adelantó gravemente el príncipe Kung. Su talante era el propio de quien se enluta con blancas ropas de estameña. Llevó a entrambas mujeres hasta sus tronos y se colocó, en pie, al lado derecho del de Tzu Hsi. La conferencia se prolongó durante largas horas. Había guardia en las puertas y a los eunucos se les envió a puntos extremos del edificio, para que no pudiesen oír nada referente a los temas que se trataban. El príncipe Kung dijo: —Un serio problema tenemos planteado. Pero nos asiste una fuerza muy grande. La emperatriz madre tiene guardado el Gran Sello Imperial en un lugar secreto, y ese sello vale más que un ejército poderoso. La sucesión legítima está ahora en sus manos como regente durante la minoridad de su hijo, el heredero, con la cooperación, en calidad de corregente, de la emperatriz viuda del Palacio Oriental. Pero hemos de proceder con la mayor equidad, limpieza e idoneidad de métodos. ¿Cómo actuaremos para inmovilizar a los

traidores? ¿Hemos de apelar a la violencia cuando el cadáver del emperador que hasta ahora nos ha gobernado está esperando el momento de recibir sepultura? No existen precedentes que autoricen manera de actuar. Entrar en batalla con los enemigos, y aun proponerlo, cuando puede decirse que están calientes las cenizas de un sagrado antecesor, sería demasiado impío. El pueblo no miraría bien a quienes lo hicieran y el reinado del legal heredero empezaría bajo una nube desfavorable. Todos convinieron en que el príncipe Kung hablaba bien. Al fin, tras muchas reflexiones, palabras, propuestas y réplicas, se acordó que cada medida que se tomase debía aparejar serenidad, prudencia, dignidad y cautela, de acuerdo con la alta tradición de la dinastía. Tzu Hsi se mostró conforme, como madre del heredero del Trono y nueva emperatriz reinante, y Sakota se limitó a inclinar diversas veces la cabeza, sin decir nada en pro ni en contra de los temas discutidos.

Pasaron tres días y llegó la hora que todos esperaban. Tzu Hsi había dedicado aquellos días a la meditación, preguntándose cómo debía presentarse y qué debía hacer cuando el fúnebre cortejo del extinto emperador llegase a las puertas de la capital. La emperatriz no podía exteriorizar el menor signo de debilidad y, sin embargo, había de demostrar, en todo y con todos la más impecable cortesía. La audacia debía combinarse con la dignidad y la implacalidad con la rectitud. Repetidamente, en el curso de cada uno de aquellos días, llegaban emisarios que coincidían en anunciar que el imperial sarcófago llegaría por la mañana del segundo día del mes duodécimo de aquel año lunar. El último de los mensajeros avisó que la triste procesión entraría por la Puerta Florida, al este de la Ciudad Prohibida. Tzu Hsi estaba preparada. Por su orden, desde el día anterior, el príncipe Kung estacionó una hueste de soldados leales junto a aquella entrada, con el fin de atajar la posibilidad de que los tres aprovecharan la ocasión para proclamarse regentes

alegando que tal había sido la voluntad del emperador. Reinaba en Palacio una melancólica quietud. Cuando se supo que se acercaba el cortejo imperial, las emperatrices viudas salieron a recibirlo, con el heredero del Trono. Por calles vacías y silenciosas avanzaron los regios palanquines, cubiertos de arpillera blanca y escoltados por una guardia de militares vestidos de blanco. Al final, y a caballo, seguían los príncipes y jefes de clan, todos de luto. La procesión se movía con sombrío talante y en un silencio sólo quebrantado por los sacerdotes budistas, que tenían a su cargo la música fúnebre y tañían lastimeramente sus flautas precediendo al desfile de los imperiales enlutados. Al llegar a la vasta puerta se detuvieron sin traspasar sus umbrales. Todos se apearon de caballos y palanquines para arrodillarse cuando estuvo cerca el ataúd imperial, en un catafalco conducido por un centenar de portadores. El primero en arrodillarse, colocándose ante todos los otros asistentes, fue el heredero del imperio, vestido de blanca estameña. Lágrimas de susto y dolor surcaban la rosada faz del niño. Tras él permanecían, también arrodilladas, Tzu Hsi y Sakota, las dos emperatrices viudas. Luego seguían hileras de arrodillados príncipes, jefes de clanes y altos funcionarios. Lamentaciones en voz alta, sollozos y suspiros llenaban el aire, y las gentes del pueblo, escuchando detrás de las cerradas ventanas y puertas, oían las deploraciones de quienes los gobernaban. Los tres más notorios traidores —el príncipe Yi, el príncipe Cheng y el Gran Consejero Su Shun—, una vez cumplida la primera parte de su misión, debían completarla dando noticia al heredero de todo lo ocurrido. Para ese efecto se había levantado un gran pabellón junto a la puerta, ya en terrenos de la Ciudad Prohibida. Y en él penetró Tzu Hsi con su hijo, y Sakota, silenciosa y amedrentada, pero obediente, los acompañó. Príncipes y dignatarios de la Corte, conducidos por dos Grandes Secretarios, se agolparon en torno. Tzu Hsi se situó a la derecha, del heredero del Trono y a su izquierda

Sakota. Usando de sus derechos, Tzu Hsi se dirigió a los traidores, sin dilación alguna, pero siempre con serena gracia. —Os estimamos a vos, príncipe Yi, a vos príncipe Cheng, y a vos Gran Consejero, los fieles cuidados y atenciones que habéis tenido con el que fue nuestro amado sobre todas las cosas. En nombre del Hijo del Cielo, el nuevo emperador que ahora nos gobierna, nosotras, las dos consortes del emperador difunto, os damos las gracias, ya que ambas somos regentes legítimas, según decreto firmado por el anterior emperador en persona. Habéis cumplido con vuestro deber y es nuestra voluntad que en adelante quedéis libres de ulteriores cuidados. Tal fue en esencia lo que dijo Tzu Hsi, y lo hizo con todos los pormenores de la gentileza y todas las delicadezas de la cortesía, no hubo quien no comprendiera que tras aquellas perladas palabras se ocultaba una voluntad inquebrantable. El príncipe Yi, al oír aquellas expresiones, experimentó en el acto viva contrariedad. Veía sobre él, en el trono, al gallardo muchacho y a la izquierda de éste a la desvalida emperatriz Tzu An. Y a la derecha del emperador estaba la verdadera gobernante, la hermosa y enérgica mujer que no temía a nada y cuya voluntad y atractivo todo lo sometía. Tras ella se alineaban los jefes de clan y los príncipes manchúes. Y, finalmente, la Guardia Imperial. El príncipe Yi miró a Jung Lu, que le pareció altivo y fiero, y se le abatió el corazón. ¿Qué esperanza les quedaba a los conjurados? Su Shun se inclinó hacia él y le dijo al oído: —Si ese diablo de mujer hubiese perecido mucho antes, cuando yo empecé a aconsejarlo, no nos veríamos en el brete en que nos vemos. Pero vos, tonto tímido, no quisisteis y propugnasteis un plan intermedio, como consecuencia del cual nuestras cabezas oscilan sobre nuestros hombros. Por lo tanto, y ya que sois el jefe, ved cómo os arregláis para sacarnos de la complicación en que estamos hundidos. El príncipe Yi reunió todos sus pobres recursos de valor y, acercándose al Trono del Dragón, habló en un alarde de audacia, desmentido por el temblor de sus labios.

—Nosotros, Elevadísima Alteza, somos los designados regentes por el llorado emperador. Nuestro imperial antecesor, vuestro padre, nos nombró al príncipe Chen, al Gran Consejero Su Shun y a mí como regentes para gobernar en vuestro nombre. Somos vuestros fieles servidores y se puede confiar en nuestra lealtad. Como regentes debidamente nombrados decretamos aquí que las dos consortes no tengan autoridad fuera de la que naturalmente les corresponde, a la sazón no están ni pueden estar presentes en esta ceremonia, salvo con nuestro permiso, como regentes efectivos. Mientras pronunciaba tan decididas palabras con voz insegura, el diminuto emperador miraba de un lado a otro, bostezaba y jugueteaba con el cordón que le ceñía al talle la túnica de luto, hecha de burda tela blanca. En un momento dado extendió la mano, buscando la de su madre, pero ésta, firmemente, hizo que el muchacho volviese a colocar los dedos sobre la túnica. El emperadorcito obedeció y no volvió a mover las manos. Parecía esperar que acabara la alocución del príncipe. Cuando éste calló y dio un paso atrás, Tzu Hsi no vaciló. Alzó la mano derecha y bajó el pulgar, mientras decía, con voz tranquila y clara: —¡Arrestad a los tres traidores! Jung Lu se adelantó, seguido de sus guardias. Asieron a los tres y los ataron con cuerdas. Los conspiradores no hicieron resistencia, ni siquiera verbal. ¿Quién se atrevía a defenderlos en aquel momento? Ni una sola voz habló. El cortejo fúnebre se reorganizó y volvió a ponerse en marcha con toda compostura y en el mayor orden. El emperador niño iba detrás del catafalco de su padre, y a izquierda y derecha lo acompañaban las dos emperatrices viudas. Seguían los nobles y príncipes. Cerraban la marcha los traidores, pisando el polvo de la calzada, con las cabezas bajas. La carrera estaba cubierta por soldados y los ojos de todos se clavaban en los conspiradores.

Así el emperador Hsien Feng volvió a su capital, y así se reunió con sus gloriosos antepasados. Su féretro se colocó en el sagrado templo, velado día y noche por los soldados de la

Guardia. En tanto, el clero budista encomendaba sus tres almas al cielo y aplacaba sus siete espíritus terrenales quemando incienso y entonando profusión de salmos. Y Hzu Hsi, comprendiendo que todo acto debe realizarse de modo oportuno y de acuerdo con los antiguos precedentes, publicó un edicto que decía en esencia que el reino se había visto muy turbado por los enemigos. Y esto había sido culpa del príncipe Yi y sus amigos, que no vacilaron en avergonzar al país usando ardides sucios y malas artes en sus tratos con los hombres blancos. Estos, por lo tanto, se irritaron y quemaron en venganza el Palacio de Verano. Y, sin embargo, los traidores, recalcitrantes en el mal, pretendieron que el difunto emperador los nombrara regentes poco antes de morir. Luego, aprovechando la extrema juventud del nuevo emperador, se instalaron deliberadamente en el poder, desoyendo los expresos deseos del anterior soberano y diciendo que no serían regentes sus consortes cuando se convirtiesen en emperatrices viudas. El edicto concluía: «El príncipe Kung, previa consulta con los grandes secretarios, los seis departamentos y los nueve ministerios, estudiará y presentará al Trono propuesta! del castigo que parezca adecuado aplicar a esos traidores en proporción a sus delitos. Las mismas personas y entidades deberán examinar y aconsejar por escrito un procedimiento adecuado para que las emperatrices viudas ejerzan su poder de regentes.» La emperatriz madre puso al pie de aquel edicto! el sello imperial. Cuando el primero de sus edictos fue comunicado al pueblo, Tzu Hsi preparó otro en el que ella y la corregente, la emperatriz viuda Tzu An, decretaban que los traidores fueran desposeídos de todos sus honores y cargos. Y, tras esto, Tzu Hsi promulgó una tercera disposición, esta vez firmada por ella sola, en donde se incluían estos párrafos: —Su Shun es culpable de alta traición. Ha usurpado la autoridad, dejándose sobornar y cometiendo todo género de maldades. Ha usado contra Nos un lenguaje blasfemo, olvidando el sagrado

género de relaciones que existen entre soberano y súbdito. Además, trajo consigo su esposa y concubinas mientras escoltaba el catafalco imperial en su traslado desde Jehol, y ello fundándose en su propia responsabilidad, aunque todos sabemos que permitir que vayan mujeres en el cortejo fúnebre de un catafalco imperial constituye un crimen penado con la muerte. »Por lo tanto, venimos en decretar que Shu Shun muera descuartizado y que le sea arrancada la carne, según el uso, en un millar de millares de tiras. Todas sus propiedades, incluyendo las que tiene aquí y en Jehol, le serán confiscadas y no se le distinguirá, ni tampoco a su familia, con clemencia alguna.» Atrevido era el decreto, porque Su Shun era el hombre más rico que se había conocido en la historia de la dinastía, exceptuando un tal Ho Sh'en, que vivió bajo el reinado del antecesor, Ch'ien Lung. Y este emperador, en acto de gobierno, mandó matar a Ho Sh'en en cuando se probó que este hombre había acumulado su riqueza mediante latrocinios y usuras. El edicto de Tzu Hsi hacía que pasaran a ser propiedad del Trono las riquezas de Su Shun, como en tiempos anteriores pasaran las de Ho Sh'en. No se sabía a cuánto podían ascender los bienes de Su Shun; pero Tzu Hsi mandó que, ante todo, fueran incautadas las bibliotecas del condenado, con sus archivos y documentos particulares. De este modo se tendrían datos concretos sobre las propiedades y tesoros de Su Shun. Entre los papeles de Shun se descubrió un acreditativo de un hecho tan singular como satisfactorio para Tzu Hsi. Y ello consistía en la prueba efectiva de que la joven Mei no era hija carnal de Su Shun. Cuando se dio tal informe a la emperatriz, ésta mandó que le llevarsen el documento, porque quería examinarlo personalmente. Se lo llevaron, lo leyó y halló en él una nota marginal en la que un anónimo secretario que debía de tener algún resentimiento contra Su Shun, su jefe, incluía estas palabras junto al inventario de un lote de casas y tierras: «Procede advertir que estas propiedades pertenecían a un noble,

miembro del clan de la Blanca Bandera Rasa. Su Shun, al apoderarse de sus tesoros después de hacerle matar en virtud de una falsa acusación, fue a tomar posesión de su casa y encontró en ella una niña, hija del muerto. Su Shun se llevó a la pequeña y la hizo educar en su propia casa. Aquella niña es la actual dama Mei, azafata de la emperatriz del Palacio Occidental.» En cuanto Tzu Hsi se hubo informado de tales palabras, mandó llamar a Mei y la mostró e hizo leer el documento. La joven lloró, secose los ojos con un pañuelo de seda blanca y luego, reportándose, dijo: —Ahora comprendo por qué nunca tuve por Su Shun el amor de una hija. ¡Cuánto he sufrido creyéndome culpable de desafecto! Ahora puedo tranquilizar mi corazón. Se arrodilló ante Tzu Hsi, le dio las gracias y desde aquel día amó a su señora aún más entrañablemente que antes. —Soy una huérfana, venerable —dijo—, y tengo en Vuestra Majestad a mi padre y mi madre. Esta venganza indirecta contra Su Shun no bastaba para satisfacer a Tzu Hsi. Resuelta a poner en práctica su decreto, lo sometió a los príncipes ministros y miembros de los departamentos. Todos inclinaron la cabeza. Sólo el príncipe Kung osó alzar la voz. —Majestad —declaró—, sería muy propio de la emperatriz viuda mostrar su clemencia en el caso de Su Shun. Condenadle no a descuartizamiento, sino a decapitación. Nadie se atrevió a dirigir los ojos a la faz de Tzu Hsi, muy bella y severa mientras oía aquellas palabras. Todos comprendieron que la emperatriz se sentía muy contrariada por la propuesta de Kung. Dejó pasar irnos cuantos minutos en silencio. —Seamos, pues, clementes —concedió, al cabo—, Pero la decapitación ha de efectuarse en público. Y, en consecuencia, a Su Shun le cortaron la cabeza en la plaza del mercado de la ciudad. La mañana era soleada y clara, y el pueblo tomó como festejo el ir a ver morir al condenado. Su Shun avanzó altivamente entre la muchedumbre. Podría ser mi malvado, pero llevaba la cabeza alta y su resuelto rostro aparecía impasible. Orgullosos hasta el

fin, él mismo puso la cabeza en el tajo. Alzó el verdugo su ancha espada y descargó el golpe. Bastó con el primero para que la cabeza de Su Shun quedase separada del tronco. Cuando rodó por el suelo, la multitud prorrumpió en un gran clamor de alegría, porque el hombre al que acababan de ejecutar había causado daños a mucha gente. Por orden de la emperatriz los príncipes Jui y Liang estuvieron presentes en el suplicio, como testigos oficiales. Cuando vieron cortada la cabeza de Su Shun, volvieron a Palacio para informar al Trono. Como los príncipes Yi y Cheng pertenecían a la Casa Imperial, no fueron decapitados. Se los condujo a la Cámara Vacía, que era la prisión de la Corte Imperial, y allí se les ordenó que se ahorcasen. Jung Lu entregó a cada uno un cordón de seda y permaneció a su lado. Cada uno utilizó una viga de la techumbre. Uno eligió el extremo septentrional de la estancia y otro el meridional. El príncipe Cheng murió valientemente y sin dilaciones, pero al príncipe Yi le costó mucho trabajo decidirse, hasta que al fin, entre hipidos y lágrimas, se apretó el cordón al cuello. Así perecieron los tres. Los que con su triunfo pensaban elevarse, fueron enviados al destierro. Desde aquel día Tzu Hsi asumió públicamente el título de emperatriz madre, que el emperador moribundo le otorgara en Jehol. Y así principió el régimen del joven emperador, aunque todos supieran que, pese a su femenina atención y cortesía con todos, era la emperatriz madre la que reinaba, suprema y absoluta, sobre el pueblo de China.

III

Llegó el invierno, con sus fríos vientos del Norte, y Pequín quedó aterido. Los árboles de los patios, que en verano, con su lujuriente esplendor, los hacían parecer vastos jardines tropicales, estaban desprovistos de hojas, y sus esqueletos, grises bajo la escarcha, parecían espectrales centinelas de las techumbres. Se habían helado los lagos y se hallaban bloqueadas por carámbanos las bocas de canalones y gárgolas. Los vendedores callejeros de batatas asadas hacían muy buenas ventas, porque el terrícola producto calentaba las manos y llenaba los vientres de la gente pobre. Los transeúntes andaban por las vías públicas con la cabeza cubierta y tiritando de frío. Cuando se abría la boca para hablar, la respiración parecía solidificarse y formar en el aire volutas de espeso vapor. Las madres decían a los hijos que no llorasen para que no se les fuese con las lágrimas el calor interior. Era el invierno más crudo que podía recordarse, con un frío que no se limitaba a la carne tan sólo, ya que penetraba hasta la medula de los huesos y dejaba congelados los corazones. Ya sepultado el emperador y dirimida la cuestión sucesoria, una larga serie de años sombríos se presentaba a las mentes sensatas de quienes no querían engañarse a sí mismos. El tratado hecho por el príncipe Kung con los invasores blancos se limitaba a reconocer paladinamente la victoria de los enemigos. Un día de Invierno, la emperatriz madre se hallaba sola en su despacho privado. Tenía extendido en la mesa el pergamino que contenía el tratado. Aunque nadie estuviera con ella, su soledad era muy relativa, ya que el eunuco Li Lien-ying andaba siempre lo bastante cerca para acudir a una mera llamada de su señora. Su vida consistía en esperar a que ella le llamase o se moviera. Entretanto, Tzu Hsi se conducía como si aquel servidor suyo no existiera. En la fría mañana la emperatriz madre leía repetidamente el tratado. Lo hacía cuidadosamente y sin prisa, ponderando cada una de sus palabras y dando forma en su

imaginación al significado de cada concepto. De entonces en adelante, Francia, Inglaterra y otras naciones extranjeras tendrían en Pequín ministros representantes de sus gobiernos, Ello implicaba que los acompañarían sus mujeres, hijos, criados, empleados, guardias y emisarios, con sus respectivas familias. Los brutales hombres blancos encontrarían, sin duda, maneras de engañar y burlar a las pobres mujeres chinas, y todo sería confusión bajo el cielo. Además, el tratado imponía a la emperatriz madre y regente el deber de reunir millares de libras de oro para indemnizar a los vencedores, sufragándoles los gastos de una guerra a la que ellos habían forzado a China. ¿Existía alguna justificación en el hecho de que hubiese de pagar la guerra la parte que no la había buscado, ganado ni querido? Para colmo, el tratado determinaba que se abriesen a los blancos nuevos puertos, incluyendo el de Tien-tsin a menos de cien millas de la capital. ¿No significaba aquello que iba a comenzar un continuo aflujo de mercancías? ¿Y quién ponía en tela de juicio que la vista de los artículos extranjeros suscitaría en las mentes de las personas de poca instrucción deseos que no podían conducir a nada bueno? ¡Nuevos motivos de confusión, santos cielos! Algo más añadía el tratado; y era que los ministros de las religiones extranjeras podrían entrar en el país a su capricho, circular por él libremente, instalarse donde quisieran y enseñar al pueblo la religión de los dioses extranjeros. ¿No iba ello a producir desastres a la nación? Estos males y otros muchos parecidos veía la emperatriz en el funesto tratado que examinaba, sola en su habitación de trabajo de la Ciudad Prohibida. Pero no hablaba de ello a nadie. Le llevaban alimentos y no se los llevaba a la boca. Se hacía de noche y no reparaba en ello siquiera. Su eunuco solía ponerle al alcance de la mano una taza de su predilecto té verde, pero la emperatriz no se daba cuenta. Ni bebía el aromado líquido ni extendía la mano hacia la taza. Llegaba la madrugada, y ella, a veces, apartaba a un lado el pergamino. Pero no por eso se levantaba

de la silla para ir a descansar en su dormitorio. Grandes bujías encarnadas ardían lentamente en candelabros dorados, y sus llamas, al elevarse, formaban extrañas sombras en las pintadas vigas del alto techo. El eunuco, fiel a su deber, entraba y salía con la suficiente oportunidad para sustituir las velas muy gastadas. Y la emperatriz continuaba sumida en una meditación tan profunda como nunca había conocido, sin separar la barbilla del hueco de la mano en que la apoyaba. Su hijo, el joven emperador, iba a cumplir seis años pasados unos meses. Y ella misma tenía veintiséis solamente. El niño no se sentaría en el Trono hasta que cumplierse los dieciséis años. Por lo tanto, a ella le correspondía perder diez de juvenil femineidad rigiendo el país en nombre del emperador. ¿Y qué era aquel país? Una extensión tan vasta como nadie podía imaginar, una nación más vieja que la historia misma, un pueblo tan numeroso que nadie lo había contado jamás, una raza a la que ella misma era ajena. Incluso con paz, semejante reino constituía una carga monstruosa. Y no había paz. La rebelión progresaba, el país estaba dividido y el rebelde Hung gobernaba como emperador en Nanquín, la capital meridional de los Ming, la última dinastía china. Los ejércitos imperiales luchaban incesantemente contra él, pero Hung mantenía su poder y la gente común, indecisa entre los dos ejércitos, perecía de hambre. La emperatriz madre sabía muy bien que sus tropas no obraban mucho mejor que las rebeldes, porque casi nunca se les pagaba a tiempo y, para no padecer escaseces, se dedicaban a vivir de la propiedad del pueblo, robando tanto como combatían. Y por eso las gentes del campo, viendo quemadas sus aldeas y taladas sus cosechas, tenían igual odio por los rebeldes que por los imperiales. Tal era la carga de la joven emperatriz. Por aquel entonces había sobrevenido una rebelión nueva: la de los musulmanes de la provincia meridional de Yun-nan. Aquellos musulmanes eran deseen—, dientes de árabes procedentes de tribus del Oriente Medio, que habían

venido como comerciantes en anteriores siglos, quedándose en el país, casándose con mujeres chinas y originando una raza mestiza. Esa gente adoraba a sus propios dioses y, como el número de sus descendientes había crecido mucho, aquellos adoradores de dioses ajenos eran cada vez más atrevidos. Los virreyes chinos, aunque nombrados por el Trono del Dragón, vivían muy lejos, por lo que procedían con dureza y codicia. En consecuencia los musulmanes se rebelaron, proponiéndose separar su país del resto del reino y darse gobierno propio. Tal era la carga de la joven emperatriz. A esas cargas había una más que añadir. La de que era mujer. Y los chinos no confían en las mujeres como gobernantes, asegurando que; en general, desconocen las reglas del gobierno. La emperatriz madre no dejaba de admitir que había en eso muchos puntos de verdad. En sus largas horas de soledad había leído detenidamente la historia. Así sabía que en el siglo octavo, bajo la dinastía de los Tang, la emperatriz Wu, esposa del gran emperador Kao Tsung, se había apoderado del Trono, arrebatándoselo a su hijo, maldad que había mancillado para siempre el nombre de todas las mujeres. Los hombres se levantaron contra ella y libertaron al joven emperador de la prisión en que le había encerrado su madre. No por eso quedó seguro el soberano, porque ocurrió entonces que su mujer, la emperatriz Wei, codició a su vez el Trono y adquirió la mala costumbre de esconderse tras las cortinas y escuchar todas las habladurías que circulaban, produciendo tantos desórdenes que sólo la muerte pudo tranquilizarla. Tan pronto como estuvo en la tumba, con una pesada lápida encima para impedir que saliera, la princesa T'ai-p'ing, que había sido enemiga de la muerta, preparó una conjura para envenenar al hijo y heredero del emperador, por lo que también fue necesario matarla. Pero ese mismo heredero, cuando llegó a emperador con el nombre de Hsüan Tsung, cayó bajo el poder de su hermosa concubina Kuei-Sei, que tanto hechizó al emperador con su belleza y el ingenio y despejo de su

mente y en tal ruina le sumió con su amor a las joyas, las sedas y perfumes, que el pueblo volvió a rebelarse, a las órdenes de un jefe que obligó a Kuei-Sei a ahorcarse ante los ojos de su egregio enamorado. Y con ella murió gloria de los Tang, ya que el emperador no volvió ocuparse en los asuntos de gobierno. La historia aquellas mujeres era una sucesión de males y no había una de ellas que no siguiese siendo, aun después de tantos años de muertas, enemiga del imperio; no y de la emperatriz actual. ¿Cómo, recordando aquellos ejemplos, podía el pueblo creer que una mujer podía gobernar bien y con justicia? Tal era la carga de la joven emperatriz. Una carga más remachaba todas las otras; y era la de su personalidad propia. Aunque tenía una cultura que superaba a la de muchos hombres de letras, Tzu Hsi conocía sus faltas y peligros y sabía que, como joven y de corazón apasionado, podía ser traicionada por sus deseos individuales. Le constaba bien que no era una mujer de una pieza y no tenía una personalidad de aquellas en las que no se encuentran fisuras. En su interior vibraban una veintena de mujeres diversas y no todas eran serenas y fuertes. La emperatriz conocía sus blanduras, sus temores, su anhelo de alguien más fuerte que ella, de un hombre en quien pudiera confiar. Pero ¿dónde estaba ese hombre? Al llegar a esta pregunta la emperatriz puso fin a su meditación y se levantó. Notábase helada hasta en el alma. Li Lien-ying apareció en el acto. —Ya es tiempo de que vayáis a descansar, Venerable. Hablando así, el eunuco extendió su brazo. Ella apoyó la mano encima y se dejó conducir a la cerrada puerta de su alcoba. Él la abrió y cedióle el paso. La mujer de servicio, que esperaba siempre, recibió a su señora y cerró la puerta.

Un brillante sol de invierno despertó de su sueño a Tzu Hsi. Tendida en el lecho empezó a meditar en las cosas que sintiera la noche antes. Si era cierto que tenía pesadas cargas, ¿acaso le faltaban los medios de sobrellevarlas? Verdad que era muy joven, mas también la juventud significa fuerza. Si bien era

mujer, había, como tal, dado la vida al hijo de un emperador. No seguiría el mal camino. de aquellas otras mujeres que lo habían sacrificado todo, incluso sus pios hijos, a su deseo de gobernar solas. Ella sólo pensaría en su hijo. En los diez años que le quedaban de ser regente hablaría siempre con dulzura y sería cortés con todos, sin enojarse nunca con nadie, salvo si viera en peligro a su hijo. Habla de pensar ante todo en el futuro poder de aquel muchacho. Procuraría construir para él un imperio sólido y ¡ recio, y cuando ascendiese al poder efectivo, ella se retiraría para que nadie fuese rival del emperador, ni siquiera su madre. SI, sabría demostrar que incluso una mujer sirve para el gobierno. En eso la ayudaban su juventud, salud y buena voluntad. Se levantó del lecho fortalecida por la energía que le prestaban aquellos pensamientos. A partir de aquel día, todos vieron una nueva emperatriz. Una mujer fuerte, dulce y de modales corteses como nunca. Hablaba a los hombres sin mirarlos a la cara, apartaba la cabeza incluso de los eunucos y se dirigía con iguales atenciones a los que eran muy pequeños y a los que eran muy grandes. Dijérase que siempre estaba distante de todos y muy próxima a ellos. Nadie terna intimidad con ella ni conocía lo que pensaba o soñaba. Aquella emperatriz vivía sola entre los inexpugnables e invisibles muros de su cortesía. Muros en los que no había ninguna brecha ni puerta alguna. Como para aislarse más del pasado, abandonó los palacios en que había morado hasta entonces y eligió como residencia un distante edificio situado en el Camino Oriental. Aquel edificio se llamaba el Palacio de Invierno y sus seis grandes salones y *sus* muchos jardines habían sido construidos por el antepasado Ch'ien Lung, que amuebló aquel pabellón a su gusto. Había cercana una vasta biblioteca, también erigida por el mismo antepasado y colmada con treinta y seis mil libros en los que se guardaban los recuerdos y los asertos de todos los grandes intelectuales. A la entrada de aquellos palacios había un especie de vasta

mampara decorada con nueve dragones imperiales de porcelana, pintados de múltiples colores. Pasado aquel que pudiera llamarse inmenso biombo, seguían dos grandes salones, el mayor de los cuales era el de audiencias, que daba a una ancha terraza de mármol. Seguían los demás, cada uno con su respectivo patio. La emperatriz escogió uno de ellos para su privada estancia del trono. Allí se arrodillarían ante ella los príncipes y ministros que desearan una conferencia a solas. Tras aquel salón hallábase su cuarto de residencia, al fondo del cual se abría su alcoba. Era esta pequeña y tranquila, con el lecho incrustado en una pared. El colchón estaba cubierto por una colcha de tela de raso amarillo. Las cortinas, de gasa amarilla también, se realzaban con bordado de flores rojas de granado, por las que la emperatriz tenía predilección especial. El pabellón siguiente le servía de santuario secreto y tenía un altar de mármol con un Buda de oro encima. A la derecha de la imagen veíase un pequeño Kuan Yinn de oro, y a la izquierda un dorado Lohan, que era el espíritu de la sabiduría orientadora. Pasado el santuario abríase una larga estancia donde montaban la guardia los eunucos de la emperatriz, que podían acudir inmediatamente a cualquier orden suya, sin molestar a nadie, entretanto, con su presencia. Las habitaciones que a la sazón ocupaba la emperatriz estaban amuebladas con el lujo que le era tan grato. Había mesas labradas y sillas y divanes cubiertos de cojines de raso escarlata. Allí tenía sus muchos relojes, sus flores, su mesa de escritorio y los muebles— cilios en que guardaba sus rollos de pintura. Cada estancia estaba separada de la contigua por puertas pintadas de bermellón, con cornisas doradas. Una puerta lateral conducía desde el más privado de sus patios interiores a un jardín mandado plantar por el antepasado Ch'ien Lung. Allí se sentaba aquel antiguo emperador cuando llegó a viejo, para soñar bajo los rayos solares que se filtraban bajo las hojas de los bambúes. Los batientes de la puerta de

aquel jardín tenían forma de media luna y eran sus quicios de mármol delicadamente trabajados. Los muros tenían incrustados pequeños mosaicos de lindos colores. Bajo los pinos seculares, que la edad inclinaba hacia la tierra, crecía una espesa capa de musgos. El olor de los pinos perfumaba el aire bajo el brillo del sol. En un rincón apartado, pero más claro bajo el cielo que ninguno, se alzaba un reducido pabellón, cerrado siempre y del que sólo la emperatriz tenía la llave. Allí el antepasado Ch'ien Lung había descansado en su féretro en espera del fausto día en que lo enterrarán. En aquel silencioso y antiguo lugar la joven emperatriz madre paseaba a menudo, siempre sola, llevando sobre sus hombros la carga de las cosas que la preocupaban. Cargas que le parecían cada día más pesadas. Muy fuerte había de ser para soportar cuanto le deparaba la vida que se había buscado. Se levantaba diariamente en los crudos amaneceres y tan pronto como se vestía hacía llevar en su imperial palanquín amarillo al salón de audiencias. No iba sola porque, fiel al propósito de ser siempre modesta e irreprochable por su cortesía, pedía a su fraternal corregente que la acompañara y asistiese a las audiencias en su respectivo trono, tras una cortina. Sin tal cortina no se sentaba nunca la emperatriz madre. El Trono del Dragón estaba vacío y ella afirmaba que lo seguiría estando hasta que el juvenil emperador tuviera edad suficiente para regir el estado. Entretanto las dos emperatrices viudas permanecían sentadas tras las cortinas de seda y allí, rodeadas por sus damas y eunucos, escuchaban cómo el príncipe Kung, en pie a la derecha del trono vacío, recibía informes y memoriales de los príncipes, ministros y cuantos deseaban formular alguna propuesta o petición. Un día de invierno aparecieron entre los convocados unos hombres que rogaron a las regentes que se acabase con el gobierno del rebelde Hung en la ciudad meridional de Nanquín. Los virreyes de las provincias colindantes habían sido arrojados de sus gobiernos por los

insurgentes y acudían a solicitar que se rectificase esa situación. El por la edad decano de los virreyes, que había gobernado largo tiempo la provincia de Kiangsu, era viejo y gordo. Una diminuta barba brotaba de su barbilla y un largo bigote gris se mezclaba con aquella barba. Se arrodilló desasosegadamente. El frío del mármol del suelo traspasaba los cojines de pelo de caballo en que descansaban sus rodillas. Pero era de rigor que permaneciese en aquella postura ante el desierto trono y la cortina de seda que le servía de fondo. El virrey declaró: —El rebelde Hung empezó su carrera siendo cristiano. Por lo tanto, ha bebido las enseñanzas de una religión extranjera. Tampoco es un verdadero chino. Su padre era un labriego, hombre ignaro que nunca profesó la cultura y que pertenecía a la tribu de oscura piel de los Hakkas, rudos habitantes de los montes del Sur. Mas su hijo Hung, cuyo verdadero nombre es Hsiu Tsuan, deseaba elevarse, y por lo tanto hizo estudios y se presentó a los exámenes imperiales, con la esperanza de llegar a gobernador. Se examinó y fue rechazado; volvió a presentarse y sufrió nueva repulsa... Tres veces fracasó. »En el curso de sus movimientos conoció a un cristiano que le habló del descenso a la tierra del dios extranjero Jesús y de cómo, cuando le mataron sus enemigos, resucitó al tercer día y tornó a ascender a lo alto. Hung, abatido en aquellos momentos por el tercer fracaso, sintió viva admiración y envidia de aquel dios. A partir de entonces comenzó a tener sueños y visiones. Acabó declarando la doctrina de la encarnación humana de Jesús y convocó a todos los descontentos, gente desordenada e hijos rebeldes, llamándolos a seguirle y diciéndoles que con su ayuda derrocarían la dinastía y establecerían un nuevo reino mandado por él, y al que se llamaría el Reino de la Gran Paz. También juró que todos los ricos serían hechos pobres y todos los pobres ricos, que los soberbios serían humillados y ensalzados los humildes. Con tales promesas encontró muchos secuaces que, al correr el

tiempo, se ha convertido en millones. Se ha apoderado de tierras y oro, merced a los cuales ha comprado cañones a los hombres blancos. A diario se le unen más personas adversas al orden, y todos le dan el título de Rey Celestial. Bajo la influencia de su mágico poder sus partidarios caen en trances y ven visiones. Se dice que ese Rey Celestial, si necesita soldados, los recorta en el papel e infundiéndoles su soplo los convierte en hombres aptos para combatir. »En todas partes la gente honrada está enloquecida de terror. Opino que todo nuestro país será destruido si no acabamos con ese demonio. Pero ¿quién se atreve a aproximarse a él? Carece de conciencia y de temor, no le preocupa nada el bien ni el mal, y confunde a los justos. La emperatriz madre, detrás de la amarilla cortina de seda oía aquel informe con cólera que crecía a cada palabra. ¿Iba un hombre solo a destruir la nación mientras el hijo de ella era solamente un niño? Urgía reorganizar los ejércitos imperiales. Era menester nombrar generales nuevos. Bueno estaba ser benigna donde convenía la benignidad, pero no podía seguir tolerándose a aquel rebelde, que acabaría devorando todo el reino. Y entonces, ¿quién podría eliminarle? Concluida la audiencia de aquel día, cuando el príncipe Kung fue, como de costumbre, al cuarto privado del trono de la emperatriz, hallose con una mujer fría, altanera y llena de determinación. Aquél era otro aspecto de su personalidad. Porque, entre las muchas que concurrían en ella, había dos predominantes que diferían entre sí tanto como difiere la mujer del hombre. Sabía ser tan bondadosa que hacía que las gentes la llamasen Nuestra Benévola y Sagrada Madre y la Kuan Yin del Muy Benigno Rostro. Más también sabía desplegar la endurecida crueldad de un verdugo junto al tajo. Y aquel día concreto el príncipe Kung no encontró ninguna benévola madre ni rostro benigno, sino una reina fuerte y enojada, no dispuesta a tolerar lenidades en sus ministros. Empezó preguntando desde su trono: —¿Dónde está ese general que manda nuestros imperiales ejércitos?

¿Dónde está Tseng Kuo-fan? Tseng Kuo-fan, que mandaba las fuerzas imperiales que combatían a los rebeldes chinos, era hijo de una gran familia de terratenientes de las provincias semimeridionales de Hunan. Su abuelo le había enseñado los principios y aplicaciones de la sabiduría y la cultura, y Tseng, inspirado por aquel antecesor, estudió bien y se presentó a los exámenes imperiales. Aún muy joven, ganó elevados honores y pronto se le recibió en la capital y se le concedió un cargo en la administración pública. Al empezar la rebelión Tseng Kuo-fan, ya experto en los asuntos gubernamentales, fue nombrado por el Trono para ir al Sur y reorganizar los ejércitos imperiales, a los que estaba poniendo en derrota el rebelde Hung. Tseng Kuo-fan levantó el importante ejército llamado los Bravos de Hunan, y para avezarlos al combate comenzó por dedicarlos a hacer la guerra a los bandoleros locales. Tanto duró aquel adiestramiento de los soldados campesinos de la provincia, que otros generales se enojaron, porque el rebelde Hung estaba conquistando la mitad del Sur. En consecuencia hubo fuertes quejas contra las largas dilaciones de Tseng Kuo-fan. Y ahora la emperatriz madre hizo suya la queja de aquellos guerreros. Dirigiéndose al príncipe Kung, le interpeló: —¿Cómo es que Tseng Kuo-fan se atreve a mantener a esos famosos bravos en su provincia mientras los insurrectos se apoderan del resto de las del Sur? ¿Para qué valdrán tales bravos cuando hayamos perdido el reino? El príncipe repuso: —Elevadísima Alteza, los bravos no pueden estar en todas partes a la vez, incluso cuando atacan. La emperatriz madre declaró: —Pues han de estar en todas partes a la vez. Es el deber de su jefe llevarlos dondequiera que convenga, para atacar los puntos dónde se concentren los rebeldes. Prepárese allí donde el enemigo planee un ataque y vigile cualquier sitio donde amenace pasar a través de nuestras filas. Muy terco debe de ser ese Tseng Kuo-fan, que se empeña en llevar adelante por su cuenta planes propios. El príncipe notificó: —Alteza Elevadísima, me aventuro a proponer

un método estratégico. Los ingleses, con quienes ahora vivimos en tregua, nos han propuesto que aceptemos un soldado británico para organizar nuestra resistencia a los rebeldes. Al principio los hombres blancos aprobaban al insurrecto Hung porque se hacía pasar por cristiano. Pero como ahora le consideran loco, tenemos para cualquier efecto esa ventaja. La emperatriz madre meditó en lo que el príncipe Kung le decía. Sus finas manos descansaban sobre los esculpidos brazos de su trono y parecían, por lo serenas e inmóviles, dos pájaros enjoados. Mas al presente sus dedos comenzaron un inquieto tamboreo. Las láminas de oro que protegían sus uñas golpeaban rítmicamente la fina madera. Finalmente inquirió: —Quisiera saber lo que opina Tseng Kuo-fan de la oferta de los ingleses. —La conoce —dijo el príncipe Kung—, y no quiere ni oír hablar de semejante cosa. Tengo por tan tenaz a ese general, que creo que es capaz de dejar que el reino se pierda a manos de un rebelde chino antes que verlos vencidos por un extranjero. Tzu Hsi comenzó repentinamente a sentir simpatía por el general Tseng Kuo-fan. —¿Qué razones aduce? —preguntó. —La de que si aceptamos ayuda de los ingleses seguramente nos pedirán algo a cambio. —En eso tiene razón. Probablemente querrían quedarse con las tierras que arrebatan a los sublevados. Comienzo' a sentir confianza en Tseng Kuo-fan. Pero tampoco admito más dilaciones. Ese hombre ha de acabar con los preparativos y pensar en el ataque. Que descienda a Nanquín y que cerque con sus fuerzas la ciudad. Si en el curso del asedio se mata al jefe Hung, los secuaces de éste se desbandarán. El príncipe murmuró fríamente: —Elevadísima Alteza, digo, aun cuando sea por cuenta y riesgo, que dudo que sea prudente que vos aconsejéis a Tseng Kuo-fan en asuntos de guerra. La emperatriz, abriendo sus grandes ojos, miró de soslayo a Kung. —No he pedido vuestro consejo, príncipe. La voz de la mujer era muy dulce, pero el príncipe Kung observó que la ira había tornado vivida la faz de su interlocutora, cuyo

cuerpo temblaba de rabia reprimida. Dominando la furia que comenzaba a poseerle, el príncipe Kung se inclinó profundamente y casi en el acto se marchó. Cuando él se hubo ido la emperatriz descendió de su trono, se acercó a su mesa y redactó una comunicación personal al distante jefe de guerra. Después de los usuales saludos decía:

Aunque os encontréis muy presionado, debéis saber que ha llegado la hora de poner en juego todas nuestras fuerzas. Llamad a vuestro lado a vuestro hermano menor Tseng Kou-ch'uan. Mandadle que avance desde Kiang-si para enlazar con vos en la provincia de Anhuei. Tomad Anking, la capital de la provincia, y considerad esto el primer paso en el más vasto plan de recobrar a Nanquín. Sabemos que los rebeldes ocupan Anking desde hace nueve años y, sin duda, la consideran su morada y cuartel general. Arrojadlos de allí para que se sepa que pensamos desalojarlos de todos sus atrincheramientos. Después decid al general Pa'o Ch'ao que desista de su guerra de guerrillas. Ese hombre no conoce el miedo, es valiente en el ataque y nos consta su fidelidad al Trono. Bien recordamos cómo batió a los rebeldes en Jochow y Wuchan, a pesar de las varias veces que resultó herido. Mantened a las fuerzas de este general en estado de disponibilidad continua. Es preciso que pueda moverse rápidamente con sus ejércitos, facilitándoos el poder apretar gradualmente el sitio de Nanquín. Si los rebeldes se levantaran otra vez en armas en Kiang-si, destacaréis a Pa'o Ch'ao para reprimirlos. Vuestra tarea es doble: matar en primer término al cabecilla Hung, sin dejar nada pendiente con miras a ese fin; y a la vez sofocar los levantamientos que acaso surjan en la retaguardia. Mientras tanto, procede no molestar al Trono con informes en que se mencionen las dificultades que se produzcan. Evitad las quejas. Lo que ha de hacerse, será hecho por vos, y si no, por otro. La recompensa será generosa una vez muerto el rebelde Hung.

Esto, más las cortesías y cumplidos de rigor, formaron parte

del texto de la orden que la emperatriz madre decidió remitir a Tseng Kuo-fan. Con sus propias manos Tzu Hsi estampó en el pergamino el sello imperial. Llamó el jefe de eunucos y mandó que llevase el escrito al príncipe Kung, a fin de que hiciese sacar copias para los archivos y luego expediese el documento, con un mensajero urgente, a Tseng Kuo— fan. El eunuco mayor volvió con el emblema de jade mediante el cual el príncipe Kung respondía que estaba en su poder el escrito y obedecería lo que se le mandaba. Viendo el emblema, la emperatriz madre sonrió. Eran sus ojos como oscuras gemas bajo sus negras y bellas pestañas. —¿Ha dicho algo el príncipe? El eunuco mayor contestó: —Benévola, cuando el príncipe leyó la orden, lo que hizo línea a línea, comentó: «En el cerebro de esa mujer se encierra el de un emperador». La emperatriz madre sofocó con la manga una suave risilla. El jefe de eunucos, sabiendo lo que aquel elogio placía a la emperatriz, acrecentó: —Venerable, yo le dije que opinaba como él. Y así lo pensamos todos. Llevo la punta de la lengua al labio superior y sonrió, marchándose inmediatamente para evitar una reprensión de su señora. Ella, sonriendo todavía cuando él se fue, entregose a una intensa reflexión. Se preguntaba, entre otras cosas qué nombre debía llevar su hijo en el nuevo régimen. Los tres traidores habían elegido el apelativo de Chi Hsiang, que significa «Felicidad con Buenos Auspicios». Pero la emperatriz no estaba dispuesta a aceptar palabras huera, sin significación alguna. No, ella deseaba una paz práctica y fuerte, fundada en la unidad interior de la nación, en unos súbditos sumisos y en un trono benévolo. La paz y la benevolencia convenían. Ella amaba las palabras adecuadas, justas, oportunamente dichas, idóneas para su momento y exactas en su significado. Su buen gusto en la elección de vocablos se había forjado con la lectura de los maestros de la prosa y la poesía chinas, a lo que se había dedicado durante tanto tiempo. Así, pues, y tras largas reflexiones, eligió dos palabras que le parecieron convenientes

para dar— las a su hijo una vez proclamado emperador. Esas palabras eran «T'ung», que significa penetración, y «Chi», que significa paz. Y paz, una paz tranquila y profundamente arraigada en corazones y espíritus era cuanto ella quería. Ciertamente, era cosa atrevida en tiempos turbulentos y estando la nación asediada de enemigos. En todo caso ella deseaba paz y quería que todos conociesen su voluntad de obtenerla. Había conseguido que el pueblo tuviese fe en ella. Los asuntos grandes y pequeños de todo el reino se discutían diariamente en la sala de audiencias. La emperatriz madre tenía paciencia para oírlo todo, incluso asuntos menudos, como el castigo de un magistrado lejano, que oprimía a su región cruelmente, o el problema que planteaba la escasez de arroz en una comarca, lo que hacía que unos cuantos adquirieran los excedentes, retirándolos del mercado con vistas a elevar los precios; o un decreto referente a que, puesto que la nieve llevaba sin caer hacía tres años y no fertilizaba las cosechas, convenía hacer rogativas públicas a los dioses durante tres días, ofreciéndoles arrepentimiento general, así como que los sacerdotes sacaran las imágenes de sus templos para llevarlas a recorrer los campos agostados y cubiertos de escarcha. También había cosas serias, como proteger las costas contra las naves de los enemigos extranjeros o regular el odioso tráfico del opio con los blancos. A todo ello tenía que atender la joven emperatriz. A la vez no olvidaba la vasta cantidad de personal que tenía a su cargo dentro de los palacios de la Ciudad Prohibida. Se cuidaba asiduamente de su hijo al que tenía a su lado tanto tiempo como podía. Era muy corriente que el pequeño corriera por la sala de audiencias o por la biblioteca mientras ella trabajaba leyendo documentos o redactando órdenes. A veces alzaba la vista para mirarle y, de vez en cuando, se cercioraba de que su carne seguía recia y sana, y su cutis no reseco ni sudoroso. Examinaba el color de sus ojos para ver si las pupilas seguían estando luminosamente negras y los globos muy blancos.

También le miraba la boca a fin de asegurarse de que los dientes estaban sanos, la lengua encarnada y normal el aliento. Nada le placía más que oír su risa y escuchar su voz. Y mientras hacía esto, no olvidaba las necesidades de los demás. Repasaba las cuentas domésticas, las listas de las vituallas que se recibían como tributo, las sedas y rasos que se habían almacenado. No había pieza de seda que se sacase de los almacenes sin que ella lo ordenase, poniendo en la orden su sello privado. Sabía muy bien que los robos que se cometen en un palacio trascienden a toda la nación. Procuraba que todo servidor o sirvienta, como todo príncipe y ministro, supiese que ella tenía fijos los ojos sobre él. Esto no obstaba a que diese con frecuencia recompensas muy ricas. Si un eunuco la servía bien, recibía dádivas en plata, y cualquier camarera voluntariosa podía conseguir una chaquetita de raso. No todas las mercedes eran costosas. Cuando había comido todos los platos que se le apetecían, con asistencia de sus damas, sabía llamar a una que en algo la hubiera complacido y la invitaba a participar de su manjar favorito. Con esto había hecho carrera la tal dama, porque, sabiéndola todas en Palacio distinguida por la emperatriz madre, se apresuraban a servirla y honrarla. A nadie había manifestado las grandes recompensas que se proponía otorgar a sus dos más grandes valedores: Jung Lu y el príncipe Kung. Venía aplazando aquellos compromisos consigo misma porque no sabía a quién debía atender primero. Jung Lu había salvado su vida y la del emperador, y esto hacía que mereciera una remuneración tan grande como la que ella le pensaba otorgar. En cambio, el príncipe Kung había salvado la capital, no por las armas, sino por su destreza en pactar con los enemigos. Realmente se había perdido mucho. El tratado con los blancos gravitaba pesadamente sobre el Trono y Tzu Hsi no podía olvidar que dentro de la capital habitaban hombres blancos con sus subordinados y familias. Pero la ciudad estaba intacta y el enemigo había amenazado con destruirla. La

emperatriz procuraba no acordarse del Palacio de Verano, aunque contra su voluntad le acudían a la memoria imágenes de sus lagos y jardines, de sus grutas de roca artificial, de sus bellas pagodas, que parecían suspendidas en las laderas, de los pabellones donde se atesoraban los tributos traídos de los cuatro mares, de los libros y pinturas contenidas en las bibliotecas, de la profusión de jades, de los espléndidos muebles de las alcobas. En esos momentos su corazón se endurecía contra todos, incluso contra el príncipe Kung, que, por lo visto, no había encontrado medio de oponerse a aquella ominosa destrucción. Aquel desastre y pérdida no lo era sólo para ella misma, ni para una nación, sino para la belleza en general y para todos, puesto que ciertas cosas superan al alcance de lo individual y minúsculo. Por lo tanto, Jung Lu había de ser premiado primero. Él, al menos, no había permitido destrucción alguna. Mas el corazón de la emperatriz se había endurecido lo bastante para decidirla, antes de hacer nada, a llamar al príncipe Kung y fingir que pedía su consejo. Esperó, pues, un día favorable, día que no tardó en llegar. Los dioses debían de haber visto al fin la aterradora sequía, porque, para no ser más apremiados, enviaron una intensa nevada para alivio de los famélicos labradores. Campos y ciudades quedaron cubiertos de tan profunda nieve, que pasaron semanas antes de que se disiparan los últimos copos blancos. Las campiñas, hasta entonces horriblemente secas, empezaron a brillar con dulce verdor bajo la nieve y, cuando el sol hubo lucido durante unos cuantos días benignos, el trigo de invierno cubrió las planicies hasta donde podía alcanzar la vista. El agradecimiento general repercutió sobre la emperatriz, ya que la gente aseveraba que era su gracia y poder lo que había procurado la benevolencia de los dioses. Sobrevino, pues, un día afortunado, de los últimos de invierno y muy cercano a la primavera. El caliente sol estimulaba el crecimiento de las plantas en la tierra y pendía sobre la ciudad una neblina ligera. La emperatriz madre dio al

jefe de eunucos el encargo de llamar al príncipe Kung, citándole en la sala de audiencias. No tardó en presentarse el príncipe. Iba espléndido con su traje de ceremonia. Vestía de brocado azul de pies a la cabeza, y era aquel azul de un matiz oscuro, porque la corte estaba en luto y había de seguir estándolo hasta que pasasen tres años desde la muerte del emperador. —Tan sobriamente majestuoso parecía Kung, a medida que se acercaba al trono, que suscitó en la emperatriz cierto desagrado. Kung se inclinó, un tanto libre y familiarmente, como si fuera habituándose a la importancia de su cargo y a tratar muy frecuentemente a la emperatriz. Una secreta ira colmó el pecho de la soberana, pero la supo disimular. Lo principal allí era convencerle de lo que deseaba. Había que prescindir de todo lo demás. Dijo, pues, dando a su voz una entonación que sonaba como música pura: No andemos con ceremonias y hablemos de igual a igual. Vos sois el hermano de mi señor, que siempre me recomendó fiarme en vos en caso necesario. Viéndose así invitado, el príncipe Kung se sentó en la esquina derecha del salón. A la emperatriz no le complugo nada la prontitud con que su consejero se apresuró a obedecer su disposición. Desde luego Kung comenzó insinuando unas palabras de protesta, pero fueron muy pocas y en seguida se sentó en presencia de su soberana. Ella le dijo: —Me propongo otorgar una recompensa al comandante de la Guardia Imperial. No he olvidado que me salvó la vida cuando los traidores querían arrebatármela. Su lealtad al Trono del Dragón es tan inquebrantable como los Montes Omei, donde tempestad alguna puede causar terremoto. No doy exagerada importancia a mi vida, pero, de morir yo, los traidores se habrían apoderado del Trono y nunca hubiera llegado mi hijo a ser emperador. Por lo tanto, no quiero premiar al jefe de la Guardia pensando en mí, sino pensando en mi hijo y, a través de él, en el pueblo, porque, de haberse impuesto los traidores, el Trono hubiera caído. El príncipe Kung no miró a la emperatriz mientras ella hablaba,

pero su agudo oído y su despejada mente captaron el significado interno de lo que Tzu Hsi decía. —¿En qué recompensa pensáis, Elevadísima Alteza? Ella aprovechó audazmente la ocasión. No entraba en sus costumbres soslayar una crisis. —Desde la muerte de Su Shun está vacante el puesto de Gran Consejero. Es mi voluntad designar para ese cargo a Jung Lu. La emperatriz levantó la cabeza y él, sintiendo la potente mirada de aquella mujer, la afrontó sin titubeos. —Eso es imposible. Tales fueron las palabras del príncipe Kung, mientras su mirada se cruzaba con la de la emperatriz madre. —Nada es imposible si yo lo mando. De este modo se expresó la emperatriz mientras sus ojos miraban al príncipe y parecían despedir llamas. Pero él se mantuvo inexorable. —Sabéis bien cómo las hablillas circulan y arraigan en una corte. No ignoráis la forma en que los rumores corren de boca en boca entre los eunucos. Yo rechazo siempre las habladurías por el honor del Trono y de mi clan, pero no puedo extirparlas. Ella dio una expresión inocente a su mirada. —¿A qué habladurías os referís? El príncipe Kung no conseguía persuadirse de la inocencia de su interlocutora y, sin embargo, su mucha juventud hacía que se la pudiera creer inocente por completo. Pero quien había hablado tanto, podía y debía hablar y además así lo hizo. —Algunos dudan de la paternidad del joven emperador. Ella apartó la mirada y entornó los párpados. Le temblaban los labios y se los cubrió con el pañuelo de seda. —Creí —gimió— que habían muerto ya mis enemigos. Kung repuso: —Hablo por vuestro bien, señora. Y bien sabéis que no soy vuestro enemigo. La cólera hizo que se secasen las lágrimas que brotaban de los ojos de la emperatriz. —Pero pudisteis hacer matar a quienes tantas inmundicias han proferido contra mí. No debisteis dejarlos vivir ni una hora. Si por lo menos me hubieseis advertido, yo hubiera decretado su muerte. ¿Era inocente Tzu Hsi? Kung lo ignoraba y lo ignoraría siempre. Guardó silencio. La emperatriz irguió el busto. —No pienso

solicitar más consejos. Hoy mismo, en cuanto salgáis, pienso designar Gran Consejero a Jung Lu y si alguien osa hablar mal de él... Kung atajó: —¿Qué haréis? Puede toda la Corte dejarse arrastrar por las calumnias. Ella se inclinó hacia delante y olvidó toda cortesía. —Haré callar a todos y os aconsejo, príncipe, que vos mismo calléis. Nunca en tantos años habían llegado los dos a tan abierto choque. Más en seguida recordaron la necesidad de guardarse lealtad mutua en beneficio de ambos. El príncipe tomó la iniciativa. —Perdonadme, Elevadísima Alteza. Se puso en pie y se inclinó profundamente. Ella respondió con voz dulcísima: —No sé cómo os he hablado así a vos, que sois quien me enseñó todo lo que sé. Vos sois quien ha de perdonarme a mí. Él hubiera protestado sin duda inmediatamente, pero ella lo impidió extendiendo la mano. —No, no habléis aún. Hace mucho que proyecto daros la mejor de todas las recompensas. Quiero que recibáis el noble título de Príncipe Consejero del Trono, con plenas atribuciones y emolumentos. En mi decreto especial... Interrumpiose y añadió: —Me propuse decir por nuestro decreto, esto es, por el de las regentes, que somos mi prima y yo. Pienso que se os otorgue otro galardón; y es que el título de duque de Ch'in, que mi difunto señor os concedió como recompensa a vuestra lealtad, sea desde ahora hereditario. Sumos eran aquellos honores, y el príncipe quedó desconcertado por la repentina propuesta. Hizo una reverencia otra vez y habló amable y gentilmente, como solía: —Elevadísima Alteza, no deseo recompensa alguna por hacer lo que era mi deber. Mi primer deber era el de servir a mi hermano mayor, y después al emperador, que en este caso era mi hermano mayor también. Ahora ese mismo deber me liga al hijo de mi difunto hermano como tal, y además como emperador. Huelga decir que luego os debo servicio a vos, como emperatriz madre, y en cuarto lugar a vos y a vuestra prima, la muy noble Sakota, como regentes. Ya veis cuánta es toda la extensión de mis deberes y cómo por cumplirlos no debo ser

recompensado. La emperatriz madre insistió: —Aún así, habéis de aceptar. Así comenzó entre los dos una batalla de cortesía. Ella insistió y él rehusaba, mas por fin llegaron a un acuerdo. —Os pido que me permitáis por lo menos, no aceptar título alguno que puedan heredar mis hijos —dijo el príncipe Kung—. No entra en la tradición de nuestra familia el que los hijos hereden lo que los padres ganaron. Deseo que mis hijos ganen por sus propios medios los honores que consigan. La emperatriz madre no pudo dejar de acceder a este punto. —Aplacemos, pues, este extremo hasta momento más afortunado. Pero quiero pedir un servicio muy honorable, príncipe. —Dadlo por hecho —respondió Kung. —Dejadme que adopte a vuestra hija, Jung-chung, como princesa real. Concededme esta dicha para mi consuelo, a fin de que me parezca que he recompensado, de alguna manera, vuestra ayuda contra los traidores cuando estábamos en Jehol. ¿No acudisteis entonces a todas mis llamadas? Porque yo no recuerdo ninguna dilación. Llegó entonces al príncipe el turno de ceder y lo hizo con magnanimidad. A partir de aquel momento la hija del príncipe Kung se convirtió en princesa real, y tan a conciencia sirvió a su soberana señora, que ésta la autorizó a usar un palanquín con cortinillas de raso amarillo, y ello durante toda su vida, como, si en efecto, fuese una auténtica princesa real.

De esta manera la emperatriz preparaba sus planes. No hacía nada al descuido ni con precipitación. Cada proyecto suyo germinaba a base de un deseo. La semilla, una vez sembrada, podía tardar en florecer un año, dos o diez, pero en la hora oportuna era seguro que florecería. Llegó otro verano, placentera época del año en que los vientos soplaban del sur y del este, trayendo nieblas y suaves lluvias y el olor de los salados mares que nunca había visto la emperatriz, aunque le gustaba el agua en lagos, fuentes y ríos. A medida que el intenso y adormecedor calor de la canícula se acercaba, la emperatriz madre empezó a evocar, desde dentro de los muros

de la Ciudad Prohibida, los palacios de Yüan Ming Yüan, ya inexistentes. Tzu Hsi no había querido ver nunca las cenizas de lo que era de tan grato recuerdo. Pero se acordó de que existían los famosos Palacios del Mar. ¿Quién la impediría convertirlos en un lugar de placer y reposo para ella? En consecuencia, un día determinó que sus damas y eunucos acompañaran su palanquín en sus sillas de mano, caballos o coches de muías, según uso de cada uno. El viaje a los Palacios del Mar era corto, puesto que no distaban más de media milla, pero aun así el viaje de la Corte suscitó tal interés y movimiento que la Guardia Imperial hubo de despejar las calles para impedir que cualquier malvado aprovechara la ocasión con fines perversos. Los parques de placer de los tres Palacios del Mar no eran nuevos para la emperatriz madre, que los había visitado muchas veces para hacer en primavera los sacrificios rituales al dios de las moreras en el Altar de los Gusanos de Seda, o bien a la diosa de los Gusanos de Seda, en el templo dedicado a tales larvas. Esto constituía su deber anual, pero además solía ir otras veces a pasear en bote por uno de los tres lagos a los que se llamaba mares. En invierno acudía también a ver patinar en las aguas heladas del llamado Mar de Septentrión. Le gustaba presenciar cómo los eunucos, vistosamente vestidos, patinaban diestramente sobre el espeso hielo alisado antes de la fiesta con grandes planchas de hierro caliente. Aquellos lagos eran antiguos, porque fueron mandados hacer, quinientos años antes, por los emperadores de la dinastía tártara de los Nurchen. Pero aquellos soberanos no soñaron, sin duda, con las bellezas más tarde añadidas por Yung Lo, primer emperador de la dinastía china de los Ming. Yung Lo, mandó aumentar la profundidad de aquellos lagos y construir puentes que unían las orillas con isletas donde se levantan pabellones de paredes trabajadas de tal suerte que no había dos pabellones iguales. Lleváronse del sur y noroeste grandes piedras curiosamente desgastadas y contorneadas por las aguas de los ríos y con ellas

se adornaron los jardines, donde se encontraban palacios y templos; entre grupos de antiguos y retorcidos árboles que se cuidaban con tanta atención como si fueran seres humanos. Llegábase al extremo de dar a algunos de ellos títulos como los de duque, rey y otros normalmente sólo atribuibles a los hombres. En el templo de Luster había un gran buda, llamado el Buda de Jade, aunque el material de la imagen no era jade, sino una piedra de puro color blanco, traída del Tibet y muy diestramente trabajada. El antepasado imperial Ch'ien Lung amaba los Palacios del Mar y levantó entre ellos una biblioteca a la que llamó Otero de los Pinos. A cada uno de los tres palacios les dio un nombre. Al primero lo llamó Palacio de las Aguas Cristalinas; al segundo, Galería del Lavatorio de las Orquídeas, rito floral que se cumplía el quinto mes del año lunar; y el tercero, Palacio de la Nieve Placentera, nombre tomado del poema del bardo Wang Shi-chih, quien, mientras escribía un día de invierno, sintió un trasporte de loca alegría al ver caer ante él una nevada. Los versos del poeta se grabaron en mármol, pero luego se perdieron y así permanecieron varios siglos hasta que los encontró un trabajador en medio de unas ruinas y los entregó a Ch'ien Lung, que gobernaba entonces y que hizo colocar la marmórea piedra en aquel lugar tan adecuado. No había parte alguna de los Palacios del Mar a la que no enriqueciese en el orden moral alguna leyenda semejante. La emperatriz madre las conocía todas, por los muchos libros que había leído. Ningún lugar de aquel placentero retiro le gustaba más que una construcción al lado del lago, al que se conocía con el nombre de Mar del Sur, edificio llamado el Pabellón de la Añoranza. Tenía dos pisos y los construyó Ch'ien Lung, para que su favorita, la Concubina Fragante, pudiese mirar desde lo alto el camino de su perdida tierra. El verdadero nombre de la Concubina Fragante —a la que se apellidaba así porque el sudor de su delicado cuerpo parecía dulce como el perfume— era Hsiang Fei; y aquella mujer había

sido arrebatada a su hogar y marido, porque procedía del Turquestán, donde era princesa de Kach—gar. Ch'ien Lung la consiguió como botín de guerra. Habiendo oído hablar de su mágica hermosura y, sobre todo, de la finura de su blanca piel, envió generales al Turquestán con orden de conseguirla aquella mujer de grado o por fuerza. Pero ella, fiel a su esposo, no quiso abandonar su morada y cuando él, derrotado, se quitó la vida, la indefensa princesa, aunque fue obligada a ingresar en el gineceo del emperador de la China, no quiso tomarla por la fuerza, prefiriendo el pleno y sutil placer de ver cómo acababa por entregársele por su propia voluntad. Mandó, pues, erigir aquel pabellón desde cuya torre podía mirar la cautiva en dirección a su perdida patria. Y esperó pacientemente a que ella cesase en su resistencia. Hacía esto contra el consejo de su madre, la emperatriz viuda, quien, enojadísima por semejante actitud, continuamente exhortaba a su hijo a que devolviese aquella mujer a sus tierras del Turquestán. Porque la Concubina Fragante había anunciado que si la tocaba el emperador, aunque fuese con la palma de la mano, ella le mataría y se suicidaría después. Al parecer, no toleraba ni que se le acercase. Un día de invierno, mientras Ch'ien Lung cumplía el deber de ir a orar ante el Altar del Cielo, en nombre de su pueblo, la emperatriz viuda mandó llamar a su presencia a la Concubina Fragante *y* la dio a escoger entre doblegarse a los deseos del monarca o quitarse la vida. La princesa optó por este segundo recurso y entonces la emperatriz madre dispuso que la condujeran a un edificio vacío *y* le dieran un cordón de seda. La solitaria mujer se pasó el cordón al cuello y se estranguló. Un eunuco fiel corrió a dar las fatídicas noticias al emperador y éste, aunque estaba ayunando en el Templo de la Abstinencia a fin de purificarse para ejecutar los sacrificios sagrados, olvidó su deber y corrió a su palacio. Pero llegó demasiado tarde. Su adorada había huido de él para siempre. Así rezaba la leyenda. La emperatriz madre eligió para su

residencia los muchos salones y patios, estanques y jardines floridos del Palacio de la Compasión, que se levantaban junto al Mar del Centro. Le placían especialmente los jardines de rocas. No se permitía la asistencia a partidas de diversión o reuniones alegres, como aquellas a las que estaba acostumbrada en el Palacio de Verano, de Yüan Ming Yüan, donde ella y sus damas acostumbraban a disfrazarse de hadas o de diosas para satisfacer sus instintos retozones. Por primera vez, desde el fallecimiento de su señor, comenzó a asistir a representaciones de teatro, no aparatosas ni de entretenimiento, sino sencillas y melancólicas, en las que se pintaba y reflejaba la sabiduría del alma humana. Para realizar sus propósitos mandó alzar, en el principal de sus jardines pequeños, una puerta que comunicaba con un patio no utilizado, junto a un templo desierto, y ordenó a aquellos de sus eunucos que eran pintores, carpinteros y albañiles que levantasen un vasto tablado. Así, ella y sus damas podían ver trabajar a los actores desde un lugar recoleto y placentero. Su palco real, grande como una habitación corriente, fue erigido a orillas de un estrecho arroyo que atravesaba el patio y cuyas cristalinas aguas hacían más suaves las voces de los actores como si diesen música a sus palabras. Un puente de mármol, no más ancho que una vereda, permitía vadear el arroyuelo. Cuando juzgó que sus secretos planes estaban bien maduros, la emperatriz madre mandó llamar un día a Jung Lu. Era costumbre suya no realizar nunca dos cosas demasiado seguidas, porque si la gente pensaba que tras efectuar una cosa había de ejecutar otra semejante, podía saber siempre cuáles eran sus recónditas ideas. Así dejó pasar dos meses desde la adopción de la hija del príncipe Kung hasta el momento en que hizo llamar a Jung Lu. Lo cual efectuó como un capricho femenino, aun cuando era ya lo bastante discreta para no permitirse capricho alguno. Estaba representándose ante sus ojos una obra totalmente interpretada por eunucos, ya que las mujeres no podían actuar en escena desde los tiempos

del antecesor imperial Ch'ien Lung. Éste había sido hijo de una actriz y, para honrarla, impidiendo que mujer alguna la pudiese igualar, decretó que nunca más las mujeres pudieran actuar como artistas en un tablado. La obra que se representaba aquel día era muy conocida y se llamaba *El huérfano del clan de Ch'ao*. La emperatriz la había visto representar muchas veces y estaba harta de escuchar el texto de sus recitados. Pero no daba a entender su hastío porque no quería ofender a los actores ni a nadie y, mientras atendía con indiferencia, preguntose: «¿Por qué no aprovechar este momento en que estamos reunidos tantas personas presenciando una función para llamar a Jung Lu y hacerle conocer mi voluntad?» Sí; sería conveniente que su primo conociera los propósitos de la emperatriz antes de recibir recompensa en público. Hizo un signo a Li Lien-ying y le dijo: —Manda a mi primo que venga. Tengo que darle una orden. El eunuco sonrió, hizo una reverencia y se fue, sin olvidarse de cruzir las coyunturas de los dedos. La emperatriz madre volvió la cabeza al escenario y pareció absorberse en la contemplación de la obra. Sus damas se hallaban alrededor de ella. Cada vez que miraba a una, ésta debía levantarse. Y por esto, pocos minutos más tarde, Mei, siempre atenta a la soberana, notó roa mirada fija sobre sí. Apartó la vista del tablado y observó que la emperatriz madre la contemplaba con ojos escrutadores. Se levantó en el acto y se inclinó. La emperatriz la hizo un signo volviendo hacia abajo la palma de la mano. Mei se acercó, algo turbada y tímida, a su señora. —Inclínate un poco hacia mí —mandó Tzu Hsi. Las voces y cánticos de la escena impedían que la oyese otra persona que no fuese la interesada. Ésta bajó la cabeza y la soberana le dijo al oído: —No he olvidado las promesas que te hice, niña. Y las pienso cumplir ahora. Mei no se movía y procuraba inclinar la cabeza lo más posible, para que no se le notase el rubor que cubría sus mejillas. La emperatriz madre sonrió. —Ya veo que recuerdas a qué monarca me refiero. —¿Me es dable olvidar una promesa hecha

por vuestra majestad? —contestó Mei. La emperatriz acarició la mejillas de su azafata. —Bien contestado, niña. Verás... En aquellos instantes Jung Lu se encaminaba al palco regio. El sol iluminaba su alta estatura y su cabeza erguida. Llevaba el uniforme azul oscuro, en señal de duelo por la muerte del emperador, y la vaina de plata de la ancha espada pendiente de su cinturón centelleaba a la luz solar. Con firmes pasos se aproximó al dosel e hizo una reverencia. Con un movimiento de cabeza la emperatriz madre le señaló un asiento cercano al bajo estrado de su trono. Tras una vacilación, el joven obedeció. Durante un rato Tzu Hsi no pareció atenderle. El protagonista de la función apareció en escena para entonar la canción más famosa de las incluidas en aquella pieza. Todos los ojos se fijaban en él, incluso los de la emperatriz. Repentinamente tomó la palabra sin apartar la mirada de lo que pasaba en escena. —Hace mucho tiempo, primo, que proyecto darte una gran recompensa por el servicio que nos prestaste al emperador y a mí. Jung Lu repuso: —No he hecho más que cumplir con mi deber, majestad. —Ya sabes que nos salvaste la vida —I» recordó ella. —Era mi deber —contestó su pariente. Ella respondió: —¿Y piensas que lo he olvidado? No he olvidado ni olvido nada. Quieras o no, es mi voluntad recompensarte haciéndote que te encargues del puesto dejado libre por el traidor Su Shun. —Majestad... —empezó él con ímpetu. Ella le hizo callar extendiendo la mano. —Has de aceptar —manifestó ella, siempre con los ojos fijos en el escenario—. Te necesito cerca de mí. ¿En quién voy a confiar si no? Adivino que vas a contestarme que en el príncipe Kung. Y, en efecto, en él confío. Pero no me ama ni yo le amo. El murmuró: —No hables de esa manera. La voz del escenario sonaba muy alta, redoblaban los tambores y las damas prorrumpían en elogios en voz alta y lanzaban dulces y flores al afortunado eunuco que desempeñaba el principal papel en la obra. —Yo no he dejado nunca de amarte —cuchicheó ella. El no volvió la cabeza. La

emperatriz prosiguió: —Y bien sabes tú que me amas. Jung Lu continuó silencioso. Ella le miró. —¿Acaso me engaño? Jung Lu murmuró, en voz muy baja, mirando al escenario: —No quiero que caigas y pierdas la posición a que te has elevado si ello ha de suceder por culpa mía. La emperatriz sonrió y, aunque volvió la cabeza de nuevo, había una luz de satisfacción en sus ojos. —Cuando seas mi gran consejero podré llamarte tan a menudo como se me antoje, porque tú compartirás conmigo la carga de regir el reino. Un emperador ha de apoyarse en los príncipes, grandes consejeros y ministros. —No obedeceré tales llamadas si no es para entrevistas en presencia de esas personas. Ella se obstinó: —Sí obedecerás. —¿A riesgo de mancillar tu nombre? —Yo salvaré mi nombre casándote con una mujer de mi elección. Si tienes una esposa joven y bella, ¿quién puede pensar mal? —No me casaré con nadie —repuso Jung Lu entresdientes, con acre voz. En el escenario el famoso actor que hasta entonces actuaba hizo una última reverencia y se retiró. Un hombre le llevó una taza de té. El actor se quitó su pesado y abigarrado capacete y se secó el sudor con un pañuelo de seda. En el pequeño teatro los eunucos de servicio mojaban suaves toallas en vasijas de agua caliente, la retorcían y las lanzaban a las manos levantadas para pedir las. Li Lien-ying llevó una caliente toalla perfumada, en una bandeja de oro, a la emperatriz madre. Ésta tomó el pañito, se humedeció primero las sienes y luego las palmas de las manos, y habló con voz muy baja y decisiva: —Te ordeno que te cases con Mei, mi dama de honor. No alegues nada. Es la mujer más gentil de Ja corte y la más sincera de todas. Además te ama. Él replicó, con acento casi imperceptible: —¿Vas a mandar en mi corazón? Tzu Hsi respondió con crueldad: No es necesario que te enamores. —Si esa joven es como aseguras, yo cometería con ella una injusticia que pugna con mi carácter —insistió él. —No, si ella te quiere y, sabiendo que no la correspondes, insiste en ser tu mujer. Jung Lu reflexionó. Había aparecido en escena otro actor, muy joven,

que cantaba lo mejor que podía. Los servidores eunucos atendían a la concurrencia, llevando bandejas de dulces, calientes y fríos. Como el actor era desconocido, nadie se fijaba en él y los ojos empezaban a converger en la emperatriz madre. Ella, observándolo, comprendió que debía alejar a Jung Lu. Habló entre sus apretados dientes: —No puedes desobedecerme. Se ha decretado que aceptes este matrimonio y que el mismo día tomes puesto entre los consejeros. Ahora retírate. Jung Lu se levantó e hizo una profundísima reverencia. Su silencio equivalía a una conformidad. Ella inclinó la cabeza. Luego la levantó graciosamente y dirigió la mirada al escenario.

Por la noche, cuando se quedó sola, Tzu Hsi evocó nítidamente la escena de aquella tarde. Había olvidado qué obra representaban en el teatro y qué actores intervenían en la función y hasta las canciones que cantaban. Había permanecido en el palco abanicándose lentamente. El escenario era una confusa mancha ante sus ojos. Todo su cuerpo experimentaba; una tensa congoja. En un momento dado cerró el abanico y permaneció inmóvil, contemplando la escena maquinalmente, mientras una intensa tortura dominaba todo su ser. Amaba a un hombre y le amaría mientras viviera. Él era el amante a quien deseaba, el esposo que se había negado a sí misma. Su mente pasaba de un pensamiento a otro como un pájaro encerrado que se mueve y de continuo tropieza con los barrotes de la jaula. Pensó en la reina inglesa, Victoria, de la que el príncipe Kung la hablara tan a menudo. ¡Afortunada soberana aquella, que podía casarse con quien amaba! Pero Victoria no era concubina ni viuda de un emperador. Había nacido reina y podía casarse con el hombre a quien deseara llevar hasta ella. Mas no había mujer que naciese para ocupar el Trono del Dragón y a ella no le cabía otro recurso que procurar adueñarse de él a viva fuerza. La emperatriz madre meditó: «Y, sin embargo, yo soy mucho más fuerte que la reina Victoria de Inglaterra, puesto que he sabido hacerme dueña de

un trono». Pero ¿acaso tener fuerza puede consolar a una mujer? Yacía insomne en su vasto lecho. El vigilante nocturno había golpeado dos veces su batintín de bronce para indicar que la medianoche había pasado hacia dos horas. La emperatriz continuaba inmóvil, transida por un dolor que dominaba todo su cuerpo. Su respiración era jadeante y hasta el respirar le costaba un ímprobo esfuerzo. ¿Por qué ella no sería enteramente femenina como otras mujeres? ¿Por qué se resistía a dejar el Trono para ser mera esposa del hombre a quien amaba? ¿Qué clase de orgullo era el que la impelía a intentar conseguir un poder mayor aún? ¿Qué le importaba a ella, una mujer, que una dinastía perviviese o se extinguiera? Al fin se veía como era: una mujer que tenía una secreta necesidad y anhelo y a la par una mujer deseosa de otras satisfacciones a la vez que la del amor, como el poder, la posición, la soberbia de estar por encima de todas... Eso también era una necesidad para ella. En lo que, desde luego, se juzgaba una mujer genuina era en el amor que sentía por su hijo. Mas su inquieto ser interior insistía en asegurarle que aquel hijo para ella, por supuesto, su ante todo, y ella para él ante todo una madre. Pero les unía otro vínculo más, que consistía en que a la calidad de emperador del niño correspondía la suya de emperatriz madre. Las normales relaciones entre madre e hijo no la bastaban. ¡Ah, aborrecible mujer, que había nacido con el cuerpo de una hembra y el cerebro y corazón de un hombre! Dio una vuelta en la cama y rompió en lágrimas que le arrancaba su compasión de sí misma. «No puedo amar —pensaba—. No puedo amar lo bastante para sacrificarlo todo al amor. ¿Y por qué sucede esto? Porque me conozco muy bien a mí misma. Si me entregase desordenadamente a todo evento al hombre a quien amo, renunciando a todo lo demás por él, se me agostaría el corazón y acabaría no sintiendo más que odio hacia el que ahora amo. Porque es evidente que le sigo queriendo.» El vigilante nocturno batió su gongo y profirió la usual cantinela:

—¡Las tres de la madrugada, y sereno! Tzu Hsi seguía pensando. ¡Y siempre pensando en el amor! A veces su angustia era tanta que la hacía volver a llorar. Podía admitirse que ella, después que Jung Lu se casase con la damita Mei, le convenciera de que se viesen en cualquier secreto aposento de cualquier olvidado palacio. Su eunuco podía velar por la seguridad de los dos. Bastaba pagarle bien y, si alguna vez se sospechaba de su lealtad, una palabra era suficiente para que alguien le introdujese un puñal en el corazón. Si una o dos veces, o pocas más, en el curso de su vida podía entregarse al amor de una forma enteramente femenina, ello podía hacerla feliz, ya que tantas otras cosas tenía, sino todas. Sí, le cabía ser dichosa si acertaba a sobreponerse a su corazón. Pero ¿se sobrepondría? Mientras ella se sentaba en su trono, otra mujer ocuparía el lecho del hombre amado. Y él, hombre al fin, ¿recordaría siempre que era la emperatriz su amada y no la mujer que tenía entre sus brazos? Sus lágrimas corrieron, ardientes, por sus mejillas. Se sentía repentinamente celosa. Apartó la colcha de seda, se incorporó en el lecho, levantó las piernas, apoyó la cabeza en las rodillas, se mordió los labios y sollozó silenciosamente, para que no la oyese la camarera. Otra vez el batintín del vigilante nocturna Y otra vez su voz: —¡Las cuatro de Ja madrugada, y sereno! Cuando se hubo hartado de llorar, la emperatriz volvió a tenderse en el lecho. Estaba exhausta. Había nacido lo que era: una mujer y a la vez algo más que una simple mujer. El mismo peso de su genio podía ser su destrucción. Otra vez, las lágrimas temblaron en sus párpados. Y del fondo de sí misma empezó a surgir entonces una fuerza nueva, que a cada momento se agitaba. ¿Destrucción? Si se dejaba destruir por su amor y sus celos, se destruiría, en efecto, a sí misma, porque no sacaría de su persona todo lo que la permitía la especial contextura de su naturaleza. «Pero soy muy fuerte», reflexionó. Sí: lo era y debía buscar en su fuerza un consuelo. Las lágrimas se secaron en

sus ojos y pareció circular por sus venas aquella sensación de fe en sí misma, que era lo que siempre le reanimaba. Procuró ordenar sus pensamientos y separar en ellos lo verdadero de lo ficticio. Locura, sandez, sueño vano imaginar una cámara secreta en un palacio olvidado. Jung Lu no accedería nunca a semejante propuesta. Si ella no renunciaba a todo por su amor, él era lo bastante orgulloso para negarse a convertirse en su amante clandestino. Una vez había ocurrido. Una vez, sí; pero él era entonces un muchacho. Bien: ella había obtenido de aquel momento una memoria que guardar, un recuerdo inolvidable. Algo que sucedió una vez y nunca se repetiría. Y de pronto se le ocurrió un pensamiento que la colmó de pasmo, por lo nuevo que era en su mente, Admitido que no pudiera dar nunca a un hombre lo bastante para dejarlo todo por su amor. Admitido, sí, puesto que ella había nacido de aquella manera. Pero ¿por qué no dejar que Jung Lu considerase como una bendición del cielo el poder amarla, mientras ella convertía aquel amor en una arma puesta a su servicio? Pensó: «Quizá mi amor sea incluso más perfecto si dejo a mi primo que me ame y, sabiendo que sucede así, puedo en sus sentimientos encontrar moralmente un refugio.» Esta reflexión prudente pareció infundir nueva vida en sus venas y llevar la tranquilidad a su alborotado corazón. Cerró los ojos. Otra vez sonó fuera el gongo del vigilante y su voz, esta vez, con el aviso matutino: —¡Es de día, y sereno!

Señaló para la boda una fecha cercana. Cuanto más pronto mejor, porque más irrevocable sería. No obstante, Mei no podía casarse en el palacio imperial y no tenía otra casa. —Hay que llamar al eunuco mayor —dijo la emperatriz. Li Lien-ying salió en el acto para obedecer. Permanecía como de costumbre junto a la puerta de la biblioteca imperial, en la que Tzu Hsi había pasado cuatro días seguidos sin hablar con nadie, excepto para dar órdenes. Li Lien-ying halló a su jefe en sus habitaciones privadas tomando, como solía hacerlo a media mañana, un almuerzo de varios platos, que despachaba lentamente y

saboreaba con fruición. Desde la muerte de su soberano se venía entregando como nunca a los placeres corporales. Al saberse llamado, se apresuró a obedecer. La emperatriz madre alzó los ojos, dejó de leer, y observando a su fiel An Teh-hai intentó reprimir una expresión de disgusto. —¿Cómo engordas tanto? Has ganado grasas incluso durante esta época de luto. El eunuco mayor asumió una hipócrita expresión de tristeza. —Estoy lleno de agua, venerable. Pinchadme y manaré más líquido que una fuente. Enfermedad tengo, señora; no propiamente gordura. Tzu Hsi le miró con la expresión severa característica en ella cuando creía necesario reprender a un subordinado. Nada escapaba a su observación, ni en los momentos en que vivía asediada de preocupaciones propias y temores secretos. Y, sin embargo, no dejaba de reparar en cosas tan prolijas como que el jefe de eunucos estuviera engordando más de la cuenta. —Sé que comes y bebes mucho —le advirtió—. Y no ignoro que estás enriqueciéndote. Procura no allegar demasiados caudales y no olvides que tengo los ojos continuamente fijos en ti. El eunuco mayor respondió con humildad: —Todos sabemos que Vuestra Majestad tiene los ojos en todas partes a la vez. Ella siguió mirándole severamente por un momeo. Parecía quererle abrasar con sus inmensos ojos resplandecientes. Aunque la cortesía impedía al eunuco dirigir la mirada a su señora, sintió perfectamente la de ella sobre su cuerpo y comenzó a sudar. La emperatriz sonrió. —Eres demasiado bien parecido para que te deje engordar —observó—. Si no puedes ceñirte bien el cinturón, ¿cómo vas a desempeñar papeles de héroe cuando trabajes en el tablado? An Teh-hai rió. Era cierto que le agradaba desempeñar papeles escénicos en las funciones teatrales de la Corte. —Majestad —prometió— me mataré de hambre para satisfaceros. Ella dijo, ya de buen humor: —No te había llamado para eso, sino para que veamos el modo de casar honorablemente a Mei, mi dama de honor, con Jung Lu, el comandante de la Guardia Imperial. ¿Sabías que

iban a contraer matrimonio? —Sí, Majestad —respondió el jefe de eunucos. An Teh-hai sabía aquello como sabía cuanto pasaba en palacio. Li Lien-ying le había contado lo que había oído y ya no había eunuco ni mujer de servicio que lo desconociese. Ello le constaba muy bien a la emperatriz madre, la cual continuó: —Mi dama Mei no tiene padres y yo debo sustituirlos. Pero a la vez, soy regente en nombre de nuestro joven emperador y no me parece propio hacer, con mi presencia en el casamiento de Mei, que la demos honores de princesa. Vas a llevarla, pues, a casa de mi sobrino, el duque de Hui. Procura que sea acompañada con todo honor y ceremonia. Mi primo, el comandante, irá a buscarla a casa del duque. El eunuco preguntó: —¿Qué día ha de efectuarse el traslado, Majestad? —Mei irá mañana al domicilio del duque. Hoy la precederás tú para que preparen la recepción. Como Hui tiene dos tías ancianas, ellas podrán estar en compañía de Mei y sustituir a su madre. Luego buscarás al comandante para anunciarle que las nupcias han de efectuarse dentro de dos días. Cuando todo esté consumado vienes y me lo avisas. Entretanto no me molestes para nada. —Soy vuestro servidor, majestad. Y el eunuco se inclinó, Pero ella habla vuelto a prestar atención al libro y no levantó la cabeza. Dos días permaneció atenta a la lectura. Hasta muy entrada la noche —tanto que los eunucos habían de despabilar las bujías repetidamente y la emperatriz tenía que disimular los bostezos con una manga— leía lenta y despaciosamente libro tras libro. A la sazón estudiaba obras de medicina, ciencia de lo que conocía poco menos que nada y en la que por eso mismo deseaba profundizar, porque todo lo que ignoraba era lo que más ansiaba dominar. Ello no se debía solamente a deseo de saber y de satisfacer su curiosidad en cuanto concernía al universo, sino a que se proponía, con fines prácticos, saber más cosas que persona alguna a la que hubiese de hablar. Así, en aquellos dos días que precedieron al matrimonio, Tzu Hsi frenó del todo su imaginación y concentró

su mente en el estudio de antiguas obras de jurisprudencia médica. Aplicose, sobre todo, a un libro en muchos tomos conocido en todos los tribunales del imperio, hasta el punto de que incluso los magistrados de salas subalternos de justicia lo estudiaban cuando querían adoctrinarse en lo que era más procedente en los casos en que procedía emitir dictamen sobre casos de defunción por motivos no conocidos. El departamento de Justicia guiaba sus prácticas por los aforismos de aquel tratado, y hacía dieciocho años el emperador T'iai Huang, enojado por el desorden que presidía la distribución de los primitivos volúmenes de la obra, encomendó a un juez muy conocido, llamado Sung T'su, que compilase en una sola edición todas las versiones pasadas. Y a aquel libro dedicó entonces toda su atención la emperatriz, prescindiendo en absoluto de todo otro pensamiento. Así pudo informarse de que el cuerpo humano tiene trescientos sesenta y cinco huesos, que son tanto como el número de días en que el sol sale y se pone en el curso completo de un año solar. Informose también de que los varones tienen en cada lado doce costillas, ocho largas y cuatro cortas, mientras el número de costillas de las mujeres asciende a catorce por lado. Averiguó también que si padres e hijos, o marido y mujer, mezclan sus sangres respectivas en una vasija de agua, el líquido forma una mixtura unitaria, mientras las sangres de personas no unidas por esos vínculos no se funden totalmente jamás. Del mismo modo llegó a conocimiento de la emperatriz la ciencia de los venenos, su uso con fines terapéuticos o letales y el modo de ocultar su utilización. Transcurrieron, pues, dos días sin que saliese de la biblioteca imperial para ir a su palacio, excepto a las horas de comer o dormir. En la tercera mañana el eunuco Li Lien-ying tosió desde prudencial distancia, para anunciar su aproximación. La emperatriz levantó la cabeza, separando los ojos de la página en que estudiaba el empleo de la mandrágora como veneno, —¿Qué hay? —preguntó. —El eunuco mayor ha regresado a

palacio, Majestad. La emperatriz cerró el libro, asió un extremo del pañuelo de seda que colgaba del botón de jade de la hombrera de sus vestiduras, y se tocó los labios con él. —Hazle pasar —ordenó. Entró el eunuco mayor e hizo la oportuna reverencia. —Acércate a mí y dime lo que hayas de decirme —mandó la emperatriz. An Teh-hai obedeció y se situó a espaldas de su señora. Ésta le escuchaba mientras su mirada se dirigía, más allá de las grandes puertas abiertas, al amplio jardín, donde los crisantemos esplendían, áureos y escarlata, bajo el límpido y brillante sol del día otoñal. El eunuco empezó: —Majestad, todo se ha hecho con el debido honor y la adecuación debida. Vuestro primo, el comandante, envió el palanquín nupcial encarnado a casa del duque de Hui, y los portadores se retiraron. Las dos respetables tías del duque condujeron a la novia hasta el palanquín, la acomodaron en él, corrieron las cortinillas y cerraron las portezuelas. Llamose a los portadores y éstos llevaron el palanquín al palacio del comandante. Las dos tías la escoltaron en sus sillas de manos. En la morada del comandante, otras dos señoras de edad, primas del padre del novio, esperaban el palanquín, y las cuatro señoras juntas hicieron guardia a la dama Mei al entrar en el palacio. Dentro esperaba el comandante con los parientes de su generación, ya que sabemos que no tiene padres vivos. La emperatriz madre inquirió: —¿y las señoras de edad cubrieron de polvos de arroz el rostro de la novia? El jefe de eunucos se apresuró a rectificar su falta de memoria. —Sí lo hicieron, Majestad, y para ello hubieron de quitar el velo de seda roja de la prometida. Luego ella saltó, según los ritos, sobre la silla de montar de su esposo (que es la silla mongol que le legaron sus antepasados) y al fin pasó las ascuas de carbón y ya con esto, y rodeada por las señoras de respeto, penetró en el palacio. Allí aguardaba un anciano casamentero, que hizo arrodillarse dos veces a la pareja para dar gracias a la tierra y al cielo. Como resumen de todo, las señoras ancianas llevaron a los novios

hasta el dormitorio nupcial y les mandaron que se sentasen, juntos, en el borde del lecho. —¿Quién puso su ropa más adentro del lecho? —preguntó la emperatriz. El eunuco mayor contuvo una risa. —El novio, Majestad. El será quien mande en su casa. —Ya lo sé —dijo ella—. Ha sido obstinado desde que nació. Sigue. El eunuco continuó: —Acto seguido, los recién casados bebieron vino en tazas envueltas en piezas de raso encarnado y cambiaron las tazas para la segunda libación. Comieron bollos de arroz en la misma forma correcta, y, sin más, se celebró el festín de bodas. —¿Fue un festín suntuoso? —preguntó la emperatriz madre. An Teh-hai respondió con tacto: —Discreto, señora. Sin ostentaciones y sin escaseces. —Y terminaría, sin duda —dijo ella—, con ristras de embutido en caldo de pollo. —Lo que significa larga vida —confirmó el eunuco mayor. Y calló, esperando la pregunta ritual que se formula por los padres u otros parientes, después de una noche de bodas, en todas las familias de la nación. Tras una larga pausa sobrevino la pregunta. —¿Se consumó el matrimonio? La voz de la mujer sonaba extraña y sofocada. —Se consumó —manifestó el jefe de eunucos—. Permanecí en la casa toda la noche y por la mañana la doncella de la novia acudió a hablarme. El comandante alzó el velo de la desposada a medianoche usando la fórmula ritual. La criada se retiró entonces y acudió cuando la llamaron, una hora antes del alba. Todo se hizo a la perfección. La emperatriz madre calló. Pasado un largo espacio de tiempo, el jefe de eunucos tosió para recordar su presencia. Ella se sobresaltó como si hubiese olvidado que An Teh-hai se hallaba en la estancia. —Vete —dijo al eunuco—. Has cumplido lo que te mandé. Mañana te enviaré la recompensa. —Vuestra Majestad es muy bondadosa —murmuró el eunuco mayor. Pronunció aquellas palabras mientras se alejaba. La emperatriz madre permaneció con la vista fija en las brillantes flores. Una mariposa de imperial color amarillo se posó, con las alas temblorosas, sobre una corola de

encendido rojo. ¿Un presagio? Convendría consultar al departamento de Astrología para saber de qué clase era aquel augurio. Probablemente afortunado. Y aparecía cuando la emperatriz sentía el corazón desgarrado. Pero ella no se dejaría quebrantar un corazón que era suyo, y más cuando tenía una mano, también propia, para curar sus heridas. Levantose, dejó el libro y, seguida a distancia por su feo y fiel eunuco, salió de la biblioteca con dirección a Palacio.

A partir de aquel día la emperatriz madre cambió la orientación de su vida y la consagró por entero a su hijo. Él era la razón de cuanto ella había hecho y en torno a él se centraban todo el ser y todas las actividades de su madre. El niño no se separaba nunca de su pensamiento. En él se afincaba la salud moral y el consuelo de la emperatriz. Durante las muchas noches en que no podía conciliar el sueño y en que imaginaba escenas que no podía compartir, solía levantarse y buscar al amado pequeñín. Se sentaba a la cabecera de su cama, oprimía su caliente manecita y, si él se movía y despertaba, Tzu Hsi aprovechaba la ocasión para tomarle en brazos y hacerle dormir apoyado en su pecho. El niño crecía fuerte y hermoso, y tenía el cutis tan blanco y suave que las mujeres afirmaban que era una lástima que no fuese niña. Pero valía más que por eso por otra cosa, y era por su mente, que la emperatriz sabía brillante y capaz. Cuando el niño cumplió los cuatro años, la emperatriz madre le buscó profesores. A los cinco años el joven emperador no sólo sabía leer en su nativo idioma manchuriano, sino también en chino. Sostenía, por instinto, el pincel, al escribir, como un consumado artista. Su madre reconocía en la infantil escritura de su hijo una decisión y una firmeza que algún día harían de él un calígrafo dotado de estilo y energía. Su memoria era prodigiosa, hasta el extremo que le bastaba leer una o dos veces una página para repetirla línea a línea. Mas su madre no permitía que los maestros le echasen a perder con alabanzas y admiraciones. Si alguno proclamaba sus excelencias, ella

reprendía al lisonjeador diciendo: —No lo compares con otros niños. Compara lo que hace con lo que puede hacer. Repítele muchas veces que su antecesor Ch'ien Lung era mejor alumno que él a, los cinco años de edad. Mientras así aconsejaba a los profesores del niño, la emperatriz madre procuraba infundir en él un orgullo tan grande como el suyo propio. Ni siquiera los que le enseñaban podían sentarse ante el emperador, derecho que se reservaba Tzu Hsi para si sola. Si algún profesor desagradaba al chiquillo, aunque sólo fuese por un pormenor de presencia o movimiento, ella le despedía en el acto, sin permitirle reclamaciones ni quejas. —Lo que se hace es por voluntad del emperador —decía. De haber tenido una naturaleza mezquina, el niño se habría maleado con tanto poder moral como se le daba, pero el mérito de aquel niño consistía en no dejarse corromper. Daba su jerarquía por cosa tan natural como el sol o la lluvia, mas tenía tan tierno corazón que, si sabía que un eunuco iba a ser azotado, intentaba evitarlo inmediatamente. Y ni siquiera la emperatriz madre podía tener la ocurrencia de tirar de las orejas a aquellas de sus mujeres de servicio que cometían alguna torpeza, porque el emperador rompía en lágrimas. En tales ocasiones la emperatriz dudaba si su hijo sería lo bastante fuerte para regir un imperio tan vasto como el de China, pero otras veces le veía tan furioso, imperativo y acalorado, que se sentía consolada. Una vez se creyó obligada a intervenir en una de las ocurrencias del niño. Éste encargó al eunuco Li Lien-ying que le comprase en una tienda extranjera de la ciudad una caja de música. El eunuco cumpliendo su deber, consultó en primer lugar a la emperatriz madre antes de obedecer al emperador niño. Sabiendo lo que su hijo deseaba, Tzu Hsi prohibió la compra con estas palabras: —No puede comprarse a mi hijo ese artilugio extranjero. Vete al mercado y busca tigres y otros animales de juguete. Así el emperador se distraerá y olvidará la caja de música. Li Lien-ying obedeció y marchó al mercado, de donde volvió

cargado con un cesto de juguetes de los que la emperatriz le encargara. Dijo al niño que no había encontrado la tienda extranjera, pero que, en el camino, había visto aquellos otros juguetes, que seguramente agradarían a su señor. Eran animales de madera y marfil, con ojos de piedras preciosas. El emperador, viéndose defraudado, se sintió en el acto un niño despótico. Tiró los animales, se incorporó con rabia, descendió de su pequeño trono, cruzó los brazos sobre el pecho y empezó a pasear por su estancia. Sus ojos, grandes y negros como los de su madre, relampagueaban de ira. —No quiero eso —gritó—. ¿Acaso soy un chiquillo para entretenerme con animales de juguete? ¿Cómo te atreves, Li Lien-ying, a desobedecer a tu soberano? ¡Haré que te corten en diez mil pedazos! ¡Que vengan aquí mis guardias! Y dio orden de que el eunuco fuese partido en diez mil pedazos, arrancándole la carne de los huesos para castigar su insubordinación al Trono. Nadie osaba desobedecer. Llegaron sus guardias y permanecieron en pie ante él, irresolutos y titubeantes. Un eunuco marchó a buscar a la emperatriz madre, que llegó corriendo, con las ropas flotantes. —¡Hijo —exclamó—, no puedes condenar a muerte a un hombre! ¡Todavía no! El niño dijo majestuosamente: —Madre mía, este eunuco no me ha desobedecido a mí, sino al emperador de China. Impresionada por aquella inesperada distinción entre la persona privada y el cargo imperial, Tzu Hsi permaneció silenciosa un instante, sin atreverse a imponer su autoridad. —Hijo —murmuró al fin—, este eunuco es Li Lien-ying, que te sirve de cien distintas maneras. ¿Acaso lo has olvidado? Mas el niño se mantuvo firme, sosteniendo que el eunuco debía ser descuartizado, hasta que la emperatriz madre, sumariamente, lo prohibió. Pero aquel minúsculo detalle le hizo entender que el pequeño necesitaba quien hiciese para él las veces de padre, ocupación que debía recaer en un hombre completo y auténtico. Así, hizo llamar decididamente a Jung Lu, a la sazón ya gran consejero por decreto de la emperatriz. No le

había visto cara a cara desde el día de su casamiento y, por lo tanto, para ponerse en guardia contra su penetración y sagacidad, le recibió sentada en el Trono, vestida con ropas de gala y rodeada de sus damas. Cierta que éstas se mantenían a prudencial distancia, pero se hallaban presentes, con sus vestiduras brillantes como sutiles alas de mariposa. Entró Jung Lu. Ya no vestía uniforme de guardia, sino ropa de consejero, consistente en toga de raso recamado de oro, botas de terciopelo y una sarta de piedras preciosas que le colgaban desde el cuello hasta la cintura. Se tocaba con un gorro ornado con un botón de jade. A Tzu Hsi su primo le había parecido siempre señorial y majestuoso, pero entonces su femenino corazón latió como un pájaro apretado por una mano. Necesitaba dominar su corazón, único que debía conocer su secreto. Permitió que Jung Lu se arrodillase ante ella y no le mandó levantarse. Hablóle casi desganadamente, con acento imperioso y cansado. —Mi hijo —dijo, después de los saludos de rigor— está ya lo bastante crecido para aprender a montar a caballo y manejar el arco. Creo recordar que montas bien y sabes dominar el corcel. He oído decir, además, que eres un arquero superior a los mejores cazadores. Te he designado, pues, para una nueva misión. Y consiste en que enseñes a mi hijo a colocar rectamente una flecha en el blanco. El no levantó los ojos. —Cumpliré ese mandato, Majestad. Ella pensó: «Mi primo es frío y orgulloso, y quiere hacerme sentir el peso de su venganza. Sea por amor o por odio, nunca querré saber lo que hay entre su esposa y él ¡Ay, desventurada de mí!» Pero no cambió la expresión de su mirada. —Comenzarás mañana —ordenó—. No debe haber dilaciones. Llévale, para adiestrarle en el acto, al campo de ejercicios. Cada mes comprobaré los progresos que ha hecho, y así conoceré tu capacidad como instructor. Él, siempre arrodillado, repuso: —Obedeceré, majestad. A partir de aquel día el joven emperador, después de pasar la mañana con sus profesores, estaba toda la tarde en compañía de Jung Lu. El

recio hombre instruía al niño con cuidado y ternura, y padecía los más vivos temores cuando el muchachito lanzaba al galope su negro caballo de Arabia. Pero no podía decir nada, porque había que huir de infundir temor en el alma del niño. Sintiose orgulloso cuando comprobó que el pueril emperador tenía la mano firme y acertado el ojo si se trataba de empuñar el arco y elegir el objetivo. Y cuando, cada mes, la emperatriz madre acudía al campo de ejercicios, acompañada de sus damas, Jung Lu podía mostrarle con orgullo los progresos del niño. Ella, viendo lo bien que se entendían el maestro y su alumno, se limitaba a unas palabras de fría alabanza. —Mi hijo aprende bien, como era de esperar —solía decir. Y no daba a entender en lo más mínimo lo que sucedía en su anheloso corazón. Le bastaba sentir que se le inflamaba de orgullo y alegría viendo a los dos seres a quienes tanto amaba hallarse en tan estrecho contacto como deben estarlo un padre y un hijo.

Pocos días después el príncipe Kung dijo: —Majestad, he ordenado, a nuestros dos grandes generales Tseng Kuo-fan y Li Hung-chang que se presenten en la capital. La emperatriz madre, que se preparaba a salir hacia el campo de tiro de arco, como ya tenía por costumbre hacerlo diariamente, se detuvo en el umbral de su privado salón del trono. El príncipe Kung era el único hombre con quien hablaba cara a cara. No violaba con ello costumbre alguna, puesto que la ley le consideraba su primo, como hermano del difunto emperador. Todo, pues, aunque aquel hombre fuera joven y agradable, resultaba correcto, mas aun así ella se sintió enojada. Porque el príncipe se había presentado allí sin que se mandase, y ello constituía una ofensa. Nadie debía mostrar tal presunción. Tzu Hsi procuró apagar la repentina cólera de su corazón. Y en seguida, con sus extremadas gracia y dignidad, retrocedió para instalarse en el trono que se levantaba en el centro de su sala. Ya sentada, asumió su aspecto imperial corriente, con las manos ligeramente enlazadas sobre el regazo y las mangas

sobre ellas. Esperaba que el príncipe permaneciese en pie y no le agradó nada que Kung, después de la ceremoniosa reverencia ritual, se sentase, sin ser invitado, a la derecha del estrado de la emperatriz madre. Para mostrarle su desagrado, Tzu Hsi guardó silencio, mientras fijaba en él la penetrante mirada de sus grandes ojos negros. Pero no cometió el acto impropio de mirarle a las pupilas, sino al botón de jade con el que el príncipe abrochaba su túnica por la garganta. Kung no esperó a que la emperatriz madre hablase primero. Usando su manera directa y espontánea, se apresuró a exponer el motivo de su visita. —Hace tiempo, majestad —empezó—, que no os incomodo con negocios de Estado cuando son lo bastante pequeños para poder yo mismo resolverlos. Más hoy he recibido emisarios de los ejércitos imperiales que continúan sosteniendo una incesante lucha en el Sur contra los rebeldes. Ella habló con voz fría. —Estoy informada de esa guerra. ¿No mandé hace un mes a ese mismo Tseng Kuo-fan que atacase por todos lados a los rebeldes? El príncipe Kung, sin reparar en el enfado de la emperatriz madre, prosiguió hablando: —Cumplió esas órdenes, señora. Pero los rebeldes le han rechazado. Hace quince días el enemigo anunció que iba a iniciar un ataque contra el propio Shanghai. Ello excitó a los mercaderes ricos, incluyendo, además de a los chinos, a los de raza blanca, y comenzaron, en consecuencia, a organizar un ejército propio, temerosos de que el nuestro no pudiera defender la ciudad. Por lo tanto, he hecho llamar a los dos generales para que nos hagan conocer sus planes estratégicos. —Tomáis demasiadas responsabilidades sobre vos —dijo la emperatriz con obvio desagrado. Aquel reproche dejó pasmado al príncipe Kung Si Hasta entonces la emperatriz madre había, en efecto, confiado tanto en el príncipe, que éste se había atrevido a encargarse, por su cuenta, de medidas que podían entrañar responsabilidades excesivas. Ciertamente lo hacía movido de su mucho celo por servir al Trono. Además Tzu Hsi no pasaba de ser una mujer y él no

creía en la capacidad de las mujeres para dirigir los asuntos públicos en un momento en que había que entenderse con los peligros de una guerra civil ferocísima, que amenazaba conmover hasta los mismos cimientos del Estado. Los rebeldes se extendían por todas las provincias del Sur, quemando ciudades, pueblos, aldeas y cosechas y haciendo que las gentes huyeran, horrorizadas, de sus lugares de residencia. Millones de personas habían perecido y todos los esfuerzos de los ejércitos gubernamentales no habían podido reprimir la rebelión, que cundía de continuo por todas partes, como un incendio en un bosque. Y el príncipe Kung estaba informado de que el pequeño ejército de voluntarios de Shanghai, que había sido mandado por un hombre blanco llamado Ward, estaba siendo reforzado y a la sazón iba a ser puesto a las órdenes de un inglés conocido por el nombre de Gordon, ya que Ward había perecido en batalla. Todo esto era claro y en conjunto bastante bueno. Pero existía un blanco —Bourgevine— que tenía envidia de Gordon y que con el apoyo de sus compatriotas americanos quería suplantarle en el mando. Y corría el rumor de que Bourgevine era un pícaro y un aventurero, mientras Gordon pasaba por hombre bueno y soldado experimentado. Y, por otra parte, en caso de que Gordon resultase victorioso, ¿no se atribuiría Inglaterra la gloria de haber restablecido el orden y no pediría la condigna recompensa de sus servicios? Por lo tanto, no se discutía allí el mero hecho de reñir y ganar o perder la guerra. Asediado por tantas preocupaciones, el príncipe Kung había creído su deber y conveniencia del Trono llamar a los generales Tseng Kuo-fang y Li Hung-chang. Sólo cuando llegaron pensó en lo mucho que había hecho y en la posibilidad de no haber complacido a la orgullosa emperatriz madre. No quería reconocer que, en el fondo de su corazón, se sentía también envidioso del hecho de que Tzu His diera más importancia que a sus consejos los de Jung Lu, al que consultaba para todo. Así lo había oído rumorear Kung y hasta pensado preguntar sobre el

caso al eunuco mayor, cosa que, sin embargo, no hizo porque sabía el fiel aliado que tenía en An Teh-hai la madre del emperador niño. El eunuco la juzgaba capaz de acertar siempre en sus opiniones, —Majestad —dijo, esforzándose en parecer humilde—, si en algo he rebasado mis atribuciones, os ruego que me perdonéis y que me aceptéis como excusa el hecho de haber querido servirlos lo mejor posible. A la emperatriz no le satisfizo aquella que le pareció orgullosa disculpa. —No os he hablado de excusas —dijo con su voz bella y fría—, y por tanto importa muy poco que os excuséis vos mismo. El príncipe Kung, confundido, pero, respondiendo al orgullo con orgullo, se levantó, hizo una profunda reverencia y murmuró: —Majestad, me retiro de vuestra presencia y os pido perdón por haberos ofendido acudiendo a veros sin ser llamado. Salió llevando muy alta su noble cabeza, y ella, pensativa le miró alejarse. No importaba que se fuese, puesto que siempre se le podía llamar. Entretanto procuraría averiguar personalmente cuál era la situación en el Sur, tras lo cual vería si estimaba o no procedente tomar el consejo del príncipe Kung. Hasta que se informase de lo que en el Sin pasaba, no determinaría cosa alguna. Hizo que Li Lien-ying fuera a buscar al jefe de eunucos. A los pocos momentos llegó An Teh-hai, que había estado durmiendo y tenía la expresión soñolienta. Se inclinó profundamente al arrodillarse y mantuvo el rostro muy bajo para ocultar sus bostezos. Hay que llamar mañana a los generales Tseng y Li. Avisales y manda que se presenten en la sala de audiencias. Informa también al príncipe Kung y al gran consejero Jung Lu de que requiero su presencia. Invita a la emperatriz viuda del Palacio Oriental a que acuda a la audiencia una hora antes que de costumbre. Tenemos que debatir asuntos muy graves. Se volvió a Li Lien-ying y le dijo: —Manifiesta al gran consejero que hoy no pienso ir al campo de ejercicios. Indícale que ordene que el caballo negro del emperador no sea alimentado con grano, para evitar que se

altere y se muestre rebelde a la brida. —Sí, majestad —dijo el eunuco. Y salió a cumplir la orden. La emperatriz se acomodó más a su gusto en el trono y comenzó a meditar en lo que había dicho el príncipe Kung. El eunuco regresó a los pocos minutos. —¿Qué acontece? —preguntó la emperatriz—. ¿Por qué se me molesta de nuevo? —Majestad —explicó el jefe de eunucos—, el emperador llora porque no vais a ver su silla nueva. El gran consejero os ruega que vayáis. Ella se levantó inmediatamente, porque no podía soportar la idea de que su hijo llorase. Así, pues, seguida de sus damas se dirigió al campo donde su hijo se ejercitaba en el tiro al blanco con el arco en compañía de Jung Lu. Éste tenía a su lado su caballo árabe, al que atendía un eunuco. «¡Qué majestuosamente bello es mi hijo!», pensó la emperatriz madre. Se detuvo un momento para contemplarlos antes que el niño reparase en ella. Cabalgaba sobre su nueva silla, de tostado color de arena, que estaba cubierta por una manta de tela negra bordada con hilos de muchos colores. Sus cortas piernas apenas alcanzaban los flancos del caballo y sólo los extremos de sus botas de terciopelo rozaban los dorados estribos. Su túnica escarlata estaba recogida hasta la altura de su enjorado cinturón, permitiendo ver sus pantalones de amarillo brocado. Se había quitado el gorro imperial, dejando al descubierto su cabello anudado en dos trenzas sujetas por un par de rígidos cordoncillos de seda roja. Jung Lu levantaba hacia el niño su rostro varonil, iluminado por el amor, y a la sazón por la risa y el contento, mientras escuchaba su infantil voz quejumbrosa. El pequeño emperador reparó en su madre y exclamó: —¡Madre, ven a ver la silla que Jung Lu me ha regalado! Ella hubo de acercarse a inspeccionar la silla y sus ojos se encontraron con los de Jung Lu, que exteriorizaba, como los de ella, júbilo y orgullo. Luego, mientras el niño blandía su látigo, la emperatriz preguntó en voz baja: —¿Sabes, Jung Lu, que han venido del Sur los dos generales que mandan el ejército? —Lo he oído comentar —repuso él. proponen que se

permita a los comerciantes de Shanghai aumentar los efectivos de la fuerza militar propia de que disponen y tener un jefe extranjero. ¿Es eso prudente? Jung Lu contestó: —Lo que urge ante todo es poner fin a la rebelión. En realidad, estamos sosteniendo dos guerras a la vez: una con los rebeldes y otra con los hombres blancos. Entre unos y otros nos apretarán al extremo de no dejarnos vivir. Aplastemos a los rebeldes utilizando todos los medios posibles y luego, ya más fuertes, nos podremos medir con los blancos y expulsarlos de China. La emperatriz asintió. No había dejado en todo aquel tiempo de sonreír y mirar a su hijo, como si sólo pensara en él. En aquellos momentos el niño paseaba por el campo. Jung Lu montó a caballo para estar al lado de su educando, y ella permaneció de pie, rodeada de sus damas, flotante al aire su larga túnica de raso azul. Aún llevaba luto por la muerte del emperador. Miró a los dos seres a quien más amaba —el niño, tan pequeño y galano, y el hombre, tan alto y arrogante—, mientras galopaban, erectos y flexibles, sobre sus respectivos corceles. El hombre dirigía la vista al niño, en continua actitud de advertencia y consejo, siempre pronto a sostenerle si había peligro de caída. Pero el pequeño se sostenía bien en la silla, llevando la cabeza alta y manejando las bridas con una destreza maravillosa. Tzu Hsi pensó: «Un emperador nato, y es hijo mío...» Los jinetes frenaron sus animales al extremo opuesto del campo. La emperatriz madre les saludó con el pañuelo y luego, en medio del cortejo de sus damas, retornó a palacio. Al día siguiente, en la fría y gris claridad del amanecer, las dos emperatrices viudas se hallaban sentadas, una al lado de la otra, en sus tronos respectivos. Era la hora de la audiencia del Gran Consejo y, a través del amarillo cortinón, las dos regentes podían ver, sin ser vistas, las figuras de los consejeros, según iban entrando por orden de jerarquía. El primero en entrar fue, como correspondía a su calidad, el príncipe Kung. Era misión del eunuco mayor anunciar los nombres de los que llegaban,

pero el príncipe Kung, aunque también debía esperar, aquel día no lo hizo. Li Lien-ying se inclinó y cuchicheó, no lejos del oído de la emperatriz madre. —No es cosa que me incumba, majestad, pero mi celo por vuestra dignidad me hace advertiros que el príncipe Kung ha entrado en el salón de audiencias sin ser llamado. Tan acostumbrado estaba el eunuco a la manera de ser y a las reacciones de su soberana, que supo adivinar inmediatamente que el príncipe Kung había incurrido de momento en el disfavor de la emperatriz. La emperatriz madre aparentó no oír, pero el eunuco sabía que le había oído y hasta quizá sospechase que ella volvía a anotar en los registros de su memoria aquella segunda descortesía del príncipe. Más era demasiado discreta para lanzarse a una acción precipitada. Porque el príncipe Kung no podía ser su enemigo. Con todo, la emperatriz pensaba que sólo podía contar con Jung Lu, y aun éste se hallaba casado con otra mujer. Dejó de lado aquellos pensamientos. Debía, para garantizar su seguridad, sospechar intrigas de todos y en todo momento, pero no en aquel caso preciso. Sin embargo, el príncipe Kung que vivía fuera de la Ciudad Prohibida, podía entrar y salir a todas horas y moverse a su albedrío, mientras la emperatriz, forzada a permanecer intramuros del recinto regio, no siempre estaba en condiciones de saber si el príncipe se proponía algo contra ella. ¿Qué garantía existía del honor del príncipe, no siendo su propia palabra? Suspiró, sintiéndose muy sola. Más también había de aceptar aquello. Formaba parte de su destino. A su lado estaba Sakota, al parecer meditando y oyendo, pero en realidad no viendo ni enterándose de nada. Odiaba las audiencias, porque se celebraban al amanecer, y ella era una de esas personas que no gustan de madrugar ni de levantarse hasta el mediodía. Se hallaba soñolienta y deseando que todo acabase para volver al lecho. Entretanto, ya se había congregado el Gran Consejo. Sus componentes se hallaban arrodillados ante el Trono del Dragón, con los rostros en tierra. El príncipe Kung comenzó a leer el

informe que sostenía entre las manos. Leía bien, con voz profunda y sonora, dando a cada palabra la entonación justa y moldeándola con tanta precisión e individualidad que las hacía parecer sueltas y en conjunto, distintas joyas engastadas en una cadena de oro. Expresose así: «En el cuarto mes de este año lunar y quinto de este año solar, los chinos rebeldes llamados T'ai Ping se tornaron excesivamente peligrosos en las campiñas que rodean la ciudad de Shanghai. No contentos con haber establecido su reino en la capital meridional de Nanquín, se acercaron a Shanghai y hasta irrumpieron en el recinto de la población causando daños y quemando casas. »Los soldados del ejército de Shanghai, denominados los Siempre Victoriosos, rechazaron a los asaltantes y los persiguieron, pero no mataron muchos, porque el enemigo conocía todos los accidentes del terreno y los aprovechó para huir, franqueando con toda facilidad hoyedos y zanjas. »Los campesinos de los contornos están aterrorizados y más de quince mil se han refugiado en la ciudad, creando problemas y motivos de desorden. Los mercaderes extranjeros se muestran muy enojados, porque entre las mujeres, niños y personas ancianas que buscan refugio en Shanghai figuran muchos hombres fuertes y jóvenes que deberían estar luchando contra los rebeldes. Para persuadir a todos los jóvenes de que resistan, dichos mercaderes proponen que se llame a un inglés apellidado Gordon, al que se conoce por su indómito valor y recta naturaleza, para que tome el mando de los Siempre Victoriosos. «Éste es el informe que los generales Tseng y Li presentan al trono.» Al amparo de la cortina de seda, la emperatriz madre se mordió los labios. No le complacía que el príncipe Kung hubiese leído aquella memoria. Dijo con voz clara y firme: —Oigamos lo que los generales Tseng y Li desean declarar en persona ante el Trono del Dragón. El príncipe Kung no podía, viéndose así reprendido, hacer otra cosa que llamar al general Tseng, como más veterano. El general se adelantó, postróse ante el Trono del *Dragón y*

manifestó: —Ruego que se autorice al general Li Hung-chano mi compañero de armas, a deponer ante el Trono porque es el gobernador de la provincia de Kuangsi, con su cuartel general en Shanghai. Aunque sólo cuenta treinta y nueve años, Li Hung-chang es el más capaz de mis generales jóvenes y yo le presento al Trono con todo lo que valga mi recomendación. Sin esperar orden alguna de la emperatriz madre, el príncipe Kung dispuso: —Adelántese Li Hung-chang. La emperatriz no habló, pero su secreto enojo crecía más cada vez. El biombo protector hacía que i nadie pudiese reparar en su airada expresión. Había, empero, que reportarse mientras los negocios de Estado lo exigiesen. Li Hung-chang se adelantó, postrándose ante el Trono del Dragón y, previas las cortesías de rúbrica, comenzó: —En el tercer mes de este año lunar, o, como dicen los extranjeros, en el cuarto de este año solar, conduje mi ejército a la ciudad de Shanghai, por orden del general Tseng Kuo-fan, mi superior. Al llegar a la ciudad la encontré guarnecida, no por el ejército imperial, que en realidad está ocupado en otras partes, ya que casi todas las provincias del Sur se hallan en poder de los rebeldes, sino por huestes de mercenarias a quienes llaman los Siempre Victoriosos y que están a sueldo de los comerciantes de la población. Era su jefe un mercenario americano denominado Ward. Ese Ward era un buen soldado, pero desgraciadamente resultó muerto en un ataque rebelde durante el noveno mes del presente año solar, que es el octavo del año lunar. Ocupó el puesto del puerto otro americano, Bourgevine de nombre, que desgraciadamente es un aventurero. Sus mercenarios le aman mucho, porque reparte con ellos todos los despojos que toma, pero desde el principio se mostró insubordinado y recio a acatar mis órdenes. Se considera un rey y mira a los Siempre Victoriosos como su ejército particular. Viendo que sus mercenarios le son grandemente leales no hace la guerra sino donde y cuando quiere. Ocurrió que mi jefe superior me ordenó que me dirigiera a Nanquín, por que la

situación era crítica en aquel sector y se necesitaban urgentes refuerzos y he aquí que Bourgevine se negó a cumplir mi decisión de ponerse en movimiento. Yo le censuré y avisé que le privaría del mando, y entonces Bourgevine atacó la tesorería ¿el Gremio de Mercaderes, entidad encargada de recaudar el dinero para los soldados de los Siempre Victoriosos. Puede afirmarse que entró allí abofeteando literalmente a los que guardaban el dinero y edificio, y después ordenó a sus soldados que tomaran de los cofres cuarenta mil taeles de plata, suma que, en verdad, se debía por atrasos a los mercenarios. Bourgevine distribuyó el dinero entre sus hombres, obteniendo así de ellos más fidelidad de la que ya le consagraban. Entonces le destituí definitivamente y amenacé con licenciar y desbandar a los Siempre Victoriosos, porque si el jefe de éstos no está a mis órdenes como yo a las de mi jefe, hasta los mismos soldados pueden constituir el núcleo de una nueva rebelión. El príncipe Kung observó: —Así que la hueste de los Siempre Victoriosos se ha quedado sin jefe. —Exactamente, Alteza —respondió Li Hung-chang. La emperatriz madre había escuchado aquel informe con gran atención. No podía ver claramente al general y sólo a través de las cortinas podía discernir la figura de un hombre alto. En cambio se oía con nitidez su voz resuelta y profunda, y cuanto hablaba era comprensible y bien expresado. Aquel hombre podía serle muy útil y la emperatriz resolvió darle un lugar en sus pensamientos. Pero nada dijo, porque de nuevo la había desagradado el príncipe Kung al tomar la palabra sin permiso de la madre del emperador. No cabía censurar al general Li Hung— chang por responder a Kung, que era su superior pero sí podía y debía censurar al príncipe. Después de un rato de silencio, Tzu Hsi preguntó: —¿Piensas de veras licenciar a los mercenarios de Shanghai, general? Aquella voz clara y argentina que brotaba de detrás del biombo amarillo, sonó inesperadamente, sobresaltando a los dos hombres que hasta entonces habían hablado. Los dos dirigieron la mirada

hacia el trono de la emperatriz, pero no pudieron verla. Li respondió: —Majestad, esos soldados están muy bien instruidos y aunque son arrogantes e insolentes, no sería acertado prescindir de su pericia, que tan necesaria nos es para combatir a los rebeldes. Yo propondría que se diera el mando de los Siempre Victoriosos a cierto inglés llamado Gordon, para conducirlos sin demora a la batalla. —¿Conoce alguno de los presentes al tal Gordon? —preguntó la emperatriz. El príncipe Kung miró al trono e hizo una reverencia. —Por casualidad, majestad, yo le conozco. —¿Y qué casualidad es ésa? —preguntó la mujer. Todos notaron el desagrado que vibraba en su voz, pero el príncipe Kung, sin reparar en ello y sin hacer pausa alguna, respondió: —Cuando los invasores, majestad, destruyeron el palacio de Yüan, ya no pude contenerme, y me apresuré a ver si me era posible salvar nuestro tesoro nacional. Pero ya las llamas alcanzaban hasta el cielo y no estaba en mano de hombre alguno el remediarlo. Mientras yo me hallaba lamentándome y sintiendo verdadero dolor de corazón, reparé en que había cerca de mí un hombre alto y pálido. Llevaba uniforme de oficial inglés y se apoyaba en un bastón de caña. Le miré al rostro y, con gran sorpresa mía, descubrí en él una expresión de disgusto. Cuando me vio, acercose y, hablando muy tolerablemente en idioma chino, me dijo que le avergonzaba que sus compatriotas ingleses y demás extranjeros mostrasen tal avidez e instintos de rapiña, llegando al extremo de quemar y destruir lo que no podían saquear. Los espejos, los relojes, los biombos labrados, los biombos de marfil en relieve, los biombos de coral, los fardos de seda, los tesoros almacenados hacía tantos siglos... —¡Silencio! La voz de la emperatriz madre sonaba extraña y sofocada detrás de la cortina. El príncipe Kung persistió: —Majestad, yo vi a un soldado francés pagar a un saqueador un puñado de moneditas por un collar de perlas imperiales que al día siguiente vendió por varios millares de dólares de plata. Se echaron a la hoguera

y destruyeron ornamentos de oro auténtico, tomándolos por metal dorado. Los zócalos de ébano que rodeaban el salón del Trono... Vibró de nuevo la voz. de la emperatriz madre.

—¡Silencio! El príncipe Kung, demasiado orgulloso para ceder, volvió a hablar y lo hizo con severidad incluso. —Majestad, pido el derecho de que me dejéis expresarme. Me dirigí a Gordón y le pregunté: «¿No puede usted hacer Que se retiren sus soldados?» El dijo: «¿Y por qué el emperador de ustedes ha permitido que fueran sometidos a tortura nuestros oficiales y nuestros hombres, a quienes enviamos de buena fe, con una bandera blanca, para negociar la propuesta de tregua?» ¿Qué podía yo responder a eso, majestad? —¡Callaos! —insistió en voz alta la emperatriz madre desde detrás del cortinón. Tzu Hsi estaba furiosa, porque sabía que el príncipe Kung le reprochaba públicamente su ocurrencia al persuadir al difunto emperador de que enviase al príncipe Seng, el general mongol, a apresar el grupo de emisarios extranjeros que iban a tratar de la tregua. Así, se mordió los labios y guardó silencio por espacio de un minuto. En ese intervalo el príncipe Kung hizo una reverencia al Trono del Dragón y, andando de espaldas, volvióse a su lugar. Todos esperaban la voz de mando que debía salir de detrás de la cortina amarilla. La emperatriz madre dijo al fin, procurando que su acento sonase con calma y resolución: —Concedemos permiso a ese inglés para que nos sirva. Guardó silencio. Los congregados en la sala esperaban volver a oír las órdenes de la madre del emperador. Y lo que ella dijo fue: —Parece que nos vemos obligados a aceptar incluso los servicios del enemigo. Y tras estas palabras dio por terminada la audiencia. Pero cuando volvió por la noche a su palacio comenzó a meditar y así pasó, absorta, muchas horas, sin que nadie osase interrogarla para conocer sus pensamientos. La alarmaba que el príncipe Kung, en quien depositaba tanta confianza, quisiera elevarse por encima de ella. ¿Sería aquello una muestra de que su poder declinaba? Su mente procuraba recordar los acontecimientos

del año último, tratando de evocar los signos y presagios malos o buenos. Y acudióle a la memoria el hecho de que el día vigésimo— sexto del cuarto mes del año solar habíase levantado en la campiña, en estación inapropiada, un tremendo torbellino de polvo, tan denso y amplio que oscureció la tierra antes del anochecer. Ennegrecióse el cielo e imponentes columnas de sombrío polvo se abatieron sobre una vasta comarca, impelidas por un viento huracanado. El canal entre Pequín y Tien-tsin, que alcanzaba unas cincuenta millas de longitud, una anchura de dieciocho pies y una profundidad de siete, se llenó de un polvo que absorbió materialmente sus aguas, haciendo que las barcas hubieran de descansar sobre montones de arena. La tempestad duró dieciséis horas y en su curso muchos viajeros se extraviaron. La fuerza del viento lanzó a algunos al interior de pozos y zanjas, donde el polvo los sofocó. De los que intentaron seguir caminando en medio de la negrura, buscando algún albergue, muchos perdieron la vida y otros se volvieron locos. En los palacios se encendieron las lámparas a las tres de la tarde, y fue lo más extraño de aquella tempestad la circunstancia en que, luego que había pasado una columna de polvo, se divisaba un brillante cielo claro y azul. Y esto persistía durante los momentos que tardaba en llegar la próxima nube. Disipada la tempestad y ya limpias de polvo y arena las márgenes del canal —trabajo que exigió muchos días—, el departamento de Astrología envió un informe al Trono, aseverando que aquella tempestad debía ser considerada como un gran portante y, en conjunción con las estrellas, significaba que iba a producirse en la nación una formidable lucha que causaría gran número de muertos. No obstante, llegaría de Occidente un extranjero, comparable al enorme viento reciente, y ese hombre daría la victoria a los ejércitos imperiales. Al recordar semejante signo, la emperatriz se sintió confortada y nuevamente recuperó el ánimo. No, no fracasaría. La victoria había sido vaticinada, y ¿sobre quién podía producirse esa

victoria sino sobre los rebeldes del Sur? ¿No debía ser Gordon el aludido extranjero occidental? Entonces ¿a qué venía temor alguno? La emperatriz debía obrar de modo que demostrara al príncipe Kung que ella, y no él, era la regente hasta que el emperador legítimo ocupara el Trono. Hacía miles de años el vizconde Ké— había aconsejado de esta manera al emperador Wu, que gobernaba en aquella época: «En tiempos de desorden, el gobierno debe ser fuerte. En tiempos de orden y paz, ha de ser blando. Pero en cualquier tiempo que sea, no debe permitirse a un príncipe o a un ministro que usurpe las prerrogativas reales.» Mientras la voluntad de la emperatriz obraba así, como un tónico en sus venas le acudió un pensamiento que la animó tanto como si, hallándose bajo un cielo cubierto de opacas nubes, éstas se abrieron repentinamente y el áureo ojo de los cielos luciese y le enviara un rayo de consoladora luz. Iba a hacer más que humillar a un príncipe soberbio. ¡Aquel mismo día sentaría a su hijo en el Trono del Dragón! Habría en el regio sitial un emperador y ella, tras la cortina que senda de fondo al Trono, cuchichearía órdenes a su hijo para que éste las pronunciase en voz alta como si fueran propias. No ejecutó su propósito el mismo día, como primero se le ocurriera, pero procedió a llevar su plan a la práctica. La ocasión se la deparó el hecho de que An Teh-hai acudió a los pocos días y le dijera en secreto que el príncipe Kung había visitado por dos veces a la corregente Sakota. Los eunucos de servicio habían manifestado a su jefe que el príncipe Kung había reprochado vivamente a la emperatriz viuda la debilidad que mostraba, sosteniendo que ella no debía permitir que la emperatriz madre impusiera siempre su criterio. El eunuco mayor, aun cuando se regocijaba intensamente con aquella clase de intrigas, fingió, con todo, sentirse muy disgustado por lo que tenía que añadir. Dijo, como dolorido: —Y, después, majestad, el príncipe Kung expuso que desde que vos dais diariamente oídos a Jung Lu, a quien permitís tratar al

joven emperador casi como a un hijo, él lamentaba mucho empezar a dar cierto crédito a unas hablillas que se había negado a creer antes... —¡Basta! —mandó la emperatriz. Se levantó. La furia que centelleaba en sus grandes ojos negros hizo que el jefe de los eunucos se retirase de su presencia. Él de todas maneras, sentíase contento de haber sembrado aquella semilla, porque le constaba que la rápida imaginación de su señora sabría interpretar una historia a través de unas pocas palabras. La emperatriz madre acudió aquella misma tarde a visitar a su prima Sakota, la emperatriz viuda. Hablando muy suavemente, y sin referirse para nada a lo que sabía, comenzó, después de los usuales saludos, a hablar de cosas menudas y placenteras entre las que intercaló algunas graciosas lisonjas' Después cambiando de voz y talante, dijo: —Mi verdadero propósito al visitarte hoy, hermana, es advertirte que debes unirte a mí para abatir el orgullo del príncipe Kung, que ha puesto al desnudo los fines que persigue. Está rebasando sus atribuciones y despojándote de tu poder. No es necesario hablar de mi persona. Notó que la emperatriz viuda comprendía en el acto lo que le daba a entender su prima. Parte de lo que caracterizaba a la antigua Sakota infantil se escondía dentro de la ajada persona de la corregente. Un enfermizo rubor coloreó sus mejillas. —Veo que compartes mis sentimientos —dijo la emperatriz madre—. Ya viste como el príncipe Kung se permitió hablar antes que yo durante la última audiencia. Puesta a pensar en ello, encuentro muchas más faltas en el príncipe. Incluso entró en el Salón del Trono sin esperar a que le anunciara el eunuco mayor. La emperatriz viuda intentó una leve defensa del acusado. —Ten en cuenta que Kung ha probado que nos es fiel. La emperatriz madre replicó: —No le perdono que quiera asumir una indebida importancia fundándose en que cree haberme salvado la vida. La emperatriz viuda pretendió demostrar valor, —¿Y no te la salvó? La emperatriz madre frunció sus rojos labios con desdén. —No debería recordarlo

aunque lo hubiera hecho. ¿Acaso un hombre de mentalidad amplia puede alabarse de haber cumplido con su deber? Yo opino que no. Además quisiera saber de qué modo me salvó la vida. No sería por acudir a Jehol cuando se lo ordené. Marcó una pausa y añadió audazmente: —En realidad, fue mi primo Jung Lu quien alargó la mano para detener la daga del asesino. Sakota no dijo nada. Su prima, como si reparase en su silencio, prosiguió, moviendo elocuentemente las manos, con el triunfo relampagueando en sus ojos: —¿Oíste de qué modo levantaba la voz; como si fuéramos un par de mujeres estúpidas? Sakota esbozó una débil sonrisa. —Bien me consta que lo soy. La emperatriz madre declaró: —No lo eres ni yo tampoco, ni toleraré que nos tomen por tales. Y, aun admitiendo que fuéramos estúpidas, porque los hombres nos juzgan así a todas las mujeres (aunque, en realidad, sólo lo imaginan los tontos), el príncipe Kung ha de comportarse con humildad y cortesía, porque para algo somos las regentes. Te aseguro, hermana mayor, que, si no refrenamos a ese príncipe, veremos como cualquier día nos usurpará la regencia y nos secuestrará en algún cuarto secreto dentro de ese recinto. ¿Quién podrá salvarnos entonces? Los hombres prefieren obedecer a los hombres antes que a las mujeres, y nosotras terminaremos oscuramente y sin que nadie sepa lo que nos ha acontecido. Es preciso que actúes a mi lado, Sakota. Al pronunciar el nombre que daba a su prima durante su infancia, la miró intensamente con sus negros ojos, a la vez que fruncía el entrecejo. Sakota se amedrantó, como siempre lo había hecho, y se apresuró a mostrarse de acuerdo. —Haz lo que te parezca mejor, hermana. Luego de oír la tímida aquiescencia de Sakota, la emperatriz madre se levantó, hizo una reverencia y se despidió de su pariente. Las damas de las dos emperatrices las miraban a distancia, pero se hallaban bastante lejos y no podían oír la conversación. La atrevida y bellísima Tzu Hsi sabía, a pesar de todo, tomarse el tiempo preciso para ejecutar sus planes una

vez que mentalmente los ultimaba. Así aguardó mientras maduraba interiormente sus propósitos. Quería que la rebelión fuese sometida en el Sur, y hubo de dejar transcurrir todo el año. Porque era evidente que el inglés Gordon no se daba prisa alguna ni lanzaba sus soldados a la batalla. No podía correr el riesgo de una derrota. Con orgullosa modestia sugirió que debía autorizársele para recorrer el campo de los contornos de Shanghai antes de convertirse en comandante supremo de la hueste Siempre Victoriosos, a fin de conocer la forma en que debía presentar combate. La emperatriz madre, aunque se sentía impaciente, resolvió conceder a Gordon aquel plazo. Y mientras él se preparaba lentamente, un hombre blanco de menor prestigio, bajo y pomposo, le sustituyó en el mando de las fuerzas. Aquel individuo, anheloso de ganar gloria personal, entró en acción. Con su tropa mixta de mercenarios procedentes de múltiples naciones, que se llamaban los Siempre Victoriosos y que sumaban dos mil quinientos hombres, unióse a una brigada imperial, que alineaba doble cifra de soldados. Con aquellas tropas puso sitio a la ciudad amurallada de T'aitan, cerca de Shanghai, pensando que si la ciudad caía le sería dable atacar a Nanquín directamente. Pero era tal su necedad, que no se le ocurrió reconocer las defensas de T'aitan, conformándose con el parecer de los mandarines chinos, quienes le afirmaron que el foso que rodeaba la muralla de la población no era más que una zanja seca. Y he aquí que por la mañana, cuando los asaltantes se preparaban a cruzar el foso, hallaron que tenía treinta y cinco pies de anchura, que estaba lleno de agua hasta el borde y que no había botes para franquearlo. Sin embargo, el jefe de los mercenarios ordenó a sus hombres que cruzaran el obstáculo a toda costa, utilizando para ello las escaleras de bambú que pensaba aplicar a las murallas en el momento de ataque. Mas, cuando se había llegado a la mitad de la anchura del foso, se quebraron las escaleras y muchos soldados cayeron al agua y se ahogaron.

Entretanto, los rebeldes que defendían los muros disparaban sus armas sobre el enemigo y se burlaban de los que hacían esfuerzos para no ahogarse. Después de su victoria, los insurrectos se jactaban de ella en términos como los siguientes: «(Cuánto nos hemos reído! Presenciando la forma en que el ejército de los Siempre Victoriosos llegó a la orilla del agua sin llevar puentes para atravesarla! Y mayor fue la risa al ver partirse las escaleras de asalto y hundirse los enemigos en el foso. «Nuestro Rey Celeste lanzaba más carcajadas que ninguno de nosotros, diciendo: «¿Qué general es ése que envía a sus hombres al ataque de una ciudad sin averiguar primero si el foso tiene agua o no?» Después se enfureció al observar el pequeño número de enemigos que había venido a desalojarnos de la ciudad. «¿Nos han tomado por unos cobardes? —exclamó y ordenó en seguida—: ¡Adelante, y expulsemos a esos diablos de esta tierra.» Todos a una nos levantamos y gritamos a gran voz: «¡Sangre, sangre, sangre!» Avanzamos hacia los imbéciles Siempre Victoriosos matando a todos los que no se salvaron huyendo, entre ellos los oficiales ingleses. «Porque los ingleses habían violado la línea que ellos mismos señalaron para aislarse de nosotros. Como era justo, les hicimos sufrir todo lo posible. Eso aparte, agradecemos mucho al capitán inglés las armas que abandonó y que cayeron en nuestras manos, incluyendo treinta y dos cañones, que ahora aparecen montados en nuestras murallas como prenda de nuestra victoria. No es posible creer en lo necio que es ese jefe de guerra. Baste decir que se llevó las piezas ligeras de artillería antes que las pesadas, con lo que, al retirarse, careció de armas con que cubrir sus movimientos. Y no deben los ejércitos imperiales pensar que sólo ellos cuentan con la ayuda de gentes de fuera de nuestra tierra. También en nuestras filas pelean muchos hombres blancos, entre ellos un francés que mandó nuestra artillería en T'aitan. No transgrediremos lo acordado ni pasaremos el límite que se fijó, pero sostendremos el terreno que ocupamos y destruiremos por

completo a los diablos que marchen contra nosotros.» Cuando aquellas monstruosas jactancias fueron incluidas en los informes presentados al Trono del Dragón, la emperatriz madre se sintió más arrebatada de ira que nunca. Despachó, por lo tanto, emisarios a Gordon, ordenándole que tomase el mando de los Siempre Victoriosos y de los ejércitos imperiales, para vengar al Trono del fracaso de T'aitan. Gordon obedeció en tal punto, pero no creía que él debiera sólo vengar el revés padecido ante aquella población. En otros sentidos no obedecía a nadie, sino que, tomándose tanto tiempo como juzgaba necesario, tendía a batir en batalla el enemigo, eliminando hasta el mismo núcleo de la rebelión. Así acostumbró a sus hombres a descargar repentinos golpes donde menos se esperaba, cambiando de sector con vigorosa celeridad y logrando tantos éxitos, que acabó por forzar a los rebeldes a ponerse a la defensiva. Operaba en estrecha unión con Li Hung— chang y las fuerzas de ambos jefes convergían, tomando como eje la línea que enlazaba las ciudades claves de Chanzu y Quin-San, cercanas a Shanghai. Desde aquella línea Gordon avanzaba sistemáticamente hacia la victoria. Mientras esto pasaba, el príncipe Kung, engañado por las amabilidades de la emperatriz madre, olvidó los anteriores desaires recibidos y, abrumado de preocupaciones y creyéndose familiarizado ya con la manera de ser de la viuda de su hermano, prescindía cada vez con más frecuencia de tener con ella cortesías menudas. Ella lo veía y callaba a todo, hasta que un día, absorta la mente en los asuntos de Estado, llegó el descuido de Kung, en el curso de una audiencia, al extremo de levantarse cuando estaba de rodillas, sin que la emperatriz lo ordenara. Rápida como un tigre, ella se incorporó y habló duramente al príncipe, con el entrecejo fruncido y la voz de una soberana ofendida: —Olvidáis vuestros deberes. ¿No es ley y costumbre, decretada por nuestros antecesores, que toda persona haya de arrodillarse ante el Trono del Dragón? —Después de una breve pausa

añadió—: El propósito de esa ley es proteger al Trono de cualquier ataque repentino. ¿Osáis estar de pie cuando todos los demás se arrodillan? Conspiráis contra la regente. —Llamad a la guardia y mandadle que se lleven al príncipe Kung. El príncipe quedó tan sorprendido, que se limitó a sonreír pensando que la emperatriz bromeaba. Pero los eunucos de servicio oyeron la orden y se apresuraron a llamar a los guardias imperiales, los cuales pusieron mano sobre el príncipe y lo retiraron de delante de la emperatriz. Kung protestó: —¿Es posible que después de tantos años...? Ella atajó toda queja. —Por muchos años que hayan transcurrido y por muchos que sean los servicios prestados, no permitiré a nadie que viole la seguridad del Trono del Dragón. Él le dirigió una larga mirada y se dejó conducir fuera de la estancia. Y aquel mismo día Tzu Hsi expidió un edicto, con el sello imperial y las firmas de ella y de la emperatriz viuda, en su calidad de regentes. El texto del documento rezaba:

Siendo así que él príncipe Kung se ha mostrado indigno de nuestra confianza y ha mostrado excesiva predilección por sus sobrinos al designarlos para altos cargos, venimos a revelarles de su cargo de gran consejero. Además todos los otros altos empleos con que le hemos recompensado le son retirados. Por este decreto reprimimos severamente su espíritu rebelde y su ambición usurpadora.

Nadie osó oponerse a aquel decreto, aunque muchas personas visitaron en secreto a Jung Lu para rogarle que interpusiera sus buenos oficios cerca de la emperatriz en favor de aquel noble príncipe, a quien nadie creía desleal. Pero Jung Lu no quería intervenir, a lo menos por el momento. Por lo tanto, su respuesta fue: —Esperemos a que el pueblo manifieste su voluntad. Si la emperatriz ve que el pueblo no la aprueba, cambiará de opinión. Es demasiado discreta para oponerse a la voluntad popular. Durante un mes todos esperaron. Y se confirmó que la gente coincidía en opinar que la emperatriz

madre había sido injusta con el hermano de su difunto marido y leal súbdito suyo. No había quien no recordase que el príncipe Kung se había quedado en la capital, para intentar salvarla, cuando llegaron los blancos y el emperador huyó con toda la Corte. No se olvidaba que él y Kwei Liang habían negociado con los extranjeros el tratado de paz, aparte de lo cual Kung había, repetidamente, impedido con su destreza que el enemigo atacase el país. La emperatriz madre se enteraba de tales quejas sin darse por enterada ni preocupada. Escuchaba y callaba, serena la faz, bella como una flor de loto. Pero secretamente ponderaba cuál podía ser el alcance exacto de su poder. Y cuando vio que el príncipe Kung acataba su sentencia sin hacer esfuerzo alguno para oponerse a ella, como dando a entender que le parecía justa, y cuando conoció las murmuraciones del pueblo, Tzu Hsi firmó dos nuevos edictos, firmados con los nombres de ambas regentes. En el primer edicto se exponía al pueblo que las regentes tenían el deber de castigar con igual severidad a todos los que ofendían al Trono, fuesen quienes fuesen. En el segundo se decía así:

El príncipe Kung ha reconocido el mal que ha hecho y está arrepentido de sus faltas. Nos no tenemos perjuicio alguno contra él, más nos vimos obligados a hacer lo que hicimos. No es nuestro propósito prescindir de los servicios de un consejero tan hábil, ni privarnos de la útil ayuda de semejante príncipe.

Le restablecemos, pues, en su cargo en el gran consejo, aunque no en calidad de consejero especial del Trono. Le exhortamos, a la vez, a que de hoy en adelante recompense nuestra clemencia demostrando redoblada fidelidad en sus servicios al Trono y le aconsejamos que purifique su alma de toda clase de malos pensamientos y envidias.

Así, el príncipe Kung volvió a su puesto, y a partir de entonces se aplicó a sus tareas con orgullosa dignidad y humildad correctísima. La emperatriz madre resolvió que en lo sucesivo no había de quedar nunca vacío el Trono del Dragón más allá de

la cortina amarilla, desde detrás de la cual ella dictaba órdenes imperiales. Colocó allí a su hijo y le enseñó a mantener la cabeza alta, a cruzar las manos sobre las rodillas y a escuchar los informes que los ministros presentaban al Trono. En éste debía sentarse el niño, vestido con sus ropas de ceremonia, bordadas con dragones de cinco garras, Un botón de rubí adornaría su hombro y se tocaría la cabeza con el gorro imperial. Para efectuar aquel adiestramiento se levantaba temprano —cuando empezaba a clarear en invierno y antes de alborear en verano— y mandaba que despertasen al emperador. A veces iban a pie, porque a ella le gustaba andar, y si el tiempo era malo iban en palanquines y penetraban en la sala de audiencias, donde ambos ocupaban sus respectivos puestos, él sobre el trono y ella tras la cortina amarilla, pero tan cerca del niño que sus labios quedaban casi en contacto con los oídos del pequeño. Poco a poco el infantil emperador pudo ya desempeñar con toda realidad su cargo. Cuando un príncipe le presentaba una exposición o un antiguo ministro leía, con voz monótona, un largo informe, el emperador movía un tanto la cabeza e interrogaba: —¿Qué digo, madre? Ella se lo indicaba y él repetía las instrucciones maternas palabra por palabra. Así pasaban las horas y el niño acababa por cansarse y, olvidando donde estaba, comenzaba a tocarse el botón del hombro o a recorrer con el índice los contornos de los dragones de los bordados de sus vestiduras. Entonces la voz de la madre sonaba brusca a sus oídos. —¡Ponte bien! ¿Has olvidado que eres el emperador? No te comportes como un niño común. La emperatriz era tan tierna con su hijo, habitualmente y en todas partes, que él, asustado y sorprendido, se erguía en el trono, notándose dominado por la insólita fuerza de su progenitora. Su constante pregunta era: —¿Qué digo ahora, madre? Y ella contestaba siempre, por mucho que las preguntas menudeasen. La emperatriz madre leía, con tanto afán como si fuesen cartas de amor, los despachos que a diario le enviaba desde el Sur el

general Tseng Kuo-fan. La grandeza que vibraba en aquella mujer hacía que la atrajese, como un imán, la grandeza ajena; y actualmente Tseng Kuo-fan era para ella el hombre más apreciado del imperio después de Jung Lu. Aquel general no era una mera masa de jactancia y bravuconería, como suelen serlo casi todos los militares de oficio, sino que era un hombre instruido, como fuera su abuelo y su padre. Por esta razón, a su destreza profesional añadía buena dosis de prudencia y cultura. Pese a esto, la emperatriz no sentía interés personal alguno por aquel hombre, sino por lo que hacía, por la excitación de las batallas, por el peligro de las derrotas, por el orgullo de los éxitos. En tanto que transcurrían y se acercaban a su fin los años de luto que la costumbre imponía que se observase por la muerte del emperador, la emperatriz madre dedicaba toda su actividad al empeño de aplastar los rebeldes del Sur.

Diariamente circulaban sus mensajes entre la ciudad imperial y el frente de Nanquín; y eran tan rápidos los relevos, que los correos llegaban a recorrer seiscientas millas al día. Al llegar la medianoche el jefe de eunucos, An Teh— hai, entregaba a la emperatriz el paquete que contenía el parte diario de Tteng Kuo-fan. La emperatriz, a solas en su cámara, leía a la luz de las dos grandes bujías, colocadas en macizos candelabros al lado de sus cabecera. Así durante los fríos meses de aquel invierno, la emperatriz estuvo constantemente enterada de la maravillosa estrategia con que el caudillo del Sur atacaba a los rebeldes por tierra y agua. Le auxiliaban otros dos generales bajo su alto mando: uno era P'eng Yulin y otro Tsen Kuo-ch'uah, hermano menor del jefe supremo de las tropas. En el decurso del invierno se recobraron más de cien poblaciones en las cuatro provincias de Kiangsu, Kiangsi, Anhui y Chekiang. Más de cien mil rebeldes perecieron y el resto de sus fuerzas se retiró lentamente hacia su reducto principal de Nanquín. Todos los días, antes de amanecer y de que llegase la hora de la audiencia, la emperatriz madre se dirigía, a lo largo de los

corredores de Palacio, al Templo del Gran Buda Blanco, el de las mil cabezas y manos. Se arrodillaba ante aquella imagen de la Fuente Desconocida, le daba gracias y le pedía ayuda para Tseng Kuo-fan. Los sacerdotes se prosternaban a su vez, mientras ella oraba, y permanecían así hasta después que la emperatriz quemaba incienso en el recipiente de oro destinado a aquel erecto. Y Buda oyó sus plegarias de tal modo que, en el verano de aquel mismo año, exactamente el día decimosexto del sexto mes solar y séptimo lunar, Tseng Kuo-fan ocupó los reductos exteriores de Nanquín y mandó colocar grandes bombas de pólvora al pie de los muros de la ciudad. El efecto fue grande. Abriéronse anchas brechas en las murallas y por allí penetraron miles de soldados imperiales en la capital rebelde. El palacio del Rey Celeste era el último objetivo del ataque, mas lo rodeaban muchos desesperados defensores. A despecho de ellos lanzose una bomba incendiaria de hierro, cargada de pólvora, en el centro de aquellos edificios, y una hora después de mediodía las llamas se elevaban hasta el cielo. Los que había en el recinto del palacio lo abandonaron corriendo como ratas espantadas. Todos fueron apresados y muertos, sin que se conservara la vida más que a su jefe, que resultó ser un hombre llamado Li Wan-ts'ai. A este individuo se le sometió a interrogatorio y entonces confesó que el Rey Celeste se había suicidado, envenenándose, unos treinta días antes, aunque su muerte se había ocultado a sus partidarios hasta que el hijo del muerto ocupase su lugar y fuera proclamado rey. Pero también el hijo había muerto. Cuando la emperatriz madre leyó los partes en que Tseng Kuo-fan le daba cuenta de la victoria, publicó las noticias en una serie de edictos, anunciando que los rebeldes habían muerto y que la regencia acordaba decretar un mes de fiesta en todo el país. Después ordenó que el cadáver del Rey Celeste fuera sacado de su tumba y se le cortara la cabeza, la cual debía ser paseada por todas las provincias a fin de que no hubiera ninguno de sus súbditos que

dejara de saber el destino reservado a los rebeldes. A la vez los jefes insurrectos que aún quedaban vivos debían ser llevados a la capital, interrogados y luego ejecutados por el procedimiento de cortar a cada uno en diez mil pedazos, arrancados lentamente. Además la emperatriz anunció que iría, en compañía del joven emperador, a todos los templos y santuarios reales para agradecer a los dioses su venturosa ayuda y a los imperiales antepasados su sempiterna protección. Poco después llegó Tseng Kuo-fan para dar personal cuenta de sus hechos al Trono, y relató acerca del Rey Celeste multitud de extrañas anécdotas que le habían contado algunos cautivos antes de ser ejecutados. El Rey Celeste no era, en realidad, más que un hombre vulgar cuyo cerebro se había trastornado. Hasta el último momento había alardeado de que vencería, aunque le constaba bien que su causa estaba condenada al desastre. Solía sentarse en su trono, cuando veía amedrentados a sus secuaces, y les decía: «El último Dios me ha transmitido su sagrado secreto. Me mandaron descender en forma carnal a este mundo y dominar sobre todos los reinos y razas de esta tierra, convirtiéndome en su auténtico señor. Siendo así, ¿qué tengo que temer? Seguid a mi lado si queréis, o dejadme si lo preferís. Si vosotros no protegéis mi derecho a este imperio del mundo, otros lo protegerán, porque tengo conmigo una hueste celestial compuesta de un millón de ángeles. ¿Cómo pueden, pues, esas minúsculas huestes de soldados imperiales, que no pasan de cien mil hombres, llegar a tomar mi ciudad?» Sin embargo, a mediados del quinto mes lunar de aquel año, el Rey Celeste comprendió que estaba perdido y mezcló un activo veneno en su taza de vino, que bebió de tres tragos. Luego exclamó: «No es Dios quien me ha abandonado, sino yo, quien le he desobedecido.» Murió y su cuerpo fue envuelto en una pieza de raso amarillo cuyos bordados representaban dragones. Se le enterró por la noche y en secreto, en un rincón de los jardines de su palacio, sin colocarle en un ataúd. Sus amigos planeaban

entregar el trono al hijo del muerto, que contaba dieciséis años, pero también el muchacho murió. Súpose lo sucedido y los rebeldes se desalentaron y dejaron perder la ciudad. De todo esto dio cuenta Tseng Kuo-fan en la sala de audiencias imperiales, ante el Trono del Dragón, donde se sentaba el joven monarca. Tras la amarilla cortina de seda la emperatriz madre escuchaba todas las palabras que se decían y Sakota, sentada a su lado, permanecía inmóvil. La emperatriz madre inquirió: —¿Está ya descompuesto el cadáver de ese rey rebelde? —Estaba singularmente bien conservado —respondió Tseng Kuo-fan—. La seda que le envolvía todo el cuerpo, incluso los pies, era de la mejor calidad y mantuvo incólume la carne. La emperatriz madre hizo otra pregunta: —¿Y qué aspecto tenía ese jefe de la insurrección? Tseng Kuo-fan contestó: —Era muy alto y corpulento, con la cabeza redonda, la cara ancha y el cráneo calvo. Usaba barba, ya veteada de gris. Obedeciendo el mandato imperial, se le cortó la cabeza para poderla llevar de provincia en provincia. Mandé quemar el cuerpo, cuyas cenizas he tenido yo mismo ante los ojos. Los dos hermanos mayores del Rey Celeste fueron capturados vivos, pero también habían perdido el juicio, y dispuse que los decapitaran. Antes que la cabeza del insurrecto fuese exhibida por las provincias, la emperatriz madre manifestó que deseaba contemplarla ella misma. —Muchos años —declaró— he sostenido guerra contra ese rey rebelde y al fin he quedado vencedora. Deseo, por tanto, conocer cómo era el enemigo a quien he derrotado. Trajo la cabeza un jinete que la llevaba guardada en una bolsa arzonera. Li Lien-ying recibió el trofeo. Éste iba envuelto en una seda amarilla, sucia y con manchas de sangre. Cogiola el eunuco con ambas manos y la llevó al salón particular del trono de la emperatriz madre. Ella, que estaba sentada en el solio, ordenó a Li Lien-ying que colocase en el suelo el envoltorio y lo deshiciera. Li Lien-ying obedeció, en tanto que la emperatriz le contemplaba con los ojos fijos. El eunuco apartó el último

pliegue de seda y quedó al descubierto el macabro semblante. La emperatriz madre la contempló largamente. Su mirada parecía chocar con la inmóvil del muerto, cuyos ojos nadie había tenido tiempo de cerrar. Sí, aquellos ojos negros, terribles en la faz exangüe, devolvían la mirada de la emperatriz. La boca del muerto estaba pálida, y aumentaba su palidez la negra barba, rala y entrecana, que circundaba unos labios muy abiertos tras los que se veían unos dientes blancos y sólidos. Las damas que rodeaban el trono se taparon los ojos con las mangas para no presenciar aquel horroroso espectáculo. Una de ellas, siempre tímida y timorata sintió náuseas precursoras del vómito y exclamó que iba a desmayarse. El mismo Li Lien-ying no pudo reprimir un gruñido. —Tenía cara de malvado —rezongó— y la sigue teniendo después de muerto. Pero la emperatriz madre levantó la mano para restablecer el silencio. —Éste —observó— es un rostro extraño, un semblante desesperado sí;... Aterra el contemplarlo, pero no es el semblante de un malvado. Careces de sentimientos, eunuco. No, ésta no es la cara de un criminal, sino la de un poeta que se volvió loco porque profesaba una fe que fue, para él, vana... Te aseguro, por el poder de los cielos, que es la cara de un hombre que se sabía perdido desde que nació. Suspiró, bajó la cabeza y se tapó los ojos con la mano por un momento. Luego la posó en el regazo y alzó la mirada. —Llévate la cabeza de mi enemigo —ordenó a Li Lien-ying— y haz que sea paseada por todas partes para que la vea mi pueblo. Li Lien-ying volvió a envolver la cabeza y la sacó de allí. El jinete tornó a colocarla e inició, el largo viaje que le esperaba. En todas las ciudades de todas las provincias la cabeza fue expuesta en lo alto de un poste para que la gente la viese, hasta que al fin la carne se secó y empezó a caerse, y finalmente quedó el cráneo pelado. Y dondequiera que la cabeza se exhibía, quedaba restablecida la paz. Así terminó la rebelión de los T'ai P'ing en el año solar de mil ochocientos sesenta y cinco. Quince años había durado aquella

guerra cruel, entre alternativas, en nueve provincias del reino, y durante ella perecieron veinte millones de personas, incluyendo las que murieron de hambre. En ningún sitio se había asentado en definitiva el Rey Celeste, limitándose con lo conquistado a consolidar su reino, pero siempre quería ir adelante con sus secuaces, que primero mataban y luego saqueaban. Había entre ellos muchos hombres blancos desarraigados de sus tierras perdidos para su sociedad. La mayoría eran desechos; de sus pueblos, pero algunos, aunque pocos, seguían al Rey Celeste porque eran cristianos y él tomaba como bandera el nombre de Cristo. También estos blancos fueron muertos. Salvada aquella rebelión, los ejércitos imperiales, alentados por la táctica militar que les enseñara Gor— don, pusieron fin a dos insurrecciones menores: una en la provincia de Yunnan, de donde procedía el mármol jaspeado que se pagaba como tributo al Trono del Dragón; y otra de musulmanes en la provincia de Shensi. Pero estos alzamientos tenían poca importancia comparados con la gran rebelión ya extinguida, y pronto quedaron terminadas. De suerte que la emperatriz madre, cuando examinaba la situación del reino, lo veía en paz y prosperidad. El pueblo la alababa porque, gracias a su buen consejo, veía concluidas las guerras con los rebeldes y asistía a la derrota de éstos. Así la emperatriz comprendía que su poder había crecido mucho ante el pueblo, y a continuación se consagró rápidamente a procurar el establecimiento de su poder en la Corte, a fin de asegurar la dinastía. No olvidaba, desde luego, al inglés Gordon. Mientras Tseng Kuo-fan marchaba sobre Nanquín, con el ejército imperial, Gordon había llevado las fuerzas de los Siempre Victoriosos contra los mismos rebeldes que operaban en la región del bajo Yangtsé, donde Li Hung-chang tenía el mando de los soldados imperiales. De no haber sido por Gordon, Nanquín no hubiera caído con tanta facilidad, y Tseng Kuo— fan no se recató en decirlo ante el Trono. La emperatriz madre hubiera deseado ver a aquel inglés, pero no era posible, porque no

existían precedentes de que un extranjero hubiera sido recibido nunca en el palacio imperial. Pero leyó cuantos escritos se referían a él y escuchó cuanto de él hablaban los que le habían conocido. Li Hung-chang escribió de este modo su informe:

La fuerza de Gordon consiste en su rectitud. Según declara, cree su deber acabar con los rebeldes porque así conviene a nuestro pueblo. En verdad, nunca he visto a un hombre como Gordon. Llega al extremo de invertir su dinero en mejorar la situación de sus soldados, y en ayudar a personas robadas o heridas por los rebeldes, Incluso nuestros enemigos le califican de "alma elevada" y afirman que no deshonra una derrota causada por un hombre como él.

Al recibir este escrito, la emperatriz decidió que se concediese a Gordon la Cruz del Mérito de primera clase y se le diese una recompensa de diez mil taeles por su participación en los honores de la campaña. Pero cuando los portadores enviados por la tesorería imperial se presentaron a Gordon, llevando en la cabeza grandes orzas que contenían el oro de la dádiva imperial, el inglés rechazó el regalo. Los incrédulos portadores no se resolvían a irse, mas él los obligó a alejarse, amenazándolos con el bastón. Las noticias de semejante negativa corrieron por toda la nación, y no hubo en el imperio un ciudadano que no considerase increíble que un hombre rechazara tan gran tesoro. Entonces Gordon hizo saber por qué no quería admitir dádiva alguna. Y sus razones eran éstas: Li Hung-chang, abusando de su triunfo, cuando ocupó la gran ciudad de Soochow, mandó matar a muchos jefes enemigos que se habían rendido. Gordon había prometido la vida a aquellos hombres en caso de que se rindieran, y cuando supo que su palabra había sido violada y que el general chino incumplía su promesa, le acometió tan frenética ira que espantó al propio Li Hung-chang, quien hubo de retirarse por algún tiempo a su casa de Shanghai. —No le perdonaré mientras viva —había dicho Gordon a voces. Li Hung-chang miró la blanca cara del británico y pudo ver que,

en efecto, se exteriorizaba una expresión implacable en sus azules ojos, fríos como la escarcha. Y Gordon confirmó su inexorabilidad en esta orgullosa carta dirigida a la emperatriz madre:

El comandante Gordon recibe con la mayor satisfacción la expresión del buen concepto en que le tiene Vuestra Majestad, pero lamenta muy sinceramente que los acontecimientos subsiguientes a la ocupación de Soochow le impidan aceptar muestra alguna de reconocimiento procedente de Su Majestad el emperador. Por lo tanto, da respetuosamente las gracias a Vuestra Majestad por las mercedes que se proponía hacerle, y le pide que le permita declinarlas.

La emperatriz madre recibió aquella carta pocos días después, hallándose en el jardín de invierno del Palacio del Mar Central. Dos veces leyó la misiva. Luego reflexionó largamente en la clase de hombre que era aquel Gordon, capaz, por razones tan elevadas, de rehusar una notable recompensa. Por vez primera acudió a su mente la idea de que entre los hombres occidentales había algunos que no eran venales, ni salvajes, ni crueles. Y allí, sola en el tranquilo jardín, semejante pensamiento conmovió su alma. Si resultaba cierto que entre los hombres blancos existían hombres buenos, debía sentirse temerosa todavía. Si eran justos los extranjeros, resultaban mucho más fuertes de lo que ella creía. Aquella idea la colmó de un terror que le acompañó toda su existencia. La emperatriz madre retuvo a Tseng Kuo-fan en la ciudad muchos días, mientras meditaba la recompensa que debía darle para premiar sus éxitos y bravura. Porque a la sazón aquella imperiosa mujer no pedía consejos a ministros ni a príncipes ni a nadie. Al fin resolvió hacerle virrey de la gran provincia septentrional de Chihli, con residencia en Tien-tsin. El día decimosexto de la primera luna del año nuevo, la emperatriz presidió en el palacio regio un banquete en el que se sirvieron manjares de una fastuosidad que rebasaba todo lo conocido hasta entonces,

Tseng Kuo-fan ocupó el sitio de honor. Los actores de la Corte representaron seis famosas obras. Y tras aquella fiesta la emperatriz mandó a Tseng Kuo-fan que partiese hacia Tien-tsin, dónde podía encontrar la paz que tan bien ganada tenía. Pero no hubo tal paz, porque repentinamente estalló en Tien-tsin una asonada contra las monjas francesas. Las tales monjas regían un orfanato y ofrecían una recompensa en metálico por cada niña que les llevasen. Entonces hubo malhechores que se dedicaron a raptar pequeñas para obtener dinero, y las monjas se negaban a devolver las niñas a sus padres cuando éstos aparecían y reclamaban. Las monjas alegaban que habían pagado lo ofrecido, y los reclamantes decían que por qué no preguntaban a qué familias pertenecían las niñas que les eran entregadas. La emperatriz madre hizo llamar otra vez a Tseng Kuo-fan. —¿Para qué —preguntó— quieren esas extranjeras niñas chinas? El ilustrado Tseng respondió: —Por mi parte, Majestad, creo que se proponían convertirlos a su religión. Pero el vulgo está lleno de supersticiones y asegura que las mágicas medicinas de los blancos están hechas con ojos, corazones e hígados de niños, y que por eso las monjas los compran. —¿Es posible? —exclamó ella, horrorizada. Él la tranquilizó. —No lo creo en modo alguno. Generalmente, las monjas se hacen cargo de hijos de gente pordiosera, a los que recogen medio muertos ya. Otras veces buscan a las hijas recién nacidas de los muy pobres, a las que sus padres dejan en las calles para que allí mueran. Las monjas las cuidan y convierten a su creencia, porque es cosa que se considera meritoria en esas mujeres. Si alguna niña muere, la entierran con decoro en sus cementerios cristianos. La emperatriz no sabía si Tseng Kuo-fan acertaba o no, porque era hombre muy tolerante y no pensaba mal de nadie, ni siquiera de sus enemigos. Pero en el quinto mes de aquel año limar una gran calamidad se abatió sobre las monjas del orfanato de Tien-tsin; y fue que muchas de las niñas a su cargo murieron, y entonces una horda de gentes turbulentas y

baldías agrupadas en una sociedad llamada «Las Relumbrantes Estrellas» empezaron a propalar el rumor de que las monjas se dedicaban a matar a sus acogidas. Encolerizóse el pueblo, y las monjas, atemorizadas, aceptaron que unos cuantos hombres escogidos visitaran el orfanato y comprobasen que aquél era un centro de clemencia y no de muerte. Pero el cónsul francés se enfureció a su vez, acudió al orfanato y expulsó a aquellos hombres elegidos. Chung Hou, superintendente de las aduanas de Tien-tsin, advirtió al cónsul que su proceder era peligroso, pero aquel extranjero, en su soberbia, no quiso tratar con él y exigió que fuese un funcionario a tratar con él en el consulado. Y entonces, aunque el magistrado de la ciudad hizo cuanto pudo para aplacar al pueblo, éste, aumentado en su furor, congregóse ante el convento e iglesia de las monjas, amenazando con usar armas de fuego. Y he aquí que en aquel momento el inepto cónsul francés salió a la calle, pistola en mano, para socorrer a las monjas y fue apresado por las turbas y segura, mente muerto pues no se le volvió a ver nunca más. El príncipe Kung acudió en ayuda de Tseng Kuo-fan. Diose el caso de que, por casualidad y suerte, Francia estaba entonces en guerra con Prusia, lo que hacía a sus representantes más propicios a la negociación. No obstante, la emperatriz madre hubo de avenirse a que la tesorería imperial pagase cuatro mil taeles de plata como indemnización por la muerte del cónsul y el susto dado a las monjas. A Chung Hou, el superintendente de las aduanas de Tien-tsin, se le ordenó que fuese en persona a Francia, para presentar excusas en nombre del Trono. Antes que Tseng Kuo-fan pudiera terminar aquel conflicto, otra vez fue llamado por la emperatriz, quien había recibido graves noticias del Sur. Aunque el Rey Celeste había muerto, la ciudad de Nanquín y cuatro provincias más, habituadas a largos años de rebelión, seguían muy inquietas, y en ellas habían ocurrido disturbios, en el curso de los cuales fue asesinado el virrey. Ello hizo que la emperatriz llamase presurosamente a Tseng Kuo-fan

y le encargara que ocupase el lugar del muerto en Nanquín. El fatigado y envejecido general hubo de acudir otra vez, un amanecer, a la sala de audiencias del palacio para arrodillarse sobre un cojín ante el trono donde se sentaba el joven emperador. Tras la amarilla cortina de seda se hallaban las dos emperatrices. La emperatriz madre ocupaba el sitio de la derecha y la corregente el de la izquierda. El arrodillado general oyó la voz de la emperatriz madre mandándole ir a Nanquín y asumir el virreinato. Entonces Tseng Kuo-fan pidió a la emperatriz licencia para hablar con franqueza. Y dijo que no se encontraba bien, que le fallaba la vista y que rogaba que se le dispensase de nuevas tareas. De detrás de la cortina surgió una voz interrumpiéndole: —Aunque tengas mala vista, muy bien puedes vigilar la labor de tus subordinados. Así rechazó la emperatriz la súplica de su súbdito. Éste quiso insistir, recordándole que aún no estaba pacificada la provincia de Chihli. Había que tener en cuenta que, en Tien-tsin, las turbas habían asesinado a un funcionario francés cuando intentó proteger a unas monjas, compatriotas suyas. La emperatriz preguntó: —¿Aún no han sido ejecutados los perturbados del orden? —Majestad —contestó Tseng Kuo-fan—, el ministro francés y su amigo el ministro de Rusia insistieron vivamente en enviar delegados para presenciar las decapitaciones. Como no llegaron a tiempo, he encargado a mi general ayudante Li Hung-chang que vigile las ejecuciones. Éstas debieron de realizarse ayer. La emperatriz exclamó con disgusto: —¡Esos sacerdotes y misioneros extranjeros¹. Darla algo por poderles prohibir que actuaran en el reino. Cuando estés en Nanquín, debes mantener un ejército grande y disciplinado para contener al pueblo, que odia a los extranjeros. Tseng Kuo-fan respondió: —Pienso, Majestad, construir fuertes a todo lo largo del río Yang-tsé. —Muy enojosos son esos tratados que el príncipe Kung ha hecho con los extranjeros —comentó la emperatriz madre—. Y lo peor de todo son esos cristianos que van y vienen

por el país a su albedrío. —Es verdad, Majestad —contestó Tseng Kuo-fan. El general seguía arrodillado y, como las usanzas de la Corte le hacían permanecer con la cabeza descubierta, sentía que el frío invernal le penetraba hasta lo más profundo de los huesos. Sin embargo, siguió hablando con cortesía y coincidiendo en todo con la emperatriz. Dijo, pues: —Los misioneros causan perturbaciones en todas partes. Sus conversos oprimen a los que se niegan a absorber la religión extranjera y son protegidos por los misioneros, a los cuales, a su vez, protegen los cónsules. Cuando el año que viene se haya de revisar el tratado con Francia, será oportuno estudiar la manera de impedir que las religiones extranjeras se difundan libremente entre el pueblo. La emperatriz madre, más irritada cada vez, observó: —No sé por qué hemos de tolerar una religión ajena cuando tenemos tres buenas religiones propias. —Lo mismo pienso, Majestad. Siguió un silencio y terminó la audiencia. Como aquel año era el sexagésimo cumpleaños de Tsen Kuo— fan, la emperatriz organizó otro gran festín en su honor y le colmó de ricas dádivas. Además, compuso un poema en su honor, alabándole por su edad y sus muchos merecimientos. Escribió los versos con su propia y vigorosa caligrafía e hizo los grabar sobre una tablilla, dándoles este título: «A nuestra majestuosa columna de sostén y vigoroso peñasco de defensa.» Envióle también una imagen dorada de Buda, un cetro de madera de sándalo con incrustaciones de jade, una pieza de tela bordada con dragones de oro, diez rollos de seda imperial y otros diez de seda corriente. Tan poderosa era la influencia de Tseng Kuo-fan, que bastó la presencia en el palacio del virreinato de Nanquín para que la tranquilidad renaciese en la comarca. Lo primero que hizo el nuevo virrey fue apresar al asesino de su antecesor y condenarle a muerte, lo que se ejecutó mediante descuartizamiento en diez mil pedazos. El suplicio se realizó en público, con objeto de que el pueblo viera la forma en que perecía aquel criminal. Todos

contemplaron en silencio cómo la fina y recia hoja del cuchillo del verdugo cortaba el viviente cuerpo del hombre en tiras de carne y fragmentos de hueso. Tras esto el pueblo volvió a su trabajo cotidiano y a sus usuales diversiones. De nuevo los barcos de flores bogaron por los lagos de lotos y encantadoras cortesanas cantaron y tocaron laúdes, mientras sus clientes escuchaban y se entregaban a copiosos festines. Tseng Kuo-fan se sintió complacido al ver retornar los viejos modos de vida y pudo informar al Trono de que Nanquín y su región se hallaban tranquilos como antes de la gran rebelión de los T'ai P'ing. Mas, aparte de los honores conseguidos, de su alta posición y de su rectitud, Tseng Kuo-fan tenía muy poco tiempo de vida. En la primavera del año siguiente padeció un ataque apoplético que le enviaron los dioses, cuando, en su silla de manos, iba a recibir a un ministro que la emperatriz madre le enviaba con instrucciones, desde Pequín. Según su costumbre siempre que se hallaba solo, iba recitando en voz alta ciertos pasajes de los clásicos confucianos, cuando sintió repentinamente que se le trababa la lengua y se le paralizaba la voz. Hizo señas a sus servidores para que le llevaran otra vez al palacio. Sentíase ofuscado, y oscilantes manchas negras le flotaban ante los ojos. Hubo de guardar cama y en ella permaneció, silencioso, durante tres días. Sufrió posteriormente otros dos ataques y, después del tercero, llamó junto a su lecho a su hijo y, no sin trabajo, le hizo estas indicaciones: —Estoy a punto de cruzar el abismo que me separa de las Fuentes Amarillas. Inútiles han sido mis actividades, porque he dejado tras mí muchas tareas sin acabar y no pocos problemas sin resolver. Te mando que recomiendes a la emperatriz mi colega Li Hung-chang. No te preocupes por mí, pues soy como el rocío mañanero, que se desvanece muy pronto. Cuando llegue la hora y me encuentre en el ataúd, haz que mis servicios fúnebres se efectúen según los antiguos ritos y con acompañamiento de cantos búdicos. —No hables de muerte, padre —exclamó su hijo, mientras las lágrimas

brotaban de sus ojos y corrían por sus mejillas. Aquellas palabras parecieron reanimar a Tseng Kuo-fan. Hízose conducir al jardín para contemplar los ciruelos en flor. Allí padeció un nuevo ataque, pero ya no retornó a su lecho. Hizo gestos de que le llevaran al palacio virreinal y se sentó en el trono del salón de audiencias. Y en esta posición, como si presidiese una reunión de ceremonia, murió. En el momento que expiró, elevose en la ciudad un gran clamor, porque cayó del cielo una estrella errante y las gentes temieron alguna calamidad. Y al circular la noticia de que el virrey había muerto, todos tuvieron la sensación de haber perdido un padre. La emperatriz madre, al recibir, dos días después, aquella mala noticia, inclinó la cabeza y durante algún tiempo lloró silenciosamente. Luego dijo: —Decrétense tres días de luto y no haya diversión alguna, ni festín, ni representación teatral. Y mediante un edicto dispuso que se construyera un templo en cada provincia en honor de aquel hombre tan bueno y tan grande, que había devuelto al reino la paz. Al atardecer del tercer día la emperatriz hizo llamar a Jung Lu. Éste se arrodilló ante ella en su sala privada de audiencias. La emperatriz le preguntó: —¿Qué piensas de ese Li Hung-chang a quien Tseng Kuo-fan me recomienda como sustituto suyo? Jung Lu respondió: —Majestad, puedes confiar en Li Hung-chang más que en cualquier otro chino. Es culto y valiente, cuanto más confíes en él, más leal será al Trono. No obstante, debes recompensarle generosamente y a menudo. La emperatriz escuchó aquellas palabras fijando en su pariente la mirada de sus grandes ojos, y comentó: —Tú eres el único que no buscas recompensa por cuanto haces en mi servicio. Jung Lu no contestó, sino que continuó arrodillado ante ella, en silencio. La emperatriz le tocó el hombro con su cerrado abanico y dijo: —Te ruego, primo que cuides mucho tu salud. Después de ti yo apreciaba más que a nadie a Tseng Kuo— fan. Puesto que él nos falta, temo que los dioses quieran desencadenar sobre mí alguna venganza que no acierto a precisar, y en cuyo

curso pueden faltarme soportes y ayudas. —Majestad —repuso él—, sigues siendo para mí la que eras en los días de la infancia. —Levántate —mandó ella—, levántate y déjame verte la cara. Jung Lu se incorporó y se mantuvo, erecto y vigoroso, ante la emperatriz. Por un momento los ojos de los dos se fundieron en una sola y mutua mirada.

En el otoño del año siguiente, el Departamento de Astrólogos Imperiales proclamó el día oportuno para el sepelio del difunto emperador. Durante los varios años transcurridos entre la muerte y aquel momento, el enjoyado féretro del soberano había descansado en un templo distante del palacio. A la sazón comenzaron a verificarse solemnes preparativos para el funeral del emperador. La construcción de la nueva sepultura había llevado años y, como signo de su renovada confianza en el príncipe Kung, la emperatriz madre le había encargado que recaudase las vastas sumas exigidas para la erección del sepulcro. El príncipe Kung, sin formular queja alguna, emprendió aquella misión que le habían encomendado y que no tenía nada de fácil, porque las provincias meridionales, las más ricas del imperio y de las cuales debían salir las mayores sumas de dinero, estaban tan empobrecidas por guerras y rebeliones, que sólo muy trabajosamente podían participar en el pago de las cantidades solicitadas. Con todo, el príncipe Kung consiguió retiñir diez millones de taeles de plata, ora por fuerza, ora por persuasión, imponiendo tasa a todas las provincias y gremios. De aquella suma había que apartar comisiones para funcionarios altos y bajos, desde ministros, príncipes menores y virreyes hasta eunucos y recaudadores de tributos, porque todos habían de recibir la recompensa de sus esfuerzos. En la intimidad de su morada, el príncipe Kung se quejó de la ardua empresa que le habían encargado. Y se quejó ante su amable mujer, única persona en cuya presencia podía desahogar su corazón. —Sin embargo, he de obedecer a la madre del Dragón, porque, si la ofendo otra vez, es muy capaz de destruirnos a

todos. La mujer del príncipe respondió: —Quisiera, marido, que fuéramos gente pobre para poder vivir en paz. Pero Kung había nacido príncipe y como tal tenía que comportarse. En efecto, así lo hacía. Cuatro años pasó el príncipe Kung dirigiendo la construcción de la tumba, porque no sólo se necesitaba tiempo para recaudar los fondos, sino que, además, había que esculpir los enormes elefantes y los guerreros de mármol que, de dos en dos, habían de guardar la entrada del sepulcro. Bloques marmóreos cuyo peso fluctuaba entre cincuenta y ochenta toneladas fueron transportados desde las canteras, situadas a unas cien millas de la ciudad imperial. Cargábase cada bloque en un carro de seis ruedas, arrastrado por seiscientos caballos y muías. Tales bloques tenían forma oblonga, salvo los destinados a cada pareja de elefantes, porque éstos medían quince pies de longitud por doce de anchura y doce de altura. Los tiros de caballos y muías iban unidos entre sí por gruesas cuerdas de cáñamo reforzadas con alambre, y la longitud de aquellas cuerdas eran de un tercio de milla. Sobre cada carro un armígero imperial enarbolaba el pabellón de la dinastía, y le acompañaban cuatro eunucos. El cortejo se detenía cada media hora para descansar, y uno de los eunucos daba la señal de parada o partida golpeando un gran batintín de bronce. Ante cada equipo de caballos y muías cabalgaba un soldado de la guardia empuñando un banderín de señales. En esta forma se llevaron los cincuenta grandes bloques de mármol que, al llegar al emplazamiento de la tumba, fueron inmediatamente entregados a los mejores escultores del reino para que, con mazo y cincel, esculpieran las figuras de animales y hombres. La tumba estaba rematada por una cúpula, y dentro, y en su centro, se alzaba un amplio pedestal de oro con joyas engastadas. Allí había de colocarse el sarcófago imperial. Un claro y frío día del otoño de aquel año, el cadáver del emperador fue conducido, con abundante cortejo, a su definitivo reposo. En presencia de la emperatriz madre y de la emperatriz viuda,

como regentes, con asistencia del joven emperador y de los príncipes y ministros de la Corte, el enorme ataúd fue colocado sobre el pedestal, entre flamear de cirios y humear de incienso. El ataúd era de madera de catalpa, muy alisada y bruñida. Antes de cerrarlo se depositaron gemas sobre el embalsamado cuerpo del emperador. Se le ciñó un collar de perfectas perlas amarillas y se le pusieron encima jades, rubíes y esmeraldas de la India. Tras esto se selló la tapa del ataúd con pez y cola de tamarisco, mezcla que se endurece hasta formar una substancia tan dura como la piedra. Sobre el ataúd se habían labrado sutras de Buda y en torno se colocaron figurillas de arrodillados eunucos hechas de papel y seda con armazón de bambú. Aquellas figuras simbolizaban a los acompañantes que, en días antiguos y menos civilizados, hubieran sido seres humanos de carne y hueso destinados a ser enterrados con su señor para que no anduviese solo más allá de las Fuentes Amarillas. Con el cadáver del emperador se dio sepultura al de su primera consorte, la hermana mayor de la emperatriz viuda, que también se llamaba Sakota. Durante quince años el cadáver de aquella consorte había descansado en un apartado templo, sito en una aldea a siete millas de la ciudad, esperando la muerte del emperador. Ahora se reunía con su señor y su ataúd se colocó a los pies de él, en un pedestal bajo y sencillo. Después que los sacerdotes entonaron sus plegarias y el emperador y las regentes se arrodillaron ante el sepulcro, todos se retiraron del lugar. Dejáronse encendidos los cirios hasta que se extinguieran. Entretanto sus indecisas llamas proyectaban su claridad sobre los ornamentos de joyeles y las pintadas tablillas que cubrían los muros de la tumba. Se cerraron y sellaron las grandes puertas de bronce y el imperial séquito retornó a sus palacios. Al día siguiente la emperatriz madre publicó un edicto en el que se concedía perdón completo al príncipe Kung. El texto rezaba:

Por orden nuestra, el príncipe Kung se ha ocupado, durante los

pasados cinco años, en preparar las ceremonias del sepelio del difunto emperador. En ello ha desplegado decoro y diligencia. Y nuestra pena se ha mitigado en tanto contemplando él esplendor de la tumba imperial y la solemnidad de las exequias. Y, por eso, y para que el jade del noble nombre del príncipe Kung nunca deje de esplender en los anales de nuestro reinado, decretamos que el recuerdo de su anterior sanción quede borrado y que el príncipe sea repuesto con todo honor. Así deseamos recompensar a nuestro buen servidor, cuyo nombre deseamos ver immaculado siempre.

Al terminar aquel día, la emperatriz madre se dirigió, sola, a su jardín favorito. Caía una dulce tarde otoñal y en el cielo lucían los débiles arrebos del crepúsculo. La emperatriz se sentía melancólica, pero no acongojada, porque no tenía motivo alguno de disgusto. Si su espíritu vivía en la soledad, ya se había acostumbrado a ello. Porque la soledad era el precio de la grandeza y en la soledad moraba día tras día y noche tras noche. Mas la emperatriz era mujer y por un momento su agudísima mente imaginó un hogar donde un hombre y una mujer habitaban juntos y engendraban hijos. Precisamente el día del funeral su eunuco le había dicho que a Jung Lu le acababa de nacer un hijo. Sí; a las tres de la madrugada Mei había puesto en el mundo un robusto hijo varón.

Repetidamente, en el curso de aquel día de condolencia, la emperatriz madre había pensado en el niño de su antigua azafata. Pero Jung Lu estuvo presente en el sepelio, y su prima no percibió signo alguno de júbilo en su faz. Ciertamente que era su deber no exteriorizar satisfacción alguna, pero, cuando por la noche volviese a su casa, ¿no se manifestaría alborozado? La emperatriz no lo sabría nunca. Paseó lentamente de un lado a otro del jardín. Caminaba por senderos bordeados por los últimos crisantemos en flor. La seguían sus leales perros, que eran fuertes animales mongoles, que la guardaban de día y de noche, y pequeños canes mangueros que la servían para

divertirse. Y, como tantas veces lo hiciera antes, apeló a toda su voluntad para relegar a lo profundo de su ser su imaginación. Urgía enfrentarse con las grandes tareas de su poder.

Cierto día, dos veranos más tarde, la emperatriz madre se hallaba, con la Corte, en el Palacio del Mar, gozando de las bellezas de sus jardines. Hallábase sentada en su trono ante el teatro imperial, contemplando una representación escénica. No se trataba de una obra antigua, sino de una pieza escrita por un inteligente autor sólo doscientos años antes. El personaje malvado de la obra era un narigudo europeo, un capitán de la marina portuguesa, que llevaba un espadón a la cintura y, encima del labio superior, unos bigotes grandes como las extendidas alas de un cuervo. El protagonista era un primer ministro de la Corte china, papel que desempeñaba el jefe de eunucos, An Teh-hai, al que se le consideraba un actor genial. De pronto el eunuco Li Lien-ying, que hasta entonces había reído a carcajadas, guardó repentino silencio y se levantó de su escaño, procurando alejarse de su imperial señora para salir sin que ella lo notara. Pero la emperatriz madre, que siempre lo veía todo, hízole signo de que regresara. Él, un tanto avergonzado, obedeció. —¿Adónde ibas? —preguntó ella—. ¿Es muestra de respeto salir del teatro cuando está en escena tu superior? Li Lien-ying murmuró: —Majestad, al ver ese perverso extranjero me ha recordado una promesa que hice ayer al joven emperador y que hasta ahora había olvidado. —¿Y qué es tal promesa? —preguntó la emperatriz. —El emperador ha oído hablar de un vehículo extranjero de juguete, que anda sin ayuda de caballo ni hombre, y me ha encargado que le compre uno para examinarlo. Yo me pregunté dónde podría encontrar ese artilugio. Consulté al eunuco mayor, y él me dijo que lo hallaría en la tienda que tiene un extranjero en la calle de las Legaciones. Allí me dirigía ahora. La emperatriz madre frunció el negro entrecejo. —¡Prohíbo eso! —exclamó. —Majestad, bien sabéis el carácter del emperador. Desobedecerle me costará ser

apaleado —se permitió indicar el eunuco. La emperatriz declaró: —Le diré que yo lo he prohibido. Ya no es tan niño para andar con juguetes. El eunuco observó: —Majestad, yo he sido quien ha empleado la palabra juguete, teniendo en cuenta que en todo nuestro país no hay un solo coche que se mueva empleando combustible. —Juguete o no —insistió la emperatriz madre—, es un objeto extranjero y, por lo tanto, lo prohíbo. Siéntate. Li Lien-ying no podía hacer más que obedecer. Sentose y no rió más durante toda la representación, aunque An Teh-hai, con su ejecución, hacía lo posible para que se desternillase la emperatriz. Pero tampoco ella se reía, sino que su bella faz permanecía grave. Al fin hizo señas a sus damas de que iba a retirarse a su palacio y, cuando lo hubo efectuado, mandó llamar al jefe de eunucos. Apareció An Teh-hai. Seguía siendo apuesto y gallardo, a pesar de su creciente gordura. Realizó la venia, procurando contener la insolencia de sus negros ojos. No le estimaba menos la emperatriz por saber el descaro que se encubría tras de su mirada, aparentemente humilde. Se rumoreaba a menudo que An Teh-hai no era un verdadero eunuco. Sólo que la emperatriz madre había aprendido a no preguntar nada sobre cosas que prefería ignorar. Miró severamente a su subordinado. —¿Cómo te has atrevido a conspirar con Li Lien— ying? —inquirió. —¿Yo conspirar? —¡Has conspirado para traer a mi hijo un vehículo extranjero que anda solo! El eunuco intentó sonreír. —¿Eso es una conspiración, Majestad? Sólo quería divertir al emperador. La emperatriz dijo con el mismo tono severo: —Sabes que no quiero que se lleven a mi hijo objetos extranjeros. ¿Es que aspiras a que su alma se aparte de las costumbres de su pueblo? El jefe de eunucos aseveró: —Juro, Majestad, que no he tenido intento semejante. ¿No ha de ser obligación nuestra complacer todos los deseos del emperador? La emperatriz dijo, implacable: —No, si lo que pide es inoportuno. No quiero que aprenda los vicios que aprendió su padre. Si has cedido en eso, ¿en qué otra cosa

no cederás? —Majestad... —empezó el eunuco. La emperatriz madre arrugó el entrecejo. —¡Aléjate de mi vista, sirviente infiel! Aquellas palabras asustaron al eunuco mayor. Había sido durante mucho tiempo favorito de la soberana. Pero todos los eunucos saben que el favor de los que reinan es tan inestable como un sol de principios de primavera. De un momento a otro podían darle el retiro, y la cabeza de un eunuco rueda con mucha facilidad. Arroja a los pies de la emperatriz y lloró. —Majestad, sabéis que toda mi vida es vuestra. Vuestras órdenes están para mí por encima de todo. Ella le empujó con el pie. —No quiero verte, no quiero verte. El eunuco se alejó andando a gatas. Tan pronto como hubo cruzado la puerta salió del palacio corriendo. Iba a casa de Jung Lu, único que podía salvarle de aquel brete en que, de pronto, se había adentrado. A aquella hora del día tenía costumbre Jung Lu de estudiar los informes que veinticuatro horas más tarde había de presentar al Trono. Antaño, ello había correspondido al príncipe Kung, pero era ahora misión de Jung Lu, como gran consejero, estudiar lo que había de saber el Trono. Y por eso estaba aquel día sentado en su despacho, ante una mesa grande de negro ébano, con la cabeza inclinada sobre las hojas manuscritas de los memoriales que había de conocer la soberana. Un sirviente anunció el nombre del eunuco mayor. Tan pronto como se pronunció su nombre pasó, hizo una reverencia y saludó según las fórmulas. —¿Qué te trae por aquí? —preguntó Jung Lu. En pocas palabras An Teh-hai explicó la situación en que se encontraba y concluyó diciendo: —Deseo que me salvéis de la venganza imperial. Con gran alarma del eunuco mayor, Jung Lu no prometió ayudarlo. Hizo señas al eunuco de que se sentara y dijo después: —Hace un par de años que me viene preocupando lo que veo en el palacio imperial. —¿Y qué es lo que habéis visto, venerable? —preguntó An Teh-hai, cuyo rostro aparecía muy pálido a la luz de las bujías. Una expresión de severidad se pintó en la faz de Jung Lu al continuar hablando. —Hsien Feng,

padre del actual emperador, fue pervertido por los eunucos, uno de los cuales eras tú, An Teh-hai. Ciertamente no tenías entonces el cargo de jefe de eunucos, pero estaba en tu mano poder persuadir al emperador entonces reinante para que ejecutase actos rectos y tuviese pensamientos limpios. En vez de eso, lo que hiciste fue mimarle, y él se aficionó a ti porque eras joven y de buen aspecto. En lugar de ayudarle a ser bueno, le llevaste por el mal camino, fomentando sus flaquezas y lascivias, lo que le costó morir envejecido cuando aún no había cumplido los cuarenta años. Y ahora quieres que su hijo... Calló y se tapó las recias líneas de su boca con su fuerte mano. An Teh-hai se sintió amedrentado. Había ido en busca de ayuda y se encontraba con un nuevo ataque. Dijo, pues: —Venerable, es muy triste ser eunuco y tener que desobedecer a su señor. —¡Pues puede hacerse! —declaró Jung Lu—. Y al final acabarías siendo honrado por tus buenas obras. En todo hombre, sea el más humilde, o sea el emperador, existen elementos de mal y de bien. En la infancia una parte de esos elementos se extingue y otra queda viva. Tú, elegiste lo malo. El eunuco tartamudeó: —Venerable, no se me ofreció manera de elegir. Jung Lu habló con más severidad: —Ya sabes lo que quiero decirte. Recuerdas muy bien que siempre que el anterior emperador estaba agotado, o sentía dolores, tú le administrabas opio. Si sentía antojos extraños, tú se los satisfacías. Le enseñaste a refugiarse en el vicio en cuanto se veía conturbado o enfermo. Y, como resumen, cuando llegó a la pubertad su virilidad había sido destruida. An Teh-hai no era cobarde ni estúpido. Tenía en sus manos una arma peligrosa y no le faltaba decisión para usarla. —Venerable, si eso es así, ¿cómo es que ha engendrado un hijo tan robusto como el joven emperador? Jung Lu no movió un músculo de su rostro. Miró fijamente al eunuco. —Si la casa imperial cae —dijo—, tú caerás, caeré yo, y caeremos todos, y con nosotros la dinastía. ¿Vamos a destruir a ese niño en quien tenemos nuestra última esperanza? De tal modo Jung Lu desvió

el puñal con que le amenazaba el eunuco mayor. Éste comprendió que el gran consejero y él habían de ser aliados y no enemigos, y fingió humillarse y rebajarse. Expuso: —Sólo he venido a pedir que se me salve de la venganza de la emperatriz madre. Y conste que no sé a qué viene todo esto, puesto que la cosa empezó por un tren, un tren de juguete que Li, ese a quien llamamos «Cerote de Remendón», se olvidó de comprar al joven emperador. No sé cómo en palacio una menudencia como ésa puede ponerse por encima de la vida de un hombre. Jung Lu se pasó la mano por los ojos con expresión de cansancio.

—Hablaré por ti —prometió. —No he pedido otra cosa, venerable— contestó el jefe de eunucos. Hizo una reverencia de despedida y salió. Estaba contento. Usando el arma que tenía a su alcance había logrado asegurarse la ayuda de Jung Lu.

Tanto tiempo permaneció solo Jung Lu en su despacho, que su gentil mujer acabó entreabriendo las cortinas para ver qué le pasaba. Notándole tan preocupado, se alejó. Bien sabía Mei que él no la amaría nunca, pero se daba por satisfecha con la atención benigna que la dedicaba y con su ternura, siempre cortés y paciente. Nunca estaba moralmente cerca de ella, ni siquiera cuando la tenía entre sus brazos. Y aunque no le temía, porque su bondad era constante e invariable, Mei sabía que jamás franquearía la distancia que la separaba de su marido. La noche avanzaba y ella, impelida por la ansiedad, se calzó unas zapatillas de raso que apagaban el rumor de sus pisadas y entró en el despacho de su marido. Apoyóle la mano en el hombro con tanta suavidad, que él no la sintió siquiera. —Esta casi amaneciendo —le dijo— y no te has acostado todavía. Él, sobresaltado, se volvió hacia su mujer. Había en aquel semblante viril una expresión tan sinceramente horrorizada, que Mei, en un arranque, le echó los brazos al cuello. —¿Qué te pasa, amor mío? —preguntó. Jung Lu procuró dominarse y apartó de su cuello los brazos de su mujer. —Dificultades antiguas —murmuró—. Problemas viejos que no he podido

resolver. Soy un necio al pensar en ellos. Anda, vete a dormir. Se dirigieron juntos a sus habitaciones, a lo largo de los pasillos. A la puerta de la alcoba de Mei, él le preguntó: —¿Sobrellevas mejor este embarazo que el del otro niño? Mei estaba de nuevo encinta. —Sí, Jung; muchas gracias. Él sonrió y apuntó: —Entonces tendremos una hija, si no mienten los dichos que de muchacho he oído a las viejas. Son los hijos varones los que protestan por estar dentro del claustro materno. —¿No te importa que sea una hija lo que te dé? —murmuró ella. —No, si se parece a ti —contestó él cortésmente. Se inclinó ante Mei y se retiró. Al día siguiente, cuando el reloj de agua señalaba las tres de la tarde, el eunuco Li Lien-ying, más ansioso que nunca de complacer a su egregia señora, anunció que el gran consejero Jung Lu le pedía audiencia para el momento que le pareciese oportuno. La emperatriz dijo: —¿Cuándo no es conveniente para mí recibir a mi primo? Dile que pase ahora mismo. Al cabo de pocos instantes Jung Lu entró en la sala privada de audiencias de la emperatriz. Ella le recibió sentada en su trono. Hizo alejarse al eunuco con un signo y mandó a su pariente que se pusiera en pie y se sentara a su lado. —Háblame con franqueza —dijo—. Quiero saber lo que piensas verdaderamente. No olvides que bajo la capa de la emperatriz está la misma mujer que conociste de niña y de doncella. La emperatriz hablaba con toda naturalidad, mientras Jung Lu se sentía alarmado al recordar el hábil golpe que le dirigiera el jefe de eunucos. Volvió la cabeza y procuró cerciorarse de que Li Lien-ying no los escuchaba detrás de las cortinas. Pero ninguna de ellas se movía, lo que denotaba que el eunuco debía de estar apartado, quizá leyendo algún libro. Tan vasta era la estancia que, a menos de hallarse muy próximo al trono, no era posible oír lo que la emperatriz decía, porque ella hablaba con un acento muy bajo y dulce. Él tras cambiar con la mujer una larga mirada, se cubrió la boca con su fuerte mano. —Quítate la mano de la boca —ordenó la emperatriz. Jung Lu

obedeció, y ella le vio morderse el labio inferior. La emperatriz dijo. —Tus dientes son fuertes y blancos como los de un tigre. No te muerdas los labios así, porque vas a hacerte daño. Jung Lu apartó la mirada. —He venido para hablarte del emperador. —¿Le pasa algo malo? —preguntó ella. Jung Lu se sintió en libertad de hablar. El vínculo de sumisión que los unía parecía un tanto relajado. —No me complace nada que tus pervertidos eunucos estén pervirtiendo a un muchacho joven. Sabes lo que quiero decir, majestad. No desconoces la sucia corrupción en que pusieron al emperador difunto. No quisiera que a tu hijo le pasara una cosa semejante. Hay que salvarlo antes que sea demasiado tarde. Ella se ruborizó y calló durante unos instantes. Luego dijo: —Celebro mucho que hables como el padre de un niño que no lo tiene. También estoy muy preocupada por eso mismo, pero sólo soy una mujer y no puedo hacer nada. No puedo ensuciar mi boca hablando de cosas que no debo conocer. Eso es propio de hombres. —Por eso he venido, para aconsejarte que, cuanto antes, busques mujer para tu hijo. Déjale elegir la que quiera, con tu consentimiento. Aunque no puede casarse hasta dentro de dos años, cuando cumpla los dieciséis, el recuerdo de la imagen de su prometida le ayudará a mantenerse moralmente limpio. —¿Como sabes eso? —interrogó ella. —Lo sé —dijo él, sin explicaciones. No habló más y, viendo que la emperatriz buscaba sus ojos, Jung Lu volvió a apartar la mirada. Ella suspiró y acabó por ceder a la bondadosa obstinación de aquel hombre. —Haré lo que me aconsejas. Dentro de poco convocaré a las jóvenes manchúes para que se preparen a la elección, como yo fui preparada. ¡Cómo pasan los años, cielos! Parece que fue ayer cuando la emperatriz viuda se sentaba al lado del difunto emperador para ayudarle en su elección de consorte. ¿Recuerdas que yo no la agradaba? —Pero la ganaste como ganas a todos —respondió él, que seguía con la mirada obstinadamente apartada de la emperatriz. Ella rió, casi sin ruido. Había en sus rojos labios la

expresión de quien va a pronunciar una frase atrevida, Pero se contuvo y se levantó. Volvía a ser la emperatriz. —Haremos lo que dices, primo. Te agradezco el consejo. Hablaba con voz tan clara, que Li Lien-ying, aunque estaba a distancia, la oyó bien y se guardó dentro de la túnica el libro que leía, acudiendo en seguida para acompañar al gran consejero. Jung Lu se inclinó hasta el suelo. La emperatriz madre bajó levemente la cabeza y los dos se separaron una vez más. Entretanto el jefe de eunucos se sentía muy desasosegado. Siempre había creído que su cargo era tan seguro como el Trono. Los emperadores eran proclamados y pasaban, pero siempre quedaban los eunucos y, por encima de ellos, su jefe. Y he aquí que la emperatriz madre podía enojarse con él. Se hallaba preocupado e inseguro y anhelaba escapar del recinto de la Ciudad Prohibida. «Siempre he vivido aquí —reflexionaba— y nunca he visto nada más allá de estos muros.» Acudió a su memoria un antiguo sueño suyo y resolvió exponerlo a la emperatriz. —Majestad —le dijo—, sé que va contra la ley de la Corte el que un eunuco salga de la ciudad. Pero ha sido mi secreto anhelo, durante muchos años, navegar por el Gran Canal hacia el Sur, y ver lo que hay digno de verse en nuestra tierra. Os ruego que me dejéis hacer ese viaje, en la certeza de que volveré. Cuando la emperatriz madre oyó aquella petición guardó silencio unos instantes. Sabía que los príncipes y las damas de la Corte censuraban, a espaldas suyas, los honores y favores que concedía a los eunucos. Sólo una vez en la historia de la dinastía, más de dos siglos antes, el emperador Fu Lin había permitido a los eunucos dirigir los negocios de palacio. Aquel emperador demasiado inclinado a la meditación y los libros y deseoso de convertirse en monje, fue engañado por los ávidos y poderosos eunucos, que se hicieron dueños del palacio, corrompiendo todo aquello en que ponían las manos. Un día, el príncipe Kung, aunque sin decir palabra supo poner bajo los ojos de la emperatriz madre un libro en el que se narraba el reinado de los eunucos! bajo la emperatriz Fú Lien.

Aquellos tiempos fueron llamados el período de Shun Chih. Según leía la obra la emperatriz iba poniéndose lívida de rabia. Cuando terminó, cerró el libro y lo devolvió al príncipe Kung el cual no levantó la vista para afrontar la mirada de la emperatriz. En todo caso, ella había meditado mucho sobre el presente poder de los eunucos. Los usaba como espías en todas partes y los recompensaba rica— mente cuando le hacían saber los rumores y hablillas que corrían por la ciudad. Más que a ninguno honraba y premiaba al eunuco mayor, An Teh-hai, no sólo por su lealtad, sino porque era un hombre apuesto *y* tenía mucho talento de actor, como lo demostraba en el teatro imperial. Además, con sus dotes de músico, sabía alejar la tristeza del ánimo de su señora. Re— flexionando en esto se había excusado muchas veces a sí misma de su dependencia de los eunucos. Después de todo era mujer, y sabido es que una mujer no puede confiar en nadie. Cuando un hombre se sienta en el Trono tiene, desde luego, enemigos, pero también gente que le es leal por su propia conveniencia. Esa lealtad no la conoce nunca mujer alguna. Así, los espías le son necesarios para poder saber aquello que le permita actuar antes que el enemigo sospeche lo que ella sabe. En esta ocasión dijo a An Teh-hai: —Me pones en un gran aprieto. Si te dejas ir a donde quieres, todos me acusarán de faltar a la ley y a la tradición. Él suspiró tristemente: —Gran sacrificio hice al prescindir de tener mujer e hijos. Y para colmo parece que debo contentarme con vivir encerrado toda mi existencia dentro de los muros de una sola ciudad. El eunuco era lo bastante joven para poder jactarse de tener buena apariencia. Medía alta estatura y tenía un semblante decidido y orgulloso. La corrupción, desde luego, había dejado su huella en las sensuales líneas de su recia boca y en sus facciones, mejillas y entrecejos, además de lo cual se había puesto demasiado grueso. Pero tenía una voz melodiosa, aunque no débil y afeminada como suele ser la de los eunucos, y hablaba con clásica perfección, pronunciando cada palabra de

una manara perfecta y dándole el tono y énfasis adecuado, por lo que podía decirse que cuanto hablaba sonaba musicalmente. A estas ventajas unía una insuperable gracia en sus movimientos y hasta en la manera de expresarse al agitar sus manos, grandes y bellas. La emperatriz madre no podía negar que el buen aspecto del eunuco decía mucho en su favor. Recordó también su constante lealtad y la forma en que la obedecía, divertía y consolaba. Decidió, pues, ceder. Dijo, pensativamente, mientras examinaba el escudillo de oro que protegía el dedo meñique de su mano izquierda: —Podría enviarte a la ciudad de Nanquín, con la misión de inspeccionar las tapicerías imperiales que allí se tejen. He encargado géneros especiales para mi hijo, el emperador, pensando en el día de su casamiento y definitiva subida al Trono, porque tales tapices necesitan tiempo para ser debidamente tejidos. Y, aunque he enviado instrucciones exactas, sé lo fácilmente que pueden cometerse errores. A veces, en tiempo de nuestros antepasados, los tejedores de Nanquín enviaban rasos de un color amarillo demasiado pálido para ser imperial. De manera que vas a ir allí para cerciorarte de que el color de esos tapices es amarillo como el oro auténtico, y el azul no flojo, sino con el debido matiz. Ya sabes que el azul celeste es mi color predilecto. Así, ya decidido este punto, la emperatriz madre, según tenía por costumbre, procuró que no se le escapase ningún signo de debilidad y se esforzó en mantener la cabeza alta ante cualquiera que protestase contra lo que ella hacía. De allí a muy pocos días el jefe de los eunucos se hizo a la vela para Nanquín, llevando un séquito que ocupaba seis barcas grandes, en todas las cuales ondeaban imperiales banderas. En la nave que él se reservó, mandó que se arbolase la propia insignia del Dragón. Cuando las barcas pasaban por cualquier población, grande o pequeña, de las que se hallaban al borde del Gran Canal, los magistrados, viendo las banderas y la insignia, se apresuraban a llevar dádivas a An Teh-hai, haciéndole tantas reverencias

como si fuera el propio emperador. Viéndose alentado así, el orgulloso eunuco dióse a solicitar obsequios. Las noticias de los excesos cometidos en el viaje llegaron a oídos del príncipe Kung, porque los magistrados provinciales le enviaron informes personales y secretos, ya que sabían cómo la emperatriz madre favorecía a los eunucos. A la vez los eunucos que odiaban a An Teh-hai, por alguna pasada crueldad o se, creta injusticia, acudían a Sakota, la emperatriz viuda del Palacio Oriental con referencias de lo que él hacía ahora. Sakota hizo llamar secretamente al príncipe Kung, y, cuando él la visitó en su palacio, le dijo suspirando: —No es frecuente que yo me oponga a lo que hace mi hermana. Si ella es un brillante sol, yo soy a su lado una pálida luna. Pero, eso aparte, nunca me ha gustado que favoreciese a los eunucos, y especialmente a ese An Teh-hai del modo que lo hace. Así supo el príncipe Kung que Sakota había oído hablar de los rumores concernientes al eunuco mayor. Dijo, por lo tanto, resueltamente: —Éste es el momento, majestad, de que la emperatriz madre aprenda la lección que vos procuráis enseñarle. Con vuestro permiso haré prender y decapitar a ese infame, An Teh-hai. Nada más podrá seguir diciéndose cuando su cabeza rueda por el suelo del patíbulo. La emperatriz viuda lanzó un grito sofocado y se llevó a la boca los crispados puños. —No me gusta que se mate a nadie —protestó. El príncipe Kung repuso, con talante sereno y voz firme: —Es el único modo de desembarazar a la Corte de un favorito. Y siempre se ha hecho igual en la historia. Para colmo, An Teh-hai ha corrompido a dos generaciones de emperadores. Al emperador difunto le pervirtió el mismo eunuco de quien hablamos. Y he oído comentar, y hasta visto con mis propios ojos, que ese mismo eunuco conduce al emperador presente por malos caminos. Se ha llegado a hacerle salir, absurdamente disfrazado, para llevarle de noche, a través de las calles, a burdeles y teatros donde se representan obras lascivas. La emperatriz viuda volvió a suspirar y murmuró que ella no sabía

qué hacer. El príncipe Kung planteó una atrevida pregunta. —¿Si preparo un decreto, majestad, le pondréis vuestro sello imperial? Sakota se estremeció y su delicado cuerpo fue poseído por un temblor vivísimo. —¿Y qué dirá mi prima?-murmuró. El príncipe Kung insistió: —¿En qué puede dañaros, majestad? Toda la Corte y toda la nación la condenaría si os tocase con propósito avieso. Sakota, persuadida, firmó el decreto cuando lo redactó el príncipe y la orden fue rápidamente expedida por un emisario secreto. Por entonces An Teh-hai había pasado más allá de Nanquín y llegado a la bella ciudad de Hang-Cheu. Allí confiscó la vasta casa de un comerciante rico y comenzó a imponer tributos a la gente, exigiendo regalos de dineros y otros tesoros y presentes de bellas muchachas. Todos los ciudadanos se sentían enfurecidos y ansiosos de venganza. Pero ninguno se atrevía a negarle lo exigido, porque An Teh-hai disponía de sus eunucos y de una guardia de seiscientos hombres armados. Sólo el magistrado de la ciudad tuvo el valor de quejarse y de enviar, además, memoriales secretos al príncipe Kung, describiendo las orgías y los males que causaba aquel arrogante eunuco. De suerte que fue a aquel magistrado a quien el príncipe Kung envió el secreto edicto de muerte. Inmediatamente el magistrado invitó a An Teh-hai a un gran festín, donde, según le dijo, podrían ser vistas las más hermosas vírgenes de la ciudad. An Teh-hai, ebrio de alegría, se preparó para la fiesta. Mas, cuando entró en el salón de recepciones del palacio del magistrado, se halló asido por varios hombres y forzado a arrodillarse, mientras a sus eunucos y guardias se les entretenía en el patio exterior. El magistrado mostró el decreto imperial y declaró que debía ser instantáneamente obedecido. El eunuco mayor dijo a voces que la disposición no llevaba más sello que el de la emperatriz viuda, y no el de la emperatriz madre, que era su señora y la gobernante verdadera. El magistrado replicó: —Según la ley, las emperatrices son dos y yo no reconozco a ninguna por encima

de la otra. Alzó la mano, cerró el puño e inclinó el pulgar hacia el suelo. A este signo su verdugo se adelantó y segó la cabeza de An Teh-hai con un solo tajo de su ancha espada. La cabeza cayó sobre el suelo de baldosas con tal fuerza que se quebró el cráneo y los sesos saltaron y se esparcieron. Cuando la emperatriz madre supo que su favorito y leal servidor había muerto, experimentó tal furia que hubo de guardar cama cuatro días seguidos. Perdió el sueño y el apetito, sintiéndose irritada inmensamente contra su prima la corregente, pero mucho más contra el príncipe Kung. —¡Sólo él podía haber convertido a esa rata en una leona! —exclamó. Y hubiera hecho decapitar al príncipe Kung si no fuera porque Li Lien-ying, aterrado ante tal locura acudió secretamente a buscar a Jung Lu. Voló el gran consejero a palacio y, sin dilaciones ni ceremonias, llegose a la puerta del dormitorio don— de la emperatriz madre descansaba, airada, sobre su lecho y, desde el otro lado de la cortina, le dijo con voz fría y quieta en la que vibraba una paciencia triste: —Si en algo valoras tu puesto no hagas nada. Te levantarás del lecho y efectuarás lo que tienes por costumbre. No se puede negar que el eunuco mayor era un hombre excesivamente malvado y que tú le favorecías. También es verdad que violaste la tradición y la ley al permitirle salir de la ciudad. Ella, oyendo aquella voz condenatoria, guardó largo rato silencio. Al fin dijo, con acento de quien pide clemencia: —Ya sabes por qué trato tan bien a los eunucos. Estoy aislada aquí. Soy una mujer sola. Jung Lu no contestó más que una palabra. —Majestad... Ella esperó, pero no oyó más. Su primo se había ido. La emperatriz se levantó y se dejó bañar y ataviar. Luego tomó algún alimento. Todas sus damas permanecían taciturnas, sin que ninguna osase abrir la boca. Pero ella no parecía notar si hablaban o no. Se dirigió a su biblioteca, con lentos y cansados pasos, y durante muchas horas estuvo leyendo los informes que allí había acumulados desde hacía varios días en espera de que ella los despachara. Al oscurecer hizo llamar a Li Lien-ying y le dijo:

—Desde hoy quedas nombrado jefe de eunucos. Pero has de servirme a mí, a mí exclusivamente. I El eunuco, se sintió embargado de alegría. Alzando la cabeza desde el suelo, donde estaba arrodillado, juró lealtad. A partir de aquel día la emperatriz madre odió con todo su corazón al príncipe Kung. Siguió aceptando sus servicios, pero aborreciéndole y esperando el momento en que pudiese someter para siempre su orgullo.

En medio de tantas dificultades, la emperatriz madre no había olvidado el consejo de Jung Lu relativo a la conveniencia de buscar pronto mujer para el joven emperador. Cuanto más meditaba en aquella apreciación de su pariente, más de su gusto la encontraba, por una razón que sólo ella conocía. Su hijo, que tanto se le parecía en el buen aspecto y en lo orgulloso de su corazón, había encontrado un modo de herirla hasta tal extremo que ella ni se atrevía a mencionárselo. Procuraba atajarlo por todos los medios, excepto los verbales, porque temía que él le confirmase de palabra lo que era obvio de hecho. Ya desde su primera infancia el emperador había preferido el palacio de Sakota al de la emperatriz madre. A menudo, cuando no era más que un niño pequeño y ella iba a buscarle, no le hallaba en las habitaciones de su palacio y, cuando preguntaba por su paradero, los eunucos le decían que había pasado al palacio de Sakota. Y, a la sazón, era más frecuente todavía que ella le mandase buscar y supiera que se hallaba al lado de la emperatriz viuda. Demasiado orgullosa para mostrarse herida, la emperatriz madre nunca reprochaba a su hijo, pero meditaba en su corazón las causas de que el mozo prefiriese su tía a su madre. Le amaba con posesoria fiereza y no osaba preguntarle nada por miedo a oír la confirmación de sus temores. Tampoco quería humillarse hablando a Jung Lu o al príncipe Kung de la herida que tan hondamente laceraba su corazón. Por otra parte, no necesitaba preguntar cosa alguna. Sabía muy bien por qué su hijo visitaba tanto el otro palacio y permanecía en él largas horas, mientras al de su madre no iba mientras no era llamado

y, además, por poco tiempo. Así son de crueles los niños. Él no comprendía que su madre tenía muchas veces que contrariar su voluntad porque debía enseñarle y prepararle para el porvenir. Había de convertir en hombre y emperador a un jovencuelo inexperto y que se resistía a dejarse modelar. Pero su madre adoptiva, aquella blanda Sakota, que también era regente, no se creía en el deber de reprobarle ni enseñarle nada. Y el joven emperador se mostraba ante su tía tal como era: un niño juguetón, un muchacho travieso, un rapaz alegre que sólo sonrisas hallaba en Sakota. Si sentía caprichos, ella siempre se los satisfacía, ya que no tema que llevar carga alguna por él. Una celosa cólera invadía a la emperatriz madre cuando pensaba en aquello. Podía ocurrir que Sakota hubiese comprado al niño el juguete prohibido y escondiera en sus habitaciones el tren extranjero. Allí podía el mocito ir a jugar a escondidas cuando le quiera. ¿Sería así? No cabía duda de que aquella mañana, después de la audiencia, su hijo tenía verdadera prisa por separarse de su madre y de apartarse de sus deberes. No obstante, ella le había obligado a permanecer en su biblioteca particular para examinar y sondear su pensamiento y ver si se había dado cuenta del alcance de los memoriales e informes presenta, dos al Trono. En efecto, el joven no había escuchado con atención. A los reproches de su madre respondió con voz enojada: —¿Acaso he de acordarme de las tonterías que cualquier viejo masculla entre los pelos de su barba? Incomodada al verse ofendida de tal modo por su hijo, y prescindiendo de que él era el soberano, Tzu Hsi alzó la mano y le abofeteó. Él no habló ni se movió, limitándose a clavar en su madre sus ojos, llenos de furia. Una mancha encarnada apareció en la parte de su mejilla donde recibiera el golpe. Inclínose rígidamente y, siempre sin hablar, abandonó el aposento. Podía darse por seguro que había ido a visitar a su tía. Sin duda Sakota le habría consolado y tranquilizado, explicándole que su madre había tenido siempre un carácter

duro y que, con frecuencia, le había pegado cuando las dos habitaban, juntas, bajo el mismo techo. La orgullosa emperatriz madre prorrumpió en un repentino sollozo. Si no poseía el corazón de su hijo, no poseía nada. Pensó cuán poco se puede esperar de un hijo. Y ella lo había dado todo por él, dedicándole su vida, salvando una nación para entregársela, conservándole el Trono... Siguió llorando para desahogar su angustia. Luego secó sus lágrimas con el pañuelo sujeto al enjovado botón de sus vestiduras. Había que pensar en el modo de lograr sus fines y no perder a su hijo. A Sakota había de sustituirla por otra mujer, joven y atrayente, que encantara al hombre que ya afluía en el muchacho. El consejo de Jung Lu era discreto y bueno. Había que buscar consorte para el emperador, no para preservarle de los eunucos, sino contra aquella mujer dulce y silenciosa que trataba maternalmente a un hijo que no era suyo. La emperatriz pensó que no consentiría que Sakota la suplantara en su papel de madre. ¡Sakota! ¡Una mujer que no había podido poner en el mundo más que a una niña llena de deficiencias cerebrales! Sintiendo más fuerte, como siempre que se irritaba, la emperatriz dio una palmada. Llamó a su eunuco privado y le mandó que avisase a Li Lien-ying, ahora eunuco mayor de palacio. Antes de una hora el jefe de eunucos tenía órdenes de preparar el llamamiento de las jóvenes manchúes y sabía dónde debían realizarse las pruebas que se exigirían para la admisión. No se admitirían doncellas que no perteneciesen a las clases imperiales manchúes, ni a ninguna que tuviera la nariz chata o que rebasase en más de dos años la edad del emperador. Bien estaba esa pequeña diferencia de edad, porque así la mujer podría orientar y dirigir, pero pasar de tal límite equivaldría a perder posibilidades de fecundidad. El eunuco mayor dijo que se aplicaría a la tarea y que sabía bien cuáles eran los gustos del emperador. Pidió unos seis meses para prepararlo todo, pero la emperatriz madre rechazó un plazo tan largo y dijo a Li Lien-ying que todo había de quedar

realizado en un trimestre. Luego le mandó retirarse. Después de decidir lo concerniente a su hijo, comenzó a ocuparse en aquellos negocios públicos que nunca la dejaban en paz. Había asuntos grandes y pequeños, y los más enojosos eran los debidos a la continua obstinación de los intrusos occidentales, empeñados en tener derecho a enviar emisarios al Trono del Dragón sin someterse a las leyes de la sumisión y la cortesía, que exigían postrarse en tierra en presencia del emperador. Cada vez que se le presentaban tales demandas, la regente perdía la paciencia. —¿Y cómo —preguntaba— podemos recibir a emisarios que no se arrodillan? ¿Vamos a degradar al Trono del Dragón permitiendo a nuestros inferiores permanecer en pie ante nosotros? Como de costumbre, optó por prescindir de lo que no podía resolver. Determinado miembro del Departamento de Censores, llamado Wu K'o-tu, comenzó a dirigirse al Trono en favor de los enviados extranjeros. Pero la emperatriz rechazó sus consejos, diciéndole que aquel asunto no era nuevo ni podía resolverse en un instante. A través de sus lecturas históricas ella sabía que, doscientos años antes, un representante ruso había pedido el derecho de permanecer en pie ante el emperador, cosa que no consiguió. Hubo de volverse a Rusia sin haber visto cara a cara al emperador entonces gobernante. Un emisario de Holanda se había sometido a la costumbre imperial y arrodillándose ante el Trono, pero los demás representantes extranjeros se negaban a seguir ese precedente. Verdad era que en una ocasión se permitió a una misión diplomática inglesa, dirigida por lord McCartney, presentarse al antepasado Ch'ien Lung haciendo profundas inclinaciones, en lugar de arrodillarse y poner la frente en tierra. Pero aquella entrevista se celebró en una tienda de campaña del parque imperial de Jehol y no en el palacio propiamente dicho. Sólo veintitrés años antes, otro inglés, lord Amherst, fracasó en su misión, porque el emperador Chia Ch'ing había insistido en que se hiciese el debido acatamiento al Trono. Idénticas razones, como la emperatriz

madre señaló al censor Wy habían hecho que el emperador T'ao Kuang y su sucesor Hsien Feng no recibiesen nunca emisarios occidentales. ¿Cómo, pues, iba ella a hacer lo que aquellos dos antecesores consideraron inapropiado? Y aun recordó la soberana a aquel censor de quince años antes, el honorable Kwei Liang, padre político del príncipe Kung, había discutido con el ministro americano Ward y alegándole que, de ser él embajador de China en los Estados Unidos, no vacilaría en quemar incienso ante el presidente norteamericano, puesto que todo rector de un pueblo merece el mismo respeto que se tributa a los propios dioses. Pero Ward no se mostró de acuerdo en este punto y, por lo tanto, no fue recibido. La emperatriz declaraba: —No permitiré que se aproxime al Trono del Dragón quien no le tribute el debido respeto. Lo contrario alentaría a los rebeldes. Dentro de su ánimo estaba determinada a no permitir nunca a un extranjero cruzar el umbral de la Ciudad Prohibida. Aquellos occidentales eran cada vez más peligrosos en el reino. Recordaba que su gran general Tseng Kuo-fan, desgraciadamente difunto, la había contado cómo los habitantes de la ciudad de Yang-cheu, a orillas del río Yang-tsé, se habían levantado contra los sacerdotes extranjeros, destruyendo sus templos y casas y expulsándolos de la ciudad, a causa de que aquellos misioneros predicaban que los jóvenes no debían obedecer a los ancianos, sino sólo al dios exótico de que eran misioneros. Y no desconocía lo profundamente que se encolerizó el pueblo de Tien-tsin cuando los representantes franceses convirtieron un templo en la casa de su consulado, quitando los dioses de los altares y arrojándolos a un montón de estiércol como si fuera basura. Aquellos extremos, que en su día la emperatriz madre había considerado secundarios y no dignos de dedicarles atención por más de una fecha, habían cobrado tal importancia, que ella pensaba que el mayor peligro que amenazaba al reino era el de una invasión de cristianos, hombres que podían ir y venir por doquiera que se les antojase,

enseñando, predicando y proclamando que su dios era el único verdadero. Las mujeres cristianas eran poco menos peligrosas que los hombres, porque no permanecían recluidas en sus casas, sino que andaban libremente por donde querían, sin ocultarse de la presencia de los varones y conduciéndose como sólo lo hacen las hembras de mala reputación. Hasta entonces nunca habían existido personas que proclamasen que su religión era la única verdadera. Durante cientos de años los seguidores de Buda, de Confucio y de Lao-Tse habían convivido con toda paz y cortesía, honrando todos a los dioses y enseñanzas de las otras religiones. Pero los cristianos querían extirpar a todos los dioses, menos los suyos. Y ya se sabía que tras los misioneros cristianos nunca dejaban de llegar comerciantes extranjeros y buques de guerra. Cuando tales rumores llegaban hasta el Trono, la emperatriz madre solía expresarse análogamente a cómo un día lo hizo ante el príncipe Kung: —Más pronto o más tarde, tendremos que desembarazarnos de los extranjeros, y creo que debemos empezar por los cristianos. Más el príncipe Kung, siempre muy dispuesto a alarmarse cuando la soberana hablaba de expulsar a los extranjeros, adujo: —Recordad, Majestad, que esos hombres poseen armas de cuyo manejo nada sabemos. Si me lo permitís, me propongo redactar una especie de reglamento que gobierne las actividades de los cristianos sin perturbar a nuestro pueblo. La emperatriz concedió el permiso solicitado y el príncipe no tardó en presentarle un documento que contenía ocho reglas. Ella le recibió en su salón particular de audiencias, sentada en su trono. Después que el príncipe Kung hubo hecho la debida reverencia y expresado el motivo de su visita, la emperatriz le dijo: —Me duele la cabeza. Decidme de palabra el con— tenido de vuestro reglamento y me evitaréis molestias a los ojos. Y, hablando así, cerró los ojos para escuchar. Él comenzó: —Majestad, a raíz del alzamiento de los chinos de Tien-tsin contra las monjas francesas, creí justo disponer que

los cristianos no pudieran recibir en sus orfanatos más que a los hijos de sus conversos. La emperatriz, con los ojos cerrados todavía, asintió con la cabeza. El príncipe Kung, inclinado ante la emperatriz madre, prosiguió: —Creo también que las mujeres chinas no deben permanecer en los templos extranjeros en compañía de los hombres, porque ello es contrario a nuestras costumbres y usanzas. —Muy de razón —observó la emperatriz madre. —Además —continuó diciendo Kung— propuse que los misioneros occidentales no rebasaran los límites de su oficio. Esto es, que no pretendieran sustraer a sus conversos de la jurisdicción de las leyes de nuestro país si tales conversos cometiesen un crimen. O sea, que los sacerdotes extranjeros no debe» rían interponerse entre sus catecúmenos y los magistrados, como acontece ahora. —Enteramente sensato —aprobó la emperatriz. —Tampoco se debe permitir a los malhechores —especificó el príncipe Kung— refugiarse en templos ajenos para huir de la acción de la justicia. —La justicia debe actuar sin entorpecimientos —declaró la emperatriz. —Estas son —resumió el príncipe Kung— las peticiones que presenté a los representantes extranjeros que residen en nuestra capital. —Peticiones leves son —comentó la emperatriz. La expresión del rostro del príncipe Kung se tornó más grave. —Lamento informaros, señora, de que los representantes extranjeros no las aceptan. Insisten en que todos los extranjeros deben tener derecho a circular libremente por donde les parezca, sin fiscalización, restricción, ni posible prisión de clase alguna. Y, lo que es peor, se han negado a recibir mi documento. Hay una excepción, la del embajador de los Estados Unidos. Desde luego, rechaza nuestras propuestas, pero al menos lo hace con la debida cortesía. Al tener noticia de ofensa tan monstruosa, la emperatriz no supo sobreponerse a sus sentimientos. Abrió mucho los ojos, golpease una mano contra otra y comenzó a pasear de un lado a otro de la sala, murmurando airadas palabras. Detúvose de pronto y miró al

príncipe Kung. —¿Habéis dicho a los blancos que no es justo que pretendan erigir un estado extranjero dentro del nuestro? En realidad, son muchos estados los que crean. Porque cada una de sus sectas religiosas impone sus propias maneras de vivir y sus leyes, con menosprecio de las nuestras y de nuestro Estado. El príncipe Kung dijo con abatida resignación: —Así he hablado, majestad, a los ministros de las naciones extranjeras aquí representadas. La emperatriz madre preguntó: —¿Y les habéis preguntado lo que pensarían de nosotros si fuésemos a sus países, obrando como ellos obran, negándonos a cumplir sus leyes y recabando la libertad de actuar como si todo nos perteneciera a nosotros? —He hecho esa pregunta —contestó el príncipe Kung. —¿Y qué respondieron? —quiso saber la emperatriz. Tenía las mejillas enrojecidas y despedía fuego por los ojos. —Aseguran que no hay comparación entre su civilización y la nuestra, que nuestras leyes son inferiores a las suyas y que no tienen más remedio que proteger a sus connacionales. Ella apretó los dientes. —No obstante, son ellos los que han venido aquí. Insisten en vivir en nuestro país y se niegan a marcharse. —Cierto, majestad —asintió Kung. Ella se sentó en el trono. —Ya veo que no quedarán satisfechos hasta que no se apoderen de todas nuestras tierras, como se han apoderado de la India, de Birmania, de las Filipinas y de todas las islas de los mares del Sur. El príncipe Kung no contestó, porque no sabía que decir. Compartía los temores de la emperatriz. Ella alzó la cabeza. Su rostro había palidecido y tenía una expresión severa. —Hay que expulsar a los extranjeros. Él preguntó: —¿Y cómo? —Como sea —repuso ella—. Y a pensar en la forma de conseguirlo voy a dedicar todos los pensamientos de mi mente y todos los sentimientos de mi corazón hasta que me muera. Se irguió decididamente y guardó silencio durante varios minutos. El príncipe comprendió que debía considerarse despedido. Y, desde entonces, en todos los momentos, trabajara o se divirtiera, todas las facultades de la

emperatriz se concentraron en una sola idea: encontrar la manera de arrojar del reino a los extranjeros. El otoño del año en que el joven emperador T'ung Chih cumplió los dieciséis años de edad, la emperatriz madre decidió buscar consorte para su hijo, previa consulta con el gran consejero, príncipes y jefes de clan. Esperaba que todos se mostrasen de acuerdo con ella. En consecuencia, el Departamento de Astrología prescribió el día favorable y fueron convocadas seiscientas hermosas vírgenes, entre las que el eunuco mayor, Li Lien-ying, eligió ciento una para que desfilaran ante el emperador y la emperatriz madre. Era un día de brillante sol otoñal. En jardines y terrazas brillaban, como luces florales, los crisantemos. La emperatriz madre y la corregente preparábanse a revisar a las muchachas en el Palacio de la Eterna Primavera. Aquel lugar era predilecto de la emperatriz, porque las pinturas de los muros de las galerías que rodeaban el patio del palacio reproducían escenas de *El sueño de la cámara encarnada*, libro que le gustaba mucho leer. Tan diestramente había hecho el artista su trabajo, que las pinturas parecían escenas vistas más allá del patio, a través de aberturas en las paredes. En el centro de aquel lugar de bellezas se levantaban tres tronos. En el de en medio y más alto sentose el emperador, que vestía sus ropas de amarillo color imperial ornadas de dragones. Se tocaba con un gorro redondo al que iba prendido, con un botón de jade la sagrada y simbólica pluma de pavo real. Manteníase erecto y con la cabeza alta, y su madre le sabía excitado y complacido. Tenía las mejillas encendidas y relampagueantes los grandes ojos. La emperatriz pensó que aquél era el joven más hermoso que cabía encontrar bajo la capa del cielo, y se enorgulleció de tenerle por hijo. Sus sentimientos oscilaban entre el amor y el orgullo. En su alma despertaba celos la idea de que una de las doncellas le arrebatara con su belleza el amor de su hijo. Mas aun así deseaba elegirle la más bella para hacerle dichoso. Una dorada trompeta dio tres largos toques señalando el principio

del femenino desfile. El jefe de los eunucos preparose a leer nombres de las jóvenes a medida que fueron pasando. Cada una debía pararse un instante frente al trono, inclinándose profundamente y alzando la cabeza después. Una por una fueron apareciendo en el extremo más lejano del salón. Aún distaban mucho para que se pudiera ver bien otra cosa que los vistosos colores de sus vestidos. El sol matutino, entrando por las grandes puertas abiertas, arrancaba destellos a sus esplendentes tocados. Otra vez la trompeta dejó oír sus áureas notas. Escuchando sin volver la cabeza, fijos los ojos en las flores de la ancha terraza con que comunicaba el salón, la emperatriz madre recordaba aquel día en que ella fue una de las elegidas para desfilas ante el emperador. Parecía haber transcurrido una vida entera y, sin embargo, no habían pasado más que veinte años. ¡Y qué diferencia entre el emperador anterior y este gallardo hijo suyo! ¡Cómo se había abatido el corazón de la joven Orquídea de entonces al contemplar aquella figura prematuramente marchita y de mejillas pálidas! En cambio, ¿qué mocita de las de ahora dejaría de amar a su hijo? Los ojos de la emperatriz buscaron los del joven, pero éste tenía fija la vista en el extremo del salón. Las muchachas avanzaban una a una, pisando gentilmente las finas losas del suelo. Formaban una larga, móvil y deslumbrante línea de beldades. Ya llegaba la primera, que se llamaba... Pero era imposible recordar sus nombres. La emperatriz madre miró los datos escritos que un eunuco había colocado en una mesita a su lado con el nombre, la edad y la genealogía de la muchacha. No, ésta no. La joven pasó con la cabeza humildemente inclinada. Prosiguió el desfile. Las había altas, bajas, de aire soberbio y de aire infantil. Primorosamente bonitas y hombrunamente arrogantes. El joven emperador las miraba a todas sin hacer signo alguno. Avanzaba la mañana, ascendía el sol en el cielo y las sombras de las anchas vigas del techo iban estrechándose hasta desaparecer. Una claridad tenue y ligera llenaba la sala.

Los crisantemos, bajo el sol parecían llamas en las terrazas. Atardecía cuando pasó la última joven. Sonó trompeta largo rato, lanzando tres clarinadas finales. La emperatriz madre habló: —¿Has visto ya alguna virgen que te guste, hijo mío? El emperador tomó las hojas en que constaban las indicaciones relativas a cada muchacha y puso el dedo sobre un nombre. —Ésta —dijo. La madre leyó la descripción de la jovencita: «Alute, de dieciséis años de edad, hija del duque Chung Yi. El duque es uno de los primeros armígeros del imperio y un intelectual de elevada cultura. Es manchú, y manchú, sin mezcla alguna, su familia, teniéndose referencia de su genealogía desde hace trescientos sesenta años. No obstante, este duque ha estudiado los clásicos chinos y alcanzado la preeminente categoría de letrado de Han Lin. Su hija reúne cuanto se puede pedir a la más pura belleza. Sus medidas son correctas, su cuerpo sano y su aliento dulce. Además es mujer instruida en los libros y las artes, y goza de buena reputación, no siendo su nombre conocido fuera de su familia. Tiene muy buen carácter y le gusta más callar que hablar, como resultado de la natural modestia que la distingue.» La emperatriz madre leyó atentamente aquellas elogiosas palabras. —Hijo mío —manifestó—, han pasado tantas muchachas que ya no recuerdo a ésa. Que pase ante nosotros otra vez. El emperador se volvió a la emperatriz viuda, que estaba a su izquierda. —Madre adoptiva, ¿la recuerdas tú? Con gran sorpresa de todos la emperatriz viuda contestó: —La recuerdo. Tiene una faz muy amable y no parece orgullosa. La emperatriz madre se sintió secretamente disgustada al pensar que había fracasado donde su prima no; pero en su respuesta no mostró otra cosa que cortesía.' —Tienes los ojos mucho mejor que yo, hermana. Así que soy la única que necesita ver de nuevo a la muchacha. Hizo señas con la mano a un eunuco, que trasladó su mandato a Li Lien-ying. Alute volvió para ser examinada. Las tres imperiales personas la contemplaron mientras recorría la larga distancia

de la puerta al trono. Era una jovencita esbelta, que andaba con tímida gracia, llevando baja la cabeza y medio escondidas en las mangas las manos. —Acércate más, niña —ordenó amablemente la emperatriz madre. Sin gazmoñería, pero con exquisita modestia, la muchacha obedeció. La emperatriz madre alargó la mano, tomó la de Alute y la oprimió gentilmente. Era suave, pero firme; fresca, mas no fría. No tenía húmeda la piel de la palma, y las uñas eran lisas y transparentes. Sin soltar la estrecha y juvenil mano, la emperatriz madre miró el rostro de la candidata. Aquel semblante era ovalado y suavemente redondeado, con los ojos grandes y las cejas negras, rectas y largas. Era pálida, pero con una palidez que no tenía nada de macilenta, y su cutis parecía rebosante en salud. La boca no excesivamente pequeña, tenía irnos labios delicadamente perfilados, con las comisuras hondas y atrayentes. La frente, bastante ancha, no era demasiado alta ni demasiado baja. El cuello, quizás un poco largo, era gracioso y no exageradamente delgado. La principal belleza de aquella mujercita consistía en la buena proporción de sus contornos y rasgos. Todo en ella guardaba la debida euritmia. Su estatura era media y su figura esbelta, mas no carente de redondeces femeninas. La emperatriz madre preguntó, dudosa: —¿Será conveniente esta elección? Siguió mirando a la muchacha. ¿No había una insinuación de excesiva firmeza futura en el corte de V su barbilla? Los labios eran muy lindos, pero no infantiles. En conjunto, aquel semblante exteriorizaba una discreción y femineidad superiores a lo presumible en una niña de dieciséis años. —Si sé juzgar bien —prosiguió la emperatriz—, los rasgos de esta joven indican una naturaleza obstinada. A mí me gustan las jóvenes de rostro suave, aunque no tan delgadas como ésta. Por otra parte, incluso a los hombres comunes les convienen mujeres obedientes, y la mujer de un emperador ha de ser muy sumisa. Alute seguía todavía en pie, con la cabeza levanta, da y los ojos bajos. —Parece inteligente, hermana —aventuró la

corregente. La emperatriz madre contrapuso: —No quisiera para mi hijo la maldición de una mujer inteligente. —Pues tú tienes inteligencia por todos nosotros madre —rió el emperador. La emperatriz madre no pudo menos de sonreír ante tal ocurrencia. Y queriendo ser generosa, y amable en tan señalado día, dijo: —Bien, hijo, elige a esta muchacha, si quieres, pero si te resulta antojadiza no me echés la culpa. La doncella se arrodilló de nuevo, cruzó las manos sobre el suelo y apoyó la cabeza en ellas. Tres veces hizo reverencia a la emperatriz madre, tres al emperador, su consorte ya, y tres a la corregente. Luego se levantó y alejose como había entrado, con el mismo paso airoso y grácil. Y así desapareció de la vista de todos. La emperatriz madre murmuró: —Alute... El nombre es bello. Se volvió a su hijo. —¿Qué concubinas escoges? Era costumbre designar para concubinas las cuatro muchachas más bellas después de la búsqueda para consorte. El emperador repuso con indiferencia: —Nombra tú las que quieras, madre. Esto satisfizo a la emperatriz, porque si alguna vez deseaba relajar el vínculo que hubiese entre su hijo y la consorte podía conseguirlo ganándose con favores la ayuda de una concubina que se interpusiese entre la real pareja. —Mañana lo haré —prometió—. Hoy estoy harta de ver tanta chiquilla bonita. Levantose y sonrió a su hijo. Había terminado el día de la elección. Después que la emperatriz madre hubo elegido las concubinas al día siguiente, no quedaba más que esperar a que el Departamento de Astrólogos designase, previa consulta a los cielos, el día en que las estrellas serían más favorables para la celebración del matrimonio. Los astrólogos dictaminaron que ese día sería el decimosexto del décimo mes del año solar, exactamente a medianoche. Aquel día, y poco antes del momento marcado, llegó un miembro de aquel departamento para cerciorarse de que la boda se celebraba a la hora prevista. Aquel hombre precedió al palanquín nupcial, tras de cuyas rojas cortinas se sentaba Alute para ser llevada desde la casa de

su padre al palacio del emperador. El sabio empuñaba una gruesa bujía de cera roja con las horas marcadas, a fin de que no pudiera pasarse el momento determinado para la ceremonia sin que él lo observase. A la hora, minuto y segundo exactos, el emperador, que esperaba a su novia en unión de los cortesanos y las dos emperatrices, recibió a Alute como consorte. La joven, acompañada de dos matronas, abandonó el palanquín nupcial. Otras dos mujeres se adelantaron para recibirla y presentarla al emperador. A las cuatro se las llamaba enseñadoras del lecho nupcial. Siguiéron treinta días de festejos. De día y de noche había representaciones teatrales, conciertos y diversiones. Al pueblo de toda la nación se le prohibió trabajar o buscarse dificultades, recomendándole que se entregase al holgorio y las distracciones. Terminado aquel espacio de tiempo, el emperador y la joven emperatriz podían ya posesionarse del Trono, aunque primero había de darse por terminado el período de regencia, dejando el poder efectivo las dos regentes, pues dos eran al fin y al cabo y así lo decía siempre la emperatriz madre, aunque todos sabían que gobernaba sola. Otra vez hubo de intervenir el Departamento Astrológico para aconsejar el feliz día de la transmisión de poderes, y fue designado, una vez consultadas las estrellas y tenidos en cuenta los presagios, el vigesimosexto día del primer mes lunar del año siguiente. El día vigesimotercero del mes designado la emperatriz madre redactó un edicto firmado por el emperador y avalado por el sello imperial, que seguía en poder de ella. En ese edicto el emperador anunciaba que las dos emperatrices le instaban a encargarse del poder, porque deseaban dar por terminada su regencia. El emperador afirmaba que creía su deber filial obedecer la orden de sus mayores. El edicto concluía de este modo: «En respetuosa obediencia a los mandatos de Sus Majestades, Nos en persona nos posesionaremos del Trono, en el día vigesimosexto del primer mes lunar del duodécimo año del reinado de T'ung Chih, pasan— do a ejercer el importante

deber a Nos asignado.» Tras esto la emperatriz madre anunció que pensaba retirarse a gozar, sin preocupaciones, de los años que le quedaban de vida. Y así quería hacerlo, dejando a su hijo la misión de gobernar. Ella había cumplido su misión, puesto que había conservado el reino para su hijo, el emperador, y se lo entregaba intacto.

Siguieron días de placer y sosiego para la emperatriz madre. Ya no tenía que levantarse antes del alba para conceder audiencia a quienes se le presentaban llegando desde los puntos más cercanos y más alejados del reino. Ya no había de ocuparse en los asuntos públicos, ni emitir juicios, ni determinar castigos, ni dar recompensas. Dormía hasta tarde, se levantaba cuando quería y, si despertaba antes de apuntar la aurora, permanecía, agradablemente tranquila, en la cama, pensando en el descansado día que la esperaba, sin tener que preocuparse sino de sí misma. Mientras los años pasados habían estado consagrados a las preocupaciones del reino, ahora le cabía, cuando despertaba, no pensar sino en su montaña de peonías. En el mayor de sus jardines había mandado construir una montaña en miniatura, disponiendo en sus laderas terrazas que hizo cubrir de lechos de peonías. Ya las hojas alcanzaban enorme anchura y los prístinos capullos se convertían en flores de color rosado, carmesí o blanco. Todas las mañanas la esperaban centenares de nuevos capullos que acudía a contemplar con tanto interés como antaño, en otro sentido, acudía al salón del Trono para las audiencias oficiales. Dormía, como de costumbre, con su pantalón sujeto por cintas a los tobillos y con su usual y holgada túnica de anchas mangas, más la ropa exterior consistente en una vesta de seda azul, ornada de brocado, que sólo le llegaba hasta la altura de los tobillos. Esto lo hacía si quería pasar el día con sus pájaros y flores, en cuyo caso le hubiera incomodado llevar un vestido largo. Mientras un proecto eunuco le peinaba el cabello, ella contemplaba cómo sus damas le aderezaban el vasto lecho,

porque no toleraba que eunucos ni viejas interviniesen en el arreglo de las ropas de su cama, aseverando que eran gentes sucias a las que les olía el aliento o tenían un defecto por el estilo. Así, sólo sus jóvenes y saludables azafatas le hacían el lecho, y ella asistía a la operación vigilando. En primer lugar se sacaban los tres colchones y las colchas para ser llevados a orearse al patio, única operación que consentía que le hiciesen los eunucos. Luego las azafatas levantaban el fieltro sobre el que descansaban los colchones y limpiaban el fondo del lecho con un plumero hecho de trenzadas crines. Limpiaban también las esculpidas maderas y la armazón que sostenía las cortinas de raso. Más tarde se colocaban sobre el fieltro los tres colchones, ya debidamente oreados y puestos al sol durante el día anterior. Se cubría el todo con una pieza de brocado amarillo. Sobre ésta se ponían sábanas de seda delicadamente teñida y muy suave y lisa. Completaba la operación el colocar en el lecho seis cobertores de seda de color purpúreo pálido, azul, verde, rosa, gris y marfileño. Las damas de servicio ponían luego la colcha, de raso amarillo, con dragones de oro bordados entre nubes azules. De las barras que sostenían las cortinas del lecho colgaban bolsitas con flores secas mezcladas con almizcle y cuando el perfumado aroma que daban se desvanecía, se sustituían las bolsas por otras nuevas. Una vez que el eunuco la peinaba, partiendo su cabello en dos grandes crenchas y anudándolas en ¿o alto de la cabeza, se acomodaba sobre las sienes el alto aderezo manchú que siempre llevaba, y aseguraba el moño pasando por él dos largos alfileres. La emperatriz madre en persona se adornaba el cabello con sus flores preferidas. Un día, concluido todo lo referente a su tocado, eligió para su ornato unas cuantas pequeñas orquídeas, de tenue perfume, que sus servidores acababan de cortar. Una vez combinado el aderezo con las florecillas, volvió a lavarse la cara, esta vez ella misma, y se frotó su fina piel, de tono de cremosa blanco».! con la espuma de un jabón perfumado. Tornó a

lavarse por tercera vez, quitándose la espuma con agua muy caliente, y se frotó la piel con una loción compuesta de miel, leche de burra y aceite extraído de cáscara de naranjas molidas. Cuando aquella mixtura hubo sido absorbida, la emperatriz se cubrió el semblante con polvos de pálido color de rosa muy fino, impalpable y aromático. Sólo le quedaba escoger las joyas que debía llevar durante la jornada. Hizo pedir la lista de ellas y leyó en voz alta el número de uno de los joyeros. La dama que tenía a su cargo la custodia de las alhajas pasó al cuartillo en que se guardaban, contiguo al dormitorio de la emperatriz madre. Los muros de aquella habitación aparecían cubiertos de anaqueles y había en ellos cajas de ebonita, con cerraduras y llaves de oro. Cada caja estaba numerada y llevaba un letrero con indicación de las joyas que contenía. Había allí tres mil estuches en conjunto y, sin embargo, aquellas joyas eran sólo para el uso cotidiano. Al cuarto indicado sucedía otro, reciamente cerrado, donde se atesoraban las joyas de ceremonia que la emperatriz se ponía en las solemnidades cortesanas. Como se había vestido de azul, eligió zafiros y perlas cultivadas engastadas en zarcillos, brazaletes y sortijas. Completó su adorno con una larga cadena que se puso al cuello. Después de colocarse las alhajas, faltábale decidir la clase y color del pañuelo que debía llevar. Aquél era el último toque de su atavío. Optó por uno de gasa de la India, de fondo blanco, con flores azules y amarillas, y lo ajustó al botón de zafiro de la hombrera de su vestidura. Quedó, pues, preparada para el desayuno, que la esperaba en el refectorio de su pabellón. Cada uno de los platos estaba montado sobre el soporte de una lamparilla que lo conservaba caliente. La emperatriz examinó los manjares, picoteando un poco de cada uno, mientras sus damas la contemplaban a distancia. Había una veintena de platos, y ella probó unos cuantos dulces diversos y concluyó sorbiendo el contenido de una escudilla de caldo de mijo. Cuando hubo acabado sus damas se adelantaron para desayunarse con lo mucho que

restaba, e hicieronlo con cierta timidez, porque no podían tocar los manjares que" su señora había elegido. Pero la emperatriz madre se encontraba de buen humor. No reprendía a nadie, jugueteó con sus perros, esperando cortésmente a que sus damas concluyesen. No siempre se mostraba tan amable. Cuando sentía mal humor, daba de comer a sus canes antes de permitir que empezasen la refacción sus damas. Porque sólo a los perros tenía por verdaderos amigos, viéndolos siempre cariñosos y leales. Cuando todas hubieron concluido el desayuno, salieron al jardín y se dirigieron a la montaña de peonías. Corría la estación en que regresan las aves migratorias, y la emperatriz madre escuchaba con placer la dulcísima música de sus trinos. A veces, si un pájaro lanzaba su llamada, la emperatriz plegaba los labios y le respondía. Hacíalo con tanta perfección que, pasado un breve rato, mientras ella se hallaba en medio del jardín y sus damas, a cierta distancia, cuidaban de los perros, un pajarito de amarillo pecho salió volando de entre los bambúes, y la emperatriz con blandos y acariciosos sonidos, lo persuadió para que se posara en su mano extendida. Y allí permaneció, dominando su alarma, como si se sintiera embrujado. Pintose en las facciones de la emperatriz madre una expresión tan tierna y encantadora, que las azafatas se conmovieron al verla, maravilladas de que aquella misma cara pudiese a veces tornarse tan dura y cruel. El ave emprendió el vuelo y la emperatriz llamó a sus damas. Cuando se le acercaron comenzó a adoctrínalas como solía: —Ya veis, hijas, que el amor y la amabilidad lo vencen todo y hasta granjean el aprecio de los animales. Procurad que esta lección se grabe bien en vuestros corazones. —Sí, majestad —murmuraron ellas. Y otra vez se pasmaron de que aquella mujer imperial fuese tan variada, generosa y afable, y, a la vez, como ellas conocían secretamente, tan implacable y tan vengativa. Pero aquel día exteriorizaba muy buen humor y de continuo decía y hacía cosas agradables. Así, sus damas se

prepararon a pasar una jornada entretenida con ella. Aquél era el tercer día del tercer mes del año lunar, y la emperatriz madre se preocupaba principalmente de una pieza teatral que ella misma había escrito. Ahora que las pesadas cargas del gobierno gravitaban sobre su hijo, la emperatriz consagraba su tiempo no sólo a caligrafiar y pintar, sino también a escribir otras teatrales. Aquella mujer, tan diversa y rica en su género, podía haberse buscado una grandeza propia al margen del Trono, porque para ella hubiérale bastado consagrarse con predilección a cultivar una de sus muchas facultades. Peto como no sabía qué le gustaba más, dedicábase a hacer un poco de todo aquello en que sobresalía. En cuanto a los negocios de Estado que la habían absorbido cuando se sentaba en el Trono del Dragón, pa. recia haberlos olvidado, pero los eunucos seguían siendo sus espías y la tenían al corriente de cuanto pasaba, aunque ella pareciese desconocerlos. Paseó por los jardines, descansó una hora, hizo la segunda comida del día y otra vez habló amablemente a sus azafatas, diciéndoles: —Hoy hace buen tiempo. Calienta el sol, y no molesta el aire. Sería un entretenimiento para nosotras ver una representación escénica de mi drama *La diosa de la merced*. ¿Qué os parece? Las damas palmotearon. Pero el eunuco mayor, Li Lien-ying hizo una reverencia y expresó: —Temo, Majestad, que los actores no hayan aprendido bien sus papeles. La obra es muy sutil y las palabras que contiene han de recitarse con celeridad y seguridad, para que no se pierda ningún pormenor del humor y fantasía que la inspiran. La emperatriz no aprobó la opinión de Li Lien-ying. —Los actores —dijo— han tenido tiempo de sobra para aprender sus papeles. Vete y diles que espero que estén preparados para cuando el reloj de agua señale el próximo período del día. Entretanto, me aplicaré a mis cotidianas plegarias. Tras estas palabras la emperatriz atravesó un pabellón y, andando con su gracia usual, se dirigió a su templo privado. Allí un Buda de jade blanquecino se alzaba sobre una

amplia hoja de loto de jade verdoso. La imagen tenía en la mano derecha una flor de loto de tono rosado. A su derecha la efigie de la esbelta Kuan-Yin y a la izquierda el dios de la Larga Vida. La emperatriz madre se detuvo ante el Buda sin arrodillarse, pero inclinando la orgullosa cabeza ante el Venerado, mientras pasaba las cuentas de un rosario de madera de sándalo que tomó en el altar. Por cada cuenta que hacía correr ante sus dedos murmuraba: - *O mi to ju*. Repitió la expresión ciento ocho veces, tantas como cuentas había en el rosario. Luego dejó éste y quemó una barrita de incienso en la vasija que había ante el altar. Volvió a inclinar la cabeza mientras la fragante humareda del incienso ascendía en el aire. La emperatriz oraba diariamente y, aunque dedicaba sus plegarias en primer lugar a Buda, como Señor de los Cielos, nunca dejaba de hacer la venia a la diosa de la Merced, a la que profesaba una devoción rayana en lo extravagante. En sus pensamientos secretos imaginaba que las dos eran hermanas. La una reina del cielo y la otra de la tierra. A veces, a mitad de la noche, se dirigía a la diosa, murmurando tras las cortinas del lecho: —Celestial hermana mía, piensa en mis dificultades. Porque los eunucos... Se interrumpía para intercalar: —¿Tienes eunucos en el cielo, hermana? Lo dudo, porque no creo que ningún eunuco pueda ir al cielo. Cierto que ¿quién es merecedor de ti y de tus ángeles, celestial hermana? De fijo no hay en la tierra, ni siquiera en el cielo, hombre lo bastante grande para aproximarse a ti. Algunas veces, ahora que tenía tiempo para pensar en ella, preguntaba a la diosa si en el cielo cabe reunirse al fin con un fiel enamorado. Incluso llegaba a mencionar su nombre. —Hermana celestial, tú conoces a mi primo Jung Lu y sabes que hubiéramos sido marido y mujer de no interponerse mi destino entre los dos. ¿Estaré en libertad de casarme entonces con él, o seré demasiado grande para eso? Cuando me siente a tu diestra en el cielo, hermana, te pediré que por lo menos le hagas igual a mí, del mismo modo que Victoria, mi hermana en la realeza,

tiene por igual a su consorte. Todo se lo contaba a la diosa y pocas verdades había que no le dijera. En aquellos momentos, contemplando la pura y pensativa faz de la imagen, conocería toda la verdad, proferida o callada, de sus pensamientos nocturnos... Cuando salió del templo condujo a sus damas y canes a través de un ancho patio donde, en dos inmensos maceteros de madera de cedro entretejida, crecían añosas plantas de wisteria purpúrea. Aquellas plantas, en plena floración, perfumaban el aire haciendo llegar su fragancia al interior de los pabellones y pasadizos de los palacios, del contorno. Corría la estación en que florecía la wisteria y la emperatriz madre iba todos los días a contemplarla. Después de admirar las flores, la emperatriz, acompañada de su séquito, dejó atrás el patio y se internó en una galería subterránea abierta bajo un otero. Por aquel camino llegó al imperial teatro. Teatro que difería de todos los del reino y según ella suponía, de todos los del mundo. En torno a un gran patio abierto se alzaba completamente abierto por la parte que miraba al patio. Los tres pisos superiores eran almacenes de decoraciones y vestuarios. De los pisos que quedaban debajo, y que servían de escenarios, el superior se destinaba a las funciones sagradas en que intervenían dioses y diosas. Tenía, pues, la forma de un templo. Las representaciones sacras gustaban mucho a la emperatriz madre, siempre curiosa de conocer la vida de los seres celestes. Dentro del patio había dos edificios de líneas alargadas, que servían de palcos y salas a la Corte cuando la emperatriz madre la invitaba a solazarse. La parte utilizable de aquellos pabellones se elevaba a una altura de diez pies sobre el suelo, al nivel del escenario inferior, y su parte delantera estaba protegida por cristales, con lo que la emperatriz podía presenciar las funciones los días de viento o de frío. En verano se retiraban los cristales y se los sustituía por un mosquitero de gasa tan tenue que no estorbaba la visualidad y a la vez impedía que pasaran mosquitos y moscas. Sobre todo moscas, porque la

emperatriz odiaba la proximidad de tales insectos, al extremo que, si uno se posaba en un recipiente con alimentos, ella prohibía que se usasen ni para los perros siquiera. Dentro de los dos edificios había tres habitaciones reservadas exclusivamente para la emperatriz. Uno de los aposentos servía de gabinete, otro de biblioteca, para que la emperatriz pudiera leer si la obra teatral se hacía pesada; y el tercero era un dormitorio donde ella dormitaba cuando quería, despertando sólo cuando la representación se tornaba interesante. Aquella vez, como ya la hora pasaba de la del mediodía, la emperatriz optó por instalarse en su palco. Desde allí, sentada en un trono cubierto de cojines y rodeada de sus damas, se preparó a contemplar la pieza que ella misma había escrito. No era la primera vez que la presenciaba, pero, descontenta de la forma en que la ofrecían los actores, habla introducido ciertos cambios en ella. Los histriones quejábanse secretamente de que la emperatriz esperaba que trabajasen por arte de magia. Mas, como era inútil discutir con ella, aquel día procuraron superarse en la ejecución. Alcanzaron, por lo tanto, prodigios tales como hacer aparecer una gran flor de loto en medio del escenario y sobre ella una viviente diosa de la Merced, interpretada por un joven eunuco de tan fino cutis y tan delicados contornos, que, más que un eunuco, parecía una primorosa muchachita. Cuando la diosa se irguió en el centro del loto, aparecieron a su derecha un adolescente y a la izquierda una rapaza, que actuaban como ayudantes suyos. La joven— cita empuñaba una botella de jade de cuya boca brotaba una rama de sauce, porque quiere la leyenda que si la diosa toca con un renuevo de sauce un cuerpo muerto lo revive. La emperatriz madre hacía intervenir en sus obras muchos efectos de magia, porque le gustaba todo lo que a eso oliese. Y oía con placer todos los cuentos de viejas y las leyendas de los sacerdotes eunucos de los templos budistas del palacio imperial. Y nada le placía tanto como los relatos de

encantamiento que narraban los peregrinos budistas que de la India hacía un millar de años llegaron. Allí se hablaba de runas y rimas sagradas y talismanes, y palabras de pase que, si se cantaban, hablaban o pronunciaban, volvían a los seres humanos invulnerables contra las armas y los golpes. A pesar de su natural sagacidad y desconfianza, siempre había creído en aquellas historias, porque se sentía demasiado fuerte para morir y se preguntaba, a menudo, si no existiría alguna hechicera que la defendiera contra la muerte. Su creencia en las maravillas, sus esperanzas, su anhelo, por no dudar de los poderes celestiales eran en ella medio fe y medio fantasía, y todo lo llevaba a sus obras teatrales. Exigía, pues, una pericia lindante con la brujería el ejecutar semejantes piezas. La emperatriz dirigía sus propias obras, montaba las escenas, trazaba telones de fondo, bastidores y efectos no imitados de nadie, sino fruto de su fértil imaginación. Cuando terminó la representación, la emperatriz madre aplaudió calurosamente. Los actores habían trabajado bien y ella se sentía satisfecha como autora. Según costumbre cuando se sentía alegre, declaró que tenía apetito, y en consecuencia los eunucos acudieron con mesas para la próxima comida. Era hábito de la emperatriz yantar dondequiera que se hallara. A la sazón, mientras esperaba, hablaba con sus damas de honor y les preguntaba sus opiniones respecto a la pieza que habían visto hacía poco, instándolas a que le dijeran los defectos que se habían encontrado. Era demasiado amplia de criterio para temer los juicios ajenos y además necesitaba siempre mejorar lo que hacía. Cuando las mesas estuvieron puestas, los eunucos que servían formaron una doble y larga fila desde el teatro a las cocinas imperiales, para llegar a las cuales había que atravesar varios patios. Las bandejas y fuentes de calientes viandas llegaban con rapidez a los cuatro eunucos de más categoría, que las colocaban sobre las mesas. Las damas esperaban mientras la emperatriz elegía lo que le gustaba y comía con excelente

apetito. Como se encontraba de muy buen ánimo, sintió compasión de las hambrientas damas y así dijo a un eunuco que tomaría el té en la biblioteca. Luego se retiró. Seguíanla dos eunucos. Uno llevaba su taza de jade blanco, con tapa de oro, en un platillo también de oro. El otro sostenía una bandeja de plata con dos jarrones de jade, uno lleno de secas flores de madreSelva y el otro de pétalos de rosa. Completaban los efectos que llenaban la bandeja dos palillos con extremo de oro. La emperatriz madre tenía costumbre de mezclar aquellas flores con su té, haciéndolo en proporciones tan delicadas que sólo ella realizaba siempre la operación. Mientras bebía el té, la sombra que al presente oscurecía su vida se abatió bruscamente sobre ella. Mientras se sentaba en su acolchado diván, oyó cerca una seca tosecilla y comprendió en el acto que se trataba de Li Lien-ying. Ordenó, por lo tanto: —Entra. Él obedeció e hizo la venia, mientras los demás eunucos esperaban. La emperatriz inquirió: —¿Por qué vienes a molestarme? El eunuco alzó la cabeza. —Quisiera, majestad, hablaros a solas. Ella dejó la taza de té e hizo un movimiento con la mano. Los eunucos se retiraron. Uno cerró la puerta. —Levántate y siéntate —mandó la emperatriz— ¿Es que ha hecho algo él emperador? El eunuco se sentó al borde de una labrada silla, procurando apartar su feo rostro del de su soberana. —He robado este Informe de los archivos y debo devolverlo en el término de una hora —dijo. Se levantó y sacó de los pliegues de su ropa un documento envuelto en un papel largo y estrecho. Se acercó a la emperatriz y le alargó el documento, sosteniéndolo con ambas manos. Se había arrodillado y no se levantó mientras la emperatriz leía rápidamente él escrito. Bien conocía ella la escritura. Era la de Wu K'o-tu, el miembro del Gabinete de Censores que antes se propuso hacer saber su opinión al Trono acerca de la admisión de extranjeros, y a quien ella había rechazado. El informe presente se dirigía al emperador.

Yo, esclavo humildísimo del Trono, presénteles este memorial secreto en súplica de que se termine el conflicto que tenemos con las naciones extranjeras permitiendo a sus representantes que se presenten ante el Trono del Dragón sin arrodillarse, sino sólo manteniéndose en pie. Ello eliminará muchas dificultades y acrecerá en nuestro soberano su prestigio de hombre superior. Hasta él momento nada hemos conseguido con insistir en que se cumplan las fórmulas tradicionales, y todo lo logrado ha sido enajenarnos la buena voluntad de los ministros extranjeros.

La emperatriz madre sintió que la furia rebosaba en su corazón. ¿Otra vez la discutían? ¿Querían malquistarla hasta con su hijo? Si el Trono del Dragón no era venerado ¿qué honor le quedaba? Saltó varias líneas del escrito hasta topar con la cita de un antiguo sabio.

Como dijo Mencio, ¿debe el hombre superior entrar en contienda con los seres inferiores como lo son las aves y otras bestias?

Ella exclamó con rabia: —¡Este condenado censor hasta desvirtúa los dichos de los grandes filósofos antiguos para servir a sus fines propios! No obstante, prosiguió la lectura, para quedar bien informada de lo que aquel hombre había escrito:

Tengo entendido que los monarcas de las naciones extranjeras son, con —frecuencia, depuestos por sus súbditos como si fuesen fantoches. ¿No se deberá eso a que tales gobernantes son meros hombres y ninguno Hijo del Cielo? Con mis propios ojos he visto que esos extranjeros andan por las calles de Pequín a pie, como si fueran meros criados y sin sentir vergüenza por ello. Sus mujeres van delante de ellos en muchas ocasiones, e incluso utilizan palanquines. En todos los tratados que esos extranjeros han hecho con nosotros, no hay ninguna palabra concerniente al respeto que se debe a los padres y ancianos y nada que trate de la observancia de los nueve cánones de la virtud. Nunca se mencionan los cuatro principios a saber: el cumplimiento de la ceremonia, el deber del individuo hacia los demás seres humanos, la integridad del carácter y el sentido de lo vergonzoso.

Esa gente occidental habla siempre únicamente de los provechos e intereses comerciales. Hombres así ignoran lo que significa el deber y la ceremonia, la sabiduría y la buena fe. Y, sin embargo, hay quienes pretenden que les consideremos seres civilizados. Ha de tenerse en cuenta que desconocen el alcance de los cinco estados de la relación humana, el primero de los cuales es la relación entre soberano y súbdito, por lo que no podemos esperar que se conduzcan como gente ilustrada. Es como si, admitiendo cerdos y perros ante el Trono del Dragón, esperáramos que esos animales se arrodillaran ante él. Si insistimos en que semejantes hombres se arrodillen ¿qué puede tal circunstancia acrecer el prestigio del Trono? Además, esos extranjeros sostienen que sus jefes, a los que se obstinan en llamar emperadores, son iguales en dignidad a nuestro sagrado soberano. Si optamos por no atender tal pretensión, ¿a qué dar tanta importancia a que los representantes de esa gente se nieguen a arrodillarse? Lo cierto es que, cuando hace años, los bárbaros rusos confluyeron sobre China, avanzando desde allí y todas las regiones del noroeste y adueñándose de grandes extensiones de nuestro territorio, nuestros gobernantes no se sintieron avergonzados. ¿A qué, pues, tanto escándalo en torno a que los extranjeros no acceden a arrodillarse ante el Trono del Dragón? Y de hecho ¿cómo hemos de obligarles a postrarse si se niegan? ¿Tenemos armas y ejércitos suficientes para forzarlos a obedecernos? Porque también eso debe tomarse en consideración. El maestro de los sabios, Confucio, interrogado una vez sobre en qué consistía el arte de gobernar, repuso que para mantener un gobierno eficaz hacen falta tres requisitos: abundantes alimentos, abundantes tropas y la confianza del pueblo. Solicítasele aclaración acerca de cuál es aquél requisito de que mejor se puede prescindir en caso de necesidad y contestó: "En ese caso se puede primero prescindir de las tropas y luego de la abundancia de vituallas". Por lo tanto, si nuestro gobierno imperial no está en condiciones de imponer su voluntad a los extranjeros, mejor será hacer ver

que obramos por generosidad antes que suscitar las dudas del pueblo. En consecuencia, paréceme lo adecuado que el Trono expida un edicto dispensado a los extranjeros de cumplir con las imposiciones de la etiqueta palatina. Y si en lo futuro la gente blanca incurre en omisiones propias de su ignorancia, debemos pasarlas por alto, porque esos extranjeros no merecen que disputemos con ellos. Además, debe hacerse entender a extranjeros y gente de nuestro pueblo que lo que se decreta es un acto de clemencia y no sienta precedente. Entretanto tomémonos tiempo y procuremos aumentar la fuerza de que disponemos. Yo, el autor de este insignificante memorial, no soy más que un habitante de un distrito remoto y atrasado, y no conozco nada de los asuntos públicos. Me expreso, pues, de manera imperfecta y tosca, y no ignoro que al presentar un memorial corro él riesgo de ser condenado a muerte.

En su natural cólera contra la audacia de los representantes extranjeros, a la que ahora se unía el descarado memorial de aquel censor, la emperatriz sintió impulsos de hacer pedazos el escrito entre sus dedos. Pero a su arranque se sobrepuso su natural prudencia. Al fin y al cabo, Wu K'o-tu, era un hombre cargado de años y honores. No sólo preconizaba el cumplimiento de deberes y ceremonias, sino que él mismo lo observaba con todo rigor, sin descargar de sí el menor de sus pesos. Cuando la Corte huyó a Jehol, y los extranjeros se apoderaron de Pequín, Wu K'o-tu permaneció en la capital, atendiendo a su madre, postrada ya de la enfermedad que había de llevarla a la tumba. Le constaba el peligro que corría, pero no vaciló en hacer lo debido, a la vez que encargaba el mejor ataúd que pudo encontrar en unos momentos tan difíciles. Cuando la enferma murió el censor cerró sus ojos y se cuidó de instalarla cómodamente en el ataúd y hacerle los debidos honores. Incluso entonces no quiso dejarla sola, sino que alquiló un vehículo, sufragando grandes gastos y condujo a un templo apartado de la ciudad hasta que llegase la hora de darle sepultura definitiva.

Bien sabía la emperatriz madre que tan estricto cumplí, miento de las obligaciones era muy raro. Reprimió, sus ímpetus de venganza, dobló el memorial y lo devolvió a Li Lien-ying. —Ponlo donde lo encontraste —dijo. Y, sin dignarse revelar sus pensamientos, le despidió de su presencia. Pero habían volado sus buenas disposiciones. Ya no encontró placer alguno aquel día en el teatro. Todo el tiempo lo pasó meditación su palco. Ni siquiera escuchó las más seductoras canciones. Llegó la última escena, en la que se volcaban todos los recursos teatrales imaginables. Los actores vestían de seres celestiales y fingían rodear y cantar loores a la reina ' de los cielos, mientras a sus pies una veintena de diminutos monos amaestrados desempeñaban el papel de demonios vencidos por la bondad y poder de las deidades. Y en medio de todo aquel esplendor, la emperatriz se levantó bruscamente y se alejó tan de prisa que sus damas, entretenidas con el espectáculo, no advirtieron que su señora se iba, hasta que casi se hallaba en la puerta. Entonces, presurosas y confusas, la siguieron. Ella las mantuvo a distancia, con un ademán imperioso, y entró sola en su palacio. Entonces habló, y fue para encargar a un eunuco que llamase a Li Lien-ying. Acudió el eunuco mayor, dando grandes zancadas, y se detuvo ante ella, sentada en un sitial de la biblioteca, sin leer libro alguno. Aparecía inmóvil como una diosa. Tenía pálido el rostro y sus grandes ojos despedían un extraño fulgor. —Di a mi hijo que venga —mandó con voz tan fría como si fuera de hielo o de plata. El eunuco se inclinó y se fue. Abriose la puerta y apareció una de las damas de honor. La emperatriz madre le hizo señas de que se alejase y ella se apresuró a obedecer. Pasaban los minutos y el emperador l no aparecía ni el eunuco mayor tampoco. Transcurrió una hora y no había llegado nadie ni enviado mensaje el emperador. La luz de la tarde se desvanecía en los jardines y la emperatriz madre seguía aguardando. Descendió el crepúsculo llenando de penumbras la vasta biblioteca. Y seguía la espera. Llegaron los

eunucos encargados de disponer las luces. Ella no habló hasta que la última lámpara no estuvo encendida. Entonces preguntó con argentina voz; —¿Dónde está vuestro jefe? Uno de los eunucos respondió a la vez que se inclinaba: —En la sala de espera, majestad. —¿Y por qué no entra? —Porque teme hacerlo, majestad. La voz del eunuco temblaba. —Hazle pasar —ordenó la emperatriz. Esta vez la espera fue breve. Entre las sombras que ya oscurecían el jardín, apareció la alta figura de Li Lien-ying. Humilló la cabeza ante la emperatriz. Ésta contempló la postrada figura. —¿Dónde está mi hijo? Salvo en la frialdad de su voz melodiosa, en nada se notaba signo alguno de ira. —No me he atrevido, majestad... El eunuco tartamudeaba al hablar. Calló inmediatamente. —¿No me traes respuesta alguna de él? El eunuco, siempre cubriéndose la cara con unas manos grandes como platos, explicó: —Me ha enviado, majestad, noticia de que está indispuerto. —¿Indispuerto? La voz glacial de la emperatriz sonaba como si hablase de algo que la importase poco. —Majestad... —No está indispuerto —dijo la emperatriz. Se levantó, procurando dominar todos los movimientos de su armoniosa figura. —Ya que él no viene a verme —dijo—, tendré que ir a verle yo. Y se alejó con tan graciosa rapidez que el eunuco mayor se lastimó las rodillas al levantarse, presuroso para seguirla. Ella no le atendió para nada ni volvió la vista atrás. Y como había mandado a sus damas que prescindieran de hacerle compañía, nadie supo que la emperatriz había salido, excepto Li Lien— ying y los eunucos que estaban de guardia en salones, pasillos y puertas. Ninguno osó moverse, todos se miraron después que ella pasó. La emperatriz madre andaba tan de prisa como si le hubiesen nacido alas en los pies. Llevaba la cabeza erguida y sus negros ojos despedían llamaradas. La seguía Li Lien-ying que, lleno de temor, se cuidaba mucho de no detenerse para explicar lo que había sucedido, porque ni siquiera sus largos pasos le permitían seguir el de aquella rauda figura imperial cubierta

con brillantes vestimentas doradas y azules. La emperatriz fue en línea recta al palacio del emperador y, cuando llegó al espléndido patio exterior, subió la marmórea escalera que conducía a la terraza. Las puertas estaban cerradas, pero la fina seda que defendía las puertas dejaba pasar raudales de luz. La emperatriz miró sin entrar. Allí estaba su hijo en un butacón con cojines, y Alute inclinada sobre él. La joven consorte acercaba un racimo de cerezas a los labios del emperador, a quien gustaban mucho aquellas frutas tempranas que venían del Sur. El jugueteaba esquivando las cerezas, y echaba la cabeza hacia atrás, riendo como nunca le viera reír la emperatriz madre. Rodeábanlos sus eunucos y las damas de la joven emperatriz. La madre del emperador abrió la puerta y se detuvo en el umbral, esplendente como una diosa en el fondo de oscuridad de la noche. La luz de un millar de bujías hacía resaltar sus centelleantes ropas, su soberbio tocado y su rostro, furioso y bello. Sus almendrados ojos, enormes y destellantes, pasearon una mirada sobre todos los reunidos y al fin se fijaron en su hijo y en Alute. La emperatriz madre dijo con voz cruel y dulce: —Hijo mío, me han dicho que estabas malo y he venido a ver qué te pasaba. El emperador se puso en pie de un salto. Alute se quedó inmóvil como una estatua, con las cerezas en la mano aún. —Ya veo que te encuentras, en efecto, muy enfermo —comentó la emperatriz madre, sin separar los ojos del rostro de su hijo—. Voy, por lo tanto, a avisar en seguida a los médicos de la Corte. Él no acertaba a hablar. Miraba a su madre con un morboso temor pintado en las pupilas. —Óyeme, Alute —dijo la emperatriz madre recalcando sus palabras, como si las recortase en un bloque de hielo—: me extraña mucho que no tengas en cuenta la salud de tu marido, que no debe comer fruta fresca encontrándose indispuesto. Como tienes muy poco en cuenta tus deberes, tendré que aplicarte un castigo. El boquiabierto emperador apretó las mandíbulas. Parecía estar pasando un amargo trago. Tartamudeó: —Te ruego, madre, que

no eches la culpa a Alute. He vuelto cansadísimo de una audiencia que ha durado todo el día, y me he sentido mal. La terrible mirada de la emperatriz se fijó en el joven haciéndole literalmente sentir en sus ojos las llamas que se desprendían de los de ella. —Ponte de rodillas —mandó—. ¿Crees que por ser emperador no eres hijo mío? Alute no se había movido. Manteníase erguida, con una expresión de orgullo en la delicada faz y ninguna muestra de temor en los ojos. Pero al oír la orden de su suegra dejó caer el racimo de cerezas que tenía en la mano y asió el brazo del emperador. —No —dijo en voz blanda y suave—, no te arrodilles. La emperatriz madre avanzó dos pasos y, extendiendo la mano, apuntó el suelo con el índice. —¡De rodillas! El joven emperador vaciló unos momentos y luego desprendió su brazo de la presión de la mano de Alute. —Tengo que cumplir con mi deber —dijo. Y cayó de rodillas. La emperatriz, en mortal silencio, se inclinó para mirarle. Lentamente dejó caer a lo largo de su costado la mano derecha. —Es natural que recuerdes el respeto que debes a los que son mayores que tú. Un emperador no es más que un niño ante su madre, mientras ella viva. Alzó la cabeza y su escrutadora mirada se fijó en los eunucos y damas que había en la estancia. —¡Fuera, y dejadme sola con mi hijo! —dispuso. Todos obedecieron y sólo permaneció en la estancia la consorte del emperador. La implacable emperatriz madre insistió: —Tú también. Tras un titubeo, la abatida Alute salió, silenciosas sus pisadas. Cuando todos hubieron salido, la emperatriz madre cambió como cambia de pronto el cielo de un lluvioso día de primavera. Sonrió y pasó la perfuma— da palma de su mano por la mejilla del arrodillado! —Levántate, hijo —pidióle con suavidad—. Vamos a razonar un poco los dos. Pero en el acto se sentó en la especie de trono que era el sitio de su hijo, mientras él ocupaba el bajo escabel de Alute. El emperador temblaba. Su madre veía sus manos y sus labios, que se movían convulsivamente. —Incluso en un palacio ha de haber orden

—manifestó ella con sereno y amistoso tono—. Me ha sido necesario restablecer la jerarquía de las generaciones— en presencia de los eunucos y de la consorte del soberano, que para mí no es otra cosa que la mujer de mi hijo. El joven no respondió. La punta de su silenciosa lengua aparecía entre los dientes para humedecer sus resecos labios. La emperatriz madre continuó: —Me han asegurado que tratas de desafiar mi voluntad. ¿Es verdad que te propones recibir a los representantes extranjeros sin exigir el homenaje que impone nuestro protocolo? El emperador hizo apelación a toda su altivez. —Así me lo han aconsejado personas entendidas. Incluso el príncipe Kung —replicó. —¿Y piensas seguir el consejo? ¿Quién mejor que él podía captar el peligro que amenazaba en el especial timbre de aquella voz argentina? —Sí, lo pienso. —Pues yo soy tu madre y te lo prohíbo. Sentía, empero, enternecersele el corazón, contra su voluntad, mirando el hermoso y juvenil rostro de su hijo. A pesar de su energía y su tenacidad aparentes, ya expresadas de niño, ella discernía bien el respeto que, como entonces, le tenía el emperador. Una ráfaga de tristeza le atravesó el corazón. Ella le hubiera querido tan fuerte que no tuviese temor a nadie ni a nada, porque toda debilidad es signo de flaqueza. Quien temía a su madre llegaría a temer a Alute, a cuya voluntad cedería de tal modo que ella acabaría siendo la más fuerte. ¿No era cierto que él, secretamente, había ido al tiempos a buscar consuelo en su tía Sakota? Pero quizá la intervención materna de aquella noche y su intimidación hubieran librado al emperador del yugo de Alute. ¿Cómo una muchacha iba a saber amar mejor que una madre que había renunciado a toda su vida femenil por un hijo? Ante la escrutadora mirada de su madre el emperador bajó las pestañas. Pestañas que parecían demasiado largas para un hombre. Pero eran como las de ella. Ella se las había dado y, si una mujer puede transmitir su hermosura a su hijo, ¿por qué no ha de poder transmitirle su fuerza? Suspiró, se mordió los

labios y pareció ceder. —En último caso —dijo—, ¿qué me importa que los extranjeros se arrodillen o no ante el Trono del Dragón? Yo no me preocupo más que de ti, hijo. —Ya lo sé, madre. Ya lo sé —repuso él—. Todo lo que tú haces es por mí. Yo quisiera poder hacer por ti algo. No en asuntos de Estado, madre sino en algo que te guste. ¿Qué deseas, qué puede complacerte? Un jardín, una montaña en un jardín... Soy capaz de mover una montaña con tal de... Ella se encogió de hombros. —Ya tengo jardines y montañas. Pero se sentía conmovida por el deseo que su hijo tenía de complacerla. Murmuró lentamente: —Lo que yo acaso anhelara no puede ser restaurado. —Dime lo que es —rogó él. Ansiaba recuperar el aprecio de su madre y no incurrir en sus iras de nuevo. Ella contestó, pensativa: —Es inútil. No se puede dar vida a lo que son meras cenizas. El emperador comprendió a qué se refería su madre. Recordaba el Palacio de Verano. A menudo hablaba a su hijo de sus pagodas, pabellones y grutas de roca. Jamás la emperatriz madre perdonaría a los extranjeros aquella destrucción. —Construiremos un nuevo Palacio de Verano, madre —dijo él—. Uno como el antiguo que tanto evocas siempre. Como no podemos sacar dinero de tesorería, recabaremos tributos especialmente en las provincias. Ella dijo sagazmente: —Lo que quieres es sobornarme, para que no contraríe tus deseos y los de tus ministros. —Acaso —convino él. Enarcó las cejas y la miró de soslayo. La emperatriz rompió a reír. —Bueno. ¿Por qué preocuparme? ¿Quieres hacer un Palacio de Verano? ¿Por qué no? Levantose, acarició las mejillas de su hijo con sus perfumadas manos y salió. Li Lien-ying apareció entre las sombras para seguirla. Pero no hay límites a los disgustos que los hijos proporcionan a los padres, ya sea en un alcázar, ya en una choza. En el curso de los inmediatos días, Li Lien-ying, i a través de los informes de sus eunucos, pudo asegurar a la emperatriz madre que su hijo le había mentado al asegurarle que el príncipe Kung le había aconsejado que dispensase a los

representantes extranjeros de arrodillarse en su presencia. Muy al contrario, el príncipe recordó ahincadamente al emperador que jamás uno de sus antepasados había concedido a gentes de otros países lo que negaba a sus propios súbditos. En tiempos del venerable antepasado Ch'ien Lung se exigió al lord británico MacCarhney que se arrodillara ante el Trono del Dragón, aunque ello hubiera de compensarse haciendo que un príncipe manchuriano se prosternase ante un retrato del rey Jorge de Inglaterra. El príncipe Kung procuraba dar continuas largas cuando los enviados extranjeros insistían ser recibidos en la Corte imperial. En aquellos momentos solía argüirles que el primer secretario del Departamento Imperial de Asuntos Extranjeros se hallaba enfermo. Aquella enfermedad se prolongó cuatro meses hasta; que lo terminó el emperador en persona, disponiendo que los representantes de las naciones extranjeras fuesen llevados ante el Trono del Dragón, con lo que probaba que él, y sólo él, era el débil y el tolerante en exceso. Tal fue el informe que la emperatriz madre oyó un día, hallándose en su jardín de orquídeas. Habían pasado los meses de primavera y comenzaban los de verano. Pensar en esta estación, que a la emperatriz madre le parecía la más encantadora de todas, la llevaba a procurar no intervenir en los asuntos de Estado. Aquel día de claro sol había entrado en la biblioteca y, sentada a una mesa, se ocupaba en trazar los planos de aquel nuevo Palacio de Verano que le ofreciera su hijo. Quería tener el proyecto preparado antes de llamar a los arquitectos y constructores que habían de traducir sus sueños en ladrillo y mármol. El jefe de eunucos concluyó su informe. —Haz venir al príncipe Kung —ordenó ella después de informada de todo. E impacientemente dejó los pinceles en la mesa, sintiéndose ansiosa de hablar con el príncipe. Este la encontró paseando, de un lado a otro, ante las anchas puertas que se abrían al jardín. Estaban en plena floración los granados, cuyas encarnadas flores parecían gemas entre las hojas, verde oscuro, de los robustos árboles. A la

emperatriz madre gustábanle vivamente los granados, sus flores y sus frutos. Placiale ardientemente el rojo anaranjado de sus pétalos y el agridulce de la jugosa pulpa que rodea cada uno de los mil granos que encierra la espesa cáscara colorida del fruto. El príncipe Kung, que conocía aquella inclinación, empezó hablando de los granados tan pronto como llegó e hizo la venia. —Muy bellos son los árboles de Vuestra Majestad. No conozco otros iguales. Todo lo que os está próximo, parece adquirir nueva vida. Kung había aprendido ya a hablarle con sumisión. La emperatriz inclinó la cabeza. Siempre le complacían las alabanzas y por entonces sentíase dispuesta a ser generosa con el príncipe. —Vamos a hablar al jardín —sugirió. E invitó al príncipe a sentarse en un banco de porcelana. Él tras empezar rehusando, accedió a instalarse en un banco de bambú. —Mucho siento robaros vuestro tiempo —empezó ella—. Pero he oído afirmar que mi lujo el emperador desea recibir a los enviados extranjeros excusándoles de rendirle pleitesía en la forma acostumbrada, y eso me conturba mucho. El príncipe contestó: —El emperador, Majestad, es curioso como un niño y tiene interés en conocer un rostro extranjero. —¿Es que los hombres no salen nunca de la niñez? Alzó la mano, arrancó una encendida flor de granado, la deshojó y dejó caer los pétalos. El príncipe contestó con un silencio que acabó haciendo perder la paciencia de la emperatriz. —Vos, que sois de una generación más vieja, debéis prohibirle ese intento. El príncipe Kung arqueó las cejas. —Majestad, ¿cómo puedo negarle nada al emperador cuando tiene en su mano mandarme cortar la cabeza? Ella alegó: —Bien sabéis que yo no lo permitiría. —Os doy las gracias, majestad —respondió el príncipe Kung—. Pero creo que debéis saber que consorte influye en el emperador más profundamente cada día. Desde luego, es una buena influencia, por. que eso le aleja de la compañía de los eunucos y de las rastreras casas de flores a que ellos solían, llevarle antaño. —¿Y quién influye en la consorte? —preguntó la emperatriz madre

acrememente—. Esa mujer no viene a verme más que cuando el deber la obliga a presentar sus cumplimientos. Si la veo en otro momento permanece callada. —De eso no sé nada, majestad —dijo Kung. Ella se quitó del regazo algunos pétalos que habían caído allí. —Sabéis quién influye en Alute. Es mi prima Sakota, la emperatriz viuda. El príncipe inclinó la cabeza y siguió silencioso. Luego propuso tranquilizador: —Creo, majestad, que, por lo menos, los representantes extranjeros no deben ser recibidos en el gran salón de las audiencias imperiales. —Por supuesto que no-decidió ella. Había distraído su atención, como su interlocutor esperaba. Meditó un momento. La luz del sol atravesaba la copa del granado y hacía resaltar las manos de la emperatriz, quietamente plegadas sobre el regazo. Sonrió repentinamente. —Ya sé lo que podemos hacer. Recibiremos a esos hombres en el Pabellón de la Luz Purpúrea. Ignorarán que eso es el palacio propiamente dicho, con lo que atenderemos a la realidad y a la vez les haremos sentir una ilusión. El príncipe Kung no pudo dejar de reconocer la traviesa astucia de la emperatriz, aunque viese sin agrado la perspectiva de atenerse a semejante añagaza. El pabellón de la Luz Purpúrea estaba más allá de la orilla más lejana del Lago del Centro, en el límite occidental de la Ciudad Prohibida. Allí el emperador, de acuerdo con la tradición, no recibía más que a los comisarios de las tribus exteriores, y eso sólo una vez cada primer día del Año Nuevo. El príncipe Kung resumió sus pensamientos con estas lisonjeras palabras: —Es vuestra majestad tan inteligente como el más inteligente de los hombres. Admiro vuestra capacidad y vuestro ingenio. Daré órdenes para que todo se haga de acuerdo con vuestras indicaciones. Ella que estaba de buen humor, se sintió tan complacida por aquel elogio que creyó oportuno invitar al príncipe Kung a entrar en la biblioteca, donde vería los planos preparados para la construcción del nuevo Palacio de Verano. Una hora pasó el príncipe Kung en la biblioteca, junto a la larga y ancha mesa donde la emperatriz trasladaba a los

rollos que usaba para pintar lo que en realidad, eran sueños de su mente. El príncipe escuchó la fluida charla de ella, oyó hablar de riachuelos que serpenteaban entre rocas y desembocaban en lagos; de montañas llevadas desde las provincias occidentales y sembradas de árboles y albercas; de palacios y pagodas de doradas techumbres erigidos en las laderas y en las riberas de un vasto lago... El príncipe, sumido en súbito abatimiento, no acertó a decir una palabra. No se atrevía a hablar, ni aun a abrir la boca, temeroso de que pensar en las grandes sumas que en aquella empresa habían de consumirse, le hicieran expresar desagrado, lo que podía motivar su muerte. Logró contenerse y murmurar, al fin: —¿Quién sino vos, majestad, concebiría un palacio tan digno de un imperio? Pidió que se le permitiese salir y se fue apresuradamente, sin pérdida de tiempo, a visitar al gran consejero Jung Lu. La emperatriz madre adivinó lo sucedido cuando, en la tarde de aquel mismo día, antes del toque de queda, llegó su eunuco para anunciarle que Jung Lu esperaba audiencia particular. En aquel momento la emperatriz se inclinaba sobre sus planos y ocupaba su pincel en perfilar los contornos de una airosa pagoda. —Que pase el gran consejero —dijo sin volver la cabeza Sabía que su primo no aprobaría sus proyectos y por eso le permitió permanecer a sus espaldas, sin mirarle antes de hablar. Al cabo de unos instantes preguntó: —¿Quién está ahí? Jung Lu replicó: —Ya lo sabes, majestad. La emperatriz sintió que la profunda voz de pariente penetraba en su corazón tan inmediatamente como siempre. Pero fingió lo contrario. Preguntó, pues, con indiferencia: —¿A qué has venido? Precisamente ahora estoy muy ocupada. Él adujo: —Pues ésa es la razón de mi visita. Y te pido majestad, que me oigas, pues falta muy poco para que den el toque de cubrefuegos y se cierren las puertas. Ella reconoció el antiguo poder de mando que emanaba de la voluntad de su primo. En todo el mundo no temía más que a aquel hombre, precisamente

por que le amaba y porque él no quería ceder ante ella. La emperatriz seguía siendo tan antojadiza como cuando de muchacha se consideraba prometida a él, Lentamente, para hacerle esperar a propósito, colocó la tapa de jade sobre el tintero y en una pequen vasija de agua lavó cuidadosamente el pincel. Efectuaba adrede aquellas tareas menudas que corrientemente hubiera confiado al eunuco de servicio, Él esperó, sabiendo muy bien los motivos de que ella procediese de esa forma y seguro de que la constaba que él estaba al corriente de todos sus proyectos. Al fin, ella se dirigió lentamente a su trono y se sentó en él. Él se acercó y se arrodilló, como la costumbre lo demandaba. La emperatriz consintió que siguiera arrodillado. En sus ojos había una expresión, a la vez cruel, risueña y tierna. Pasado un buen espacio de tiempo, ella preguntó:; —¿Te duelen las rodillas? —Eso no tiene importancia, majestad —respondió él. —Levántate —ordenó ella—. No me gusta verte arrodillado ante mí. Jung Lu se alzó con digna compostura y permaneció erguido ante su prima. Ella le contempló de pies a cabeza. Cuando su mirada encontró los ojos de Jung Lu le examinó fijamente. Estaban solos y no había nadie que los viera ni pudiera reprocharlos. El eunuco más cercano estaba a bastante distancia, haciendo guardia más allá de la puerta de la estancia: Habló con voz dulce, como la de un niño suplicante: —¿Qué he hecho de malo? —Bien lo sabes —contestó él. Ella encogió sus hombros cubiertos de raso. —Nada te he dicho del nuevo Palacio de Verano porque sabía que te lo dirían otros. En este caso habrá sido sin duda el príncipe Kung. Pero has de saber que recibo este nuevo Palacio de Verano por deseo y como dádiva de mi hijo. Jung Lu alegó con la mayor gravedad: —Te consta perfectamente que en esos tiempos la Tesorería no tiene dinero para erigir un palacio de placer. El pueblo está ya agobiado por las contribuciones. Y si ese palacio se levanta, habrá que imponer tributos extraordinarios en todas las provincias. La emperatriz tornó a

encogerse de hombros. —No hace falta dinero. Basta con disponer de piedra, madera, jade y artesanos. Y eso abunda en todas partes. —Pero hay que pagar a los obreros y artífices —recordó él. —No veo por qué —respondió ella descuidadamente—. El primer emperador no pagó a los campesinos que construyeron la Gran Muralla. Cuando morían, mezclaba sus huesos con las piedras y los ladrillos, y así no había necesidad ni de pagar el entierro. Él alegó con la misma gravedad: —En aquellos tiempos la dinastía era fuerte. La gente no se atrevía a rebelarse. El emperador era chino y no manchú, como nosotros somos, y la muralla tenía por objeto proteger al país contra las invasiones del Norte. Pero ¿crees que la gente de ahora enviará con gusto hombres y materiales con el exclusivo objeto de que se erija un Palacio de Verano para ti? ¿Y encontrarías placer en habitar una residencia cuyos muros estuvieran hechos en parte con huesos de hombres que trabajaron y murieron sin percibir nada en cambio? No te creo tan dura. No existía en el mundo nadie capaz, no siendo Jung Lu, de hacer asomar lágrimas a los ojos de la emperatriz. Volvió la cabeza para esconderlos. Habló en cuchicheo: —No soy dura. Soy... una mujer muy sola. Tomó el extremo del pañuelo de gasa con flores bordadas que colgaba del botón de jade de su vestido y se enjugó los ojos. Las cuerdas íntimas que enlazaban al hombre con la mujer estaban tensas hasta el extremo. Ella anhelaba oír los pasos de su pariente acercándose a ella y el contacto de la mano de él con la de ella. Pero él no se movió y siguió hablando con voz seria y solemne. —Debiste decir a tu hijo el emperador que es impropio de él hacerte ahora un regalo de palacios mientras la nación está asediada por amenazas de guerra y padece miseria e inundaciones en las provincias orientales. Sabes que era tu obligación recordárselo. Oyéndole, ella volvió la cabeza y las lágrimas brillaron en sus pestañas negras y en sus pupilas, qué teman una expresión trágica. —¡En este reino —exclamó— siempre hay miseria! Crispó las

manos. Le temblaban los labios. Observó: —¿Por qué tú, que has sido un padre para él, no eres quien se lo dices? Jung Lu murmuró: —Calla, y ten en cuenta que hablamos del emperador. La emperatriz inclinó la cabeza, dejando caer sobre el raso rojo de su vestido las lágrimas que vertía. —¿Qué te pasa? —preguntó él—. Posees todo aquello a que has consagrado tu vida. ¿Que más deseas? ¿Hay una mujer en el mundo más alta que tú? Ella no respondió. Sus lágrimas continuaban fluyendo mientras él hablaba. —La dinastía está segura, al menos mientras tú vivas. Has hecho un emperador y le has dado una consorte. Como él la ama y ella es joven y agradable, le dará un heredero. La emperatriz levantó la cabeza. Sus ojos brillaron. —¿Ya? —No lo sé —aclaró Jung Lu—. Pero indudablemente sucederá así, porque conozco su mutuo amor. Dirigió a su prima una mirada compasiva. —Los vi juntos hace pocos días, ignorando que los tenía cerca. Era tarde ya y yo me dirigía a la puerta principal antes de que sonara el toque de queda. Se hallaban los dos en el Pabellón de los Vientos Favorables. —Que queda muy cerca del palacio de la emperatriz viuda —murmuró ella. Jung Lu añadió: —La puerta estaba abierta y miré sin querer. Entonces vi a los dos, en él crepúsculo. Paseaban como dos niños, asiéndose mutuamente del talle. La emperatriz se mordió los labios, tembló su redondeada barbilla y sus lágrimas brotaron con más fuerza. Aquella faz, bellísima en su disgusto, hizo perder la ecuanimidad a Jung Lu, Adelantó tres pasos y luego dos más. Estaba más cerca de ella que lo estuviera en muchos años. Habló en voz baja, que nadie podía oírle. —Corazón mío, esos dos jóvenes tienen lo que tú y yo no tendremos nunca. Procuremos que lo conserven. Guíalos por el buen sendero. Ayuda con toda tu fuerza a este nuevo reinado, porque se funda en el amor. Ella no pudo soportar más. Se cubrió la cara con las manos y estalló en sollozos. —Vete y déjame sola, como lo he estado siempre. Tan intensa y apasionadamente sollozaba la

emperatriz, que Jung Lu pensó que debía obedecer para evitar que continuase el lloro y las gentes quisieran conocer sus causas. Vaciló, suspiró y dio un paso atrás para alejarse, como ella había pedido que hiciese. Pero la emperatriz mientras lloraba, contemplaba a su primo a través de sus dedos y cuando vio que él se iba sin consolarla, apartó las manos de su cara con tanta ira que las lágrimas se secaron instantáneamente en sus ojos. —Supongo —observó— que no amas a nadie más que a tus hijos. ¿Cuántos hijos tienes con...? El se cruzó de brazos. —Tres, majestad. —¿Hijos varones? Jung Lu repuso: —No tengo verdaderos hijos. Durante un largo momento los ojos de los dos se cruzaron con auténtico dolor y anhelo. Luego él se alejó y la emperatriz quedó sola.

Antes de fines del sexto mes solar, el emperador T'ung Chih recibió a los enviados de Occidente. Li Lien-ying contó a la emperatriz madre todo lo que había pasado, como era su deber. Ella le escuchó en silencio. El eunuco dijo que las audiencias se celebraron a las seis de la mañana, poco después de salir el sol, en el Pabellón de la Luz Purpúrea. Se había levantado un estrado en el que el emperador se sentaba, con las piernas cruzadas, detrás de una mesa baja. Desde allí contempló los extraños rostros blancos del grupo de hombres occidentales de elevada estatura. Estaban presentes los ministros plenipotenciarios de Inglaterra, Francia, Rusia, Holanda y los Estados Unidos. Excepto el representante ruso, los demás vestían extravagantes ropas oscuras de corte angular, hechas de tela de lana. Llevaban las piernas encajadas en pantalones estrechos y sus torsos se cubrían con una especie de chaquetas cortas, como si hieran labradores; y era lo más notable que no vestían tú— nica. Se adelantaron por turno desde el lugar que se les asignara, y todos se inclinaron ante el emperador, pero no hicieron la pleitesía ritual. Es decir, que no se arrodillaron ni golpearon con la cabeza el suelo de baldosas. Cada uno, de pie, entregó al príncipe Kung un documento que debía ser leído en

voz alta. Todos los escritos estaban redactados en chino y su contenido era siempre el mismo, reduciéndose a los parabienes que las diversas naciones occidentales enviaban al emperador con motivo de su exaltación al Trono, a lo que se añadían múltiples buenos deseos y augurios de que se esperaba que fuera feliz su reinado. El emperador contestaba a todos en análoga manera. El príncipe Kung subía al estrado, se arrodillaba con la máxima ceremonia, inclinaba la cabeza hasta el suelo y tomaba de manos de su imperial sobrino el escrito ya preparado. Al descender del estrado seguía minuciosamente todas las leyes de conducta establecidas, siglos atrás, por el sabio Confucio. Lo hacía para que los extranjeros se percataran de cuál debe ser lo que se llama un comportamiento correcto. Procuraba parecer diligente en el cumplimiento de su deber, abría ampliamente los brazos como si fuesen alas, daba el adecuado vuelo a sus ropas, y la expresión preocupada de su faz indicaba el deseo de servir eficazmente a su soberano. De tal guisa fue entregando a todos los emisarios extranjeros el respectivo documento regio. Tras esto, los emisarios blancos depositaron sus credenciales en una mesita auxiliar. Y luego, caminando de espaldas, se retiraron de la imperial presencia, sin duda complacidos al pensar que habían impuesto sus deseos y, por supuesto, desconocedores de que el edificio en que habían estado no era el palacio, sino un mero pabellón. Todo lo oyó la emperatriz madre sin salir de su silencio. Aunque plegaba los labios despreciativamente y sus ojos indicaban el desdén, el corazón le hervía en el pecho. ¿Cómo su hijo había osado desafiarla hasta el punto, sintiéndose fortalecido por Alute, al extremo de atender a su consorte más que a su propia madre? Pensó en la pareja tal como Jung Lu la había visto, entrelazada por la cintura, y sintió traspasado el corazón más que nunca, si bien aquella herida se lo endurecía más. La emperatriz madre preguntaba a su dolido corazón por qué ella no había conseguido lo que anhelaba. Puesto que su hijo amaba

a la joven Alute, la madre del emperador tendría un Palacio de Verano más espléndido de lo que al principio se propusiera. De pronto, como una saeta descendida del cielo, un terrible pensamiento perforó su cerebro, que trabajaba sin cesar. Si Alute estaba encinta, y sin duda llegaría a estarlo, porque, como opinaba Jung Lu, el amor siempre engendra hijos, aquella jovencita pasaría a convertirse en emperatriz madre. —¡Oh, estúpida de mí! —murmuró a media voz—. ¿Cómo no he comprendido que Alute aspira a deponerme? ¿Y qué seré entonces más que una vieja que vive en Palacio? Volvióse al eunuco y le gritó: —¡Quítate de delante! Alejose precipitadamente el eunuco, con el timbre de aquella voz zumbándole en los oídos, y ella permaneció inmóvil, como una esfinge de piedra, reflexionando en la forma de recobrar el poder. Necesitaba destruir el amor que sentía por su hijo por Alute. Pero ¿cómo? Recordó súbitamente las cuatro concubinas que había elegido para el emperador el día que éste designó esposa. Las cuatro vivían juntas en el Palacio de la Elegancia Acumulada, esperando el momento en que él las llamase. A ninguna se la había avisado todavía ni era probable que las avisasen, puesto que Alute había conquistado el corazón del emperador. Mas la emperatriz madre recordaba que una de aquellas concubinas era muy hermosa. Tres habían sido escogidas por cuna e inteligencia y la cuarta porque poseía una belleza lozana y juvenil capaz de encantar a cualquier corazón. ¿por qué no había la madre de alinear en su bando a las cuatro concubinas? Lo haría, las aleccionaría y presentaría al emperador so pretexto de que él necesitaba diversión, de que Alute era demasiado seria de que le obligaba a trabajar con exceso en los asuntos de Estado, de que tenía demasiada conciencia y exigía mucho de un hombre tan joven y tan amante de los placeres. La cuarta concubina no era de alto linaje, sino de baja cuna, demasiado baja, incluso para una concubina. Sólo su mucha belleza había persuadido a príncipes

y ministros, llevándolos a que la incluyeran en la lista de mujeres manchúes. Y aquella hermosura sería útil, porque arrebataría al emperador y le haría reanudar sus excursiones fuera de los muros de palacio. Era preciso que Alute perdiese el amor de su esposo. Mientras la emperatriz madre se ocupaba en estos planes, sus pensamientos no dejaban de reconocer que se comportaba mal. Y, sin embargo, estaba resuelta. ¿No se sentía solitaria en el ancho mundo? Ninguno osaba amarla y su única arma era el temor. Y, si nadie la temía, se convertiría en lo que había previsto: una vieja en el palacio. El sombrío velo de los años la iría envolviendo paulatinamente y encubriendo su mente y su corazón bajo el aspecto de su carne marchita. De manera que durante la época en que aún fuese bella y fuerte, debía intentar readueñarse del Trono y eludir la muerte en vida que la esperaba. Rememoró los años transcurridos. Volvía a verse siendo niña pequeña y trabajando hasta rendirse en casa de su tío Muyanga, donde su madre no pasaba de ser una cuñada viuda y ella poco más que una criada que trabajaba por casa y manutención. Doquiera que fuese había de llevar un hermanito a la espalda y hasta que ellos no crecieron nunca tuvo tiempo para jugar, ni siquiera para andar sola. Y aun entonces, encontrándola activa e inteligente, la hacían trabajar en la cocina y en el repaso de la ropa, con lo cual siempre estaba empuñando una escoba, o bien cocinando, cosiendo, yendo al mercado para comprar pescado o aves. Por la noche se dormía en cuanto se acostaba en el lecho que compartía con su hermana. Ni el mismo Jung Lu podía aliviar sus tareas, porque era un mozalbete que rápidamente se convertía en hombre y no podía ayudarla en cosa alguna. De haberse casado los dos, el habría quedado siempre en simple guardia y ella hubiera pasado la existencia en su casa, afanándose en el patio y la cocina, disputando con su criada y su esclava y siempre atenta a que no la sisasen ni hurtasen menudencias. ¡Cuánto había bendecido a su amor, convirtiéndose en su soberana y no en su

esposa! Más él se lo agradecía y no usaba su poder sobre ella más que para reprocharla. Y por añadidura, su hijo, que por derecho y por deber hubiera debido amarla siempre, prefería el cariño de su consorte. Incluso dedicó antaño más afecto a Sakota, su madre adoptiva que a su progenitora. ¡Y ella que había pasado tantas horas luchando por un emperador pueril y únicamente pensando en conseguir el Trono para su hijo! ¡Oh, qué fatigosas horas! Recordó la faz pálida y amarilla de aquel de quien había sido concubina, y sus manos enfermizamente calientes, siempre buscando su cuerpo, y notó que se le repetían las náuseas de entonces. ¡Cuán firmemente había ella mantenido el Trono durante los doce años de regencia, impidiendo que la conquista o la rebelión le arrebataran a su hijo! Ella, sólo ella, pudo mantener a raya a los hombres blancos y recabar tributos hasta de las turbulentas tribus de Mongolia. Únicamente ella supo reprimir los alzamientos de los musulmanes de las provincias de Yun-nan y Sen-kan. Gracias a eso gobernaba su hijo en paz y seguridad. Más, a pesar de conocer la sabia prudencia de su madre, no acudía a ella para pedirle consejo. Semejantes pensamientos hicieron que brotase una sombría y salvajemente aislada fuerza en su mente. La sangre la afluía con ímpetu al corazón y todo su ser se aprestaba a batallar contra la adversidad de su sino presente. Tan herida y acorralada se sentía que, olvidando todo amor, resolvió centrar su voluntad, fina y aguda como una espada, en la conquista del poder. Pero era demasiado justa por naturaleza para no encontrar, además del deseo de venganza, otras razones que abonaran su retorno al mundo. Cuando, hacía un año, subió su hijo al Trono, el reino estaba tan en paz como no lo estuviera en una veintena de años. Y ahora, bruscamente, surgían nuevas dificultades. A la distante isla de Taiwan, habitada tribus casi bárbaras, llegaron los marineros de tai buque náufrago. Viendo los salvajes a aquellos extranjeros, cayeron sobre ellos y los mataron. Pero resultaron ser

navegantes japoneses y cuando el emperador del Japón conoció lo ocurrido, envió a la isla soldados y barcos de guerra. Los expedicionarios en nombre de su monarca, reivindicaron la posesión de Taiwan y otras islas cercanas. El príncipe Kung, jefe del Servicio Extranjero de China en Pekín, protestó contra la invasión; y el emperador nipón contestó anunciando que se proponía declarar inmediatamente la guerra a China. Todo no acababa en eso. Hacía quince siglos que los emperadores de China regían el país de Anata como soberanos, y las gentes de aquel país agradecían su protección, porque las libertaba de bandidos v aventureros, puesto que el emperador chino era tan poderoso que garantizaba contra todo ataque a sus pueblos tributarios. Sí, los garantizaba contra todo, pero no contra los hombres blancos. Hacía unos cien años que los franceses habían empezado a penetrar en Anana, y en los últimos veinte tanto habían prosperado allí los mercaderes y sacerdotes franceses, que al fin Francia obligó a los anamitas a firmar un tratado por el que el rey de Anam perdía la provincia septentrional de Tonquín, a la cual y desde la cual diariamente iban y venían bandidos chinos y gentes fuera de la ley para ejecutar más fácilmente sus malas obras. La emperatriz madre sabía todo esto hacía mucho, pero, diciéndose que no era cosa de su jurisdicción, habíase dedicado solamente a planear su nuevo palacio. Pero en los actuales instantes decidió que aquello sí caía dentro de su radio de acción. Declararía que su hijo no hacía nada, que los príncipes se entregaban al placer y que, a menos que tal apatía terminara, el imperio estaba destinado a caer antes de que acabase la vida de la emperatriz. Era, en consecuencia, su deber empuñar las riendas del gobierno. Cierta día de principios de verano, a una orden suya, las cuatro concubinas entraron en su palacio, jubilosas como pájaros libertados de su jaula. Hacía tiempo que habían perdido la esperanza de ser llamadas por el emperador. Pero su esperanza renacía. Y de aquí que todas rodearan devotamente a

la emperatriz madre, como ángeles en torno de una diosa. La emperatriz no pudo menos de sonreír y congratularse de aquella adoración, aunque bien sabía que no la amaban a ella, sino a sí mismas, y que todo se debía a que confiaban obtener beneficios por su intercesión. De ella dependía el que fuesen llamadas a la cámara imperial. La emperatriz las compadeció. Luego les hizo señas para que se acercaran. —Pajaritas mías, sabéis que no puedo enviaros a la vez a presencia del emperador. La consorte se enojaría y os haría despedir a todas. He de mandaros una a una, y la razón pide que la más bonita sea la que vaya primero. Sentía repentino afecto por las cuatro muchachas que se congregaban en torno de ella. En su mismo caso había estado otrora cuando fue a residir entre los muros de palacio. Mirólas a todas sucesivamente, sonrió viendo sus ojillos brillantes de confianza y deseo, y se sintió dolorida al pensar que sólo podía escoger a una. Le faltaba corazón para ello. —¿Cómo puedo decidir quién ha de ser la primera? Elegid vosotras mismas. Las cuatro alegres voces juveniles se unieron en una sola risa. La más alta y menos agraciada de todas exclamó: —¿Cómo puede nuestra Venerable antecesora afirmar que no sabe a quién elegir? Jazmín es la más bonita de todas nosotras. Todas se volvieron a mirar a Jazmín. La aludida se ruborizó, negó con la cabeza y se tapó la cara con el pañuelo. —¿Eres la más bonita? —preguntó la emperatriz madre, sonriendo. Le gustaba divertirse y bromear con todas las criaturas jóvenes, fuesen animales o seres humanos. Jazmín sin responder, hizo repetidos movimientos negativos de cabeza, mientras las demás redoblaron sus risas. La emperatriz madre mandó al fin: —Bueno, bueno niña. Aparta las manos del rostro para que yo pueda verte. Las jóvenes apartaron las manos de Jazmín y la emperatriz examinó su rosada carita, que no tenía nada de tímida, sino más bien de traviesa, por lo menos, alegre. Tampoco exteriorizaba mucha suavidad. Sus labios, llenos y curvos, denotaban atrevimiento y descaros, y también sus ojos

grandes y las aletas contráctiles de su naricilla, algo respingona. En cambio, Alute se parecía a su padre, antiguo familiar del ayo del emperador y hombre de rostro y figura delicadamente gallardos. Para una mujer como Alute, indudablemente Jazmín constituía una seria competidora. Alute tenía el cuerpo esbelto, gracioso y alto para mujer, mientras que Jazmín era pequeña y llenita, con un cutis —su mayor detalle de belleza— al que no podía oponerse reparo alguno. Era una piel como la de un niño, de un blanco color de crema, salvo en sus encarnadas mejillas y sus rojos labios. La emperatriz madre, satisfecha ya, cambió súbitamente de modales. Hizo signo a las concubinas de que se retiraran y bostezó, cubriéndose la boca con la mano. —Ya te haré llamar cuando llegue el día —dijo descuidadamente a Jazmín. Las muchachas se retiraron con las manos plegadas como alas de colores. Lo que había que hacer era evidente: bastaba que el eunuco mayor preguntase a la mujer de servicio qué días del mes no debía la consorte entrar en la cámara del emperador. Faltaban en aquella fecha siete días y, por lo tanto, la emperatriz madre envió aviso a Jazmín para que estuviese preparada el día octavo. Le encargó que se vistiese con ropas de un rosado color de melocotón, añadiendo que no se preocupara en absoluto de los perfumes, porque ella le enviaría algunos frascos de los suyos propios. El día previsto, Jazmín se presentó debidamente vestida a la emperatriz, quien la examinó de pies a cabeza. En primer lugar mandó que se quitase las joyas de poco valor que llevaba puestas. —Traed del cuarto de mis alhajas el estuche número treinta y dos —dijo a sus damas. Lleváronle el joyero y la emperatriz sacó dos peonías de rubíes y perlas y se las dio a Jazmín para que se adornase las orejas. También entregó a la joven algunos de sus brazaletes. La encantada muchacha se mordía los labios y sus negros ojos centelleaban de júbilo. Terminado el atuendo, la emperatriz madre dispuso que le llevasen un frasco de perfume de almizcle concentrado y mandó

a Jazmín que se frotase con él las palmas de las manos, la parte posterior de las orejitas, la barbilla y el pecho. —Muy bien —dijo la emperatriz, cuando todo estuvo concluido—. Ven con mis damas y conmigo a ver a mi hijo el emperador. Apenas hubo pronunciado aquellas palabras, pensó que no tenía pretexto alguno para visitar al joven emperador. Alute se enteraría de su presencia, merced a los espías que, sin duda, tenía y aprovecharía la ocasión para presentar los debidos respetos a la madre de su marido. En cambio, no se atrevería a visitar el palacio de la emperatriz madre sin ser llamada. Así Tzu Hsi detuvo a todas con un ademán. —Esperad —dijo—. Sé que mi hijo está solo y quiero invitarle a que venga a mis habitaciones. Mandaré a mis cocineros que preparen un festín en el que figuren los platos favoritos del emperador. Mi hijo comerá conmigo. Puesto que el día es bueno, colocaremos las mesas bajo los árboles del jardín, tendremos músicos que alegren el banquete y, después de comer los actores imperiales representarán una obra. Empezó a dar órdenes a unos y a otros. Distintos eunucos se dispersaron para servirla, mientras sus damas se afanaban también en la tarea. Se dirigió a Jazmín. —Tú —dijo— permanecerás junto a mí sirviéndome el té. No pronuncies palabra hasta que yo te lo indique. —Sí, venerable antecesora —respondió la muchacha con los grandes ojos fúlgidos y purpúreas las mejillas. Dos horas más tarde los clarines anunciaron la llegada del emperador, quien entró en el patio en su palanquín. Los eunucos esperaban cerca de las mesas y los músicos requirieron sus instrumentos. La emperatriz madre se hallaba sentada en el trono de su salón de audiencias privadas. Jazmín estaba a su lado, con la cabeza inclinada, jugando con un abanico. Detrás de las dos, las damas de honor formaban un semicírculo. El emperador entró. Llevaba la túnica celeste, bordada con dragones de oro, y sostenía entre los dedos una pieza de jade destinada a refrescarle las manos. Se inclinó ante su madre sin arrodillarse,

puesto que era el emperador, y ella recibió sus saludos sin levantarse. Aquello era un símbolo, porque todos habían de alzarse ante el Hijo del Cielo. Las azafatas se miraron unas a otras, como preguntándose cuál sería el motivo de que la emperatriz madre no se levantara. El emperador no pareció reparar en nada. Sentose en un pequeño trono al lado de su madre, mientras sus eunucos y guardias salían al patio. La emperatriz madre dijo: —He oído que hoy estabas solo, hijo, y, para entretenerte mientras la consorte pueda volver contigo, he resuelto que pases a mi lado un rato. El sol no quema mucho, por lo que comeremos en el jardín bajo los árboles, al son de los compases de la música, Después los actores imperiales representarán la pieza que tú mismo elijas. Con eso llegará el crepúsculo y habremos pasado a gusto todo el día. Mientras hablaba con voz dulce y cariñosa, extendió su mano para tocar la que su hijo mantenía apoyada en la rodilla. El emperador sonrió, no sin ostensible sorpresa, porque hacía tiempo que su imperial progenitora no le manifestaba amabilidad alguna. Lejos de ello, le había dirigido muchos reproches y de fijo él no hubiera acudido aquel día de no mediar el hecho de que temía provocar la ira materna y tener que afrontarla solo. Ver a su lado a Alute le infundía fuerzas. Dijo a su madre, al comprobar que no estaba molesta con él: —Gracias, madre. Es verdad que me hallaba solo y no menos verdad que no sabía como invertir la jornada. La emperatriz habló a Jazmín: —Hija, pon té a tu señor. El emperador alzó el rostro, vio a Jazmín y no separó la mirada de ella mientras la joven tomaba la tetera que le ofrecía un eunuco entre las dos manos. —¿Quién es esa dama? —preguntó el joven, como si Jazmín no estuviera presente. La emperatriz fingió sorpresa. —Es una de las cuatro muchachas que elegí para ti. ¿Es posible que no las conozcas todavía? El emperador, algo confuso, movió la cabeza y sonrió excusatoriamente. —No, no he llamado a ninguna. No ha llegado el momento. La emperatriz frunció los labios. —Por

cortesía —dijo—, deberías haber llamado a una cada vez. Alute no debería ser tan egoísta y absorbente mientras sus hermanas menores se consumen esperando. El emperador no respondió. Empuñó su taza, esperó a que su madre bebiera el té y luego bebió él. Jazmín se' arrodilló y volvió a coger la taza. Al hacerlo levantó la cabeza hacia el monarca y, por un instante, él contempló la viva y alegre faz de la joven, muy infantil con sus matices de crema y rosa bajo el sedoso cabello negro. Pasó bastante tiempo antes de que apartase la vista. Así comenzó el día. En el transcurso de las horas la emperatriz madre llamó varias veces a Jazmín para que asistiese al emperador, ora abanicándole, ora alejándole las moscas, ora sirviéndole té y llevándole dulces mientras se representaba la obra teatral, ora colocándole un taburete bajo los pies, ora acercándole un cojín para apoyar el codo. Eso duró hasta que llegó el crepúsculo. El emperador acabó sonriendo francamente a Jazmín, la cual correspondió a la sonrisa, ni tímida ni descaradamente, sino con la naturalidad con que la niña sonríe a un compañero de juegos. La emperatriz madre se sintió muy complacida al notar aquellas sonrisas. Cuando hubo atardecido y terminó la jornada, dijo al emperador. —Tengo que expresarte un deseo, —Exprésalo, madre —contestó él. Se sentía feliz. Tenía el estómago lleno de sus manjares predilectos, alegre el corazón y estimulaba la imaginación por la bonita muchacha que le pertenecía y a quien podía llamar cuando quisiera. La emperatriz madre explicó: —Ya sabes como anhelo salir de la ciudad en cuanto comienza la primavera. Hace muchos meses que deseo salir del encierro de estos muros. ¿Por qué no vamos juntos, tú y yo, a venerar las tumbas de nuestros antecesores? No hay más que ochenta millas de distancia y yo pediré a nuestro virrey en la provincia, Li Hung-chang, que nos envíe una guardia para la ida y el regreso. Sólo tú y yo, hijo, podemos representar a nuestras respectivas generaciones, porque no está bien llevar la consorte a un viaje en el que se trata de visitar un

panteón. La emperatriz madre había resuelto llevar consigo a Jazmín para que la sirviese. De esa forma no sería difícil encontrar ocasión para hacer que Jazmín visitase la tienda del emperador. Éste meditó, apoyándose un dedo en el labio inferior. —¿Cuándo quieres que vayamos? —preguntó. —De hoy en un mes —repuso la madre—. Entonces te encontrarás solo como ahora, y aprovecharemos la ocasión de que estés sin compañía de la consorte. Haremos solos el viaje y ella te acogerá con más alegría cuando regreses. El emperador se preguntó cómo había cambiado tanto su madre, puesto que hablaba así de Alute. ¿Qué razones tendría para ello? La verdad era que, aunque cruel en ciertos momentos, se mostraba con él afable y amorosa. El joven monarca había pasado su vida oscilando entre aquellas dos facetas de la personalidad de su madre. Terminó por asentir: —Iremos. Al fin y al cabo es un deber visitar esas tumbas. —¿Qué otra cosa se podía esperar de ti? —comentó ella. Se sentía muy complacida de la inteligencia que había demostrado. Todo resultó como lo planeara. Una noche, muy lejos de las murallas de Pequín, a la sombra de los sepulcros de los antepasados el emperador envió un eunuco para llamar a Jazmín y conducirla a su tienda. El joven había pasado la jornada adorando las tumbas, siempre con su madre al lado, instruyéndole y aconsejándole cuándo debía arrodillarse y cuándo orar. El día había empezado soleado, pero por la tarde se desencadenó una tormenta que después se convirtió en una lluvia continua, que persistió toda la noche. Bajo la lona de su tienda el emperador permanecía desvelado y se sentía muy solitario. No le parecía adecuado mandar al eunuco que tocara el violín o cantase, porque aquellos días exigía luto y respeto en honor de los ocho emperadores que yacían en las tumbas del panteón. Escuchaba la lluvia, pensaba en los muertos y decíase que él era el noveno que había de yacer entre aquellas seculares paredes. Tales pensamientos le infundieron una tremenda melancolía. Acometióle el terror de morir prematuramente, en

plena juventud, sin haber gozado de la vida. Sintió escalofríos y temblores y anheló la presencia de su joven esposa, que tan lejos estaba. Habíala prometido serle fiel y esto le había impedido hasta entonces llamar a ninguna concubina a su cámara regia. Pero no había hecho promesa alguna respecto a aquellos días de visita al imperial panteón, porque ni él ni Alute sabían que la emperatriz madre iba a llevar, como compañera, a Jazmín. La madre del emperador no le había dicho nada. Tampoco en todo el día dio él signo alguno de que hubiese visto a la joven, aunque, en efecto, había notado su presencia aquella noche mientras, en la tienda de su madre cenaba copiosamente después del ayuno ritual. Y a la sazón pensaba en la muchacha y no lograba alejar de la mente su pensamiento. Al eunuco sólo le confió que tenía frío. —Me siento helado hasta la médula de los huesos —dijo—. Jamás he sentido un frío como ahora. El eunuco, como los demás del emperador, había sido sobornado por Li Lien-ying y, en consecuencia, manifestó; —Señor, ¿por qué no hacéis llamar a la primera concubina? El emperador fingió sentirse poco atraído por aquella idea. —¿Aquí, a la sombra de los sepulcros de mis antepasados? El eunuco insistió: —Tened en cuenta majestad, que se trata de una concubina. Una concubina y nada son una misma cosa. El emperador convino, fingiendo sentir pocos deseos: —Bien, bien... Quedó solo muy tembloroso, mientras el eunuco corría desafiando la húmeda oscuridad de la noche. La lluvia tamboreaba sobre la embreada lona de la tienda. A poco rato el emperador divisó los resplandores de una linterna y las cortinas de acceso se abrieron suavemente. Jazmín apareció en el umbral. La protegía de la lluvia un manto de seda impermeabilizada. El agua le había desordenado el fino cabello, haciéndolo pender sobre su rostro en mojadas crenchas. Gotas de agua brillaban también en sus mejillas y sus pestañas. Refulgían, como luces rojas, sus pómulos y sus labios. El emperador murmuró: —Te he mandado llamar porque tengo

frío. —Pues aquí estoy, señor —dijo ella. Se quitó el manto de seda impermeable y luego se despojó lentamente de sus ropas. En su tienda la emperatriz madre permanecía despierta en las tinieblas y escuchaba el constante golpeteo de la lluvia. Aquel sonido mitigaba sus inquietudes, llenando de paz su corazón y su mente. El eunuco le había contado su estratagema, siendo recompensado con una onza de oro. No era necesario hacer más. Alute y Jazmín emprenderían la guerra del amor y ella, que conocía a su hijo, no ignoraba que sería vencedora Jazmín.

Pasó el verano. La emperatriz madre suspiraba, quejándose que cada vez envejecía más y asegurando que cuando estuviese construido el Palacio de Verano se retiraría para pasar en él el resto de su existencia. Insistía en que tenía los huesos doloridos, en que se le estaba echando a perder la dentadura y en que algunas mañanas no podía levantarse del lecho. Las damas de honor no sabían que pensar de aquella enfermedad y anticipada vejez, ya que la verdad era que la emperatriz, lejos de acercarse a la ancianidad, parecía cada vez más joven y fuerte. Cuando yacía acostada, lamentándose de sus jaquecas, resultaba tan bella y juvenil, brillaban tanto sus ojos y se le veía un cutis tan transparente, que las damas se miraban unas a otras y se preguntaban, sin hablar, qué proyectos se fraguaban dentro de aquel privilegiado cerebro. La emperatriz madre no había comido nunca tanto ni con tanto apetito, y no sólo las refacciones corrientes, sino gran profusión de golosinas entre horas. Si se movía, no lo efectuaba con pasos inseguros y lentos, sino con gracia y agilidad. Pero repetía que no se hallaba bien cuando Jung Lu iba a pedirle audiencia. Lo mismo hizo un día que quien se la pidió con mucho apremio fue el príncipe Kung. Se limitó a llamar al eunuco mayor para preguntarle: —¿Qué desea ahora de mi ese tirano de príncipe? Li Lien-ying sonrió. Sabía bien que la enfermedad de su señora era un pretexto para disimular algún propósito que él desconocía, pero que requería alguna espera. —Majestad —exclamó—, el príncipe

Kung está muy conturbado por la presente conducta del emperador. Ella que conocía muy bien lo que pasaba, preguntó: —¿Y qué conducta es ésa? El jefe de eunucos respondió: —Majestad, todos opinan que el emperador está cambiado. Pasa los días jugando y durmiendo. Y por las noches recorre las calles de la ciudad, vestido de hombre común y acompañado por dos eunucos y la primera concubina. La emperatriz madre dio muestras de horror. —¿La primera concubina? ¡No puede ser! Quiso incorporarse sobre la almohada, más dejose caer hacia atrás y cerró los ojos exhalando un gemido. —Me siento mal... Muy mal. Di al príncipe Kung que estas noticias me hacen sentirme al borde de la muerte y agrégale que no es dable hacer nada. Mi hijo es ahora el emperador y sólo pueden aconsejarle los príncipes. A mi no me atendería. En todo caso se puede disponer del Gran Gabinete de Censores. ¿Por qué no le aconsejan ellos? Y no concedió audiencia al príncipe Kung. El príncipe tomó aquellas palabras como una orden y así decidió afrontar a solas a su sobrino y reprocharle su comportamiento. Pero sus palabras sólo consiguieron despertar las iras de su imperial pariente. Como resultado de semejante gestión, el décimo día del noveno mes solar de aquel mismo año, el emperador expidió un decreto, firmado con su nombre y avalado con el sello imperial, declarando que el príncipe Kung y su hijo Ts'ai Ch'ing quedaban desposeídos de todos sus cargos. Así se castigó al príncipe Kung por haber usado un lenguaje indebido ante el Trono del Dragón. Esto enfureció a la emperatriz madre quien al día siguiente emitió un contraedicto, firmado por ella misma y por Sakota como corregente. En aquel decreto se disponía que se devolviese al príncipe Kung y a su hijo todos los cargos y honores de que habían sido privados. La emperatriz madre expidió tal decreto por propia iniciativa, sabiendo que la débil emperatriz viuda no protestaría ni siquiera de que tomaran su nombre y su firma. Y tal era la importancia de la posición de la emperatriz madre, que nadie osó discutir ni

descartar el edicto, con cuya prueba de firmeza adelantó mucho más hacia el poder, al mostrar aquel claro deseo de favorecer al príncipe Kung, que pertenecía a la generación anterior al joven emperador y era por lo tanto muy respetado por todos. Antes de que el emperador pudiese decidir lo que debía hacer, cayó enfermo de unas viruelas negras contraídas en el curso de una de sus expediciones de placer por la ciudad. En el curso del décimo mes del año, después de muchos días de continuada fiebre, en cuyo curso la piel se le cubrió de pústulas, el emperador pareció a punto de muerte. La emperatriz madre acudía con frecuencia a la cabecera de su lecho, ya que de niña había contraído las viruelas también, las cuales la dejaron inmune a la enfermedad y sin una sola señal en su liso e impecable cutis. Obraba en todo como una madre y lo hacía sinceramente, sintiéndose poseída de un singular disgusto que le oprimía el corazón. Hubiera querido sentir un disgusto igual al corriente a las demás madres, porque le constaba que en esa clase de congoja hubiera hallado un secreto alivio. Pero, así como no había podido ser esposa a secas, tampoco podía ser madre. Su destino gravitaba sobre ella abrumadoramente. El vigesimocuarto día del mismo mes el emperador mejoró. Cedió la fiebre y la torturada piel del enfermo se tornó mejorada y fresca. La emperatriz madre dio un decreto anunciando al pueblo que podía considerar renovadas sus esperanzas. El mismo día también el emperador hizo llamar a la consorte, que hasta entonces había permanecido recluida en su cámara, porque se hallaba encinta. Mas, puesto que ya la piel del emperador se encontraba limpia, el médico declaró que no había riesgo en que la joven entrase en el dormitorio imperial. Alute lo hizo así, porque tantas semanas de aislamiento la tenían desolada. Había pasado los días orando en el templo, por las noches no conciliaba el sueño y en ningún momento probaba bocado. Cuando entró en la alcoba regia se hallaba pálida y delgada. Su delicada hermosura, que dependía en gran

manera de sus sentimientos y su salud, se había disipado por el momento y, en su impaciencia por ver pronto a su esposo, ni siquiera se había cambiado de ropa y llevaba unas vestiduras grises que le sentaban muy mal. Entró muy presurosa, con el ansia de abrazar al emperador, pero en el umbral se detuvo en seco. Junto al vasto lecho donde yacía su egregio enamorado permanecía sentada la emperatriz madre. Alute se llevó las manos al corazón y murmuró: —¡Ahí La emperatriz madre preguntó acremente: —¿A qué viene esa exclamación? ¿No ves que mi hijo está mucho mejor? Si hay que lamentarse por alguien es por ti, que te has puesto pálida y amarilla como una vieja. Eso me parece muy mal en quien está preparándose a poner un hijo en el mundo. Te juro que me siento incomodada contigo. —Te ruego que no la molestes, madre —rogó el emperador con tono suplicante. Pero Alute no pudo contener el impulso de su ira. Después de tantos días de espera y ansiedad, su habitual paciencia se desbordó de sus cauces. En realidad, no era paciente en exceso, porque tenía una naturaleza fuerte, una mente clara y disciplinada y un sentido de la verdad de esos que producen muchas dificultades en la vida corriente. Irguiendo su esbelta figura en el quicio de la puerta, Alute respondió, pues: —Deja que me diga lo que quiera. No pido favor alguno a la emperatriz madre. No te importe, señor, que descargue su ira conmigo, ya que va a descargarla de todos modos. Al hablar brotaban de sus finos labios las palabras con toda claridad y energía. La emperatriz madre se precipitó hacia la infortunada muchacha con las manos levantadas. Cuando hubo llegado lo bastante cerca de ella, abofeteó sus mejillas repetidas veces, hasta que las escudillas de metal precioso que protegían sus uñas se llenaron de sangre. El emperador, decaído y desesperado, comenzó a sollozar en su lecho y dijo con voz llorosa: —Dejadme morir de una vez. ¿Para qué quiero vivir cuando me encuentro preso entre vosotras, como un ratón entre dos ruedas de molino? Volvió la cara a la pared, sin poder

contener su llanto. Y no lo contuvo ni aun cuando ambas mujeres corrieron a su lado, mientras los eunucos de servicio entraban en el dormitorio. La emperatriz madre hizo llamar a los médicos de la Corte, pero nadie pudo reprimir los sollozos del emperador. Al fin acabó perdiendo la conciencia de sí mismo y ya no sabía ni por qué lloraba. Sólo le constaba que no podía dejar de llorar. De pronto le acometió una debilidad extrema y se le paralizó el pulso. El médico principal de Palacio hizo una reverencia a la emperatriz madre, que se había sentado junto a la cabecera del lecho en un sitial bellamente esculpido.

—Majestad —dijo con tristeza—, temo que no haya pericia humana capaz de prestar servicio en este caso. La enfermedad ha sellado el destino del Hijo del Cielo y no conocemos los medios de evitar que nuestro soberano parta. Nosotros, los médicos de la Corte, temíamos un desenlace semejante, porque el noveno día del décimo mes solar, es decir, hace dos días, llegaron a nuestra ciudad dos extranjeros de nacionalidad americana y con su llegada coincidieron varios hechos notables. Llevaban consigo un enorme instrumento dotado de un enorme y largo tubo, con el que apuntaron al cielo y a través del cual miraron, después de fijar en tierra su soporte. En aquel mismo momento majestad, la estrella de la tarde se volvió radiante y clara, y en su brillante superficie distinguimos un punto negro poco más denso que una sombra. En vista de eso hicimos partir a los extranjeros, pero era demasiado tarde. Su malévola magia había obrado ya sobre la estrella y los médicos de la Corte nos miramos unos a otros, advirtiendo que el temor inundaba nuestros corazones. En aquel momento conocimos lo que hoy ha venido a acontecer. La emperatriz madre, al oír aquello, gritó que no podía ser verdad. Llamó en el acto a Li Lien-ying y le ordenó a voces que le dijese si lo que le contaban era cierto. El eunuco mayor se arrodilló y golpeó la frente contra el suelo, pero no pudo hacer más que confirmar lo que decía el médico mayor de Palacio. Así terminó la breve vida del emperador.

Cuando cesó de alentar y su carne se tornó fría, la emperatriz hizo salir a todos incluyendo a los príncipes y ministros, que habían acudido a testimoniar el fallecimiento, así como a los eunucos, la gente de servicio y hasta la misma Alute. La emperatriz madre dijo a la joven viuda: —Vete y déjame con mi hijo. La mirada que dirigió a la consorte no era cruel, sino glacial y desolada, como si su dolor de madre fuese mucho mayor que el de esposa. ¿Qué podía hacer Alute más que obedecer? La madre del difunto era ahora su soberana. Cuando todos hubieron salido, la emperatriz se sentó junto al lecho de su hijo y meditó acerca de la muerte y la corta vida de aquel muchacho. Todavía no lloraba, porque su dolor no había llegado al límite. Pensaba ante todo en sí misma y en que al fin volvía a ejercer el poder supremo. Estaba sola en la tierra y era algo más que una mujer, ya que ocupaba una altura inaccesible a cualquier otro ser humano. Sentíase muy sola. Contempló el rostro del hijo que había llevado en su seno y que era un rostro hermoso, sereno y orgulloso ahora que había dejado de existir. Las facciones de su hijo parecían haberse tornado otra vez juveniles, y ella poco a poco iba reconstruyendo retrospectivamente sus rasgos, hasta que le vio convertido en aquel niño pequeño a quien había adorado. Las lágrimas brotaron, ardorosas, de sus ojos. Y su corazón, no conmovido hasta aquel momento, tornábase tembloroso y blando, como cualquier corazón de un ser común. Sollozó. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas y caían sobre la colcha de raso. Tomó la mano del muerto entre las suyas, la acarició y se la acercó al rostro, como cuando él era niño. Del fondo del alma le brotaban extrañas palabras que parecían desgarrarle los tejidos como si fueran sangrantes heridas. —Niño mío —sollozó—, hubiera debido comprarte aquel trenecito, aquel tren extranjero, aquel juguete que tanto anhelas y que nunca tuviste. Su disgusto se centró súbitamente y sin razón, en el juguete que negó años atrás al malogrado joven. Había dejado de ser otra

cosa que una madre que acaba de perder a su hijo. De noche, muy de noche, porque ella no sabía que hora podía ser, abrióse la puerta y entró un hombre. Ella, inclinada sobre el lecho, llorando silenciosamente, ni se dio cuenta. Impensadamente notó que la asían por los hombros y se volvió en el acto. La faz del recién llegado la miraba intensamente. Ella cuchicheó: —Tú... Jung Lu dijo: —Yo. He pasado tres horas al otro lado de la puerta. ¿A qué esperas? Los clanes andan muy revueltos y desean nombrar un heredero antes de que se divulgue que el emperador ha muerto. Añadió: —Tú debes actuar primero que nadie. Inmediatamente ella dominó la angustia de su corazón. Estaba resuelta a poner en práctica el plan que había ideado hacía tiempo. —Mi hermana tiene un hijo de tres años. Deseo que él sea el heredero del Trono. Su padre es el séptimo hermano de mi difunto marido. Los negros ojos de los dos se encontraron. Ella estaba mortalmente pálida, pero mantenía su expresión indómita y apretaba los labios con firmeza. Jung Lu habló con voz extraña y preocupada. —Esta noche tienes una belleza amedrentadora. El peligro te herмосea. No sé que magia hay en ti... Ella, oyéndole, alzó la cabeza, abrió los tristes labios y la expresión trágica de sus ojos se convirtió en dulcísima. —Sigue hablándome, amor... Jung Lu movió la cabeza y tomó la mano de su prima. Los dos juntos, con las manos enlazadas, con— templaron el lecho donde dormía su sueño postrero el emperador difunto. Ella notó que la mano y todo el cuerpo de su pariente temblaba y se volvió a él. —Amor mío —murmuró—, es hijo nuestro... Jung Lu atajó: —Calla; no hablemos una palabra de lo pasado. Los muros de los palacios tienen oídos. —Sí, no podemos hablar ni hablaremos nunca. Tras un momento de silencio se soltaron las manos y él retrocedió, e hizo una reverencia antes de llegar a la puerta. Volvía a ser el súbdito y ella la emperatriz. Jung Lu dijo en voz muy baja para evitar que nadie los oyese: —Vete majestad, a buscar ese niño. Previendo este momento he enviado aviso al virrey Li Hung-chang. Los

ejércitos están ya junto a las puertas de la ciudad, pero nadie lo sabe. Las patas de los caballos de las fuerzas vienen cubiertas con trapos y los soldados llevan trozos de madera metidos en la boca para que no se les escapen palabras indiscretas. Al amanecer debes tener aquí a tu sobrino, mientras tus leales soldados atraviesan las calles de la ciudad. ¿Quién se atreverá entonces a disputarte tu imperio? Los corazones fuertes se entienden con los que son fuertes también, y además aquellas dos personas estaban unidas por mutuo amor. Se separaron, de acuerdo sobre el propósito que los aliaba. En cuanto Jung Lu se fue, la emperatriz salió de la cámara mortuoria. Pasada la puerta encontró a Li Lien-ying, que la esperaba y que la siguió, con otros eunucos secundarios y con las damas que le eran fieles. Nadie preguntó como Jung Lu había entrado en la ciudad a horas en que estaba vedado el paso a todos los hombres. En la turbulenta noche nadie ansiaba saber nada de nada. La emperatriz se aplicó rápidamente a ejecutar su voluntad. Mandó al eunuco mayor: —Haz traer aquí mi palanquín y di a los portadores se envuelvan los pies en trozos de tela. Impide que nadie hable, ni siquiera cuchichee con otra persona. A los pocos minutos se envolvió en un manto y, sin hablar palabra a su camarera ni a las azafatas, pasó ante todas y entró en su palanquín, cuyas cortinas fueron corridas sin pérdida de tiempo. Habíase abierto una puerta secreta de la parte posterior del palacio y el jefe de eunucos condujo el grupo por calles oscuras y solitarias. La nieve había caído durante todo el día y formaba una profunda alfombra sobre los guijarros, ahogando el rumor de las pisadas. Al lado del palanquín corría en silencio la delgada y gigantesca figura del eunuco mayor, entre los copos de nieve. Así llegaron al palacio del príncipe Ch'un. Los portadores pusieron en tierra el palanquín y el eunuco mayor llamó a la verja. Y, en cuanto la abrieron, puso la mano en la boca del portero y penetró sin explicaciones. Le seguía la emperatriz madre. Los dos cruzaron numerosos patios hasta

llegar a la casa, en la que todos dormían, excepto el vigilante de noche. Éste, amedrentado al ver a la emperatriz entró y despertó al príncipe y a su esposa. Aparecieron los dos, vestidos a toda prisa y con expresión de susto en los rostros. Inmediatamente se inclinaron ante ella, haciéndole la venia. La emperatriz madre dijo: —Hermana, no puedo explicarte nada, sino que mi hijo ha muerto y que necesito el tuyo para hacerlo heredero del trono. El príncipe Ch'un gritó: —¡Te luego, majestad, que libres a mi hijo de semejante destino! La emperatriz madre opuso: —¿Cómo puedes hablar así? ¿Qué destino hay más grande que el de emperador? El príncipe Ch'un aclaró: —Me veja mucho pensar que yo, padre, he de inclinarme y arrodillarme ante mi hijo. Por mi culpa se confundirán las generaciones y el cielo enviará un castigo sobre mi casa. Rompió a llorar y golpeó el suelo tan vehemente, mente con la cabeza, que se hizo una herida en la frente. Brotó la sangre y él cayó desvanecido. Pero la emperatriz madre no estaba dispuesta a detenerse por él ni por ningún hombre. Empujó a su hermana, corrió al cuarto del niño, lo tomó en sus brazos y le sacó envuelto en las mantas de su cuna. El pequeño gimió en sueños, pero no despertó, y la emperatriz se dispuso a salir con él. Su hermana corrió tras ella y la asió por una de sus flotantes mangas. —El niño —dijo— llorará si despierta en una habitación extraña. Permíteme que pueda estar a su lado durante los primeros días. —Sígueme —dijo la emperatriz madre—. Pero no me entretengas. Necesito tenerle en palacio antes que amanezca. Y así lo hizo. Transcurrió la noche. Cuando salió el sol y los sacerdotes comenzaron a convocar a las plegarias matinales golpeando sus batintines, los heraldos de la Corte salieron a la calle para anunciar la muerte del emperador Mu Tsung, que era el nombre dinástico del monarca fallecido. Inmediatamente pregonaron la exaltación de un nuevo emperador al Trono del Dragón. El soberano niño se despertó de zozobra, en su nueva habitación. Su madre le tenía

continuamente en brazos, pero ni ella misma lograba aquietarle. Cada vez que el pequeño alzaba el rostro y veía los dragones dorados y esculpidos que rampaban en las altas vigas del techo, lanzaba redoblados gritos de temor y no había manera de acallarle ni de impedirle que volviese a mirar hacia arriba. Al cabo de dos días, su madre envió un eunuco a la emperatriz, asegurándole que, a fuerza de llorar, el niño había acabado por ponerse enfermo. —Déjale que llore —contestó la emperatriz madre. Se hallaba en su biblioteca trabajando en los planos de su palacio y ni siquiera volvió la cabeza para contestar al eunuco. Agregó: —Ha de enseñársele a saber que no conseguirá nada con llorar, por muy emperador que sea. Sin levantar la cabeza siguió trabajando hasta que la luz de aquel día nevoso se extinguió en el cielo. Cuando ya no veía bien, la soberana dejó el pincel y comenzó a meditar. Después llamó a uno de los eunucos de guardia. —Vete a llamar a la consorte —ordenó—. Y dile que venga sola. El eunuco salió corriendo, para probar su celo. A los pocos minutos Alute llegó con él e hizo la debida reverencia a la emperatriz madre. Ésta despidió al eunuco y mandó a la joven que se levantase y se sentara a su lado, en un labrado escabel. Contempló la gentil figura vestida de blanca estameña de luto. La emperatriz madre dijo al fin: —No has comido hoy. Alute dijo: —Venerable antecesora, no puedo pasar bocado. —Nada te queda en la vida —expresó la emperatriz madre. —Nada, Venerable antecesora —asintió Alute. La emperatriz madre continuó: —En ese caso, yo seguiría el camino de mi marido. Alute levantó la inclinada cabeza y miró el bello y severo rostro de la dama, sentada en un butacón que parecía un trono. Se levantó lentamente, permaneció en pie un momento y otra vez se puso de rodillas. —Os ruego que me permitáis morir —murmuró. —Te autorizo a ello —repuso la emperatriz madre. Las dos cruzaron una larga mirada. Después Alute se levantó y se dirigió a la abierta puerta. El eunuco cerró la puerta tras la que la joven parecía una mera sombra, juvenil

y triste. La emperatriz madre permanecía inmóvil como si fuera de mármol. Dio una palmada para llamar al eunuco.

—Enciende todas las lámparas, que tengo mucho que hacer. Y empuñó el pincel de nuevo. El anochecer se convertía en oscuridad completa. Ella mojó el pincel en los colores que tenía preparados y siguió completando sus planes arquitectónicos. Al fin, dejando a un lado el pincel, contempló el largo rollo en que anotaba sus ideas y trazaba líneas. Los soñados palacios se levantaban en torno a un ancho lago, con floridos jardines entre uno y otro. Alimentaban el lago arroyos cruzados por puentes marmóreos. La emperatriz madre sonrió ante la bella pintura que acababa de rematar y volvió a tomar el pincel, mojado en los botes que contenían los colores más brillantes. Como detrás de los palacios, en la ladera de una montaña dibujó una pagoda alta y grácil, con techos de oro y muros de porcelana azul celeste. A medianoche el eunuco mayor tosió a su puerta. Ella se levantó del lecho y avanzó silenciosamente para abrirle. Li Lien-ying dijo: —Alute ya no existe. La emperatriz madre preguntó: —¿Cómo ha muerto? —Ingiriendo opio —dijo él. Los dos cambiaron una larga mirada de secreta comprensión. —Celebro que haya muerto sin padecer —comentó la emperatriz madre.

IV

LA EMPERATRIZ

Durante el cuarto mes lunar florecieron las plantas de wisteria. Era deber del jardinero mayor de la Corte informar a la emperatriz del día exacto en que se abrían aquellas plantas, y

esta vez lo hizo como todas. Entonces ella decretó que lo celebraría no asistiendo a las audiencias ni ocupándose en los asuntos públicos. Muy al contrario, pasó el día en los jardines donde la wisteria medraba, gozando con sus damas del color y fragancia de las flores. Usando la debida cortesía, invitó a que la acompañase Sakota, la emperatriz viuda, ya que ambas tornaban a ser corregentes. A mitad de la mañana sentose en el pabellón de las wisterias ocupando su labrada silla, colocada sobre una reducida plataforma, cual si fuera un trono. Ya no pretendía fingir que consideraba sus iguales a otros, puesto que conocía que su poder dependía de ella sola y de la fuerza interior que la animaba. Rodeábanla, a la sazón, sus azafatas. —Divertíos como queráis, pequeñas —dijo—. Andad por donde se os antoje. Mirad los peces de colores de los estanques. Hablad, a vuestro albedrío, en voz alta o baja. Recordad únicamente que hemos venido aquí para contemplar las wisterias y no habléis de cosas desagradables. Ellas le dieron las gracias con voces que eran apagados murmullos. Las jóvenes y hermosas damas vestían ropas de todos los colores y matices. El sol iluminaba sus impecables cutis y sus bonitas manos arrancando destellos a sus negros ojos y quebrándose en titilantes chispas sobre las floridas tocas de sus cabezas. Obedecieron, aunque teniendo la prudencia de dejar siempre a alguna al alcance de la voz de la emperatriz. Tan pronto como una veintena de azafatas se alejaban, otra veintena de ellas acudía. Pero la emperatriz no parecía ni verlas siquiera. Sus ojos permanecían fijos en su sobrino, el pequeño emperador que se divertía con sus juguetes en una terraza cercana. Estaban con él dos eunucos jóvenes, a quienes ella no dedicaba la menor atención. Alzó de pronto la mano derecha y, volviendo la palma hacia abajo, indicó al chiquillo que se acercase. —Ven acá, hijo mío. Como no era su hijo, tales palabras hacían que su corazón le mirase con desagrado. Pero las pronunció porque ella le había elegido para sentarse en el Trono del Dragón en sustitución del

muerto. El niño la miró y se acercó lentamente, acompañado por uno de los eunucos. La emperatriz dijo con viveza: —¡No le toques! ¡Ha de venir por su propia voluntad! Pero el niño no lo hacía así. Cuando estuvo cerca miró a su tía con los ojos muy abiertos. Llevose el dedo a la boca y dejó caer sobre las rosas del sendero el juguete que llevaba en la mano. —Coge eso —ordenó la emperatriz—, y tráemelo, para que yo vea lo que es. Su expresión no cambió. Bella y serena, no sonreía ni se enojaba. Esperó hasta que, obligado por su autoritaria quietud, el niño se inclinó, recogió el juguete y se acercó a la emperatriz. Aunque pequeño, no dejó de arrodillarse ante ella mientras le enseñaba el juguete. Ella preguntó: —¿Qué es? El niño contestó en voz tan baja que apenas se le oía: —Una máquina. Ella, sin alargar la mano para tomar el juguete, comentó: —¡Dichosas máquinas! Agregó en seguida: —¿Y quién te la ha dado? —Nadie —respondió el niño. —¡Tonterías! ¿Acaso te ha venido por magia a la mano? Hizo seña al joven eunuco de que hablase por el niño. El eunuco explicó: —Alta Majestad, el emperador vive siempre muy solo. En los palacios no hay niños con los que pueda jugar. Para que no lllore, solemos traerle muchos juguetes. Suele preferir los de la tienda extranjera del Barrio de las Legaciones. La emperatriz preguntó con voz cortante: —Conque ¿le compráis juguetes extranjeros? —La tienda, muy alta majestad —aclaró el eunuco—, es propiedad de un danés que trae de todas partes de Europa juguetes para nuestro emperador. —¡Una máquina! —repitió ella. Extendió la mano y tomó el juguete, que era de hierro y pequeño, pero pesado. Por debajo tenía ruedas y una chimenea encima. —¿Y cómo se juega con esto? —inquirió la emperatriz. El niño, olvidando su temor, se puso en pie. —Mira, anciana madre. Cogió la diminuta locomotora y abrió una puertecilla que había en ella. —Aquí dentro se enciende fuego y se echan taruguitos de madera. Este otro sitio se llena de agua y, cuando el agua hierve, el vapor se escapa por aquí y las ruedas empiezan a dar

vueltas. Engancho unos cochecitos y la máquina tira de ellos. A esto, anciana madre, se le llama un tren. —Y lo es —comentó ella. Miró pensativamente al niño. Le parecía demasiado pálido, demasiado delgado, con la expresión demasiado débil... En fin, un alfeñique. —¿Qué otra cosa tienes? —preguntó. —Más trenes —dijo vivamente el muchacho—. Algunos andan dando vueltas a una llave que llevan debajo. También tengo muchos soldados. Un gran ejército. Ella interrogó: —¿Cómo son esos soldados? —De muchas clases, madre —contestó él. Olvidó su temor, se acercó a su tía y apoyó los codos en las rodillas de ella, que experimentó un singular dolor allí donde se apoyaba el brazo del niño. Dentro de su corazón vibró el anhelo de algo perdido. El pequeño explicaba: —Mis soldados llevan fusiles y uniformes pintados. Son soldados de plomo, no de verdad. Ella quiso saber: —¿Tienes soldados chinos? —Chinos, no; pero sí ingleses y franceses, alemanes, americanos y rusos. Los rusos usan... —¿Sabes distinguirlos? El soltó una risa. —Muy fácilmente, madre. Los rusos usan barbas así de largas. Hizo con las manos signo de que les llegaban a la cintura. Prosiguió: —Los franceses sólo tienen pelos aquí... Se tocó el labio superior con el índice, antes de añadir: —Y los americanos... Ella dijo, con el mismo singular acento de voz: —Todos tienen la cara blanca. Él dijo, sorprendido: —¿Cómo lo sabes? —Porque lo sé —repuso ella. Le apartó, tocándolo el codo con la mano y él retrocedió, extinguida la luz de entusiasmo que un momento antes iluminara sus ojos. Apareció la emperatriz viuda, acompañada de cuatro de sus damas. Sakota andaba muy lentamente y su figura se encorvaba bajo el pesado aderezo que ornaba su cabeza y hacía tan pequeño su rostro. Él emperador niño corrió a su encuentro. —¡Mamá —exclamó—, creí que no llegabas nunca! Sus cariñosas manos buscaron las de él y apoyaron las palmas en sus infantiles mejillas. Por encima de la morena cabeza del pequeño, Sakota miró el otro extremo del patio y halló la imperial mirada fija en la suya. —Suéltame, hijo

—murmuró. Pero él no consintió en soltarla. Mientras la emperatriz los miraba, él avanzó al lado de Sakota, sujetándole la túnica con las manos. —Ven y siéntate junto a mí, hermana —indicó la emperatriz. Y señaló con su pulgar, lleno de sortijas, un esculpido sitial próximo al suyo. Sakota llegó hasta ella, se inclinó y tomó asiento. El niño seguía al lado de la corregente, sin dejarle libre la mano. La emperatriz reparó en ello cómo reparaba en todo, pero sin parecer notarlo. Sus grandes ojos serenos se posaron un momento en él niño y después en las plantas de wisteria. Las plantas fecundadoras, grandes y viejas, se habían colocado junto a las destinadas a ser fecundadas para que las flores pudieran desarrollarse mejor. Unas y otras se prendían a las pagodas gemelas, contorneaban sus paredes y estallaban en una espuma purpúrea y blanca sobre las techumbres cubiertas de amarillas láminas de porcelana. Bajo el caliente sol, las abejas zumbaban sobre las flores, sintiéndose enloquecidas por su fragancia. La emperatriz observó:

—Cualquiera diría que todas las abejas de la ciudad se dan cita aquí. —Y lo hacen, hermana —contestó Sakota. Pero no miraba las flores y se limitaba a acariciar la infantil mano que tenía entre los dedos. Una mano delgada y muy pequeña, de venas demasiado débiles y piel muy suave. Murmuró: —Nuestro Hijo del Cielo no come lo suficiente. La emperatriz replicó: —Lo que pasa es que come lo que no debe comer. Aquélla era ya una vieja disputa entre las dos. La emperatriz creía que la salud se fundaba en tomar comidas sencillas, como hortalizas poco hervidas, carnes no grasas y pocos dulces. Ésas eran las vituallas que mandaba dar al emperador. Pero le constaba perfectamente que él las rechazaba en cuanto su tía carnal le volvía la espalda y que corría en busca de Sakota para que ésta le alimentara con dulces bollos redondos, ricos pasteles y trozos de cerdo asado que goteaban azúcar. No ignoraba tampoco la emperatriz que, el niño sentía dolores de vientre, Sakota, en su ciego amor, le permitía dar algunas chupadas a su pipa de opio.

Ésta era otra queja que la emperatriz tenía de su prima: la de que se hubiese entregado al extranjero vicio del opio y fumara en secreto aquel asqueroso producto negro que llegaba de la India bajo extraños pabellones. Y, sin embargo, aquella mujer, lamentablemente necia, creía ser la única que amaba de verdad al emperador niño. Aquellas reflexiones quitaron a la emperatriz el goce del esplendor de la mañana. Viendo Sakota endurecerse la faz de su prima se asustó. Llamó a un eunuco. —Llévate al emperador a jugar —cuchicheó. Pero la emperatriz oyó el cuchicheo, como lo oía todo, y ordenó al eunuco: —No te lleves al niño. Volvió la cabeza y miró a Sakota. —Ya sabes, hermana, que no quiero que el pequeño se quede solo con los eunucos jóvenes. No hay uno de ellos que¹ sea puro. Corromperían al emperador antes de que creciera. Muchos emperadores han sido pervertidos así. Oyendo tales palabras, el eunuco, un joven de quince o dieciséis años, se alejó con la cabeza baja. La pálida cara de Sakota se cubrió de manchas carmesíes. —Hermana... —murmuró. —¿Qué? —preguntó la emperatriz. —No está bien hablar ante cualquiera —dijo Sakota con leve tono de reproche. La emperatriz sostuvo con firmeza: —He dicho la verdad. Ya sé que crees que no amo al regio niño. Pero ¿quién de las dos le quiere más? ¿Tú, que accedes a todos sus caprichos, o yo, que fortalezco su salud con buenas comidas y juegos saludables? ¿Tú, que le confías a esos demonios en miniatura que son los eunucos jóvenes, o yo, que procuro apartarle de su corrupción? Sakota se tapó la cara con la manga y comenzó a llorar en silencio. Sus damas corrieron hacia ella, pero la emperatriz les hizo seña de que se apartasen. Después se levantó, tomó a Sakota de la mano y la condujo al edificio que había a la derecha del patio. Ya allí, se sentó en un diván dorado e hizo que Sakota se sentara junto a ella. —Ahora que estamos solas —dijo— quisiera que me explicases por qué estás molesta siempre conmigo. Pero Sakota, con una suave obstinación que le era muy propia, no contestó y empezó a sollozar. La

emperatriz esperó, mas no tenía mucha paciencia y pronto la perdió y desistió de seguir escuchando los quejumbrosos sollozos de su débil prima. —Llora —le dijo con incomodo— hasta que te sientas satisfecha. Creo que nunca eres más feliz que cuando lloras a mares. Me asombra que no hayas perdido la vista ya. Tras eso se levantó, cruzó el jardín y penetró en su biblioteca. Allí pasó el resto del luminoso día de primavera leyendo libros y aspirando la fragancia de las wisterias, que llegaba por las anchas puertas abiertas. Pero sus pensamientos no estaban en lo que leía. Aunque sentada, e inmóvil como una imagen de marfil labrada, sus pensamientos bullían en el interior de su bien formada cabeza. ¿Acaso no existiría nunca quien la amara? Esa pregunta se la planteaba asaz a menudo en el curso de los atrafagados días de su vida. Millones de personas dependían de su prudencia y nadie podía vivir en Palacio si ella no lo deseaba. Era justa, considerada, amante de favorecer a los fieles, y sólo aplicaba castigos a los que verdaderamente eran malos. Y, sin embargo, en ninguno de los rostros que contemplaba veía amor alguno, ni siquiera en el del niño imperial, aunque ella le hubiese elegido, aunque perteneciese a su propia sangre y aunque ella le considerase como hijo suyo. Incluso aquel hombre solitario a quien ella había amado y seguía amando desde lo más hondo de su ser, no le hablaba hacía dos o tres años, excepto cuando se lo exigían sus deberes de cortesano. No acudía a su presencia como antaño, no buscaba excusas para pedirle audiencias y, cuando ella le mandaba llamar, llegaba tan distante y altanero como cualquier príncipe y se mantenía a distancia desempeñando meramente su deber y nada más. De todos modos, era un hombre tan incomparable que, según la maledicencia aseguraba, había en la ciudad doncellas que no se mostraban dispuestas a casarse con quien no fuera tan gallardo como el príncipe Jung Lu. Porque ella, actualmente, le había elevado a la categoría de príncipe, sin por eso lograr acercarle

más a ella. Era leal, sí, pero la lealtad no bastaba a su prima. Ella anhelaba mucho más que eso. Cerró, suspirando, sus libros; Entre todos los seres humanos, a ninguno conocía tan poco como a sí misma. Conociéndose, pues, tan poco, ¿le era posible decir por qué aquella tarde se había mostrado tan cruel con Sakota? Era hartó sincera para pretender eludir su propia pregunta. Descontenta de sí misma, hubo de reconocer que sentía celos de Sakota porque le suplantaba en el amor del niño. Y aquellos celos tenían sus raíces en el pasado, cuando su propio hijo buscaba el cariño de Sakota con preferencia al de su madre. Pensó: «Sin embargo, mío y de nadie más era el deber educarle y prepararle. De haber vivido, él hubiera acabado por comprenderlo.», Pero no había vivido. La emperatriz se levantó. Sentíase tan desazonada como siempre que recordaba a su hijo. No acertaba a comprender que él pudiera estar muerto y en la tumba. Salió otra vez a los jardines y paseó sola. Luego recordó que sus pacientes damas llevaban espejándola varias horas en el jardín. Había refrescado el aire crepuscular y ya no se notaba el perfume de las wisterias. La emperatriz sintió un escalofrío y parose a contemplar el esplendor de la escena que la rodeaba: los estanques iridiscentes, las entrelazadas ramas florecidas de blanco, los brillantes techos áureos, coronados por figuras de animales, las veredas embaldosadas y las encarnadas tapias. Todo aquello era suyo. ¿No le bastaba? Había de bastarle, porque ¿qué otra cosa podía conseguir? Háiale correspondido en el mundo lo que ella misma escogiera. El emperador niño contaba a la sazón nueve años y era alto y esbelto como una caña de bambú joven. Tenía la piel traslúcida y demasiado fina, pero su voluntad era fuerte. No procuraba encubrir que amaba a Sakota más que a su tía carnal y madre adoptiva. Excepto la emperatriz, nadie le aventajaba en orgullo. Pero ella no estaba dispuesta a doblegarse a un chiquillo ni podía ocultar el desagrado que le inspiraba, a causa de su profunda desilusión. La creciente lucha entre la ya madura emperatriz y el

emperador todavía niño trascendía a toda la corte, dividiendo en dos bandos a cortesanos y eunucos. A favor de la existencia de aquellas facciones, la tímida Sakota parecía empezar a acariciar ciertos sueños de poder. ¡Esos sueños ella, que había sido siempre la mujer más gazmoña y asustadiza de Palacio! Por Li Lien-ying supo la emperatriz que, según se rumoreaba, la consorte viuda afirmaba su intención de recobrar el puesto que en derecho le correspondía y le había sido usurpado por su prima. La emperatriz rió a mandíbula batiente. Su hilaridad se despertaba siempre que le decían un absurdo. —Una gata contra una tigresa —comentó. Y no prestó atención alguna a aquello ni censuró al jefe de eunucos cuando éste rió también. Pero en aquel mismo año Sakota asestó un golpe que, aunque débil, era golpe, al fin y al cabo. Ello ocurrió el sagrado día en que toda la Corte había de honrar las venerables tumbas orientales. Cuando la emperatriz llegó al mediodía, se quedó asombrada al encontrar que Sakota había resuelto ser la primera en ofrecer sacrificios ante la tumba del difunto emperador Hsien Feng, con lo que le correspondería la precedencia en todas las ceremonias del día. Pero la emperatriz acudía allí con toda la debida preparación de mente y de ánimo. Tras observar ayuno el día antes, sin probar comida ni bebida, se levantó al alborar y salió del palacio, donde había meditado durante toda la larga y solitaria noche. Fuera la esperaba Jung Lu con los demás príncipes y ministros que debían acompañarla al panteón imperial. La emperatriz fue llevada en su palanquín a través de la oscura y poblada floresta en cuyo centro se elevaban las tumbas de los ocho emperadores. Viajaban en silencio. En el lívido amanecer ni siquiera un pájaro hacía oír sus trinos en las copas de los árboles. La emperatriz iba llena de solemnidad y reverencia, y reflexionaba en la carga que le imponía su posición, ahora que sus muchos súbditos dependían únicamente de ella. Sobre ella sola descansaba el agobiador deber de defender a su pueblo contra los muchos

enemigos extranjeros que lo amenazaban con su creciente poder. Por eso ella, que rara vez oraba, en aquellos momentos pedía fervientemente al cielo, desde el fondo de su corazón, que le concediese sabiduría y fuerza. Rogaba también a los imperiales antepasados que la orientasen y guiaran en sus pensamientos y planes. Y cada vez que pronunciaba una oración, hacía pasar una cuenta de jade de su rosario budista. Aquella grave disposición que la inspiraba hizo aumentar su ingrata sorpresa al descubrir que aquella pobre sandia de Sakota, persuadida por el príncipe Kung, que seguía celoso de Jung Lu, se había adelantado a su prima, llegando a las regias tumbas anta que ella. Y ya se hallaba preparada ante el altar de mármol, en el puesto central y de honor. Cuando vio que la emperatriz descendía de su palanquín, esbozó una sonrisilla maligna y le hizo seña de que se colocase a su derecha, mientras el lado de la izquierda quedaba vacío. La emperatriz abrió mucho sus grandes ojos negros y dirigió a su prima una mirada asombrada y altanera. Luego, sin atender la invitación de Sakota, salió presurosamente y entró en un pabellón cercano. Sentose e hizo llamar a Jung Lu. Cuando él se arrodilló, ella le dijo: —No me dignaré consultar nada a nadie. No hago más que ordenarte que lleves a la corregente un recado que consiste en hacerle saber que, si no me cede en el acto el sitio del honor, haré que la Guardia Imperial la prenda para reducirla a prisión. Jung Lu inclinó la cabeza hasta el suelo. Su agradable rostro que ya mostraba signos de envejecimiento, se mantuvo tan orgulloso y frío como siempre. Levantose y llevó el aviso a Sakota. Volvió en breve, postróse ante la emperatriz y dijo: —La corregente ha recibido tu mensaje, muy alta majestad, y contesta que está ocupando el puesto a que tiene derecho, pues que tú no fuiste más que la primera concubina del emperador difunto. El pues, to vacío a la izquierda es el correspondiente a la hermana mayor de la emperatriz viuda. Ésta, tras la muerte de la primera, fue elevada al rango de

primera emperatriz. La emperatriz, oyendo aquellas palabras, alzó la cabeza y miró la lejanía de los bosques. Resaltaban en primer término grandes figuras de mármol. La emperatriz se expresó con voz serena: —Vuelve al lado de la corregente y repítele mi encargo. Si lo rechaza, haz que la Guardia Imperial arreste a mi prima y también al príncipe Kung, con el que siempre he sido indulgente en exceso. De aquí en adelante, me propongo no tener con nadie piedad alguna. Jung Lu se levantó y llamó a los guardias. Ellos le siguieron, gallardos, con sus uniformes azules, alzadas las armas, que relampagueaban en sus manos. Jung Lu habló de nuevo a Sakota. A poco tornó para anunciar que la corregente había cedido. —Muy elevada majestad —explicó con voz fría y sin inflexiones—, tu lugar ante el altar te espera. La corregente se ha trasladado a la derecha del puesto que ocupaba. La emperatriz dejó su asiento y se dirigió al Panteón con toda pompa. Sin mirar a derecha ni a izquierda, se situó en él centro y cumplió los ritos con gracia y majestad. Terminadas las ceremonias, volvió al Palacio, sin dar las gracias ni saludar a nadie. La vida cortesana siguió su cauce habitual después de aquel rozamiento. Todo discurría en aparente paz. Más todos sabían que existía una lucha sorda entre las dos damas, cada una de las cuales tenía su partido. Jung Lu, con el eunuco mayor, eran secuaces de la emperatriz, y a Sakota la apoyaba el príncipe Kung, viejo ya, pero siempre orgulloso y exento de temor. El desenlace se preveía, pero ¿quién iba a adivinar que lo precipitara una inesperada e insólita locura de Jung Lu? Lo cierto fue que, en el otoño de aquel año, comenzó a correr el rumor, que se propagó con la celeridad de un maléfico miasma, de que el noble y leal Jung Lu había cedido a los encantos de una de las concubinas del difunto emperador T'ung Chih. Cuando la emperatriz oyó aquel obscuro informe de boca del eunuco mayor, empezó por negarse a creerlo. —¡Mi primo hacer eso! —exclamó—. Me parece tan inverosímil como si se me acusase a mí misma de una atrocidad

semejante. Li Lien-ying murmuró, sonriendo: —Venerable, os juro que es verdad. La concubina imperial sólo tiene ojos para él en las reuniones de la Corte. No olvidéis que es bella y lo bastante joven para ser su hija, y pensad que el príncipe ha alcanzado la edad en que los hombres prefieren mujeres no mayores que sus hijas. Tened también en cuenta, majestad, que el príncipe nunca ha estado enamorado de la dama que le disteis por esposa. Tres y tres son siempre seis, venerable, y cinco y cinco, diez. La emperatriz se limitó a reír y mover la cabeza, mientras tomaba un dulce de la bandeja de porcelana que tenía a su lado. Pero cuando el eunuco le aportó, pocas horas más tarde, la prueba irrefutable de sus palabras, la soberana no se mostró risueña. Li Lien-ying aseguró que el eunuco personal de la emperatriz había localizado a una mujer de servicio cuando depositaba un papel doblado en un altar del santuario interior del principal templo imperial budista. Allí un sacerdote lo recibió, cobró una recompensa y puso el escrito dentro de un recipiente destinado al incienso, de donde lo recogió un eunuco joven, sobornado también. El eunuco lo llevó a las puertas y lo dio a un criado de Jung Lu. Todos estaban remunerados por la concubina, a quien el amor hacía cometer tales locuras. El eunuco dijo: —Os ruego que vos misma leáis, majestad. La emperatriz tomó el perfumado papel, que, en efecto, contenía una cita. El texto rezaba:

Ven a verme una hora después de medianoche. El vigilante está sobornado y te abrirá la tercera Puerta de la Lima. Mi camarera estará escondida tras el árbol de casia que hay allí, y te conducirá a mi aposento. Soy una flor anhelosa de lluvia.

La emperatriz releyó la carta y la volvió a doblar, guardándola luego en su manga. Li Lien-ying esperó de rodillas, mientras su señora meditaba. «¿Por qué andar con más dilaciones cuando tengo la prueba en la mano?», preguntábase la emperatriz. Estaba tan cerca de Jung Lu por el corazón y por la carne, que una palabra que él hablase penetraba en su corazón derecha

como una flecha despedida por un certero arco. Cualquier ocasión o circunstancia había carecido de valor cuando los corazones de los dos se comunicaban. Y por esa misma razón ahora no le perdonaría. Mandó al jefe de eunucos, que continuaba esperando: —Haz venir aquí al gran consejero. Y, cuando llegue, cierra las puertas, corre las cortinas y no dejes pasar a nadie hasta que me oigas golpear este gongo de bronce. Li Lien-ying se levantó y, en su afán de cumplir todo lo que fuese complicación y enredo, salió con tanta prisa que sus vestiduras flotaban tras él como si fuesen alas. En menos tiempo del necesario para aplacar la ira de la emperatriz, apareció Jung Lu. Vestía largo ropón azul, con un cuadrángulo bordado en la pechera, llevaba en la cabeza un alto gorro, dorado también, y empuñaba una pieza alargada de jade labrado, que se puso ante la cara al acercarse a la emperatriz. Ella no quiso reparar en la espléndida belleza de aquel hombre. Permanecía en el trono privado que usaba en su vasta biblioteca. Sus vestiduras de raso carmesí, con adorno de dorados dragones, le calan hasta los pies, y la espléndida toca que la cubría, aparecía realzada por blancas flores de jazmín recién cortadas, que la aureolaban con su fragancia incomparable. Miró a su primo como a un enemigo. ¡Incluso a él! Jung Lu se preparaba a arrodillarse cortesanamente, pero la emperatriz se lo prohibió. —Siéntate, príncipe —dijo, dando a su voz el más argentino de sus tonos—, y quítate ese jade de la cara. No te he llamado oficialmente. Quiero hablarte en privado a propósito de una carta que he recibido a través de mis espías palatinos, que, como sabes, están en todas partes. Él no se sentó, a pesar de la orden de su prima, mas no se arrodilló tampoco. Permaneció en pie y cuando ella sacó de su manga el aromado billete, no alargó la mano para tomarlo. Ella preguntó: —¿Sabes lo que es esto? El rostro de él no cambió. —Sí; ya lo veo. —¿No sientes vergüenza? —Ninguna. Ella dejó caer la carta en el suelo y cruzó las manos sobre el regazo cubierto de raso.

—¿Tampoco crees haberme sido desleal? —No, porque no lo soy. Jung Lu añadió: —Te he dado lo que me pedías y necesitabas. De lo que me sobra, dispongo como quiero. Aquellas palabras confundieron de tal modo a la emperatriz, que no acertó a responder. Jung Lu esperó un momento y luego hizo una inclinación y se fue. No pidió permiso ni ella pronunció su nombre para llamarle. La dejó sola, inmóvil como una imagen, meditando en lo que le había dicho. Tan acostumbrada estaba a obrar con justicia, que a la sazón sopesaba en su corazón las expresiones que él empleara. ¿Acaso no había dicho él la verdad? ¿Por qué otorgar tanto crédito a un eunuco? ¿Y por qué, sobre todo, tan de prisa y sin pensarlo? En realidad, no había en el reino mujer que no soñara con tener por galán a Jung Lu. ¿Era culpa de él? No. Y probablemente Jung estaba por encima de las murmuraciones, amores y envidias de la gentecilla menuda de Palacio. En tal caso, ella había cometido con él una gran injusticia al acusarle de deslealtad a su soberana. ¿Podía, además, reprocharle por el hecho de ser hombre? Pensó que convenía otorgarle una nueva recompensa para obligarle a ser más fiel. Durante un día o más se mostró fría con Li Lien, ying y muy cauta en creer lo que le decía. Él, prudentemente, se batió en retirada y buscó otro modo de hacerse creer de la emperatriz. En consecuencia, unas semanas más tarde, en ocasión de dar la soberana audiencia a príncipes y ministros, no Li Lien-ying, sino otro eunuco, le entregó el memorial privado de Weng T'ung-ho, ayo del emperador, diciendo que deseaba darle unos informes particulares acerca de un asunto secreto. Inmediatamente la emperatriz sospechó que aquello tenía algo que ver con el asunto de la joven concubina. Le constaba que el ayo del niño aborrecía a Jung Lu, el cual se había burlado de él en un concurso de tiro de arco en el que Weng quiso acreditar habilidad y fracasó miserablemente. No resultaba raro porque, al fin y al cabo, era un intelectual y de frágil contextura. No obstante, la soberana

dio por recibido el memorial que se le enviaba de modo tan secreto. En el escrito se decía sencillamente que, si la emperatriz aparecía a una hora, que se mencionaba, en las habitaciones de una concubina cuyo nombre se daba también, podría asistir a una escena que la dejaría muy sorprendida. Weng T'ung-ho agregaba que no pretendía arriesgar su vida a trueque de descubrir un secreto, pero que creía su deber advertir de los escándalos que se produjeran en Palacio, ya que, de ocurrir impunemente, se difundirían por toda la nación. ¿Y qué pensaría entonces el pueblo, para quien la emperatriz era una diosa? Luego de leer el memorial, la emperatriz, con un ademán, despidió al eunuco que se lo había llevado. Llamó a sus mujeres de servicio y se dirigió con ellas al Palacio de las Concubinas Olvidadas. Una vez allí, buscó las habitaciones en que residía la concubina que ella antaño eligiera para su hijo y a la que éste nunca había mandado llamar. Abrió sigilosamente la puerta con sus propias manos. Sirvientas y eunucos, sorprendidos y atemorizados por la inesperada presencia de la emperatriz, cayeron de rodillas, escondiendo los rostros entre las mangas. La emperatriz irrumpió violentamente y se halló ante la hórrida escena que con espanto había supuesto. Jung Lu estaba allí, sentado en un butacón, al lado de una mesa donde había una bandeja con dulces y un jarro de humeante vino caliente. A su lado permanecía arrodilla la concubina, con las manos apoyadas en las rodillas de su galán, mientras éste, sonriente, contemplaba con amor el atrayente semblante de su enamorada. Tal fue la escena que presenció la emperatriz. Sintiose tan ultrajada y tan ardientemente le afluyó la sangre al corazón que, para reprimir sus latidos, hubo de llevarse las dos manos al pecho. Jung Lu alzó la cabeza y divisó a su prima. Un instante permaneció mirándola. Luego apartó de sus rodillas las manos de la joven, se levantó y esperó, con los brazos cruzados, que la imperial venganza cayese sobre él. La emperatriz no habló. Miró al hombre y a la mujer a quienes había sorprendido

y comprendió en un momento que mediaba entre el gran consejero y ella misma un amor tan exasperado, tan inmarcesible y eterno, que era inútil cuanto se intentara para destruirlo. Notó que el orgulloso espíritu de su primo permanecía inalterado y su amor immaculado aún. Lo que hiciera en aquella habitación era de muy poca significación y consecuencia. La emperatriz cerró la puerta con tanta suavidad como la había abierto y regresó a su palacio. —Dejadme —mandó a sus eunucos y mujeres de servicio. Ya sola, reflexionó en la escena que había descubierto. No, no podía dudar del amor y lealtad de Jung Lu, pero —y eso la hería más que nada— obviamente él era un hombre como todos, un mero complejo de carne y espíritu. La carne le había incitado con sus exigencias y él había cedido. Murmuró: —Ni siquiera tiene mi primo la grandeza de soportar esta soledad que yo soporto. Le dolían las sienes. El aderezo de su cabeza le pesaba mucho. Quitóselo, lo puso sobre una mesa y procuró reducir la jaqueca que padecía pasándose los dedos por la frente. ¡Cuán dulce hubiera sido saber que él, como sacrificio a la que amaba, se negaba la satisfacción de los vulgares placeres de la carne! Así, la soledad en que ella se debatía hubiera quedado aliviada por el conocimiento de que había bajo ella alguien capaz de igualar su grandeza propia. Sus pensamientos, errando por las cosas y por el mundo, se detuvieron en Victoria, su hermana de realeza, a quien nunca habla visto. Intentó establecer secreta comunicación mental con ella. Incluso viuda, la reina inglesa era más feliz que su colega china. La muerte se había llevado su amor sin culpa alguna. Nadie había engañado a Victoria con una mujer estúpida y vulgar, Pero Victoria no podía oírla. La emperatriz suspiró. Corrieron las lágrimas por sus mejillas y cayeron, como gemas, sobre su pecho. El amor desbordaba de su corazón. Pensó, sombría: «Sabía que estaba sola. Lo sabía ya. Pero ahora debo cargar con todo el peso de mi soledad». Pasaba el tiempo. Ella seguía meditando y con cada momento que

transcurría, aumentaba su sensación de aislamiento absoluto. Acabó notando que su corazón se llenaba, hasta rebosar, de una amargura concentrada e insuperablemente total. Suspiró de nuevo y se secó las lágrimas. Con el aspecto del que sale de un trance, se levantó del trono y empezó a pasear de un lado a otro de la amplia estancia. Ya no pensaba más que en su deber y en el castigo que debía infligir a Jung Lu, y él aceptar, si ella procedía con justicia. Y justicia pensaba aplicar a Jung Lu, como a todos. Al día siguiente, en la audiencia, antes de salir el sol, anunció por un edicto imperial, que el gran consejero Jung Lu quedaba desde aquel momento relevado de su cargo y dispensado de seguir participando en las actividades de la vida de la Corte. Era un completo retiro. No se le hacía cargo alguno, ni era menester hacérselo, porque el rumor de lo acontecido había rebasado con mucho los muros de la Ciudad Imperial. Así, al apuntar la aurora, ella se sentó en el Trono del Dragón que venía ocupando desde que murió su hijo, y sus ministros y príncipes oyeron condenar a su compañero sin que ninguno osase formular una observación. Pero todos escuchaban con preocupada gravedad, porque, si caía alguien tan elevado como Jung Lu, nadie estaba seguro. La emperatriz reparó en el aspecto de todos sin ofrecer signo alguno de que se diese cuenta de nada. Si el amor no la servía de escudo, el temor le serviría de arma ofensiva. Reinaba sola, nadie estaba moral— mente a su lado y todos la temían. Pero ya con la intimidación no bastaba. En la segunda luna del año sucesivo, el príncipe Kung se echó sobre las espaldas una tarea que le era desagradable, pero a la que se juzgaba obligado. Una fría mañana de primavera, después de la audiencia oficial, el príncipe pidió a la emperatriz que le oyera en privado, cosa que no solicitaba hacía mucho tiempo. La emperatriz tenía vivos deseos de dejar el salón de audiencias, porque había planeado pasar el día en sus jardines, donde las flores de los ciruelos empezaban a brotar a efectos de la primavera. Pero tenía que atender al príncipe,

porque era su principal consejero y su intermediario en la continua lucha contra las exigencias de los blancos. Los extranjeros simpatizaban con el príncipe Kung y confiaban en él. Por sentido común, pues, la emperatriz se valía del príncipe en todo lo que podía serle útil para las tareas de gobierno. Quedose en la sala y, cuando los demás ministros y príncipes hubieron salido, el príncipe Kung se adelantó y, tras su breve reverencia usual, se explicó así: —No voy, Majestad, a hablaros en mi provecho, porque harto me han recompensado vuestras pasadas generosidades. Pero apelo a vuestra grandeza en nombre de la emperatriz viuda y corregente. La emperatriz preguntó con benigno interés: —¿Está enferma? —Bien puede afirmarse, majestad, que lo está a causa de sus preocupaciones. —¿Qué le pasa? —inquirió la emperatriz, siempre con acento indiferente. —Ignoro, majestad, si ha llegado a vuestros oídos la noticia de que el eunuco Li Lien-ying está acreditando una desmesurada insolencia. Se califica a sí mismo de Señor de los Nueve Mil Años, título que fue concedido al más perverso eunuco de que hay memoria, por el emperador Chu Yu-chiao, de la dinastía Ming. Vuestra majestad sabe que, con eso, el eunuco jefe trata de que le consideren el segundo después del emperador, que sólo es Señor de los Diez Mil Años. La emperatriz sonrió con frialdad. —¿Tengo yo la culpa de que el menor de los que sirven en mis palacios; hable mal de quien es su jefe? El eunuco de que habláis gobierna mis palacios en mi nombre. Es necesario que sea así porque, si yo me ocupo en cosas menudas, no puedo atender a los negocios importantes del Estado. Si administro mi regia casa, ¿quién administrará la nación y el pueblo? Además ya sabéis que todos miran mal a quienes los mandan. El príncipe Kung se cruzó de brazos. No ponía los ojos más arriba del estrado imperial, pero sus labios tenían una expresión adusta. —Majestad —repuso—, si el rebelde fuera el menor de nuestros servidores no estaría yo ante el Trono del Dragón. Pero con quien el eunuco mayor, Li

Lien-ying, se muestra rudo e insolentísimo es con la emperatriz viuda, corregente de la nación. La emperatriz observó: —Si es así, ¿por qué mi hermana en la regencia no me presenta sus quejas personalmente? ¿No soy generosa con ella en todos los sentidos? ¿He faltado, en nuestra relación, alguna vez a mis deberes? No lo creo. Si no puede ejecutar las ceremonias y ritos, ello consiste en que su salud es frágil y su cuerpo débil, aparte de que padece de depresión de ánimo. Por eso me ha sido preciso sustituirla. Si de algo se queja, que acuda a mí. Alzó la mano derecha y despidió al príncipe, que se alejó seguro de haber incurrido en el desagrado de la emperatriz, la cual tuvo la sensación de que Kung le había echado a perder el día. Ya no tenía deseo alguno de pasear por los jardines, aunque las recientes tempestades de arena y viento habían refrescado el aire y un sol sin nubes embellecía cielos y tierra. Se encaminó a un palacio distante y se recluyó en él. La envolvía la soledad como un inmenso manto. Ya no soñaba en el amor y sólo el temor la embargaba. Pero, para que el temor bastase al alma, había de ser absoluto y no llegaba a eso. Nadie debía —y esa consideración mitigaba las inquietudes— quejarse de ella ni de quienes la servían. Haría callar toda lengua que no la lisonjeara. Y, sin embargo, prefería la clemencia, si con la clemencia tenía suficiente. Fue con sus damas al templo budista que había en el imperial recinto y quemó incienso ante Kuan Yin, su diosa predilecta. Arrodillose ante la imagen de la deidad, suplicándole que iluminara su corazón y la enseñase a ser piadosa. Impetró también de su protectora que llamase a Sakota al sendero de la gracia, haciéndole ver que ante todo debía salvar la vida. Fortalecida por sus plegarias, la emperatriz envió emisarios al Palacio Oriental para anunciar su visita. Llegó al crepúsculo, pasó y encontró a Sakota acostada en el lecho, bajo una colcha de ambarino raso. La corregente dijo con voz plañidera: —Hoy quise levantarme, hermana, pero las piernas se negaron a obedecerme. Me duelen tanto las articulaciones, que no me

atrevo a dar un paso. La emperatriz se sentó en un sillón que le acercaron y despidió a sus damas. Quería quedar sola con aquella mujer tan débil. En cuanto no hubo presente nadie extraño, habló con tanta franqueza como cuando las dos eran niñas y vivían bajo el mismo techo. —Sakota-empezó-no acepto mensajeros de quejas. Si estás descontenta, dime lo que quieres. Cedería en todo lo que pudiera, pero no consentiré que siembres disensiones en Palacio. ¿Habría infundido el príncipe Kung energías en aquella pobre mujer? ¿O estaría desesperada y ello le daría fuerzas? Lo cierto fue que, al oír aquellas palabras, se incorporó sobre un codo, miró a la emperatriz con opacos ojos y contestó: —Has olvidado, Orquídea, que, según toda ley y derecho yo soy superior a ti. Eres una usurpadora y no faltan quienes me lo adviertan. Aunque pienses otra cosa, tengo amigos y partidarios. Si hubiese visto a una gata convertirse de repente en fiera, la emperatriz no hubiera quedado más asombrada. Se levantó de su asiento, cogió por las orejas a Sakota y la zarandéó. —¡Sabandija! ¡Inútil! —exclamó, apretando los dientes—. ¡Desgraciada ingrata! ¡Y pensar que todavía procuro ser buena contigo! Sakota, viéndose maltratada, alargó el cuello y mordió a su prima en la parte carnosa del dedo pulgar. Tanto apretó que la emperatriz hubo de soltar su presa. La sangre corría por su mano, se deslizaba por la muñeca y empezaba a empapar su vestido de imperial raso amarillo. Sakota dijo con voz rabiosa y atropellada: —No siento lo ocurrido. Me alegro de ello. Quedas enterada de que no soy una mujer indefensa. La emperatriz no respondió palabra. Tomó el pañuelo de seda que colgaba de su botón de jade y con él se vendó la mano herida. Siempre sin hablar, salió de la estancia con majestuoso paso. Fuera, eunucos y mujeres formaban grupos y aplicaban el oído a puertas. Al verla, todos retrocedieron y sus damas permanecieron cerca de ella, con el rostro grave y los ojos muy abiertos. Se limitaron a inclinarse mientras ella pasaba. Luego, en silencio, la siguieron. ¿Quién se

atreve a ser irreverente con un tigre cuando éste va a entrar en batalla? Volvió la emperatriz a su palacio. En el corazón de la noche permaneció sola y pensativa, apoyándose contra el pecho la mano lesionada. Finalmente tocó su pequeño batintín e hizo que acudiera Li Lien-ying. El eunuco entró y se detuvo ante ella. Estaban solos. Aquellos dos seres vivían constantemente unidos. Y ya él sabía, por lo que le dijeron los que habían escuchado, todo lo sucedido. —Os duele la mano, majestad —dijo. —Sí —repuso ella—. El mordisco de una mujer es peor que la picadura de una víbora. —Permitid que os vende la herida —rogó el eunuco— Tuve un tío médico y de él aprendí cierta destreza profesional. La emperatriz permitió a su eunuco mayor que le quitase el pañuelo de seda. Hízolo él con la mayor delicadeza. Puso en un vaso agua caliente, tomada del recipiente que siempre estaba sobre un braserillo, y añadió agua fría en cantidad bastante para que el líquido tibio no hiciese más que calentar ligeramente la carne. Después que el agua hubo reblandecido la costra formada ya, el eunuco lavó la herida y la secó con una toalla. Luego preguntó: —¿Podéis soportar más dolor, majestad? —¿Necesitas preguntarlo? —contestó ella. —No. Tomó entre el pulgar y el índice una ascua del braserillo y la puso en contacto con la herida para desinfectarla. Ella no hizo movimiento alguno denotador de que nada le doliera ni gritó. En seguida Li Lien-ying dejó el ascua, abrió una caja que su señora le indicó y sacó un pañuelo blanco de seda con el que vendó nuevamente la mano dañada. —Un poco de opio esta noche, Majestad, y mañana se os habrá disipado el dolor —dijo el eunuco. Ella respondió: —Bien. Li Lien-ying permaneció a su lado. Ella meditaba. Dijérase que no sentía el dolor de la mano cauterizada. Al fin habló: —Cuando en un jardín hay un yerbajo qué estorba, ¿qué cabe hacer? —Arrancarlo. —¡Ay! —murmuró ella—. No puedo confiar más que en alguien que me sea infinitamente leal... —Ése soy yo, vuestro servidor. El eunuco, tras una reverencia, salió. La

emperatriz llamó a sus servidoras, quienes le prepararon una pipa de opio y la ayudaron a acostarse. Y, aspirando el humo dulzón, la emperatriz se quedó dormida prontamente, sin que la turbase pesadilla alguna. El décimo día de aquel mismo mes, Sakota, la emperatriz viuda, fue acometida de repentina y rara enfermedad que no pudo curar todo el celo de los médicos de la Corte. Antes que los remedios que la prescribieron hiciesen efecto alguno en sus órganos vitales, murió atenazada por terribles dolores internos. Una hora antes de morir, cuando ya sabía lo que la esperaba, se incorporó y pidió que le llevaran un escribano al que mandó redactar un edicto que debía hacerse conocer a todos. Las últimas palabras que Sakota ordenó anotar en el edicto, fueron éstas:

Aunque soy de salud sólida y habla contado alcanzar una edad avanzada me ha aquejado de repente una dolencia desconocida, excesivamente dolorosa, y parece que debo abandonar este mundo. La noche se acerca y toda esperanza se ha disipado. Tengo cuarenta y cinco años. Durante veinte he desempeñado el elevado cargo de regente del imperio. Muchos títulos me han dado y muchas recompensas a la virtud y a la gracia. ¿Por qué temer a la muerte? Pido que los habituales veintisiete meses de luto por una emperatriz sean reducidos a veintisiete días, para que el orden y sobriedad con que he vivido no se desmientan en mi hora final. No he buscado pompas ni vanos alardes en mi existencia, ni deseo que en mis exequias los haya.

El príncipe Kung expidió el edicto en nombre de la muerta. La emperatriz no alegó nada, aunque sabía que las últimas palabras equivalían a reprocharle sus extravagantes caprichos y su exagerado amor a la belleza. Pero guardó dentro de su corazón aquella amargura más y cuando, al otro año, cayó sobre la nación un nuevo desastre, ella achacó la culpa de ello al príncipe Kung. Lo que sucedió no fue cosa de poca monta. Los franceses reclamaban la provincia de Tonquín y la emperatriz envió, para desalojarlos, una flotilla de juncos. Los

franceses hicieron frente a tal escuadra y la desbarataron. La emperatriz, poseída de furiosa rabia, promulgó un edicto, redactado por ella misma, en el que acusaba al príncipe Kung de incompetencia, ya que no de traición. Empleó palabras clementes y suaves, pero el golpe que asestó era serio. Entre otras cosas el decreto decía:

Reconocemos los méritos anteriores del príncipe Kung y, por lo tanto, nuestra clemencia nos hace que le conservemos su principado hereditario, con todos los emolumentos inherentes, pero le privamos, a partir de ahora, de cuantos cargos ejerce y también de su doble salario.

A la vez que al príncipe Kung, la emperatriz destituyó también a varios de los que con él colaboraban. En su lugar puso al príncipe Ch'un, marido de su hermana y padre del emperador, adscribiéndole como colega a varios príncipes designados por ella misma. Los miembros del clan de la emperatriz se enojaron, porque las medidas tomadas hacían al príncipe Ch'un gobernador efectivo del Estado a las órdenes de la emperatriz. Los jefes de clan temían que Ch'un aspirase a implantar una dinastía propia, que suplantase a la de T'un Chih. Pero la emperatriz no temía a nadie en la tierra ni en los cielos. Habían desaparecido todos sus enemigos y ella estaba dispuesta a hacer frente a cuantos se la opusieran. Hízolos, pues, callar a todos. Pero no le convenía aparecer, sin razón, como una tirana. El censor Ehr-hsün le envió un memorial declarando que, si el príncipe Ch'un recibía tan gran poder, el Gran Consejo sería inútil. Ella recordó que aquel censor era hombre bueno, recto y experto, que había sido virrey de Manchuria y de la provincia de Szechuen. Por lo tanto, le respondió con prudencia y tacto. Luego, en un edicto que se hizo circular por todo el reino, la emperatriz indicó que nunca, ni por ley ni por costumbre, se había dado a un príncipe de la sangre tanta autoridad como tuviera el príncipe Kung. Pero ella le había autorizado plenamente, con miras a devolver a la nación su antigua fuerza

y su gloria. Añadía que, además, el nombramiento del príncipe Ch'un era solamente momentáneo. El edicto acababa así:

Vosotros, príncipes y ministros, no comprendéis los grandes y numerosos problemas con que nos hemos de enfrentar sin ayuda de nadie. En cuanto al Gran Consejo, guárdense los que lo componen de buscar en la autoridad del príncipe Ch'un un pretexto para eludir su responsabilidad. En conclusión, deseamos que, en lo por venir, los ministros presten más atención a los motivos que pueden encubrirse tras los actos de la soberana, lo que se probará absteniéndose de incomodarnos con extemporáneas quejas. En consecuencia, rechazamos desde ahora toda clase de memoriales.

Era costumbre de la emperatriz escribir en estilo claro y firme, sin perder tiempo en palabras ceremoniosas. Cuando príncipes y ministros recibieron el edicto, no hallaron más recurso que guardar silencio. Y merced a él pudo la emperatriz gobernar durante siete años como graciosa y absoluta tirana.

Y aquellos años fueron buenos. La emperatriz, circundada por el mutismo de sus ministros y príncipes, daba pocas audiencias. Sin embargo, observaba cuidadosamente las ceremonias rituales y atendía a cuanto que juzgaba deseo del pueblo. Hacía proclamar todas las fiestas oportunas y muchas especiales. Los cielos aprobaban su reinado, porque en aquellos siete años no hubo inundaciones ni sequías y las cosechas fueron abundantes. Tampoco sobrevinieron guerras en el reino. Los extranjeros se mantenían en distantes puntos del territorio, pero no provocaban batallas. Además, desde que gobernaba por el temor, la gente no se entregaba a rumores que pudieran llegar a sus oídos y los consejeros, si tenían opiniones discrepantes, las ocultaban dentro de sus mentes. A favor de tanta tranquilidad la emperatriz pudo dedicarse sin obstáculos a la realización de su sueño. Quería iniciar y completar la construcción del nuevo Palacio de Verano. Decidió que su plan se hiciera público y, cuando el pueblo lo conoció, mucha gente

envió presentes de oro y plata y las provincias doblaron sus tributos. En edictos que dirigió a sus súbditos les anunciaba, a más de darles las gracias, que el Palacio de Verano se convertiría en su personal retiro cuando entregase el Trono a su legítimo heredero, el joven emperador Kwang Hsü, su sobrino e hijo adoptivo. Tal hecho se produciría cuando el heredero cumpliera diecisiete años. Así logró la emperatriz que llegase a parecer legítima al pueblo la ilusión que albergaba, como ya se lo parecía a ella misma. Y entonces acometió, como un placentero deber, la tarea de diseñar y ordenar la construcción de vastos palacios magníficos y bellos que diesen satisfacción a su alma. Eligió como emplazamiento el mismo lugar antaño escogido por Chien Lung. Este emperador fuerte, hijo de una fuerte madre, construyó aquel palacio de placer tal como su progenitora quiso. Aquella dama había estado una vez en Hang-Chen, ciudad de pura belleza, admirándose de las magníficas casas de placer emplazadas allí. Y tanta fue su admiración, que su hijo acabó prometiéndole erigir un palacio del mismo estilo en las cercanías de Pequín. Aquél fue el Palacio de Verano, en que Ch'ien Lung acumuló toda clase de comodidades y gracias, además de concentrar allí tesoros procedentes de todos los lugares del mundo. Pero tan soberbio conjunto había sido destruido por orden del jefe inglés lord Elgin, sin que quedasen más que las invencibles ruinas. El mismo emplazamiento eligió la emperatriz cumpliendo de este modo, no sólo su deseo, sino la voluntad de sus antecesores. Con inimitable gusto incluyó en sus planes el templo de los Diez Mil Budas, erigido por Ch'ien Lung y que no habían destrozado los extranjeros, y los pabellones de bronce, que no pudieron abrasar las llamas, y asimismo el bello y plácido lago. Pero existían otras ruinas que no podían reconstruirse ni eliminarse. Ella decidió que se dejasen en pie, para que los hombres pudiesen meditar sobre el fin de la vida y recordar que también los palacios estaban expuestos a ser destrozados por el tiempo o

por los enemigos. En la región sudoriental del lago quiso que se construyesen su palacio y el del emperador. De este modo vivirían cercanos pero no juntos. Allí instaló también un vasto teatro para poder, en su vejez, consagrarse a su pasatiempo favorito, el de presenciar representaciones escénicas. Junto a las puertas de mármol, y bajo su azul tejado, se alzaban los muros del edificio del salón de audiencias, ya que era opinión de la emperatriz que los gobernantes debían estar dispuestos a escuchar a sus súbditos, ministros y príncipes en todo momento, incluso durante sus etapas de descanso. Aquel salón de audiencias tenía majestuoso aspecto y amplitud. Había en él maderas labradas, preciosas lacas cubrían muebles y ornamentos, y en las puertas de cristal se leían inscripciones relativas a los méritos de la longevidad. Ante el edificio se abría una amplia terraza, terminada en una escalera cuyos marmóreos peldaños comunicaban con las aguas del lago. Pájaros y otros animales de bronce decoraban la terraza y en verano piezas de seda entoldaban las frescas galerías que corrían junto a las tapias. En la zona occidental de aquella parte del recinto la emperatriz levantó su morada. Un edificio seguía a otro y los rodeaban columnas por las que la emperatriz gustaba de pasear, meditando. Si llovía, placíale mirar las aguas del lago y las copas goteantes de los cipreses. En el estío ordenaba cubrir con alfombras de fresca hierba todos los patios y los convertía en cuartos exteriores, en los que abundaban las flores y había peñascosas grutas. Amaba entre todas las flores las pequeñas orquídeas verdes a las que debía su nombre de niña. En torno al lago hizo construir una columnata de una milla de extensión, por la que solía pasear a veces, contemplando la montaña de peonías que había hecho levantar y en la que crecían también oleandros y granados. Cada vez amaba más la belleza, y hasta de un modo exclusivo, pensando que sólo la belleza merecía la pena de ser amada. Animada por la buena voluntad de su pueblo, la emperatriz cada vez sentía

más intenso afán de magnificencia. Protegían su lecho amarillas colgaduras de raso, donde habilísimas bordadoras reprodujeron bandadas de aves fénix en pleno vuelo. La soberana hizo llevar de todos los puntos del mundo occidental profusión de relojes de oro con engastes de piedras preciosas. Algunos tenían artificiosas combinaciones de pájaros que cantaban y gallos que lanzaban su quiquiriquí. Otros descansaban sobre pequeñas corrientes de agua que ponían en movimiento sus mecanismos, Aparte de tales entretenimientos, la emperatriz se procuró una rica biblioteca, envidiada por los más célebres intelectuales. En ella pasaba horas ente* ras leyendo. Doquiera que dirigiese los ojos siempre hallaba su vista las aguas azules del lago. En el centro de éste había una isla, con un templo dedicado al Rey Dragón, y conducía a él un puente con diecisiete arcadas de mármol. Bordeaba la isla una playeta en cuya menuda arena aparecía, medio enterrada, la sacra vaca de bronce de Ch'ien Lung, efigie que había resistido intacta largos siglos de inundaciones. La emperatriz mandó tender muchos puentes sobre lagos y arroyos para poder llegar con facilidad a todos los parajes del imperial recinto. Pero había un puente que prefería a los otros y que formaba en el centro como una corcova, elevándose hasta treinta pies de altura. Desde allí la alegraba contemplar las pagodas, techumbres y terrazas de su vasta posesión. Arrullada por aquellas bellezas dejó transcurrir un año tras otro, hasta que un día su eunuco, cuyo deber era recordarle lo que a ella se le olvidaba, la indicó que se acercaba el momento en que su sobrino, el emperador Kwang Hsü, iba a cumplir los dieciocho años. Procedía, por lo tanto, escogerle una consorte. Aquel día la emperatriz estaba vigilando la terminación de las obras de una nueva pagoda, erigida en la picuda cumbre de una montaña, a espaldas del Palacio de Verano. La soberana comprendió en el acto que Li Lien-ying tenía razón y que no convenía seguir demorando el casamiento del heredero. Rememoró la atención que había puesto en la

búsqueda de consorte para su verdadero hijo. Ahora no había de ser así. Bastaba dar con una mujer que fuera fiel a la emperatriz, que la amase y que no resultara una Alute. —Sólo aspiro ahora a vivir en paz —dijo la emperatriz al eunuco—. Busca la mujer que quieras, con tal que no nos salga una Alute y acabe por enamorarse del emperador. No puedo soportar las ludias inútiles ni deseo verme perturbada por el amor o el odio. Li Lien-ying estaba engordando mucho y quizá se la dificultad con que se arrodilló ante ella Pero, en realidad, lo que tenía el eunuco probablemente era desazón ante el encargo que le confiaba la emperatriz. Por lo tanto, ella le mandó levantarse y descansar mientras pensaba en los nombres que debía sugerir. El eunuco se incorporó muy a su satisfacción. Respiraba con alguna dificultad. Suspiró y comenzó a abanicarse. Hacía un calor prematuro para la primavera, y árboles y arbustos estaban floreciendo ya. —Majestad —dijo Li Lien-ying, tras larga reflexión—, ¿por qué no buscar a esa joven, no bella, pero sí buena, que tiene por hija vuestro pariente el duque Kwei Hsiang? La emperatriz palmoteó con aprobación y miró afectuosamente el feo rostro del eunuco. —¿Por qué no? —apoyó—. Esa dama figura entre las más jóvenes de la Corte y es callada y diligente, modesta y muy apegada a mi persona. La considero mi favorita porque sabe hacer olvidar su existencia. Li Lien-ying preguntó: —¿Y las concubinas imperiales? —Mencióname unas cuantas muchachas bonitas —murmuró descuidadamente la emperatriz, volviendo a fijar los ojos en la techumbre superior de la pagoda, alta sobre los pinos de la ladera. —Procura sólo que no sean inteligentes. El eunuco dijo: —Majestad, el virrey de Cantón merece recompensa, porque sabe tener a raya a los rebeldes, siempre inquietos en esas provincias. Y yo sé que tiene dos hijas, una linda y otra muy rolliza, y las dos sin inteligencia. La emperatriz contestó como al descuido: —Las nombraré. Prepárame el decreto. Con esta orden, Li Lien-ying se levantó trabajosamente, entre grandes

suspiros. Ella rió y él se sintió complacido. Manifestó, pues, que su Vieja Buda no debía preocuparse por cosa alguna, porque él lo arreglaría todo y sólo faltaba que ella determinase el día de la boda. —¿Cómo te atreves a llamarme Vieja Buda? —reprendióle la emperatriz, apuntándole con el meñique, Él respondió, jadeante por el asma: —Majestad, así os llama la gente desde que invocasteis y trajisteis la lluvia él pasado verano. Era cierto. El pasado verano siguió a un invierno sin nieves. En primavera el cielo continuaba endurecido como un inmenso zafiro azul. Ni siquiera el estío trajo lluvia alguna. Entonces la emperatriz decretó ayunos y plegarias generales y ella misma rezó y ayunó e impuso que la Corte lo hiciera. Y al tercer día se ablandó Buda, se abrieron las fuentes del cielo y vertieron beneficiosos chubascos. La gente, satisfecha, se precipitó a la calle, bebió la bendita lluvia, se lavó con ella las manos y caras, alabó el gran poder que tenía la emperatriz incluso ante los dioses, y clamó: —¡Es nuestra Vieja Buda! Desde entonces el jefe de eunucos la daba siempre ese nombre. Tal lisonja era excesiva y a ella, que lo sabía, le agradaba. ¡Vieja Buda! Era el supremo nombre que el pueblo chino podía dar a su gobernante, porque equivalía a equipararle a un dios. Ella casi había olvidado a la sazón que era mujer. A sus cincuenta y cinco se consideró más allá de todo eso, como Buda lo está. A la sazón dijo, riendo: —¡Largo de aquí, monstruo! ¡Quién sabe la enormidad que se te ocurrirá después! Y cuando él partió, la emperatriz comenzó a pasear, solitaria, por los fabulosos jardines que había hecho plantar. El sol iluminaba su rostro, que ya envejecía y centelleaba en sus brillantes adornos y vestiduras, siempre vistosos, según su gusto. A la distancia que les exigía seguíanle, cual de costumbre, sus damas, que parecían un afanado enjambre de mariposas.

Se acercaba el día de la boda, día malhadado y no bendecido por los cielos. Los presagios no eran buenos. La noche anterior sopló un devastador viento norte y arrancó las esterillas que los

eunucos habían montado en soportes junto a la entrada principal del patio mayor de la Ciudad Prohibida. La emperatriz había decretado que se celebrasen las ceremonias nupciales. Vino la aurora, lívida y sombría. Cayó desde muy temprano una pertinaz lluvia. Las rojas luces de la fiesta no disipaban las sombras y los dulces de boda estaban reblandecidos por la lluvia. Cuando la novia entró en el vasto patio y se sentó junto al novio, éste volvió la cabeza con disgusto. La emperatriz, viendo ofendida así a su elegida, hubo de reprimir con un violento esfuerzo la exteriorización de la rabia que hervía en sus venas y llenaba su corazón, haciéndola concebir verdadero odio contra aquel sobrino que así la desairaba. Y allí permanecía él, un muchacho pálido y mimbrenño, débil, imberbe, de manos siempre temblorosas y, sin embargo, obstinado. ¡Aquél era el heredero que ella había elegido para ocupar el Trono! Su debilidad equivalía a un reproche y su terquedad le deparaba un enemigo. La emperatriz refrenó su secreta furia, mientras las lágrimas corrían por la macilenta faz de la joven desposada. Siguiéron los ritos. La emperatriz se mostraba indiferente. Cuando terminó la jornada, dejó la Ciudad Prohibida y se encaminó al Palacio de Verano, que iba a ser su residencia desde entonces. Ya allí, en el primer mes de su quincuagésimo sexto año, anunció por edicto que por segunda vez dejaba la Regencia y que en lo sucesivo el emperador ocuparía solo el Trono. Ella, afirmó, moraría fuera de la Ciudad Prohibida. Hizo llevar a continuación sus muchos tesoros al Palacio de Verano, donde se proponía vivir y morir, contra el consejo de sus príncipes y ministros. Todos ellos deseaban que, la emperatriz, por lo menos, contribuyese al manejo de las riendas del gobierno, ya que el emperador tenía la voluntad débil y a la vez era muy testarudo, combinación peligrosa que motivaría muchas concesiones y torpezas. Y todas coincidían en un punto. —Se deja llevar demasiado de sus ayos, K'ang Yu— wei y Liang Ch'i-Ch'ao. El jefe de censores añadió: —Además, le

gustan en exceso los juguetes extranjeros. Aunque ya se haya hecho un hombre, le entusiasma poner en marcha sus trenes de juguete, dándoles cuerda con una llave o encendiendo un pequeño fuego en las máquinas, con lo que hace correr sobre vías los diminutos convoyes. Pero dudamos que eso lo haga por mero juego. Tememos que en lo futuro se proponga construir ferrocarriles a estilo extranjero en nuestro antiguo suelo. Ella reía, sintiéndose muy contenta al pensar que iba a vivir descargada de cuidados y preocupaciones. —Eso es asunto vuestro, señores y príncipes —declaraba siempre—. Entendeos con vuestro soberano y dejadme descansar. Todos se sentían turbados, y más sabiendo que Jung Lu y el príncipe Kung habían sido alejados de la Corte. —Pero —insistían— si el joven emperador nos defrauda, ¿cómo acudiremos a ti, venerable madre? —No estoy en un país extranjero, sino a nueve millas de distancia —respondió la última vez la emperatriz—. No permitiré que se os decapite mientras me seáis leales. Dispongo de eunucos, espías y cortesanos. Lucían sus ojos, y sus labios, aún rojos como los de una joven, se curvaban y sonreían. Viendo su buen humor, todos se tranquilizaron y partieron con más confianza. Ella les permitió salir, uno a uno, aunque mantenía su vigilancia sobre ellos a través de los informadores con que contaba en todos los palacios. Así supo que el emperador no se avenía con su consorte, que los dos habían disputado y que el emperador vivía con sus dos concubinas, llamadas Perla y Lozana. Li Lien-ying, al relatar los chismorreos cortesanos en su diaria conferencia con la emperatriz, la tranquilizó: —Como no son inteligentes —expuso—, no debemos temerlas. Ella repuso con indiferencia: —Lo que harán será corromperle. No confío en él ni en hombre alguno. Mas su actitud era fingida. Sus ojos, por un momento, se tornaron opacos y sin expresión. Se levantó y apartó la cabeza, murmurando únicamente: —Dejémoslo. Pero seguía siendo tan enérgica en sus mandatos como lo pudiera ser cualquier

gobernante. Los príncipes de su clan de Yehonala le presentaron un memorial pidiendo que se elevase el título del príncipe Ch'un, padre del emperador, para que éste pudiese mostrar así su piedad filial colocando a su padre en un puesto más alto que el suyo propio, según la ley de las generaciones. Mas la emperatriz se negó. La línea imperial había de transmitirse a través de ella y no de nadie más. El emperador lo era porque ella le había adoptado y debía tenérsela, en consecuencia, como su imperial antecesora. Con todo, y usando su clásica gracia, no quiso efectuar nada que pudiera ofender al príncipe Ch'un, a quien había elegido como esposo de su hermana muchos años antes. Alabó, pues, al príncipe, encomió su acendrada lealtad y terminó diciendo que él, en su modestia, rehusaba. Declaró, por edicto: «Siempre que he deseado otorgar algo al príncipe Ch'un, él lo ha rechazado con lágrimas en los ojos. Hace mucho le concedí el derecho de utilizar un palanquín con cortinillas de color amarillo de albaricoque, de categoría imperial, y ni una sola vez se ha aventurado a hacerlo. Eso prueba su inequívoca modestia y su lealtad con el pueblo y conmigo.» Pocos años después de publicado aquel edicto, el digno príncipe cayó mortalmente enfermo, la emperatriz se había entregado tan profundamente a la vida plácida que ni siquiera se molestó en visitarle, aun cuando era su cuñado. Recordáronle los censores su deber y ella les contestó agriamente, diciéndoles que se ocupasen en sus propios asuntos, porque ella sabía muy bien lo que debía hacer y lo que no. Sin embargo, el exceso de su mismo enojo acabó convenciéndola de que no debía extremarlo, y por lo tanto, visitó al príncipe Ch'un y siguió haciéndolo a menudo hasta que en el verano siguiente el príncipe murió. Entonces ella, en su «Decreto relativo a la defunción del príncipe Ch'un», elogió altamente la forma en que el muerto había desempeñado sus deberes de chambelán de Palacio, comandante de la armada y jefe general de las fuerzas manchurianas de campaña, con

todos cuyos títulos le había distinguido ella. Además la propia emperatriz se ocupó en los detalles del funeral. Regaló un manto sagrado para que cubrieran el cadáver y mandó a sus sirvientas que bordaran en la tela muchas inscripciones con plegarias budistas. Y cuando ya estaba el príncipe en la tumba, todavía hizo más la emperatriz en su favor. Y fue dividir el palacio del difunto en dos partes uno para su familia y clan, y otra —que era aquélla en que el joven emperador había nacido y de donde ella le sacó en secreto una lejana noche—, para que fuera convertida en santuario imperial. Corrían los años y advino el día en que aquella honorable emperatriz debía celebrar su sexagésimo aniversario. Con incomparable vigor había estimulado la total terminación del Palacio de Verano, aquella mansión de paz y belleza que reservaba para su vejez. Por orden suya, que el joven emperador no osó desobedecer, todos los departamentos gubernamentales hubieron de aportar a la soberana tesoros para aquellas construcciones. Al fin, cuando todo estuvo concluido, la emperatriz sintió un último capricho: construir en medio del lago una vasta barca de mármol unida a la orilla por un puente, igualmente marmóreo. ¿De donde había de sacarse el dinero necesario para aquel trabajo nuevo? El emperador suspiró y movió turbado la cabeza al recibir el mensaje de su madre adoptiva. Como resultado, decidió expresarle sus dudas, expuestas en delicadas y filiales, palabras. Más ella se enfureció y rasgó las hojas de papel de seda. Tiró los fragmentos al aire y cuando cayeron al suelo ordenó a un eunuco que los barriese y echara al fuego de la cocina. —¡Ese haragán de mi sobrino sabe dónde puede encontrar el dinero! —afirmó a voz en grito. Desde que se sentía vieja bastaba que le negasen o aplazasen la satisfacción de sus deseos para que se entregase a locos accesos de rabia, con voces y chillidos. Nunca le había sucedido cosa igual, salvo en su niñez. Ello sorprendía y aun pasmaba a todos. Li Lien-ying procuró calmarla. —Si vuestra majestad sabe dónde está el

dinero, dígalo y lo tendrá. El asma hacía jadear al eunuco. —¡Odre hinchado de viento! —rugió la emperatriz—. ¿No sabes que hoy todos los fondos se destinan a la armada? Era cierto que la tesorería de Marina contaba con millones de dólares en lingotes de plata, y a eso se debía la excusa del emperador. Porque en aquellos años también los hombres diminutos de la isla de los mares del Este amenazaban con la guerra en las costas chinas. Aquellos insulares estaban acostumbrados al mar y a los buques, mientras los chinos, hombres de tierra, no poseían más barcos que los viejos y toscos juncos en que vivían los pescadores y sus familias y los hombres que traficaban por vía acuática. Pero los juncos no servían más que para el cabotaje. En cambio, los enanos de las islas orientales, a quienes los chinos llamaban japoneses, habían aprendido a fabricar vapores de guerra en cuyas cubiertas montaban cañones como los blancos hacían. Los ciudadanos de todas las naciones chinas, muy alarmados, se habían apresurado a reunir fuertes sumas que remitían a su gobernante. Las colectas empezaron en tiempo de la emperatriz y seguían enviándose al emperador, para que el Trono construyese una marina de guerra, con buques de hierro y cañones extranjeros. De este modo, cuando los hombres de las islas orientales atacasen, serían rechazados. La emperatriz añadió, con intenso desprecio: —¿Es que hemos de temer a esos enanos isleños? Podrán hostigar las costas, pero nuestro pueblo no les permitirá adentrarse en el país. Es necedad gastar nuestro oro en barcos extranjeros, que no valdrán más que los juguetes que tan gratos son al emperador porque proceden de otros países. Digo que son, porque creo que todavía juega con ellos. Y aún agregó la emperatriz, airada por el mensaje recibido: —Apostaré a que mi sobrino quiere esos barcos para jugar, sólo que ahora surcando los mares. ¡En eso quiere dilapidar los imperiales tesoros! Tan insistente se mostró, que el emperador acabó por ceder, contra el consejo de sus profesores, y la emperatriz consiguió su barca

de mármol. Y en esa barca planeaba festejar su sexagésima fecha de cumpleaños. En el décimo mes lunar de aquel año todo quedó dispuesto. Habría treinta días de celebraciones, fiesta oficial en toda la nación y muchos premios, recompensas y honores para los súbditos leales. Para pagar los gastos de tan grandes festivales los funcionarios fueron invitados a entregar la cuarta parte de sus salarios del año, y la emperatriz anunció que no rechazaría regalos y donativos antes de su cumpleaños, a fin de que todos pudieran gozar de las fiestas y diversiones que se preparaban. Dentro de su corazón la emperatriz proyectaba proporcionarse otro placer privado. En todos los años pasados desde que privó a Jung Lu del poder, a causa de una concubina, ella no había vuelto a ver a su primo. Mas la concubina había muerto, y con ella la ira de la emperatriz, la cual no veía ya motivo para seguir castigándose al castigar al hombre a quien amaba. Pasada la edad de los amores, Jung Lu y ella podían reanudar su amistad como primos. Por una vez la emperatriz dejó que el sentimiento se sobrepusiese a los dictados de su hábil cerebro. Una débil llama refulgió entre las cenizas de su corazón. La emperatriz encontró dulce pensar que iban a volver a verse, que se sentarían juntos, olvidando sus mutuas locuras, y que hablarían de lo que eran ahora que ella cumplía sesenta años y él los tenía rebasados hacía tiempo. Le escribió, pues, sin dar a su carta forma de decreto. Su pincel trazó con delicados trazos el texto de la comunicación:

No te dirijo estas líneas como un decreto —empezaba—. Me limito a saludarte e invitarte a que nos veamos con el corazón tranquilo y la mente en paz y entregada a prudentes pensamientos. Ven a las ceremonias de mi sexagésimo aniversario y pasaremos una hora juntos antes de asistir a las ceremonias de la Corte.

Añadíale que fuese a verla la víspera de su cumpleaños a media tarde. Ella le esperaría en su biblioteca. Sabiendo la aversión que Jung Lu sentía por los eunucos, envió previamente

a Li Lien-ying a examinar en la ciudad ciertos jades recién llegados del Turquestán. Hacía una bella tarde de un cálido día sin viento. Corrían las últimas semanas de otoño. El sol iluminaba los patios de Palacio, ornados con millares de crisantemos tardíos. El mes era ya el décimo del año, pero los jardineros de la Corte alargaban la vida de las flores, para que la emperatriz pudiese tenerlas siempre adornando su biblioteca. La emperatriz se sentó allí, cruzadas las manos sobre el regazo. Vestía de amarillo color imperial, con aves fénix azules bordadas en la tela. Era la tercera hora de la tarde cuando oyó en las galerías rumor de pisadas. Las damas abrieron la puerta y penetró en la estancia Jung Lu. Se sintió abatida al notarse otra vez emocionada. «Aquíétate, corazón», se dijo. Jung Lu seguía siendo el más hermoso de los hombres. Pero tenía el aspecto grave, vestía una larga túnica de raso azul oscuro y llevaba un gorro negro. Ornábase su pecho de raso carmesí y en su mano un cetro de príncipe señalaba el muro alzado entre los dos. La emperatriz permaneció inmóvil hasta que él se acercó. Se miraron y Jung Lu se aprestó a arrodillarse en muestra de su antigua obediencia. Ella se lo impidió con un ademán, descendió de su trono, tomó la manga de su primo entre el pulgar y el índice de la mano derecha y le condujo hasta las cercanas sillas, donde hizo signo de que se sentara. —Quítate esa pieza de jade —mandó imperiosamente. Jung Lu la depositó, como si fuera una espada de castidad, en la mesita que había entre los dos. Luego esperó a que ella volviese a hablar. —¿Cómo has vivido este tiempo? —pregúntole la emperatriz con voz tierna. Y en sus ojos se pintó una repentina ternura. —Majestad... —empezó él. —No me llames majestad. Él inclinó la cabeza y dijo: —Yo soy quien debo querer saber cómo has estado tú. Aunque ya lo veo. Estás lo mismo que la imagen que he llevado todos estos años dentro de mi corazón. No hablaron de los años transcurridos. ¿Para qué ocuparse en lo pasado? Ninguna alma se interponía entre las suyas. Cuando

estaban juntos, no existía nadie más. Mirándole francamente con ojos bellos como la juventud y sabios como la vejez, la emperatriz comprendía que no había otro hombre como aquél, que era de su propia carne. Resultaba extraño poder mirarle con un amor sin ansia carnal, todo serenidad y consuelo. Suspiró, sintiendo que la invadía una dicha íntima y suave. —¿Por qué suspiras? —inquirió él. —Porque esperaba hablarte de muchas cosas y ahora veo que es innecesario, puesto que sabes de mí todo lo que hay que saber. —Y tú cuanto hay que saber de mí —repuso Jung Lu—. Soy para ti el mismo que era cuando nos conocimos. Ella no respondió. Bastaban aquellas palabras. Los años consumidos en palacios donde hasta las paredes tienen oídos habían puesto en sus labios la costumbre del silencio. Permanecieron callados un prolongado espacio, sintiendo sus almas renovadas por tal comunicación. Ella habló al fin, con voz dulce y humilde: —¿Tienes algo que decirme? En estos años en que no te he tenido, no he querido escuchar el consejo de ningún príncipe. Él movió la cabeza. —Has gobernado bien. Ella leyó en los ojos de él algo escondido que no le diría nunca. —Tú y yo siempre nos hemos hablado con confianza. ¿Qué he hecho que tú no apruebes? —Nada. No quiero disgustarte en el día de tu cumpleaños. ¿No vas a gozar del privilegio que en un día como éste puede tener hasta el menor de tus súbditos? Ella comprendió que tenía razón. Era la celebración de su cumpleaños. No obstante, le instó: —¡Vamos! La verdad, la verdad... Jung Lu repuso, contra su voluntad. —Conozco tu sentido de la sabiduría. Por eso creo que si los japoneses, atrincherados en el débil estado de Corea desde que lo invadieron el verano pasado, inician un asalto nuevo y nos derrotan, no creerás oportuno entregarte a ningún regocijo. Ella reflexionó y, bajando los ojos, permaneció inmóvil durante un espacio de tiempo. Suspiró. Levantose y lentamente se dirigió al Trono y volvió a sentarse. Él se acercó y se arrodilló, sin que la emperatriz lo impidiese. La emperatriz miró la ancha y

abombada frente de su primo y dijo: —A veces preveo tantas complicaciones futuras, que no sé ni a quién dirigirme. Cuando despierto por las noches y medito en el porvenir, veo cercanas, como al alcance de mi mano, las nubes que se concentran sobre nosotros. ¿Qué será del reino? Cuando mi cumpleaños haya pasado me propongo convocar adivinos que me predigan lo que va a acontecerme, por monstruosos que sean los males que nos amenazan. La voz fuerte y profunda de Jung Lu dijo: —Mejor que confiar en adivinos es estar preparados. Ella mandó: —Pues encárgate de la jefatura de mis fuerzas de la capital. Quiero tenerte cerca, para que me protejas como solías. Recuerdo aquella noche en las montañas, cuando yo volvía de Jehol. Entonces tu espada salvó mi vida y... la de mi hijo. Sentía una fría amargura al haber de retener en su corazón las palabras que anhelaba pronunciar: «Salvaste a nuestro hijo». Pero no hablaría. Aquel hijo estaba muerto y enterrado. Había sido emperador y pasado por hijo de emperador. No sacaría su recuerdo de la tumba imperial. —Acepto el encargo —dijo Jung Lu. Se levantó, asió con sus dos firmes manos su cetro de príncipe y salió.

Pero el cumpleaños de la soberana no había de celebrarse nunca. El pueblo había aportado mucho dinero para alzar arcos de triunfo en los caminos que desde la capital conducían a la Ciudad Prohibida. Se erigieron altares donde los sacerdotes budistas debían recitar sutras. Toda la nación, incluyendo los territorios exteriores, se preparó para regocijarse durante treinta días con motivo de la celebración del cumpleaños de la soberana. Pero antes de que comenzasen los festejos, la escuadra de las islas niponas cayó súbitamente sobre la armada imperial china, compuesta de juncos, y la destruyó por completo. El pueblo coreano, que estaba bajo la soberanía del Trono del Dragón, lanzó angustiosas peticiones de auxilio. Los nipones habían invadido su territorio y, a menos que los coreanos fuesen ayudados, dejarían de existir como nación

independiente. La emperatriz recibió tan desastrosas noticias, llevadas por presurosos mensajeros, muy poco antes del aniversario de su nacimiento, y sufrió un acceso de cólera. Su activa mente reconocía en el fondo que la culpa la tenía ella, por haber gastado los millones que hubiesen permitido a la tesorería de la armada construir barcos capaces de vencer y rechazar a los enemigos. Pero estaba en su naturaleza el reconocer sus faltas y no confesarlas si ello podía debilitar su poder imperial. El Trono había de permanecer inviolable y supremo. Sintió una devoradora ira contra sus enemigos y resolvió fomentarla dentro de sí. Empezó por no comer el primer día. Al segundo no durmió ni descansó. Pasó la jornada uniendo al desayuno continuos paseos por su habitación. Tampoco consintió que la divirtieran sus perros favoritos, ni los cantos de las aves de sus jaulas, ni la presencia de sus flores. No abrió un libro, ni desenrolló una pintura, ni se ocupó en ninguno de sus habituales pasatiempos. Paseó primero por la gran biblioteca y luego por los corredores. Y tanto lo hizo, que no tardó en saberse que la emperatriz estaba enfurecida. Nadie sabía cómo descargaría aquella furia. Pero tenía que descargar. En medio del torbellino que fermentaba en su cabeza en torno al conocimiento de quien tenía la culpa de lo que pasaba, resolvió buscar alguien en quien centrar su ira. Y no una sola persona, sino dos. Y decidió elegir primero a Li Hung-chang, su general de confianza. Mandó, pues, el eunuco mayor que le llamase y esperó, a la hora convenida, en su sala privada de audiencias. Antes ordenó que se dejaran las puertas abiertas, para que los ecos de su airada voz sonasen fuera y se difundiesen por toda la Ciudad Prohibida y toda la capital. Cuando el alto y recio general estuvo ante ella, le gritó, sin dignarse señalarle con los índices, y sí sólo con los meñiques, al extender la mano: —¿Cómo has dejado perder nuestra escuadra y sobre todo el *Kowshing*, nuestro excelente transporte de tropas? Ahora yace en el fondo del mar y ¿dónde hallaremos dinero para reponerlo?

¡Eso es lo que tu estupidez ha hecho a la nación! El general, sabiendo que convenía callar, permaneció silencioso y arrodillado, con las anchas vestiduras extendidas por el ¿helo. —¡Óyeme, insensato! Las palabras sonaron como una maldición. La emperatriz alargó hacia él los dos meñiques, como para apuñalarlo. —¿En qué has pensado todos estos años? ¡En olvidar el bienestar de la nación! Y en los vapores mercantes que has hecho navegar por nuestros ríos, y en los ferrocarriles extranjeros que has construido sabiendo lo que odio las cosas extranjeras. Sé también que has erigido en Shanghai una industria textil mecánica, con cuyos beneficios te lucras. ¿No sabes que una acendrada devoción al Trono del Dragón requiere todo el tiempo y todos los pensamientos? ¿Cómo has osado pensar sólo en ti mismo? Él siguió silencioso. Los meñiques de la emperatriz le amenazaban aún, mientras sus índices acuchillaban el aire. —Durante estos diez años hemos perdido muchas cosas exclusivamente a causa de tu avidez y egoísmo. Francia se ha apoderado de Anam y atacado Taiwan y sólo con grandes dificultades hemos podido evitar una guerra extranjera. ¿Por qué las naciones enemigas nos amenazan y asaltan? Porque nuestros ejércitos y flotas son débiles. Y de esto ¿quién tiene la culpa sino tú? Quedarás en tu puesto, haragán y traidor, pero por lo que no has hecho serás despojado de todos tus honores. Trabajarás como un esclavo y como tal serás castigado. Bajó las manos, respiró fuerte y repetidamente y despidió al general. —Vete a cumplir con tu deber —mandó—. Has de deshacer lo hecho. Procura obtener la paz con todo el honor que puedas salvar para nuestro soberano. El hombre se levantó, se sacudió el polvo de las rodillas y anduvo hacia atrás, inclinándose mientras lo hacía. Su cuadrada faz exteriorizaba una expresión paciente que afectó al corazón de la emperatriz. Aquel hombre, obediente a sus órdenes, le había salvado más de una vez, y ella le sabía leal. Algún día sería benigna con él, pero no entonces. Aún le faltaba descargar la parte más terrible

de su venganza y no quería ser blanda con nadie. Hizo llamar por escrito al emperador, poniendo el sello imperial al pie de su nombre. Pero, a poco de despachar el mensaje, un animado tumulto estalló en el Palacio de Verano. En el atardecer, mientras ella descansaba en el Pabellón de las Orquídeas, una de sus azafatas cruzó corriendo la puerta marmórea, de redondeados quicios. La mujer llevaba las ropas flotantes y el cabello en desorden. La camarera que, acurrucada, abanicaba a la emperatriz, extendió la mano recomendando silencio, en señal de que su señora dormía. Pero la dama, en su susto, no reparó en nada y chilló: —¡Majestad, majestad, he visto...! La emperatriz despertó de pronto, completamente despejada, como siempre, y fijó en la recién llegada una mirada penetrante. —¿Qué has visto? La dama jadeó: —Un hombre afeitado como un sacerdote... Se llevó las manos al pecho y comenzó a llorar de susto. —Pues sacerdote sería —apuntó la emperatriz. La mujer insistió: —No. Sólo llevaba afeitada la cabeza. Quizá fuera un monje tibetano..., pero no vestía ropas amarillas. Iba de negro de pies a cabeza. Era más alto que ningún hombre que haya visto yo y tenía las manos muy grandes. Y es el caso, majestad, que las puertas están cerradas, que no hay en el recinto más hombres que los eunucos. La emperatriz miró al cielo, en el que brillaba telón purpúreo del muriente crepúsculo, iluminando el patio del pabellón. En efecto, ningún hombre podía hallarse allí en aquel momento. Habló a la necia azafata: —Sueñas —dijo—. Los eunucos de guardia no dejarían entrar a ningún hombre. —Le-vi, majestad, le vi —insistió la mujer. —Pues voy a buscarle —dijo la emperatriz con firmeza. Mandó a la camarera que llamase el eunuco mayor. Cuando éste se enteró de lo sucedido convocó otra veintena de eunucos y todos, con linternas encendidas y espadas desenvainadas, llevando en medio a la intrépida emperatriz, iniciaron una búsqueda que resultó infructuosa. La emperatriz exclamó: —¡Esta dama ha tenido una pesadilla o bebido en exceso! Que los eunucos dejen

la tarea, Li Lien-ying, y tú acompáñame con una linterna. Él alumbró hasta que llegaron a la vasta biblioteca. Apenas había cruzado el umbral, la emperatriz divisó sobre la mesa una hoja de papel encarnado en donde, escritas en atrevidos trazos en tinta negra, se leían estas palabras: «Tengo vuestra vida metida en un puño». La emperatriz tomó el papel y lo arrojó a Li Lien—ying, después de leerlo dos veces. —¡Lee esto! —gritó—. Hay que reanudar la búsqueda. ¡En mi palacio se esconde un asesino! Las damas se agruparon en torno a la emperatriz, mientras Li Lien-ying salía presuroso, consolando a su señora con palabras y suspiros. —No os preocupéis, majestad, que a ese hombre lo encontrarán mis eunucos. Todos declararon que, puesto que el intruso de la cabeza afeitada no era una fantasía, darían con él rápidamente. Encendiendo una veintena de bujías, y rogándole que se acostase sin desazón alguna, porque la velarían toda la noche, los eunucos la acompañaron a su dormitorio. Más cuando entraron en él vieron una hoja de papel encarnado prendido de la almohada de raso amarillo. En el papel se leía escrito, con la misma caligrafía de antes, este aviso: «Cuando llegue la hora tiraré de la espada. Despierta o dormida, has de morir». Las damas gritaron, horrorizadas, pero la emperatriz se limitó a enojarse. Asió el trozo de papel, lo estrujó, entre las manos y lo tiró al suelo. Rió después y sus negros ojos centellearon. —Vamos —mandó—, tranquilizaos, hijas mías. Se trata de algún payaso que quiere embromarnos. Acostaos sosegadas, que yo voy a hacer lo mismo. Se elevó un coro de protestas. —No, majestad, no. Permaneceremos a vuestro lado toda la noche. Cedió, sonriente, y con su natural gracia se dejó desnudar y se acostó. Seis damas se instalaron en el propio dormitorio de la soberana, y allí se tendieron sobre esterillas que les llevaron las mujeres de servicio. Otras seis damas se retiraron a sus aposentos, donde pensaban dormir hasta medianoche, hora en que dejarían el puesto a seis azafatas más, que reposarían hasta que el día apuntara. Entretanto, Li

Lien-ying dispuso a sus eunucos en torno a las habitaciones imperiales, donde permanecerían toda la noche. Cuando llegó el alba la emperatriz despertó de un plácido sueño y bostezó tapándose la boca con la mano. Sonrió y dijo que la emoción producida por el episodio del hombre de la cabeza afeitada le había sentado bien. —Después de tanta indolencia en este palacio de placer, me siento hoy más activa —declaró. Ya bañada, vestida y adornada la cabeza con flores frescas, la emperatriz salió de su cámara para ir a tomar el desayuno. Miró alrededor a fin de cerciorarse de que todo estaba en su lugar. Y entonces descubrió entre los platos una hoja del mismo papel encarnado, de la noche anterior, con idéntica caligrafía vigorosa. Los negros trazos anunciaban: «Mientras tú dormías, operaba yo». Las damas prorrumpieron otra vez en gritos y no faltó alguna que llorase. Las camareras corrieron a ellas y les aplicaron golpecitos en las mejillas para calmarlas. Y afirmaban: —Hemos puesto ahora mismo los platos en la mesa y no había aquí nada ni vimos entrar a ningún hombre. —Ya le hallaremos —dijo la emperatriz, con el tono de quien se refiere a una cosa sin importancia. Otra vez hizo una bola con el papel y lo tiró al suelo. No permitió que se retirasen los platos, aun— que sus temblorosas damas se lo suplicaran, aduciendo que podían haber sido envenenados. Comió como de costumbre, sin notar la menor molestia. Durante todo el día continuó la busca. Nadie vio al hombre misterioso, pero se encontraron otras cuatro hojas de papel rojo en diversos lugares. Dos meses enteros prosiguieron los eunucos entregados a las pesquisas noche y día. Y eran las investigaciones diligentes, porque de vez en cuando un eunuco o una dama atisbaban a distancia al hombre de faz tan pálida como el cráneo y vestido de negro de pies a cabeza. Una azafata enfermó y acabó padeciendo trastornos mentales. Afirmaba que, al despertar una mañana, había visto la cara del hombre misterioso contemplándola. Ella lanzó un grito y entonces la figura desapareció. La dama creía que había

empezado a desvanecerse alzando la cabeza hacia el techo. Pero la emperatriz no tenía miedo, aunque no por ello los eunucos dejaban de montar guardia constante. Fuera de los muros de palacio nadie sabía nada, porque la emperatriz había prohibido que se hiciese comentario alguno. Convendría evitar que la gente perturbadora de fuera se enterase y pudiera suscitar agitaciones. Una noche, mientras la emperatriz dormía en su alcoba, los eunucos velaban, como siempre, en patios y antesalas. En las quietas horas de la madrugada oyeron de pronto el crujido de una puerta al abrirse. Luego la tenue luz de la luna dejó ver primero un pie, luego una pierna y al fin un muslo vestido de negro, que surgían por la angosta hendidura. Los eunucos saltaron sobre aquel ser enigmático, pero éste huyó. Sin embargo, los eunucos vigilaban por todas partes, y en uno de los jardines, tras una roca que la emperatriz hiciera llevar desde una distante provincia, los centinelas pusieron las manos sobre el hombre de la cabeza afeitada. Las voces y gritos de los eunucos despertaron a la emperatriz. Se levantó en el acto, porque había ordenado que en cuanto apresasen al desconocido le llevaran a su presencia. Sus mujeres la envolvieron en sus ropas y le pusieron en la cabeza la toca manchú. Un momento después la soberana se sentaba en el trono de su sala de audiencias. Allí le presentaron los eunucos al preso, a quien habían amarrado sólidamente. El hombre permaneció de pie ante la emperatriz, sin arrodillarse. Los eunucos le asieron por el cuello para forzarle a inclinarse, pero la emperatriz mandó: —Dejadle así. Hablaba con voz suave y fría. Miró a la alta figura, que tenía, en efecto, la cabeza afeitada. Era un joven, de extraña faz de tigre, con la frente en ángulo muy acusado, los ojos oblicuos y la boca apretada. Un traje negro, cortado a su medida, se ajustaba a su cuerpo como si fuese parte de él. —¿Quién eres? —preguntó ella. —Nadie. No tengo nombre, o no significa nada. —¿Quién te envía aquí? —Puedes matarme —repuso el desconocido con indiferencia—,

porque nada te diré. Aquella impudencia escandalizó a los eunucos, que intentaron arrojarle sobre él con las armas en la mano. La emperatriz, alzando la suya, los contuvo. —Ved lo que lleva encima —ordenó. Le registraron sin que él perdiera su impavidez, y no le encontraron nada. Li Lien-ying intervino: —Majestad, entregadme ese hombre. Ya veréis cómo habla si se le tortura. Mandaré que se apalee lentamente con cañas de bambú finas y agudas. No se moverá, porque le ataré a tierra con alambres sujetos a estacas. Dejádmelo, majestad. —Llévale y haz lo que quieras —consintió la emperatriz. Miró directamente a los ojos del preso y vio que no eran negros sino amarillentos y dotados de una expresión provocativa, como la de esas bestias salvajes que no temen al hombre. La emperatriz no apartó en un rato sus ojos de aquellos otros, aborrecibles, sí, pero extrañamente bellos. —Haced el trabajo bien —encargó a los eunucos. Dos días después Li Lien-ying retornó para informar. —¿Qué nombre ha dado ese hombre? —preguntó la emperatriz. —Ninguno, majestad. —Pues proseguí la tortura, pero dos veces más lenta. Li Lien-ying contestó con un movimiento de cabeza. —Ya no se puede, majestad. Murió sin decir palabra y cualquiera hubiera pensado que se extinguió cuando quiso. Por primera vez en muchísimo tiempo la emperatriz sintió temor. Los extraños ojos casi amarillentos parecían mirarla todavía. Mas ¿cuándo se había ella autorizado a sí misma a tener temor? Extendió la mano, arrancó una flor de un jazmín que crecía en un cercano macetero de porcelana, y aspiró con agrado la fragancia de los delicados pétalos. «Olvidemos eso», se dijo. Pero no pudo olvidar al hombre de la cabeza rasurada, que dejaba tras él la sombra de la sospecha y la duda. La belleza del palacio parecía empañada. La emperatriz salía todos los días a los jardines y mostraba el interés de siempre por toda flor y toda fruta en sazón. También hacía que los actores de la Corte representaran en el teatro piezas regocijantes, pero su natural alegría se había disipado. No

sentía temor de morir, mas sí una abrumadora tristeza al pensar que había alguien cercano que deseaba su muerte. De encontrar a tales enemigos los hubiera matado, pero ¿dónde estaban? Nadie lo sabía y todos andaban turbados. Un día, al oscurecer, mientras la emperatriz estaba entre sus damas en la isleta de mármol que representaba un bote, vio acercarse a Li Lien-ying. Ella jugaba a lo que se había consagrado todo el día. Tenía en una mano la taza de té y con la otra movía las piezas del tablero. El eunuco dijo: —Se os enfría el té, majestad. Le cogió la taza y la dio a un eunuco sirviente para que la llenase. Al ponerla sobre la mesa susurró que tenía noticias que dar. Ella fingió no oírle. Terminó de jugar y entonces hizo ademán de que el eunuco la siguiera. A solas en el palacio de la emperatriz, mientras las damas se apartaban sabiendo que el eunuco tenía que dar informes, ella movió su abanico en ademán de que Li Lien-ying no se arrodillara y hablase pronto. —Majestad... —empezó él, acercándose al oído de su señora. Ella le dio un golpe con el abanico. —Habla desde más atrás. No sabes cómo te huele el aliento. Él se tapó la boca con la mano y comenzó su relato. —Hay una conjura, majestad. Ella volvió la cabeza y se cubrió la nariz con el abanico. Se censuró por el delicado olfato que la hacía aspirar con doble viveza que otros todos los aromas y hedores. Si aquel eunuco no la sirviera de todo corazón, no le tendría a su lado. Él principió a explicar la conspiración. El joven emperador había prestado oídos a su ayo Weng T'ung—ho, quien le había propuesto fortalecer la nación para hacer frente a los enemigos que, al acecho, abrían las mandíbulas y babeaban, prestos a devorar China. A la pregunta del emperador sobre qué convenía hacer, su ayo le contestó que urgía consultar a un sabio intelectual, llamado K'ang Yu-wei, no sólo muy versado en historia, sino en los progresos de los occidentales. Él aconsejaría sobre la construcción de ferrocarriles, barcos, y escuelas donde educar a la juventud de la nación. Y el emperador había hecho llamar a K'ang Yu-wei.

La emperatriz volvió un tanto la cabeza, interponiendo el abanico entre ella y el eunuco. —¿Está ese K'ang en la Ciudad Prohibida? —preguntó la emperatriz. —Majestad —repuso el eunuco—, habla a diario con el emperador. He sabido que pasan horas juntos y que lo primero que propone es que, a la mayor brevedad, todos los chinos se corten la coleta. La emperatriz dejó caer su abanico. —¡Pero si esas coletas son el símbolo de la sujeción de los chinos, desde hace más de doscientos años, a nuestra dinastía manchó! Li Lien-ying asintió con la cabeza e hizo tres reverencias. —Majestad, K'ang Yu-wei es un revolucionario de Cantón. Y conspira contra vuestra majestad. Pero lo peor es que el emperador ha llamado a Yuan Shih-k'ai, el general que sigue en el mando a Hung-chang. Yuan tiene órdenes imperiales para arrestaros por fuerza. El eunuco soltó un fuerte suspiro. Tan mal le olía el aliento, que la emperatriz volvió a recoger el abanico para taparse la boca. Y dijo, muy suavemente: —Seguramente mi sobrino se propone quitarme la vida. —No —aseguró el eunuco—. El emperador no es tan malvado. Quizá se lo haya aconsejado K'ang Yu-wei, pero él ha prohibido que se haga daño alguno a vuestra sagrada persona. Eso aseguran mis espías. Se propone confinaros en el Palacio de Verano. Se os permitirán toda clase de placeres, mas se os quitará el poder. —Bien —dijo ella, que sentía un extraño placer al pensar en la delicia de batallar de nuevo. Estaba segura de la victoria. Y rió. Li Lien-ying se sorprendió, pero en seguida compartió su hilaridad silenciosamente, con una mueca que afeaba todavía más su desagradable rostro. —Nadie —dijo con ternura— hay bajo el cielo como vuestra majestad. No sois varón ni mujer, sino superior a una cosa y otra. Se miraron con mutua malicia. Ella le dio con el abanico un golpecito en la cara y le despidió. —Cierra la boca —aconsejóle—. Porque te juro que ese aliento tuyo te rodea como una aureola cuando caminas. —Sí, majestad —repuso él alegremente. Y se cubrió los labios con

una mano, como con una zarpa de oso. Tzu Hsi tenía la imperial costumbre de no apresurarse por nada. Meditó mucho en lo que le había contado su espía. Entretanto, pasaba los días entre el ocio y los placeres y no mostraba temor alguno. Pasaban los largos y encantadores días de verano y ella seguía sus costumbres habituales, divirtiéndose con su perro, de blanco pelaje, que era feroz con todos menos con su señora, junto a cuyo lecho dormía durante la noche. Sus perritos mangueros, de color de cinamomo, sentían celos y rodeaban al perrazo, ladrándole como diablillos y provocando con ello la risa de su dueña. Pero mientras paseaba por los jardines, o merendaba junto al lago, o presenciaba piezas teatrales, pensaba intensamente en el múnfelo exterior y en la forma de que ella se valdría para conservar la paz y la belleza presentes. Por dos veces los isleños del Japón habían recibido pagos a cambio de conservar la paz. Una vez se les entregó oro y otras se les dieron derechos sobre Corea, pueblo tributario del imperio chino. Pero eso lo atribuía a la flaqueza de su leal Li Hung-chang, a quien no le permitiría que la convenciera dos veces. No serían aquellas islas enanas las que devoraran su vasto imperio. La guerra abierta contra el enemigo, por tierra si no por mar, sería su postrera defensa. Y Yuan Shihk'ai no comenzaría la guerra en China, sino en Corea, para expulsar a los japoneses hasta sus islas roqueras. Que se muriesen de hambre allí. Una deliciosa tarde de verano llegó al fin a aquella decisión, mientras oía una linda canción de amor entonada por un joven eunuco vestido de muchacha. La canción pertenecía a la antigua obra teatral *La leyenda del pabellón oriental*. La emperatriz sonreía y escuchaba, tarareando el aire de la canción mientras en sus adentros planeaba la guerra. Por la noche llamó a Li Hung-chang y le dio órdenes, sin atender las suspirantes quejas del general respecto a que los ejércitos imperiales eran débiles y sus barcos escasos. —No necesitas grandes ejércitos ni abundante flota —contrapuso ella—, aun

cuando el enemigo atacara al suelo de China. El pueblo se levantaría, arrojaría al mar a los invasores y las olas los devorarían. El gruñó: —No conocéis, majestad, lo malos que están los tiempos. Vivís en vuestro palacio apartada de todo y soñando irrealidades. Y el general salió suspirando y meneando su conturbada cabeza. No pasó el año antes de que librase la guerra y se conociese la derrota. El enemigo atacó muy pronto, y en cortos días sus barcos cruzaron el mar. El general Yuan Shih-k'ai fue expulsado de Corea y el enemigo penetró en China. La emperatriz se había engañado aquella vez. Su pueblo cedía. Los aldeanos permanecían silenciosos viendo a los diminutos japoneses cruzar sus pueblos camino de la capital. Los invasores llevaban armas de fuego y los campesinos no tuvieron la imprudencia de apelar a sus cuchillos y guadañas, que hubieran sido como meros juguetes. Cuando los triunfadores pedían agua y vituallas, los labriegos, siempre en silencio, les daban vino, té y escudillas con carne. Tan malas noticias hicieron actuar rápidamente a la emperatriz. Como buena jugadora, sabía cuándo, en vez de ganar, iba a perder. Ordenó a Li Hung-chang que se rindiera y aceptara cualesquiera exigencias para evitar que el reino se perdiese. Hubo que firmar un duro tratado. La emperatriz abrumada, se retiró a sus habitaciones durante tres días y tres noches, sin comer ni dormir. Li Hung-chang hubo de acudir a consolarla, asegurando que, si el tratado era duro, China había ganado un amigo al Norte, en el zar de Rusia, que por su conveniencia no permitiría a los nipones fortalecerse en exceso. La emperatriz, oyendo a su general, recobró los ánimos. —Pues entonces procuremos que esos diablos amarillos evacuen pronto nuestras costas, que es lo más esencial —dijo—. Desde ahora dedicaré todas mis energías a hallar el modo de desembarazarme de todos los extranjeros, blancos o amarillos, sin que ninguno pueda pisar nuestro suelo. No volverán a hacerlo hasta el fin de los tiempos. Los chinos, a quienes los manchúes gobernamos,

volverán a ser ganados por mí, exceptuando aquellos jóvenes que han bebido extranjeras aguas y aspirado extraños vientos. Mi Gran Consejero Kan Yi me exponía el otro día que nunca debimos permitir a los cristianos abrir aquí escuelas y colegios, porque así estimulan la ambición de los chinos, haciéndoles creer que podrán gobernarse a sí mismos. Con esto los jóvenes de China se sienten rebeldes y orgullosos, sólo porque recibieron falsos conocimientos extranjeros. Dio una palmada y su pie golpeó el suelo. —¡Juro no morir sin, antes de envejecer, expulsar a los extranjeros de nuestra tierra y devolver al reino su antigua historia! El general admiraba a aquella mujer que tenía por soberana. Seguía siendo bella, fuerte, con el cabello tan negro y los ojos tan chispeantes y grandes como en su mocedad. Sobre todo, su voluntad no había sido abatida. —Sólo vos podréis hacerlo, Majestad —dijo él. Y con sencillas expresiones juró servirla siempre. Transcurrió el tiempo. La emperatriz parecía limitarse a divertirse día tras día y mes tras mes. Pintaba soñados paisajes, escribía poemas, jugaba con sus joyas y proyectaba nuevos engarces para sus esmeraldas y perlas, a la vez que compraba diamantes a los mercaderes árabes. Más, en medio de todo eso, no dejaba de urdir planes. Parecía indiferente al emperador y a sus asesores. Pero de noche, mientras reinaba la quietud en los oscuros palacios, escuchaba las noticias de sus espías y cuanto el emperador tramaba contra ella, y preparaba sus proyectos propios. Empezó por volver a elevar a Jung Lu, haciéndole virrey de la provincia, a lo que contribuyó la muerte del príncipe Kung, quien, si no su enemigo, no era su amigo hacía tiempo. El décimo día del cuarto mes limar de aquel duro año, Kung murió, enfermo del corazón y los pulmones. Ella esperaba. Ya sabía que el emperador había llamado a Yuan Shih-k'ai, para que mandase sus tropas. Cuando lo supo, se le ocurrieron a la emperatriz varias ideas. ¿Esperaría más tiempo para recobrar el Trono u obraría sin demora? Resolvió esperar, para aparecer en escena

como un Buda redivivo y, cuando todo estuviera manifiesto, proceder al castigo. Entretanto sus espías la notificaron que Yuan Shih-k'ai había salido de la ciudad a escondidas, sin que nadie supiese su paradero. «Esperaré aún —pensó ella—. Siempre he acertado esperando. Me conozco y siento que no ha llegado la hora todavía.» Y dejó que siguiesen corriendo los días. Al calor del verano sucedió un otoño prematuro; Los días eran calientes, pero frías las noches. Las flores otoñales abrían sus pétalos con retraso. Los últimos lotos florecían en el lago, los pájaros tardaban en volar hacia el sur y los grillos entonaban su frágil canto al pie de los pinos.

Un día, poco después que el príncipe Kung hubo sido enterrado con los honores debidos, la emperatriz se sentó en su biblioteca para componer un poema. El aire era suave y ella, mientras mezclaba sus tintas, miró casualmente el patio bañado en sol. Una azul mosca-dragón volaba con las alas extendidas. Parecióle a la emperatriz que nunca había visto un insecto de aquella clase con tal intenso color azul ni con las alas tan quietas. Seguramente era un presagio, pero ¿o qué? Lamentó que el color de la mosca-dragón fuese tan azul, porque tal era el signo de la muerte. Levantose con prisa y fue hacia la puerta abierta para espantar al animalejo. Más éste no la temía y, esquivando las manos de la soberana, revoloteaba sin cesar sobre su cabeza. Las damas imperiales, que esperaban en la biblioteca, acudieron y, agitando manos y abanicos, quisieron ayudar a su señora, pero fue infructuoso. La emperatriz llamó a un eunuco y le mandó que echase al animal usando una larga caña de bambú. Iba a obedecerla el sirviente cuando se oyó en la puerta una conmoción súbita y el eunuco mayor apareció, sin que le llamaran, para anunciar que el virrey Jung Lu había llegado de Tientsin. No era frecuente, desde que Jung Lu, obligado, se casó con Mei, que acudiese ante el Trono sin que le avisaran. Siempre esperaba que se lo ordenasen, y hasta una vez ella se lo reprochó. Él repuso que ya se sabía que era un

servidor leal, y por eso la emperatriz necesitaba enviarle un eunuco con un emblema de jade. Entonces Jung Lu se presentaba, cualquiera que fuese la hora y doquiera que se hallase. La emperatriz mandó a los eunucos que se preparasen a acogerle y volvió a sentarse. La mosca-dragón había desaparecido y la emperatriz no llegó a terminar el poema. Veía un portentoso y presagio en la aparición súbita del insecto, pero no quería hablar de ello ni siquiera a los adivinos de la Corte, porque Jung Lu no se presentaría sin causa grave y ella no pensaba molestar a los cortesanos hasta que no supiera de qué se trataba. Con fiera impaciencia encubrió sus pensamientos y dejó calmamente los pinceles para luego pasear por los jardines hasta mediodía. No quiso descansar ni comer hasta que Jung Lu apareciese y le hablara. Hacia la noche aparecieron eunucos manifestando que el palanquín del virrey estaba en el gran patio exterior. La emperatriz le esperó en el patio central, que se usaba mucho en el ardiente verano. Esterillas de anea, de color de miel, se montaban sobre armazones de bambú para defenderse del sol. Bajo ellas se colocaban mesas y sillas y en torno a las muchas galerías laterales de los patios se instalaban macetas con flores y arbolillos. La emperatriz solía sentarse en su silla labrada, bajo sus viejos cipreses favoritos, que los jardineros imperiales recortaban dándole el aspecto de hombres provecos y graves. La emperatriz quería recordar así las figuras de sus antecesores, que siempre habían amado la belleza y la dignidad sencilla. Un calor estival había renacido aquel día y el viento sur diseminaba la fragancia de los últimos lotos del lago. Se acercaba la noche. La fragancia floral embalsamaba el aire, y la emperatriz aspirándola, comparaba lo perdurable de la belleza con el tumulto de los conflictos humanos. ¡Ah, si Jung Lu llegase a ella como un amado y antiguo marido y ella le esperase como su antigua y amada mujer! Ya ninguno era joven y su pasión se extinguía sin satisfacerla, pero la memoria de su

amor permanecía inalterable. El corazón de la emperatriz evocaba a su primo cada vez con mayor ternura y le hacía pensar que nada de lo sucedido entre ambos dejaría de ser perdonado. Dos grandes candelabros de bronce alumbraban la penumbra del anochecer cuando la emperatriz vio llegar a Jung Lu. Él avanzaba solo hacia la que le esperaba sin un movimiento. Cuando llegó a su lado inició la venia, pero ella se lo impidió poniéndole la mano en el antebrazo. —Siéntate —dijo, señalando una silla vacía a su izquierda. Él se incorporó y sentose entre las sombras del suave anochecer. Los dos contemplaron las luces que ardían junto al lago, dando claridad a la noche. Él dijo al fin: —Quisiera que vivieses aquí sin preocupaciones. Tu mansión es muy bella como te corresponde. Pero he de decirte la verdad. La conjura contra ti llega a su punto culminante. Apoyó las manos en el regazo de su túnica incrustada de oro. Los ojos de la soberana miraron aquellas manos grandes y fuertes. Eran todavía las de un joven. ¿No envejecería su primo nunca? Murmuró: —Es increíble y, no obstante, he de creerlo porque tú me lo aseguras. Jung Lu se explicó: —Yuan Shih-k'ai me habló hace cuatro noches en secreto, y por eso vengo para prevenirte. El emperador le llamó hace doce días. Los dos se entrevistaron en el saloncito que hay a la derecha de la gran sala de audiencias. —¿Hubo alguien más? —El antiguo ayo del emperador. Weng T'ung-ho. —Tu enemigo —comentó ella—. ¿Por qué me recuerdas a otra mujer ahora? Yo la había olvidado. Jung Lu repuso: —Mientras tú le odias cruelmente, yo le he perdonado. El pálido amor que florece en el alma de una mujer solitaria no significa nada para mí. Sin embargo, de él aprendí una lección. —¿La necesitabas? —Sí, porque así supe que tú y yo somos diferentes de los demás seres humanos. Vivimos solitarios como dos estrellas en el cielo y hemos de soportar nuestra soledad porque no podemos remediarla. A veces imagino que nuestra soledad nos ha salvado de otras cosas. Ella se agitó inquieta. —Creí que venías a

hablarme de una conspiración contra mí. —Y antes hablé para ahora manifestarte que otra vez me comprometo a serte fiel. Ella se aplicó el abanico a la mejilla, como si quisiera poner una pantalla entre los dos. —¿Quién más había en donde se reunieron? —La llamada Perla de las concubinas, favorita del emperador. Sabrás, porque todo llega a tu conocimiento, que el emperador no recibe a la consorte que le elegiste. Y ella ha transformado todo su amor en odio y es tu aliada. La emperatriz dijo: —Lo sé. Jung Lu prosiguió: —Debemos aliarnos, porque la Corte está dividida. Hasta la gente de la calle lo sabe. Un partido se llama el de la Venerable Madre y el otro el del Muchacho. —Muy lamentable —observó ella—. Debiéramos guardar en secreto nuestros asuntos de familia. —No podemos —respondió él—. Los chinos son como gatos. Se deslizan por todas las aberturas en, silencio, oliendo nuestros rastros. El país está muy agitado y los rebeldes chinos esperan derrocar la dinastía manchú y adueñarse del poder. Tienes que volver a encargarte de él. —Ya sé que mi sobrino es un necio —dijo ella con tristeza. —Pero no quienes le rodean —replicó Jung Lu—. ¿Has leído los edictos de tu sobrino? Más de ciento en cien días. —Se lo he permitido. —¿Y no le preguntas nada cuando te visita cada siete días? —Nada. Tengo mis espías. Él repuso bruscamente: —Por esa razón te odia. Sabe que tu eunuco espera siempre, arrodillado, junto a la puerta. ¿Se arrodilla el emperador ante ti? —Lo hace por obligación —repuso ella con indiferencia—. Soy mayor que él. Pero le constaba que li Lien-ying, en su impudencia y confianza, era quien hacía arrodillarse al emperador. Y ella no estaba exenta de culpa, puesto que aquello le constaba. Fingía lo contrario, desde luego. Su grandeza estaba mezclada con aquellas pequeñeces, y se aceptaba tal como era en lo chico y lo grande. Jung Lu siguió: —Sé también que tus eunucos han hecho que tu sobrino los soborne para que consientas que le traigan a tu palacio, como si sólo fuera un funcionario palatino. Eso es incorrecto y no lo

ignoras. Ella emitió una risilla. —No, pero le veo tan blando y tan temeroso de mí, que me despierta el deseo de torturarlo. Jung Lu adujo: —No te teme tanto como crees. Sus cien edictos no son obra de un hombre débil. Recuerda, además, que es tu pariente y miembro del clan Yehonala. Los grandes ojos y la solemne voz de su primo hicieron concentrarse los pensamientos de la emperatriz. Apartó la cabeza. A Jung Lu sí le temía. Su corazón tembló al haber de reconocerlo y un impulso de su perdida juventud circuló por su sangre. Tenía la boca seca y le ardían los párpados. ¿Habría echado a perder la finalidad de su vida? Mas ya estaba demasiado vieja para pensar en el amor ni en su recuerdo siquiera. Lo perdido se había perdido sin remisión. Murmuró: —Háblame de la conjura. —Se trata de rodear tu palacio y obligarte | que te inmoles prometiendo no firmar más decretos, despedir a tus espías, devolver el Gran Sello Imperial y, desde ahora, no cuidarte más que de tus flores, tus pájaros canoros y tus perros favoritos. —¿Por qué? —preguntó ella, soltando el abanico y dejando caer, desalentada, las manos sobre las rodillas. —Porque eres el obstáculo que se opone a que ellos moldeen una nación moderna, al estilo de las de Occidente. —Sí —alegó ella—; supongo que con ferrocarriles,, cañones, navíos, guerras, ejércitos, ataques a otros pueblos y rapiñas. Se levantó de un salto, alzó las manos y se arrancó la toca manchó. —No, no quiero ver mi reino destruido. Es el legado de gloria que nos dejaron nuestros antecesores. Amo al pueblo que gobierno y no soy extraña a él. Durante doscientos años el Trono del Dragón ha sido nuestro y ahora es mío. Mi sobrino me ha traicionado a la vez que a todos nuestros ascendientes. Jung Lu se levantó también. —Mándame, majestad. Aquellas palabras la tranquilizaron. —Óyeme. Has de convocar en mi nombre a mi Gran Consejo. Todo en secreto. Que los hombres de nuestro clan imperial vengan también. Ellos me ayudarán a deponer a mi sobrino y me pedirán que vuelva yo a ocupar el Trono del

Dragón. Afirmarán que mi sobrino ha traicionado el país para entregarlo a sus enemigos. Esta vez los oiré y accederé a lo que pidan. Tus ejércitos han de remplazar a los guardias imperiales en la Ciudad Prohibida. Cuando el emperador entre mañana en el palacio de Chung Ho para ejecutar los sacrificios de otoño, le prenderás y le llevarás prisionero a la isla que hay en medio del lago y que llamaremos Terraza del Océano. Allí aguardará, encerrado, mi llegada. Volvía a ser la de siempre y su vigoroso cerebro trabajaba con actividad, viendo con la imaginación las escenas que planeaba. Jung Lu, tapándose la boca con la mano, habló. Tenía los ojos relumbrantes. —Eres la emperatriz del universo. Para pensar lo mismo que tú un hombre tendría que reflexionar de aquí a pasado mañana. No tengo más que preguntarte, el plan es perfecto. Se miraron largamente. Luego él la dejó sola. A las dos horas llegaron los Grandes Consejeros, a hombros de portadores de palanquines que habían ido a la carrera en la noche. La emperatriz se hallaba en su trono, con sus vestiduras regias, de raso con aves fénix dorados, y en la toca manchuriana en la cabeza. Dos grandes antorchas flameaban a su lado, iluminando los hilos de oro de sus ropas y arrancando resplandores a sus joyas y a sus ojos. Los príncipes y sus hombres la rodeaban, y todos, a un signo de los eunucos, cayeron de rodillas. —Grandes, príncipes, parientes, ministros y consejeros —comenzó ella—, en la ciudad imperial se prepara una asonada contra mí. Mi sobrino, a quien hice emperador, proyecta aprisionarme y matarme. Conseguido eso, os matarán a vosotros y nombrarán nuevos hombres de gobierno entre los que siguen la voluntad de mi sobrino. Nuestros antiguos hábitos terminarán, se abolirá la antigua sabiduría y se destruirán nuestras escuelas. Escuelas nuevas, nuevos pensamientos y nuevas costumbres sustituirán a lo nuestro. Los enemigos extranjeros serán nuestros guías. ¿No es eso una traición? Todos gritaron a una: —¡Traición, traición! Ella extendió las manos con su antigua gracia. —Os ruego que os

levantéis, que os sentéis y que estudiemos, como entre hermanos, los medios de deshacer ese vil invento. No temo la muerte, pero sí la de nuestra nación y esclavitud del pueblo. Cuando yo falte, ¿quién lo protegerá? Jung Lu tomó la palabra: —He llamado a tu general Yuan Shih-k'ai, que te explicará mejor la conjura. La emperatriz inclinando la cabeza, dio permiso. Yuan Shih-k'ai se adelantó. Vestía de uniforme, con la ancha espada al cinto. Hizo una reverencia y habló en voz alta y sin inflexiones: —En la mañana del quinto día de esta lima fui llamado por última vez ante el Hijo del Cielo. Tres veces me había llamado, pero no me mencionaron la conspiración hasta esta postrera vez. Era tan temprano que el emperador estaba en el trono casi a oscuras, porque la claridad del día no alumbraba aún el salón. Me mandó acercarme para darme órdenes en voz baja y obedecí. Me encargó que me dirigiese a toda prisa a Tien-tsin y diera muerte al virrey Jung Lu. Luego yo debería volver sin demora a Pequín con mis soldados, apresaros, Sagrada Madre, y encerraros en vuestro palacio. Yo debía buscar el sello imperial y llevarlo al Hijo del Cielo, quien afirmó que era suyo desde que ascendió al Trono. Esto, dijo, no os lo perdona, majestad, porque hace que el pueblo piense que no confiáis en él. Para probarme que sus órdenes eran definitivas, me entregó una flecha de oro como símbolo de mi autoridad. Yuan Shih-k'ai extrajo de su cinturón una flecha de oro. Todos rezongaron al verla. La emperatriz preguntó con voz muy blanda y ojos muy brillantes: —¿Qué recompensa te prometió? —El virreinato de esta provincia, majestad —repuso Yuan. —Poco para tanto servicio. La mía será mucho mayor —dijo ella. Los grandes consejeros escuchaban al general, indignados contra tanta perfidia. Luego cayeron de rodillas y pidieron a la emperatriz que tomase para sí el Trono del Dragón y salvase al pueblo de los bárbaros de los mares occidentales. Ella dijo, gracilmente: —Os otorgo lo que pedís. Se levantaron, razonaron y, bajo la dirección de la soberana, acordaron que Jung Lu

volviera secretamente a su puesto tan pronto como relevara con sus propios hombres la guardia de la Ciudad Prohibida. Cuando el emperador, al amanecer, fuese a pronunciar la letanía que el Departamento de Ritos había preparado para el sacrificio a las deidades tutelares, guardias y eunucos le arrestarían, le llevarían a la Terraza del Océano y allí le harían esperar la llegada de la venerable madre. A medianoche quedó aprobado todo. Los consejeros volvieron a la ciudad y Jung Lu, sin despedirse, se dirigió a su puesto. La emperatriz descendió del trono y, apoyada en el brazo de su eunuco, se encaminó a su alcoba. Allí, como todas las noches, la bañaron, perfumaron, peináronla y le dieron los vestidos de noche, de perfumada seda. Ya iba a apuntar la aurora, momento en que debía prenderse al emperador, pero ella cerró los ojos y se durmió apaciblemente.

Despertó. Reinaba silencio en los palacios. Estaba ya alto el sol y el aire era suave y fresco. A pesar de las advertencias de los médicos de la Corte, que creían perniciosos los aires nocturnos, la emperatriz siempre dormía con las ventanas abiertas y las cortinas incluso descorridas. Dos damas hacían guardia cerca de ella y junto a la puerta velaban una veintena de eunucos, no más ni menos que los habituales. Se levantó como siempre, y su camarera procedió a ejecutar su tocado, tardando algo más que otras veces porque la emperatriz vaciló en la elección de sus alhajas, optando al fin por unas amatistas oscuras, piedras sombrías que no solía utilizar. También escogió un vestido oscuro, de raso gris con brocados. Las mujeres le llevaron orquídeas para adornarse la cabeza, pero las rechazó, porque todo en aquel día debía ser solemne. Tomó con el acostumbrado apetito un buen desayuno, jugó con sus perros y embromó a uno de sus pájaros imitando su voz hasta que la pobre ave casi enloqueció cantando para sofocar aquella voz que le remedaba. Li Lien-ying esperó en la antesala hasta que le llamó su señora. —¿Ha ido todo bien? —le preguntó ella cuando lo vio entrar.

—Se han cumplido vuestras órdenes, majestad. —¿Está nuestro huésped en el islote de la Terraza del Océano? Los rojos labios de la emperatriz temblaban como si reprimiese la risa. —Dos huéspedes, majestad. La Perla de las concubinas corrió detrás de nosotros y se asió fuertemente a la cintura de su señor. No quisimos retrasar el cumplimiento de la orden ni nos atrevimos a dar muerte a la imperial concubina sin vuestra autorización. Ella dijo: —Yo tengo la culpa por no mandar... Pero nada importa eso si él está allí. Mi sobrino me responderá de su traición. Iremos tú y yo solos. Ni necesito guardia para tratar con un ser tan desvalido. Hizo crujir el pulgar y el índice, llamando a su perro del septentrión, y el blanco y enorme animal, grande como un oso, se puso en movimiento, acompasando su andar al de su ama. Li Lien-ying los seguía. Anduvieron, sin hablar, hasta el lago, y cruzaron un puente de mármol. Contempló las muchas bellezas que ella había creado: los acres en las colinas, los tardíos lotos rosáceos del lago, las doradas techumbres, las esbeltas y primorosas pagodas, los jardines terraplenados y los bosquecillos de pinos. Y la emperatriz pensó que todo se debía a ella y a su invención. Mas ¿de qué le habría servido aquello si habitase allí como una prisionera? No le bastaba la belleza si perdía la libertad y el poder. No hubiera querido hacer a su vez un prisionero, pero debía efectuarlo por sí misma y por su pueblo. Esperaba sinceramente que su prudencia salvase el país de las locuras de su sobrino. Afirmada allí su propia voluntad, llegó a la isla y, con el perrazo a su lado y su eunuco como escolta, entró en el pabellón que se alzaba en la isla. El emperador, que vestía las ropas rituales de adoración, se levantó al verla llegar. Su alargada faz estaba pálida, sus grandes ojos expresaban tristeza y su boca, delicada como la de una mujer, con labios finamente trazados y siempre entreabiertos, aparecía temblorosa. —¡De rodillas! —mandó su tía. Y ocupó el asiento de honor. En todos los palacios, pabellones, cámaras o lugares de retiro, el asiento

central era siempre el suyo. El joven se arrodilló ante ella y bajó la frente hasta el suelo. El perro le olió minuciosamente de cabeza a pies y luego se tendió en el suelo, aprestándose a guardar a su dueña. La emperatriz miró con acritud al hombre arrodillado —Mereces ser estrangulado, descuartizado y arrojado en pedazos a las bestias feroces. El no habló ni hizo un solo movimiento. —¿Quién te puso en el Trono del Dragón? —preguntó su pariente. No levantaba la voz, ni le era necesario, porque su acento sonaba como frío acero en los oídos del joven. —¿Quién estaba a la cabecera de tu lecho cuando eras niño pequeño? ¿Quién, di, te hizo emperador? El murmuró unas palabras ininteligibles. La emperatriz le empujó con el pie. —¿Qué tienes que decir? Alza la cabeza y mírame si te atreves. El joven levantó la cabeza. —Digo que hubiera preferido que, siendo niño, no me hubieras sacado de la cuna. Ella replicó: —¡Desgraciado a quien concedí el lugar más elevado del mundo! ¡Cómo un hombre fuerte se regocijaría, cómo estaría agradecido a su madre adoptiva, cómo se mostraría digno de que me enorgulleciese de él! Y tú no pensando más que en tus juguetes extranjeros, y tus diversiones, dejándote corromper de los eunucos, temeroso de tu consorte, poniendo a concubinas insignificantes por encima de la emperatriz... ¿Puede haber un príncipe manchú, ni hasta un hombre común, que no me pida que recobre el Trono? Día y noche me lo vienen solicitando. ¿Y quién te apoya, no siendo los chinos rebeldes? Se proponían, necio, lisonjarte y convencerte y, cuando te tuvieran en su poder, derrocarte y acabar con la dinastía. Me has traicionado a mí y a nuestros sagrados antecesores. Querías sacrificar a los grandes seres que nos han gobernado. A los rebeldes se les ajusticiará y a ti..., a ti... La emperatriz respiraba con trabajo. Detúvose, se llevó la mano al corazón y vio que latía como a punto de estallarle. El perro la miró y gruñó. Ella forzó una sonrisa. —Una bestia es más fiel que un hombre —dijo—. Pero no te haré matar, sobrino. Incluso conservarás el nombre de

emperador. Vivirás prisionero, vigilado e infeliz. Me implorarás que te devuelva tu cargo y gobierno. Y yo te lo devolvería, muy contra mi voluntad en verdad, si fueses un hombre fuerte que supiera gobernarnos. Pero, siendo débil e inepto para el gobierno, me veo obligada a ocupar tu puesto. Y desde aquí hasta que mueras... Abriéronse las cortinas de una puerta y asomó la Perla de las concubinas. Corrió junto a su señor, se lanzó a los pies de la emperatriz y, sollozando, pidió: —Os ruego que no le reprochéis más, santa madre. Mucho siente haber conturbado vuestro ánimo. Sólo desea el bien, porque nunca he visto hombre más amable y gentil. Es incapaz de dañar ni a un ratón. Os aseguro, madre imperial, que el otro día mi gato atrapó un ratón y mi señor se lo quitó trabajosamente de la boca y se esforzó en volverle la vida. —Calla, niña boba —ordenó la emperatriz. Pero la Perla de las concubinas no estaba dispuesta a callar. Alzó la cabeza, se sentó sobre los talones y, sin dejar de llorar, habló así a la altiva soberana: —No callaré, aunque me matéis si os place. No tenéis derecho a disponer del Trono. Mi *señor* es emperador por voluntad del cielo y vos sólo fuisteis un instrumento del destino. —Basta —dijo la emperatriz, con una expresión tan severa como la de un hombre—. Has rebasado tanto los límites permitidos, que no volverás a ver a tu señor. El emperador se incorporó de un salto y gritó: —¡No, sacra madre! No matarás a esta inocente criatura, única que me ama, que no adula, ni finge, ni tiene culpa alguna... La concubina se levantó también y se asió al brazo del joven. —¿Quién te cocinará las cosas como te gustan? ¿Quién te calentará el lecho cuando tengas frío? La emperatriz repuso: —No serás necesaria, porque mi sobrina, la consorte, vendrá a residir aquí. Se volvió imperiosamente a Li Lien-ying, que se acercó para recibir órdenes. —Llévate a la Perla de las concubinas. Condúcela a la parte más separada del palacio. En el de las Concubinas Olvidadas hay dos pequeños cuartos interiores. Ésa será su prisión hasta que muera. No se cambiará

de ropa hasta que se le caiga a pedazos la que lleva encima. Su comida será arroz inferior y col de la más ordinaria. No se mencionará su nombre en mi presencia. Cuando muera, no se me dará la noticia. —Sí, majestad —dijo el eunuco. Pero su pálido rostro delataba que no le placía la dura tarea que le encomendaban y que sólo la cumplía porque no tenía otro remedio. Tomó a la mujer por la muñeca y salió con ella. Cuando se hubo ido, el emperador cayó sin sentido al suelo, retorciéndose, inconsciente, a los pies de la soberana. El perro blanco miraba y gruñía, y la emperatriz permanecía inmóvil y silenciosa, con los ojos fijos en el paisaje que se divisaba más allá de las abiertas puertas.

V

«VIEJA BUDA»

Una vez más la emperatriz se encontró gobernando su reino. Y como ya era vieja, según ella misma decía, y ningún signo de femineidad queda a las ancianas, prescindió de todo aquello que, como el biombo y el abanico, podían ocultarla a la vista de los hombres. Se sentaba en el Trono regio, como si fuera un varón, y aparecía soberbia y magníficamente vestida bajo la plena luz del sol o de las lámparas. Como había realizado todo cuanto planeaba, podía permitirse el uso de la clemencia, por lo que resolvió ser compasiva con su sobrino, al que dejaba algunas veces ostentar las apariencias del poder regio. Cuando se aproximaban por ejemplo, los festivales de otoño, le permitía hacer sacrificios ante el Altar de la Luna. De manera que el octavo día del octavo mes lunar, al llegar las Fiestas de Otoño, le recibía en la sala de audiencias bajo guardia designada por Jung Lu y allí, en presencia de los grandes consejeros y los dignatarios de los departamentos imperiales, esperaba que el emperador hiciese ante su tía las nueve reverencias rituales que significaban el reconocimiento de su poder sobre él. Más entrado el día, siempre por consentimiento de la emperatriz y en medio de la misma guardia, el joven iba a ejecutar los obligados sacrificios en el Altar de la Luna, y daba gracias a los cielos por las cosechas obtenidas y por la paz

conservada. Y la emperatriz comentaba esto diciendo que convenía que el soberano se entendiese con las deidades mientras ella se entendía con los hombres. Con los cuales tenía no poco quehacer. En primer término mandó ajusticiar a los seis chinos rebeldes cuyos consejos habían descarriado al emperador. Gran disgusto le causó, no obstante, el hecho de que el principal cabecilla de los insurrectos, es decir, K'ang Yu-wei, escapara a su venganza con ayuda de la Gran Bretaña, logrando embarcar a bordo de un navío extranjero que le condujo a un puerto inglés, donde vivía, si bien desterrado, seguro. Tampoco permitió salir bien del paso a los miembros de su clan familiar. Al príncipe Ts'ai, amigo y aliado del emperador, le hizo entrar en la cámara de prisión del clan. Se informó de la traición de aquel hombre, porque su esposa era otra de sus sobrinas. El príncipe aborrecía a su mujer, la cual ansiosa de desquite, acudió a su real parienta para contarle ominosas historias de su marido. Una vez ejecutados cuantos tenían que morir, de forma tan eficaz que no quedó un solo enemigo de la emperatriz en la Corte, ella se aplicó a otra tarea, consistente en lograr que cuanto hiciera pareciese bien al pueblo. Bien le constaba que las gentes andaban muy divididas y que algunos hombres tomando el partido del emperador, propagaban la idea de que la nación debía amoldarse a los nuevos tiempos y tener cañones, buques y ferrocarriles, aceptando lecciones incluso de sus enemigos, los hombres occidentales. Y contra ese partido se movía el de los que opinaban qué debían seguirse las enseñanzas del sabio Confucio y atenerse a las antiguas costumbres y a la antigua sabiduría. Ese partido deseaba libertarse de los hombres nuevos y de la moderna época, y volver a lo conocido y arcaico. Convenía persuadir a las dos facciones de que la emperatriz estaba al lado de todo lo sensato y acertado; y a esa tarea se aplicó con ahínco. Mediante comentarios y habladurías que hábilmente propalaban fuera de la Corte ministros y eunucos, el pueblo fue informado de los graves errores del emperador. Los pecados principales del soberano eran: Primero: haber conspirado contra su anciana tía, planeando su muerte a fin de quedar libre para seguir a sus recientes consejeros; y Segundo: haber aceptado la ayuda extranjera, que era lo que le amparaba y mantenía, suponiéndole —y siendo— de mente tan simple, que los extranjeros creían fácil convertirle en un títere y apoderarse, a través de él, de todo el país. Aquellas dos faltas convencieron a todos de que la emperatriz debía volver a ejercer las prerrogativas regias. Los que reverenciaban la tradición de Confucio no podían perdonar los actos de quien no reverenciaba a quien tenía más edad que él, y nadie podía aceptar a un hombre que había conspirado con los extranjeros y con los rebeldes chinos. Así, antes de que pasarán muchos meses, el pueblo en general reconoció a la emperatriz como su soberana, y hasta los extranjeros opinaban que valía más tratar con una mujer fuerte que con un gobernante varón, pero débil, ya que en la fuerza cabe siempre confiar, mientras la debilidad se presta a toda clase de dudas. Y aquí radicaba la destreza y el talento de la que gustaba considerarse como reencarnación del viejo Buda. Conocía de sobra el mucho poder de las mujeres y, en consecuencia, para

persuadir indirectamente a los hombres blancos, organizó en una ocasión una fiesta a la que invitó a las esposas y demás mujeres de cuantos hombres de los países occidentales vivían en la capital representando a sus gobiernos. Nunca en el curso de sus muchos años había visto la emperatriz la cara de una persona de raza blanca, pero se dispuso a hacerlo, aunque el mero hecho de pensar en ello la encolerizaba y revolvía todo su ser. Más suponía que, de ganarse la simpatía de las mujeres, no tardaría en obtener la de los hombres. Escogió para la recepción la fecha de su cumpleaños. El más inmediato no correspondía a un momento señalado de su vida, puesto que sólo recordaba la fecha en que, hacía sesenta y cuatro años, la puso su madre en el mundo. Para aparecer en la recepción invitó a siete damas, esposas de otros tantos representantes extranjeros. Toda la corte se alborotó. Las mujeres de la Corte se sentían curiosas, las sirvientas estaban abrumadas de trabajo, y los eunucos corrían, sin saberse por qué, de un lado a otro. Ninguno había visto nunca un extranjero. Sólo la emperatriz mantenía su calma. A ella se le ocurrió encargarse que se prepararan manjares que fuesen gratos al paladar de los occidentales. La anciana despachó, eunucos con la misión de averiguar si los extranjeros estaban autorizados por sus dioses para comer carne o si sólo podían probar leche. También procedía a saber si preferían el té verde de la China al negro de la India y si deseaban que sus dulces se prepararan con grasa de cerdo o con aceite vegetal. Ciertamente le era indiferente la opinión ajena y que encargó al final lo que se le antojó, pero había cumplido con la cortesía. De análogo modo organizó todas las demás cosas. A media mañana envió guardias chinos de caballería, uno con uniforme de gala de color escarlata y oro, para anunciar la llegada de los palanquines que debían transportar a las invitadas. Una hora después los palanquines, cada uno llevado por cinco portadores y escoltado por dos jinetes, esperaba a las puertas de la legación británica. Cuando aparecieron las damas extranjeras, se posaron en tierra los palanquines y se corrieron sus cortinillas para que las invitadas entraran. Y por si esto no parecía gentileza bastante, la emperatriz mandó al jefe del departamento de Servicios Diplomáticos que fuese, con cuatro intérpretes, todos en sillas de manos y custodiados por dieciocho caballeros y sesenta guardias montados, a recibir a las damas occidentales. Los designados para tal encargo vestían sus ropas de ceremonia y dedicaron a las mujeres blancas todas cuantas cortesías podían pedirse, sin perder en un solo instante su alta dignidad. En la primera puerta del Palacio de Invierno se detuvieron los palanquines y se rogó a las invitadas que entrasen a pie. Ya dentro del palacio esperaban otros siete palanquines, éstos de Corte, tapizados de raso rojo. Cargó con cada uno un equipo de seis eunucos, vestidos uniformemente de brillante raso amarillo, con fajas de color carmesí. Seguidos por una escolta, los eunucos llevaron a las damas hasta la segunda puerta. Allí procedía a apearse de nuevo. Y había mandado la emperatriz que se hiciese entrar a las señoras de fuera en un trenecillo tirado por una máquina de vapor, que el emperador había comprado años atrás para divertirse y además informarse de lo que aquello era. Semejante

convoy trasladó a las visitantes, a través de la Ciudad Prohibida, hasta el pórtico del palacio principal. Allí las invitadas descendieron del tren, ocuparon siete sillas y tomaron té. Luego varios príncipes de la más alta jerarquía les suplicaron que pasaran al gran salón de audiencias, donde el emperador y su consorte esperaban sentados en sendos tronos. La emperatriz, diplomática habilísima, le había persuadido de que aquel día se sentase a su derecha, para que ante los ojos ajenos todos pareciesen unidos. Las damas blancas ocuparon sendos asientos, por el orden del tiempo que llevaban cada una en Pequín. Un intérprete las presentó por turno al príncipe Ch'ing, quien a su vez repitió la presentación a la emperatriz. Ésta contempló los rostros de las visitantes y, aunque le sorprendiera el espectáculo de lo que veía, bajó del trono, extendió las dos manos enojadas y con ellas estrechó la derecha de sus varias agasajadas. Después puso en los índices de todas un anillo de puro y pesado oro chino, con una gran perla engastada. Todas le dieron las gracias, y la emperatriz correspondió con inclinaciones de cabeza. Con esto, y seguida por su sobrino, inició la marcha hacia la puerta, siguiéndola numerosos eunucos. Cuando hubo salido se volvió a la izquierda, camino de su palacio privado y, sin hablarle, hizo seña al emperador, con la mano, de que torciese a la derecha. Los cuatro eunucos que le guardaban día y noche le acompañaron hasta su prisión. En su comedor principal la emperatriz rodeada de sus damas, tomó su acostumbrada refacción de mediodía, mientras las invitadas extranjeras se acomodaban en el salón del banquete, atendidas por otras damas de categoría menor. Intérprete y eunucos permanecieron allí para honrarles. La emperatriz, mientras comía con su buen apetito usual, reía de buena gana, evocando el extraño aspecto de las extranjeras. Lo más raro de todo, comentaba, eran sus ojos, unos ojos de color gris pálido, otros de matiz pardo claro y algunos con las pupilas azules, como las tienen los gatos monteses chinos. Le parecía que la estructura ósea de aquellas extranjeras era muy tosca, más concedía que su piel era finísima, blanca y rosada, con excepción de la japonesa, que tenía la cutis áspero y oscuro. A juicio de la emperatriz, la señora inglesa era la más bella de todas, aunque la alemana llevaba un vestido mucho más bonito, que comprendía una chaquetilla corta adornada con encajes y una falda larga de rico raso con bordados. Se burló de la alta diadema que la rusa llevaba a la cabeza y opinó que la rígida cara de la americana parecía la de una monja severa y grave. Las damas de la emperatriz reían y aplaudían todas sus ocurrencias, declarando que nunca la habían encontrado más ingeniosa. Así, en medio del mejor humor terminó la comida, y entonces la emperatriz, cambiando de ropas, se dirigió al salón del banquete. Las invitadas habían sido trasladadas a otra estancia mientras se limpiaban las mesas, y cuando regresaron al salón hallaron a la emperatriz sentada ya en su trono. Había también mandado llamar a su sobrina, la emperatriz joven, que estaba a su lado. Según iban pasando las invitadas, la presentaban a cada una de ellas. Le agradaron mucho las miradas aprobatorias que le dirigían, admirando, al parecer, sus magníficas vestiduras, de carmesí, sus adornos y sus

joyas. Hasta aquel momento la emperatriz no se había ataviado con sus mejores ropas ni joyas y, notando las miradas de las occidentales, comprendió que, aun cuando extranjeras sabían apreciar las calidades de gemas y tejidos. Decidió para sí que cuando las recibiese por tercera y última vez, en el curso de aquel día se arreglaría de modo que las asombrase con el esplendor de su presencia. En resumen sus invitadas le agradaron. Cada vez que se le acercaban les tendía las manos poniéndolas primero sobre su propio pecho y luego sobre el de ellas. Repetía a la vez el axioma de un antiguo sabio: «Cuantos moran en la tierra son de la misma familia». Hizo que los intérpretes explicaran aquellas palabras en inglés y francés. Terminado esto, despidió de momento a las invitadas, enviándolas al teatro y advirtiéndolas que había escogido para divertir las adecuadamente, su pieza favorita, cuya letra les repetirían en sus idiomas los intérpretes imperiales. Retirose de nuevo y entró en sus habitaciones. Como se sentía algo cansada, hizo que ante todo la bañasen en perfumada agua caliente, lo que debía preceder a su cambio de ropa. Esta vez eligió su más costoso vestido, de raso con incrustaciones de oro y con cenefas bordadas, de todos los tamaños y matices. Púsose también su famoso gran collar de perlas simétricamente dispuestas y cambiose las laminillas con que protegía sus uñas. Antes aquellos adornos eran de oro, con engarces de diamantes birmanos y perlas hindúes. Se cubrió la cabeza con un alto aderezo de perlas y rubíes, con diamantes africanos engastados. Sus damas aseveraban que nunca la habían visto más hermosa. En efecto, el frescor de su cutis, el rojo color de sus tersos labios, la negrura de sus fabulosos ojos y sus finas cejas parecían propios de una mujer en plena juventud. Otra vez tornó la emperatriz al salón del banquete, donde sus festejadas estaban bebiendo té y comiendo dulces. La soberana no llegó a pie, sino en su silla palatina, sostenida por eunucos que la condujeron hasta el trono. Las damas extranjeras no pudieron encubrir su admiración. Sus sentimientos se pintaban claramente en sus rostros. Se levantaron y ella, sonriendo a todas, alzó su taza de té y bebió poniendo la vasija ladeada y acercándola a una de las comisuras de la boca. Llamó luego a las occidentales y las invitó a poner sus propios labios en el borde opuesto de la taza. De nuevo observó: —Todos somos una sola familia... A los ojos del cielo, todos somos unos. Y, sintiéndose libre, audaz y triunfante, ordenó que se trajeran presentes para ser entregados a las visitantes. Había abanicos, rollos decorativos pintados por ella misma, piezas de jade... Todas recibieron igual agasajo. Hecho esto, y mientras las desconcertadas damas le expresaban su gratitud, las despidió, y con esto terminó la recepción de aquel día.

En las siguientes jornadas sus informadores le manifestaron que las señoras extranjeras habían alabado mucho a la emperatriz ante sus maridos, diciéndoles que no había persona más gentil y bella, y que quien tan generosa se acreditaba en sus dones no podía ser cruel ni malvada. La emperatriz, evidenciando complacencia, afirmó que su carácter era, en efecto, como sus invitadas lo habían descrito. Y, tras esto, ganado ya el corazón de todos, se dedicó a limpiar de

rebeldes y reformadores a los chinos a quienes gobernaba. Deseaba tener otra vez al pueblo en su mano, por así decirlo, y aspirar a obtener también el aprecio de su corazón. Cuanto más meditaba en la labor que le esperaba, más reconocía que no podía llevarla a cabo mientras viviese su sobrino el emperador. Su melancólica expresión, su talante pensativo, su mismo espíritu de sumisión, habían conseguido el aprecio de todos cuantos le rodeaban, aun cuando no dejaran de obedecer a la emperatriz. Por ello incluso pensó efectuar lo que vio que no tenía más remedio que hacer el día que Li Lien-ying cuchicheó a su oído: —Mientras el viva, majestad, la nación permanecerá dividida. Todos buscarán excusas para sus actos en la discrepancia existente entre la persona de vuestra majestad, sagrada madre, y él. Los chinos son gente nacida para dividirse y discrepar en todo. Les gusta la disensión y nada los hace más felices que conspirar contra los que gobiernan. Los cabecillas rebeldes se agitan de continuo, aunque ahora, estén tan ocultos como si los cubrieran las aguas. El pueblo no deja nunca de recordar que es manchó y no chino el que los rige. Sólo vos podéis guardar la paz, porque el pueblo conoce vuestro talento y discreción y sabe que puede confiar en esas cualidades, aunque seáis de raza manchuriana. Ella suspiró: —Si mi sobrino fuera un hombre fuerte, ¡con qué placer le entregaría los destinos de mi pueblo! El eunuco murmuró: —Pero no lo es, majestad, sino débil y antojadizo. Presta oídos a cuantos pretenden mover rebeliones entre los chinos y se niega a reconocer la existencia de sus conjuras. Está destruyendo la dinastía sin saber lo que hace. La emperatriz estaba de acuerdo con esto, pero no podía resolverse a dar el mandato secreto que el codicioso eunuco le insinuaba. Aquel día, mientras paseaba por la terraza de su palacio, dirigió la mirada a las aguas, sembradas de lotos, que rodeaban la isla en que su sobrino vivía prisionero. ¿Prisionero? Difícilmente podía llamarse prisión a un palacio como el de aquella isleta. Cierto que el emperador sólo disponía de cuatro habitaciones, pero eran grandes, bien amuebladas y alhajadas, y rodeadas por un ambiente sereno y placentero y un aire sano y puro. Pudo ver a distancia a su sobrino, que también paseaba por la angosta islilla. A distancia respetuosa, pero incesantes en su atenta guardia, permanecían los eunucos que le tenían a su cargo. Era indicado cambiar ya aquel grupo de eunucos, porque estaban a cargo del joven hacía uno o dos meses y podían acabar simpatizando con él. Hasta el momento habían sido leales a la emperatriz, y todas las noches uno de ellos copiaba el diario que el emperador llevaba escrupulosamente. Luego la soberana leía los escritos de su sobrino y así conocía hasta el último latido de su corazón y el último repliegue de su cerebro. No ignoraba nada de cuanto su pariente sentía. Sólo de un eunuco desconfiaba la emperatriz. Llamábase Huang y siempre daba referencias favorables del juvenil cautivo. Constantemente decía: «El emperador pasa su tiempo leyendo libros instructivos y morales. Cuando se cansa, se dedica a pintar o a componer versos.» Mientras paseaba de un lado a otro de la terraza la emperatriz ponderaba lo que Li Lien-ying le había dicho. Pero rechazó, con súbito arrebató mental, tal sugestión. No era tiempo aún de que su sobrino muriera. La culpa de su muerte

no debía recaer sobre la misma que había deseado y motivado la exaltación del joven al trono. Verdad era que ella deseaba la muerte de su pariente, pero un deseo no constituye un crimen. La muerte del recluso debía ser achacada a los cielos. La próxima vez que Lien-ying se acercó a ella, la emperatriz se mostró fría con el eunuco y con voz seca le dijo: —No vuelvas a hablarme del viaje del emperador a las Fuentes Amarillas. Lo que el cielo quiera, el cielo lo hará. Y pronunció aquellas palabras con tan severo acento, que Li Lien-ying no pudo contestar sino haciendo una reverencia para probar que obedecía en todo. Pero ¿quién podía haber soñado que los chinos rebeldes iban a encontrar un modo secreto de hacerse oír por el joven y solitario emperador? Lo consiguieron por intermedio del eunuco Huang. Una mañana del décimo mes lunar de aquel año el sobrino de la emperatriz se fugó, burlando su guardia de eunucos, y huyó a través de los pinares que se extendían por la orilla de la parte septentrional de la isla. Buscaba una pequeña caleta donde le esperaba un bote. Más de un eunuco descubrió sus flotantes ropas entre los árboles y dio voces. Acudieron los demás eunucos a la carrera y lograron alcanzar al emperador cuando iba a embarcar. Le asieron por las vestiduras y le rogaron que desistiese de sus propósitos. —Si escapáis, Hijo del Cielo, la Vieja Buda nos hará decapitar a todos. Era la mejor de las súplicas, porque el soberano tenía muy tierno corazón. Mientras vacilaba, el botero, que era un rebelde disfrazado, le gritó que se diese prisa, porque la vida de un eunuco no tenía importancia. Pero el emperador contempló los rostros de los implorantes eunucos. Figuraba entre ellos uno muy joven, tanto que más tenía de niño que de muchacho. Era amable y servicial, y no se movía del lado del emperador de día ni de noche, presto siempre a servirle en cuanto él mandara. Mirando, pues, al lloroso eunuco, el monarca no se resolvió a embarcarse. Moviéndose negativamente la cabeza y el hombre de la navicilla temeroso de sufrir un daño si tardaba en alejarse, puso mano a los remos y desapareció entre las silenciosas neblinas de la mañana. La triste nueva llegó a los oídos de la emperatriz. Ella la escuchó sin hacer un comentario y parecía no decidirse a hacer nada. Pero guardó la historia en su corazón, para recordarla en cualquier momento oportuno. Lo que sí resolvió fue decretar que se aplicase la pena de muerte a todos los príncipes y ministros que habían apoyado al emperador en su rebeldía. En cambio, al joven cautivo le conservó la vida, porque mientras viviese tenía en él un arma poderosa. Tan profundamente arraigada estaba en los ánimos de sus súbditos la antigua sabiduría confuciana, que a la emperatriz le bastaba recordarles que el emperador había planeado y preparado la muerte de su tía para que todos exclamasen a voz en grito que aquel hombre era un traidor. Constábale, además, que otra de las razones de que poseyera con el cautivo una arma radicaba en el hecho de que él tenía los sentimientos blandos y veneraba la sabiduría antigua, por lo que bastaba recordarle el recuerdo de su culpa. Jung Lu la elogió por su clemencia. Pidióle una audiencia privada y dijo: —Es cierto, majestad, que el pueblo nunca verá con agrado una conjura contra ti, mas no le reverenciarían si el emperador perdiese la vida, aunque fuera en accidente.

Reconozco que debe permanecer prisionero, para no caer en manos de tus enemigos, que le emplearían como instrumento, pero deben otorgársele las máximas cortesías. Déjale presentarse a tu lado cuando recibas al legado del Japón, lo que sucederá dentro de diez días, y haz lo mismo cuando te pidan audiencia los enviados de otros países. Tú, Elevadísima Alteza, puedes permitirte toda clase de bondades y perdones. Autorízame a sugerirte que la concubina Perla... Ella levantó las manos, indicándole que callara. En su presencia no podían siquiera pronunciarse las palabras «concubina Perla». Miró a su primo con frialdad y no respondió cosa alguna. Unas veces obraba como emperatriz y otras como mujer, pero aquel día no era más que emperatriz. —Hablaré de otras cosas, majestad —se apresuró él a añadir. Y dijo así: —En el reino existe ahora paz, pero los ánimos de las gentes están muy desasosegados. En primer lugar y ante todo, por doquiera muestran su enojo contra las gentes blancas. Las turbas han asesinado a un sacerdote inglés en la provincia de Kuei-cheu. Esto hará que los ingleses se presenten, zumbando como mosquitos, en torno al Trono. Sin duda pedirán indemnizaciones y concesiones. La emperatriz se sintió poseída de intensa cólera. Juntó y crispó las manos y se golpeó por tres veces las rodillas. Luego exclamó: —¡Otra vez los sacerdotes extranjeros! ¿Por qué no se quedarán en sus tierras? ¿Acaso nosotros enviamos a los nuestros a otros países para predicar la destrucción de los dioses ajenos? Jung Lu le recordó: —Todo esto es fruto de las derrotas que hemos sufrido a manos de los occidentales. Nos hemos visto forzados a permitir el acceso de los misioneros blancos y la instalación de los mercaderes occidentales en nuestros puertos. —¡Pues juro que no toleraré más intromisiones de éstas! —barbotó la emperatriz. Se sentó y meditó. La expresión de sus ojos se ennegrecía bajo el arrugado entrecejo y la encarnada boca se torcía en un mohín de enfado. Olvidó, o fingió olvidar que Jung Lu se encontraba en su presencia, y él, observando la actitud de la emperatriz, inclinóse en una reverencia y salió sin que ella alzase la mirada.

El último mes de aquel año pereció asesinado otro sacerdote, esta vez en la provincia occidental de UPE. Además, no le mataron limpia y rápidamente, sino después de rudos apaleamientos, quebrantamientos de huesos y final desolladura, arrancándole a tiras la piel. Y en el mismo mes multitudes de campesinos y gente de ciudad se levantaron contra los sacerdotes blancos en la provincia de Szechuen. Debiose ello a los rumores que circulaban por la nación acusando a los misioneros de embaucadores y brujos y de dedicarse al secuestro de niños para preparar medicinas. Les sacaban los ojos y componían bebedizos mágicos con sus huesos pulverizados. La emperatriz estaba fuera de sí. En cuanto un ciudadano de cualquier país extranjero recibía la muerte, representantes de los gobiernos occidentales se manifestaban arrogantes y amenazadores, declarando que sus gobiernos apelarían a la guerra si no se recibían compensaciones e indemnización, y siempre en términos amplios. Parecía que todo el mundo se movilizase contra la emperatriz. Rusia, Inglaterra, Francia y Alemania se manifestaban insatisfechas. Francia, en virtud de que

habían muerto en China varios sacerdotes franceses, hizo saber a través de sus enviados que sus barcos de guerra atacarían las costas chinas si no se ofrecía y realizaba la concesión de una zona de terreno en Shanghai. Portugal, a la vez, exigía más territorio en los contornos de Macao, y Bélgica insistía en que el precio del asesinato de dos misioneros belgas había de ser la concesión de una zona en Han-Kao, el gran puerto fluvial del río Yang-tsé. Japón, igualmente, aspiraba a la rica y fértil provincia de Fu-Quien, y España hacía oír voces de guerra en el horizonte, fundándose en que la nación más enfurecida de todas y sus enviados demandaban la concesión de la bahía de Samoon, en la provincia de Che-Kian, la más valiosa de las regiones chinas. Viéndose amenazada de tantos desastres, la emperatriz convocó a una audiencia especial a sus príncipes y ministros, e hizo llamar también al general Li Hung-chang, que se hallaba por entonces en el Río Amarillo, donde el Trono le había mandado reconstruir unos diques arrastrados por una inundación. El día señalado para la audiencia fue muy caluroso. Soplaban llegando del norte, una tempestad de arena. Fina arenilla tornaba irrespirable el aire y los príncipes y ministros que esperaban en la terraza de la emperatriz, habían de cerrar los ojos y protegerse las narices con los pañuelos, para defenderse contra la arena. Más cuando apareció la emperatriz no dio muestras de que la alterase aquella tempestad. Vestía las más espléndidas de sus ropas de ceremonia. Descendió del palanquín imperial y avanzó hacia el Trono del Dragón, apoyándose en el brazo de Li Lien-ying. Tal era su soberbia indiferencia, que todos se sintieron obligados a quitarse los pañuelos de las narices y a caer de rodillas ante ella, en humillada pleitesía. Jung Lu no estaba presente. Ella notó en el acto su ausencia. —¿Dónde se encuentra mi primo, el gran consejero? —preguntó a Li Lien-ying. —Ha avisado que está enfermo, majestad. A mi entender ha enfermado al saber que vos habéis hecho llamar a Li Hung-chang. Una vez instalado en el cerebro de la emperatriz aquel toque de malicia, el eunuco mayor retrocedió de espaldas y, con majestuosa gracia, inició la tarea de abrir la audiencia. Llamó uno por uno a los ministros y consejeros que habían de dar su opinión sobre la crisis planteada. Ella prestó a todos cortés atención. En último término hizo hablar al anciano general Li Hung-chang, quien se adelantó con inseguros pasos y se arrodilló dificultosamente para hacer la venia. La emperatriz observó cómo dos eunucos le ayudaban a poner las rodillas en tierra, pero no le autorizó a cambiar de postura. Aquel día necesitaba que todos dieran pruebas de sumisión. Nadie debía tomarse lo que ella no concediese. Inquirió, con agradable voz: —¿Qué tenéis vos que decirme, muy honorable protector del Trono? Li Hung-chang respondió, sin levantar la cabeza del suelo: —Elevadísima alteza, vengo pensando hace varios meses en el asunto que me consultáis. Estamos rodeados de enemigos llenos de ira y ajenos a nuestras costumbres y usanzas. Y, no obstante, hemos de evitar la guerra a toda costa, porque entablar combate contra tantos sería cabalgar a lomos de un tigre. Lo prudente, en consecuencia, es procurar que uno de nuestros enemigos se convierta en aliado. A mi entender, ése debe ser el enemigo el Norte, es decir, Rusia. Entre cuantos

nos amenazan, los rusos son los más asiáticos de todos. Ajenos, desde luego, a nuestras maneras, pero al fin y al cabo más asiáticos que los otros. La emperatriz inquirió: —¿Y cuál es el precio de que un adversario se con» vierta en amigo? El anciano tembló al advertir la fría dulzura de la voz de la soberana. Ella vio estremecerse sus hombros y temblar sus enlazadas manos. No acertó a hablar. La emperatriz dijo con energía: —Yo responderé a mi propia pregunta. El precio es demasiado grande. ¿Qué importa que venzamos a todos nuestros demás enemigos si pasamos _ a convertirnos en vasallos de uno solo? ¿Hay nación que dé ni lo más mínimo por nada? No, ni he encontrado un solo hombre que haga lo mismo. Por lo tanto, repeleremos a todos nuestros enemigos. No pienso descansar hasta que todo blanco, sea hombre, mujer o niño, se vea obligado a dejar nuestras costas. No, no cederé. Nos defenderemos solos. Mientras hablaba se levantó del trono. Príncipes y ministros la contemplaban sintiendo la impresión de que había aumentado de estatura. Sus negros ojos relampagueaban, sonrojábanse sus mejillas y en las manos, que extendió abriendo los dedos, las enjoyadas laminillas protectoras de sus uñas resplandecían como zarpas doradas. Dijérase que emanaba un singular poder de todo su cuerpo. Incluso el aire parecía crecer más mordiente, como si lo colmasen millares de punzantes agujas. Reinaba un hiriente calor. Hasta el último de aquellos hombres cayeron de rodillas y bajaron el rostro hasta el suelo. Ella miró los doblegados cuerpos de sus súbditos y un éxtasis de placer recorrió sus venas como una reptante llamarada. En el mismo momento recordó a Jung Lu, que no | se había presentado para apoyarla. Sus ojos erraron de una a otra figura de los hombres prosternados, cuyas vistosas ropas ponían sobre el embaldosado pavimento toda clase de notas de color de múltiples. Se fijó en uno: el gran consejero Kang Yi. Ya no era joven, pero, a través de sus años, había empleado su vida en combatir por lo viejo contra lo nuevo. La emperatriz habló con acento claro y dijo: —Tú, mi gran consejero Kang Yi, quédate aquí, porque deseo recibirte, en audiencia privada. Y vosotros, mis señores y príncipes, podéis retiraros. Hablando así, descendió de su trono. Li Lien-ying se adelantó. Ella se apoyó en su brazo y caminó majestuosamente, entre sus arrodillados súbditos, hasta su palanquín. Había llegado a definir su voluntad y los propósitos de su mente eran muy firmes. No volvería a ceder ante los blancos. Una hora después Kang Yi recibió órdenes. Era ya media tarde, momento en que se celebraban las audiencias en el salón privado del trono de la emperatriz. Cerca de allí estaba el gran eunuco fingiendo no oír, pero escuchándolo todo. En el bolsillo interior de su vestidura se hallaba la cantidad que Kang Yi le había entregado hacía poco. La emperatriz habló. Tenía la mirada fija en los jardines que se abrían tras de las puertas. Habíase extinguido el viento de la noche anterior y la tormenta de arena había refrescado el aire. —No vacilaré más —dijo la emperatriz—. Estoy harta de todos los enemigos. Exigiré la devolución de nuestra tierra. La recobraré, palmo a palmo, a toda costa. —Por primera vez siento esperanza en nuestro triunfo, majestad —repuso Kang Yi. —¿Qué me aconsejas? —indagó la emperatriz.

—Majestad —contestó él—, el príncipe Tuan y yo hemos hablado a menudo de lo que diríamos si se solicitase nuestro consejo. Los dos estamos de acuerdo en que debemos apelar al odio de los chinos contra los occidentales. Los chinos se sienten enfurecidos por los territorios que les han robado, por las guerras que contra los blancos hemos sostenido, por el oro abonado como indemnización de la muerte de los sacerdotes extranjeros sacrificados por nuestras turbas. Hay muchos chinos que han formado asociaciones secretas con el fin de exterminar a sus enemigos. Y voy, sin pretender ser un sabio, a daros mi consejo, majestad. ¿Por qué no utilizar esas bandas armadas? Haced que secretamente se informen de vuestra aprobación. Cuando esos elementos se unan a los cinco ejércitos que Jung Lu ha organizado, ¿quién podrá resistir? Y no estarán los chinos dispuestos a mostrarse leales hacia vos, santa madre, curado sepan que os oponéis a los extranjeros? La emperatriz oía y meditaba. El plan le parecía bueno. Hizo algunas preguntas más, dedicó a su consejero algunas alabanzas y le despidió. Tanto la animaba aquella nueva esperanza que, cuando Li Lien ying se acercó para darle su consejo personal, no lo reprobó. —¿Hay mejor plan que éste? —preguntó el eunuco—. El gran consejero es un hombre sabio y prudente. —Sí —convino ella. Notó que el eunuco la miraba de soslayo, estrechando los astutos ojos. —¿Qué hay? —preguntó ella, que conocía al eunuco tan bien como él a ella. —Qué Jung Lu no aprobará ese plan. Eso me parece, majestad, y creo mi deber advertiros. Sacó la lengua, se humedeció el labio superior y dejó entreabiertas las comisuras de su boca. Ella sonrió a la contraída faz de su sirviente. —Puedo no decírselo —alegó. No obstante, no pasaron muchos días sin que llamara a Jung Lu para reprocharle lo hecho por él de lo cual tenía noticias por sus espías. —¿Qué puedes alegar? —le preguntó cuando él apareció ante ella. La hora era tardía, y él no había cenado aún. Que comiese más tarde... —¿He hecho algo, majestad? —preguntó Jung Lu. Por primera vez ella pensó que su primo parecía viejo y gastado. —Me han dicho que has permitido a los ministros extranjeros aumentar su guardia. —Me he visto obligado a hacerlo. También ellos tienen sus espías y han averiguado que en tu conversación con Kang Yi has aprobado que los extranjeros sean exterminados hasta el último de sus hijos. No creo, majestad, que debas aprobar tal locura. ¿Te crees capaz de luchar contra todo el mundo? Hemos de negociar y ser graciosos hasta que nuestras fuerzas estén en condiciones de luchar y obtener la victoria. —Sé que el pueblo maldice cuando ve llegar fuerzas extranjeras —respondió la emperatriz—. Kang Yi ha estado en ChuChou, y afirma que la provincia se organiza para resistir al enemigo. En ese lugar el magistrado hizo arrestar a algunos rebeldes clandestinos, pero Kang Yi los ha libertado para que me mostrasen sus capacidades y poderes. Esa gente pertenece a la sociedad de los boxers. Y él asegura que poseen poderes mágicos que los libran de la muerte. Incluso si los atacan a balazos, no son heridos. Jung Lu exclamó, airado: —¿Puede tu majestad creer tal insensatez? Ella replicó: —El insensato lo eres tú. ¿Olvidas que al final de la dinastía de los Hang, hace un millar de años, Chang Chu condujo los rebeldes conocidos por los Turbantes

Amarillos contra el Trono y tomó muchas ciudades, aunque no disponía ni siquiera de medio millón de hombres? También aquella gente conocía métodos mágicos contra las heridas y la muerte. Y Kang Yi asegura que tiene amigos que han visto actos análogos de magia en la provincia de Shen-si. Te afirmo que hay espíritus que ayudan a quienes tienen la razón. Jung Lu, fuera de sí, se quitó el gorro, tirólo al suelo ante su prima, se mesó los cabellos y arrancose dos grandes puñados. —No quiero olvidar tu cargo —masculló—. Pero, en fin, eres mi prima y te dediqué mi vida hace muchos años. Reclamo, pues, el derecho a asegurarte que eres una loca. Toda tu belleza y todo tu poder no te eximen, ni a ti siquiera, de serlo. Te digo que si escuchas a ese cabeza de calabaza de Kang Yi, no tienes conocimiento alguno del presente y vives en centurias muertas ha mucho. Y si escuchas al eunuco mayor e incluso al príncipe Tuan, que no sueñan más que locuras, acabarás con la dinastía, óyeme, óyeme... Juntó las manos y miró el semblante de la mujer, a la que todavía adoraba. Sus miradas se cruzaron. Jung Lu comprendió que ella vacilaba y no quería que él hablase para que no deshiciera lo por ella hecho ya. La emperatriz habló con voz contenida: —He preguntado al príncipe Ch'ing y él opina que las bandas de los boxers pueden ser útiles, repuso: —El único que se atreve a hablarte la verdad soy yo. Dio un paso adelante y se asió el cinturón con las memos, para no sentir el impulso de adelantarla hacia ella. —El príncipe Ch'ing no osa decirte a ti lo que a mí me dice en privado, y es que los boxers no son más que farsantes que esperan llegar al poder con tu aprobación. ¿Te idolatra algún hombre como yo te idolatro? Ella bajó la cabeza. El poder que sobre ella tenía su primo seguía siendo efectivo. A lo largo de sus vidas siempre aquel amor se había sobrepuesto a ella. —Prométeme, al menos —rogó él—, que no harás nada sin avisarme. Poco te pido. La única recompensa que nunca te he solicitado. Esperó, clavados los ojos en la hermosa cabeza inclinada. Ella miraba sus dos fuertes pies, calzados con botas de terciopelo medio ocultas por su túnica azul. Aquellos sólidos pies eran muy fieles cuando se trataba de servirla. La emperatriz alzó la cabeza. —Te prometo lo que me pides.

Kang Yi dijo: —Majestad, no acertáis. Vuestro corazón se ablanda según crecéis en edad. No permitáis que se impongan los extranjeros. Una palabra vuestra y todos se irán, incluso con sus perros y sus gallinas, y no quedará de sus moradas piedra sobre piedra. Los espías de Kang Yi le habían dicho que Jung Lu era su enemigo y, por lo tanto, él se había apresurado a solicitar audiencia. La emperatriz apartó la cabeza. —Estoy harta de todos vosotros. El insistió: —No es tiempo para hartarse de nada, majestad. Éste es el tiempo de la victoria. ¿Necesitáis ni alzar una mano? Basta una palabra vuestra y los demás lo harán todo. Mi hijo asistió ayer a la función teatral de Chi Su-cheng y dice que todos consideran una locura de Jung Lu el permitir a las tropas extranjeras entrar en la capital. Y Yu Hsien, suegro de Chi, escribió el mes pasado desde Shan-si diciendo que no hay muchos boxers en sus provincias, pero que él aconseja a todos que se unan a ellos. Añade que su provincia irá con las otras cuando llegue

el momento de asestar el golpe a los extranjeros occidentales. Una sola cosa esperamos y es vuestra palabra, majestad. Ella movió la cabeza. —No puedo darla.

Tung Fu-hsiang dijo: —Ordenadme, majestad, y demoleré todos los edificios extranjeros de la ciudad en cinco días. La emperatriz estaba en audiencia, en el Palacio de Invierno. Había vuelto a la Ciudad Prohibida el día antes, dejando tras ella la otoñal belleza del Palacio de Verano. Y todo porque los boxers, sin permiso de nadie, habían quemado la vía del ferrocarril de Tien-tsin. ¿Serían invulnerables? ¿Quién lo sabía? Así, en pleno verano, la soberana había ordenado que sus portadores la llevaran a la capital, bajo un sol ardoroso que la hizo abanicarse sin cesar durante todo el camino. Kang Yi intervino: —Os ruego, majestad, que excuséis a Tung. Tiene las maneras toscas de un soldado, pero se halla a nuestro lado, aunque sea chino. Tung alardeó: —Aquí tenéis mi brazo derecho. Y lo extendió. La emperatriz volvió la mirada. Luego examinó los rostros de los consejeros. Jung Lu no estaba presente. Había pedido licencia hacía dos días. Y aunque ella no le contestó, Jung Lu no había acudido. El Gran Consejero Ch'i Hsiu dijo: —Permitidme, majestad, que redacte un decreto para presentarlo a la firma. Gracias a él podremos, por lo menos, romper con los extranjeros nuestras relaciones diplomáticas. Si otra cosa no se consigue, se conseguirá amedrentarlos. —Redáctalo —concedió la emperatriz—, pero no te prometo firmarlo. Kang Yi tomó la palabra. —Majestad, ayer estuve en la fiesta de aniversario de la primera dama del duque Lan. Más de cien boxers habitan en su patio exterior, y tienen su comandante propio. Poseen el don de invocar espíritus mágicos que entran en sus cuerpos. He visto jóvenes de catorce y quince años que caen en trance y saben hablar lenguas extranjeras. El duque Lan asevera que, en el momento oportuno, los espíritus llevarán a los boxers hasta las casas de los cristianos para destruirlos. —No he visto eso yo —respondió la emperatriz. Y, levantando la mano, dio por terminada la audiencia.

Era ya el crepúsculo cuando Li Lien-ying dijo: —Majestad, hay muchos ciudadanos que están alojando en sus casas a los boxers. Vaciló un momento antes de agregar: —Si no os enojaseis, majestad, os diría... Vio que podía hablar y prosiguió: —Vuestra propia hija adoptiva, la princesa imperial, paga el alojamiento de doscientos cincuenta boxers fuera de la puerta exterior de la ciudad. Y su hermano, el príncipe Ts'ai Ying, está aprendiendo la magia de los boxers. Los boxers de Kan-su se preparan a entrar en la ciudad. Muchos habitantes organizan su marcha, temiendo una guerra. Todos esperan vuestra palabra, Majestad. —No puedo pronunciarla —dijo la emperatriz.

El decimosexto día de aquella quinta lima, la emperatriz mandó a Li Lien-ying que fuese a buscar a Jung Lu. Necesitaba retirar su promesa. Aquella mañana sus informadores la habían notificado que los soldados extranjeros estaban siendo reforzados y avanzaban hacia el norte por la costa, con el propósito de internarse en zonas hasta entonces no ocupadas. Y ello era para vengar la muerte de otro occidental, víctima de los chinos en la provincia de Kan-su. Pasaba del

mediodía cuando llegó Jung Lu, vestido como si llegase de un paseo por el jardín o mía excursión por los montes. Mas la emperatriz no reparó en su aspecto para nada. —¿Debo —preguntó— seguir guardando silencio cuando la ciudad está llena de soldados extranjeros? El pueblo se levantará contra el Trono y se habrá terminado la dinastía. Jung Lu repuso: —De acuerdo, majestad, en que no debemos dejar a los soldados extranjeros entrar en la capital. Insisto, no obstante, en que cometeremos un error si atacamos a los legados de las naciones occidentales. Se nos creará salvajes e ignorantes de las leyes de la hospitalidad. Al invitado nunca se le envenena dentro de la casa. Ella, con agria expresión, preguntó: —¿Qué debo hacer? Jung Lu repuso: —Invitar a los ministros extranjeros a que abandonen la ciudad con sus familias, servidores y amigos. Si se marchan, sus tropas se irán con ellos. —¿Y si no lo hacen? Jung Lu respondió, con calma: —Acaso lo hagan. Y, si no, tus órdenes no podrán ser censuradas. —¿Me dejas libre de mi promesa? —Mañana —dijo él—. Mañana, mañana...

En la profunda oscuridad de la noche despertó a la emperatriz una sensación de brillante luz. Como siempre, dormía con las cortinas descorridas, y por eso pudo ver la claridad que brillaba a través de las ventanas. Y no procedía de una lámpara ni de la luna, sino de todo el cielo, que tenía los esplendores carmesíes del reflejo de un gran incendio. La emperatriz se incorporó y llamó a sus mujeres, que dormían en colchones en torno a su lecho. Se levantó la primera, seguida de las otras tres, y todas corrieron a la ventana. —¡Ay —gritaron—, ay, ay! Abriose violentamente la puerta y penetró Li Lien— ying diciendo que había sido incendiado un templo extranjero. No se sabía quiénes eran los autores del hecho. La emperatriz se levantó y dijo a gritos que necesitaba que la vistieran inmediatamente. Las mujeres la obedecieron y ella, con los eunucos, fue al más distante de sus jardines, donde, ascendiendo a su montaña de peonías, miró la capital por encima de los muros de la ciudad imperial. El humo se mezclaba con las llamas, ocultando lo que sucedía. Y no tardó en flotar en el aire un acre olor a carne quemada. La emperatriz se aplicó el pañuelo a la nariz y preguntó el motivo de aquel hedor. Li Lien-ying se lo aclaró. Los boxers habían quemado la más cercana iglesia francesa y dentro estaban ardiendo centenares de chinos cristianos, entre los que había hombres, mujeres y niños. Ella gimió: —¡Qué horror! Debí prohibir desde el principio que viniesen los extranjeros. En ese caso la gente no se hubiera descarriado y buscado dioses ajenos a los nuestros. Li Lien-ying dijo: —Consolaos, majestad. Fueron los extranjeros los primeros que dispararon sobre una multitud congregada a la puerta de la iglesia, y entonces los bravos boxers tomaron venganza. Ella se lamentó: —Los cánones de la historia afirman que cuando arde la ciudad Imperial, lo mismo se consumen; los comunes guijarros que los imperiales jades. Volviose, sin querer ver más, y todo el día se lo pasó meditando en lo ocurrido. Como el aire olía a muerte, la emperatriz ordenó a su eunuco que llevase sus libros y efectos al Palacio de la Longevidad Pacífica, que, por más distante, la ayudaría a no ver ni oír lo que en la capital pasaba. Hasta el aire quedaba purificado por la distancia.

Varios hombres pidieron: —Majestad, si no lo consideráis todo perdido, debéis usar la magia de los boxers. Los soldados extranjeros llenan las calles como una inundación que traspasa las puertas de la ciudad. —No lo retardéis, majestad. —Majestad... Así clamaban todos ante ella. Los miró. Allí estaban, en el reducido cuarto privado del Trono, Kang Yi, el príncipe Tuan, Yuan Shih K'ai y sus más elevados ministros, con los príncipes. Habían acudido presurosamente a su llamada, antes de la hora de audiencia, sin ni siquiera arreglarse las ropas. No era ocasión oportuna de reverencias ni ceremonias. A la derecha de la emperatriz el emperador ocupaba un esculpido sitio. Tenía la cabeza inclinada y sus largas y finas manos se cruzaban sobre sus rodillas. La emperatriz dijo: —Hijo del Cielo, ¿debemos utilizar la horda bóxer contra nuestros enemigos? Si él respondía que sí, ¿no sería suya la culpa? El emperador respondió, sin alzar la cabeza: —Como pienses, santa madre. Ella miró a Jung Lu, que permanecía a un lado, con los brazos cruzados. —¡Majestad! ¡Majestad! Las voces de los hombres sonaban vigorosas y las pintadas vigas del techo reproducían con el eco los sonidos. La emperatriz se levantó y, alzando los brazos en la semipenumbra del matutino crepúsculo, pidió silencio a los presentes. No había comido ni dormido desde que comenzaron los incendios y principiaron los extranjeros a entrar por cuatro de las puertas de la ciudad, convergiendo sobre el centro. ¿No significaba eso la guerra? ¿Qué otro remedio quedaba? —¡Ha llegado la hora! —exclamó—. Hemos de destruir a los extranjeros en sus propias legaciones. Se hizo un repentino silencio. Ella añadió: —No debemos dejar piedra sobre piedra ni un extranjero vivo. Otro silencio. La emperatriz había faltado a la promesa hecha a Jung Lu. El se adelantó y se arrodilló, en cortesana reverencia. —Majestad —dijo, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas—, esos extranjeros son nuestros enemigos y ellos tendrán la culpa de su destrucción, pero te ruego que medites lo que haces. Si destruimos sus pocos edificios y acabamos con ese puñado de hombres, sus gobiernos nos harán sentir el peso de su venganza, y sus buques y ejércitos nos atacarán por mar y por tierra. Nuestros antiguos santuarios serán reducidos a polvo y hasta los dioses tutelares y los altares del pueblo serán arrasados. El corazón de la emperatriz palpitaba. Sentía la sangre helarse en sus venas. Procuró esconder su terror. Aunque su ansia era monstruosa y rayana en la desesperación, procuró encubrirla. Ni cambió la expresión de su hermosa faz ni temblaron sus párpados. —No puedo contener al pueblo —declaró—. La gente está sedienta de venganza. Si no destroza a sus enemigos, puede que incluso me destrozé a mí. Si tú, gran consejero, no puedes ofrecer mejor consejo al Trono, más vale que nos dejes. Se te exime de cualquier ulterior indicación. Jung Lu se levantó inmediatamente. Se había secado sus lágrimas. Sin una palabra ni un gesto abandonó la presencia de su prima. Cuando se hubo ido, el consejero Ch'í Hsiu sacó un papel doblado de dentro de su alta bota de terciopelo. Lo desdobló lentamente y con gran dignidad se aproximó al trono. Arrodillóse y presentó el papel. —Majestad —dijo—, me permito proponeros que avaléis este decreto. Si lo autorizáis, lo leeré en voz alta. La emperatriz mandó: —Hazlo. Sentía los labios

rígidos y fríos, pero no había perdido su majestuosa apariencia. El hombre comenzó a leer. Todos lo oían perfectamente. Era un decreto declarando la guerra a los extranjeros, que la emperatriz debía firmar, si lo aprobaba, y sellarlo con el sello imperial. El silencio era tan profundo, que el techo devolvía con toda claridad los ecos de la voz de aquel hombre. Cuando hubo concluido la lectura, el consejero esperó a oír la voluntad de la emperatriz. Todos esperaban con él. —Excelente decreto —opinó ella, con voz serena y fría—. Se promulgará en calidad de disposición del Trono. Todos, no en voz alta, sino en tono apagado y solemne, expresaron su aprobación. Ch'i Hsiu guardó el papel en su bota aterciopelada, volvió a inclinar la frente y reocupó su lugar. Ya apuntaba la aurora y con ella la hora de la audiencia oficial, a la que servía de preliminar aquella reunión. Li Lien-ying se adelantó y extendió el brazo. La emperatriz, apoyándose en él, descendió del trono y se dirigió a su palanquín, que esperaba en la terraza. Encaminose a su palacio y allí bebió té y comió algunos dulces. Sin entretenerse mucho volvió a entrar en el palanquín e hizo conducir al Palacio del Gobierno Diligente. El emperador la esperaba allí en su palanquín personal. Apeose y se arrodilló ante su tía mientras ella descendía de su imperial vehículo. Salúdala: —¡Benévola madre! Ella hizo una leve inclinación sin responderle y penetró en el palacio colocando la mano derecha en el antebrazo de Li Lien-ying y la izquierda en un segundo eunuco. Al verla entrar, los jefes de su clan se arrodillaron y también los príncipes, los grandes consejeros (excepto Jung Lu), los presidentes de los seis departamentos y los nueve ministros, los veinticuatro tenientes generales de las veinticinco divisiones de armas y los interventores de la Real Casa. Seguía lentamente a la emperatriz el joven emperador. Su rostro tenía una palidez cérea. Inclina sus grandes ojos y tundía los dedos en el cinturón. La emperatriz se instaló en el Trono del Dragón y él ocupó un solio a su derecha. Una vez que se hubieron ejecutado todas las cortesías y reverencias oportunas, la emperatriz empezó a hablar. Al principio su voz era más débil de lo que ella hubiera deseado; pero, según iba considerando lo que sus enemigos habían hecho, la ira fue prestando más enojo a su voz y más lustre a sus ojos insomnes. —Nuestra voluntad —declaró— es definida y nuestra opinión firme. No seguiremos tolerando, por decoro y orgullo, las ultrajantes exigencias de los extranjeros. Nuestra intención era reprimir a los boxers chinos, pero ya no es posible. Han oído las amenazas de nuestros enemigos, las cuales alcanzan a mi propia persona, ya que ayer enviaron emisarios diciendo que debo apartarme del Trono y dejar gobernar a mi sobrino, a pesar de que todos saben lo mal que ha procedido como gobernante. ¿Por qué desean que me retire? Porque me temen. Saben que yo no cambio y que, si mi sobrino se sentara en el Trono, le moldearían entre sus manos como blanca cera. La insolencia de esos extranjeros se simboliza en la actitud del cónsul francés de Tien-tsin, que pidió los fuertes de Taku como indemnización por la muerte de un sacerdote extranjero. Calló y contempló majestuosamente la concurrencia que llenaba el salón. La luz de las radiantes antorchas iluminaba los rostros graves y turbados y la inclinada cabeza

del emperador. —¿No tienes nada que hablar? —pregúntole. Él no levantó la cabeza. Se humedeció los labios y se frotó repetidamente las manos, largas y finas, uniéndolas y separándolas repetidamente. Pareció durante un buen espacio de tiempo que no iba a decir nada. Ella esperaba, fijos sus grandes ojos sobre él. Al fin le oyó decir, con voz temblorosa: —Santa madre —y cada dos palabras se pasaba la lengua por los labios—, sólo puedo decir, aunque quizá no esté bien en mí, que el consejo de Jung Lu es muy prudente. Quiero decir que debemos evitar la efusión de sangre, que no podemos luchar contra el mundo, que no tenemos barcos de guerra ni armas como los occidentales, y que vale más que los ministros extranjeros y sus familias evacuen la ciudad pacíficamente. Pero no soy quien puede tomar tal decisión sino la voluntad de nuestra benigna madre. En el acto, un miembro del Consejo se dirigió a la emperatriz. —Pido, majestad —dijo con voz sonora—, que no llevéis vuestros proyectos adelante. Matemos a los extranjeros y exterminemos a todos los de su raza. Hecho eso, el Trono tendrá tiempo y fuerza para aplastar a los rebeldes chinos, que otra vez intentan? agitar el Sur. La emperatriz recibió con agrado aquella propuesta y dijo: —Ya he oído el consejo de Jung Lu y sobra que se me repita. Preparad el edicto declarando la guerra. Se levantó, presta a terminar la audiencia, pero en el acto se levantó un clamoreo de disensión. Unos aprobaban y confirmaban lo que ella decretaba, más otros pedían que se les escuchase, porque entendían que una guerra podía ser el fin de la dinastía, ya que China sería de seguro derrotada, en cuyo caso los chinos se apoderarían del Trono. El ministro de Negocios Extranjeros llegó a decir que había encontrado a los occidentales muy razonables en sus tratos y que no creía que hubiesen enviado documento alguno pidiendo que la emperatriz abandonara el Trono. ¿No solían alabarla las damas extranjeras? Incluso él había notado que los ministros occidentales eran más atentos y corteses desde la recepción que ofreciera la emperatriz. El príncipe Tuan se levantó, con enojo, y la emperatriz mandó al ministro que se retirara para evitar una querrela. El duque Lan, protector de los boxers, se levantó a su vez para decir que la noche anterior había tenido un sueño en el que vio a Yü Huang, el dios y emperador de jade, rodeado por una vasta horda de boxers entregados a sus patrióticos ejercicios. Y el dios los aprobaba. La emperatriz escuchó de todo corazón la descripción de aquel sueño y, sonriendo agradablemente, dijo que había leído en antiguas obras que una vez el dios de jade se había también aparecido a una emperatriz. —Ése es buen presagio —concluyó— y significa que los dioses nos ayudan contra los bárbaros que tenemos por enemigos. Sin embargo, no prometió usar la magia de los boxers. ¿Quién sabía si era verdadera o falsa? Despidió a los congregados y volvió a su palacio. Ni habló más al emperador ni pareció verle. Ahora que se había cumplido su voluntad sentía menos temores y sólo notaba cansancio y falta de sueño. Mientras sus damas le preparaban el lecho, les dijo: —Me propongo dormir todo el día. Que nadie me despierte. Había pasado una hora desde el mediodía, y era la del Cordero, cuando bruscamente la despertó la voz de Li Lien-ying desde más

allá de la puerta. —Majestad, el príncipe Ch'ing y Kang Yi desean veros. La emperatriz no podía desairar aquellas visitas. Volvió a vestirse, púsose su toca, salió a la antecámara y observó que sus visitantes estaban muy impacientes. Kang Yi hizo una reverencia y anunció: —Majestad, ya ha comenzado la guerra. En Hai, un sargento manchú ha matado a dos extranjeros esta mañana. Uno de los muertos era el ministro de Alemania, que venía en su palanquín a pedirnos una audiencia especial. En Hai, después de matar a los dos blancos, ha acudido al príncipe Ch'ing para pedir recompensa. La emperatriz sintió que el temor oprimía su corazón. —¿Cómo nuestro edicto ha llegado al pueblo tan rápidamente? —preguntó—. Tened la seguridad de que el sargento no será recompensado si ha matado sin orden. El príncipe Ch'ing vaciló y carraspeó. —Majestad —dijo al fin—, en cuanto se produjo esta crisis, el príncipe Tuan y Ch'i Hasiu, después de la audiencia de hoy, expidieron órdenes de que se matase a todo extranjero doquiera que se le viese. Los dos hombres se miraron. —Majestad —indicó Kang Yi—, los extranjeros se han buscado su propia destrucción. El sargento dice que los guardias blancos tiraron primero y mataron tres chinos. —¡Qué horror! —exclamó la emperatriz. Su temor se volvía desazón intensa. Se retorció las manos. —¿Dónde está Jung Lu? —preguntó, casi enloquecida—. Daos prisa en buscarle, porque la guerra se anticipa y no estamos preparados para ella. Volviese y desapareció corriendo en sus habitaciones. Negose a comer y rechazó todos los consuelos que le ofrecían. Esperaba la llegada de Jung Lu. Él apareció al cabo de dos horas. Tenía, como los ojos escrutadores de ella descubrieron en seguida, un aspecto sombrío y conturbado. —Dejadme —dijo la emperatriz a sus damas. Dirigióse a su eunuco y le mandó: —No dejes entrar a nadie. Cuando quedó sola con Jung Lu alzó la vista y le miró. —Habla —repuso con voz débil—. Dime lo que hemos de hacer. Él contestó, con voz triste y profunda: —He dispuesto a la guardia para que acompañe hasta la costa a los extranjeros. ¿Por qué no me atendiste? Ella volvió la cabeza y se secó los ojos con el pañuelo que colgaba de su cinturón de jade. Él prosiguió: —Después de desobedecerme, me preguntas lo que se debe hacer. Ella emitió un sofocado sollozo. Pero Jung Lu insistió: —¿Dónde piensas hallar dinero para pagar a los boxers? ¿O crees que trabajan por nada? Ella miró a su primo. Quería pedirle consejo, ayuda, protección y salvación una vez más. Repentinamente la cara del hombre se tornó lívida. Sus manos se dirigieron a su corazón. Los ojos de la mujer hubieron de fijarse en el suelo, porque allí se había desplomado Jung Lu. Corrió hacia él y le cogió las manos. Estaban frías e inmóviles y se habían entornado sus párpados. Respiraba trabajosamente; sus pupilas parecían no ver y contemplaban el espacio fijamente. —¡Socorro! —clamó la emperatriz en voz alta. Las damas de honor acudieron a toda prisa. Cuando vieron a la emperatriz arrodillada junto al gran consejero prorrumpieron a su vez en gritos, haciendo acudir presurosamente a los eunucos. La soberana mandó: —Levantad a mi primo y ponedle en el diván donde se absorbe el opio. Obedecieronla, tendieron a Jung Lu en el diván mencionado y colocaron bajo su cabeza una almohada muy dura.

Entretanto, la emperatriz hizo que un eunuco adolescente marchase con toda premura en busca de los médicos de la Corte, fistos acudieron inmediatamente, al ser informados de lo que pasaba. Jung Lu no se movía y seguía respirando entrecortadamente. El médico mayor declaró: —Majestad, el gran consejero estaba enfermo y acostado, y acudió cuando le llamasteis. La emperatriz dirigió a Li Lien-ying una furibunda mirada. —¿Cómo no me lo avisaste? —Porque él lo prohibió, majestad —dijo el eunuco jefe. ¿Qué cabía responder? La emperatriz se sentía abrumada por el amor infinito de aquel hombre, que daba por ella cuanto podía dar. Procuró dominar el tumulto de su corazón. Había de encubrir a la vez su amor y su temor. Habló con calma: —Llevad al gran consejero a su palacio. Vosotros, los médicos, no debéis separaros de él ni de día ni de noche. Y enviadme, de hora en hora, noticias de cómo está. Yo me voy a orar al templo. Los eunucos se adelantaron para obedecer. Los médicos, tras la venia, se dispusieron a seguirlos. Cuando todos hubieron salido, la emperatriz, sin hablar a sus damas, se apresuró hacia su templo privado. Era la hora del Perro, entre las de la noche y las del día, y el crepúsculo llenaba de penumbras los patios. Estaba el ambiente triste y quieto. Persistía el calor del sol y no había empezado el frescor de la noche. La emperatriz andaba lentamente, como bajo el peso de una tremenda carga. Ya en el templo se dirigió a la efigie de Kuan Yin, su diosa predilecta. Tomó tres barritas de incienso, hechas de olorosa madera de sándalo, las encendió en la oscilante llama de una bujía y las dejó caer en el jarrón de bronce colocado ante el altar. Asíó después el rosario de cuentas de jade que siempre la esperaba sobre el ara y, mientras iba pasando sus cuentas, profería la plegaria de una mujer que se sentía muy sola. —Tú, que también vives solitaria —suplicó a la diosa—, escucha las preces de tu hermana menor. Líbrame de los enemigos que quieren ocupar esta tierra que me pertenece, para partirla en tajadas, como un melón. ¡Libérame de mis enemigos! Y después de esto que te ruego, atiende también a la salud del hombre a quien amo. Hoy se ha desmayado ante mi vista. Quizá le haya llegado la hora de la muerte. Interceded hermana mayor, ante el Gran Anciano de los Cielos, y pídele que la hora de la muerte de ese hombre sea aplazada. Yo soy tu hermana menor. Y si la hora a que me refiero no puede alargarse, entra en mí para que yo; en todas las circunstancias, pueda sostenerme con honor y decoro. Tú, hermana mayor, miras a todo el género humano con faz nunca cambiante, con belleza inmaculada, con gracia incommovible. Dame fuerzas para resistir. Y fue pasando las cuentas, mientras rezaba, hasta que sólo quedó una en el rosario. Tuvo la sensación de que su última impetración iba a ser atendida. Aunque sus enemigos prevaleciesen, aunque muriese el objeto de su amor, no permitiría que su rostro cambiara, ni se alterara su belleza ni se conmoviera su gracia. Sabría ser fuerte.

Y sola vivió la emperatriz día tras día, mientras la guerra hacía estragos a su alrededor. Cada jornada parecía un mes por su duración y gravedad. En aquella terrible soledad, dejaba que la hablasen muy pocas veces. Una de ellas, empero, fue cuando la buscó el príncipe Tuan. Él le habló, suplicante: —Majestad, los

boxers poseen algún talismán secreto, consistente en un círculo de papel amarillo que llevan sobre el cuerpo al entrar en batalla. En ese papel hay una criatura pintada en rojo y que no representa a un hombre ni a un diablo. Tiene pies y no propiamente cabeza, y su figura puntiaguda aparece rodeada por cuatro aureolas. Ojos y cejas son negros y ardientes en extremo. En tan extraño cuerpo se lee esta inscripción: «Soy Buda, el de la Nube Fría. El negro Dios del Fuego me precede en mi camino. Y Lao Tsé está a mis espaldas para preservarme del mal». En la parte superior izquierda de ese papel otro rótulo reza: «Invoquemos primero al Guardián de los Cielos». A la derecha de la parte inferior se leen estas palabras: «Invoquemos en segundo lugar a los negros dioses de las pestilencias». Cada vez que uno aprende a pronunciar esas palabras, destruye una vida de extranjero en una u otra comarca de nuestro país. Creo, majestad, que en nada puede dañarnos aprender esas palabras mágicas. La emperatriz convino: —No, no puede dañarnos. Aprendió las fórmulas de aquellas expresiones de hechicería y las repetía setenta veces diarias; Li Lien— ying oraba por ella y calculaba el número de diablos extranjeros que podían haber muerto. Díjole también que doquiera que tocaba la espada de un bóxer, ya fuese carne o madera, se encendía una llama. Añadió que en donde los boxers capturaban un enemigo vivo, los aprehensores buscaban la propiciación del cielo haciendo una bola de papel amarillo y prendiéndole fuego. Si las cenizas se elevaban en el aire, se mataba al prisionero, mientras se les respetaba la vida si las cenizas caían hacia abajo. Otras muchas historias contó el eunuco a la emperatriz, y ella por un lado no las creía y por otro quería creerlas, en su desesperado deseo de recibir ayuda de las deidades. Pero ¿dónde se veía aquella ayuda? En los puntos en que los extranjeros no causaban catástrofes, corrían noticias de grandes inundaciones, de pueblos que perecían de hambre, de siembras que no daban cosecha alguna. Las desesperadas gentes se sublevaban en todo el imperio, mataban a los que poseían bienes y saqueaban a los ricos. Entre los muertos figuraban muchos sacerdotes extranjeros, que siempre tenían dinero y vituallas. Entre los millares de personas que fueron expoliadas figuraban, pues, algunos sacerdotes blancos. Los ministros extranjeros protestaban incluso por una sola muerte de sus compatriotas y anunciaban que sus gobiernos enviarían más soldados y más buques de guerra. En todo el mundo no había una nación a la que pudiera apelar la emperatriz y, entretanto, Jung Lu yacía en cama, privado de la palabra y el oído. La emperatriz preguntó al general Yuan Shih K'ai lo que procedía hacer, y él respondió que los boxers era unos locos y mentecatos, y que él había hecho comparecer ante un Consejo de guerra a una veintena de ellos, todos los cuales habían caído y sucumbido, pese a sus talismanes. Rogó a la emperatriz que no confiara en aquellos charlatanes, pero no le dijo en quién cabía confiar, con lo que ella no vislumbraba esperanza alguna de ayuda. El príncipe Tuan no dejaba de acudir siempre ante el Trono, alardeando de que se sentía muy capaz de arrojar al mar a todos los extranjeros, para lo que bastaba una orden de ella. Y como la emperatriz notase su resolución, el príncipe comenzó a forzarla pagando

secretamente a hombres enojados, que emprendieron ataques a las propias legaciones de las gentes occidentales. El viejo y leal virrey de las provincias—meridionales de Nanquín le escribió pidiéndole que no consintiese aquellos asaltos y suplicándole que le permitiese proteger a los enviados extranjeros y sus familias, así como a los sacerdotes extranjeros y a sus seguidores. Su misiva decía:

La presente guerra se debe a grupos de bandidos: entregados a la matanza y el pillaje, so pretexto de exteriorizar su odio al cristianismo. Propongo respetuosamente que vuestra majestad ejecute severos actos de castigo y represión contra esa clase de rebeldes que atacan a inocentes misioneros y funcionarios. Así, la benevolencia y la justa punición brillarán alternativamente, como brillan en él cielo, él sol y la luna.

Cuando la emperatriz recibió aquel memorial y consideró lo bueno y honrado que era su virrey, le envió, mediante correos especiales, que se relevaban y podían recorrer doscientas millas diarias, una carta escrita de su puño y letra.

No deseamos —decía— justificar a los agresores. Informad a las diversas legaciones extranjeras que albergamos hacia sus compatriotas sentimientos benignos y amistosos y que procede preparar un plan que dirima nuestras diferencias mediante sistemas pacíficos, en beneficio de todos.

Luego de expedir aquel despacho concibió y redactó un edicto dirigido a todo el país y en el cual afirmaba: «Hemos soportado una sucesión de infortunadas circunstancias que han sobrevivido en rápida y confusa sucesión. Aún ignoramos qué hechos han provocado este conflicto entre China y las naciones occidentales. Nuestros enviados en el extranjero están separados de nosotros por los anchos mares y no pueden, por consecuencia, explicar a las naciones de Occidente nuestros verdaderos sentimientos.» Describía cómo en la guerra se habían confabulado rebeldes chinos y personas enemigas del orden para originar disturbios, y la forma en que, de no ser por la clemencia que le llevara a reprimir a aquellos elementos, los misioneros blancos hubieran sido asesinados en todas las provincias. Para colmo había ocurrido el triste incidente del ministro alemán, seguido por la insistencia de los occidentales en ocupar los fuertes de Tien-tsin, a lo que había seguido el bombardeo abierto por los guerreros extranjeros contra aquellas fortificaciones. Concluía: «Se ha creado así un estado de guerra que no se debe a nuestra voluntad. ¿Cómo China, consciente de su debilidad, ha de ser tan necia que entre en guerra con el mundo entero? ¿Cómo habría de hacerlo empleando para ese propósito bandidos que, además, carecen de adecuada preparación? Esto ha de ser obvio a todos. «Explicamos claramente nuestra situación y anunciamos lo que nos proponemos hacer para remediarla. Nuestros ministros en el extranjero deben notificar el contenido de este edicto a los gobiernos ante quienes están acreditados. Entretanto, hemos ordenado a nuestros comandantes militares que protejan las legaciones de las potencias de Occidente. Procuramos actuar lo mejor posible. Nuestros ministros, por ahora, deben cumplir sus deberes con creciente cuidado. Nadie puede ser, en hora como

la actual, espectador desinteresado de lo que sucede.» No satisfecha con lo ya hecho, la emperatriz hizo enviar telegramas a los más poderosos soberanos del mundo. Al emperador de Rusia le saludaba y decía:

Durante más de dos siglos y medio nuestros vecinos imperios han mantenido relaciones de inquebrantada amistad, más cordial que la existente con otras potencias. No obstante, hace poco que los malos sentimientos que animan a los cristianos conversos y al resto de nuestro pueblo, ha dado ocasión a las gentes de inclinaciones perversas para fomentar rebeliones tendentes a probar a las naciones extranjeras que el Trono es opuesto al cristianismo.

Exponía la forma en que ello había sucedido y terminaba con estas palabras:

Así, China ha incurrido en la enemistad de Occidente por causas que escapan a nuestra fiscalización. Por lo tanto, sólo nos cabe confiar en vuestra intervención y mediación para restablecer la paz. Os dirijo el más encendido ruego de que seáis árbitro de estas diferencias, para bien general. Esperamos vuestra respuesta.

La emperatriz se dirigió también a la reina de la Gran Bretaña, recordándole que casi todo el comercio exterior de China se hacía con los ingleses, y acabando de esta guisa:

Os señalamos, pues, que si por alguna causa se perdiese la independencia de nuestro imperio, vuestros intereses resultarían perjudicados. Nos esforzamos con prisa y afán en formar un ejército que nos defienda, y por el momento esperamos que seáis nuestra mediadora, lo que os rogamos con anhelo y ahínco.

Usando el nombre del emperador a la vez que el suyo, dirigió al soberano de los japoneses esta última comunicación:

Os saludamos, majestad, los imperios de China y Japón están unidos como las encías con los dientes. Si Europa y Asia se preparan a enfrentarse en una guerra, nuestras dos naciones asiáticas deben permanecer unidas. Las naciones occidentales, ávidas de territorios, miran hoy con ojos de tigre a China, mas algún día os mirarán a vos. Olvidemos nuestras discordias y considerémonos pueblos hermanos. Esperamos vuestra mediación y arbitraje para zanjar nuestras dificultades con los pueblos enemigos que nos rodean.

La emperatriz no recibió respuesta a ninguno de aquellos mensajes. Esperaba, pasmada por la tardanza, una contestación, día y noche, y en el intermedio el príncipe Tuan y sus partidarios la apremiaban. Tuan decía: —Amigos o enemigos del Trono, ministros o rebeldes, todos coincidimos en odiar a esos cristianos extranjeros que vienen aquí a traficar y predicar. La soledad de la emperatriz era tan monstruosa, que parecía abarcar la tierra y elevarse hasta el cielo... Ninguna voz humana le hablaba, ninguna celeste le daba consuelos. Día tras día, la emperatriz se sentaba en su salón del Trono. Ministros y príncipes callaban cuando tomaba la palabra Tuan o los suyos. Las majestades extranjeras permanecían en sus tronos tan silenciosas como Jung Lu en su lecho de enfermo. Transcurrían los días de verano, soleados y calientes, no se producían las habituales lluvias. Sobre un pueblo que gemía y se amotinaba, lucía un cielo sin nubes ni sombras. El año anterior habíanse producido grandes inundaciones y

ahora el pueblo clamaba que el cielo estaba irritado contra las culpas de los hombres. Exteriormente la emperatriz parecía tan inmutable y serena como la diosa Kuan Yin, pero por dentro la ahogaban la confusión y la desesperanza. La ciudad pululaba de rebeldes y boxers y la gente pacífica procuraba no salir de sus casas. Las legaciones extranjeras, esperando un ataque, cerraban sus puertas y mantenían guardias armadas. El vigésimo día del quinto mes lunar, la emperatriz comprendió que era inútil toda espera. Nada evitaría males y destrucciones. Aquel amanecer la ciudad empezó a arder por muchos puntos. Más de un millar de tiendas fueron incendiadas por boxers y levantiscos, mientras los mercaderes ricos procuraban huir de la población con sus familias. Ya la guerra no se dirigía solamente contra los extranjeros, sino contra el Trono y la emperatriz. Aquel mismo día recibió dos mensajes de los ministros Yuan y Hsü, que pertenecían al departamento de Servicios Extranjeros. Ambos informaban de que habían visto en la calle de las Legaciones cadáveres de boxers muertos por soldados blancos. Aun así, no podía acusarse del caso a los extranjeros, porque las legaciones habían advertido a tiempo a la emperatriz que iban a reforzar sus guardias con más gente de la generalmente precisa para la defensa, añadiendo que retirarían tales elementos cuando se alejase la tormenta que sobre los extranjeros se cernía. El emperador había preguntado a Hsü si cabía esperanza de lograr la victoria en una eventual guerra. En su ansiedad asió la manga del ministro y rompió en lágrimas cuando su interlocutor le aseguró que China sólo podía encontrar una derrota. Y cuando el ministro Yuan supo que las legaciones habían sido atacadas, Sólo pudo decir que aquello constituía una grave infracción del derecho internacional. Pero la emperatriz no hacía nada. ¿Dónde podía buscar auxilios? Los insolentes memoriales recibidos la colmaban de indirectos reproches. Pasaron más días. Los extranjeros se encerraban en sus legaciones como en otras tantas fortalezas. Sabiendo que los alimentos escaseaban, la soberana envió víveres a la gente cercada, pero le fueron devueltos, por temor a que estuviesen envenenados. Supo que los niños blancos padecían fiebres y dolencias debidas a la falta de agua, y les envió barriles de líquido, pero también le fueron devueltos. El decimosexto día del sexto mes lunar, el cielo descargó un último golpe. Centenares de chinos cristianos fueron asesinados por los boxers ante las puertas del palacio de un príncipe. Al saber que los inocentes habían perecido a la vez que los culpables, la emperatriz, horrorizada, alzó las manos al cielo. —Si los cristianos se retirasen... —murmuró, temblando—, entonces no me vería obligada a sostener esta maldita guerra. Pero los cristianos no se retiraron y ello enojó a los boxers más todavía. Una mañana la emperatriz estaba bebiendo el té de su desayuno. El sol no brillaba aún en las paredes y el frío rocío de la madrugada cubría los lirios de los jardines y del exterior de la puerta del palacio. En medio del torbellino y la batalla que se reñía en la ciudad, era muy grato un momento como aquél. De súbito la emperatriz oyó gritos y rumorosas pisadas en las terrazas exteriores del palacio. Se levantó y apresurose a salir a la puerta. Allí encontró una horda de hombres alborotadores, beodos y con los rostros

congestionados. Todos llevaban en la mano espadas desenvainadas, de ancha hoja. A su frente, entre jactancioso y atemorizado, iba el príncipe Tuan. Al ver a la emperatriz se volvió, dio una palmada e interpelló arrogantemente a su señora. —No puedo contener más a esos auténticos patriotas, majestad. Todos han oído que estáis albergando y auxiliando a los cristianos conversos, que son ayudantes del diablo. Hasta se les ha dicho que el mismo emperador se ha hecho cristiano. Yo no soy responsable de nada, majestad, de nada... La emperatriz alzó la taza de té que tenía en la mano y la estrelló en las losas. Sus grandes ojos relampaguearon. —Adelante, traidor —mandó al príncipe Tuan—. ¿Cómo osas venir tan temprano cuando yo estoy bebiendo mi té, para provocar semejante tumulto? ¿Piensas que eres el emperador? ¿Es posible que te atrevas a comportarte con esa insolencia? Tu cabeza está tan poco segura sobre tus hombros como la cabeza de cualquiera. Yo, y sólo yo, soy quien gobierna. ¿Crees que puedes aproximarte al Trono del Dragón sin que yo te lo mande? El príncipe tartamudeó: —Majestad, majestad... Ella no interrumpió el flujo de su Ira. —¿Piensas que los revueltos que están los tiempos te autorizan a presentarte aquí en son de motín? Vuélvete a tu casa. No recibirás salario alguno en todo un año. Y a esos vagabundos y mala gente que te sigue, pienso hacerlos decapitar. Tal era el poder que emanaba de su presencia y la dura claridad de su voz resonante, unidas a la belleza que aún poseía, que todos se sintieron dominados y desfilaron, uno por uno. Ella mandó aviso a la Guardia Imperial, disponiendo que se cercenasen las cabezas de aquellos sujetos y las colocaran en los muros de la ciudad, ya que habían osado comparecer ante ella sin orden alguna. El mismo día llegaron desde Tien-tsin noticias de que la soldadesca extranjera había ocupado la ciudad y marchaba sobre Pequín para salvar a sus hostigados compatriotas. El ejército imperial estaba en retirada. ¿Qué cabía que hiciese la emperatriz más que esperar y orar? El décimo día del séptimo mes del año lunar, la emperatriz, como premio a sus repetidas plegarias, recibió aviso de que Jung Lu había salido de su estupor. Fue al templo para dar gracias a los dioses y le envió cestillos de delicadas viandas que sin duda le devolverían las perdidas fuerzas. Pero pasaron otros cuatro días antes de que él pudiera hacerse conducir a su presencia en un palanquín. Viendo la palidez y la debilidad de miembros de su primo, ella exclamó que no había debido levantarse. Descendió dos escalones de su trono y acudió en busca del enfermo. —¿Dónde has estado, pariente? —preguntó con amabilísimo tono de voz—. Tu cuerpo ha yacido inerte en el lecho mientras tu alma y mente vagaban errantes, no sé por qué lejanas regiones. El habló con voz esforzada, pero débil: —No puedo recordar en dónde he estado. Pero aquí estoy, ignoro por qué motivo, salvo que fuesen tus plegarias las que me devolviesen a la vida. —Mis plegarias han sido —respondió ella—, porque he orado mucho mientras me encontraba sola. Aconséjame. ¿Qué debo hacer? ¿Sabes que hay guerra en la ciudad y que Tien-tsin ha caído? El grueso del enemigo se aproxima a la capital. —Lo sé —dijo él—. No tenemos tiempo de nada. Atiende bien mis palabras. Haz prender al principal Tuan, a quien los extranjeros achacan la culpa

de; todo lo sucedido, y ordena que se le decapite. Eso probará tu inocencia y tu deseo de paz. —¿Y ceder al enemigo? —exclamó ella, escandalizada—. Decapitar al príncipe Tuan es poca cosa, pero ceder al enemigo es mucha y no puedo hacerlo. La finalidad de toda mi vida se convertiría en polvo. Él gruñó: —Mujer obstinada, ¿cuándo aprenderás que no puedes oponerte a las mareas del futuro? Hizo señas a los portadores de su palanquín para que le llevaran fuera de aquel sitio. La emperatriz, aun sintiendo desgarrados su corazón y su mente, no hizo esfuerzo alguno para detenerlo. Los días seguían a los días. Ella sentía el peso de cada uno, esforzándose en creer que la magia de los boxers se manifestaría eficaz al fin. La ciudad estaba hecha cenizas y los refugiados en las legaciones no se rendían. Eso debía indicar que esperaban que los librasen los ejércitos connacionales suyos. Al tercer día la soberana llamó por cinco veces a sus ministros, citándoles en el Palacio de la Longevidad Pacífica. Jung Lu acudió también y, con desesperado esfuerzo se apeó de su palanquín y ocupó su lugar en la audiencia. Pero no podía dar otros consejos que los ya emitidos, los cuales no podía ella aceptar. Príncipes y ministros permanecían silenciosos, y arrugas producidas por la ansiedad y el temor surcaban sus semblantes. En medio del silencio general el príncipe Tuan habló con mucha jactancia, declarando que los boxers habían preparado sus encantos secretos y que los extranjeros no podrían cruzar el foso de la ciudad cuando llegasen a él. Caerían en el agua y morirían ahogados. Jung Lu repuso, con la voz repentinamente fuerte: —Los boxers no significan nada y cuando el enemigo se acerque, ellos huirán como nada que son. Su profecía se cumplió. De allí a cinco días, a cosa de media tarde, la hora del Mono, el duque Lan penetró presurosamente en la biblioteca donde la emperatriz leía sus libros favoritos, sola cosa en que encontraba consuelo, y, sin reverencias ni saludos, anunció: —Vieja Buda, ya los tenemos aquí. Los diablos extranjeros han irrumpido por las puertas como el fuego a través de la cera blanda. Ella le miró, sintiendo que la sangre huía de su corazón. —Mi primo tenía razón —dijo con voz tenue y perpleja. Se levantó y permaneció meditativa, pellizcándose con el pulgar y el índice el labio superior. El anciano duque afirmó. —Vuestra majestad debe huir al Norte con el Hijo del Cielo. Ella, siempre reflexionando, movió la cabeza. El duque, temeroso de no convencerla, fue en busca de Jung Lu, suponiendo que sólo él sabría persuadirla. Antes de una hora se presentó Jung Lu. Andaba apoyado en un bastón, pero le fortalecía su voluntad de ser útil a su prima. Ella había vuelto a sentarse. Ya no tenía abierto el libro y sus manos apretaban sus rodillas tan fuertemente que sus dedos y coyunturas aparecían blancos. Miró a Jung Lu con los ojos opacos y como perdidos en escudriñar las sombras. Él se acercó y le habló en tono bajo y dulce: —Amor mío, debes oírme. No puedes permanecer aquí. Sigues siendo el símbolo del Trono. Donde estés, estará el corazón de la nación. Después de medianoche, a la hora del Tigre, cuando la luna esté baja y las estrellas no brillen aún mucho, debes huir de Palacio. Ella cuchicheó: —Otra vez... —Otra vez, sí. Conoces el camino y no irás sola. —¿Es que tú...? —Yo debo permanecer para reorganizar las fuerzas.

Volverás, como antaño, y yo procuraré salvar el Trono para ti. —¿Sin ejércitos? Así murmuró ella, mientras inclinaba la cabeza. Gruesas lágrimas temblaban en sus largas y rectas pestañas. Una a una caían sobre el raso de su vestidura. —Te prometo conservarte el Trono —dijo él— Haré por la astucia lo que no pueda por la fuerza. Ella levantó la cabeza. Él bajó la suya, conociendo que su prima había cedido. Quizá no a él, pero sí terror. Impelido por su amor, se acercó a la emperatriz, le tomó la mano y se la apoyó en la mejilla. Luego dijo: —Majestad, no hay tiempo que perder. Voy a preparar tu disfraz y a elegir los guardias que han de cumplir a tu lado el deber de vigilarte como si fuesen yo mismo. Tú y tus mujeres debéis pintaros cara de amarillo, para parecer campesinas chinas, y saldréis del palacio por la puerta excusada. Sólo llevarás dos damas contigo. Más serían demasiadas. El emperador, vestido como campesino también, ha de acompañarte. Habéis de dejar detrás las concubinas... Ella escuchaba sin decir palabra. Cuando vio salir a Jung Lu, abrió el libro que tenía más a mano y sus ojos dieron con las notables palabras escritas por el sabio Confucio muchos siglos antes: «La de una mente amplia y de una vasta comprensión ha hecho perder un gran objetivo». Miró las palabras y parecióle que alguna escondida voz se las había dicho al oído. Llegaban desde el pasado, penetraban su corazón y su mente, y ella las acogía con toda humildad. No tenía la mentalidad lo bastante amplia y no comprendía los tiempos modernos. Además, había perdido el objetivo de salvar al país. El enemigo vencía. Cerró el libro y se dio por vencida. En adelante, no intentaría moldear los tiempos, sino dejarse moldear por ellos.

Como no sabían nada, todos se maravillaron de su admirable serenidad. Transmitió órdenes a todos respecto al destino que debía darse a sus libros, pinturas, escritos y joyas. Mandó a Li Lien-ying que se construyese un falso tabique en una cámara contigua a su dormitorio, a fin de esconder los lingotes de oro, plata y tesoros restantes. Cuando todo se hubo hecho —presurosamente, pero con orden—, la emperatriz, a la hora del Tigre mandó llamar al emperador y luego a las concubinas, a las que explicó por qué no podía llevarlas con ellos. —Hemos de salvarnos el emperador y yo —manifestó—. No por nosotros mismos, que no valemos nada, sino porque debemos defender el Trono. Transportaré conmigo el sello imperial, de modo que, dondequiera que me halle, seré el Estado personificado. Quedaos aquí y nada temáis, porque el gran consejero Jung Lu, milagrosamente recobrado en esta hora crítica, se encargará de reordenar nuestras huestes. No creo tampoco que el enemigo penetre en los palacios. Continúaad viviendo como si yo estuviese aquí. Los eunucos quedarán para servirnos, excepto Li Lien-ying, que debe acompañarme. Las concubinas lloraron mansamente y se enjugaron los ojos con las mangas. Ninguna habló, excepto la Perla de las concubinas, a la que los eunucos habían osado sacar de la prisión. Permanecía en pie, con las mejillas pálidas y fofas, perdida la belleza, vestido el cuerpo de andrajos. Pero seguía rebelde y llameaban sus ojos bajo sus cejas, finas como alas de mariposa. Dijo a la emperatriz. —No me quedaré, madre imperial. Reclamo el derecho de ir con mi señor para servirle. —¿Te atreves —dijo

la emperatriz, apuñalando el aire con sus dedos meñiques— a protestar cuando fuiste la que acarreó al emperador tantas perturbaciones? De no excitarle tú, ¿habría él proyectado nunca tantos males? Se volvió a Li Lien-ying y, estimulada por la ira, ordenó: —Llévate a esta mujer y arrójala al pozo que hay junto a la Puerta Oriental. El emperador, oyendo a la soberana, cayó de rodillas, pero ella no le permitió hablar. Aquella imperial mujer, toda encanto y blandura en presencia de lo bello y grato, era implacable en los momentos de peligro. Agitando los dedos por encima de la cabeza del emperador, gritó: —¡Silencio! Esta concubina fue, sin duda, empollada en el huevo de un búho. La traje aquí para nutrirla y educarla y se rebeló contra mí. Miró a Li Lien-ying. Éste llamó a otro eunuco y entre los dos se llevaron a la concubina, silenciosa y pálida. La emperatriz dijo al postrado emperador: —Entra en tu coche y cierra las cortinillas para que no te vean. El príncipe P'u Lun cabalgará a tu lado y yo ocuparé mi coche. Li Lien-ying irá en una muía. Nos seguirá como pueda, aunque es un jinete pésimo. Si alguien nos para, diremos que somos pobres gentes del campo que huimos a las montañas. Pasaremos primero por el Palacio de Verano. Hízose lo que decía. Tras las corridas cortinillas sentose la emperatriz sobre los cojines de su coche: erecta como un Buda, contraído el rostro, alerta los oídos, resuelta la expresión de sus ojos. Cuando, horas después, pasaron el Palacio de Verano, dio una nueva orden. —¡Alto! —dijo al divisar las amadas torres de las pagodas de aquel retiro—. Descansaremos aquí durante un breve rato. Descendió de su vehículo, sin permitir que deseen, diera nadie más, y sólo acompañada de un eunuco anduvo por los pasadizos de mármol, los palacios; vacíos y las orillas del lago. Allí estaba su corazón. Allí había soñado pasar su ancianidad, entre gentes pacíficas y prósperas. Y quizá no volviera nunca a tal paraje. ¿Destruiría aquel punto el enemigo extranjero, como años atrás? Pero ella lo había reconstruido y con esto glorificado y ratificado lo pretérito. Mas por entonces era joven. También la edad la vencía. Dirigió una prolongada mirada a los edificios y luego se volvió. Resultaba esbelta y elegante a pesar de sus toscas vestiduras azules de labradora china. Subió a su coche. —Al oeste —dispuso—. Vamos a la ciudad de Si-an.

Noventa días duró el viaje. La emperatriz se mostraba resuelta y serena, sin exteriorizar las preocupaciones de su corazón. No olvidaba que la Corte la miraba como su sol, aun cuando a la sazón estuviese en fuga. Después de dejar una provincia, hízose innecesario el disfraz al pasar a la otra, y la emperatriz se cambió de ropa después de haberse bañado. Con esto sintió renovados sus ímpetus, y su ánimo se levantó. En la provincia de Shan-si las gentes no temían a la guerra, pero les afligía una espantosa carencia de víveres. Sin embargo, la primera noche el general favorito de la Corte que había llevado su ejército al Norte, envió a la emperatriz un cesto de huevos frescos, un cinturón enjoyado y una bolsa de raso para su tabaco y pipa. Esto la animó, pareciéndole buena indicación del amor que sus súbditos sentían por ella. Y, en efecto, durante los días siguientes, y a despecho de la escasez existente, sus vasallos acudieron llevándole sacos de trigo y mijo y algunas enflaquecidas aves. La emperatriz,

consolada por tales muestras de amor, empezó a regocijarse viendo los espléndidos paisajes que la rodeaban. En un desfiladero llamado el Paso de los Gansos Volantes mandó parar a todos, para poder contemplar el panorama. Hasta tan lejos como alcanzaba su vista, las desnudas laderas de las montañas se alzaban bajo un cielo regiamente purpúreo. Negras sombras cubrían los valles. El general predilecto de la soberana, que viajaba a su lado mandando su guardia, alejose un tanto y descubrió un prado donde crecían flores amarillas. Hizo un ramillete de ellas y las entregó a la emperatriz, diciendo que los dioses le daban así su parabién. La emperatriz, conmovida por aquel insignificante cumplido, dijo a un eunuco que diese al general una escudilla de té con manteca para que pudiese restaurar sus fuerzas. Aquellos pequeños placeres parecían quitarle un peso de encima del corazón. Dormía bien por las noches y comía en abundancia, incluso si la comida era de pobre calidad. El octavo día del noveno mes llegaron a la capital de la provincia. Yü Hsien, el virrey, acogió a la soberana con las mayores muestras de reverencia. Aquel virrey, creyendo como otros en la magia de los boxers, los había apoyado y mandado matar a todos los blancos, hombres, mujeres y niños, que residían en su demarcación. La emperatriz aceptó sus plácemes y dádivas cuando llegó a la puerta de la ciudad y le felicitó por ser honesto, leal y haber eliminado el enemigo. Añadió empero: —De todos modos, hemos sido derrotados y puede que el enemigo, después de su victoria, exija que se te castigue. De ser así fingiré hacerlo, pero en secreto te compensaré. A pesar de las derrotas presentes, debemos contar con futuras victorias. Yü Hsien inclinó la cabeza hasta el polvo nueve veces. —Majestad —dijo—, estoy presto a aceptar la destitución y el castigo si vienen de vuestras manos. Ella le apuntó con el índice. —Te engañabas al aseverarme que la magia de los boxers los preserva de la muerte. Gran número de ellos han sucumbido. Las balas extranjeras atravesaban sus cuerpos como si fuesen de cera. Yü Hsien se apresuró a decir: —Majestad, su magia ha fallado por no seguir ellos la regla de su orden. Han matado a personas inocentes, que no eran cristianas, para poder robarlas, y han sido castigados por su avaricia. Sólo los puros pueden usar la magia. Ella asintió con un movimiento de cabeza y se dejó conducir al palacio virreinal, que había sido debida, mente preparado para ella. Le agradó hallar vasijas de oro y plata tomadas de un almacén y debidamente bruñidas y preparadas para ella. Aquellos vasos habían sido hechos doscientos años atrás para su imperial antecesor Ch'ien Lung cuando pasó por aquella ciudad para visitar la montaña de las Cinco Crestas. No se había conocido otoño más espléndido que el presente. Todos los días el sol iluminaba la tierra y calentaba a la gente. Las cosechas volvían a ser abundantes y las casas estaban colmadas de víveres y combustible. La guerra se reñía a distancia y la gente casi no parecía tener noticia de ella. Todos, en paz y abundancia, le rindieron homenaje, le dijeron que era su Vieja Buda y le agradecieron su visita. El alma de la emperatriz se animaba y robustecía su corazón, llenándose de decisión y placer. Poco a poco príncipes ministros la siguieron y la Corte volvió a reunirse. Repentinamente cambió sus buenas

disposiciones una carta en la que Jung Lu anunciaba que la causa estaba perdida y que su buen ayudante Chung Chi se había ahorcado, llevado de su desesperación. La emperatriz mandó, por escrito, que se tributaran honores al muerto por su lealtad y su arrojo y que luego acudiese Jung Lu a dar informes en persona. No esperaba noticias muy buenas cuando él llegó. En el curso de su viaje la mujer de su primo había enfermado y muerto en una ciudad extraña. La emperatriz supo anticipadamente las nuevas a través de un correo y se dispuso a consolar al visitante con el espectáculo de su renovada salud propia. Jung Lu anunció, el día después de la llegada de la emperatriz a la ciudad de T'ai Yuan, su inmediata presencia. Ella le mandó que no descansara más que una hora y se presentase en seguida. Le recibió en un edificio antiguo y pequeño. Ocupaba un sillón viejo y labrado, de madera del Sur, tenía las manos sobre el regazo y había hecho poner el asiento sobre un improvisado estrado que le daba la apariencia de un trono. No permitió que nadie estuviese cerca de ella cuando recibió a Jung Lu. Despidió a sus damas para que gozasen del aire y del sol y mandó a Li Lien-ying que aguardase en la antesala. Abrióse la puerta y penetró Jung Lu, erguido como siempre, pero demacrado por el disgusto y la fatiga. Siempre escrupuloso en presencia de la emperatriz, no había dejado de bañarse antes de comparecer frente a ella, poniéndose a continuación ropas limpias. Como de costumbre, inició la venia, pero ella, con un ademán, la atajó. Jung Lu permaneció en pie. Ella se levantó, haciendo crujir bajo su peso la plataforma de madera, y los dos cambiaron una larga mirada. —Mucho lamento —dijo la emperatriz en voz baja— que tu esposa haya partido hacia las Fuentes Amarillas. Él hizo una ligera reverencia. —Era una buena mujer, majestad, y me sirvió fielmente. Callaron los dos. ¿Qué más podía decirse? —Ya te buscaré quien la sustituya —prometió ella. —Como quieras, majestad. Ella observó: —Estás cansado. Prescinde de ceremonias. Sentémonos. Necesito los consejos de tu prudencia. Descendió del estrado y cruzó la habitación con su paso siempre gracioso. Mostrábase esbelta, fina y egregia como nunca. Acomodose en una de los dos sillas de madera que había arrimadas a una mesa de tres patas. A una seña suya él se instaló en el otro asiento y esperó a que su prima le hablara. Ella se dio aire con un abanico en el que, en un momento de ociosidad, había pintado un paisaje de aquella provincia. —¿Está todo perdido? —inquirió, mirando de reojo a su primo. —Todo —repuso él con firmeza. Apoyó sus manos, grandes y bien formadas, sobre sus rodillas cubiertas de raso. La mujer clavó los ojos en aquellas manos. Eran finas, pero fuertes, como ella sabía muy bien. —¿Qué me aconsejas? —preguntó. —Sólo te queda una cosa que hacer, Majestad. Volver a la capital, aceptar las exigencias del enemigo y así salvar de nuevo el Trono. He dejado a Li Hung— chang negociando la paz. Pero antes de retornar debes hacer decapitar al Príncipe, como prueba de sinceridad de tu rectificación. —Nunca —protestó ella, cerrando el abanico con gran estruendo de sus varillas de marfil. —Pues vale más entonces que no vuelvas —repuso él—. Los extranjeros tienen tal odio al príncipe Tuan a quien consideran instigador de su persecución, que se proponen destruir la

ciudad imperial antes que permitirte volver a ella si no cedés en eso. Ella sintió que se le helaba la sangre en las venas. Abrió la mano y se le cayó el abanico. Pensaba en los muchos tesoros escondidos en la ciudad, y, sobre todo, en la herencia de sus imperiales antecesores, en la gloria y en el poder. Si se perdía todo aquello, ¿qué le quedaba? —Eres demasiado brusco —comentó. Señaló con el dedo su abanico y él se inclinó y lo recogió poniéndolo sobre la mesa, para evitar el contacto de las manos de su prima, como ella sabía bien. La voz paciente y profunda de Jung Lu dijo: —Majestad, los extranjeros vendrán en tu busca hasta aquí si no nos sometemos. —Puedo —alegó ella— trasladarme más al oeste. Y donde resida, estará mi capital. Nuestros antepasados imperiales lo hicieron a veces y yo debo seguir sus huellas. Él respondió: —Como quieras, majestad, Pero, de no regresar a la capital, todo el mundo sabrá, como yo, que has huido. Ella no cedió de momento. Ni siquiera por él lo haría. Se levantó, despídióle y ordenó a sus eunucos que le preparasen delicadas vituallas. No, no cedería tan pronto. Al día siguiente ordenó que la Corte se trasladase de la provincia de Shan-si a la distante ciudad de Si-an, en la provincia de Shen-si. Y no, según afirmaba, porque huyera, sino porque donde se encontraba entonces había existido una reciente carestía que dificultaba el atender las necesidades de la Corte. Aunque aquella escasez ya había pasado, todos aceptaron el imperial decreto y, tan pronto como se prepararon alojamientos para la Corte, ésta inició la continuación de su marcha hacia el oeste. Por orden de la emperatriz, Jung Lu cabalgaba al lado de su palanquín. No habló más del regreso a Pequín ni día le pidió consejo al respecto. Hablaba de la belleza del desierto paisaje, se interesaba por las escenas que veía, recitaba trozos poéticos y con todo ello encubría su secreta desesperación. Porque en el fondo estaba segura de que aquel hombre estaba en lo cierto. Algún día habría que volver a la ciudad imperial a todo evento. Escondió su interna certidumbre y continuó animadamente hacia las comarcas occidentales, aumentando cada día en millas de distancia la que le separaba del Trono del Dragón. Cuando llegó a la ciudad de Si-an se instaló con su séquito en el palacio del virreinato, que había sido aseado y preparado para ella. Los muros estaban pintados de rojo, los patios exteriores rodeados de empalizadas y habíase montado en el salón mayor un trono cubierto de amarillos cojines. Sus habitaciones privadas quedaban detrás de aquella sala y en el ala occidental del edificio se dispusieron estancias para el emperador y su consorte. En el extremo oriental, cerca de las habitaciones de la soberana, se prepararon alojamientos para Li Lien-ying, a fin de que pudiera estar listo para recibir y obedecer órdenes. Ya establecida allí, la emperatriz ordenó que se hiciesen comidas sencillas, para ahorrar gastos, aunque a diario se le declaraba que había dispuestos cien exquisitos platos del Sin.; ella sólo elegía seis para cada comida. Mandó que no se tuviesen más de seis vacas prestas al ordeño para la leche que tanto le gustaba tomar por la mañana al despertar y por la noche antes de dormir. A pesar del largo viaje, la emperatriz manifestaba que tenía excelente salud. Sólo padecía de insomnio. Por las noches, un eunuco, especialmente adiestrado en aquella tarea,

le daba masaje hasta que ella se dormía. Ya asentada en su nueva capital del exilio, daba audiencias diarias y recibía a frecuentes emisarios de la ciudad imperial. Todas las soportó con estoicismo hasta que supo que los soldados de varias naciones extranjeras habían vuelto a saquear el Palacio de Verano. El trono del salón de recepciones había sido arrojado a las más profundas aguas del lago. Habían sido robadas pinturas y ropas y en los dormitorios, incluso en el suyo personal, los blancos dibujaron inscripciones y figuras groseras y lascivas. Al saber esto sintió una rabia y unas náuseas que la hicieron vomitar lo que había comido. Durante los inmediatos días comprendió, abatidísima, que debía regresar a la ciudad imperial y ceder a las pretensiones enemigas de que todos los favorecedores del partido bóxer debían morir. El general Li Hung-chan hacía esto presente en los despachos que enviaba a diario. Pero ¿cómo aceptar la derrota y a tal precio! Jung Lu estaba de continuo a su lado, impassible silencioso, pálido, siempre esperando el inevitable. A menudo ella le dirigía la mirada de sus grandes ojos negros y unas veces hablaba y otras permanecía muda. Un día preguntó: —¿No podemos librarnos de los enemigos más que cediendo? —Nada más, majestad. Ella no prosiguió sus preguntas. En silencio miró a su primo y sonrió con tristeza. Otra vez, al atardecer, estando ella sola en su patio, él se presentó sin hacerse anunciar. —Te hablo como primo. ¿Es que, a trueque de no ceder, vas a pasarte la vida en perpetuo destierro? Ella tenía en el regazo un perrillo de singular color de cinamomo, que había nacido en el exilio, y jugueteaba con sus largas orejas. Habló haciendo largas pausas. —No tengo deseos de matar a los que me han sido leales. No quiero hablar de los de poca importancia... Pero te ruego que me digas cómo puedo matar a mi fiel ministro Chao Shu-ch'ao. No me parece que él creyese en la magia de los boxers, pero sí en su poder bélico. Y, con todo, los extranjeros exigen que le decapite. También se me pide la muerte del príncipe Chia, sin hablar de Ying Nien y ni de Yü Hsien. Ni de Ch'i Tsiu. Me niego a ordenar la ejecución del príncipe Tuan. No quiero citar más nombres. Todos me han sido leales y muchos de ellos me han seguido al destierro. ¿Voy a volverme contra ellos y ordenar su suplicio? Jung Lu rebosaba paciencia y ternura. Su rostro, enflaquecido por la edad y las congojas, tenía una expresión gentil que ella no había visto nunca en hombre alguno. —Sabes —dijo él— que no puedes ser feliz aquí. —Hace mucho —respondió ella— que prescindí de mi felicidad. Él arrugó, con inagotable paciencia. —Entonces debes pensar en tu reino. ¿Cómo lo vas a salvar y cómo unir al pueblo si permaneces desterrada? Si los extranjeros no se apoderan en definitiva de la ciudad acabarán tomándola los rebeldes. El país se verá dividido y los rapiñadores se distribuirán el botín. Las gentes vivirán entre odio y zozobra y te maldecirán diez mil veces al pensar que por salvar unas cuantas vidas no vuelves al poder y proteges las existencias de todos. Las palabras de Jung Lu eran serias y graves, mas ella no quería atenderlas. Como siempre que se le hablaba de grandeza, con grandeza obraba. El perrillo le hacía carantoñas al sentir el contacto de su mano y ella meditaba mientras le acariciaba la cabeza y las orejas. Al cabo puso en tierra al animalillo, se levantó y

miró fijamente a Jung Lu. —Hasta ahora he pensado en mí —dijo—. Ahora pensaré sólo en mi pueblo. Volveré a Pequín y ocuparé el Trono. El vigesimocuarto día del octavo mes lunar, que es el décimo del año solar, ya los caminos, regados por las lluvias estivales, estaban de nuevo secos y la tierra firme. Entonces, con imperial aparato, inició el retorno la soberana. No volvía humillada, sino dispuesta a magnánimos olvidos. En las puertas de la ciudad había un templo ante el que la Corte se detuvo para hacer sacrificios al Dios de la Guerra. Desde allí la emperatriz ordenó la marcha sin detenerse más que lo necesario, recorriendo veinticinco millas cada día, porque siempre se mostraba considerada con los portadores de palanquines y con los caballos y muías mongoles que conducían las dádivas y tributos recibidos durante el exilio. Día tras día reinó un excelente tiempo de otoño, sin vientos ni lluvias que obstaculizasen la marcha. Un incidente luctuoso se produjo poco antes del regreso, y fue la noticia de que el lealísimo Li Hung—chan había muerto debilitado por la vejez. A veces ella se había ofendido con aquel general, porque era el único que osaba decirle la verdad siempre. Siendo virrey en Chih-li había permanecido ajeno a toda corrupción y organizado un ejército insobornable. Ya en la ancianidad, y contra su deseo, fue enviado a las rebeldes zonas cantonesas, donde de nuevo sirvió con paciente pericia. Cuando volvió a ser llamado al Norte, estaba muy viejo. En todo caso dilató su viaje hasta que ella renunció a la ayuda de las horda boxers. En la ciudad imperial, y con ayuda del cipe Ch'ing, pactó con los extranjeros una paz onerosa pero que podía salvar al país si la emperatriz la justificaba. Al saber la defunción de Li Hung-chang, la soberana anunció que haría construir en su honor un mausoleo dentro del recinto de la ciudad imperial además de otros ya erigidos en las provincias donde se había distinguido. Era la emperatriz mujer muy hábil y siempre que tenía en el pasado discusiones con Li Hung-chang se excusaba diciendo que no entendía su dialecto porque no le hablaba un chino puro. Pero a la sazón los antojos y testarudeces se habían disipado en su ser y se sentía castigada por el temor y la sensación de haber perdido muchas cosas. Pronto se vio que los consejos de Jung Lu eran atinados. Por doquiera el pueblo recibía a la emperatriz con parabienes y festejos, pensando que, terminado el exilio de la Corte, todo marcharía mejor, se salvaría el país y las cosas volverían al estado, de antes. En K'ai Feng, capital de la provincia de Honan, espléndidas funciones teatrales esperaban a la soberana. Mandó a la Corte que descansara y se entregó a su pasatiempo favorito, interrumpido durante los años de la guerra. Allí, de manera pública, aunque suave, reprobó al virrey de la provincia el consejo de que viviera en el destierro y no retornase a la capital. El virrey, llamado Wen Ti ofreció expiar su falta absorbiendo oro, pero ella fue clemente y no accedió a tal petición, por lo que el pueblo la alabó no poco. Hizo otra parada al llegar al Río Amarillo. Los cielos otoñales eran de un intenso color entre azul y violado, no había nube alguna y el aire, seco por el día, refrescaba mucho por la noche. La emperatriz manifestó: —Ofreceré sacrificios al dios de los ríos y efectuaré en su nombre absoluciones y

gracias. Hízolo así con mucha pompa y magnificencia. El brillante sol de mediodía arrancaba destellos a los gayos colores de sus ropas y a las de los cortesanos. Mientras adoraba, satisfizo a la emperatriz ver entre las personas que se alineaban en las márgenes del río unas cuantas de piel blanca. Ignoraba de qué país podían ser, pero como había resuelto mostrarse clemente y comprensiva, mandó a los eunucos que Ufe— vasen a los blancos regalos de vino, frutos secos y sandías. También ordenó a sus príncipes y ministros que permitieran a los extranjeros presenciar su entrada en la ciudad. Tras esto pasó a una gran barca que los leales magistrados de la ciudad hablan hecho construir para su uso. Tenía la forma de un gran dragón, con escamas de oro y por ojos dos ardientes rubíes. La mayor prueba de su resolución de ser cortés con sus antiguos enemigos la dio cuando, en un determinado lugar, se apeó de su palanquín y accedió a entrar en un tren de coches metálicos. Aquel convoy corría sobre raíles de hierro y era un entretenimiento del emperador, entretenimiento que ella había siempre prohibido que se usase. Pero ahora quería probar a los extranjeros que había cambiado mucho y que era una mujer nueva, moderna y acatadora de las costumbres de Occidente. No obstante, aseveró que no quería entrar en los sagrados recindos de la ciudad manchó sumida en las entrañas de aquel monstruo de hierro. Por lo tanto, se construyó una estación provisional extramuros, y cerca algunos pabellones que podían servir como puntos de descanso de la Corte. Allí la recibieron funcionarios y extranjeros. Había en los pabellones finas alfombras y delicados jarrones de porcelana, con orquídeas y crisantemos tardíos en primorosas macetas. En el pabellón central se erigieron algunos tronos. Uno, destinado a la emperatriz, era de oro y laca. Destinábase al emperador otro más pequeño, de ébano pintado de amarillo y rojo. Treinta vagones se requirieron para el traslado de la Corte y de sus equipajes. Aquel largo tren avanzó entre las desnudas colinas y se detuvo en la estación. Desde una ventanilla la emperatriz miró y se sintió satisfecha al ver la gran multitud de súbditos que la esperaban. Príncipes, generales y funcionarios de la ciudad estaban al frente del gentío, y todos llevaban sus ropas de gala. A un lado aparecían los ministros plenipotenciarios extranjeros, con sus extraños trajes oscuros y sus largos pantalones. Ella miró sus adustos rostros, sintiéndose repelida por su palidez y sus anchas facciones, y forzó una sonrisa cortés. Todo se ejecutó con orden y decoro. Cuando los príncipes y generales, con los demás manchúes y chinos, vieron el semblante de la emperatriz en la ventanilla, se arrodillaron. El oficial mayor de la Casa Imperial gritó a los extranjeros que se descubrieran aunque en rigor lo habían hecho ya. El primero en apearse del tren, con gran prosopopeya y ceremonia, fue el eunuco mayor, Li Lien-ying. No dedicó atención a nadie, sino que comenzó a examinar y vigilar la descarga de las cajas de tributos y tesoros que los portadores bajaban de los furgones de equipajes. El segundo en apearse fue el emperador. La emperatriz le hizo una seña y él entró en seguida en un palanquín, con lo que no se le dedicaron saludos ni homenajes. Y cuando todo hubo terminado, fue la emperatriz misma la que descendió del

tren. Apoyándose en sus príncipes bajó y se detuvo bajo el luciente sol, contemplando la escena y siendo contemplada, mientras sus súbditos se inclinaban haciéndole la venia y postrando sus frentes en el polvo. Los extranjeros se hallaban a la izquierda, descubiertos, pero sin inclinarse, y a ella le sorprendió que fuesen tantos. —¿Cuántos extranjeros hay aquí? —preguntó con voz clara, que en el quieto ambiente llegó hasta los propios oídos de los occidentales. Cuando ellos parecieron comprender lo que ella había dicho, les sonrió graciosamente y luego empezó a hablar con su natural viveza a los miembros de la Casa Imperial. Todos la alabaron, diciéndole que la encontraban muy sana y joven, teniendo en cuenta sus muchos años, y era verdad que su cutis aparecía impecable bajo el ardiente sol, así como que su cabello seguía siendo negro y abundoso. Li Lien-ying acabó su tarea y presentó la lista de los tesoros. Todo cofre había sido examinado, y reexaminado. La emperatriz tomó el inventario, lo repasó y lo devolvió a Li Lien-ying, con un gesto de aquiescencia. Esto hecho, el virrey Yuan Shih K'ai pidió permiso para presentarla a los extranjeros que habían conducido el tren en calidad de jefe y maquinista. Ella los recibió con perfecta gracia. Los dos hombres, altos y blancos, permanecieron en pie ante la emperatriz, con la cabeza descubierta. Ella les declaró su reconocimiento por no haber conducido el convoy más que a quince millas por hora, para garantizar que había de llegar en seguridad y sin peligro. Luego ocupó su palanquín dorado y los portadores lo levantaron y se prepararon a entrar en la ciudad imperial. Ella había decretado que su entrada se efectuase por la Puerta Meridional de la ciudad china, tras lo que se proponía dirigirse a la gran entrada de honor de la ciudad interior o imperial. Allí se detuvo para volver a adorar al dios de la Guerra en el santuario que en aquel paraje tenía. Por lo tanto, descendió de su palanquín y se arrodilló ante el dios, quemando incienso en su honor y dándole gracias, mientras los sacerdotes entonaban los cantos litúrgicos. Terminado el rito se levantó. Al salir del santuario alzó maquinalmente la mirada y distinguió sobre las murallas cosa de un centenar de extranjeros, entre hombres y mujeres, que habían acudido a mirarla. Sintióse al principio enojada y a puntó estuvo de ordenar que sus eunucos dispersasen a aquella gente. Pero luego recordó que ella era emperatriz por merced de aquellos a quienes tenía por enemigos. Reprimió su cólera con un esfuerzo y con tanta gracia que parecía espontánea, aunque no lo era, se inclinó ante los extranjeros, primero a la derecha y luego a la izquierda, sonriendo a todos. Y tras esto tornó a ocupar su palanquín y penetró en el palacio imperial. ¡Cuan bello le pareció aquel palacio, no hollado por el enemigo y salvado porque ella se supo rendir a tiempo! Anduvo de cuarto en cuarto y penetró en el edificio del gran salón del Trono construido por Ch'ien Lung. Pensó que volvería a utilizar aquella vasta estancia para gobernar desde ella... Tras aquel salón del Trono estaban sus jardines personales. Seguían como siempre, idénticos sus planteles y serenos y en calma los estanques. Luego seguía su privado cuarto del trono y su dormitorio a continuación. Todo continuaba lo mismo. Intactas estaban las grandes puertas,

esplendentes los brillantes matices de su pintura de bermellón, inmaculadas las cornisas de oro que coronaban los quicios. Y a salvo el Gran Buda en su santuario. Pensó que allí viviría y moriría en paz, como hicieran sus sagrados antecesores.. Dijose en seguida que era demasiado pronto para morir. Una vez que hubo descansado y comido, quiso saber si el imperial tesoro estaba donde lo había dejado. Se dirigió a la cámara interior y se paró ante el tabique de ladrillos, examinando todas sus juntas y posibles grietas. Y dijo, muy complacida: —Ni un ladrillo ha sido movido de su lugar. Soltó una risa tan jovial y maliciosa como siempre. —Apuesto —opinó— a que los diablos blancos pa— saron mil veces por aquí, sin tener ni cabeza ni magia para descubrir el escondite de lo que aquí pusimos. Mandó a Li Lien-ying, que la acompañaba, que hiciese derribar la pared y comprobar la existencia de todos los tesoros que había almacenado allí. Advirtióle, además: —Mira bien. No quiero perder a manos de eunucos ladrones lo que he salvado de los extranjeros. —¿No tiene vuestra majestad confianza en mí? —preguntó el eunuco mayor, abriendo mucho los ojos y fingiéndose ofendido. —Vamos, vamos... —repuso ella. Y tornó a su estancia privada. Mucha paz y alegría le suscitaba el retorno. Grande era el precio de ello y mucho tardaría en pagarse —si era que llegaba a pagarse plenamente— hasta ver la deuda cancelada. Mientras viviera, tendría que ser graciosa con sus enemigos y aparentar que los amaba. Aplicóse a tal tarea aquel mismo día antes de que se pusiese el sol. Anunció que iba a ofrecer otra recepción a las mujeres de los enviados extranjeros y ella misma escribió la invitación, asegurando que sus plancieros recuerdos le aconsejaban volver a ver a sus antiguas invitadas. Y al fin, para que toda mácula fuese retirada de su nombre, dictaminó que se rindiesen honores a la Perla de las concubinas, la cual, decretó en un edicto, se había retrasado al querer unirse al séquito imperial, por lo que, no deseando ver hollados los imperiales palacios y santuarios por plantas extranjeras, se arrojó a un profundo pozo. Hecho esto, y al llegar la noche, la emperatriz preguntó a Li Lien-ying si había llegado ya Jung Lu, porque en tal caso deseaba verle para que la informase. —Voy, majestad —dijo el eunuco. Y volvió a poco manifestando que Jung Lu había llegado a la imperial ciudad y que en aquel momento. se acercaba. Ella esperó en su estancia del trono, y a poco Li Lien-ying abrió las cortinas y anunció la presencia de Jung Lu. Éste se apoyaba en dos altos eunucos, al lado de cuya mocedad parecía tan envejecido y enfermo que la alegría de verle se agostó en el corazón de la emperatriz. —Entra, primo —dispuso. Y mandó a los eunucos: —Conducid a mi pariente al asiento almohadillado. No quiero que se incline, porque puede fatigarse. Y tú, Li Lien-ying, tráele una taza de caldo caliente y un jarro de caliente vino, con un buen pan tostado, porque este hombre muestra mucho decaimiento, contraído en mi servicio. Los eunucos salieron precipitadamente para obedecerla. Ya sola con Jung Lu, la emperatriz se. acercó a él, le pasó la mano por la frente y le acarició las manos. Él cuchicheó: —Te ruego que te apartes de mí. Las paredes tienen oídos y las cortinas ojos. Ella se quejó: —¿No podré cuidarte nunca? Pero, viéndole tan turbado y tan temeroso de

que el honor de su prima pudiera ponerse en entredicho, se volvió a su trono, suspirando. Él sacó de su pecho un rollo de papel y empezó a leerlo lentamente y con gran dificultad. Parecía tener la vista nublada. La esencia de su informe consistía en explicar que, tras apearse la emperatriz, él había atendido a las damas de la Corte según bajaban del tren. Descendieron primero la Consorte y la princesa imperial, y las acompañó a entrambas hasta dos palanquines forrados de amarillo. Luego bajaron las cuatro concubinas imperiales y también las llevó hasta sus palanquines, tapizados de verde, con sólo los ribetes amarillos. Los portadores transportaron a aquellas señoras a la ciudad imperial. Después siguieron las demás damas de la Corte, que ocuparon coches a razón de uno por cada dos de ellas. Jung Lu alzó la vista y añadió: —Según es uso, las damas de más edad prorrumpieron en muchas pláticas y lamentos, diciéndose unas a otras que el viaje en el tren había sido horrible, que el humo lo ensuciaba todo y que muchas hubieron de vomitar. Al fin concluyeron de hablar y entonces me cuidó de vigilar el transporte de los tesoros. Cada caja iba señalada con el nombre de la ciudad y provincia que había enviado el respectivo tributo. La tarea no fue pequeña, majestad, porque bien recuerdas que, antes de embarcar en el tren sólo el equipaje ocupaba tres mil carros. Y aclaró: —Pero todo eso y nada es lo mismo, majestad. Lo que temo es la irritación del pueblo cuando conozca lo que ha costado ese espléndido viaje de retorno. El traslado por el camino real y la utilización de las magníficas casas de descanso de que dispusimos exigirán la imposición de muchas contribuciones... La emperatriz le atajó, habiéndole con amable ternura: —Estás muy cansado. Reposa. Lo importante es estar aquí de nuevo. El murmuró: —Mil pesadas cargas nos esperan. Ella declaró: —No a ti. Otros las soportarán. Fijó los ojos en la avejentada faz de su primo. Esta vez él sostuvo su mirada. Los dos se sentían más juntos que si el lazo conyugal los hubiera unido. Negada la satisfacción de la carne, tenían, en cambio, ensamblados los pensamientos y compenetrados los corazones. Los dos se conocían muy bien el uno al otro. Ella extendió la mano derecha y acarició la de su primo, sintiendo muy frías sus palmas. Hubo un momento de íntima comunión entre ambos. Luego, sin hablar, cambiaron una intensa y larga mirada y él, después abandonó el aposento. ¿Cómo podía la emperatriz saber que aquella sería la última vez que iba a tocar en vida el semblante de su primo? Aquella misma noche Jung Lu sufrió una recaída de su anterior enfermedad. De nuevo pasó muchos días inconsciente en el lecho. La emperatriz envió a los médicos de la corte a visitarle, y como ninguno acertaba a conseguirlo, ella hizo llamar a otro, una especie de adivino y curandero, acerca del cual su hermano Kuei Hsiang proclamaba que empleaba la magia al aplicar sus medicaciones. Pero se interpuso el hado y la vida de Jung Lu llegó a su fin. Murió, siempre callado y sin conocimiento, antes de que alborease el tercer mes lunar y cuarto solar del año nuevo. La emperatriz decretó riguroso luto en la Corte y ella no vistió ropas de color brillante ni ostentó joyas durante todo un año. Nada lograba iluminar la interior tristeza de su corazón. De haber sido una mujer corriente hubiera

permanecido al lado del ataúd y cubierto sus hombros con el manto de raso purpúreo. Habría velado al muerto toda la noche y vestido de blanco luto para hacer entender a todos lo que perdía. Hubiera llorado y gemido para desahogar su corazón. Pero, como mujer imperial, no podía salir de su palacio ni llorar, ni mostrar otra cosa que un soberano dolor por el óbito de un leal servidor del Trono. Sólo se sentía consolada si estaba sola, y para estarlo procuraba aislarse cuantas horas le dejasen libres las tareas del nuevo gobierno en una tierra muy trastornada. Una noche, tras despedir a sus mujeres, corrió las cortinas para poder llorar sin que la viese nadie. Y permaneció insomne, bañada en silenciosas lágrimas que brotaban de su corazón, hasta que el batintín del vigilante nocturno anunció la medianoche. Siguió más tiempo despierta, y tanta era su desesperación que al fin cayó en una especie de trance o extraño sueño, durante el cual vio que su alma se separaba de su cuerpo. Soñó también que tornaba a encontrar a Jung Lu, rejuvenecido ahora, pero expresándose con la sabiduría de los viejos. Parecióle que él la tomaba en sus brazos largo tiempo, hasta que el disgusto y la congoja se borraban y la carga que la abrumaba se desvanecía. Y luego imaginó que él la hablaba. Una voz idéntica a la de su primo decía: —Estoy siempre contigo. Y cuando te muestras más gentil y prudente, más estoy contigo, mi mente en tu mente y tu ser en mi ser. Recuerdos, recuerdos... pero ¿no era aquella algo más que recuerdos? El calor de la certidumbre invadía el alma y el cuerpo de la emperatriz. Cuando despertó, no sintió doloridos los músculos ni abatida la carne. La que había sido tan amada, nunca se encontraría sola. Eso debía de significar el sueño. Sobrevino en la vida de la emperatriz un cambio en que nadie reparaba, que sólo podía comprender ella y que guardaba muy secreto. La poseía la sabiduría antigua, capaz de transformar en victoria una derrota. Su despejado cerebro la llevaba a ceder en todo con gracia, pero sin lucha. Así, con sorpresa de todos, llegó a estimular a los jóvenes chinos a salir al extranjero y aprender las debilidades y conocimientos de los occidentales. Decretó: «Todos los hombres de quince a veinticinco años que posean inteligencia y buena salud pueden cruzar los cuatro mares, si así lo desean. Nos sufragaremos sus gastos.» Hizo llamar a su ministro Yuan Shih K'ai y rebelde intelectual chino Chang Chih-tung, y pasos largos días tratando en persona con ellos. A raíz de aquellas entrevistas dispuso la abolición de los antiguos exámenes imperiales. Su edicto justificaba la decisión aseverando que hacía dos mil quinientos años, en tiempos del ilustrado y buen gobernante duque Chou, regente del imperio, las universidades del país no eran indudablemente inferiores a los presentes centros occidentales del saber. Agregaba, citando textos históricos, que los estudios superiores no pertenecían sólo a los viejos tiempos, sino que habían florecido bajo la dinastía Ming, sólo quinientos años atrás. En consecuencia disponía que los jóvenes fuesen a ilustrarse, no sólo en el Japón, sino también en Europa y América, dado que todos los hombres forman una sola familia bajo el cielo y en torno a los cuatro mares. Esto hizo un año después del fallecimiento de Jung Lu. Antes de que transcurriera otro año expidió un decreto aboliendo el uso del opio,

aunque no de repente, porque miraba con simpatía a los viejos y viejas que usaban cada noche una pipa o dos para estimular el sueño. No se prohibiría en el acto el opio, sino en un término total de diez años, suspendiendo paulatinamente, de año en año, la importación y manufactura de los productos opiáceos. Y meditando mucho, llegó a la conclusión de que los extranjeros, a quienes no podía llamar enemigos, aunque no los tuviese por amigos, ya que eran extraños a ella, nunca accederían a ceder aquellos malos derechos y privilegios que utilizaban y tenían por esenciales los hombres blancos. Porque éstos querían que malos y buenos fuesen igualmente protegidos. La emperatriz ordenó, por lo tanto, la abolición a la tortura para el castigo de los crímenes y mandó que la ley, y no la fuerza y los dolores, había de castigar el crimen. Suprimió el descuartizamiento, desollamiento y desmembración en diez mil pedazos, así como la flagelación y otras formas de tormento para los relativamente inocentes. Una vez, hacía mucho, Jung Lu se lo había aconsejado así, sin que ella le atendiese. Bien lo recordaba. Se preguntaba a menudo quién debía heredar el imperio cuando ella muriese. No podría ser el joven y débil emperador, a quien retenía perpetuamente prisionero. Se necesitaba una mano fuerte, pero ¿dónde encontrarla y asegurarse de que tendría herederos? ¿Quién tenía bastante fuerza para perdurar durante las venideras centurias? Sentía la magia de lo futuro. La humanidad, afirmó a sus príncipes, podía aún elevarse a la altura de los dioses. Cada vez le interesaban más los modernos poderes de Occidente y decía a menudo que, de ser más joven, todavía visitaría las tierras de los blancos para conocer lo digno de verse entre ellos. Pero concluía, con quejumbrosa gracia: —Ya soy muy vieja y mi fin se aproxima. Cuando se expresaba de este modo, sus damas protestaban contra sus asertos, jurando que parecía más joven que ninguna mujer, que tenía la piel todavía lozana y clara, los ojos brillantes y negros y jugosos los no marchitos labios. Y ella concedía, con una modestia animada por el espectro de su alegría de antaño, que todo eso podría ser verdad, pero que envejecía y que ni siquiera ella podría vivir eternamente. —Diez miles de miles de años, Vieja Buda —le respondían—. Diez miles de miles de años. Pero no la engañaban. Su próximo decreto ordenaba que sus mejores ministros formasen una comisión imperial, encabezada por el duque Tsai Tse, para visitar los países occidentales. Sus instrucciones fueron éstas; —Visitad los países extranjeros y comprobad su instrucción. Averiguad cuáles son los más felices, prósperos, afortunados, pacíficos y contentos con sus gobernantes. Elegid los cuatro países mejores y pasad un año en cada uno. Ved cómo los rigen sus jefes y examinad lo que significa eso de constitución y gobierno del pueblo. Traednos luego plena información sobre tales materias. No ignoraba que tenía enemigos entre sus propios súbditos. Se la acusaba de inclinarse ante los conquistadores extranjeros, de haber perdido su orgullo y de humillar a la nación con su humildad. Un intelectual chino le envió el siguiente memorial: «Nosotros, los chinos, somos despreciados como gente rústica y servil ante el extranjero, pero nada podemos alegar cuando vemos que la propia emperatriz se rebaja aceptando

las visitas y trato de las esposas de los enviados extranjeros. Sonríe y saluda con el pañuelo cuando ve una mujer extranjera mientras se dirige en su palanquín a adorar en el altar de los cielos. Se murmura que incluso se presentan viandas extranjeras en su mesa y que los comedores de palacio contienen sillas y mesas de países ajenos. Y esto sucede mientras las legaciones extranjeras no hacen más que hostigar con demandas al ministro de Negocios Extranjeros.» Otro escribía: «A su edad, la emperatriz no puede cambiar sus hábitos ni sus odios. Sin duda los extranjeros se preguntan qué planes secretos puede ella albergar contra ellos.» Un tercero afirmaba: «Sin duda los nuevos y extraños modos de la emperatriz deben hacernos entender que lo que busca es pasar en paz su vejez.» La emperatriz sonreía ante aquellas críticas. —Sé lo que hago —decía con el corazón rebosante—. Sé muy bien lo que hago. Hoy ya nada me es ajeno. He oído muchas cosas hace largos años y sólo les presto atención ahora. Se me habían advertido cosas en las que únicamente hoy creo. Los que la escuchaban sólo entendían que la emperatriz pensaba como ellos y no había cambiado. Terminados los días de luto por Jung Lu, la emperatriz invitó a todos los ministros extranjeros, con sus mujeres e hijos, a una gran fiesta que debía celebrarse el primer día del Año Nuevo. Los hombres tendrían su festín en el gran salón de banquetes, las damas en el comedor privado de la emperatriz y las concubinas imperiales agasajaban a los niños en sus departamentos, con tantos eunucos y mujeres de servicio como fuera precisos para atenderlos. Nunca hasta entonces había la emperatriz preparado una fiesta tan grande. El emperador recibiría a los invitados extranjeros y ella los vería después del festín. Los manjares serían occidentales y orientales. Se emplearían trescientos cocineros. Diéronse instrucciones a los músicos de la Corte, los cuales prepararon un programa de cuatro días, con un concierto de tres horas de duración por cada fecha. La emperatriz planeó un nuevo esfuerzo. Mandó a la hija de su plenipotenciario en Europa, muchacha joven y bella, que tenía la obligación de servir durante dos años en la Corte, que la enseñase a pronunciar en inglés unas palabras de saludo a los extranjeros. Porque Francia, opinó, después de consultar un mapa, era una nación demasiado pequeña para dedicarle tal honor. Y América resultaba demasiado nueva y tosca. En cambio, Inglaterra había encontrado una gran gobernante por la que siempre la anciana emperatriz había sentido afecto. En consecuencia eligió el lenguaje de la reina británica. Encargó un retrato de la reina Victoria para colgarlo en su cámara, y después de examinarlo cuidadosamente declaró que descubría en su faz iguales líneas de longevidad que en la propia. Los representantes extranjeros quedaron muy sorprendidos cuando la emperatriz manchú los saludó en idioma inglés. La soberana se hizo llevar al salón de honor en su palanquín imperial, sostenido por doce portadores vestidos de amarillo. El emperador se acercó a ella, que descendió del palanquín y apoyó en el brazo de su sobrino su mano Y enjoyada. La envolvía de pies a cabeza una dorada túnica, con brillantes dragones azules. Ostentaba su gran collar de simétricas perlas y en el aderezo que cubría su cabeza lucían espléndidas flores de jade y rubíes.

Avanzó hacia el trono andando con su clásica Y gracia juvenil y haciendo inclinaciones a derecha e izquierda. ¿Qué decía? Los emisarios extranjeros se inclinaban ante ella, uno tras otro, aunque no lo hacían hasta el suelo. Escuchaban palabras que no entendían al principio, pero que, repetidas una vez y otra, acababan teniendo significado. La emperatriz decía: - *Hao ti dui, Ha-p'i niu yehr! Te'rin-ko fi!* Todos fueron comprendiendo que la emperatriz les preguntaba cómo estaban, les deseaba feliz Año Nuevo y les invitaba a té. Aquellos enviados extranjeros, hombres altos, vestidos con rígidas ropas, se sintieron conmovidos y aplaudieron con entusiasmo, lo que empezó por sorprender y desconcertar a la emperatriz, quien en su vida había visto a un hombre dando palmadas. Pero, mirando las angulosas caras extranjeras, comprendió que aprobaban sus esfuerzos. Rió, pues, suavemente, sintiéndose muy complacida, y se instaló en su trono. Volvióse a príncipe y ministros y les dijo en su lengua vernácula: —Ya veis lo fácil que es hacer amistad con bárbaros. Basta un pequeño esfuerzo por parte de las personas civilizadas. En aquel estado de ánimo terminó el día del festejo. Diéronse regalos a las damas extranjeras y sus niños, y cartuchos de moneda a sus sirvientes. Tras esto la emperatriz se retiró a sus habitaciones. Como terna por costumbre, repasó los días y años de su existencia, ahora ya tan larga, y meditó en el porvenir de su pueblo. Díjose que había procedido bien aquel día al tratar de establecer fundamentos de paz, amistad y acuerdo con las potencias extranjeras, que podían en cual, quier momento ser amigas o enemigas. Pensó en Victoria, la reina occidental, y reflexionó que las dos debían hablarse y ver el modo de fundir sus dos mundos en uno. Porque ella diría a Victoria que todos los hombres del mundo forman una sola familia...

Mas antes de que tales sueños pudieran desarrollarse, llegaron noticias de ultramar con la nueva de que Victoria había muerto. La emperatriz se sintió abrumada. —¿Cómo ha muerto mi hermana? —exclamó. Al saber que Victoria, la tan amada de su pueblo, había muerto de enfermedad, como sucede a la generalidad de los mortales, la noticia le traspasó, como una espada, el imperial corazón. —Todos hemos de morir —murmuró la emperatriz, mirando los rostros de los que la rodeaban. Y todos comprendieron que no pensaría auténticamente así si no sintiese la muerte muy próxima a ella. La emperatriz pensó que debía buscarse un heredero, un verdadero heredero. Porque, si Victoria había muerto, cualquier otra persona podía morir, incluso ella misma, aunque se sintiera fuerte y capaz de vivir otros muchos años. Necesitaba los bastantes para ver a un niño trocarse en joven, y hasta en un hombre hecho, si el cielo quería. Eso había de ser antes que ella descendiese al ataúd imperial. Ella gobernaría en su nombre y le prepararía. Sólo que esta vez enseñaría al heredero lo que era el mundo real. Traería profesores occidentales para instruirle. Le permitiría tener ferrocarriles y barcos de guerra y fusiles y cañones. Le mostraría cómo era la guerra a lo occidental y, cuando él fuese mayor y ella faltase, como faltaba Victoria, el joven estaría en condiciones de arrojar al mar el enemigo. Pero ¿quién era el niño adecuado para el caso? La cuestión fue un tormento para la emperatriz hasta que

súbitamente recordó que en el palacio de Jung Lu había nacido un niño. Sí, su hija, ya casada, había dado a luz un niño, aunque hacía muy pocos días de ello. Aquel pequeño era nieto de Jung Lu. Inclino la cabeza para esconder a los cielos la sonrisa que iluminaba su semblante. Su amado podría ascender hasta el Trono del Dragón. Tal era su voluntad, que sin duda aprobaría el cielo. Pero no debía anunciar su elección demasiado pronto. Aplacaría a los dioses y conservaría la vida del niño, ocultando sus propósitos hasta que el emperador estuviera en su lecho de muerte. Cosa que de seguro no tardaría mucho, porque dolores y enfermedades consumían su carne ya. En otoño no había podido ofrecer personalmente los sacrificios de la época. Se quejaba de que tenía que arrodillarse demasiadas veces y que inclinarse otras muchas, y agregaba que todo ello era superior a sus fuerzas. Ella le sustituyó en todo. Era antigua ley del Imperio la que disponía que no pudiera proclamarse heredero del Trono hasta que la faz del emperador no estuviese cerca ya de las Fuentes Amarillas. Y, si su sobrino no lo estaba aún, el eunuco mayor podía, con un veneno delicadamente aplicado... Oyó un rumor de viento que se levantaba y alzó la cabeza. —¿Creéis —preguntó a sus damas, que se mantenían a la natural distancia del trono— que este viento traerá lluvia? En los últimos dos meses el país había sido afligido con una sequía y un frío que habían dañado hasta las raíces de los árboles y las plantaciones de trigo invernal. No había nevado nada y en los últimos diecisiete días había llegado del Sur una ráfaga de insólito calor. Hasta las peonías se habían secado y sus raíces asomaban, saliendo de tierra. La gente exponía sus querellas a los dioses y siete días atrás la emperatriz había mandado a los sacerdotes budistas que sacasen a los dioses cotidianamente en procesión, para que pudiesen contemplar los daños causa, dos. Preguntó: —¿Qué viento será ése y desde qué lado de la tierra vendrá? Sus damas preguntaron a los eunucos que andaban por los patios. Además alzaron sus manos y volvieron la cabeza a un lado y a otro de los puntos cardinales. Cuando volvieron junto a la soberana, hicieronlo anunciando que el viento era muy húmedo y soplaba de los mares del Este. Todavía estaban hablando cuando una tronada tan recia como inesperada, y en aquellos tiempos ir razonable, hirió sus oídos con toda nitidez. En las calles sonaba un inmenso clamoreo; las gentes salían de sus casas para contemplar el firmamento. El viento empezó a arreciar. Penetraba en los palacios y sus tremendas ráfagas batían ventanas y! puertas. Pero se trataba de un ventarrón marino muy limpio, procedente del mar y sin polvo ni impurezas. La emperatriz se levantó de su trono y salió al patio inmediato. Levantó la cabeza, examinó el cíelo y aspiró el olor del aire. En aquel mismo momento se abrieron las cataratas del cielo y cayó un chaparrón. La lluvia, fría y fuerte, resultaba extraña en invierno, pero muy bien acogida por todos. La emperatriz murmuró: —Buen presagio... Sus damas corrieron hacia ella para acompañarla, mas ella las separó y permaneció bajo el aguacero. Y estando en aquella posición oyó un gran griterío del pueblo congregado allende las murallas: —¡Vieja Buda, Vieja Buda, eres tú quien nos envías la lluvia! La Vieja Buda era ella, y el pueblo la consideraba su

diosa. Se volvió y dirigióse a los peldaños que conducían, desde el patio, a su privado salón del trono. Permaneció quieta en el umbral hasta que el raso de sus ropas destiló gotas de lluvia sobre el suelo embaldosado. Las damas querían secarla con sus pañuelos de seda y ella se reía en sus dulces reproches. —No me he sentido tan feliz desde que era niña —les dijo—. Recuerdo que cuando era pequeña me gustaba caminar bajo la lluvia. Las damas murmuraron, con expresión de vivo afecto: —¡Vieja Buda! La emperatriz se volvió y les dirigió suavemente palabras graciosas y gentiles, pero que contenían en el fondo una reprobación. —¿No veis que las lluvias las envían los cielos? —dijo—. ¿Cómo yo, mortal común, voy a provocar la lluvia? Pero todos insistieron. Claro era que deseaban alabarla. —Los cielos, Vieja Buda, han hecho que la lluvia caiga por serviros. ¡Afortunada lluvia que a todos bendice, gracias a vos! Ella rió, para complacerles. —Bueno, bueno —dijo— acaso sea así, acaso...

FIN

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

05/03/2012

